

El catolicismo social en el mundo de los trabajadores: la experiencia de los Círculos de Obreros. (Buenos Aires 1890-1922).

Autor:

Asquini, Sabrina Emilia

Tutor:

Camarero, Hernán

2022

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Posgrado

**Doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires**

**“EL CATOLICISMO SOCIAL EN EL MUNDO DE LOS TRABAJADORES:
LA EXPERIENCIA DE LOS CÍRCULOS DE OBREROS (BUENOS AIRES, 1890-1922)”**

**Doctoranda
Sabrina Emilia Asquini**

**Director
Dr. Hernán Camarero**

**Co-Director
Dr. Lucas Martín Poy Piñeiro**

2022

“[e]llos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia existencia”,
E.P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*.

Índice

Agradecimientos	4
Introducción	6
Balance historiográfico	9
La experiencia de los Círculos de obreros en el mundo de los trabajadores: problemas, hipótesis y objetivos	40
Los documentos de la investigación.....	46
Estructura de la tesis.....	48
PARTE I: ¿Qué fueron los Círculos de Obreros?	51
Capítulo 1. La sociedad porteña finisecular y la emergencia del catolicismo social.....	52
La religión de la población de la ciudad: miradas desde los censos y la prensa católica	56
La Iglesia Católica argentina como institución moderna	66
Los antecedentes del catolicismo social y su difusión en el país	70
Emergencia de la <i>cuestión obrera</i>	83
La fundación del Círculo Central	95
Capítulo 2. La consolidación de los Círculos de Obreros en Buenos Aires	104
Los Círculos de Obreros en la década del noventa	106
“Hermanos y soldados de la misma cruzada”: peregrinaciones y movilizaciones.....	115
“La impiedad avanza en su obra demoledora”: respuestas al anticlericalismo de principios del siglo XX	121
El reformismo y la legislación social. De las peticiones a las primeras leyes.....	131
La presencia de los Círculos en la ciudad a comienzos del siglo	141
Capítulo 3. Los Círculos de Obreros puertas adentro	152
Una caracterización socio-laboral de los socios.....	155
Mayoría extranjera, política patriótica	177
La promoción de una masculinidad obrera católica	187
El lugar de las mujeres en la institución.....	201
PARTE II: Los Círculos de Obreros en la disputa por la identidad y organización de los trabajadores de la ciudad.....	214
Capítulo 4. Los Círculos de Obreros ante las principales coyunturas de conflictividad obrera	215
Los Círculos durante el ciclo huelguístico de la década del noventa	218
Entre la primera huelga general y las celebraciones del centenario	225

En medio de la retracción: una agenda propia	243
Se agitan las aguas: agudización de los conflictos sociales	252
Capítulo 5. Estrategias de intervención en los lugares de trabajo y primeras experiencias de organización sindical.....	269
Acciones más próximas a la patronal	271
Las primeras experiencias de un sindicalismo católico en la ciudad	276
La organización sindical con los Círculos a la cabeza	298
La sindicalización femenina en la segunda década del siglo	316
El <i>I Congreso de Católicos Sociales de América Latina</i> . Buenos Aires, 1919.....	321
Capítulo 6. Los Círculos de Obreros y las izquierdas: enfrentamientos y compromisos.....	328
Espacios comunes, influencias e identidades: católicos sociales, socialistas y anarquistas..	330
¿Cómo interpretaban a las izquierdas referentes de los Círculos de Obreros?.....	336
Católicos, socialistas y anarquistas en disputa por auditorios y territorios	369
Acuerdos y divergencias en el ámbito parlamentario	381
Conclusiones.....	392
Fuentes documentales	403
Bibliografía.....	407

Agradecimientos

Esta tesis es producto de más de seis años de trabajo realizado en buena medida gracias a la beca Doctoral del CONICET y de instituciones que, a veces a pulmón, han sido guardianas de los restos de esta historia. Especialmente, quisiera agradecer la hospitalidad de la Federación de los Círculos Católicos de Obreros, de las bibliotecarias de la Biblioteca Juan B. Justo y de quienes trabajan en la Biblioteca Nacional y en el Archivo General de la Nación. Sin embargo, no hubiese sido posible sin la colaboración y acompañamiento de muchísimas personas que, en diferentes momentos y desde distintos lugares, aportaron a que esta investigación concluyera.

Entrego la versión final de esta tesis, cuando parece vislumbrarse el fin de la pandemia que generó el virus SARS COVID-19 y que conmovió profundamente nuestra cotidianidad por casi dos años. En ese contexto, las tareas de escritura, lectura, edición y reedición se hicieron sumamente difíciles, no solo en el aspecto material y vinculado a las condiciones de trabajo, sino, especialmente, en el anímico, aquejado por distancias, temores y dolorosas despedidas.

Desde este lugar, y sabiendo que van a quedar muchos agradecimientos para expresar en persona, no quiero dejar de nombrar a mis directores: Hernán Camarero y Lucas Poy. Los dos me brindaron un apoyo que excedió con amplitud la enseñanza de este hermoso oficio. A ellos, mi agradecimiento, entonces, por su paciencia, su disposición y la calidez que mostraron en cada momento.

Escrita entre dos ciudades, esta tesis debe hacer llegar mi agradecimiento, también, a los empujoncitos de Silvia Simonassi, a los valiosísimos intercambios que mantuve a lo largo de este tiempo con Miranda Lida, Diego Mauro, Ignacio Martínez, Roberto Di Stefano, Elena Scirica, María Pía Martín, Cristina Viano y con muchos de los y las integrantes del Observatorio de Culturas Religiosas (OCuRE); de la Red de Estudios de Historia de la Secularización y la Laicidad (REDHISEL); del grupo de Historia y antropología de los trabajadores (ISHIR); del espacio de lectura y discusión sobre “Religión, derechas y clase obrera”, de la revista *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y las izquierdas* y del CEHTI (Centro de Estudios Históricos de los trabajadores y la izquierda). Agradezco, igualmente, a Jessica Blanco, María Belén Portelli, Ana María Rodríguez, Mariana Funkner y al lindo grupo de colegas de la UNLPam; a Juan Pablo Canalá, Daniel Duarte,

Alejandro Belkin y Pedro Simonovic Gamboa por su ayuda con algunos materiales y a Ludmila Scheinkman en los primeros trazos de este proyecto. No quiero dejar de mencionar, a los compañeros y las compañeras del Instituto “Dr. Emilio Ravignani”, con quienes nos encontramos, en particular, en estos últimos años.

Mi gratitud a mis amigas-colegas por las largas charlas, los textos y consejos: Lady Heidenreich, Tamara Somoza, Milena Durán, Natalia Casola, Mariana Ponisio, Sofia Vitali, Lucrecia Saltzmann, Ivana Incorvaia, Laura Caruso, Melisa Aita Camps, Magalí Marega, Claudia Freidenraij, Sara Martín Gutiérrez; y a Ezequiel Murmis, Laura Scoppetta, Sebastián Merayo, Pablo Torres, Antonio Oliva, Paulo Menotti, Hernán Díaz, Diego Ceruso, parte de la enorme banda con la cual, además de la amistad, compartimos el proyecto colectivo de construir el CEHTI. Especialmente, debo mencionar a Mercedes López Cantera y Walter Koppmann por el coaching permanente y el profundo cariño, y a dos personas especialísimas con quienes compartí largas y hermosas jornadas de trabajo virtual: María Victoria Núñez, que es una de las grandes magias que me trajo este viaje, y a mi casi compañera de vida Sofía Membrado. Sin sus consejos y compañía no me hubiese sido posible sortear los *vaivenes* emocionales que supuso esta empresa.

A Flora, por recordarme del tiempo para el juego. A Sonia Scarabelli, por devolverme el amor por la escritura. A mis amigos, por el aguante y su saber disculpar las ausencias. A mi familia, y en especial a Silvia y Alejandro, por incentivar la curiosidad, acompañar mis decisiones (aun sin compartirlas) y por haber ido en busca de cada libro que les pedí. A todos ellos, a quienes se empeñan en cambiar la historia y a eso que está por venir, va dedicada esta tesis.

Introducción

En 1906, Celia Lapalma de Emery, referente del catolicismo social porteño de las primeras décadas del siglo, activa militante del catolicismo femenino local y futura inspectora honoraria del Departamento Nacional del Trabajo, afirmaba ante el auditorio del II Congreso Terciario Franciscano realizado en Buenos Aires que había sentido el entusiasmo de quienes querían “llegar a las fábricas con visitas catequísticas”.¹ No obstante, advertía, ese “hermoso proyecto” sería una empresa difícil e, incluso, peligrosa. Aun suponiendo el mejor caso, en el que el dueño de la fábrica tuviese motivos especiales para tolerar la intentona, se trataba de una situación “delicadísima” porque habían llegado bastante tarde. El corazón del obrero les había sido “ganado” y, por eso, debían intentar su “reconquista” bajo muy malos auspicios. Según ella, la mayoría de los obreros estaban “afiliados a centros que, con tiranía terrorífica, les sujetan” y quienes habían logrado escapar de aquel mal estaban “temerosos”. En este sentido, interpretaba, desde una posición todavía externa a esa institución, que, a casi quince años de su fundación, la obra de los Círculos de Obreros católicos —un tipo de organización, como veremos, policlasista, con preeminencia de trabajadores, extranjeros y eminentemente masculina— era valiosa, pero que, considerada de conjunto, había resultado hasta entonces insuficiente. En cambio, aseguraba, la situación era distinta entre las obreras; por eso proponía dirigir hacia ellas todas las iniciativas para, desde allí, “reconquistar” a la familia obrera.

Con estas palabras se pueden introducir algunos de los problemas y de los actores que formarán parte de la presente tesis. El marco general en el que actuaron los sujetos de esta historia es el de la *secularización*, un concepto usado por los contemporáneos que ha sido sumamente discutido en las últimas décadas por sociólogos, filósofos e historiadores. En la actualidad, suele ser interpretado como un conjunto de cambios, reacomodamientos y adaptaciones sobre lo que cada sociedad concibe como parte de “lo religioso”.² Aunque volveremos sobre este tema, conviene señalar aquí que el concepto, aunque continúa siendo motivo de debates, ha perdido el contenido progresivo e irreversible que supo tener en sus versiones clásicas. A su vez, como se desprende de las

1 LAPALMA DE EMERY, C., “Punible apatía en presencia de los males que afligen a la sociedad”, *Acción pública y privada en favor de la mujer y del niño en la República Argentina: discursos y conferencias*, Buenos Aires, Alfa y Omega, 1910, pág. 34.

2 DI STEFANO, R. y ZANCA, J., (Comps.), (2016) *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos XIX y XX)*, Imago Mundi, Buenos Aires, XXXII.

observaciones de Celia Lapalma de Emery, en la Buenos Aires de comienzos del siglo XX la religión fue experimentada de manera diferencial por los distintos géneros y sectores sociales. Este también ha sido un aspecto analizado últimamente por quienes han investigado los procesos de secularización.³

En particular, esta investigación aborda un aspecto de este proceso multidimensional: la manera en que, a finales del siglo XIX, estos reacomodamientos impulsaron la intervención del catolicismo en el mundo de los trabajadores. Esta tesis consiste, precisamente, en un abordaje histórico de la principal iniciativa católica dirigida a organizar a los trabajadores varones de la ciudad de Buenos Aires entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del XX. El objetivo del trabajo es examinar la experiencia asociativa de los Círculos de Obreros poniendo el eje de análisis en la relación que este sector del catolicismo estableció con el mundo de los trabajadores en la ciudad en las primeras décadas de la conformación del movimiento obrero como sujeto histórico reconocible.⁴

Los Círculos de Obreros surgieron en Buenos Aires a comienzos del año 1892, con el fin de contrarrestar la “funesta propaganda del socialismo y la impiedad” sobre los trabajadores varones, muchos de ellos inmigrantes y, presumiblemente, alejados o enemistados con la fe.⁵ Surgieron en una etapa temprana, cuando el movimiento obrero local daba sus primeros pasos político-organizativos con el impulso de militancias

3 Joan Scott invita a pensar la secularización como discursos de poder que asociaron a la religión con las mujeres. Esto, aclara, no implicaba que las instituciones estuvieran en manos de mujeres sino, más bien, que las campañas secularistas del siglo XIX desplegaron el lenguaje de la diferencia sexual “para desarmar el poder de las instituciones religiosas, no aboliendo esas instituciones sino feminizándolas”, SCOTT, J, *Sex and secularism*, Princeton University Press, United States, 2018, pág. 13. Ver también MÍNGUEZ BLASCO, R., “¿Dios cambió de sexo? El debate internacional sobre la feminización de la religión y algunas reflexiones para la España decimonónica”, *Historia Contemporánea*, núm. 51, págs. 397-426; BLASCO HERRANZ, I. (ed.), *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la Historia*, Tirant Humanidades, España, 2018, entre otros.

4 La categoría *movimiento obrero* hace referencia a un movimiento social de amplias incumbencias con atributos políticos, culturales, intelectuales e ideológicos, cuyo uso implica suponer la conformación de los trabajadores como clase y la existencia de un sujeto consciente, distinguible e históricamente determinado (“Presentación”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 1, 2012, págs. 5-10). Por su parte, se usa aquí la expresión *mundo de los trabajadores* para englobar las diversas experiencias de vida, interacción, organización y lucha de la clase obrera. Involucra, entonces, al conjunto de relaciones que los trabajadores individual y colectivamente establecen dentro y fuera de la esfera de la producción, entre ellos, con los patrones, con el Estado y con las organizaciones y movimientos que pretenden representarlos. FALCÓN, R., *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, CEAL, Buenos Aires, 1986, pág. 10). Esta noción implica suponer, también, la existencia de otro mundo opuesto —aunque relacionado— en su moralidad, formas de ser, sentir y vivir: el mundo de los patrones. CAMARERO, H., *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la argentina, 1920-1935*, Siglo XXI, Buenos Aires, pág. XVII y XIII.

5 *Reglamento de los Círculos de Obreros en la República Argentina*, Tip. Salesiana del Colegio Pio IX de Artes y Oficios, Buenos Aires, 1896, pág. 5.

socialistas y anarquistas. Inicialmente, desde los Círculos se intentó ofrecer a los trabajadores una vía alternativa de organización, que evitara los conflictos y las disputas *innecesarias* con las clases propietarias. La actividad mutua tenía el fin de atraer y garantizar mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores sin la mediación de luchas y, al mismo tiempo, permitía una convivencia, un trato fraternal entre clases sociales diferentes. Este tipo de organización ya estaba extendida a fines del siglo XIX, pero lo que constituía una novedad para el catolicismo local, como veremos, era la incorporación de los trabajadores. Luego, sin abandonar la estructura mutua, añadieron formas de organización gremial y cooperativa, y alentaron la movilización callejera en la petición a los poderes públicos de urgentes leyes protectoras del trabajo, del salario y de la vivienda obrera. Su principal desafío, por tanto, fueron las militancias socialistas, anarquistas, sindicalistas y comunistas que marcaron el ritmo de la protesta de una clase trabajadora empobrecida y mayoritariamente excluida de los derechos políticos, que encontró en esta etapa pocos incentivos para seguir una línea conciliadora. Es que al proyecto de este sector del catolicismo no se adhirieron los empresarios católicos, o no en la medida en que lo requirieron sus fundadores, y los funcionarios y políticos tampoco depositaron allí sus expectativas. Objetivamente, la movilización de los Círculos de Obreros marchó siempre por detrás de la capacidad de convocatoria que mostraron las tradiciones de izquierda, las cuales habían generado un amplio y complejo movimiento social de la clase trabajadora. Sin duda, a las explicaciones de orden económico y organizativo, deben sumarse aquellas provenientes del ámbito cultural y político en el cual las izquierdas fueron un agente especialmente activo respecto del proceso de secularización.

En función de todo ello, esta investigación se enfoca en los Círculos de Obreros como una puerta de ingreso a la cotidianidad de la militancia social católica y de los trabajadores que se organizaron o identificaron con ella, y, por tanto, no se limita a una reconstrucción de la historia de la institución. El estudio se focaliza en la ciudad de Buenos Aires que, junto a sus zonas próximas, se había convertido en el principal centro productor de bienes y servicios del país. Por ese motivo, se concentró allí una gran cantidad de población y la mayor actividad organizativa de las y los trabajadores, de las izquierdas y de una relevante cantidad de asociaciones católicas dirigidas a mitigar los males sociales que había atraído la estructuración de una sociedad moldeada por el capitalismo agroexportador. Se trató de uno de los escenarios de mayor confrontación

social, en donde se dieron tempranamente experiencias de organización social católicas que hasta ahora solo habían sido examinadas en Rosario. El recorte temporal abarca las tres décadas comprendidas entre la crisis social y política abierta en 1890 y el cierre, entre 1921 y 1922, del ciclo de alta conflictividad social que se había iniciado a fines de 1916. El primer Círculo de Obreros, el Círculo Central, se constituyó en febrero de 1892, y fue pensado como un modelo para los que vendrían. Treinta años después, en febrero de 1922, puede hacerse un balance amplio del proyecto y su alcance.

En suma, aquí se propone reconstruir la experiencia histórica de las primeras tres décadas de los Círculos de Obreros a partir de una serie de nuevos interrogantes que incluyen preguntarse por las características del proyecto y por las relaciones que la institución estableció puertas adentro y con distintos actores sociales que intervenían en el mundo de los trabajadores de la ciudad. En tal dirección, se han indagado fuentes primarias escasamente consultadas por la historiografía existente, a partir de un enfoque que combina elementos de la historia social y política con estudios vinculados a la religión y al género.

Balance historiográfico

En sus orígenes, la historia del mundo del trabajo, de los trabajadores y de sus organizaciones en el mundo fue elaborada y preservada por sus militantes y simpatizantes. Habiendo sido desde el principio una disciplina muy politizada, se cultivó durante un largo tiempo en gran medida por fuera de las universidades.⁶ Ingresó en los espacios académicos recién en la década del sesenta del siglo pasado, durante la llamada “era de oro” de la historia social, de la mano de investigadores que en su mayoría surgieron dentro de los propios movimientos obreros o de esferas muy próximas.⁷ Se podría decir que se gestó desde los márgenes del campo profesional, en medio de un clima de alta movilización política, social y cultural. En las décadas siguientes, la *historia social obrera* se fue consolidando en los distintos espacios académicos con debates sobre metodologías, abordajes y problemas de tal modo que, actualmente, resulta difícil concebir una historia obrera disociada de una historia social.

Según la apreciación de Georges Haupt —realizada en plena década del ochenta— las obras fundamentales de Edward P. Thompson y Eric Hobsbawm, junto a las de las

6 HOBBSAWM, E., “Historia de la clase obrera e ideología”, *Mundos del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1987, pág. 11.

7 HOBBSAWM, E., *Op. cit.*, pág. 12.

investigadoras francesas Rolande Treppe y Michelle Perrot, habían sacado a la historia obrera de los rígidos marcos de una historia política e ideológica.⁸ Le habían impreso una nueva orientación, llevándola a explorar otros campos históricos y a abrirse hacia terrenos teóricos más extensos.⁹ En el mismo sentido, Eric Hobsbawm señaló la existencia de una creciente preocupación por “los militantes de base además de por los líderes, por los no organizados además de por los organizados, por el ‘trabajador conservador’ además de por el radical o revolucionario”. En pocas palabras, decía, había más interés por la clase que por el movimiento o partido.¹⁰

Así, el foco de atención de la historia de los trabajadores y su mundo creció enormemente —en algunos casos, quizás, a costa de relegar el lugar de las representaciones organizativas y de los debates ideológicos—. La atención por la dimensión religiosa, recuperada en buena medida por la obra pionera de E. P. Thompson, formó parte de la ampliación temática señalada. Específicamente referidos al periodo que aborda esta tesis, se publicaron en esos años algunos trabajos que han explorado el fenómeno de la apatía religiosa en las masas trabajadoras en distintos países de Europa occidental, tratando de explicar y cuantificar los procesos de disminución de la práctica religiosa en la clase obrera entre fines del siglo XIX y comienzos del XX.¹¹

En la Argentina, el campo de la historia del mundo del trabajo y los trabajadores es activo, dinámico y cuenta actualmente con numerosos investigadores e investigadoras. Aunque hubo algunos importantes trabajos previos, como se verá, la ampliación de perspectivas y temáticas se dio de manera contundente tras el retorno democrático en la década del ochenta. A pesar de eso, probablemente por falta de material documental, pero también por su interés originario, muy asociado a la historia de las corrientes de izquierda intervinientes en el movimiento obrero, las organizaciones católicas que intervinieron entre los trabajadores fueron estudiadas de manera limitada y, quizás, algo sesgada. En

8 Rolande Treppe y Michelle Perrot eran investigadoras que provenían del espacio académico francés, vinculadas a la revista *Le Mouvement Social*, con especiales aportes al campo de la historia obrera y de las mujeres.

9 HAUPT, G., *El historiador y el movimiento social*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pág. 9. [1980]

10 HOBBSAWM, E., *Op. cit.*, pág. 17. Como advertía el propio Haupt, al mismo tiempo que la historia del movimiento obrero fue rejuvenecida, revivificada y ganó presencia en los ámbitos académicos, podía percibirse “un innegable malestar”, HAUPT, G., *Op. cit.*, pág. 10. Dado que, en los hechos, los trabajos universitarios alcanzaban escasa audiencia entre los militantes obreros, se preguntaba si al ganar respetabilidad la historia obrera no había perdido interés para los sectores de opinión hacia los cuales estaba destinada por su propio tema.

11 PERRAND, P., *L'église et les ouvriers en France (1840-1940)*, Éditions Hachette, Paris, 1984.; MCLEOD, H., *Religion and the Working Class in the nineteenth-century Britain*, Studies in Economic and Social History, MacMillan Press, London, 1984; HOBBSAWM, E., “La religión y la ascensión del socialismo”, *op. cit.*

ese marco, prácticamente no ha habido trabajos que exploren de manera específica e integral los vínculos entre la clase trabajadora, las izquierdas y el catolicismo.¹²

Aun así, una bibliografía relativamente extensa —contenida en distintos campos de estudio específicos que, con algunas excepciones, marcharon de manera paralela— ha dado cuenta de la presencia de los católicos sociales en el mundo de los trabajadores. Por eso, se realiza aquí un recorrido que comienza por la historiografía especializada en la historia de los trabajadores, el movimiento obrero y las izquierdas; luego se avanza sobre los principales aportes realizados desde la historia de la Iglesia Católica y el catolicismo; y finalmente, se recuperan una serie de trabajos sobre organizaciones patronales y de derecha que han hecho importantes contribuciones sobre esta relación.

Presencia e intervención católica en el mundo de los trabajadores: un recorrido historiográfico

Los primeros testimonios de la intervención del catolicismo entre los trabajadores de la ciudad de Buenos Aires provienen de las reconstrucciones históricas de los orígenes del movimiento obrero escritas por militantes de las principales corrientes político-sindicales que intervinieron en él. Estas producciones de socialistas, anarquistas, *sindicalistas revolucionarios* y comunistas no tenían pretensiones de tipo académico, su objetivo consistía, en realidad, en continuar, en el terreno de la historia, ciertos debates en los que habían estado involucrados. Por ese motivo, tuvieron un tono algo justificatorio de lo actuado por cada sector, por sus cuadros y militancias. A su vez, estas primeras elaboraciones, debido a la cercanía con los hechos y personajes, contaron con acceso privilegiado a información y documentos cuya importancia y utilidad continúa siendo

12 Para ver algunos estudios historiográficos sobre el tema se pueden consultar, entre otros: TORRE, J. C., “Acerca de los estudios sobre la historia de los trabajadores en la Argentina”, *Anuario del IHES*, Tandil, 1990, 209-220; SURIANO, J., “¿Cuál es hoy la historia de los trabajadores en la Argentina?”, *Revista Mundos do Trabalho*, núm. 1, 2009, págs. 27-50; CARUSO y POY, “Los mundos del trabajo en la historiografía argentina: sindicatos, izquierdas y género, una mirada de conjunto”, en BARRAGÁN, R. (comp.), *Trabajos y trabajadores en América Latina (siglos XVI-XXI)*, La Paz, 2019, págs. 149-179 ; CAMARERO, H., “Algunas notas de agenda sobre la historiografía de la clase trabajadora y las izquierdas”, en GREZ TOSO, S., ÁGUILA, G., y CAMARERO, H., “El estudio de la clase trabajadora y las izquierdas: recorridos historiográficos y perspectivas”, *Archivos De Historia Del Movimiento Obrero Y La Izquierda*, núm. 14, 2019, págs. 177-185; ANDUJAR, A., “Historia social del trabajo y género en la Argentina del siglo XX: balance y perspectivas”, *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos (REFA)*, núm. 8, 2017, págs. 43-59; SCHEINKMAN, L., “De la historia política a los estudios de género: la historiografía sobre el mundo del trabajo de la primera mitad del siglo en Buenos Aires”, *Trabajo y sociedad*, núm. 32, 2019, págs. 281-305.

significativa en razón de los severos problemas de conservación de los materiales sindicales y políticos de aquel periodo.¹³

En estos trabajos, la corriente social del catolicismo y los Círculos de Obreros aparecieron de manera episódica, aunque dando cuenta de su rivalidad con las organizaciones que integraban. Tanto el texto de Diego Abad de Santillán, de militancia anarquista, como el de Sebastián Marotta, *sindicalista revolucionario*, mencionan una resolución del II Congreso de la FOA (1902) en la cual se planteaba que todos los trabajadores serían considerados hermanos, sin distinción de colores, creencias o nacionalidad.¹⁴ Seguidamente, se aclaraba en ella que las sociedades católicas de obreros debían “ser combatidas por las sociedades gremiales y por todos los obreros conscientes” por ser sus resultados “perniciosos para la clase trabajadora”. Para Marotta, las organizaciones obreras de tipo confesional promovidas por el cura alemán Federico Grote se habían desarrollado para combatir el incipiente movimiento sindical argentino y llevar a los trabajadores hacia la órbita de la Iglesia.¹⁵

Por su parte, Jacinto Oddone —socialista— le dedicó a esa intervención católica un capítulo específico.¹⁶ El surgimiento de los Círculos de Obreros es presentado como un acto previo a la constitución del Partido Socialista y el autor se detuvo, especialmente, en analizar la encíclica *Rerum Novarum*, a la que interpretaba como una iniciativa para contener y combatir el movimiento obrero y socialista cuando este había comenzado a tomar cuerpo en Europa. Oddone discutió algunas de las aseveraciones contenidas en la encíclica sobre el socialismo y emparentó su contenido con la doctrina de Perón. Hizo lo propio con *Quadragesimo anno* (1931) de Pío X, por alentar a la organización sindical y corporativa —lo que consideraba un ensalzamiento del sistema impulsado por el régimen de Mussolini— y promover el salario familiar y la participación en las ganancias.

De manera similar, Rubens Íscaro —de filiación comunista— señaló que, ante el avance de las ideas socialistas y el desarrollo sindical en el mundo, y pese a su “defensa apasionada” de las clases explotadoras, la Iglesia Católica se había visto obligada a

13 Dentro de esta primera producción de historia militante deben incluirse las numerosas memorias, autobiografías y biografías de militantes y dirigentes pertenecientes a distintas organizaciones y culturas de izquierda.

14 ABAD de SANTILLÁN, D., *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en Argentina*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2005. [1930]

15 MAROTTA, S., *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo, 1857-1914.*, Libera, Buenos Aires, 1975, pág. 149. [1960]

16 ODDONE, J., *Gremialismo proletario argentino. Su origen, su desarrollo, sus errores. Su ocaso como movimiento democrático libre*, Libera, Buenos Aires, 1975, págs. 151 y ss. [1949]

considerar la situación de la clase obrera “con el propósito de frenar el descontento entre las masas creyentes y desviar a los trabajadores del camino que los conducía a la organización de sindicatos y partidos, independientes de la ideología de la burguesía”.¹⁷ Mientras que a los empleadores se los convocaba a practicar la caridad, a las masas creyentes se les señalaba como camino la creación de sindicatos cristianos, cuyo por fin consistía “separar” a los obreros católicos de sus sindicatos de clase, debido el avance unitario de la clase obrera. Los obreros cristianos debían elegir, entonces, entre dar su nombre a sociedades en que se pusiera en “riesgo” su religión o formar sus propias asociaciones.¹⁸ Por último, presentaba como un ejemplo de sindicato cristiano local a la Federación Católica de Empleados de Comercio.

Una fuerte impugnación a estas primeras obras surgió de la llamada izquierda nacional, del revisionismo histórico de izquierda, nacionalismo popular o de izquierda en los años sesenta. Estos historiadores vieron en las izquierdas de principios del siglo XX un componente fuertemente extranjero —y extranjerizante— que les impedía entender la realidad nacional. Aunque sus obras no son destacables por su calidad en la reconstrucción histórica, retomamos uno de los trabajos de Hernández Arregui en el que discutió la coalición que el discurso nacionalista católico había establecido entre el liberalismo y la izquierda argentina —que identificaba como construido desde el anticomunismo católico—. No obstante, reconocía que la izquierda había desertado de defender los intereses del país y había jugado el rol de ala izquierda del conservadurismo e instrumento del imperialismo. Con este debate de fondo, el autor señalaba que liberalismo y clericalismo no habían sido fuerzas enemigas —lo que explicaba, por ejemplo, el apoyo que la Iglesia brindaba a los demócratas cristianos—. En definitiva, liberalismo y catolicismo, más allá de sus circunstanciales disputas, habían marchado unidos frente a la amenaza revolucionaria.¹⁹

Desde fines de los años sesenta, al compás de la radicalización política e ideológica de ese período, la historia del movimiento obrero obtuvo un renovado impulso y comenzó a perfilarse una historiografía que incorpora a la mirada política, una más social. De esta época son los primeros estudios de Alberto Pla sobre el siglo XX latinoamericano, del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO) y las

17 ÍSCARO, R., *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Editorial Anteo, Buenos Aires, 1958, pág. 69.

18 ÍSCARO, R., *Op. cit.*, págs. 69-70.

19 HERNÁNDEZ ARREGUI, J.J., *La formación de la conciencia nacional*, HACHEA, 2da edición ampliada, Buenos Aires, 1970, págs. 25 y 28.

primeras colecciones del Centro Editor de América Latina (CEAL). A contramano de la fuerza de atracción que generaba el peronismo, se realizaron algunos primeros trabajos académicos que abordaron la historia de los trabajadores durante el periodo previo.²⁰ Entre ellos, se destacan las obras de José Panettieri y de Julio Godio, junto con las de una serie de investigadores extranjeros. Panettieri, quien realizó una de las primeras tesis académicas desde el campo de la historia referidas a los trabajadores desde fines del siglo XIX, analizó la estructura social de la ciudad de Buenos Aires durante las décadas de la inmigración masiva; su correlativo desarrollo urbano; las distintas formas de habitar la ciudad en ese periodo; las condiciones de vida y la organización de los trabajadores; y las respuestas articuladas desde el Estado a las demandas de este sector social. Observó que, hacia 1910, se produjo una pérdida de potencia del movimiento obrero y entre las explicaciones de este fenómeno mencionó las disputas entre anarquistas, socialistas y *sindicalistas* por la dirección del movimiento. Desde una extensa nota al pie, agregaba a tal situación la existencia e intervención de los Círculos de Obreros. Tras un breve repaso de los contenidos de la encíclica *Rerum Novarum* y de los objetivos declarados en los estatutos fundacionales de la institución, indicaba que estos Círculos no habían logrado gravitar en el movimiento sindical.²¹ Aunque sin darle demasiado valor a su intervención sindical, Panettieri ponderó la resonancia de su acción y su alcance político, por ejemplo, en la Semana Roja (1909). Este autor también estudió las primeras leyes obreras y, a pesar de que sobresale la ausencia de la actuación de los católicos en ellas, ha sido material de consulta reiterada en esta investigación.²² En el trabajo de Godio no hubo referencias a este sector.²³

Fueron varios los investigadores extranjeros que hicieron aportes a este campo: mencionaremos aquellos que dieron cuenta de la presencia del catolicismo social y de los Círculos de Obreros entre los trabajadores de la ciudad. El estadounidense Hobart

20 Se produjo, entonces, una importante producción académica —cuyo envión inicial provino de la sociología y demografía— que se abocó a la búsqueda de las claves para explicar los orígenes del peronismo. GERMANI, G., *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962; DURRUTY, C., *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, Pasado y Presente, 1969; MURMIS, M., y PORTANTIERO, J.C., *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004 [1971]; DEL CAMPO, H., *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005 [1983], entre otros.

21 PANETTIERI, J., *Los trabajadores*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966, pág. 132.

22 PANETTIERI, J., *Las primeras leyes obreras*, CEAL, Buenos Aires, 1984.

23 GODIO, J., *El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes asalariados y lucha de clases, 1880-1910*, Erasmo, Buenos Aires, 1972. Emilio Mignone refiere específicamente a la intervención de los católicos en esa coyuntura. Ver GODIO, J. (comp.), *La revolución del 90*, Gránica, Buenos Aires, 1974.

Spalding publicó en 1970 un libro de documentos que también resulta de interés para este recorrido pues remite específicamente al periodo comprendido entre 1890 y 1912. En el prólogo, el autor observaba que la historia de la clase trabajadora argentina estaba “por escribirse”.²⁴ Spalding le dedicó una sección entera al movimiento social católico, cuyo surgimiento filia a consecuencia de las reformas liberales de Julio A. Roca; luego, agregaba una revisión extensa del movimiento, de sus organizaciones y congresos.²⁵ De conjunto, aunque la actividad del catolicismo aparecía de manera separada del resto de las corrientes del movimiento obrero, puede señalarse como un mérito de su trabajo el extenso abordaje del movimiento católico social —que fue más adelante citado por varios investigadores del área—.

Dos investigaciones relevantes para los orígenes del movimiento obrero local son las del israelí Iaacov Oved y el español Gonzalo Zaragoza, referidas ambas a la corriente anarquista.²⁶ Con cierto detalle, Oved describió las primeras acciones *amarillas* llevadas adelante por los Círculos de Obreros en los puertos de Rosario y Buenos Aires, y las diferencias que surgieron al interior de los Círculos respecto a esta práctica. También señaló la posición de las sociedades de resistencia de rechazar y combatir a las asociaciones obreras católicas, como ya lo habían hecho los primeros relatos. A su vez, agregaba la exclusión del sindicato católico de obreros del puerto del III Congreso de Estibadores y la existencia de “riñas” que, en 1905, tuvieron como saldo la muerte de un obrero católico.²⁷ Aunque Oved le adjudicó a Federico Grote la creación del sindicato católico del puerto de Buenos Aires, lo inscribió como parte de una iniciativa del Centro de Navegación Transatlántica.²⁸ El autor no distinguió la existencia de dos organizaciones diferentes —nos referiremos a ellas más adelante—.

La investigación de Gonzalo Zaragoza se realizó más o menos en la misma época, aunque se publicó después.²⁹ En el final del libro, el autor analizó las manifestaciones ideológicas y culturales del anarquismo. Especialmente, abordó su manifiesto anticlericalismo, cuyo origen ubicaba en el pensamiento ilustrado del siglo XVIII francés, y describió algunas de las características del discurso *antireligioso* presente en la prensa

24 SPALDING, H., *La clase trabajadora argentina (documentos para su historia 1890/1912)*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1970, pág. 12.

25 SPALDING, H., *Op. Cit.*, pág. 499.

26 OVED, I., *El anarquismo y el movimiento obrero en la Argentina, Siglo XXI*, México, 1978; ZARAGOZA, G., *Anarquismo argentino (1876-1902)*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1996.

27 OVED, I., *Op. cit.*, págs. 367 y 380.

28 OVED, I., *Op. cit.*, pág. 380.

29 ZARAGOZA, G., *Op. cit.*

anarquista que circulaba en la región. Como tópicos frecuentes, mencionó denuncias de malos tratos a mujeres y niños en las instituciones católicas y a la alianza del gobierno “republicano y liberal” con la Iglesia. Además, recuperó algunos episodios conflictivos que involucraron grupos anarquistas y a los Círculos de Obreros.

Las dos dictaduras que enmarcaron esta etapa dificultaron la continuidad de muchas investigaciones y, algunas de ellas, debieron continuarse en el exilio. El retorno democrático de 1983 habilitó, entonces, la circulación esas investigaciones que, en contacto con otros espacios académicos, incorporaron nuevas lecturas, perspectivas y/o documentos que no se habían conservado en el país. Emergió, así, una renovada agenda de trabajo en torno a la creación de nuevos grupos de investigación y de cátedras universitarias. Si bien la producción de este periodo es amplia y heterogénea, se puede indicar de manera general que incorporaron algunas lecturas del marxismo anglosajón — especialmente, de E.P. Thompson, autor que en el marco de los procesos de institucionalización política que vivía el país tendió a ser utilizado para abonar a análisis de experiencias de consensos e integración social, dándole menos lugar a las explicaciones clasistas y enfocadas en los conflictos sociales— y del feminismo europeo y norteamericano. Así, a las preocupaciones sobre la organización política y sindical de los trabajadores, se sumaron, y luego prácticamente las desplazaron, inquietudes sobre la salud e la higiene en los hogares y en las urbes; la experiencia de la inmigración y la etnicidad; el trabajo y la participación político-gremial de las mujeres; la cultura y el uso del tiempo libre, los procesos de ciudadanía.³⁰

Tanto Ricardo Falcón como Edgardo Bilsky realizaron la mayor parte de sus estudios en su exilio en Francia. Ambos tuvieron acceso al reservorio documental del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam (IISH), que tenía materiales que no estaban disponibles localmente. En su estudio sobre los orígenes del movimiento obrero, Falcón solo mencionó al catolicismo social en el recuento de las ásperas polémicas que anarquistas y socialistas mantuvieron tanto con los mazzinistas italianos

30 Algunas compilaciones que reunieron los trabajos en esta agenda: ROMERO, L. A. y GUTIERREZ, L., *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007 [1995]; ARMUS, D., *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina.*, Buenos Aires: Sudamericana, Buenos Aires, 1990; KNECHER y PANAIÁ, *La mitad del país: la mujer en la sociedad argentina*, CEAL, Buenos Aires, 1994, págs. 341-354. Aunque son algo anteriores, podrían mencionarse también aquí algunas investigaciones que fueron significativas en la localización y cuantificación del trabajo de las mujeres, ver por ejemplo los trabajos de Zulma Recchini de Lattes y Catalina Wainerman.

como con los Círculos de Obreros católicos.³¹ En su libro sobre la Semana Trágica, Edgardo Bilsky puntualizó más la intervención de los católicos. Allí, mencionó algunos sindicatos creados por los Círculos de Obreros —Carboneros Unidos, Tipógrafos, Estibadores del Once, Sociedad de Obreros de Canteras de Piedra, Obreros del Tejido y una Federación de Asociaciones Católicas de Empleados— y destacó que su objetivo consistía en incentivar los sentimientos patrióticos entre los trabajadores y enfrentar las influencias “malsanas” del sindicalismo anarquista.³² Aun así, advertía que en algunos casos estas asociaciones se habían plegado a las huelgas e, incluso, a las centrales obreras existentes. En otro libro, referido a la F.O.R.A., Bilsky introdujo brevemente el surgimiento de los Círculos de Federico Grote, lo que asociaba con el fortalecimiento de la organización patronal de la primera década del siglo, y explicó que la defensa de la organización obrera representó la segunda causa de conflicto en la época —alrededor del 30% de las huelgas se había iniciado por la readmisión de trabajadores despedidos, el reconocimiento de la organización gremial y la expulsión de los rompehuelgas—. ³³ Una vez más, no fue un camino profundizado.

En estos años también se sentaron las bases de una historia social urbana; mencionaremos solo los trabajos en los que la Iglesia Católica y los católicos emergieron como sujetos de interés específico. El trabajo pionero de Catalina Wainerman sobre la postura del trabajo de la mujer emitida desde el catolicismo argentino a mediados del siglo XX; la investigación de Anahí Ballent sobre los proyectos de vivienda obrera promovida por la Iglesia Católica y algunas de sus asociaciones, y su incidencia en el trazado urbano de la ciudad; y los estudios de Héctor Recalde, quien fue uno de los primeros investigadores no católicos en abocarse a la actuación social de la Iglesia durante el periodo del “régimen conservador”, aunque sus intereses ciertamente desbordaron los de ese trabajo inicial.³⁴

31 FALCÓN, R., *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, CEAL, Buenos Aires, 1984. La obra de este autor no puede ser reducida a este único trabajo; de hecho, a lo largo de la presente investigación se citan varios de sus estudios.

32 BILSKY, E., *La Semana Trágica*, Ediciones RyR, Buenos Aires, 2011, pág. 59. [1983]

33 BILSKY, E., *La F.O.R.A. y el movimiento obrero. (1900-1910)*, CEAL, Buenos Aires, 1985.

34 WAINERMAN, C., “La mujer y el trabajo en la Argentina desde la perspectiva de la Iglesia Católica a mediados del siglo”, *Desarrollo Social*, núm. 81, 1981, págs. 71-92; BALLENT, A., “La Iglesia y la vivienda popular: la “Gran Colecta Nacional” de 1919”, en ARMUS, D., *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, págs. 195-218. RECALDE, H., *La iglesia y la cuestión social*, CEAL, Buenos Aires, 1986; *Matrimonio civil y divorcio*, CEAL, Buenos Aires, 1986.

En el libro *La Iglesia y la cuestión social*, Recalde interpretó la acción del catolicismo ante a la irrupción de la cuestión social a fines del siglo XIX como una “reacción”. Especialmente en referencia a los Círculos de Obreros, evaluó que habían tenido una doble orientación: la promoción de una legislación laboral y la contención de la influencia de anarquistas y socialistas entre los trabajadores. Asimismo, teniendo en cuenta su escasez numérica y casi nula influencia sobre el conjunto de los asalariados, tomó su éxito como exiguo.³⁵ De conjunto en su obra aparecieron preocupaciones vinculadas directamente a la actualidad política de la transición democrática —el rol de la Iglesia en el escenario político argentino, su lugar en el debate del divorcio o en el Congreso Pedagógico— como también otras propias de la agenda historiográfica que describimos previamente.³⁶ En un trabajo más reciente, Recalde señaló que, tras la aplicación de medidas secularizadoras y alejarse del elenco dirigente, los católicos habían advertido tempranamente las condiciones de miseria en que vivía un amplio espectro de los trabajadores urbanos. En sintonía con esto, observó que la asistencia social privada de individuos y asociaciones cristianas había sido defendida, ya desde mediados del siglo XIX, como —nuevamente— una reacción a la política económica del liberalismo, pero también como una acción preventiva contra el socialismo.³⁷

Hacia mediados de los noventa, Luis Alberto Romero sostuvo que existía una sobrevaloración de la influencia que la tradición de izquierda y del progresismo liberal habían tenido en la cultura de los sectores populares. Especialmente, observó que, junto con la red de conferencias, sociedades de fomento, bibliotecas y libros baratos de la cual participaban los militantes socialistas, existió otra red, impulsada por la Iglesia Católica que, con una orientación general distinta, recurría a medios similares.³⁸ Según afirmaba, tras la muerte de Leandro Gutiérrez, había quedado en sus manos la tarea de sostener dicha línea de investigación. En tal sentido, Romero abordó la influencia de la Iglesia y de sus asociaciones en la conformación de la identidad popular en un barrio de composición obrera y con una fuerte presencia católica, Nueva Pompeya.³⁹ En la misma línea, otro trabajo exploró la acción católica en la parroquia de San Bernardo —ubicada

35 RECALDE, H., *Op. cit.*, pág. 20.

36 RECALDE, H., *Primer Congreso Pedagógico*, CEAL, Buenos Aires, 1987; *Mujer, condiciones de vida, de trabajo y salud*, CEAL, Buenos Aires, 1988; *Higiene pública y secularización*, Conflictos y procesos de la Historia Argentina contemporánea, núm. 30, CEAL, Buenos Aires, 1989.

37 RECALDE, H., *Beneficencia, asistencialismo estatal y previsión social*, CEAL, Buenos Aires, 1991, pág. 13.

38 ROMERO, L. A. y GUTIERREZ, L. *Op. cit.*, pág. 19.

39 ROMERO, L. A. y GUTIERREZ, L. *Op. cit.*, pág. 175-195.

en las proximidades del Cementerio de la Chacarita—. ⁴⁰ Por su tema, estos estudios se acercaron bastante al objeto de nuestro interés: no obstante, la perspectiva desde la cual se los encaró desconoce la importante conflictividad social en la que se desarrolló la experiencia del catolicismo entre los y las trabajadoras de la ciudad y, por lo tanto, los límites objetivos que encontró su estrategia de conciliación e integración social. ⁴¹

En los años noventa, como resultado de los ataques al mundo laboral, de la proliferación de discursos neoliberales y del declamado fin del socialismo, se produjo — o se terminó de concretar— cierto “éxodo de historiadores” de las investigaciones sobre el mundo del trabajo. No obstante, no sin dificultades, el campo se mantuvo activo con una serie de investigadores que fueron a contramano de la tendencia general. ⁴² Esta tendencia se fue modificando lentamente con la crisis del neoliberalismo, la llegada de nuevas generaciones de historiadores y el contexto social abierto por el estallido del 2001. En todo este amplio marco, sin ser objeto de un estudio específico, el catolicismo social apareció, en algunos trabajos, como una corriente más que disputó el tiempo libre y la cultura de los trabajadores.

En el cruce con los primeros estudios de género, Dora Barrancos abordó las formas culturales de la izquierda, tanto anarquista como socialista, y dio cuenta de algunos episodios de confrontación entre las izquierdas y el catolicismo. ⁴³ Si en los estudios de Romero primó la búsqueda de confluencias, se puede observar aquí cómo un sector de la militancia social del catolicismo intervino en situaciones concretas para

40 ROMERO, L. A., “Católicos en movimiento. Activismo en una parroquia de Buenos Aires, 1935-1946, *Estudios Sociales*, núm. 14, Santa Fe, 1998.

41 Después de la muerte de Leandro Gutiérrez, Luis Alberto Romero editó en 1995 una serie de artículos —algunos trabajados en conjunto— bajo el título de *Sectores populares, cultura y política*. En este libro se planteaba frontalmente un debate que ya se había expresado previamente. En contraposición a lo que había ocurrido en el periodo precedente, momento en que habría primado una identidad centrada en el trabajo, crítica y contestataria, que apuntaba a desconocer el orden social, la sociedad de entreguerras habría sido caracterizada por una actitud conformista, reformista e integrativa, que se abrió paso a partir de una serie de condiciones tales como argentinización de los trabajadores, la escolarización y mayor llegada de los discursos estatales, el desdibujamiento de los límites al ascenso social y la construcción de una imagen de sociedad móvil, la conformación de sociedades barriales, a partir del loteo barato, de la expansión del transporte y de la edificación. ROMERO, L. A. y GUTIERREZ, L. *Op. cit.*, pág. 114. Para un debate de las premisas de este trabajo ver CAMARERO, H., “Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares”, *Nuevo Topo*, núm. 4, 2007, págs. 35-60.

42 Mencionamos sólo algunos trabajos realizados en este periodo: CAMARERO, H. y SCHNEIDER, A., *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, CEAL, Buenos Aires, 1991; IÑIGO CARRERA, N., *La estrategia de la clase obrera 1936*, PIMSA, Buenos Aires, 2000; LOBATO, M., *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Prometeo, Buenos Aires, 2001.

43 BARRANCOS, D., *Cultura, educación y trabajadores 1890-1930*, CEAL, Buenos Aires, 1990; *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Contrapunto, Buenos Aires, 1991.

obstaculizar algunas experiencias pedagógicas; por ejemplo, al promover la exoneración de una docente de filiación socialista en una escuela pública del partido de Morón. Este hecho originó la fundación de la Escuela Laica, la experiencia más importante del proyecto pedagógico alternativo de corte socialista.⁴⁴

En su libro sobre el anarquismo, Juan Suriano advirtió que el despliegue de prácticas culturales con fines propagandísticos no fue privativo de los anarquistas. Todos aquellos sectores —entre los que incluía a los católicos sociales— que proponían determinado proyecto de sociedad, fuese o no alternativo, tomaron el tiempo libre de los trabajadores con criterios normativos.⁴⁵

Al examinar la confrontación cultural entre la Iglesia y el Partido Comunista, Hernán Camarero consideró que los comunistas entendieron que la edificación de una cultura independiente y revolucionaria de trabajadores requería el desplazamiento de la influencia católica.⁴⁶ En los años veinte y treinta, ambas organizaciones compitieron por acrecentar su participación en el imaginario, la moral y la sensibilidad de los trabajadores recurriendo métodos similares de “catequización”. Este proceso podía observarse en órganos de prensa; en la manera de practicar una sociabilidad barrial o familiar específica; o en los diversos intentos por conquistar el espacio público.⁴⁷ Estas acciones fueron dirigidas a la niñez y al mundo de los adultos, tanto en el espacio barrial como laboral; sobre esto último, se menciona la denuncia que los comunistas hicieron del intento por armar un Círculo de Obreros en la fábrica de tejidos Campomar. Finalmente, el autor resalta que, con la orientación del *tercer periodo*, el discurso comunista contra la iglesia se hizo más agresivo.⁴⁸

En su *historia de las trabajadoras en la Argentina*, Mirta Lobato incorporó aquellos esfuerzos promovidos por los grupos asociados con la Iglesia Católica cuyo objetivo consistió en combatir las ideas de socialistas y anarquistas y en neutralizar su

44 BARRANCOS, D., *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Contrapunto, Buenos Aires, 1991, pág. 57. Sobre Pascuala Cueto ver SÁEZ, G., “Mujeres “de avanzada” en el Morón del siglo XX”, *Todo es historia*, núm. 532, 2011; sobre las prácticas pedagógicas del socialismo se puede ver también Asquini (2014).

45 SURIANO, J., *Anarquistas, cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2001, pág. 146.

46 CAMARERO, H., *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007, pág. 258.

47 CAMARERO, H., *Op. cit.*, pág. 260.

48 CAMARERO, H., *Op. cit.*, pág. 261 y “Jugar con banderas rojas. La izquierda y sus prácticas de entretenimiento hacia los niños durante los años 1920-1930”, *Todo es historia*, núm. 457, 2005, págs. 18-28.

poder de movilización.⁴⁹ Por su carácter general, significó una síntesis de los estudios que, desde la década del setenta, habían mostrado la participación de las mujeres — también de niñas y niños— en el mercado laboral, que había sido invisibilizada en estadísticas y otras producciones, y también de aquellos otros que habían reconstruido diversas experiencias de trabajo en ámbitos domésticos y extra domésticos, su participación sindical y política, y las representaciones construidas entorno al trabajo femenino.⁵⁰ En el libro, Lobato enumeró distintas asociaciones del catolicismo — patronatos, comedores, cajas de ahorro, centros de estudio, sindicatos, ligas, etcétera— desde 1891 hasta la década del treinta. En esa línea, señaló que las mujeres —sobre todo, de la elite— fueron un sostén importante de las ideas católicas, y jugaron un rol fundamental en las asociaciones orientadas a las mujeres de las clases populares. La defensa de esferas separadas para varones y mujeres les había conferido una responsabilidad pública creciente que se apoyaba en las mujeres de las clases populares. Asimismo, Lobato destacó la participación de algunos sacerdotes que ocuparon altas posiciones eclesiásticas que prestaron decidida atención a la cuestión de la mujer —por ejemplo, Monseñor de Andrea—.

Existieron también estudios sobre ramas laborales específicas que, desde distintas perspectivas, dieron cuenta de la participación católica en cada sector. Silvina Pascucci estudió el proceso de trabajo en la industria del vestido. Este sector, en el que predominaba la mano de obra femenina, contó con una notoria influencia de la Iglesia Católica.⁵¹ Si bien no es un tema central, el libro aborda ampliamente el programa y la iniciativa católica en el sector —considerada más como una reacción que como sensibilidad social—.⁵² Pascucci describe la constitución del sindicato de costureras “La Aguja” en la localidad de Avellaneda (1918) y argumenta que la política de la Iglesia consistía en contener los abusos de los “patrones deshonestos” y garantizar un nivel de vida más humano para los trabajadores mediando en los conflictos y promoviendo una

49 LOBATO, M., *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Edhasa, Buenos Aires, 2007, pág. 185.

50 Sobre el entrecruzamiento entre abordajes de historia social del trabajo y los estudios de género se pueden ver ANDUJAR, A., “Historia social del trabajo y género...”, op. cit.; SCHEINKMAN, L., “De la historia política a los estudios de género...”, op. cit., entre otros. Agreguemos a lo dicho que estas exploraciones al considerar a los actores sociales como sujetos sexuados han ido abriendo nuevos temas e inquietudes sobre el amplio mundo del trabajo, incluso en temáticas previamente asociadas a la esfera de lo privado, como identidades y mandatos de género, sexualidad, afectos, violencias. Algunas de estas cuestiones, de todos modos, serán retomadas más adelante.

51 PASCUCCI, S., (2007) *Costureras, monjas y anarquistas. Trabajo femenino, Iglesia y lucha de clases en la industria del vestido* (Bs. As., 1890-1940), Ediciones R y R, Buenos Aires, 2007.

52 PASCUCCI, S., Op. cit., pág. 82.

legislación laboral. Roberto Tarditti, en su trabajo sobre los frigoríficos, señala algunas acciones en las cuales los católicos buscaron influir sobre los obreros en Avellaneda; se refiere, en particular, a la huelga general de mediados de 1917 y a una conferencia popular.⁵³

La presencia del catolicismo también fue abordada en otros trabajos centrados en ramas laborales específicas. En el caso de los trabajadores marítimos, Laura Caruso también observó la presencia de los Círculos de Obreros en los momentos de conflicto que precedieron a la formación de la Federación Obrera Marítima (FOM) en 1910, y presentó la creación de la Sociedad Unión Protectora del Trabajo Libre –SUPTL– como un proyecto conjunto de los Círculos de Obreros y las organizaciones patronales.⁵⁴ En lo esencial, este trabajo recupera el aporte realizado por María Ester Rapalo en estudios a los nos referiremos más adelante. En cuanto a la industria del dulce, Ludmila Scheinkman introdujo la acción de los católicos desde una óptica territorial. En su capítulo sobre el desarrollo urbano de Barracas, un barrio con fuerte identidad obrera y en el que se radicaron las principales industrias alimenticias de la ciudad, describió la presencia de las instituciones religiosas de Santa Lucía así como la construcción de viviendas con el dinero de la Gran Colecta Nacional.⁵⁵ En un trabajo dedicado a la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas (FACE), Graciela Queirolo, experta en el trabajo de mujeres empleadas y profesionales, argumentó —en discusión con Miranda Lida— que el predominio de las actividades “mutuales” constituyó la estrategia gremial del catolicismo social para intervenir en los problemas laborales y una manera de diferenciarse de las propuestas de los sindicatos que privilegiaron medidas de mayor confrontación.⁵⁶ Para esta autora, la originalidad de la FACE consistió en que sus servicios mutuales permitieron que las mujeres trabajadoras pudieran transitar la inequidad —que las desfavorecía frente a los trabajadores varones— y sobrellevar su inclusión subordinada dentro del mercado laboral. Por último, Walter Koppmann estudió a los trabajadores de

53 TARDITI, R., “La formación de la clase obrera. Alcances y límites en la organización sindical de los obreros de frigorífico durante la presidencia de Yrigoyen. Las huelgas de 1917-1918 en Avellaneda”, Tesis de doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, vol. I y II, Buenos Aires, 2008.

54 CARUSO, L., *Embarcados. Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921.*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2016.

55 SCHEINKMAN, L., “Trabajo femenino, masculino e infantil en la industria del dulce porteña en la primera mitad del siglo XX: experiencias laborales, protesta y vida cotidiana”, Tesis doctoral, FFYL, UBA, 2017.

56 QUEIROLO, G., “La Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas frente al trabajo femenino (Argentina, 1922-1954)”, *Trabajos y Comunicaciones*, 2da Época, no 43, marzo 2016.

la industria del mueble con sus distintas identidades, oficios, organizaciones y militancias. En este trabajo, el aspecto religioso aparece asociado a la destacada comunidad judía presente en la rama.⁵⁷

En su estudio sobre los orígenes del movimiento obrero, Lucas Poy vinculó el surgimiento de los Círculos de Obreros católicos con la circulación de la *Rerum Novarum* y con la agitación obrera que había tenido lugar en el bienio 1888-1889.⁵⁸ En esa línea, interpreta la constitución de los Círculos como una reacción al desarrollo de organizaciones clasistas. Poy advierte que el carácter patronal que los Círculos ostentaban desde su constitución se hizo más notorio a partir de la reactivación de la conflictividad obrera ocurrida entre los años 1894 y 1895.⁵⁹ No obstante, el libro concluye antes de que la organización se hubiera estabilizado en su funcionamiento y extensión. En trabajos más recientes, este autor ha analizado diversos aspectos del funcionamiento y desarrollo del Partido Socialista en su período fundacional. En particular, la posición que dicho partido tomó frente al planteo de creación de Círculos de Obreros Liberales para combatir a los católicos, sostenido por un sector del anticlericalismo en el cual abrevaba un militante de incorporación reciente que estaba destinado a convertirse en su primer diputado nacional, Alfredo Palacios.⁶⁰ Asimismo, en su reciente libro sobre el Partido Socialista, Poy explica, al referirse a la cuestión femenina, que los socialistas consideraban a la mujer como el factor más conservador del hogar obrero debido, en parte, a la influencia que, según entendían también los socialistas, ejercía sobre ellas la Iglesia Católica.⁶¹

57 KOPPMANN, W., “Los trabajadores de la madera de la Ciudad de Buenos Aires. Mundo del trabajo, culturas políticas de izquierda y experiencia obrera, 1889-1930”, tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2019. En otro artículo, el autor estudió especialmente al sector de trabajadores judíos de la industria, aunque las formas de religiosidad de este subgrupo no fueron su preocupación central. KOPPMANN, W., “Radiografía sobre la presencia obrera judía en la industria de la madera y del mueble de la ciudad de Buenos Aires, 1894-1921”, *A Contra corriente. Revista de estudios Latinoamericanos*, núm. 3, 2020, págs. 143-172.

58 POY, L., *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2014, pág. 103.

59 POY, L., *Op. cit.*, pág. 109.

60 POY, L., “El Partido Socialista y su delimitación con el movimiento anticlerical en los primeros años del siglo XX”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 17, 1917, La Plata.

61 POY, L., *El Partido Socialista argentino, 1896-1912. Una historia social y política*, Ariadna Ediciones, Santiago de Chile, págs. 136-138. Sobre el PS citamos otros trabajos, que sin referirse al movimiento social católico o a los Círculos de Obrero, han sido utilizados para articular la dinámica entre estas corrientes. CAMARERO, H. y HERRERA, C., *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, Política e ideas a través de un siglo*, Prometeo, Buenos Aires, 2005; MARTINEZ MAZZOLA, R., “La neutralidad como problema y como solución. La política gremial del Partido Socialista después de la ruptura sindicalista”, *Identidades*, núm. 1, 2011, págs. 1-20; MARTINEZ MAZZOLA, R., “¿Males pasajeros? El Partido Socialista frente a las consecuencias de la ley Sáenz Peña”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 6, 2015, págs. 53-72; PALERMO, S., “Tribunas y panfletos: la primera campaña presidencial del Partido Socialista bajo la ley Sáenz Peña”, *Estudios*, núm. 35, 2016, pág. 37-56; DÍAZ, H., “El periódico Palabra

En torno al momento de finalización del periodo que nos interesa, Hernán Camarero analizó la repercusión que tuvo en el país la Revolución Rusa.⁶² Entre 1917 y 1922, la revolución bolchevique despertó todo tipo de reacciones, y también afectó al mundo católico. La primera revolución socialista de la historia provocó realineamientos en el socialismo, el anarquismo y el *sindicalismo revolucionario*, y lo mismo sucedió entre las fuerzas conservadoras y en el catolicismo, que sintieron una fuerte preocupación por un movimiento político que se identificaba con la Revolución Rusa y que se entrelazó con una fuerte movilización obrera y estudiantil. El libro caracteriza el llamado *maximalismo* y describe la preocupación que generó entre los sectores conservadores y católicos; este temor excedió las fronteras nacionales.⁶³

Por último, recientemente, retomando en buena medida algunas de las líneas que trazaron los trabajos de Gutiérrez y Romero, Roy Hora ha señalado el peso de la cultura católica y la estructuración de los Círculos de Obreros como parte de su argumentación de que la radicalización de las demandas de los trabajadores y la prédica antisistema encontraron serios obstáculos para expandirse en la Argentina finisecular, donde los trabajadores habrían vivido una experiencia concreta de progreso o —en su defecto— tenido expectativas de ascenso social.⁶⁴ En ese sentido, el autor resalta que libertarios y socialistas “no fueron los únicos intérpretes de las demandas populares, ni ofrecieron el único camino para hacer avanzar la causa de los trabajadores”. Entre estos otros actores que también intentaron interpretar las necesidades de los trabajadores mencionó a los católicos y a los industriales —por la convocatoria que hicieron en julio de 1899— y argumenta que lograron mayor movilización que las izquierdas.⁶⁵ A lo largo de la tesis se podrá ver por qué creo que esto no fue así.

Socialista (1912-1914) y los comienzos de la disidencia marxista en el PS”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 6, 2015, págs. 95-114.

62 CAMARERO, H., *Tiempos Rojos. El impacto de la Revolución rusa en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2017.

63 LVOVICH, D., “La Semana Trágica en clave transnacional. Influencias, repercusiones y circulaciones entre la Argentina, Brasil, Chile y Uruguay (1918-1919)”, en BERTONHA, J.F. y BOHOSLAVSKY, E. (Comp.), *Circule por derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, Buenos Aires: Ediciones Unga, Universidad Nacional de General Sarmiento, págs. 21-39; DÍAZ, H. (Coord.) *Espionaje y revolución en el Río de la Plata. Los archivos de una red diplomática de persecución al maximalismo (1918-1919)*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2019.

64 HORA, R., “Izquierda y clases populares en la Argentina, 1880-1945”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 23, 2019, págs. 53-75 y “Izquierda, trabajadores y orden oligárquico, 1880-1900”, *Nuevo mundo, mundos nuevos*, workshops, 2020.

65 HORA, R., “Izquierda, trabajadores y orden oligárquico, 1880-1900”, *Nuevo mundo, mundos nuevos*, workshops, 2020, pág. 4.

Un somero balance de los antecedentes abordados, habilita, en primer lugar, a hacer un señalamiento sobre cómo se amplió la atención e interés por la intervención del catolicismo entre los trabajadores en las últimas décadas. Si ya los primeros trabajos dieron cuenta de la presencia de católicos en los medios obreros y de su intervención en algunas huelgas a comienzos del siglo, en adelante la reconstrucción de este actor encontró dos grandes líneas de interpretación. Por un lado, aquellos trabajos que reconstruyeron los aspectos asociados a la actividad sindical, casi exclusivamente asociada a la práctica amarillista, y aquellos propios de una disputa en el terreno cultural, político y recreativo con las izquierdas. Por el otro, hubo otra línea interpretativa que, poniendo el acento en las capacidades del régimen de resolver el conflicto social, ha visto en la Iglesia y el catolicismo social un elemento clave en la integración de la clase trabajadora. Restan todavía por abordar importantes cuestiones, tales como la religiosidad de las trabajadoras y los trabajadores de la ciudad y la influencia concreta que la Iglesia Católica y las diversas organizaciones católicas pudieran tener sobre las formas de vida y la cotidianidad de los distintos miembros de las familias obreras.

Asimismo, sobresale la falta de análisis específicos sobre las confrontaciones ideológicas que tuvieron lugar en publicaciones, salones y calles. Por otra parte, entre los estudios dedicados a la historia de las izquierdas no se ha hallado un abordaje profundo de sus posturas sobre la religión y el anticlericalismo. De igual modo, en el caso del Partido Socialista, es llamativa la falta de resonancia de los debates en torno a los orígenes del catolicismo que habían tenido lugar en la socialdemocracia europea.

La historiografía sobre la Iglesia y el catolicismo social

Los estudios académicos sobre la historia de la Iglesia y del catolicismo han tenido un gran desarrollo en los últimos años. Esto a pesar de que, hasta los años ochenta del siglo pasado, fue un campo centrado, casi exclusivamente, en la labor de historiadores y centros de estudio que tenían un marcado carácter confesional.⁶⁶ La renovación historiográfica de los años ochenta, a la que ya he hecho referencia en el apartado anterior, dio lugar, sin embargo, a una producción académica no confesional o “laica” como

66 Sobre algunas de las ideas vertidas en este estado de la cuestión se pueden ver DI STEFANO, R., “De la teología a la historia: un siglo de lecturas retrospectivas del catolicismo argentino”, *Prohistoria*, núm. 6, 2002, págs. 173-201; LIDA, M. “Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, Núm. 27, 2005, págs. 139-148; DI STEFANO, R. y ZANCA, J., “Iglesia y catolicismo en la Argentina. Medio siglo de historiografía”, *Anuario de historia de la Iglesia*, Vol. 24, Universidad de Navarra, 2015, págs. 15-45.

también a la formación de espacios y programas de investigación en instituciones con una fuerte tradición crítica hacia la Iglesia Católica.⁶⁷

De manera relativamente similar a lo ocurrido con la historia obrera, la historia profesional mostró un importante desinterés por la historia religiosa durante la mayor parte del siglo XX. Asimismo, Roberto Di Stefano señaló como principal dificultad para consolidar un campo específico “laico” la hegemonía que logró en los medios eclesiásticos la idea metafísica de “nación católica” y el uso explícito de categorías propias de la teología. A su juicio, esta situación comenzó a revertirse en la década del sesenta, cuando unos pocos autores católicos buscaron, con mayor y menor eficacia, distinguir sus convicciones religiosas de su desempeño como investigadores.⁶⁸

Obviamente, la confesionalidad del campo no implicó una homogeneidad de contenidos. La Iglesia no es, ni ha sido nunca, una institución monolítica; por el contrario, ha demostrado ser un sujeto complejo y múltiple, compuesto de distintos actores con posicionamientos e intereses muchas veces divergentes entre sí. Hubo, no obstante, algunos intentos por centralizar y promover la producción histórica por parte de la jerarquía. Así, a comienzos de la década del cuarenta, se creó la Junta de Historia Eclesiástica Argentina (1942), con réplicas en algunas provincias, que impulsó la publicación de la revista *Archivum* a partir de 1943. Se trató, entonces, de articular la historia de la Iglesia con el pasado nacional y la formación del Estado.⁶⁹ Este fue el principal proyecto historiográfico de la Iglesia argentina, que incluyó la producción de sacerdotes y laicos hasta que, como consecuencia del Concilio Vaticano II y del desarrollo de la teología latinoamericana, se conformó otro espacio: la CEHILA (Comisión para el Estudio de la Historia de la Iglesia en América Latina y el Caribe).

La producción de la CEHILA rescató el carácter latinoamericano de la Iglesia, en contraposición con la tradición que la vinculaba únicamente a Roma; promovió una

67 Se utiliza el concepto en los términos propuestos por Roberto Di Stefano en “De la teología a la historia: un siglo de lecturas retrospectivas del catolicismo argentino” como una labor académica “exenta de connotaciones confesionales”, pág. 174. Néstor Auza, utiliza la expresión “civil” para denominar “a toda elaboración histórica que excluya intencional o inconscientemente de la reconstrucción histórica, el factor espiritual, religioso, eclesial”, AUZA, N., “La historiografía argentina y su relación con la Historia de la Iglesia”, *Teología*, núm. 47, 1986, pág. 57.

68 DI STEFANO, R., “De la teología a la historia: un siglo de lecturas retrospectivas del catolicismo argentino”, *Prohistoria*, núm. 6, 2002, págs.186-187.

69 En este terreno se destacaron el libro de Juan Carlos Zuretti, una monumental obra de doce volúmenes de Cayetano Bruno, *La historia de la Iglesia en la Argentina* (1966 – 1981), otros dos libros del mismo autor dedicados a la congregación salesiana — cuyo libro segundo avanza algunos años sobre el siglo XX (1981 y 1983)—; y los trabajos de Guillermo Furlong, centrados en periodos anteriores al abarcado por esta tesis. ZURETTI, J.C., *Nueva Historia Eclesiástica Argentina. Del Concilio de Trento al Vaticano II*, 1972 [con una versión previa en 1945].

historia “desde abajo” y a partir de la “perspectiva de los pobres”. También se observa allí un desplazamiento hacia una reconstrucción menos institucional y más atenta a las formas de religiosidad, a las organizaciones populares, la vida pastoral, y el mundo del clero y de los activistas laicos. Recogía, asimismo, una visión ecuménica que incluía a otras religiones cristianas.⁷⁰ En nuestro país, esta nueva historia encontró un terreno para expresarse luego de la última dictadura militar.⁷¹ En la misma dirección, recientemente, se publicó una obra colectiva, producida con el fin de trazar un recorrido de largo plazo en el que se reivindicaba a figuras que fueron a contracorriente del nacionalismo católico integrista.⁷²

Como consecuencia de la heterogeneidad de visiones dentro del catolicismo, una serie de producciones sobre la acción social católica buscaron valorizar, explicar y justificar la intervención de distintos actores religiosos. El historiador laico Enrique Udaondo, miembro de la Academia Nacional de la Historia, escribió la biografía de Luis de la Torre y Zuñiga, director Espiritual del Círculo de Obreros de San Cristóbal. El presbítero Manuel Sanguinetti hizo lo propio con otros dos curas párrocos de la ciudad de Buenos Aires, también involucrados con la obra de los Círculos de Obreros: Ángel Brasesco, de Balvanera, y Antonio Rasore, de la Merced.⁷³ Dentro del universo de la democracia cristiana, Ambrosio Romero Carranza, abogado laico y miembro de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina, escribió sobre *Ozanam y sus contemporáneos (1951)* e *Itinerario de monseñor de Andrea*, figuras que asociaba a la corriente social y humanista a la que él adscribía.⁷⁴

En el terreno de las biografías, se deben resaltar especialmente dos dedicadas a la vida y la obra de Federico Grote, ambas realizadas por miembros de la congregación del Santísimo Redentor. El primer relato fue escrito por Alfredo Sánchez Gamarra, quien había acompañado a Grote en sus últimos años de vida.⁷⁵ El autor ponía en boca del

70 DI STEFANO, R., “De la teología a la historia: un siglo de lecturas retrospectivas del catolicismo argentino”, *Prohistoria*, núm. 6, 2002.

71 AA.VV.: *500 años de cristianismo en Argentina.*, Centro Nueva Tierra, Buenos Aires, 1992.

72 Esta línea, que cobró fuerza después de la Segunda Guerra, es conocida como el *humanismo cristiano*. CAMUSSO, M., LÓPEZ, I., y ORGALI FABRE, M., *Doscientos años del humanismo cristiano en argentina*, EDUCA, Buenos Aires, 2012.

73 Sanguinetti formó parte del plantel que confeccionó los estatutos de la JHEA junto a Nicolás Fasolino y Guillermo Furlong. Fue párroco de San Pedro González Telmo e escribió la historia del barrio (1939; 1965).

74 SANGUINETTI, M., *El padre Brasesco, Balvanera y su barrio a través de la historia*, Buenos Aires, 1953 y *Antonio Rasore: párroco, fundador, periodista*, Buenos Aires, 1951; ROMERO CARRANZA, A., *Itinerario de Monseñor De Andrea*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1956.

75 SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Vida del Padre Grote redentorista: el apóstol de los trabajadores*, Federación de Círculos Católicos de Obreros, Buenos Aires, 1997. [1949]

misionero alemán datos e informaciones sumamente valiosos, tales como anécdotas, referencias de publicaciones y debates. La segunda obra ha sido publicada por Roberto Etcheverry.⁷⁶ En ella, el autor mantiene la distinción decisiva, establecida por Sánchez Gamarra y Néstor Auza, entre Grote y Monseñor De Andrea, que asigna al segundo un perfil más conservador y una mayor proximidad con la elite. No obstante, Etcheverry explica el desplazamiento de Grote de la dirección de los Círculos de Obreros también como parte de un cambio en la perspectiva eclesiológica que apuntaba a un manejo más centralizado y clerical de la cuestión social. Se adentra, asimismo, en las relaciones que el sacerdote alemán mantuvo con su comunidad religiosa, con los obispos y los Círculos —es significativa la disposición de fuentes documentales institucionales—. Por otro lado, Etcheverry precisa las elaboraciones más teóricas de Grote respecto de las huelgas, la sindicalización y el socialismo; y destaca su iniciativa de disputar a las izquierdas desde la calle.

La obra del historiador Néstor Auza se despliega a lo largo de varias décadas y puede ser ubicada como bisagra entre la historia religiosa y la académica. Este investigador, que participó de la JHEA y en varias universidades y organismos de investigación tanto públicos como privados, tuvo una vasta producción dedicada a la Iglesia y el catolicismo. Entre sus escritos, se destacan los que estudian el periodo de las llamadas leyes laicas, la inmigración y la prensa. Rescató, en más de una ocasión, el aporte de laicos católicos en la evolución social del país; al respecto, nos interesan los tres tomos de *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino* (1987-1988), en los cuales indicó la parcialidad con que, a su juicio, estaba siendo escrita la historia social.⁷⁷ Allí buscaba demostrar, ante todo, que el catolicismo había sido “un protagonista indudable en la historia del movimiento obrero argentino”, con un destacado rol en la producción y sanción de legislación laboral y social del país.⁷⁸ Por su mirada de conjunto y la disposición de material, resulta invaluable como obra de consulta; a su vez, es el estudio que estructuró la forma de pensar la historia de los Círculos de Obreros. Con una

76 ETCHEVERRY, R., *El padre Federico Grote. Un misionero entre los trabajadores*, Federación de los Círculos Católicos de Obreros, Buenos Aires, 2017.

77 AUZA, N., *Corrientes sociales del catolicismo argentino.*, Claretiana, Buenos Aires, 1984; *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, Tomo I, Ed. Docencia, Don Bosco y Guadalupe, Buenos Aires, 1987; *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Mons. De Andrea, realizaciones y conflictos*, Tomo II., Ed. Docencia, Don Bosco y Guadalupe, Buenos Aires, 1987, *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Proyecto episcopal y lo social*, Tomo III., Ed. Docencia, Don Bosco y Guadalupe, Buenos Aires, 1988.

78 AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, Tomo I, Ed. Docencia, Don Bosco y Guadalupe, Buenos Aires, 1987, pág. 16.

perspectiva similar, interesa rescatar un breve artículo de Pedro Santos Martínez que también incluye un repaso por los principales antecedentes de la acción católica entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.⁷⁹ En él, el historiador mendocino continuaba marcando la escasa presencia que, a fines de los años noventa, aún tenía la Iglesia Católica en los estudios del mundo del trabajo, las organizaciones obreras y la acción social del país. En su opinión, los estudios históricos de los problemas vinculados al mundo laboral habían sido considerados con una actitud excesivamente polémica, mutilada y sectorizada.

A pesar del tardío interés de los investigadores no vinculados a Iglesia por estos asuntos, en las últimas tres décadas el desarrollo del área ha sido verdaderamente notable, en su extensión y contenido. Siguiendo preocupaciones derivadas del retorno democrático de 1983, que buscaban establecer las matrices autoritarias de la historia argentina reciente, prevaleció una búsqueda en clave política del rol que la Iglesia había jugado en el siglo XX. Dos subtemas fueron centrales: la relación entre nacionalismo y catolicismo, y la relación entre el peronismo y la Iglesia. Estos estudios pioneros tendieron a considerar a la Iglesia como una entidad fuertemente golpeada por el impulso de la secularización y por las leyes liberales de finales de siglo XIX; en general, resaltaban rasgos de debilidad institucional al contrastarla con la realidad institucional posterior al año 1930. La bibliografía sobre Iglesia y peronismo, por otra parte, terminó de sedimentar esa imagen del deterioro institucional y religioso del período de hegemonía liberal, aunque también dejó planteada la búsqueda del lugar que la Iglesia había ocupado en la década del treinta.⁸⁰

Desde la sociología histórica, debemos destacar por su interés para este recorrido dos trabajos de Fortunato Mallimaci, en los cuales se remarcaba la heterogeneidad del movimiento católico durante el periodo 1880-1930.⁸¹ Corriéndose de las nociones de “catolicismo de derecha” o “de izquierda”, consideró que su división fundamental oponía

79 MARTINEZ SANTOS, P., “El R. P. Grote, los “Círculos de obreros” y el doctor Alfredo Palacios”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 1999-2000, págs. 72-73.

80 CAIMARI, L., *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel Historia, Buenos Aires, 1994; BOSCA, R., *La Iglesia nacional peronista. Factor religioso y factor político*, Sudamericana, Buenos Aires, 1997; BIANCHI, S., *Catolicismo y peronismo: religión y política en la Argentina, 1943-1955*, 2002; ZANATTA, L., *Del Estado liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1930 – 1946)*, UNQUI, Buenos Aires, 2005; GHIO, J.M. *La iglesia católica en la política argentina*, Prometeo, Buenos Aires, 2007; LIDA, M., “Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, núm. 27, 2005.

81 MALLIMACI, F., “El catolicismo entre el liberalismo integral y la hegemonía militar (1900-1960)”, en AA.VV.: *500 años de cristianismo en Argentina*. Buenos Aires: Centro Nueva Tierra, 1992, págs. 197-365.

a quienes eran más proclives a aceptar la religión como una cuestión privada y tenían una actitud de conciliación con el liberalismo y a aquellos que no aceptaban ese lugar para su fe, promovían una “recristianización” de la sociedad y la creación de un catolicismo para todas las esferas de la vida. A su vez, así como sucedía con liberales y socialistas, un sector del catolicismo también tuvo pretensiones hegemónicas, integrales o absolutas y, a pesar de esto, el catolicismo de tono intransigente, con discurso y acción antiliberal y antisocialista, no cuestionaba los fundamentos de la Argentina moderna —el parlamento, los partidos políticos, la legislación vigente, el régimen político—. Desde esta óptica, distinguió entre católicos *integralistas* e *integristas*. Además, observó que mientras primó el espíritu de “conciliación” entre los católicos, predominaron los “católicos sociales”; se trataba de un catolicismo a la defensiva frente a un Estado expansionista y frente a la desconfianza de la sociedad —en sus clases dirigentes y también populares—. ⁸² Este autor reconocía que, en la Argentina de principios de siglo, el catolicismo mantenía una estructura eclesial débil, aunque observaba que fue transitando poco a poco una recomposición.

Con el estímulo de toda esa producción inicial, Roberto Di Stefano y Loris Zanatta escribieron *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. ⁸³ Se trató de una obra general temprana, como han señalado sus autores en distintas oportunidades, por haber sido realizada antes de la disposición de estudios específicos sobre distintos momentos y regiones. Sin embargo, este libro trazó una mirada de largo plazo de la historia de la Iglesia y habilitó algunas líneas de interpretación que luego fueron abordadas con mayor detalle. En relación con el periodo que nos ocupa, señalaron que constituyó un momento de transición de la Iglesia Católica en el que convivieron elementos que podían ser tomados como señales de una institución débil y encerrada en sí misma o, por el contrario, de una institución en fase de recuperación y modernización. Después de 1880 surgió una corriente minoritaria preocupada por la cuestión social que le disputó a la jerarquía eclesiástica los espacios y contenidos de intervención del movimiento católico. De todos modos, los autores estimaron que, a partir de los trabajos de Auza, se había sobredimensionado la importancia de esta corriente. ⁸⁴ A consecuencia

⁸² Por eso, la presencia se canalizaba por medio de obras de caridad, procurando ayudar a los obreros y trabajar “para” los pobres. La preocupación por una presencia “social” entre los obreros al interior del movimiento católico se desarrolló casi paralelamente al surgimiento de organizaciones de organizaciones socialistas, anarquistas y liberales.

⁸³ DI STEFANO, R. y ZANATTA, L., *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Mondadori, Buenos Aires, 2010.

⁸⁴ DI STEFANO, R. y ZANATTA, L., *Op. cit.*, pág. 388.

de su escaso desarrollo, la jerarquía no la consideró como una herramienta útil para intervenir sobre la descristianización de la clase obrera y por eso sugirieron que, a pesar de su contenido conservador, muchas de sus iniciativas habían sido combatidas internamente.

A partir de allí el campo se complejiza notablemente. Durante la última década y media hubo al menos tres cursos de investigación que deben ser mencionados aquí: los estudios que revisaron teórica y prácticamente las tesis clásicas sobre la secularización, los estudios que se enfocaron en el catolicismo y su relación con la *cultura de masas* y aquellos que analizaron los discursos y las prácticas de acuerdo con la perspectiva de género. En primer lugar, a partir de la revisión de las nociones clásicas, los conceptos de secularización y laicidad han dejado de ser intercambiables, como de definir procesos definitivos o preanunciados y, del mismo modo, el anticlericalismo ya no remite única ni específicamente al campo liberal.⁸⁵ Esta producción, también, permitió dimensionar hasta qué punto la influencia de este paradigma había distorsionado la historia del catolicismo en el mundo contemporáneo. A partir de entonces comenzaron a visibilizarse procesos de reacomodamiento y cambio que habían sido ignorados o interpretados como indicadores de un declive religioso inexorable en el ingreso a la modernidad.

En segundo lugar, otra línea de trabajo que se abrió sobre la primera mitad del siglo XX fue aquella focalizada en la relación entre el catolicismo y la *sociedad de masas*.⁸⁶ Esta línea, que reconocía su herencia en los trabajos de Luis Alberto Romero — Lida y Mauro incluyeron en la compilación el artículo sobre la parroquia de San Bernardo antes mencionado—, cuestionó que el año 1930 hubiese constituido un parteaguas total en la historia del catolicismo. De este modo, el libro incorporaba una serie de investigaciones que relevaron la etapa en diferentes escenarios nacionales tales como Santa Fe, La Pampa, Córdoba, Tucumán y la ciudad de Buenos Aires buscando continuidades en el plano social, político y cultural, a partir de una exploración “de las

85 DI STEFANO, R., *Ovejas negras: Historia de los anticlericales argentinos*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010; “El pacto laico argentino (1880-1920)”, *Polhis*, núm. 8, 2011, págs. 80-89; “¿De qué hablamos cuando decimos “Iglesia”? Reflexiones sobre el uso historiográfico de un término polisémico.”, *Ariadna Histórica*, Núm. 9, Universidad del País Vasco, 2012, págs. 195-220; MAURO, D., y MARTINEZ, I., *Secularización, Iglesia y política en Argentina. Balance teórico y síntesis histórica*, Rosario: Fhumyar Ediciones, 2015; MALLIMACI, *El mito de la Argentina laica. Catolicismo, política y Estado*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2015; Di STFANO, R. y ZANCA, J. (Comps.), *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos XIX y XX)*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2016; etc.)

86 LIDA, M., y MAURO, D., *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950*, Prohistoria, Rosario, 2009.

sutiles líneas de continuidad” entre el catolicismo de fines del siglo XIX y aquel otro que se mostró su rostro triunfal en los congresos eucarísticos de la década del treinta.

En particular, Miranda Lida y Diego Mauro han reconstruido el dinamismo de la Iglesia Católica en la primera mitad del siglo XX, colocándolo tempranamente en una política de movilización de masas. Entre los intereses de estos dos autores estuvo vincular la historia de la Iglesia y el catolicismo con procesos más generales que afectaron a la sociedad argentina en el periodo, tales como la urbanización y modernización cultural, y que abordaron a través del cine, la prensa, el consumo y la publicidad, el deporte, entre otros. Por su parte, Lida produjo una abundante cantidad de artículos en los que describió distintos aspectos sociales, culturales y político-organizativos del catolicismo en Buenos Aires entre los dos concilios (1869-1965). Tomó como centro de sus artículos a diferentes sujetos y personajes de la sociedad: la prensa católica, los militantes antifascistas, los niños, la comunidad de italianos, la vida de Gustavo Franceschi y Monseñor de Andrea.⁸⁷ Muchas de estas inquietudes fueron retomadas y sintetizadas en un libro reciente en el que presenta una nueva imagen de Iglesia y del catolicismo porteño que incluye heterogeneidad, *modernidad* y cosmopolitismo.⁸⁸ En una línea similar, Diego Mauro prestó especial atención a los *procesos de cambio religioso* en el periodo de entreguerras en sus estudios sobre el catolicismo santafecino. Lo hizo, por ejemplo, mediante el examen de diversas estrategias “modernas” y “secularizadas” en la producción periodística, en las movilizaciones devocionales y su organización mutua y, a partir de algunos grupos, sectores o personajes políticos tanto en Santa Fe como en la ciudad de Rosario —tales como demócratas cristianos, antifascistas, anti reformistas, etcétera—. ⁸⁹

87 LIDA, M., “Catecismo, cine y golosinas. La iglesia católica y la infancia a comienzos del siglo XX”, *Todo es Historia*, n° 457, 2005; “¡A Lujan! Las comunidades de inmigrantes y el naciente catolicismo de masas. 1914-1934”, *Revista de Indias*, núm. 250, 2010; *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo, 1900-1960*, Biblos, Buenos Aires, 2012; *Monseñor Miguel de Andrea. Obispo y hombre de mundo (1877-1960)*, Edhasa, Buenos Aires, 2013; LIDA, M. y FABRIS, M. (Comps.), *La revista Criterio y el siglo XX argentino. Religión, cultura y política*, Prohistoria, Rosario, 2019.

88 LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina. Entre el siglo XIX y el XX*, SXXI, Buenos Aires, 2015.

89 MAURO, D., *De los templos a las calles. Catolicismo, sociedad y política. Santa Fe, 1900-1937*, Prohistoria, Rosario, 2010; “El mutualismo católico en la Argentina: el Círculo de Obreros de Rosario en la primera mitad del siglo XX”, *Historia Crítica*, Bogotá, 2015, págs. 181-205; “Las multitudes católicas argentinas en la primera mitad del siglo XX. Religión, política y sociedad de masas”, *Quinto Sol*, núm.3, 2015; “Católicos antifascistas en Argentina (1936-1943). Luigi Sturzo y las tramas locales de People & Freedom Group”, *Itinerantes*, 2017, págs. 9-32; “La democracia cristiana en Argentina. Formaciones políticas, partidos y vínculos transnacionales (1912-1967)”, *AYER. Revista de Historia Contemporánea*, Madrid, 2018; entre otros.

Una cantidad de estudios abordaron las estrategias con las cuales el catolicismo intentó “recuperar” a la clase trabajadora de la influencia de las izquierdas.⁹⁰ Sobre los Círculos de Obreros, una variedad de autores han reconstruido en clave local muchos aspectos de las prácticas mutualistas y los imaginarios e identidades creadas en torno a estos.⁹¹ Con algunas importantes excepciones que se señalarán seguidamente, la mayoría de estos trabajos sobre los Círculos de Obreros prácticamente no han abordado la actividad llevada adelante dentro del movimiento obrero y sindical. De hecho, solo unos pocos trabajos apuntaron a las vinculaciones entre este proyecto católico y las patronales.⁹² Lida remarcó su carácter interclasista y las dificultades que esta organización tuvo para dar respuesta a la integración de las mujeres, los trabajadores, los jóvenes y los inmigrantes.⁹³ Por su parte, Mauro ubicó la edad de oro del Círculo de Obreros de Rosario entre 1915 y 1931, y, en discusión con otros autores, como Auza, Zanatta y Ghio, le asignó un rol central en dicho desarrollo al accionar de los demócratas

90 Algunos trabajos se han abocado a la acción social del catolicismo, enfocándose en la Acción Católica Argentina y sus derivaciones. ACHA, O, “Tendencias de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960)”, *Travesía*, núm. 12, 2010, págs. 7 - 42; BURGOS, M., “Asociaciones católicas para obreros: Córdoba 1930 – 1940”, *Modernidades, La Historia en diálogo con otras disciplinas*, núm. 11, FFyH-UNC, 2010; BLANCO, J., “Componentes identitarios del imaginario de la Juventud Obrera Católica”, *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, Núm. 10, Córdoba, 2008; BLANCO, J., “Tras la huella católica en los sindicatos. Una aproximación comparativa a los casos de Mendoza y Córdoba (1943-1945)”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Núm. 13, Buenos Aires, 2018, págs.75-95; QUEIROLO, G., Op. cit.; MARTIN GUTIERREZ, S., “Entre agujas y catecismo. Representaciones de género y estrategias políticas en el trabajo. El sindicato de costureras de Buenos Aires y la campaña en defensa del trabajo a domicilio (1936-1946)”, *Seria V Historia Contemporánea*, núm. 39, Madrid, 2019, págs.129-150.

91 Sobre el Círculo de Obreros de Córdoba, de Mar del Plata, Tucumán, Nogoyá (Entre Ríos): VIDAL, G., “Ciudadanía y asociacionismo. Los Círculos de Obreros en la ciudad de Córdoba, 1897-1912”, *Revista Escuela de Historia*, núm. 5, Salta, 2006; SANGRILLI, C., “La cuestión social en Mar del Plata de principios del SXIX. Una mirada desde el círculo Católico Obrero”, en VIII Jornadas de Investigadores del Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2010; ROSELLI, S., “El “Centro Católico” de Tucumán: los conflictos en el interior de este círculo obrero y su relación con el P. F. Grote” en AA.VV., *Para una historia de la Iglesia. Itinerarios y estudios de caso*, CEPIHA, Salta, 2008; SEGURA, C. “Desde abajo y desde adentro. Un estudio sobre la construcción del catolicismo en clave local entre principios del siglo XX y la década de 1940, Nogoyá, Entre Ríos.”, Tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Rosario, 2020, págs. 71-94. Con mención de los círculos bonaerenses: LEONARDI, Y., “La propuesta cultural de los Círculos Católicos de Obreros en la Argentina durante las primeras décadas del siglo XX”, *Cultura y Religión*, núm. 2, 2020, págs. 1-16. También, se ha avanzado en materia de estudios comparativos. VIDAL, G., “Organizaciones católicas para trabajadores. Los Círculos de Obreros de Córdoba y Rosario a comienzos del S. XX”, *Cuadernos del Sur*, 2010, págs. 203-225 y MARTÍN, M. P., *Los católicos y la cuestión obrera. Entre Rosario y Buenos Aires (1892-1919)*, Ediciones Cehti/ Imago Mundi, Buenos Aires, 2020, que se presentará seguidamente.

92 LANDABURU, A., “El proyecto católico para los trabajadores, una respuesta al problema social. Tucumán”, 5to. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo (ASET), 1,2 y 3 de agosto de 2001; RAPALO, M. E., “La relación entre los Círculos de Obreros y los sectores patronales en las dos primeras décadas del siglo XX”, *Prismas. Revista de Historia intelectual*, núm. 9, 2005, págs. 141-154.

93 LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, op. cit. y “La caja Pandora del catolicismo social: una historia inacabada”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 13, 2018, págs. 13-31.

cristianos que llegaron a la dirección del Círculo en 1910.⁹⁴ A mediados de la década del veinte, el Círculo de Obreros de Rosario llegó a tener siete mil socios y ser la entidad más grande en su tipo.

En una investigación de largo aliento, María Pía Martín abordó en profundidad la relación entre catolicismo y mundo del trabajo a través del Círculo de Obreros de Rosario (COR), y la manera en que tal experiencia derivó en la constitución de una elite política de la ciudad. Aunque su punto de partida fue una pregunta que estuvo presente en otros trabajos —esto es, cómo se constituyó desde abajo la *nación católica*—, ésta no había sido abordada desde el mundo del trabajo.⁹⁵ Martín argumentó que el COR constituyó un espacio privilegiado para la formación de la elite dirigente rosarina de la década del treinta. Esto se debió a su rol en la difusión del catolicismo social, a las iniciativas que llevaron a cabo para hacer frente a la *cuestión social* y, fundamentalmente, a la constitución de redes que actuaron en múltiples espacios, vinculados a instituciones católicas, sociales, del gobierno como también del incipiente nacionalismo local. Esta línea de investigación está presente en otros trabajos en los cuales la autora abordó la relación entre catolicismo y política rosarina. En ellos mostró cómo los católicos ganaron terreno en una ciudad que a principios de siglo se presentaba como la más laicista del país.⁹⁶

En relación con el movimiento obrero, María Pía Martín sostiene que el pico de conflictividad de los primeros años del siglo condujo a los católicos a una actividad amarillista que no había sido inicialmente planificada. No obstante, tanto la colaboración con la patronal como la confrontación con las sociedades de resistencia resultaron inconvenientes para el desarrollo de la institución, dado que esto tendió repercutir negativamente en la cantidad de asociados.⁹⁷ Entre los muchos aportes de esta obra se

94 Estas explicaciones asociaron la política de centralización impulsada por el papado, que les quitó autonomía a las asociaciones laicales y las puso bajo el control de la jerarquía (UPCA y luego, ACA), con la decadencia relativa de los Círculos de Obreros. MAURO, D., “El mutualismo católico en la Argentina: el Círculo de Obreros de Rosario en la primera mitad del siglo XX”, *Historia Crítica*, Bogotá, 2015, pág. 184.

95 MARTÍN, M. P., *Iglesia católica, cuestión social y ciudadanía. Rosario-Buenos Aires, 1892-1930*, Tesis doctoral UNR, 2012. Esta tesis ha sido publicada recientemente; MARTÍN, M. P., *Los católicos y la cuestión obrera...*, op. cit.

96 MARTÍN, M. P., “Los católicos en el debate del centenario de la Revolución de Mayo: nacionalismo, cuestión social y ciudadanía (1910-1919)”, en *Conexión*, núm. 8, 2010, págs. 1-21; “La ciudad “más descreída” cambia de rumbo. Católicos y política en la ciudad de Rosario de Santa Fe (1924-1943)”, *Historia Regional*, ISP N° 3, núm. 34, 2016, pág. 7-20.

97 Es importante señalar que algunos autores como Auza y Etcheverry han sostenido que el crecimiento de los Círculos fue variable pero constante durante el periodo estudiado. De ser esto así se trataría de un desarrollo que tuvo independencia de los flujos y reflujos del movimiento obrero.

destaca su interés por explicar las características específicas de las experiencias de agremiación católica tanto en la ciudad de Rosario como Buenos Aires, aunque en esta última solo se explora un caso en profundidad. Este estudio adelantó una cantidad de preocupaciones que son retomadas en esta investigación, como las características de la actividad sindical de los Círculos de Obreros o la preocupación por los intercambios que hubo con otras corrientes en materia de organización y conflicto. Desde allí, en este trabajo, nos encaminamos a mostrar los vínculos con las izquierdas en el plano teórico y también práctico, que fueron menos abordados en la obra. Tras identificar y observar las prácticas sindicales y la dinámica que siguieron, nuestro principal interés es ponerlas, en todo momento, en relación con la trayectoria del movimiento obrero y de las izquierdas. La presente tesis también opera con una escala local, aplicada al contexto porteño.

Recientemente un investigador extranjero, Thomas Gerdes, revisó algunas ideas clásicas sobre el catolicismo social entre 1880 a 1919 e introdujo una perspectiva de análisis transnacional.⁹⁸ Su objetivo fue reconstruir las respuestas católicas (concepciones y prácticas) frente a la cuestión social con una mirada atenta a las transferencias entre Europa y la región del Río de la Plata —en realidad, la Ciudad y la provincia de Buenos Aires—. El autor hace una revisión profunda de la obra de Auza referida al catolicismo social argentino. Sostiene que, al intervenir en debates internos del catolicismo tomando partido por los sectores demócratas cristianos y criticando fuertemente a la jerarquía, ha tendido a sobreestimar la participación de los primeros y a disminuir la participación de la segunda. También critica la historia elaborada por Auza por no tener medios tonos, ver la actuación de Grote como exclusivamente positiva y haber asumido los objetivos de la democracia cristiana.

Con un interés puesto en la esfera política y teniendo como antecedentes los trabajos de Eduardo Zimmermann y Lilia Ana Bertoni, una serie de trabajos ha venido estudiando específicamente la acción de los católicos. Al reconstruir la conformación de una corriente liberal reformista que intervino con iniciativas que pretendían abordar la cuestión social dentro del orden político liberal-conservador, Zimmermann se había ocupado extensamente de las otras corrientes ideológicas como socialistas y católicos con que dicha corriente convivía en espacios e instituciones.⁹⁹ En su estudio, se destacaba la

98 GERDES, T., *La Semana Trágica y la perspectiva del catolicismo sobre la cuestión social en el Río de la Plata, 1880-1919*, Eduvim, Villa María, 2016.

99 ZIMMERMANN, E., *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

trayectoria de referentes del catolicismo social tales como Indalecio Gómez o Alejandro Bunge. Del mismo modo, una serie de artículos de Lilia Ana Bertoni había explorado el surgimiento de condiciones favorables para la unión entre nación y religión entre el fin de siglo y el Centenario y la relación entablada entre la Iglesia y el Estado en la década del noventa y los primeros años del siglo XX.¹⁰⁰ En este sentido, Martín Castro analizó la participación de católicos en el llamado orden conservador, en el espacio reformista y la existencia de experiencias diversas que, sin lograr consolidarse, expresaron un debate abierto en el campo católico en torno a la estructuración de una organización política propia —secularización política—. ¹⁰¹ Desde Córdoba, Belén Portelli estudia la obra del diputado católico Arturo Bas, tras la ley Sáenz Peña participó del armado del Partido Constitucional y algunos años después, se acercó e integró en 1919 a la Unión Cívica Radical de Córdoba (de tendencia azul).¹⁰²

Por último, la tercera línea que debe estar presente en este recorrido bibliográfico es aquella que analizó el lugar de las mujeres en los discursos y prácticas católicas, como también las concepciones de género. El afianzamiento de los estudios sobre la historia de las mujeres y con perspectiva de género condujo a una renovación de las preguntas en torno a los discursos doctrinarios, la religiosidad y el activismo católico femenino. De hecho, en la última década, una serie de trabajos comenzaron a incorporar perspectivas generizadas para pensar el lugar de la mujer en la prensa y los discursos, a la participación de las mujeres en asociaciones sociales y culturales.¹⁰³ También para

100 BERTONI, L. A., “La opinión política de los católicos y la cuestión nacional. 1880-1910”, *Prismas*, núm. 9, 2005, págs. 133-140 y “¿Estado confesional o estado laico? La disputa entre librepensadores y católicos en el cambio del siglo XIX al XX”, En BERTONI, L. A. y de PRIVITELLI, L., *Conflictos en Democracia. La vida política argentina entre dos siglos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.

101 CASTRO, M.O., “Nacionalismo, cuestión religiosa y secularización política en la Argentina a comienzos del siglo XX: 1900-1914”, *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, núm. 2, 2009; *El ocaso de la república oligárquica. Poder, política y reforma electoral*, Edhasa, Buenos Aires, 2012; “Catolicismo y secularización política en la Argentina de la primera mitad del siglo XX desde una perspectiva comparada”, *Boletín de la BCN*, núm. 129, 2015, págs. 101-110.

102 PORTELLI, M. B., “Catolicismo y reforma social en la Argentina a comienzos del siglo XX. Una mirada desde el pensamiento y la obra de Arturo M. Bas”, *Transhumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 9, Ciudad de México, 2017, págs. 52 – 77.

103 ACHA, O., “Las percepciones de género según el catolicismo argentino plasmadas en *Criterio*, 1928-1943”, *Signos Históricos*, núm. 5, 2001, págs. 141-173; BRACAMONTE, L., “Catolicismo y condición femenina: representaciones de género sobre la maternidad y la domesticidad en la prensa del sudoeste bonaerense argentino a principios del siglo XX”, *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, México, 2014, págs. 87-108; CALVO, N., “Cuidar la familia, forjar la nación”. La institución matrimonial y el modelo de familia. Argentina, Siglos XIX-XX, *Prohistoria*, núm. 27, 2017, págs. 37-54; MEAD, K., “Gender, Welfare and the Catholic Church in Argentina: Conferencias de Señoras de San Vicente de Paul, 1890-1916”, *The Americas*, vol. 58, 2001, págs. 91-119; LIDA, M., “Dios no creó a la mujer para bibelot. Revistas católicas femeninas de la década de 1920” en *Estudios de historia religiosa*, Prohistoria, Rosario, 2013, págs. 139-161; BIANCHI, S., “Acerca de las formas de la vida religiosa femenina. Una aproximación a la historia de las congregaciones en la Argentina”, *Pasado Abierto*, núm. 1, 2015, págs. 168-199;

abordar organizaciones que se dirigían explícitamente a los varones —como los Círculos de Obreros—. ¹⁰⁴ Para finalizar, cabe mencionar un trabajo pionero referido a estos temas que introdujo la relación con las izquierdas al abordar los discursos sobre la emancipación de la mujer y la Iglesia Católica en la prensa socialista de La Pampa. ¹⁰⁵

El interés en medios académicos no confesionales por la participación de la Iglesia en la historia argentina creció notablemente desde la caída de la última dictadura en 1983. A partir de entonces, progresivamente, se ha desplazado el foco de interés de la institución a las organizaciones católicas de base territorial o sectorial de consagrados y de laicos. Así, pasadas las décadas del ochenta y noventa, revistieron mayor interés los modos y las estrategias con que el catolicismo, entendido como un sujeto múltiple y plural, desplegó para vincularse con la sociedad y con el Estado aun en el contexto de hegemonía liberal. Como se ha podido apreciar, la mayor producción sobre el catolicismo social se produjo en este campo, aunque aquí el interés por el mundo de los trabajadores ha sido menor. En el caso de los Círculos de Obreros de la ciudad de Buenos Aires, se advierte, sin embargo, que han sido analizados desde la experiencia del Círculo Central o como parte de un relato nacional. En general, aquellas situaciones más conflictivas que hemos señalado como un rasgo sobresaliente del campo dedicado a los trabajadores y a las izquierdas han quedado aquí relegadas a la mención, siendo los aspectos más desarrollados aquellos que tuvieron que ver con el proyecto alternativo que propusieron estos sectores. A su vez, si bien la mayoría de estos trabajos dieron cuenta del carácter antiizquierdista del catolicismo social, salvo algunas excepciones, no fueron analizadas las formas concretas que este asumió. Así, ha quedado pendiente un examen de aquellas coyunturas de aguda conflictividad social que conmovieron la ciudad —tales como la Semana Roja (1909), las huelgas del Centenario (1910) y, en menor medida, la Semana Trágica (1919)—. Asimismo, como habíamos indicado, resulta un área de vacancia el análisis sobre las

BRACAMONTE, L., “La organización normativa de la comisión central de señoras cooperadoras salesianas: género y sociabilidad. Argentina, 1900-1926”, *Historia, Questoes e Debates*, vol. 6, 2017, págs. 145-173.

104 VIDAL, G., “Asociacionismo, catolicismo y género. Córdoba, finales del siglo XIX, primeras décadas del siglo XX”, *Prohistoria*, núm. 20, Rosario, 2013, págs. 45-66; MAURO, D., La "mujer católica" y la sociedad de masas en la Argentina de entreguerras. Catolicismo social e industria cultural en la ciudad de Rosario (1915-1940)", *Hispania Sacra*, vol. 66, 2014, págs. 235-262; LIDA, M., “Círculos de Obreros, nación, masculinidad y catolicismo de masas en Buenos Aires (1892- década de 1930)”, *Anuario de la Escuela de Historia*, núm. 28, 2016.

105 DI LISCIO, M. S. y RODRIGUEZ, A. M., “El socialismo y la Iglesia. Aportes sobre la condiciona femenina 1918-1929”, en KNECHER, L. y PANAI, M., *La mitad del país: la mujer en la sociedad argentina*, CEAL, Buenos Aires, 1994, págs. 341-354.

disputas en el plano de las ideas que las izquierdas entablaron con el catolicismo social y viceversa.

Los aspectos conflictivos de la intervención del catolicismo social entre los trabajadores también fueron abordados en el campo de estudios que se ha especializado en la organización empresarial y las derechas. En estos trabajos el catolicismo representa una de las vertientes que conformaron las *derechas* —el plural fue incorporado a la historiografía argentina a partir de Sandra McGee Deutsch para dar cuenta justamente de la existencia de distintas tradiciones—, aun así, suele reconocerse que trata de una definición “esencialmente problemática”.¹⁰⁶ Es de resaltar que estos estudios no sólo no se abocaron a la coyuntura conflictiva —más explorada— de comienzos de siglo, sino que fundamentalmente reconstruyeron especialmente aquella que tuvo lugar durante la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen.

En su obra clásica sobre el radicalismo, David Rock le asignó a la Iglesia Católica una posición política y económica menor a la que tuvo en otros viejos territorios del Imperio Español. En Buenos Aires observó que prevaleció una tradición más secular, con sectores de la elite que se “habían ganado la fama de anticlericales”, pese a lo cual consideraba que la Iglesia continuó siendo un elemento que debía tenerse en cuenta por la “enorme gravitación” que ejerció, precisamente, en cierto sectores de dicha elite.¹⁰⁷ A propósito de la huelga de enero de 1919 y de la Gran Colecta Nacional, observaba que los argumentos para crear los Círculos de Obreros y organizar la colecta eran parecidos a los intentos de la Liga Patriótica de influir en el sistema educativo y sindical.¹⁰⁸ Respecto al vínculo entre el catolicismo social y la Liga Patriótica Argentina hubo dos interpretaciones: por un lado, la consideración de que se trataba del sector más progresivo dentro de los católicos y que, por lo tanto, su vinculación con la Liga Patriótica fue engrandecida por la prensa.¹⁰⁹ Por el otro, el catolicismo social fue interpretado como un antecedente directo de la Liga y de la contrarrevolución en la Argentina, así como también

106 MC GEE DEUSTCH, S., *Las derechas en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939*, Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 2005; BOHOSLAVSKY, E., “El problema del sujeto ausente (o por qué no tuvo un partido de derecha como la gente)”, BOHOSLAVSKY, E. (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2011.

107 ROCK, D., *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Amorrortu, Buenos Aires, 2010, pág. 17.

108 ROCK, D., Op. cit., pág. 207.

109 CATERINA, L.M., *La Liga Patriótica argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del 20*, Corregidor, Buenos Aires, 1995.

de las políticas que desarrollaría la Asociación del Trabajo.¹¹⁰ Estas dos investigaciones tienen en común su atención por aquellos que sucedía entre las y los trabajadores y en el movimiento obrero. Desde otro lado, el trabajo de Daniel Lvovich estudió las raíces históricas de la persistente presencia de un antisemitismo difuso o ideológicamente elaborado como contracara del “relativamente rápido y exitoso” proceso de integración de los judíos a la sociedad argentina.¹¹¹ Especialmente, analizó el lugar de los voceros católicos en la difusión de concepciones conspirativas sobre los judíos que circulaban en el mundo a fines del siglo XIX. Si bien considera que su alcance social fue restringido, por la influencia política y cultural que tenía la Iglesia en esa etapa, su importancia radica en que lo considera un precedente del pensamiento nacionalista. Con tal objetivo, el autor incorpora posicionamientos e intervenciones de instituciones y referentes del catolicismo social, los Círculos de Obreros y la Unión Popular Católica Argentina, en la coyuntura de la Semana Trágica y en los años posteriores cuando se debilita el consenso liberal. Recientemente, el trabajo de Mercedes López Cantera ha profundizado en los orígenes de los discursos y prácticas anticomunistas en Argentina, a los que el catolicismo local contribuyó a delinear.¹¹² Asimismo, la intervención católica sobre la cuestión obrera incluyó experiencias de reforma social de un grupo reducido de empresarios que colaboraron con la estrategia de contención social, mejorando las condiciones de vida de sus empleados y, al mismo tiempo, promocionando valores morales y religiosos.¹¹³

Por todo esto, creemos que una historia de la experiencia de los Círculos de Obreros y de su intervención en el mundo de los trabajadores entre fines del siglo XIX y comienzos del XX debe dar cuenta tanto de aquellos aspectos conflictivos y de confrontación física e ideológica como también de aquellos otros de tipo consensual o propagandístico que se desplegaron sobre distintos miembros de la familia trabajadora. Para ello, resulta relevante realizar un entrecruzamiento de fuentes de origen católico con aquellas pertenecientes a sectores sindicales y de las izquierdas. Un ejercicio que,

110 MC GEE DEUTSCH, S., *Contrarrevolución en la Argentina 1900-1932, La Liga Patriótica Argentina*, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2003; RAPALO, M. E., *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012.

111 LVOVICH, D., *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 2003, pág. 20.

112 LÓPEZ CANTERA, M., *Orígenes y consolidación del anticomunismo en Argentina (1917-1943)*, Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2019.

113 CEVA, M. “El catolicismo social, la cuestión obrera y los empresarios en el contexto de la primera mitad del siglo XX”, en TOURIS, C y CEVA, M., *Avatares de la ‘Nación Católica’. Cambios y permanencias en el campo religioso de la Argentina Contemporánea*, Biblos, Buenos Aires, 2012, págs. 37-51.

prácticamente, no se ha realizado entre estas dos grandes tradiciones políticas que se disputaban un mismo sujeto social. Esto no implica, en modo alguno, dejar de lado las vinculaciones que los Círculos de Obreros promovieron —como parte de su estrategia social— con sectores patronales, organismos y funcionarios estatales.¹¹⁴

La experiencia de los Círculos de obreros en el mundo de los trabajadores: problemas, hipótesis y objetivos

Cuando en el último tercio del siglo XIX las ideas de cambio social y de emancipación irrumpieron en el escenario público de la mano de diferentes variantes de la izquierda política y transformaron radicalmente el mundo de los trabajadores, emergieron también otros tipos de programas sociales dirigidos al mismo sector. De hecho, las condiciones sociales y políticas que posibilitaron el ascenso de la izquierda y su fusión con el movimiento obrero europeo —las consecuencias sociales de la revolución industrial, la formación de los estados nacionales, los movimientos por la ampliación de derechos políticos y la irrupción de la política de masas, entre otras— generaron, también, una arena propicia para el surgimiento de una corriente dentro del catolicismo —el integralismo— que ofreció una versión de la cristiandad como utopía política, un planteo programático —luego sintetizado por León XIII en la encíclica *Rerum Novarum* (1891)— y una fuente de apelación militante que implicaba cierto compromiso de los católicos con el cambio social —entendido este último en el sentido de una *recristianización*—.¹¹⁵

En esa época y, especialmente, durante el periodo de ascenso de los movimientos socialistas (1890-1914) entre los contemporáneos era frecuente la impresión de que se había producido cierto corrimiento o alejamiento de los trabajadores —en particular, varones— de la práctica religiosa y, se sobreentendía que también de la fe. Esto era así tanto para quienes pertenecían a las filas católicas como para quienes se colocaban del

114 La mayoría de los trabajos que estudiaron el catolicismo social fuera de nuestro país se concentran en las experiencias europeas y los años de la Acción Católica. Aun así, hemos visto estudios sobre las experiencias en Chile, Uruguay y Perú. En general, forman parte de los estudios sobre la historia de la Iglesia Católica o de aquellos escritos en clave de historia política o nueva historia política que retoman la reconfiguración del Estado ante la emergencia de la llamada cuestión social. CUBAS RAMACCIOTTI, R., “La *Rerum Novarum* y su influencia en el catolicismo social peruano: la experiencia de los Círculos Católicos de Obreros (1891-1931)”, *Revista de Historia y Geografía*, núm. 36, 2017, págs. 21-43; STUVEN, A. N., “El “Primer Catolicismo Social” ante la cuestión social: un momento en el proceso de consolidación nacional”, *Teología y vida*, núm. 49, 2008, pág. 483-497. En el caso español, el texto clásico de Feliciano Montero García abrió un campo de indagación más vasto, algunos de estos trabajos se citarán más adelante. MONTERO GARCIA, F., *El primer catolicismo social y la Rerum Novarum en España, 1889-1902*, CSIC, Madrid, 1983.

115 MAURO, D., “Catolicismo y secularización en Argentina y Uruguay: 1900-1950. Perspectivas y debates para una historia comparada”, *Anuario de la Escuela de Historia*, núm. 28, Rosario, 2016, pág. 6.

lado opuesto: socialistas, anarquistas, librepensadores, etc. La principal diferencia era que mientras que para unos este fenómeno era posible de ser corregido, para los otros formaba parte de un proceso progresivo asociado al desarrollo de la ciencia, de las sociedades modernas y de las conciencias.

De todos modos, como ya había observado Eric Hobsbawm, tal disminución de la práctica religiosa no era equiparable a un aumento del descreimiento. En su perspectiva, la disminución —utilizó, en realidad, el término “ocaso”¹¹⁶— de la práctica religiosa no debía ser confundida con una conversión “en regla al ‘descreimiento’”.¹¹⁷ Tal fenómeno, según el historiador inglés, siguió siendo minoritario y se hallaba asociado, principalmente, con la izquierda política, que lo consideraba un símbolo del compromiso ideológico.

Algunos historiadores han intentado cuantificar este fenómeno, pero la tarea no resulta tan sencilla, incluso en países como los de Gran Bretaña, que cuentan con una tradición de historia obrera consolidada, la cual ha producido y conservado un valioso material estadístico y abundantes testimonios orales. Estos últimos sugieren porcentajes de asistencia a las iglesias mayores a lo que se reconocía en los estudios previos.¹¹⁸ Así, estudios que utilizaban entrevistas a trabajadores mujeres y varones nacidos entre 1872 y 1906 en zonas industriales consignaban aproximadamente un 40% de asistencia promedio, con variaciones significativas en distritos como Londres, donde esta descendía sensiblemente, y Gales y Escocia, donde subía también de manera notable.¹¹⁹

Pierre Perrand observó, para el caso francés, que la imagen del “buen trabajador” —mal vestido, con frío, hambre y viviendo en un “tugurio” junto a una esposa e hijos en harapos— que asumía su suerte con resignación y confianza en la Providencia era más una cuestión de literatura piadosa que una realidad.¹²⁰ Más aún, sin asociar linealmente la pobreza endémica, el pauperismo y la indigencia moral con la

116 El uso de la palabra “ocaso” da cuenta de cómo se veía el problema religioso aún en la década del ochenta.

117 A su vez, Eric Hobsbawm advertía que las cifras de ateísmo, en el caso de que existieran, estarían por debajo del descreimiento real. HOBBSAWM, E., “La religión y la ascensión del socialismo”, *op. cit.*, pág. 57. De hecho, aunque referido a un periodo posterior, Jessica Blanco relata que para la militancia de la Juventud Obrera Católica no era importante la asistencia a la misa dominical; y eso, claro está, no aminoraba su fe ni su participación. Dicho en sus palabras: “no significa que fueran menos católicos que otros militantes, sino que nos encontramos ante diferentes formas de ver y vivir la religión, con una comprensión más popular y flexible de esta”. BLANCO, J. *Historia de una relación impensada. El catolicismo en los sindicatos durante el peronismo*, Eudem, Buenos Aires, 2021, pág. 72.

118 MCLEOD, H., *Religion and the Working Class in the nineteenth-century Britain*, Studies in Economic and Social History, MacMillan Press, London, 1984, pág. 12.

119 Ídem.

120 PERRAND, P., *L'église et les ouvriers en France (1840-1940)*, Éditions Hachette, Paris, 1984.

indiferencia u hostilidad hacia los asuntos religiosos, se preguntaba si la existencia de las familias obreras del siglo XIX —marcada por la precocidad de la contratación, el trabajo infantil y femenino, la desproporcionada jornada laboral, la generalidad del salario a destajo, las insalubres condiciones del taller, la impotencia de una legislación protectora, etc.— no ofrecía una explicación sólida para explicar la indiferencia en materia religiosa.¹²¹ Perrand argumentó, además, que la miseria fisiológica iba acompañada de privaciones culturales y espirituales.

Resulta probable que dicho fenómeno de distanciamiento entre los trabajadores y la religión haya sido menos importante de lo que sugerían algunas referencias de los contemporáneos e, incluso, algunas de las primeras investigaciones en el área. Ciertamente, existe un acuerdo entre los investigadores en que los procesos de laicización y secularización que produjeron cambios notorios en esta etapa que abordamos no deben ser pensados como parte de un retroceso definitivo o de una progresiva extinción de la religión. Tampoco se acuerda ya con aquella lectura de que en el siglo XIX hubo un choque entre la “modernidad” liberal o republicana y un catolicismo reaccionario, regresivo y oscurantista.¹²²

Fuera cual fuera el grado de influencia de la religión en la población, al menos para un sector del catolicismo esta debía ser acrecentada. En su perspectiva, esto podía hacerse mediante una tenaz confrontación ideológica con las izquierdas —entendidas como genuinas herencias del liberalismo— y la utilización de métodos nuevos —en el plano de la comunicación, de la organización institucional, jurídica y administrativa, de la incorporación de las masas en los espacios de culto y en las ceremonias—, que usualmente fueron asociados a las mismas izquierdas, a los republicanos y a la modernidad.¹²³ En tal sentido, vale la pena recuperar otro libro de Hugh McLeod, en el cual el autor afirmó que en pocos períodos de la historia se mantuvieron tan generalizados compromisos ideológicos fervientes de diversa índole como en la segunda mitad del siglo

121 PERRAND, P., *Óp. Cit.*, pág. 44.

122 Christopher Clark destacó que no debía darse por probado que la movilización católica hubiera obstaculizado o retrasado los procesos de modernización política en los estados europeos, ya que en varios países europeos el conflicto confesional contribuyó a ampliar la participación política al proporcionarles a los católicos el lenguaje y el argumento de interés colectivo y, por lo tanto, una razón para promover su ingreso en la arena política como activistas, diputados o votantes. CLARK, C., “From 1848 to Christian Democracy”, en KATZNELSON, I., y STEDMAN JONES, G. (editores), *Religion and the Political Imagination*, Cambridge University Press, New York, 2010, pág. 201.

123 Sobre el uso de la propaganda y las acciones de masas ver también CLARK, C., *op. cit.*

XIX y comienzos del XX.¹²⁴ Sugirió, entonces, considerarla como una contienda en la que lucharon los partidarios de visiones del mundo rivales—y no como resultado de fuerzas impersonales—. Si bien reconocía como necesario considerar el papel de esas fuerzas más impersonales que socavaron el poder de la religión y de las iglesias, argumentaba que no se había tenido en cuenta de manera satisfactoria el rol de la agencia humana en estos procesos. Desde esta perspectiva, la secularización ocurrió —al menos en parte— porque había un gran número de personas que estaban haciendo todo lo posible por lograrla.

En Argentina, movilizadas por esta lectura de la secularización, con el impulso que les dio la circulación del documento de León XIII y las primeras manifestaciones de la emergencia de la cuestión obrera en el país, los fundadores de los Círculos de Obreros (1892) entendieron que debían actuar de modo firme y persistente. Lo hacían en un contexto que veían como adverso a su credo y con todos los medios que tenían a su alcance, intentando contener la identificación de la clase obrera con las izquierdas, a las cuales consideraban amenazantes no solo para su religión sino también para el orden social.

Los Círculos de Obreros constituyeron la institución más importante del catolicismo social en el país hasta la conformación de la Acción Católica Argentina en 1931, y como tal estuvieron especialmente comprometidos con la “pacificación” en el mundo del trabajo. Asimismo, tanto por su lugar de referencia como por su capacidad de articular un movimiento social a escala nacional, los Círculos de Obreros han tenido una centralidad largamente reconocida en la memoria colectiva del catolicismo. Ciertamente, esta experiencia logró congregarse millares de trabajadores y su relevancia debe ser destacada en particular en la ciudad de Buenos Aires, donde al cabo de unos pocos años tuvo presencia en la mayoría de las parroquias del territorio.

La labor de los Círculos de Obreros combinaba mejoras materiales en las formas de vida y de trabajo con una amplia tarea de moralización, que se desplegaba en distintos terrenos de la vida de los trabajadores y sus familias. Así, los Círculos organizaron el socorro mutuo de los socios para los momentos de paro involuntario, enfermedad y muerte, ofrecieron espacios y actividades de propaganda, esparcimiento y recreación *sanos* y brindaron instrucción para adultos y niños. En el ámbito sindical, actuaban

124 MCLEOD, H., *Secularisation in Western Europe, 1848-1914*, MacMillan Press, Houndmills, Basingstoke, Hampshire y London, 2000, págs. 28 y 29.

promoviendo mediaciones en casos de conflicto, la reglamentación legal de las relaciones de trabajo y la creación de organizaciones gremiales propias. En relación con esto último, junto con otras instituciones del universo católico social, plantearon una de las primeras iniciativas de conciliación de clases desde la que intentaron interpelar a los trabajadores proponiendo modelos organizativos alternativos y vías de resolución de los conflictos que tendían a limitar la confrontación y habilitar caminos de integración social y política.

Aquí, entonces, desde el estudio del lugar de los Círculos de Obreros en la etapa de formación del movimiento obrero en Argentina, con particular atención al caso porteño, se intenta realizar un aporte tanto a la historia del mundo de los trabajadores como al conocimiento de la manera en que el catolicismo se vinculó con amplias capas de la sociedad. En relación con esto último, en este trabajo, se priorizará una mirada social y política, en lugar de otra de tipo institucional: no nos focalizaremos en la Iglesia Católica sino en el catolicismo, concepto que la abarca y trasciende. De tal modo, el catolicismo es entendido aquí como un sujeto heterogéneo, con actores e intereses diversos, no siempre convergentes.¹²⁵ A su vez, se denomina *catolicismo social* a la corriente o sector que, proponiendo una identificación integral y cotidiana con los valores católicos, se lanzó a “reconquistar” a la clase trabajadora con el fin de pacificar las relaciones laborales a las que se consideraba como parte preponderante de la llamada cuestión social.¹²⁶

Así, con el objetivo de recuperar históricamente la experiencia de los Círculos de Obreros de la ciudad Buenos Aires y de situarla como parte de la dinámica histórica que forjó el movimiento obrero porteño, se trabaja con la hipótesis que los Círculos de Obreros fueron un tipo de organización poli-clasista con preeminencia de trabajadores, extranjeros y eminentemente masculina que, debido a su origen como una iniciativa de un sector del catolicismo dirigida a aproximarse a la clase obrera y a contrarrestar la influencia de las izquierdas en el mundo de los trabajadores, no adhirió a las luchas que caracterizaron la etapa y, frecuentemente, las enfrentó. Aun así, esta institución, como contendiente de las corrientes confrontacionistas y “emancipatorias”, no solo fue parte de

125 De hecho, en la perspectiva de Miranda Lida, la historia del catolicismo abarca a la iglesia, el clero, los laicos y, también, la manera en que estos sectores eran vistos por otros que no profesaban aquella fe. Ver: CAIMARI, L., Perón y la Iglesia..., op. cit.; LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, op. cit.

126 Se trata de una categoría nativa, usada por los contemporáneos para identificarse. Su uso es reconocido en la encíclica de León XIII *Graves de communi* (1901). En nuestro país, su uso puede apreciarse en artículos y folletos. Es probable que sirviera, también, para distinguir a quienes promovían una intervención ajena a la acción política, entendida en general como electoral.

la historia del mundo del trabajo de la ciudad sino que, por su participación en la arena social y política que le dio origen al movimiento obrero, condicionó su historia y los vínculos de los colectivos obreros y las izquierdas. Por su gravitación en la ciudad resulta inevitable asociar a los Círculos de Obreros con el mundo de los trabajadores porteños. Más allá de esto, lo que aquí se propone es integrarlos a un mismo entramado histórico. Esto no implica considerar a los Círculos de Obreros como parte del movimiento obrero, sino que se argumenta que su participación en la vida social y política de la ciudad incidió o, al menos, condicionó las iniciativas y las identidades de las corrientes y actores que sí lo fueron.

Además, constituyen intereses particulares de este estudio examinar las concepciones ideológicas que sustentaron y guiaron esta intervención católica en el mundo de los trabajadores en el marco de los procesos de secularización, en relación con la cuestión social e inmigratoria, las características del mercado laboral de la ciudad tras la consolidación y desarrollo de la economía capitalista dependiente y los conflictos entre capital y trabajo. A su vez, es de interés de la presente investigación el lugar asignado en el proyecto católico a los trabajadores varones y a la movilización de las mujeres y del conjunto de la familia obrera.

Seguidamente, se propone aquí reconstruir la experiencia organizativa de los miembros de los Círculos de Obreros católicos y las diferencias de posiciones que podían existir entre ellos. Se indaga en las formas organizativas propuestas y en la conflictiva relación entablada con las otras expresiones político-gremiales del movimiento obrero del período. Específicamente, se abordan las diferentes aristas del accionar dirigido a bloquear el desarrollo de las izquierdas entre los y las trabajadoras. En este sentido, es objeto de atención el modo en que los Círculos disputaron el terreno público, ya fuese mediante peregrinaciones y movilizaciones, actos o conferencias populares.

Finalmente, se exploraron los límites que esta iniciativa encontró en un contexto que era de por sí era desafiante. Entre esos desafíos, cabe mencionar las duras condiciones laborales; la fuerte intransigencia patronal frente a las demandas y, más aún, ante la organización obrera —dentro de ello, se podría incluir su falta de compromiso con las iniciativas reformistas y católicas—; el alcance limitado de la actuación estatal mediadora y de la legislación protectora; y la activa lucha ideológica y organizativa entablada con las izquierdas.

Los documentos de la investigación

A los fines de realizar la reconstrucción histórica de esta experiencia asociativa, esta tesis se apoya en fuentes de diverso tipo. En primer lugar, citemos a las de origen católico. Se consultó una variedad de diarios y periódicos como *La Voz de la Iglesia* — fundada en 1882, con un tiraje a fines de los años ochenta de 800 ejemplares y dirigida por el presbítero Juan A. López— o *La buena lectura* —semanario parroquial de la Merced dirigido por Antonio Rasore, con unos 1000 ejemplares semanales— que pasó a llamarse *Revista Mariana* en 1903 y que incorporó una sección específica del Círculo de Obreros a partir de 1907.¹²⁷ Para la década del noventa, fueron consultados también varios tomos de *El mensajero del corazón de Jesús*, una revista ilustrada de salida semanal, cuyo director fue el presbítero Florencio Villanova Sanz y que contaba entre sus colaboradores con Pedro Goyena, Emilio Lamarca, Apolinario Casabal, entre otros. A partir de 1901, fue de consulta permanente la *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires* (1901), especialmente su sección “efemérides” que constituyó una guía de los eventos a los que les dieron cierta consideración.

Por el lado de los Círculos de Obreros, se pudo consultar un ejemplar de *La Defensa* (1895-1900) y algunas citas o referencias que hallamos en folletos y en la prensa socialista; lamentablemente, esta colección parece haberse perdido casi por completo. En 1900, la institución tomó como su órgano oficial a *El Pueblo* (1900-1960). De este diario, que había sido también iniciativa de Federico Grote, la Biblioteca Nacional conserva una colección prácticamente completa. No hallamos ejemplares de *Democracia Cristiana* (1903-1905) ni de la primera época de *El Trabajo* (1908-1912). En cambio, de su segunda época (1913-1915) he consultado un acervo entero en la Federación de Círculos Católicos de Obreros. Perteneciente a la democracia cristiana, hallamos pequeñas colecciones incompletas de *Justicia Social* (1907), *Acción Democrática* (1913-1915) y *Democracia* (1920). Además, pude trabajar con dos almanaques de la Liga Social Argentina (1913 y 1914) y varios ejemplares de *La Novela del día* (1918-1920).

Asimismo, se examinaron folletos, la correspondencia editada de Federico Grote y también reglamentos, memorias y boletines de los Círculos. Especialmente, debe destacarse la importancia que ha tenido para esta investigación la disposición de libros de

127 En esa época circulaban otros periódicos, tales como *La Unión* — cuya tirada era de unos 3500 ejemplares en 1887 y su dirección estaba a cargo de Pedro Goyena, José Manuel Estrada y Tristán Achával Rodríguez— al que no tuvimos acceso y *El bien del pobre* — dirigido por el presbítero Juan Kiernan— del cual se guardan algunos pocos ejemplares en la Biblioteca Nacional.

actas y legajos de correspondencia de varios de los Círculos de Obreros de la ciudad de Buenos Aires —Central, de la Concepción, Balvanera, San Carlos, Flores, Maldonado, Palermo y Belgrano—. Estos últimos materiales no habían sido analizados previamente, a excepción de aquellos pertenecientes a los organismos centrales de dirección —del Consejo General y de la Junta de Gobierno—. La información contenida en ellas es fragmentaria pero abundante, y nos ha permitido conocer algunas realidades y situaciones internas, intercambios y discrepancias entre sus miembros; incluso pude acceder a reclamos de algunos socios. Lamentablemente, no se han conservado materiales de todos los Círculos ni archivos completos de ninguno de ellos. No obstante, creo haber aportado al conocimiento integral de la asociación, aun con aquellos faltantes que busqué subsanar con otros recursos.

En segundo lugar, se procuró cruzar todo este material con la prensa periódica de las principales organizaciones de trabajadores y de las izquierdas. Se recurrió a las colecciones de *La Vanguardia* (fundada en 1894), *La Protesta* (en 1897) y *Acción Socialista* —disponible entre 1906 y 1907—; y a las de periódicos sindicales de las centrales obreras, como *La Organización* y *La Organización Obrera* —de la FORA—, *La Unión Obrera* —de la UGT—, *La Organización Obrera* —de la FORA IX—; y de distintos gremios de base, tales como el *Obrero Panadero*, *El Dependiente* (de comercio), *El Obrero Ebanista*, *El Látigo del Carrero*, *El Trabajo* (portuarios), etc.

En tercer lugar, fueron consultados documentos e informes realizados o conservados por dependencias estatales. De un lado, los censos municipales —1887, 1904 y 1910— y nacionales —1895 y 1914—;¹²⁸ del otro, informes del Departamento Nacional del Trabajo —desde 1907— como el confeccionado por José Elías Niklison sobre la acción social católica u sobre las oficinas de colocaciones. Se hallaron documentos de gran valor, para reconstruir, por ejemplo, las experiencias sindicales, entre los expedientes generales del Ministerio del Interior, conservados en el Archivo General de la Nación, así como varios de los petitorios presentados ante el Congreso Nacional, en el Archivo Parlamentario de la Cámara de Diputados.¹²⁹

En cuarto lugar, se complementó con un análisis de la prensa comercial: *La Prensa*, *La Nación* y, eventualmente, también con *El Diario*, *La Tribuna* o *El País*. Por

128 Además, trabajé con fichas censales y registros parroquiales en busca de elementos que me permitieran acercarme a los sujetos de esa historia, especialmente aquellos anónimos trabajadores cuyas vidas no son detalladas en diarios ni diccionarios biográficos.

129 Visité sin mucho éxito las memorias anuales del Ministerio de Justicia, Instrucción y Culto (1890-1897), memorias del Ministerio de RREE y Culto (1898-1922).

último, revistas ilustradas como *Caras y Caretas* y *PBT*, principalmente para aquello que tenía que ver con movilizaciones y actos públicos.

Estructura de la tesis

La tesis está compuesta por seis capítulos, separados en dos partes. Toda división puede resultar siempre un tanto arbitraria, más aún para una institución que asumía su actividad desde una perspectiva totalizadora y que pretendía abarcar los diferentes momentos de la vida de sus socios. De todos modos, creemos que esta división sirve para exponer con mayor detalle algunas de las características fundamentales de su historia y articularla con la del movimiento obrero de la ciudad. Justamente, el desafío de esta tesis consiste en presentar una imagen integrada de la historia de estos dos sujetos sociales que intervinieron en el mundo de los trabajadores porteños. Se trata de repensar la historia del movimiento obrero y la del catolicismo social de una manera situada y relacional, reconociendo que compartieron y participaron de una misma dinámica, aunque fueran tradiciones discernibles. En ese sentido, hay capítulos que tienen un relato más narrativo y diacrónico —1, 2 y 4—, mientras otros responden a una lógica más bien temática, aunque reconociendo modulaciones y temporalidades —3, 5 y 6—. En la primera parte, me interesó desarrollar las características del espacio y del momento en que surgieron los Círculos de Obreros, la manera en que se expandieron e hicieron un lugar en la ciudad y, finalmente, quiénes —y, en la medida de lo posible, por qué— se adhirieron a ellos. En la segunda parte, intenté mostrar de manera más detallada la dinámica de la relación entre los Círculos de Obreros, el movimiento obrero y las izquierdas.

En el primer capítulo se aborda el contexto social, político y religioso en el que emergió como corriente el *catolicismo social* y se fundó el primer Círculo de Obreros en la ciudad de Buenos Aires. Se muestran allí las principales transformaciones sociales y culturales de la urbe en su pasaje de la *gran aldea* a la metrópolis en la que se convirtió en el transcurso de unas pocas décadas. Se abordan, luego, los rasgos más salientes del proceso de secularización local, mostrando la forma en la que la Iglesia Católica se conformó en una institución nacional y moderna, el impacto del proceso migratorio en las creencias y costumbres y la emergencia del conflicto entre capital y trabajo. Finalmente, se reconstruye la fundación del primer círculo de obreros en la década del noventa. El Círculo Central fue el modelo de construcción de otros círculos que se fundaron en los años siguientes en la ciudad y fuera de ella.

En el segundo capítulo se explora el momento, las características del desarrollo y expansión de la institución. Este proceso respondió a elementos de tipo endógenos de la asociación, tales como la iniciativa de su dirigencia y su capacidad de conquistar y movilizar adhesiones y despejar dudas dentro de la Iglesia y del movimiento católico local. Asimismo, sostenemos que el momento en que ocurrió este “despegue” estuvo asociado con un contexto de organización y movilización obrera, por un lado, y de emergencia de una agenda anticlerical no oficial, heterogénea y más radical que la que había primado durante la etapa anterior, por el otro. Con esta mirada general, se muestran la localización, el momento de fundación y las colaboraciones externas con las que contaron los nuevos centros; y, finalmente, la dimensión y el reconocimiento que obtuvieron tras algunos años en la sociedad porteña.

En el tercer capítulo se explora con mayor detalle el tipo de institución que constituyeron los Círculos de Obreros. Con la mirada puesta en los centros barriales y en sus miembros, se observan los objetivos institucionales y sus principales actividades, el perfil de sus socios y las relaciones que se entablaron entre ellos. La composición social mayoritariamente obrera, masculina y de origen extranjero respondía al proyecto de Federico Grote y sus organizadores, pero también reproducía las características centrales del asociacionismo mutualista en la ciudad. Asimismo, se indaga sobre la presencia de otros sectores que, siendo minoritarios, dirigieron la obra; sobre la construcción de una masculinidad católica; y sobre las reticencias a incorporar a las mujeres y los niños en los mismos espacios.

La lectura y la participación de los Círculos de Obreros en los principales episodios de confrontación social protagonizados por el movimiento obrero y que paralizaron la ciudad, generando alarma y preocupación entre el empresariado, las autoridades y el catolicismo, son elementos abordados en el cuarto capítulo. Se trata de episodios como la huelga grande de 1896, la huelga general de 1902, el ciclo que abarca la Semana Roja de 1909 y el festejo del centenario de 1810 y la Semana Trágica de 1919. Asimismo, se aborda lo realizado por la institución en un periodo de baja de la conflictividad laboral pero de alta movilización social, como fueron los años que siguieron al Centenario y al inicio de la I Guerra Mundial.

Con un lente más reducido, en el quinto capítulo se plantea el abordaje de la intervención que tuvieron los Círculos en el plano estrictamente laboral e, incluso, sindical. Se estudian las primeras intervenciones episódicas, en la que los Círculos

respondieron, más bien, al pedido de intervención de algunas patronales; para, luego, considerar las experiencias de conformación de asociaciones propias y alternativas a las sociedades de resistencia creadas e influenciadas por socialistas, anarquistas y sindicalistas revolucionarios. En tal sentido, se ha hecho foco en la manera de ingresar en terrenos de los trabajadores, el tipo de organización que configuraron y las vinculaciones que establecieron con los dueños del capital y sus representantes. Por último, se indagaron particularmente algunas experiencias de sindicalización femenina y el I Congreso de los Católicos Sociales de América Latina.

Finalmente, en el sexto y último capítulo, la mirada está puesta, de manera fundamental, en el vínculo entre los Círculos de Obreros y las izquierdas. Se explora el terreno ideológico y discursivo con que los propagandistas de los Círculos reconocieron cada tradición política, pero también los intercambios, reyertas y conflictos que se establecieron entre estas tradiciones. El abordaje no consiste, exclusivamente, en apreciar las diferencias y las disputas entre estos actores, sino que también se han buscado aquellos puntos de contacto o confluencia que, aunque, limitados a coyunturas o cuestiones puntuales, existieron entre católicos y militantes de las izquierdas. En este sentido, la labor parlamentaria ha sido un buen espacio para analizar estas interacciones.

En síntesis, con esta tesis se pretende hacer dialogar a la historia del mundo de los trabajadores con los estudios históricos sobre la Iglesia y el catolicismo argentinos, alumbrando especialmente aquellos aspectos del proceso de secularización que empujaron a un sector del catolicismo a intervenir sobre la clase trabajadora de la ciudad con el fin de bloquear o, al menos, contener la influencia de las izquierdas, de (re)cristianizarlos y poner fin así a la cuestión social u obrera. Con la intención de presentar un cuadro unificado, relacional y rico en matices de la historia de estas dos grandes tradiciones que actuaron con vehemencia en el mundo del trabajo porteño entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, se analizan diferentes estrategias organizativas, movilizaciones, discusiones legislativas, posiciones e intercambios ideológicos y algunas confrontaciones físicas. Todo ello, se hace recurriendo al entrecruzamiento de documentos internos y materiales de propaganda de ambos actores, muchos de los cuales habían sido analizados separadamente y algunos otros cuya exploración se realiza aquí por primera vez.

PARTE I: ¿Qué fueron los Círculos de Obreros?

Capítulo 1. La sociedad porteña finisecular y el surgimiento del catolicismo social

“Años ha que la propaganda infernal no tiene apenas otro objeto que este: descristianizar al obrero. La impiedad sería reina del mundo el día en que fuesen del todo suyas esas falanges numerosísimas de hijos del pueblo que pueblan nuestras fábricas y talleres. A conseguirlo se dirigen todos sus esfuerzos”.¹

“El conventillo era diabólicamente irreligioso. La gente se acuerda de Dios cuando está enferma: solo algunos viejos van a misa los domingos, los demás, cuando mucho asistían la semana santa.”²

El censo municipal de la ciudad de Buenos Aires, levantado en el año 1887, incluía una crónica en la que se relataba la historia de la ciudad desde su fundación.³ Escrito por Mariano Pelliza, subsecretario del Departamento de Relaciones Exteriores del gobierno de Miguel Juárez Celman, dicho estudio enfatizaba los “asombrosos adelantos” que habían tenido lugar en Buenos Aires una vez que quedaron atrás las décadas de “dominio de la tiranía”, las guerras civiles, así como también las recientes epidemias e inundaciones.⁴ La capital era presentada como una ciudad digna de admiración acorde a los “tiempos modernos”. Enumeraba, entonces, sus principales características y las de su población, con el objetivo de exponer su condición de urbe “cultura, discreta y elegante”, cada vez más distante de la tradición española, y más próxima a las costumbres y gustos de franceses e ingleses.⁵ Así, el funcionario posaba su mirada en lo que daba en llamar “elementos civilizatorios”, tales como el desarrollo edilicio —sus materiales y estilos, el fenómeno de valorización del suelo, etc.—, las características del transporte y las comunicaciones, el movimiento económico del municipio y el potencial cultural e intelectual, sumado al “refinamiento” de su población.

1 *El Mensajero del Corazón de Jesús*, 29/01/1892, año II, núm. 31, pág. 57.

2 *El conventillo*, Luis Pascarella, 1918.

3 PELLIZA, M., “Crónica abreviada de la Ciudad de Buenos Aires”, *Censo General de población, edificación, comercio é industrias de la Ciudad de Buenos Aires, Capital Federal de la República Argentina, levantado el 17 de agosto, el 15 y 30 de septiembre de 1887*, tomo I, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1889, 60 páginas.

4 Dos epidemias de fiebre amarilla azotaron Buenos Aires en 1870 y 1871 como consecuencia no esperada de la Guerra del Paraguay; las inundaciones fueron frecuentes en la Provincia de Buenos Aires en las décadas de 1870 y 1880.

5 PELLIZA, M., Op. Cit., pág. 55.

Dentro de su gran extensión territorial, que había sido recientemente ampliada, destacaba la abundancia de terrenos baldíos, a la vez que indicaba que, al ritmo que llevaba la construcción de viviendas y la localización de fábricas, muy pronto desaparecerían los notorios vacíos; y cuanto no se edificara sería entregado a la horticultura y a la jardinería. Por otro lado, aseveraba que la ciudad estaba llamada a extenderse considerablemente sobre el Río de la Plata, y que llegaría a ocupar todo el espacio que permitiese el gran puerto que por entonces se hallaba en construcción. Continuaba señalando la existencia de numerosas “fábricas” de toda clase que preparaban productos para la exportación y el consumo local, y mencionaba entre aquellas las dedicadas a la producción de carruajes, muebles, bebidas, fideos, cristales, calzado, los aserraderos de maderas y las fundiciones de bronce y de hierro.⁶

Efectivamente, durante la segunda mitad del siglo XIX, el país transitó una serie de cambios estructurales que condicionaron fuertemente la historia de la ciudad y la forma de vida de su población. El ingreso paulatino de capitales extranjeros en áreas vinculadas a la producción agropecuaria y en la infraestructura de transporte y comunicaciones puso al país en condiciones de responder crecientemente a la demanda mundial de materias primas. La consolidación del aparato estatal, tras el fin de las guerras civiles, la resolución de la cuestión de la capital, la anexión y posterior reparto de vastas extensiones de tierras que significó la “conquista del desierto” (1879), aseguraron el curso de un desarrollo económico, orientado al mercado mundial, que requería de la llegada de capitales y de trabajadores.

Las principales mercancías vendidas fueron, inicialmente, productos como lanas, cueros y sebo, y luego cereales; aunque, con la incorporación de los barcos con cámaras frigoríficas, ganó lugar la exportación de carnes. Hasta mediados de la década del setenta, Argentina importaba trigo; en el curso de una década pasó a autoabastecerse, primero, y a exportar, después.⁷ En los cuarenta y tres años que fueron de 1872 a 1915, la superficie cultivada pasó de 580.000 hectáreas a 24.000.000.⁸ Entre 1869 y 1895, fechas del primer y segundo censo nacional de población, la cantidad de habitantes del país se duplicó, y creció un poco más de cuatro veces entre 1869 y 1914, cuando se realizó el tercero.⁹ A su

6 PELLIZA, M., Op. Cit., pág. 54.

7 FALCÓN, R., *Los orígenes del movimiento obrero...*, op. cit., pág. 53.

8 ROCK, D., *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Amorrortu, Buenos Aires, 2010 [1975], pág. 13.

9 *Tercer Censo Nacional, levantado el 1º de junio de 1914*, tomo 1, Talleres gráficos de L.J. Rosso y Cía., Buenos Aires, 1916, pág. 79. En esta época, la proporción entre la población inmigrante y la nativa fue la mal alta del mundo. HALPERIN DONGHI, T., “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria

vez, en este lapso, las inversiones inglesas en el país crecieron también significativamente, e incluso aumentaron de manera relativa respecto de las que Inglaterra mantenía en otros países de la región.¹⁰ Todo lo cual inauguró una etapa de crecimiento económico sin precedentes, a la vez que generó una mayor sujeción a las vicisitudes de la economía mundial. Así las sucesivas crisis que tuvieron lugar en 1866, 1875, 1885 y 1890 repercutieron fuertemente en el país.

La mayor parte de la población extranjera no logró acceder a la tierra, y por ese motivo permaneció en las ciudades de la región litoral. La ciudad de Buenos Aires, junto con sus zonas próximas, concentró un alto porcentaje de inmigrantes ya que era el principal centro productor de bienes y servicios del país. En el curso de algunas décadas, pasó de ser una ciudad de tipo tradicional a otra con las características de una metrópolis y atrajo mucha mano de obra en tareas de pavimentación, ampliación del puerto, construcción de ferrocarriles, edificaciones, iluminación eléctrica, obras de saneamiento, etc. Prontamente, fue creciendo el transporte urbano y se abrió paso una incipiente industria de bienes de consumo local. Estos cambios darían lugar a modernos conflictos sociales, problemas de vivienda, insalubridad y hacinamiento, falta de empleo, sobreexplotación, etcétera.

El contundente crecimiento del movimiento de personas, mercancías y capitales impactó con fuerza sobre la ciudad de Buenos Aires, que atravesó un proceso de desarrollo urbano profundo, notorio incluso para los contemporáneos. Si bien algunos de los cambios se habían insinuado previamente, fue a fines de la década del ochenta cuando comenzó el proceso de transformación que la convertiría en una metrópolis. El arquitecto e historiador urbano Adrián Gorelik ubicó esta transformación en 1887, luego de la ampliación del territorio de la Capital Federal.¹¹ Con su nuevo límite territorial, fijado en lo que hoy es la avenida General Paz, Buenos Aires pasó de tener alrededor de cuatro mil hectáreas a cerca de dieciocho mil, e incorporó a su territorio las localidades de San José de Flores y de Belgrano. Se convirtió, así, en una de las jurisdicciones municipales más extensas de la época.

y aceleración del proceso modernizador: el caso argentino (1810-1914)”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, núm. 13, 1976, pág. 437.

10 GERCHUNOFF, P., ROCCHI, F., y ROSSI, G., *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas 1870-1905*, Edhasa, Buenos Aires, 2008, pág. 81.

11 GORELIK, A., *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998, pág. 13.

En su afán de engrandecer el progreso que envolvía a la ciudad, el funcionario oficialista hacía constar que en Buenos Aires no existía gente pobre, y daba como dato de color que “se ha[bía] averiguado que muchos de los que ejerc[ía]n la mendicidad por las calles, pose[ía]n dinero en bancos y aún bienes raíces de consideración”. Asimismo, su argumento principal se basaba en el hecho que, durante las inundaciones del año 1884, se tuvieron que devolver los donativos voluntarios que habían llegado de la República Oriental para socorrer a las familias perjudicadas por las aguas; ya que no se encontraron personas que quisieran recibir aquel dinero y porque ninguna lo habría necesitado.¹²

Las impresiones de Pelliza son útiles para introducir el marco general en el que se desarrollaron los procesos sociales y religiosos que serán objeto de atención a lo largo de este capítulo. En las páginas que siguen se busca explicar en qué medio social y bajo qué cuerpo de ideas surgieron los Círculos de Obreros en la ciudad de Buenos Aires a principios de la década del noventa del siglo diecinueve. Para ello se describirán, por empezar, las características más salientes de la religiosidad de la población de la ciudad. Como podrá observarse, el proceso de secularización mostraba un marcado avance producto de la vigencia de las leyes laicas en la década del ochenta, pero, también, al calor de la inmigración, y el desarrollo de incipientes tradiciones de un anticlericalismo radical y/o de izquierda que confrontaron abiertamente con la Iglesia Católica. En segundo lugar, se aborda en clave histórica la conformación de la Iglesia Católica en Argentina como una institución moderna con alcance nacional y capilar, como así también de las primeras asociaciones de acción social católica en el país.¹³ Al respecto resultan ejemplares la constitución de un movimiento católico laico, las conferencias de San Vicente de Paul, los debates en la I Asamblea de Católicos Argentinos como antecedentes de los Círculos de Obreros. Por último, veremos que los cambios profundos que se dieron en la sociedad finisecular movilizaron a un sector del catolicismo que pronto manifestó una marcada preocupación por la emergencia de la *cuestión obrera*.

12 PELLIZA, M., Op. Cit., pág. 53.

13 Devrig Molles considera como fuentes del librepensamiento tres grupos o tradiciones políticas: elite liberal, radicales anticlericales y los demócratas sociales. MOLLÉS, D. “¿Derecha o izquierda? El anticlericalismo argentino frente a la cuestión social (1904-1910)”, *Travesía*, núm. 14-15, 2012-2013, pág. 252.

La religión de la población de la ciudad: miradas desde los censos y la prensa católica

El informe de Pelliza también describía algunas de las características que asumía la religiosidad de la población. Vale la pena hacer notar que, como ocurría con buena parte de la elite política de entonces, el funcionario no entendía la religión como un elemento retardatario de la civilización sino, por el contrario, como un elemento que la favorecía.¹⁴ Desde esta perspectiva, detallaba que en la ciudad había cuarenta iglesias católicas, entre las que incluía aquellas ubicadas en los territorios de Belgrano, Flores y la Floresta, recientemente anexados a la ciudad. Estos edificios ascendían a la mitad del total de las escuelas que había en el municipio y, aproximadamente, equivalían a la proporción de un templo cada once mil habitantes. En cuanto a la presencia de otras religiones que habilitaba la ley, Pelliza indicaba que cada “secta” evangélica tenía su propio templo, como ocurría con el culto judío, que también poseía el suyo.

El autor, además, agregaba una interpretación general del espíritu religioso reinante. En la ciudad de Buenos Aires, afirmaba, no existía “fanatismo religioso ni tampoco una inmoderada liberalidad”. Se trataba, según él, de una sociedad muy discreta, que tomaba el asunto a “beneficio de inventario” —es decir, se aceptaba la idea en la medida en que sus perjuicios fueran menores que los beneficios—, “sin creer todo lo que reza la misa, pero sin negar o rechazar lo que es evidentemente moral en las prácticas y en la doctrina”. A este “término medio” se había llegado a partir del choque de dos corrientes: por un lado, “la antigua veneración de las abuelas argentinas”; y por el otro, el “liberalismo filosófico de la juventud porteña”. Entre abuelas y nietos se hallaba la madre quien, tomando para sus creencias “lo bueno del uno y rechazando lo rancio de la otra” —nótese el género que se le asignaba a una y otra corriente—, había producido paulatinamente resultados “positivos” conformando una religión “sin gasmoñería (sic) pero respetuosa y dignamente moral”.¹⁵

14 Se debe tener en cuenta que en las iglesias se cumplían algunas funciones importantes para la administración estatal, por ejemplo: los registros. MARTÍNEZ, I., “Nuevos espacios para la construcción de la Iglesia: Estado nacional y sectores ultramontanos en la Confederación Argentina, 1853-1862”, *Quinto Sol*, vol. 19, núm. 3, 2015, 1-23; MARTÍNEZ, I., y MAURO, D., “Ctéo y Éurito. Iglesia, religión y poder político en la Argentina en el siglo XIX”, en DI STEFANO, R. y ZANCA, J., *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos XIX y XX)*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2016, pág. 16.

15 PELLIZA, M., Op. Cit., pág. 52.

A fines de la década de 1880, la ciudad de Buenos Aires contaba con una población de 433.375 habitantes: un poco más de la mitad, 228.641, eran extranjeros.¹⁶ Entre estos últimos, los italianos representaban un 60% —138.166 personas—; luego seguían los españoles, que ascendían al 17% —39.562—; y con menos de la mitad de almas, seguía la inmigración francesa —20.031—. Había, también, algunos miles de ingleses, alemanes, austríacos, suizos, y un número inferior proveniente de los países limítrofes o próximos que, a excepción de Uruguay y Paraguay, con 11.136 y 1.446 personas respectivamente, no pasaban el millar. Por otro lado, según el mismo registro censal, la mayoría de la población de la ciudad —más del noventa por ciento— había nacido en el país, en la provincia de Buenos Aires o en el mismo territorio de la ciudad.¹⁷ Esto no significaba, sin embargo, que no hubiese, asimismo, algún tipo de migración en sentido inverso, de la ciudad hacia al campo, tal como señala Ofelia Pianetto para la etapa inmediata posterior.¹⁸

Siguiendo la misma fuente, la población católica residente en la ciudad sumaba alrededor el 97,8%.¹⁹ Asimismo, los cultos protestantes reunían un 1,8%, mientras que el 0,4% restante se repartía entre “israelitas”, con 366 personas, y “ateos, librepensadores y otros”, con un total de 868.²⁰ En resumen, la población de la ciudad estaba conformada por una abrumadora mayoría que se declaraba —o se consignaba— como católica.

Esto se modifica, aunque solo parcialmente, si se utiliza como parámetro el censo municipal levantado en 1904. Tras diecisiete años, este registro indicaba que, en ese periodo, la población de la ciudad había aumentado al doble y ascendía a un total de 950.891 habitantes. El porcentaje de la población católica había variado

16 *Censo General de población, edificación, comercio é industrias de la Ciudad de Buenos Aires, Capital Federal de la República Argentina, levantado el 17 de agosto, el 15 y 30 de septiembre de 1887*, tomo II, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1889, págs. 35 y 36.

17 Dado que la mayoría de los inmigrantes eran hombres adultos que viajaban sin pareja e hijos, el índice de masculinidad en 1915 era de 115,5. LOBATO, M. y SURIANO, J., *Atlas histórico de la Argentina*, Nueva historia argentina, Sudamericana, Buenos Aires, 2010, pág. 573.

18 PIANETTO, O., “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922”, *Desarrollo Económico*, vol. 24, núm. 94, Buenos Aires, 1984, pág. 300.

19 *Censo General de población, edificación, comercio é industrias de la Ciudad de Buenos Aires, Capital Federal de la República Argentina, levantado el 17 de agosto, el 15 y 30 de septiembre de 1887*, op. cit., págs. 22 y 52 -55.

20 Debe tenerse en cuenta que la cifra que englobaba tanto a las “otras religiones” como a quienes carecían de ellas. Textualmente indicaba: “Los adeptos de otras religiones y los que carecen de ella, forman entre los argentinos 206 unidades, ó sea 98 varones y 108 hembras; y entre los extranjeros 662, de las cuales son varones 520 y hembras 142”, *Censo General de población, edificación, comercio é industrias de la Ciudad de Buenos Aires, Capital Federal de la República Argentina, levantado el 17 de agosto, el 15 y 30 de septiembre de 1887*, op. cit., pág. 22.

significativamente y se colocaba en el 87% del total.²¹ Aunque se mantuvo una manifiesta preponderancia católica, la variación no deja de ser llamativa. El porcentaje de población protestante había subido a un 2,6%. Esta vez, se distinguía a los denominados “israelitas”, que sumaban un 0,6%, los “sin religión”, 1,4%, y a quienes profesaban “otras religiones”, un 0,8%. No obstante, el cambio definitorio fue que había aparecido por primera vez un grupo formado por 13.335 personas que expresaba “una negación absoluta de toda religión”. Aunque el hecho pareciera monstruoso, decía, la dirección del censo “ante el número repetido de empadronados que declaraban, bajo su firma, que no tenían ninguna religión”, no se había creído autorizada para agregarlos a las categorías de “otras religiones” o “sin especificar” porque, de ese modo, habría incurrido en una adulteración de la verdad.²² Para quien escribía el informe, lo monstruoso no era la pertenencia a otra religión sino la ausencia de esta. Como destacó Héctor Recalde, el ateísmo —o el descreimiento— se había hecho presente en el país.²³

Agreguemos ahora los datos del censo municipal de 1909. La población había vuelto a crecer significativamente. En cinco años, la ciudad tenía casi un 30% más de habitantes. En total, la población censada sumaba 1.231.698, y en ella, el 92% era definido como católico.²⁴ Esta vez, el ítem “sin religión” tomaba el segundo lugar igualando la sumatoria de todos los englobados como “protestantes” —2,49%— y los “israelitas” —1,3%—. ²⁵ En 1904, 13.335 personas habían sido consignadas como individuos que no tenían religión, este sector en 1909 sumaba 45.185 personas y representaba un 3,7 por ciento.²⁶ La cantidad de personas “sin religión” había crecido casi tres veces, superando el crecimiento general de la población.

21 Sobre un total de 950.891 habitantes, 823.926 figuran como católicos. Hay que tener en cuenta que, aproximadamente, un 8% del total quedaba incluido bajo la categoría “sin especificar”. *Censo general de población, edificación, comercio é industrias de la ciudad de Buenos Aires, levantado en los días 11 y 18 de 1904*, por MARTINEZ, A., Compañía Sud-americana de billetes de Banco, Buenos Aires, 1906, págs. 68-72.

22 *Censo general de población, edificación, comercio é industrias de la ciudad de Buenos Aires, levantado en los días 11 y 18 de 1904*, op. cit., págs. LIV y LV.

23 RECALDE, H., *Matrimonio y divorcio*, CEAL, Buenos Aires, 1986, pág. 12.

24 *Censo General de población, edificación, comercio é industrias de la ciudad de Buenos Aires, conmemorativo del Primer Centenario de la Revolución de Mayo 1810-1910*, levantado en los días 16 al 24 de octubre de 1909, Alberto B. Martínez, tomo I, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1910, págs. VIII y LVI.

25 Ídem.

26 Desagregado en argentinos y extranjeros, entre los primeros representaban un 2,9 por ciento y entre los segundos un 4,6%, ver *Censo General de población, edificación, comercio é industrias de la ciudad de Buenos Aires*, Op. cit., pág. 93.

¿La anotación del censista era realizada a partir de una declaración? No necesariamente; por ejemplo, en el Censo Nacional de Población de 1895, la toma de datos se realizó siguiendo la instrucción de que el censista debía preguntar “¿qué religión tiene?” solo si tenía motivos para suponer que la persona censada no era católica: “Como casi toda la población argentina es católica; el censista sólo hará la pregunta sobre religión, cuando tenga motivo para creer que el censado no es católico, en cuyo caso no estará con una sola palabra, el nombre de la religión que le digna, por ejemplo protestante, israelita, etc. Si el censado es católico, dejar la línea en blanco”.²⁷ Así, se puede suponer que el hecho de que la sociedad fuese tomada oficialmente como católica generó un sesgo en el relevamiento de datos. Además, los criterios técnicos de los censos a la hora de dar las indicaciones a los censistas o de establecer las categorías presentaban variantes, lo cual dificulta posibles comparaciones.

Aun así, no es poco lo que se puede concluir de estos registros. Los censos analizados demuestran que los censados eran considerados o se consideraban, en su mayoría, católicos, y al mismo tiempo, introducen algunas variaciones observables, particularmente, en la ciudad de Buenos Aires. Por caso, la presencia reducida pero creciente de ciudadanos y residentes que declaraban pertenecer a otros cultos, como también un sector, también pequeño y en aumento, que no reconocía religión. Como se detalló en la nota al pie 24, estos cambios fueron un resultado, sin duda, del proceso migratorio,²⁸ aunque también de la larga trayectoria de la tolerancia de culto en la ciudad y de las luchas sociales e ideológicas que tenían lugar en su seno.

Por otro lado, ¿qué implicaba para una persona ser o considerarse católica a fines de la década de 1880 o en 1895? ¿Podía ser lo mismo en 1904 o 1909? ¿Era lo mismo para unos y otros? Este tipo de registros brinda poca información sobre las creencias, las prácticas y las identidades religiosas de la población de la ciudad. Primeramente, porque la variación de la población es muy importante en toda la etapa; pero incluso si la población se hubiera mantenido numéricamente estable, ese dato tampoco aseguraría que esta haya sido siempre la misma. A su vez, estos registros solo distinguen la nacionalidad

27 “La población según sus religiones”, *Revista Eclesiástica*, año II, núm. 23, 1/03/1899, págs. 65-67.

28 Para los recién llegados el desarraigo implicaba una ruptura con las estructuras de poder de los cultos institucionalizados en sus regiones y/o países de origen —que no fueron reemplazadas en la nueva residencia— y un alejamiento de las costumbres y tradiciones familiares. Asimismo, en el lugar de recepción estas personas podían entrar en contacto y establecían vínculos afectivos con personas pertenecientes a diferentes cultos, creencias y/o prácticas.

y el sexo de las personas, dejando afuera otras diferenciaciones sociales, la clase, el origen étnico o la edad.

Asimismo, como ha sugerido Alejandro Frigerio, es relevante reflexionar sobre las implicancias del *monopolio religioso* del catolicismo en el pasado argentino.²⁹ Desde su perspectiva, algunas de las citas obligadas en los estudios sobre la secularización —se refiere, particularmente, a la producción de los sociólogos Peter Berger y Danièle Hervieu-Léger— han planteado una versión estereotipada de un pasado como monopolizado por el catolicismo. En consecuencia, han sobredimensionado lo novedoso de la dinámica religiosa actual, caracterizada por la diversificación religiosa, la individuación de las creencias y el quiebre de la memoria colectiva. En su opinión, los datos empíricos de las realidades religiosas contemporáneas son comparados, implícita o explícitamente, con un pasado hipotético.³⁰ A partir de estas ideas, se puede entender la existencia del tipo de discurso que veremos a continuación en la *Revista Eclesiástica* — con independencia de su efectiva representatividad—, que apunta a subrayar una *amplia* convivencia religiosa dentro de la sociedad porteña de fines del siglo XIX. En un artículo que realizaba un exhaustivo análisis del Censo Nacional de Población de 1895, su autor, cuya identidad desconocemos, afirmaba que las cifras consignadas, en las cuales se destacaba la “inmensa mayoría” católica, eran “la mejor prueba de que en la República Argentina reina[ba] la más amplia libertad religiosa, que no solamente est[aba] garantizada por las leyes fundamentales del país, sino que [era]n una verdad en la sociedad y en la familia”.³¹ Por otro lado, se indicaba que nunca se habían suscitado disidencias religiosas, ni se había tenido en cuenta la religión de las personas en lo relativo a la asignación de los derechos y garantías individuales.

El trabajo de Alejandro Frigerio previamente citado invita, también, a pensar la identidad de las personas desde una perspectiva de *estructuras de compromisos identitarios*. Esta permite pensar que un individuo puede admitir, en distintos contextos, distintas identidades y tener, o no, una principal y otras subordinadas. Asimismo, el autor reconoce la existencia de tres niveles diferenciados de identidad: uno personal, otro

29 FRIGERIO, A., “Repensando el monopolio religioso del catolicismo en la Argentina”, en CAROZZI, M. J. y CERIANI CERNADAS, C., *Ciencias sociales y religión en América Latina. Perspectivas en debate*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2007, págs. 87-116. Sobre la historia de aquellos “otros” que cuestionaron la aspiración a la construcción de una sociedad homogéneamente católica ver: BIANCHI, S., *Historia de las religiones en la Argentina: las minorías religiosas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2004.

30 FRIGERIO, A., Op. Cit., pág. 89.

31 “La población según sus religiones”, *Revista Eclesiástica*, año II, núm. 23, 1/03/1899, pág. 67.

relacionado con las identidades sociales —es el producto de una interacción entre autoadjudicaciones y atribuciones de los otros— y un último, vinculado a la conformación de una identidad colectiva propuesta por un grupo —implica un *nosotros*—. ³² En este marco, la información sobre la filiación religiosa refiere a la identidad social, la cual no brinda ninguna información sobre el lugar que ocupa la religión para los individuos dentro de sus compromisos identitarios personales ni acerca de su participación o identificación con un determinado colectivo religioso. Por eso, un monopolio sobre las identificaciones sociales no necesariamente puede traducirse en un monopolio de las identidades personales o colectivas, como tampoco de las creencias.

Lila Caimari, en su ya clásico libro sobre la Iglesia Católica durante el primer peronismo, planteó la cuestión a propósito del alto porcentaje de católicos que arrojaba el Censo Nacional de Población de 1947. Según este, la Argentina tenía cerca de 15 millones de habitantes y el 93,6% de estos se había declarado católico. La autora indicaba que, detrás de esta cifra “aparentemente abrumadora”, se escondía “uno de los catolicismos más tibios del continente”. Aclaraba, además, que el número de fieles resultaba elevado solo si se consideraba la declaración de pertenencia o los índices de práctica formal más elementales, como el bautismo y el casamiento religioso. Pero si se tomaba, en cambio, la participación en la misa o en la vida cotidiana de la institución, esta cifra era tan baja como en Uruguay, el país considerado como el más secular de América Latina. ³³

Entonces, ¿qué puede decirse de lo que sucedía a fines del siglo XIX en el plano religioso en Buenos Aires? Para aproximarnos un poco más a esa realidad, miraremos algunas fuentes cuyo valor descriptivo acompaña esta lectura. El semanario católico *El mensajero del corazón de Jesús* publicaba, a comienzos de la década de 1890, estadísticas de los matrimonios civiles y religiosos en cada una de las parroquias de la ciudad. ³⁴ La diferencia entre los matrimonios civiles y religiosos era un dato que solía ser observado en la época debido a la proximidad de la aprobación de la ley de matrimonio civil (1888). ³⁵ Con esa ley, el matrimonio religioso había dejado de ser obligatorio y, parafraseando a Charles Taylor, se había convertido en una *posibilidad* entre otras

32 FRIGERIO, A., Op. Cit., págs. 100-101.

33 CAIMARI, Lila, *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en Argentina (1943-1955)*, Emecé, Buenos Aires, 1995, pág. 32.

34 “Matrimonios civiles por parroquias”, *El mensajero del corazón de Jesús*, núm. 2, 10 de julio de 1891, pág. 24.

35 Sobre la ley ver: CALVO, N., “«Cuidar la familia, forjar la nación»...”, op. cit., págs. 49 y ss; RECALDE, H., *Matrimonio y divorcio*, op. cit., págs. 110 y ss.

disponibles.³⁶ Desde entonces, la Iglesia y algunas asociaciones católicas intentaban evitar que se debilitara la institución matrimonial entendida como un sacramento. Por eso, se trata de un dato que puede sugerir, aunque con distorsiones —por lo errático de las cifras—, el alcance o influencia católica sobre aspectos que incidían en la organización de la vida privada de las familias. Estas cifras oscilaban entre el 45%, en la parroquia de San Telmo —ubicada en la zona contigua a Catedral del Sur—, y el 84%, en la parroquia de Monserrat —en el centro porteño—. ³⁷

Parroquia	Civiles	Religiosos	Porcentaje
Catedral al Norte	93	47	50,5
Catedral al Sud	68	39	57,3
Monserrat	89	75	84,2
San Nicolás	49	39	79,5
Socorro	69	45	65,2
San Miguel	48	22	45,8
Pilar	250	144	57,6
Piedad	110	71	64,5
Balvanera	315	147	46,6
San Cristóbal	248	151	60,8
Concepción	287	169	58,8
San Telmo	100	45	45
San Juan Evangelista	114	78	68,4
Santa Lucía	120	61	50,8
San José de Flores	86	47	54,6
Belgrano	68	33	48,5

Cuadro confeccionado por la autora a partir del artículo citado de *El mensajero del corazón de Jesús*, 10/07/1891.

En la misma época, *La Buena Lectura* señalaba que muchas madres cristianas que vivían en España, Italia, Francia y otros países habrían derramado “lágrimas de sangre” de haber sabido cuánto se habían apartado de la religión sus hijos que vivían en

36 TAYLOR, C., *Secular age*, TheBelknap Press of Harvard University Press, United States, 2007, pág. 3.

37 James Scobie señalaba que la mayor parte de los templos católicos en la década de 1870 estaban ubicados en la zona del centro y descendían hacia los barrios. En su detallada descripción, destacaba la presencia católica al sur de calle Defensa y adjudicaba como causa de esta la expansión urbana en dirección sur. Sobre la calle Bolívar, la iglesia parroquial de San Ignacio —antes convento jesuita—, servía a un área de cuarenta manzanas al sur de Plaza de Mayo. Ya sobre Defensa, tras recorrer sólo dos cuadras se llegaba a la “Manzana de las Iglesias”: donde estaba la iglesia de San Roque, la de San Francisco con el monasterio franciscano adyacente y el convento de San Ignacio. Próxima a la casa de Niños Expósitos, estaba la iglesia de Santo Domingo con su convento. Del otro lado de la plaza, las instituciones religiosas eran algo más dispersas: en la parroquia de Catedral al Norte, además de la Iglesia de La Merced y del orfanato para niñas, estaba el Convento de las Hermanas Catalinas ocupaba buena parte de una manzana de Córdoba, entre Reconquista y San Martín; al oeste, otras cuatro iglesias —San Miguel, San Nicolás, El Socorro y La Piedad, aún no terminada— eran cabeza de las parroquias del mismo nombre. SCOBIE, J., *Buenos Aires: del centro a los barrios: 1870-1910*, Solar/ Haccette, Buenos Aires, 1977, págs. 71, 72 y 84.

América.³⁸ Este alejamiento de la práctica religiosa era tal que habían llegado al “punto de casarse sólo civilmente, rehusando las bendiciones de la Iglesia”. Aquellas madres jamás hubiesen imaginado observar tal proceder “escandaloso é impío” de sus hijos en sus respectivos pueblos. El artículo indicaba que se debía lamentar la indiferencia demostrada incluso por quienes reprobaban esa conducta. Denunciaba que algunas personas piadosas, que habían asistido a “bodas puramente civiles”, autorizaban, así, el acto criminal y cooperaban en desvirtuar “los anatemas que la Iglesia y la sociedad sensata lanza[ba]n sobre los concubinaros”. Además, se insistía en que los católicos de la ciudad, “la gente sensata y verdaderamente decente”, debían apartarse de las personas que se unieran solo civilmente. Esto implicaba ausentarse de las bodas y, también, la ruptura de los vínculos de amistad.

El mismo semanario indicaba, en otro lugar, que apenas algunos meses antes los datos sobre los efectos del matrimonio civil en la Capital habían sido terribles, ya que casi la mitad se realizaban sin el sacramento católico.³⁹ No obstante, destacaba positivamente el resultado que arrojaba la estadística del mes de diciembre de 1889, en la cual la distancia entre unos y otros se había reducido a un tercio. Atribuía ese pequeño triunfo a la acción de los sacerdotes y de diversas sociedades de caridad que aunaban esfuerzos para neutralizar la acción “desmoralizadora” de la ley. Se interpretaba como una victoria parcial, ya que, únicamente cuando la estadística revelase que solo unos pocos habían dejado de recibir la bendición matrimonial de un sacerdote católico —en el que se consideraba el acto más solemne de la vida—, habrían conseguido “un triunfo espléndido sobre la incredulidad” y asegurado “el porvenir de la familia argentina”.

Específicamente sobre los comportamientos de la clase trabajadora, *La Voz de la Iglesia* argüía, en 1893, que nadie podía negar que la influencia ejercida por diversos elementos sociales sobre aquella había sido, en general, perniciosa, puesto que la había conducido a la indiferencia religiosa, el olvido de Dios y a la “práctica de los vicios”. En esta lectura, la clase trabajadora había perdido “hasta las nociones más elementales de moral y de cultura”.⁴⁰ Por su parte, un año antes, el *Mensajero del Corazón de Jesús* argumentaba que los efectos de la propaganda infernal sobre los obreros —impulsada por aquellos a quienes definía, de manera imprecisa, como la “impiedad”— tenía ya

38 “El matrimonio”, *La Buena Lectura*, 25/01/1890, núm. 21, tomo I, Buenos Aires, pág. 241 y 242.

39 “El matrimonio civil”, *La Buena Lectura*, 25/01/1890, núm. 21, tomo I, Buenos Aires, pág. 263.

40 “Círculos de obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 15/03/1893.

consecuencias reconocibles. Se describían un “descarado ateísmo” en las creencias, un “cínico materialismo” en las costumbres y un “relajamiento” de los vínculos familiares como cualidades de muchos de “nuestros obreros, a menudo muy criminales y casi siempre muy desventurados”. Agregaba que, para ellos, el sacerdote era objeto de horror o de “sangrienta rechifla”; “el amo”, un tirano; la esposa, una esclava; los hijos, carga insoportable; y la sociedad, un enemigo. En esta perspectiva, el vacío que dejaba la ausencia de Dios entre las masas “ebrias de goces materiales y cada día más sedientas de ellos” no sería llenado por otro que no fuese el demonio, su enemigo.⁴¹

Además, como se verá más adelante, y como expresó Fernando Bordieu —futuro presidente del Círculo Central—⁴² en su discurso inaugural, había otro problema que afectaba directamente a los trabajadores, aunque no únicamente a ellos: el educativo. Así, afirmó que la instrucción *laica, gratuita, obligatoria y excesiva* era el origen de la “perturbación general” que alarmaba al mundo entero. El proletario “semi-instruido, semi-ignorante”, decía, se asociaba a la propaganda funesta entre el alcohol, la miseria y la carestía, las huelgas y el abandono de los campos y el trabajo.⁴³

Durante las últimas décadas del siglo, se habrían producido cambios en las costumbres de la población porteña que implicaban un progresivo alejamiento del modelo de vida propugnado por la Iglesia. Para ilustrarlo, Héctor Recalde comparaba dos celebraciones: el carnaval y la cuaresma; una florecía mientras la otra languidecía.⁴⁴ El carnaval convocaba a la población de la ciudad, sin distinción de clases sociales, a divertirse suspendiendo o subvirtiendo jerarquías y lugares sociales. Debido al uso de disfraces de religiosos y religiosas, en 1883, desde *La Voz de la Iglesia*, se opinaba que ni la Iglesia Católica ni sus trajes e insignias debían ser motivo de “mofa”. En clara

41 *El Mensajero del Corazón de Jesús*, 29/01/1892, año II, núm. 31, pág. 57.

42 Fernando Bourdieu (Buenos Aires, 1849-1923) fue un hacendado que participó en una amplia red de instituciones católicas: ex alumno del colegio San José, miembro de las conferencias de San Vicente de Paul, uno de los fundadores de la Asociación Juventud Católica, cooperador salesiano, terciario franciscano, etc. CUTOLO, V., *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, tomo I, ELCHE, Buenos Aires, 1968, pág. 518.

43 “Círculos Obreros”, *El Mensajero del Corazón de Jesús*, 05/02/1892, núm. 32, año 2, Buenos Aires, pág. 71 y ss.

44 RECALDE, H., *Matrimonio civil y divorcio*, op. cit., pág. 32 y ss. La iniciativa moralizadora hacia la clase obrera no fue un privilegio de los católicos. Tanto socialistas, anarquistas como comunistas mantuvieron una perspectiva crítica hacia el carnaval; entre otros, ver: SURIANO, J., *Anarquistas...*, op. cit, pág. 153-156; BARRANCOS, D., *Anarquismo, educación y costumbres...*, op. cit., pág. 307; CAMARERO, H., *A la conquista...*, op. cit., pág. 256. Asimismo, sobre la vinculación entre protesta obrera y carnaval: CARUSO, L., “La huelga, el carnaval y los comicios: el mundo del trabajo portuario en Buenos Aires y la configuración de una comunidad obrera, verano de 1904”, *Historia Crítica*, núm. 73, págs. 163-191.

alusión al artículo de la Constitución Nacional, se declaraba que las autoridades tenían el deber de no tolerar esas burlas pues “sostener la Religión Católica, significa[ba] también defender su prestigio contra todo y contra todos”.⁴⁵ En el caso, de la celebración pascual, Recalde citaba una declaración publicada en la *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires* en abril de 1904. Si se la miraba por encima la festividad, parecía profunda y universal, puesto que “a las manifestaciones oficiales, como clausura de todos los establecimientos, colocación de la bandera a media asta, etc., se agregan las funciones ordinarias de teatro y un concurso enorme en los templos”; pero si se prestaba más atención se podía ver que “los concurrentes a los templos pertenecen, por nueve décimos, *al sexo femenino, llevados, en gran parte, allí, según lo indica el traje y por la actitud, más por curiosidad y vanidad, que por devoción*”.⁴⁶ Es decir, según el órgano de prensa del arzobispado, los varones prácticamente no asistían a los templos y las mujeres lo hacían por motivos externos a la fe.

En 1906, Gustavo Franceschi —quien, como se verá, estuvo muy comprometido con el apostolado social— daba cuenta de la preocupación del clero por la extensión del concubinato, del alcoholismo, por la falta de previsión y de ahorro. Aunque se solía repetir que el país era católico, y sin negar aquello, declaraba que “si la cuarta parte de la población de Buenos Aires practicara, aun en una forma somera sus deberes religiosos, no serían suficientes los templos y los sacerdotes de la capital”.⁴⁷

Aunque nuestro enfoque se centra en la mirada que los católicos construyeron sobre esta situación y por ello, apelamos privilegiadamente a fuentes de origen católico, debe indicarse aquí que algunas de estas descripciones eran compartidas por otros actores sociales de la época. A modo de ejemplo, porque eran juicios extendidos en las prensa de izquierda, en el *ABC del Socialismo*, un semanario socialista de propaganda popular, se podía leer que mientras el niño moderno, debido a su cercanía con el mundo masculino adulto, lograba alejarse de las enseñanzas religiosas —ya que “aunque desde pequeño le hayan obligado a aprender y repetir en las noches *el bendito, pater noster y ave maría*, a los pocos años se ríe del fraile concluyendo por darse cuenta de la farsa católica”—, en

45 Citado en RECALDE, H., *Matrimonio civil y divorcio*, op. cit., 1986, pág. 34.

46 Subrayado nuestro.

47 II Asamblea de Católicos Argentinos, extraído de MARTÍN, M. P., *Los católicos y la cuestión obrera...*, op. cit., pág. 21.

cambio, la mujer permanecía como “esclava” de las prácticas religiosas —aunque ella no lo hiciera tanto por convencimiento como por costumbre—. ⁴⁸

En síntesis, como en el resto del país, la mayoría de la población de la ciudad de Buenos Aires era censada como católica. Aun así, allí se concentraban buena parte de los residentes que pertenecían a otros cultos y de los que afirmaban no poseer religión. Si dejamos de lado las dificultades que se presentan en los registros censales para comparar los valores entre uno y otro, y nos abocamos al terreno de la mayoría católica, puede verse lo difícil que es establecer qué significaba ser o considerarse católico. El complejo acceso a las creencias e identidades personales, sociales y colectivas difícilmente puede allanarse analizando las modificaciones en las prácticas religiosas, ya que estas no necesariamente son un reflejo de descreimiento, cuanto pueden serlo de cambios sociales y culturales. De todos modos, la reducción del matrimonio religioso o el aumento del ausentismo en los templos puede indicar el bajo nivel de sujeción o una relevante autonomía de los diferentes sectores sociales respecto del modo de vida o las conductas que se promovían desde la Iglesia Católica y las asociaciones religiosas. En este sentido, los varones, primero, y los trabajadores, después, aparecerían como sectores entre los que se buscaba incrementar esa influencia.

Como en realidad no es posible adentrarnos en el plano de las creencias e identificaciones, debemos simplemente concluir que lo que era débil a los ojos de los funcionarios y católicos era el nivel de sujeción o de influencia que tenía la autoridad religiosa sobre la vida de los distintos sectores sociales de la ciudad. En el próximo apartado, se intentará ensayar una explicación, en términos históricos, de cómo se llegó a este escenario.

La Iglesia Católica argentina como institución moderna

En este apartado nos interesa explorar la formación y desarrollo de la Iglesia Católica argentina como una institución moderna, el surgimiento del laicado católico como un sujeto autónomo y los antecedentes del catolicismo social en el país. Si volvemos a las declaraciones de Mariano Pelliza, este expresaba que, en la ciudad de Buenos Aires, en plena década del ochenta, no existían “fanatismo religioso ni tampoco una inmoderada liberalidad” y que la sociedad porteña tomaba el tema religioso a “beneficio de

48 “Guerra al clericalismo”, *ABC del socialismo*, 01/10/1899.

inventario”. Podemos interpretar que Pelliza quiso expresar que los porteños aceptaban una religión que venía de herencia sin comprometer con ella sus conquistas o posiciones personales.

Si nos remontamos al periodo posrevolucionario, la preocupación en materia religiosa de los primeros gobiernos consistió en definir una esfera religiosa y la manera de ejercer, recreando bajo nuevas bases, el viejo vínculo del patronato real. El largo proceso de construcción del Estado argentino implicó, también, la creación de una esfera o espacio religioso delimitado y permeó la forma específica que adquirió la Iglesia Católica como una institución nacional. Así, aunque existen debates entre distintos investigadores acerca de en qué magnitud incidió cada una, la constitución de la Iglesia argentina como una única entidad jurídico-política no dependió solamente de las acciones de su jerarquía, clero o feligresía, ni tampoco de las iniciativas o resoluciones emanadas desde la sede romana, sino que en este proceso intervinieron distintos agentes estatales —de los distintos niveles—. ⁴⁹ Roberto Di Stefano afirma que la Iglesia que conocemos actualmente se forjó en una relación *dialéctica y especular* con la construcción del Estado nacional centralizado, lo cual fue un aspecto fundamental del proceso de secularización. ⁵⁰

En la provincia de Buenos Aires, el punto de partida de la conformación de una Iglesia con límites claros, cohesionada y jerarquizada, suele ubicarse a partir de 1822, cuando se aprobó la ley de reforma del clero de la gestión ministerial de Bernardino Rivadavia. ⁵¹ Incluida en un programa reformista más amplio, esta iniciativa apuntaba a

49 La Iglesia fue tanto un fruto del proceso de secularización como, también, un agente eficaz de este. DI STEFANO, R., “¿De qué hablamos cuando decimos “Iglesia”? Reflexiones sobre el uso historiográfico de un término polisémico”, *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, núm. 1, 2012, España, pág. 218; MARTÍNEZ, I., “¿Víctimas o partícipes necesarios? Cómo pensamos el papel del clero y la Iglesia en la construcción de la República (diócesis de Buenos Aires, SXIX)”, *Anuario IEHS*, núm. 31, 2016, págs. 173-191.

50 Di STEFANO, R., “¿De qué hablamos cuando decimos “Iglesia”? ...”, op. cit., pág. 210.

51 Esta reforma representaba una continuidad con el programa reformador borbónico y una respuesta a la crisis posrevolucionaria de las instituciones eclesiásticas. Entre las medidas planteadas, se suprimían los fueros personales, las rentas eclesiásticas pasaban a depender del erario estatal y se reducía el peso de las elites en estas instituciones ejercido a través de patronazgos privados. La historiografía ha tomado distancia de los relatos que las caracterizaban como un ataque del Estado a la Iglesia. Por un lado, porque no hubo una única “Iglesia”; sino sectores del clero que fueron beneficiados, perjudicados, que defendieron o consintieron el proceso reformista. Por el otro, lejos de intentar destruir a la Iglesia, estas reformas apuntaban a darle una forma que facilitara su intervención social y su articulación con la administración política del Estado. Solo para citar algunos trabajos: CALVO, N., “Cuando se trata de la civilización del clero. Principios y motivaciones del debate sobre la reforma eclesiástica porteña de 1822”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3era serie, núm. 24, 2001, págs. 73-103; DI STEFANO, R., “*Ut unum sint*. La reforma como construcción de la Iglesia (Buenos Aires, 1822-1824)”, *Rivista di Storia del Cristianesimo (Brescia)*, núm. 3, 2008, págs. 499-523; MARTÍNEZ, I., “Una nación para la iglesia...”; etc. Una explicación del alcance regional de las reformas: AYROLO, V.,

reducir la poliarquía religiosa característica del Antiguo Régimen; con esta, el Estado de la provincia de Buenos Aires sentó las bases de una institución eclesiástica centralizada, estructurada bajo la jurisdicción del clero diocesano y con un formato que emulaba el de la organización provincial.

Otro momento importante del proceso de conformación de la Iglesia nacional se dio a mediados del siglo XIX, en particular después de Caseros. En la Constitución Nacional (1853), se convalidó un status jurídico, económico y simbólico privilegiados para la Iglesia Católica que ha tenido una prolongada perdurabilidad en la historia nacional. El culto católico dejó de ser considerado como oficial, tal como aparecía en los textos constitucionales de 1819 y 1826 e incluso en la constitución de la Provincia de Buenos Aires de 1854.⁵² Aun así, el artículo segundo de la Carta Magna garantizaba su sostenimiento y exigía la confesionalidad del presidente y del vicepresidente, y prescribía la evangelización de los indígenas. Esta redacción había sido un compromiso entre distintas posiciones, con concesiones a ultramontanos y a liberales, aunque de conjunto defendía la relación de patronato —o tutela— de perfil galicano.⁵³ Los futuros dirigentes quedaban liberados de cuestiones dogmáticas para legislar y gobernar, pero, a su vez, se le resguardaba un lugar a la institución religiosa en el proceso civilizatorio que pretendían emprender en el “desierto argentino”. En esta línea, la Constitución aseguraba la libertad de culto en el territorio, requisito considerado imprescindible para el proyecto de poblamiento del país a partir del arribo de extranjeros europeos.⁵⁴

De manera que, tanto en la Confederación como en la Provincia de Buenos Aires, la Iglesia Católica argentina inició un proceso de renovación y fortalecimiento de su estructura: aumentaron sus recursos humanos y materiales, se estableció el presupuesto de culto en forma nacional, fueron designados los titulares para obispados y cargos vacantes, se crearon nuevos seminarios —que habían sido particularmente afectados por la expulsión de los jesuitas— y creció sustancialmente el clero regular al que se le

“Matices reformistas. Gobiernos y reformas eclesiásticas en Buenos Aires, Paraguay, San Juan, Mendoza, Perú y Bolivia, durante la segunda década del siglo XIX”, *Itinerantes*, núm. 5, 2015, págs. 39-64.

52 Roberto Di Stefano toma esta constitución para cuestionar la idea cristalizada de un Estado de Buenos Aires “liberal y cosmopolita” contrapuesta a una Confederación Argentina “más devota”. DI STEFANO, R., “Sobre liberalismo y religión: rentas eclesiásticas y presupuesto de culto en el Estado de Buenos Aires (1852-1862)”, *Almanack. Guarulhos*, núm. 5, 2013, p. 196.

53 DI STEFANO, R., “Por una historia de la secularización y de la laicidad en Argentina”, *Quinto Sol*, vol. 15, núm. 1, 2011, pág. 11.

54 Sobre la tolerancia religiosa en las primeras décadas del siglo XIX, ver CALVO, N., “Los unos y los otros. Católicos, herejes, protestantes, extranjeros. Alcances de la tolerancia religiosa en las primeras décadas del siglo XIX”, *Anuario IEHS*, núm. 21, 2006, págs. 13-35.

asignaron importantes tareas de evangelización de los indígenas en los territorios fronterizos.⁵⁵ En esta etapa, existió una suerte de “explosión” de iniciativas destinadas a reparar o construir nuevos templos, a partir de la constitución de numerosas asociaciones “pro templo”, que emergieron como una bisagra entre el gobierno y los vecinos.⁵⁶ Con el trasfondo del auge de la producción lanar, en la provincia de Buenos Aires —como ha destacado Miranda Lida—, tener un templo “bien construido” y “bien provisto” era motivo de orgullo para cada pueblo; especialmente, representaba una muestra de crecimiento económico, ya que no se concebía que el progreso material pudiera desarrollarse con independencia del progreso “moral” o “espiritual”.⁵⁷ Este fenómeno en que la sociedad participaba activamente de la construcción y manutención de los edificios implicaba, además, una presencia de la comunidad o grupos de vecinos en la cotidianidad de la Iglesia. Estos vecinos podían solicitar a las autoridades eclesiásticas visitas del obispo, asignaciones o cambios de párrocos, etc. A diferencia de otros investigadores, Lida adjudicó a la sociedad un lugar de primer orden en la dinámica de construcción de la Iglesia nacional.

En 1865, en respuesta a un requerimiento del presidente Bartolomé Mitre, se erigió el Arzobispado de Buenos Aires —que, en ese entonces, abarcaba no sólo el territorio de la ciudad sino también la provincia entera, La Pampa y la Patagonia— y las otras diócesis argentinas quedaron subordinadas en calidad de sufragáneas. Este proceso que, como se dijo, partía del poder político, empalmaba bien con una tendencia más

55 Distintas investigaciones han estudiado la evolución del presupuesto de culto tanto en la Confederación Argentina como en la provincia de Buenos Aires, separada entre 1852-1862. LIDA, M., “El presupuesto de culto en la Argentina y sus debates. Estado y sociedad ante el proceso de construcción de la Iglesia (1853-1880)”, *Revista ANDES*, núm. 18, Universidad Nacional de Salta, 2007, págs. 1-25; DI STEFANO, R., “Sobre liberalismo y religión: rentas eclesiásticas y presupuesto de culto...”, *op. cit.*; MARTÍNEZ, I., “Nuevos espacios para la construcción de la Iglesia: Estado nacional y sectores ultramontanos en la Confederación Argentina, 1853-1862”, *Quinto Sol*, vol. 19, núm. 3, 2015, págs. 1-23.

56 Las fuentes de financiación eran múltiples y entre estas contaban los aportes estatales nada despreciables; pero, hacia 1856 el gobierno empezó a reducir los “auxilios” arguyendo los enormes gastos del Estado en otras áreas. DI STEFANO, R., “Sobre liberalismo y religión: rentas eclesiásticas y presupuesto de culto ...”, *op. cit.*, pág. 183.

57 Para ejemplificar, en *La América del Sud* en 1880, a propósito de la construcción de un templo en San José de Flores, se decía: “la edificación de una Iglesia Católica propende el engrandecimiento moral del pueblo porque es una cátedra de doctrina [...] y se tiende al material porque es un nuevo ornato para la localidad”. LIDA, M., “Prensa católica y sociedad en la construcción de la Iglesia argentina en la segunda mitad del siglo XIX”, *Anuario de Estudios Americanos*, núm. 63, Sevilla, 2006, págs. 62 y 63. Además, Lida destacó la existencia en Buenos Aires de una línea ideológica liberal que, sin ser anticlerical, promovía que fuese la sociedad la que sostuviera al culto mayoritario. Esta posición, a su vez, contrastaba con la que prevalecía en la Confederación Argentina; en particular, defendida por Urquiza.

general de centralización desplegada desde Roma.⁵⁸ De hecho, desde mediados de la década del cincuenta, la presencia papal, a través de sus delegados oficiales, se volvió regular en el espacio religioso argentino. Esto se debió, en parte, al lugar que los estados de la Confederación Argentina y de Buenos Aires le habían dado a la cuestión religiosa, lo cual colocó las relaciones diplomáticas con el Vaticano como parte del escenario político regional. Esto se daba en un contexto internacional en el que, como ha señalado Christopher Clark, se había abierto un brecha entre liberales y ultramontanos que previamente había sido ocultada por una retórica compartida en torno a la “libertad”, y que constituyó una de las consecuencias del clima menos moderado que habían dejado las revoluciones europeas del año 1848.⁵⁹ En este cuadro de enfrentamiento, se deben incluir la publicación del *Syllabus* de Pío IX (1864), la pérdida del poder temporal de la Iglesia en Italia (1870) y el principio de la infalibilidad papal, definido en el Concilio Vaticano I (1869-1870). La influencia de la autoridad pontificia sobre el clero local se reforzaba con el arribo de clero regular y la formación de algunos sacerdotes en el Colegio Pío Latino Americano, fundado en 1858 en Roma, y con la participación en el Concilio de cuatro de los cinco prelados del país.⁶⁰

Los antecedentes del catolicismo social y su difusión en el país

Como acompañamiento de este proceso, lentamente comenzó a delinearse, en el clero local y en un incipiente laicado, un sector identificado con los intereses de la Iglesia universal y en sintonía con el curso que tomaba la política pontificia. Este sector asumió posiciones de mayor confrontación con la noción del ejercicio del patronato como un atributo inherente a la soberanía, un aspecto que ha sido señalado como nodal para la dirigencia política argentina en el largo plazo y que, por un tiempo, había logrado

58 Si bien Roberto Di Stefano y Loris Zanatta habían caracterizado la romanización como un factor relevante que moldeó el proceso de secularización y de construcción de la Iglesia, trabajos más recientes suelen apreciarla menos como un fenómeno unilateral del papado que como producto de la intervención de un conjunto heterogéneo de actores que incluye miembros del clero local y del emergente laicado. Incluso, se han destacado también otras influencias, como la francesa. DI STEFANO, R. y ZANATTA, L., *Op. cit.*; LIDA, M., “Una Iglesia a la medida del Estado: la formación de la Iglesia nacional en la Argentina, (1853-1865)”, *Prohistoria*, núm. 10, 2006, págs. 27-46; MARTINEZ, I., “Nuevos espacios para la construcción de la Iglesia...”, *op. cit.*; LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, *op. cit.*

59 CLARK, C., “From 1848 to Christian Democracy”, en KATZNELSON, I. y STEDMAN JONES, G. (editors), *Religion and the Political Imagination*, Cambridge University Press, New York, 2010, págs. 194-195.

60 El arzobispo de Buenos Aires y los obispos de Salta, Paraná y Cuyo, el de Córdoba no pudo asistir por su salud. La delegación latinoamericana fue de cuarenta y ocho obispos, mientras que la totalidad de delegados ascendió a setecientos. LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, *op. cit.*, pág. 16.

imponer, incluso, en el clero. El afianzamiento de las posiciones ultramontanas en el clero nacional generaba roces y conflictos con sectores de la dirigencia política y de la opinión pública. A comienzos de 1857, se produjo cierto salto en la conflictividad local, cuando el todavía obispo de Buenos Aires, Mariano Escalada, expulsó a los masones del seno de la Iglesia.⁶¹ De todos modos, las posiciones de Escalada no fueron un obstáculo definitorio para que se transformase en el primer Arzobispo del país.

A pesar de que la conflictividad nunca adquirió la envergadura que tomó en otros países latinoamericanos, como México o Uruguay, el momento más álgido en la relación entre la Iglesia y Estado en Argentina se produjo en la década de 1880. En ese momento, las diferencias entre los representantes de ambas instituciones se multiplicaron, aunque el sector que defendió una ruptura jurídica definitiva fue siempre minoritario. En todo caso, la agenda laicista, que retomaba cierta legislación promovida durante la gobernación de Nicasio Oroño en la provincia de Santa Fe, ganaba consenso solo en aquello que implicaba una profundización del ejercicio del patronato o una mayor delimitación de determinadas funciones vinculadas a la actividad política. Así, lo que subyacía a cada ley era la delimitación de algunas funciones del Estado moderno —por ejemplo, el registro de los nacimientos, casamientos y defunciones—, de las jurisdicciones de una y otra institución y el alcance efectivo del régimen patronal.

Durante el gobierno de Julio A. Roca, en el contexto del debate educativo, una serie de incidentes desencadenó la expulsión del nuncio y condujo a la ruptura de las relaciones con la Santa Sede.⁶² A la sanción de la ley de educación común de 1884 le siguieron la ley de registro civil en 1886 y, ya en tiempos de la presidencia de Juárez Celman, la de matrimonio civil en 1888.⁶³ Probablemente fue en el plano educativo donde el gobierno de Roca logró sus mayores éxitos, ya que según Ignacio Martínez y Diego

61 DI STEFANO, R., “Asuntos de familia: clericales y anticlericales en el Estado de Buenos Aires” en DI STEFANO, R. y ZANCA, J., *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos XIX y XX)*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2016, págs. 35-103.

62 Nos referimos a las primeras desinteligencias entre el gobierno de Julio A. Roca y la Iglesia Católica que surgieron por el seminario con el Obispo de Paraná, luego, las destituciones del Vicario Capitular de Córdoba, el Obispo de Salta y los Vicarios Foráneos de Santiago del Estero y Jujuy. Sobre los conflictos jurisdiccionales, ver: MAURO, D., “Los “liberales” argentinos y la cuestión religiosa. El Partido Autonomista Nacional y los conflictos en torno al ejercicio del patronato en la década de 1880”, *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, núm. 5, Universidad del País Vasco, 2016, págs. 45-67.

63 A diferencia del apoyo inicial del núcleo católico a Roca, la trayectoria de Miguel Juárez Celman en la provincia serrana adelantaba su total oposición. En la provincia de Córdoba, tanto como parte del gobierno de Del Viso y en su propio mandato como gobernador se había enfrentado con la Iglesia. De posición modernista, había tratado de imprimirle a la provincia una imagen progresista y esto implicaba erradicar la herencia colonial, ver ALONSO, P., *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, pág. 75.

Mauro, las principales concesiones en aquella época estuvieron en general del lado del gobierno.

Durante el gobierno de Juárez Celman y, sobre todo, durante la década de 1890, el impulso galicano de la elite política se diluyó, incluso en el plano retórico. Y, como consecuencia del reflujo del proyecto galicano, la Iglesia pudo fortalecer su posición en términos relativos. En los hechos, sostienen Martínez y Mauro, la Iglesia se consolidó como una institución única, cuyo nivel de descentralización y cohesión a nivel nacional la proyectaron, por primera vez, como un actor social y político con peso propio. A su vez, sin negar el dinamismo de las feligresías, dicha expansión institucional se debía en buena medida a los recursos estatales utilizados por las mismas élites dirigentes para convertirla infructuosamente en un segmento del Estado.⁶⁴ Asimismo, una consecuencia de la coyuntura de enfrentamientos ocurridos a lo largo de la década del ochenta fue la coagulación de un movimiento nacional del laicado católico con autonomía de las jerarquías que, nucleado en la Unión Católica, participó organizadamente en la discusión legislativa y, al final de la década, de la conformación de la Unión Cívica y, luego, de la Revolución del Parque.

A pesar de lo dicho arriba, el desarrollo institucional de la Iglesia estuvo lejos de satisfacer las aspiraciones de sus dirigentes. Así, en 1890, el arzobispo Aneiros precisaba en su memoria anual la necesidad de construir nuevos templos, aunque fuese más claro en algunos territorios donde no había ninguno, en la ciudad de Buenos Aires.⁶⁵ Justificaba esta apreciación en el crecimiento urbano en dirección a nuevos barrios, lo que alejaba progresivamente a los pobladores del centro y con ello también de las Iglesias. Aneiros señalaba, entonces, que eran necesarios nuevos templos en las poblaciones de San Antonio — podría referirse tanto a Parque Patricios como a Devoto— y Puente Alsina, en Barracas del Norte, las Catalinas, y, también, en las zonas que mediaban entre Recoleta y Palermo, Palermo y Belgrano, Almagro y Flores, Balvanera y Recoleta. Además de los nuevos edificios, el prelado apuntaba a la falta de sacerdotes que las animasen en su ministerio. Con todo ello, requería un aumento de los honorarios para los canónicos que tenían “ahora, que todo ha subido, el escaso sueldo que tenían muchos años atrás”. En las otras memorias aparecerían reclamos sobre la cuestión del patronato, de la ley de matrimonio civil y, finalmente, el pedido de creación de nuevas diócesis. El Arzobispado

64 MARTÍNEZ, I., y MAURO, D., Op. Cit., pág. 31.

65 “Memoria del arzobispado”, *La Buena Lectura*, 8/02/1890, núm. 23, tomo 11, Buenos Aires, p. 266.

de Buenos Aires abarcaba 303.716 kilómetros cuadrados y 1.583.513 habitantes, divididos en 87 parroquias.⁶⁶ Con la creación de la diócesis de La Plata, que abarcaría el territorio de la Provincia de Buenos Aires y el territorio nacional de La Pampa, la jurisdicción del arzobispo se modificaría significativamente y aunque abarcara más kilómetros cuadrados —puesto que se incluían en la estadística los Territorios Nacionales de Chubut, Río Negro, Tierra del Fuego y Santa Cruz— la cantidad de habitantes a atender se reducía a un poco menos de un tercio. Este reclamo tuvo eco y en 1897 se crearon tres nuevas diócesis: La Plata, Santa Fe y Tucumán.⁶⁷

Por último, como ha sido señalado por Miranda Lida, el catolicismo porteño finisecular estuvo atravesado por una fuerte segmentación social.⁶⁸ Desde su perspectiva, ni el supuesto clima de persecución religiosa que pregona el laicado más militante, ni la condena en clave de política regeneracionista al roquismo habían bastado para amalgamar socialmente a los católicos.⁶⁹ Así, por un lado estaban los notables católicos —que hablaban con un registro de salón, fundado sobre la demostración sólidamente argumentada, con cierto nivel de erudición— y, por del otro, un catolicismo más popular cuyo antiliberalismo se propalaba a un nivel más llano y lejos de los salones del centro la ciudad. Ejemplos de este último sector eran los padres salesianos de las parroquias de San Juan Evangelista (La Boca) y de San Carlos (Almagro). Según Lida, en esos espacios se formulaba una crítica a la modernidad, ni más ni menos furibunda que en los salones céntricos, a través de cancioncillas instructivas, de caricaturas distribuidas en folletos de bajo precio, en los cuales se denunciaban el liberalismo y la herejía protestante sin recurrir a argumento alguno.

No obstante, como se verá a continuación, existieron algunas asociaciones que se trazaron el objetivo de acercar a los sectores encumbrados con las bases de la sociedad y brindar auxilio material y espiritual a los sectores más empobrecidos. La Sociedad de San

66 Esta cifra excluye los Territorios Nacionales. *Memoria presentada al Congreso Nacional de 1897 por el Ministro de Justicia, Culto é Instrucción Pública*, Tomo I, Taller tipográfico Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1897, págs. 492 y 493.

67 CAIMARI, L., *Perón y la Iglesia Católica, religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Op. cit.; DI STEFANO, R., y ZANATTA, L., op. cit.; MARTÍNEZ, I., “Una nación para la iglesia...”.

68 Aparte de los libros franceses de piedad que solían consumir los círculos letrados —para quienes se instalaron varias librerías a fines de los años 80 ubicadas en el centro la ciudad—, existía una literatura católica de llegada popular. Como parte de esa producción literaria que corría por los márgenes la autora mencionaba la colección «Literaturas Católicas» de los salesianos, o la sostenida por la sociedad de propaganda de buenos libros, constituida en 1888, LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, op. cit., págs. 29 y 30.

69 Ídem.

Vicente de Paul (1859) fue una asociación caritativa de laicos católicos diferenciada de las antiguas formas de asociacionismo religioso y de las formas más tradicionales de practicar la caridad católica.⁷⁰ En primer lugar, la Sociedad de San Vicente de Paul no prescribía una determinada forma de devoción o práctica religiosa, con lo cual se diferenciaba de las hermandades y cofradías. En segundo lugar, promovía el acercamiento de los miembros de la sociedad a los domicilios de los pobres. Es decir, articulaba una práctica caritativa con una acción asistencial y se alejaba de las formas caritativas individuales —como las limosnas—. ⁷¹ Las Conferencias también planteaban una novedad con relación a su vínculo con la jerarquía y las estructuras diocesanas, respecto de las cuales mantuvieron un funcionamiento bastante autónomo y, además, sus formas de financiamiento eran similares a los clubes y se recaudaban fondos, por ejemplo, mediante la lotería. Si se comparan las Conferencias vicentinas con los Círculos de Obreros que se conformaron más adelante, se debe señalar que estos últimos aspiraban a organizar en la misma sociedad al sujeto auxiliado, ya fuesen pobres, trabajadores, etc.

En la década de 1980, Ricardo González observó que, en la segunda mitad del siglo XIX, se produjo un importante cambio en las nociones que respaldaron la relación entre la elite y los sectores populares.⁷² Al referirse a la asistencia social de sectores socialmente vulnerables, González indicó que, después de la primera mitad de la década de 1870, comenzaron a desarrollarse formas de asistencia a la población desvalida que se diferenciaron de las viejas prácticas caritativas de la elite criolla, las cuales estaban dirigidas a restablecer el equilibrio social. En una sociedad en pleno cambio, en el que la incorporación del país al mercado internacional había producido ya profundas consecuencias políticas y sociales, emergían nuevas preocupaciones orientadas hacia

70 Ver GELLY Y OBES, Carlos, *Los orígenes de la sociedad de San Vicente de Paul en el Rio de la Plata*, Talleres Gráficos San Pablo, Buenos Aires, 1951, 61 páginas; USSHER, S., *Cien años de acción católica en la Argentina (1831-1931)*, S/D, Buenos Aires, 1957. Algunas interpretaciones reconocen como una de las primeras experiencias de acción social católica a la realizada por la Sociedad Católica Irlandesa — a partir de 1883, “Asociación Católica Irlandesa”—. Desde 1820, o antes incluso, esta sociedad formaba parte de la comunidad de inmigrantes irlandeses cuya observancia de la religión católica se consideraba “ejemplar y llamativa para la población general que los rodeaba”. Esta sociedad se ocupaba de atender a las necesidades religiosas, sanitarias y educativas de los miembros de la comunidad. Ver, USSHER, S., *Op. Cit.*; GERDES, T., *Op. cit.*, pág. 48. Con la mirada puesta en el movimiento asociativo: DI STEFANO, Roberto, “Orígenes del movimiento asociativo. De las cofradías coloniales al auge mutualista, 1776-1860”, en LUNA, Elba y CECCONI, E. (Coords.), *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990*, Panca SRL, Buenos Aires, 2002, págs. 68-70.

71 DI STEFANO, R., “Orígenes del movimiento asociativo...”, *op. Cit.*, págs. 88-89.

72 GONZALEZ, R., “Caridad y filantropía en la ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX”, en AA. VV, *Sectores populares y vida urbana*, Clacso, Buenos Aires, 1984, págs. 251-258.

aquellos sectores que formaban o formarían parte de la población laboralmente activa: temor a los desbordes sociales, a las epidemias, etc. Entonces, se aprecian cambios en la naturaleza de la ayuda y en los sectores a los que estuvo dirigido el auxilio o asistencia social. Si antes la asistencia se destinaba a ancianos y a enfermos, el pasaje de la concepción caritativa a la filantrópica significó que cobrase relevancia la ayuda a mujeres y niños —partícipes presentes o futuros del mercado laboral—. Se pasó, del donativo, a buscar influir en las formas de vida, en las conductas y la moral de los pobres.⁷³ Todo esto ocurrió en un clima racionalista, de ideas positivistas y de valorización del saber de los médicos higienistas; de ese modo, la nueva estrategia implicaba estudios, categorizaciones, prioridades y exclusiones.

En este sentido, la actividad de las conferencias vicentinas constituía una forma intermedia. Esta sociedad, que había sido fundada en Francia en la primera mitad del siglo XIX, llegó a ser numerosa en el país en la segunda mitad de dicha centuria.⁷⁴ Se organizaba a través de grupos —conferencias— que estaban centralizados por un Consejo Superior. El contacto con las familias pobres y con sus condiciones de vida les permitiría a sus miembros incidir en sus creencias y conductas de la población visitada, aunque también influía positivamente sobre quienes visitaban.⁷⁵ Esta sociedad decía abrir sus brazos a todos quienes quisieran “santificarse por medio de la santificación de los demás, y especialmente de la visita al pobre” y no exigía virtudes ni devociones especiales.⁷⁶

Estas conferencias, a su vez, dieron forma a algunas obras especiales. Una de ellas, dirigida específicamente al auxilio de los obreros, habría sido la sociedad San Francisco Javier fundada en 1861 en Buenos Aires. Probablemente, su existencia no sobrepasó el año 1864.⁷⁷ Según Tomás D. Casares, sus miembros promovían el mejoramiento espiritual, material e intelectual de los trabajadores y, por tal razón, la asociaba “en ciertos

73 GONZALEZ, R., *Op. Cit.*, págs. 255-256.

74 Uno de sus fundadores fue Federico Ozanam (1813-1853), un intelectual francés, profesor universitario y referente laico del sector liberal del catolicismo europeo. Actualmente, se lo considera un precursor de la democracia cristiana.

75 Los secretos de la visita eran tres: uno, de orden social, puesto que significaba “el primer paso efectivo y eficaz dado para acercar las clases dirigentes el pueblo”; otro, de orden psicológico, puesto que el vicentino empezaba conquistando el corazón del pobre con “dulzura y con la ayuda material”, y así lo bien predisponía para recibir “la limosna espiritual de la palabra de Dios, como hizo Jesús cuando multiplicó los panes para alimentar al pueblo hambriento, antes de hablar”; y el tercero estaba en la propia formación del bizantino, que viendo de cerca de la gran miseria, aprendía “más calidad y más sociología que en todos los libros”. GELLY Y OBES, C., *Op. Cit.*, págs. 64 y 65.

76 GELLY Y OBES, C., *Op. Cit.*, pág. 64.

77 ESTRADA, J. M., “Discurso pronunciado en la Sociedad de San Francisco Javier, 24 de junio de 1864”, en ESTRADA, J. M., *Discursos*, tomo I, Ediciones Estrada, Buenos Aires, 1946, págs. 35-46.

aspectos” con los Círculos de Obreros constituidos años después.⁷⁸ Mencionaba como su director espiritual a Federico Aneiros —quien fue arzobispo de Buenos Aires entre 1873 y 1894—, a Toribio de Ayerza como presidente y a un joven José Manuel Estrada como secretario. Más tarde, otra obra derivada del asociacionismo vicentino en este terreno habría sido el taller para obreras de la Sociedad San José, creado en 1883 bajo la dirección de la señora Petrona Coronel de Lamarca —madre de Emilio Lamarca—. ⁷⁹ Esta sociedad buscaba el aporte material y físico de las familias de la elite social, como así también del gobierno municipal, para brindar un espacio de formación y trabajo para mujeres pobres. La obra pretendía, además, poner una escuela de “moral y religión”.

Por otro lado, en 1882, en Córdoba, se fundó la Asociación Católica de Artesanos de San José —sus orígenes se remitían a otra asociación, de origen jesuita, conformada en 1877—. ⁸⁰ Por su advocación a San José, sus integrantes fueron conocidos como “josefinos”; ese mismo año, 1882, se creó la asociación de las “josefinas”. La asociación tuvo la forma de una cofradía —como otras que todavía funcionaban en Córdoba en las primeras décadas del siglo XX— y su objetivo era desarrollar prácticas religiosas. Según ha señalado Gardenia Vidal, la necesidad de procurar también el mejoramiento material de los obreros llegó más tarde, al asentarse en la región las ideas socialistas y anarquistas. De modo que la original cofradía, hacia 1904, se transformó en una sociedad de socorros mutuos y se conformó la Asociación Protectora de Artesanos de San José como un organismo que se dedicaría casi exclusivamente a la adquisición de terrenos para lotear y construir viviendas para los socios. Aun cuando, al solicitar la personería jurídica en 1912, adquirió definitivamente la estructura de una asociación mutual de características modernas, mantuvo ciertos rasgos *cofradiales*. Fundamentalmente, porque se trataba de una institución liderada por una orden católica y esta conservaba un lugar preponderante en las decisiones. ⁸¹

78 CASARES, T., “Prologo”, en ESTRADA, José Manuel, *Discursos*, tomo I, Ediciones Estrada, Buenos Aires, 1946, págs. VII-XVIII.

79 *Memoria de la Sociedad de San José*, 1 de julio de 1884, Imprenta de Pablo E. Coni, Buenos Aires, 1884. “La señora Dona Petrona Coronell de Lamarca”, *El Mensajero del Corazón de Jesús*, 04/12/1891, pág. 361. Entre 1889 y 1930, se desarrolló la rama femenina de las Conferencias de San Vicente de Paul.. En Buenos Aires, VACA, R., *Las reglas de la caridad. Las damas de Caridad de San Vicente de Paúl. Buenos Aires (1866-1910)*, Prohistoria, Rosario, 2013 y MEAD, K., “Gender, Welfare and the Catholic Church in Argentina: Conferencias de Señoras de San Vicente de Paul, 1890-1916”, *The Américas*, vol. 58, 2001, pp. 91-119.

80 VIDAL, G., “Asociacionismo, catolicismo y género. Córdoba, finales del siglo XIX, primeras décadas del siglo XX”, *Prohistoria*, núm. 20, año, XVI, Rosario, 2013.

81 VIDAL, G., “Las asociaciones católicas para trabajadores y el ejercicio de la “ciudadanía política”. Córdoba a principios del siglo XX”, *Quinto Sol*, vol. 17, núm. 2, La Pampa, 2013.

Como se ha señalado, en la década del ochenta, al calor de los conflictos que generó la agenda laicista, se puede percibir claramente la presencia política organizada del laicado católico que, ya no a título individual sino como parte de un colectivo, asumió la defensa pública de determinados valores y prerrogativas de la Iglesia. Este movimiento católico —que terminó de aglutinarse en esta etapa— había tenido como antecedente la conformación del “Club Católico”, fundado por iniciativa de Félix Frías, Pedro Goyena y Luis Ortiz Basualdo en 1877.⁸² Este núcleo, a su vez, había dado vida al periódico *La Unión* (1882-1889) sostenido por Pedro Goyena, José M. Estrada, Tristán Achával Rodríguez, Miguel Navarro Viola, Emilio Lamarca y Santiago Estrada. De este impulso, en el contexto de la discusión sobre una ley nacional de educación, se constituyó la Asociación Católica de Buenos Aires.

Este movimiento tuvo una lógica combativa y militante, y sus preocupaciones, aunque estuvieron centradas en la dimensión política, la rebasaron. Algunos historiadores han señalado la incipiente atención que prestaron a la dimensión *social* los dirigentes del primer movimiento católico. Así, por ejemplo, mientras Néstor Auza reconoció dos movimientos distintos —uno político surgido en la década del ochenta y otro social, en la década del noventa— pero entrelazados;⁸³ Thomas Gerdes, por su parte, ha considerado, más recientemente, que no puede establecerse una división tajante entre uno y otro movimiento, ya que la preocupación por la cuestión social había comenzado a plantearse en la década del ochenta.⁸⁴ Este autor identifica distintas posiciones en el interior del movimiento católico: mientras algunos habían comenzado a percibir señales de una “cuestión social” que se expresaba con fuerza en Europa y Estados Unidos, otros, en cambio, consideraban que se trataba de un problema aún ausente en la región. Entre los últimos situaba al principal dirigente católico de la época, José Manuel Estrada.⁸⁵

Al analizar en detalle las modulaciones del pensamiento político y social de Estrada, María Pía Martín observa elementos que anticipan el que sería su concepto de la

82 Más tarde, Basualdo fue director del Patronato de la Infancia y socio honorario del Círculo de Obreros de San Carlos.

83 AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, op. cit., págs. 19-22.

84 GERDES, T., *Op. Cit.*, pág. 44.

85 A mediados de 1884, Estrada afirmaba que “no es el pauperismo una calamidad y un peligro social [i] las condiciones de nuestra población y de nuestra industria; ni las relaciones del capital y el trabajo tan tirantes y aflictivas que pueden tomar acritud del conflicto que en Europa y los Estados-Unidos se llama *cuestión social*”, citado en GERDES, Thomas, *Op. Cit.*, pág. 51.

cuestión social ya a mediados de los años sesenta.⁸⁶ En particular, la autora hace notar que su manera de entender estos problemas iría modificándose a medida que abandonaba los planteos del catolicismo liberal —influenciado, probablemente, por su proximidad con Félix Frías y, por su vinculación con la Sociedad San Vicente de Paul, a los postulados de Montalambert, Lammenais y Ozanam— y adoptaba posiciones más intransigentes con el liberalismo y de carácter más organicista. Ya a comienzos de los años ochenta, dice la autora, asomaba una preocupación por las consecuencias sociales del afianzamiento del estado liberal, del industrialismo europeo y, también, del tipo de inmigración promovida en el país. El Estado liberal limitaba la autoridad del padre y de la familia, eliminaba las asociaciones intermedias que protegían a los individuos y desplazaba a la Iglesia, a la vez que se desentendía de la moral que debían inspirar las instituciones de toda sociedad cristiana. Por otro lado, en el terreno económico, el *industrialismo positivista* había separado la producción social de la ética cristiana, suprimido las costumbres y los vínculos estables de los hombres en los talleres — patrón/obrero—; además de sacrificar el rol de madre y esposa al empujar a la mujer al mundo laboral.⁸⁷ Aunque su análisis se centraba en el caso europeo, Estrada veía “sombras siniestras en el horizonte” del futuro americano.⁸⁸ Una vez que el conflicto se instalara, anticipaba, los pobres tendrían a su favor el número y la desesperación; por lo tanto, se debía resolver el problema allí donde se presentase y prevenirlo forzosamente si este fuera remoto.⁸⁹

La organización del laicado católico argentino tomó impulso con la convocatoria de la *I Asamblea Nacional de Católicos Argentinos* (1884), convocada en medio de los conflictos que se habían originado en el marco del debate de la ley de educación. Como respuesta a las iniciativas laicistas del gobierno del PAN, se buscaba conquistar y organizar el compromiso cívico y político del laicado católico a nivel nacional. La iniciativa provino del núcleo organizado en la Asociación Católica de Buenos Aires, con el apoyo de las autoridades eclesiásticas; aunque parecen haber existido ciertos temores

86 MARTÍN, M. P., “Iglesia Católica, cuestión social y ciudadanía...”, op. cit., pág. 108.

87 Se fomentaba el enriquecimiento con nuevas reglas: el capital carecía de responsabilidad porque se separaba lo moral de lo económico y se preconizaba la libertad del rico en contraste con la del pobre. MARTÍN, M. P., Op. Cit., pág. 132 y ss.

88 MARTÍN, M. P., *Op. Cit.*, págs. 131 y 132.

89 MARTÍN, M. P., *Op. Cit.*, pág. 133.

de que el movimiento se desviase de sus intenciones originales.⁹⁰ Adhirió una treintena de sociedades católicas de todo el país y participaron unos 140 delegados —todos varones—. ⁹¹ Aunque sobre esta cuestión se profundizará en el capítulo 4, mencionemos aquí que al referirse a la misa inaugural realizada en la Catedral, el periódico *La Unión* subrayó la buena impresión que generaba la presencia masculina congregada públicamente en un templo. Tan solo un año atrás, se decía, hubiera causado sorpresa ver reunidos en una iglesia a cuarenta o cincuenta hombres: “¡Qué diferente espectáculo el que ofrecía nuestra Metropolitana ayer! Ya nadie se admira, —Y va empezando a parecer natural que todos los católicos *lo sean de veras*”.⁹²

Para el historiador jesuita Cayetano Bruno, el Congreso tuvo como mérito haber despertado la conciencia católica.⁹³ A la distancia, Gustavo Franceschi, una de las mentes más reflexivas del catolicismo del siglo XX y, como se verá, un sacerdote con un amplio compromiso con la doctrina y la obra social, ponderó los aciertos y los límites del congreso: aunque se había dado un importante paso, “hubo ‘más entusiasmo que discusión’”; ya que no se había concretado la conformación de un “partido católico”.⁹⁴

En el Congreso aparecieron recurrentes críticas al régimen político instaurado por el Partido Autonomista Nacional, tales como la ausencia ciudadana en las votaciones, la corrupción oficial, el “servilismo del legislador electo por la voluntad de mandones” —y no del voto popular—, el perjurio continuo o el fraude electoral, etc. Por un lado, Manuel D. Pizarro, ex funcionario del gobierno, defendió la inscripción en los registros cívicos como un deber de la conciencia, de la moral y del cumplimiento de la ley religiosa que les obligaba, como ciudadanos, a seguir los deberes de la patria; y, como creyentes, los de la religión.⁹⁵ Por el otro, varios oradores argumentaron sobre la necesidad de la unión política de los católicos del país y su intervención colectiva en la vida pública con el

90 AUZA, N., *Corrientes sociales del catolicismo argentino...*, op. cit., pág. 57. Según el historiador Cayetano Bruno, el arzobispo había sido consultado y apoyó de entrada el proyecto, en el cabildo eclesiástico, en cambio, había primado la posición favorable al congreso, aunque la misma no fue unánime. Por otro lado, el delegado apostólico, Mons. Luis Matera, brindó su aprobación a la iniciativa, haciendo explícitas sus preocupaciones. BRUNO, C., *La historia de la Iglesia en Argentina*, tomo XII, Don Bosco, Buenos Aires, 1981, págs. 108-113

91 AUZA, N., *Corrientes sociales del catolicismo argentino...*, op. cit., pág. 60. El diario de sesiones refiere 160 delegados. *Diario de sesiones de la primera asamblea de los católicos argentinos*, Buenos Aires, Igon Hermanos Editores, 1885, pág. 8.

92 El subrayado es nuestro. *Diario de sesiones de la primera asamblea de los católicos argentinos*, op. cit., pág. 6.

93 BRUNO, C., *Op. cit.*, págs. 108-113.

94 Grote habría propuesto la creación de partido católico en 1901 y Roca habría hecho desistir al Arzobispo Espinoza. BRUNO, C., *Op. Cit.*, págs. 108-113.

95 AUZA, N., *Corrientes sociales del catolicismo argentino*, Editorial Claretina, 1984, págs. 62 y 63.

propósito de defender el imperio de los principios cristianos en el orden social y político de la nación. Al respecto, Pedro Goyena sintetizaba: “No vacilemos, señores, en aunar nuestros esfuerzos, por más que el astuto sofisma pretenda separarnos de la unión católica, aplicándonos maliciosamente la denominación de partido, tan desacreditada en el país. No, señores; nosotros somos mucho más que un partido, pero tenemos que organizarnos como un partido”.⁹⁶ Las deliberaciones del congreso establecieron las bases de la Unión Católica Argentina, formalmente establecida en febrero de 1885, y que participó en las elecciones de 1886.

Las resoluciones de la asamblea reflejaron cierta preocupación social. Se proponía el fomento de instituciones de instrucción, colocación y sociabilidad de obreros: algunos autores destacaron la anticipación con que se trató el problema en relación al incipiente desarrollo de la industria y de los conflictos sociales que en ese momento apenas comenzaban a insinuarse.⁹⁷ De todos modos conviene no exagerar dicha preocupación, e indicar que el tema tuvo en la asamblea una atención menor. No contó con la misma preparación que otros temas ya que su orador —el doctor Esteban María Moreno, de Concepción del Uruguay— fue designado a último momento. Por esta razón, a juicio de José Elías Niklison, la exposición no pudo tener mérito sociológico o técnico alguno.⁹⁸ Además, a la luz de lo visto en el apartado, resulta llamativo que ni Estrada ni Lamarca hubiesen sido los encargados de preparar la exposición.⁹⁹

La exposición del señor Moreno mostró una preocupación, más bien, preventiva y centrada en las (negativas) influencias del liberalismo. A su juicio era necesario preservar al obrero, al trabajador de que “impulsado por la necesidad o la desesperación, dé oído a las sugerencias que no han de faltarle”.¹⁰⁰ Esas sugerencias estaban relacionadas con los armados políticos de la elite, no por presencia o difusión de ideas revolucionarias. En ese sentido, el foco estaba puesto en las consecuencias de la recientemente votada ley 1420; así el niño que se había educado en la escuela “neutra ó atea”, era ateo o al menos

96 AUZA, N., *Op. Cit.*, pág. 70

97 RECALDE, H., *La iglesia y la cuestión social*, op. cit., pág. 50; AUZA, N., *Corrientes sociales del catolicismo argentino*, op. Cit., pág. 73.

98 NIKLISON, J. E., “Acción social católica obrera”, Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, núm. 46, Buenos Aires, 1920, págs. 28 y 29.

99 José Elías Niklison destacaba como precursor del *moderno movimiento social católico* a Emilio Lamarca, debido a que, desde fines de la década del setenta, perfilaba con nitidez en los contenidos de su cátedra de Economía Política y en otros trabajos suyos —como el “Decálogo y la Ciencia Económica”— la orientación moral y científica de Le Play. NIKLISON, J., *Op. Cit.*, pág. 40.

100 *Diario de sesiones de la primera asamblea de los católicos argentinos*, op. cit., pág. 241

“descreído” y “una vez hecho hombre se le brinda trabajo en talleres donde reina la negación absoluta de toda religión”. Así, según Moreno la obra de la escuela laica concluía con el aprovechamiento del hombre “como artesano y con actor electoral, como agente productor y como elemento activo de predominio político”.¹⁰¹

De modo que para oponerse a ese plan, era necesario fundar frente “al taller corrompido y corruptor” el taller católico, que diera al obrero elementos de vida, mantuviera su fe, le ofreciera instrucción religiosa —que debía aprovechar y transmitir a su familia—. ¹⁰² Moreno decía que los encargados de dar el ejemplo religioso eran ellos mismos haciendo que el obrero viera “que del frac á la blusa no ha[bía] distancia entre los católicos; que la alpargata raída, e[ra] hermana de la bota charolada”.¹⁰³ La resolución se votó prácticamente en los términos en que fue propuesta. La única modificación realizada, a propuesta de Santiago O´ Farrell —de quién hablaremos más adelante—, es que se sacó del texto original la palabra “trabajadores”. Esta se consideró como incluida en el término “obreros”, además, de ser utilizada en los nombres de ese tipo de asociaciones existentes ya en Francia y Alemania.¹⁰⁴

En noviembre de 1884, a dos meses de concluida esta primera asamblea general, se inauguró la Asociación Católica de Socorros Mutuos, promovida justamente por la Asociación Católica de Buenos Aires.¹⁰⁵ En el acto inaugural, Estrada destacó su acción exterior y militante en el contexto en el que “los enemigos de Cristo” estaban entronizados en el gobierno. Su discurso dio cuenta de cómo entendía la *cuestión social* y la manera en que la caridad “vincula[ba] a los ricos con los pobres, y a pobres y ricos con su Dios, en una sola familia y un solo amor, todos los problemas de la vida y de la sociedad, consoladas las angustias, explicadas las desigualdades, convertidas las riquezas en medios de satisfacción, tranquilos los corazones y apaciguados los pueblos”;¹⁰⁶ aunque no hacía referencia alguna a las características específicas de la sociedad ni asomaba alguna idea de reformismo social.

101 Ídem.

102 *Diario de sesiones de la primera asamblea de los católicos argentinos*, op. Cit., pág. 242.

103 Ídem.

104 *Diario de sesiones de la primera asamblea de los católicos argentinos*, Op. cit., pág. 248.

105 ESTRADA, J., “Discurso pronunciado en la Asociación Católica de Socorros Mutuos, el 13 de noviembre de 1884”, en ESTRADA, J. M., *Discursos*, tomo II, Ediciones Estrada, Buenos Aires, 1946, págs. 77-87.

106 ESTRADA, J., *op. cit.*, pág. 79.

Para concluir, a la luz de lo dicho hasta aquí, no debería sorprender que funcionarios como Mariano Pelliza pudieran destacar entre los elementos que daban cuenta del progreso de la ciudad a templos y sacerdotes. Sin negar la participación de las asociaciones vecinales, el poder político —en particular, desde la Caseros en adelante— había financiado buena parte del esplendor edilicio y de la formación o aptitud de su personal. Estos recursos humanos y materiales resultaban valiosos a la hora de garantizar el ejercicio del patronato, la presencia estatal en las tierras recientemente conquistadas a sus pobladores originarios y, más adelante, procurarían hacerlos jugar en la resolución de los problemas de integración cultural y de conflictividad social.

El proceso de secularización con la forma específica que asumió en el desarrollo histórico argentino, en la interacción de múltiples sujetos —el Estado, la sociedad y las instituciones eclesásticas dentro y fuera del país—, dio forma a la Iglesia argentina contemporánea como una institución conceptualmente diferente de la sociedad y del Estado, con relativa autonomía del poder de linajes, las corporaciones y del propio Estado para establecer y defender sus intereses. A su vez, la Iglesia quedó organizada en una única estructura jerárquica, subordinada de manera directa a la autoridad de la Santa Sede y con un estatus privilegiado económica, política y simbólicamente.

La manera en que se dio este proceso de secularización, en el marco de los procesos de asimilación al mercado mundial capitalista, condicionó la forma en que los distintos sectores sociales experimentaron la religión. Es evidente que esto cambiaba de acuerdo al género y la clase social. En cuanto a los trabajadores, se apreciaba una preocupación especial por sus costumbres, su instrucción y sus espacios laborales.

En sus orígenes, el pensamiento social católico argentino mantuvo una estrecha relación con las experiencias y preocupaciones del catolicismo europeo, fundamentalmente después de los procesos revolucionarios de 1848. Varios de los intelectuales que lo forjaron habían estado en Europa en ese periodo, y establecido relaciones con algunos de sus dirigentes. Así, el medio local entró en contacto con el catolicismo de corte liberal, primero, y luego con los exponentes de un catolicismo intransigente con el liberalismo y más conservador con los movimientos sociales.

Como se verá en el próximo apartado, el distanciamiento que se produjo en la década del ochenta entre los católicos y el proyecto político del Partido Autonomista Nacional separó a los católicos del optimismo reinante y les permitió tener una mirada más distante del funcionamiento social.

Emergencia de la *cuestión obrera*

Difícilmente los participantes de la *I Asamblea de los católicos* podrían haberse imaginado el curso que tomaría la realidad social local en tan solo unos años. Hacia finales de la década del ochenta, profundos cambios sociales afectaron particularmente las relaciones entre capital y trabajo, y propiciaron las condiciones para que los trabajadores se instalaran como un actor social con fisonomía propia.

En primer lugar, durante los últimos años de la década del ochenta, hubo un significativo crecimiento del movimiento inmigratorio. Si hasta 1884 el ritmo de llegadas se había mantenido ligeramente por arriba del de los años previos —con un aumento de los saldos migratorios desde 1881, a causa del descenso de las partidas—, entre 1885 y 1889 la cantidad de inmigrantes dio un salto abrupto.¹⁰⁷ En segundo lugar, la radicación de esta numerosa población no fue uniforme; antes bien, un sector amplio se concentró en las principales urbes del litoral, y su número fue especialmente importante en la ciudad de Buenos Aires.¹⁰⁸ A su vez, la concentración poblacional y la precipitación de la mayor crisis económica de la etapa hizo emerger nuevos problemas sociales generados por las condiciones del empleo o su falta; la carestía y el hacinamiento —especialmente, en el centro—; y la ocupación de terrenos bajos y con graves problemas sanitarios, entre otros. Las iniciativas para contener la pobreza que se habían utilizado antaño comenzaron a ser percibidas como insuficientes para contener el descontento popular.

Con un breve interregno entre 1884 y 1885, la década del ochenta había sido, en términos generales, de crecimiento económico. En el plano laboral, en la ciudad y en la provincia de Buenos Aires, los salarios habrían mantenido, hasta 1886, una tendencia ascendente en la mayoría de los sectores en virtud de una fuerte demanda laboral. Desde entonces, la tendencia se invirtió, como consecuencia de la mayor cantidad de trabajadores y del aumento del precio del oro. En el segundo trimestre de 1889, además, se hicieron evidentes los primeros síntomas de la crisis: déficit comercial, suba inédita

107 El saldo migratorio fue de unas 25.000 personas en 1881 y de unas 220.000 en 1889. FALCÓN, R., *Los orígenes del movimiento obrero...*, op. cit. págs. 55 y 56.

108 De hecho, entre 1869 y 1895 el porcentaje de población urbana en el país creció del 34,6 al 42,8 por ciento, FALCÓN, R., *Op. cit.*, pág. 58. En esta etapa, aunque la mayoría de los recién llegados se declaraba agricultor y provenía de regiones rurales de Europa en crisis, Ofelia Pianetto ha llamado la atención respecto de que, según el Censo Nacional de 1895, solo el 34 por ciento de los extranjeros tenía ocupaciones agrícola-ganaderas y que ese porcentaje se redujo al 26 por ciento en el de 1914. PIANETTO, O., “Mercado de trabajo y acción sindical...”, op. cit., pág. 301.

del valor del oro y fuerte depreciación de la moneda nacional.¹⁰⁹ Todo ello corroyó notoriamente la capacidad de compra de los ingresos y redujo drásticamente la calidad de vida de amplias capas de las masas trabajadoras. Adolfo Dorfman, en su clásico libro sobre la historia de la industria argentina, calculaba que el salario real entre 1880 y 1891 se había reducido prácticamente a la mitad; de hecho, el autor fijaba ahí una importante condición para el incipiente desarrollo industrial que constataba en los años posteriores.¹¹⁰

En este nuevo contexto, las características de un mercado de trabajo fuertemente condicionado por los ciclos de la producción agraria —con una marcada estacionalidad de la actividad y del empleo, una fluctuante demanda y una alta movilidad geográfica y ocupacional¹¹¹— hicieron de la incertidumbre laboral una experiencia frecuente entre trabajadores con mayor y menor calificación.¹¹² Numerosas descripciones y testimonios aparecidos en la prensa comercial, en la de las organizaciones obreras, y hasta en obras literarias contemporáneas, dieron cuenta del momento crítico que significaron estos años para las trabajadoras y los trabajadores que residían en la ciudad.¹¹³

La historiografía recogió dos miradas contrapuestas respecto de las condiciones de trabajo y de vida de la clase trabajadora en este periodo: la de los pesimistas —que enfatizaron en los aspectos negativos del desarrollo capitalista que tuvo lugar—¹¹⁴ y la de los optimistas —que sostenía el crecimiento de los salarios reales y la existencia de una amplia movilidad social—.¹¹⁵ El análisis que hacía Alejandro Bunge, destacado

109 Entre 1885, cuando se decretó la inconvertibilidad del peso papel, y 1900, la moneda corriente (papel) se depreció 131% en relación al valor del oro. CORTÉS CONDE, R., *El progreso argentino, 1880-1914*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979, pág. 235.

110 DORFMAN, A., *Historia de la industria argentina*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1970, pág. 199.

111 SABATO, H., “La formación del mercado de trabajo en Buenos Aires, 1850-1880”, *Desarrollo Económico*, vol. 24, núm. 96, 1985, págs. 561-592.

112 Esta alta rotación laboral entre ramas y oficios facilitó la articulación de solidaridades gremiales. POY, L., *Los orígenes de la clase obrera argentina...*, *Op. cit.*, pág. 40.

113 Para ver una recopilación de distintas voces contemporáneas sobre la situación abierta durante la crisis, PANETTIERI, J., *Crisis de 1890*, Historia testimonial argentina. Documentos vivos de nuestro pasado, CEAL, Buenos Aires, 1984; LAERA, A., “Danza de millones: inflexiones literarias de la crisis de 1890 en la Argentina”, *Entrepassados*, núm. 24-25, Buenos Aires, 2003; etc.

114 Esta perspectiva era sostenida por algunos autores contemporáneos tales como el dirigente socialista PATRONI, A., *Los trabajadores*, 1898; ÁLVAREZ, J., *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, J. Roldan, Buenos Aires, 1914; y un trabajo publicado en 1898 del cónsul norteamericano Buchanan.

115 Roberto Cortés Conde, tras haber armado y estudiado series de evolución de los salarios reales en dos sectores de trabajadores—empleados de Bagley y los peones de policía—, concluyó que los sueldos habían aumentado entre 1883 y 1911. En la misma época, James Scobie indicó que debido a la existencia de oportunidades de ascenso social entre los trabajadores de la ciudad se había retardado la emergencia de expresiones de intereses de clase y de grupo, a la vez, que limitó sus choques contra el sistema y permitió que muchos transitaran caminos de integración. Ver, CORTÉS CONDE, R., *El progreso argentino, 1880-1914*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979, pág. 234; SCOBIE, J., *Op. cit.*, 275.

economista y estadístico católico que fue presidente de los Círculos de Obreros entre 1912 y 1916, segmentaba la etapa en tres momentos diferenciados:

“un ciclo de veintidós años a partir de 1870, durante el cual, al desenvolvimiento de las actividades generales, correspondía una inmigración proporcional de brazos. Viene después un segundo período de trece años, —1892/1904— en el que las industrias rurales adquieren extraordinario impulso, provocando una creciente escasez de brazos y una marcada suba de los salarios, hasta traer una importante inmigración. En un tercer período de seis años, que comprende los años 1905/1910, esa inmigración se mantiene constante, absorbiendo el excedente, ya no la agricultura como hasta entonces, sino las industrias no agrícolas que en este periodo se desarrollan considerablemente”.¹¹⁶

Durante la expansión agrícola, el país había sostenido una población obrera superior a sus necesidades. Bunge encontraba la causa de tal fenómeno en la elevada cifra del trabajo transitorio requerido en las cosechas, lo que tenía como consecuencia inmediata altos jornales agrícolas —ya que, según decía, se debían pagar en cien días de trabajo lo que el obrero requería para vivir en los otros cien días perdidos antes y después de la cosecha—. En su perspectiva, el desbalance entre trabajadores y empleo recién se produjo en la década de 1910, cuando decrecieron la industria de la construcción y sus anexos. Esta crisis del trabajo se hizo evidente recién hacia 1914, aunque opinaba que la guerra contuvo y neutralizó los efectos de la desocupación.¹¹⁷

Más allá de esta explicación de largo plazo, lo que resulta incontestable es que, a fines del siglo XIX y principios del XX, la organización obrera y sus movimientos reivindicativos dieron un salto significativo. Si volvemos a los años previos a 1890, entre 1888 y 1889 se produjeron casi treinta conflictos laborales, es decir, el doble de los que habían tenido lugar en toda la década anterior.¹¹⁸ En cuanto a los motivos, la mayoría de las huelgas tuvieron por finalidad la recomposición de los salarios afectados a causa de la devaluación del peso y la carestía;¹¹⁹ incluso, un sector de los trabajadores de las empresas ferroviarias, para resguardarse de la permanente depreciación del peso, llegó a reclamar el pago de sus salarios en oro. A su vez, este crecimiento en la conflictividad fue acompañado de la fundación de nuevas sociedades de resistencia, cuya proliferación también se había acrecentado en esos mismos años.

Resulta interesante destacar que, a contramano de la interpretación más bien “optimista” que Alejandro Bunge elaboró años después, *La Voz de la Iglesia* se mostró

116 BUNGE, A., *La desocupación en la Argentina. Actual crisis del trabajo*, R. Herrando y Cía., Buenos Aires, 1917, pág. 6.

117 Ídem.

118 FALCÓN, R., *Los orígenes del movimiento obrero...*, op. cit., pág. 81.

119 POY, L., *Los orígenes de la clase obrera argentina...*, op. cit., pág. 49.

preocupada por el encarecimiento de los productos de consumo básico de las familias trabajadoras y por su situación económica general. En particular, el diario reflejaba preocupación ante la posibilidad de que las penurias materiales convirtieran a los trabajadores en presas fáciles de los “agitadores profesionales”. En función de la sucesión de huelgas, el periódico juzgaba, en una nota de noviembre de 1888, que el terreno parecía ya estar preparado para recibir a dichos agitadores.¹²⁰ Señalaba, también, la intensificación de los síntomas de pobreza y de miseria en medio de una prosperidad celebrada por los gobernantes y por los que les secundaban y aplaudían utopías. A diferencia de otros sectores, no se dudaba en asociar la desproporción entre los ingresos de los trabajadores y los costos de la vida en la ciudad con la conflictividad obrera, fuese aquello la razón o una mera excusa.¹²¹ Aunque compartían el principio de libertad de industria, creían que las autoridades tenían formas de intervenir a través de “acciones indirectas”, cuidando el valor de los bienes de primera necesidad. Estos bienes habían subido en una proporción sin precedentes, de manera que había trabajadores que, estando en actividad, no ganaban lo suficiente para alimentarse. Esta situación, que también era denunciada en las páginas de *El Obrero* —el periódico de la Federación Obrera—, entrañaba malos augurios.¹²²

Según se describía en otro artículo, no pasaba un día sin que los operarios les impusiesen a sus patrones un aumento más o menos considerable de salarios. El motivo de los reclamos o exigencias —el texto incluía ambas palabras— era siempre el mismo: la carestía de la vida. Aunque quien escribió el artículo las consideraba una razón importante, no aprobaba las medidas, y mucho menos si estas tenían un carácter tumultuoso. En la línea del artículo anterior, alertaba que el hambre era mala consejera y el hecho de que el trabajo no bastara para conjurarla agravaba la ya de por sí delicada situación. Las ideas socialistas y comunistas, que contaban en la ciudad con sus “pseudos-apóstoles”,¹²³ no habían encontrado hasta el momento una favorable acogida debido a las especiales condiciones del país —abundancia de trabajo y facilidad para proporcionarse los medios de subsistencia—, pero se preguntaba si sería posible mantener esa confianza en el futuro. De modo que, aun antes del momento más agudo de la crisis, este diario

120 “Siguen las huelgas”, *La Voz de la Iglesia*, 13/11/1888.

121 Ídem.

122 PANETTIERI, J., *Crisis de 1890*, Historia testimonial argentina. Documentos vivos de nuestro pasado, CEAL, Buenos Aires, 1984, pág. 80.

123 “Siguen las huelgas”, *La Voz de la Iglesia*, 11/09/1889.

vinculaba la carestía, las huelgas y la organización obrera con el eventual progreso, entre los trabajadores, de ideas de emancipación social ya presentes en el país.

Los síntomas que preanunciaban la crisis económica se profundizaron al terminar el verano de 1890 y, sin crédito ni credibilidad, el gobierno no pudo contener el derrumbe. El país entró en una de las crisis más profundas de su historia; para algunos solo comparable con las de 1913-1918 y de 1998-2002.¹²⁴ Así, a contramano del optimismo que embriagaba a la clase dominante, especialmente, después de la breve crisis de 1885, la relación más directa que se había establecido durante el gobierno de Juárez Celman con el mercado mundial implicó una mayor dependencia de las vicisitudes del sistema económico internacional. De este modo, el *crack* de la bolsa de 1890 significó una caída equivalente a la quinta parte del producto bruto, la quiebra del sistema bancario local y un desplome de las importaciones. En términos sociales, la capacidad de consumo de la población fue aún más severamente afectada, y miles de trabajadores extranjeros decidieron abandonar el país. De hecho, por primera vez, los saldos migratorios descendieron y, por algunos meses, se tornaron negativos. Según los estudios citados, la recuperación completa de las variables económicas llevó más de una década, aunque hubo una importante recuperación desde mediados de los noventa.

A principios de 1890, *La Voz de la Iglesia* hablaba de un malestar generalizado que, “que quien más, quien menos”, experimentaban todos: “[I]os unos se ven obligados á renunciar á sus honestas comodidades, los otros, la mayoría del pueblo, tiene forzosamente que economizar hasta con el hambre y la sed. La situación es terrible, y, a medida que ella se acentúan (sic), van desapareciendo las esperanzas de una reacción favorable que se esperaba meses atrás”.¹²⁵ Meses más tarde, en el mismo diario se argumentaba que la municipalidad había actuado con imprudencia al dejar cesantes a 1800 trabajadores; puesto que una medida que, desde el punto de vista del erario municipal podía ser beneficiosa, podía resultar perjudicial en el terreno social.¹²⁶ Agravando la situación, durante 1891, importantes obras públicas fueron interrumpidas;

124 ROCCHI, F., “Introducción”, *Entrepasados*, núm. 24-25, Buenos Aires, 2003, págs. 19-27. Sobre la crisis del 90 en Argentina, cf. FORD, A. G., *Argentina y la Crisis de Baring de 1890*, Revista de Economía y Estadística, año XIII, núm. 3 y 4, Córdoba, 1969; CORTÉS CONDE, R., *Dinero, Deuda y Crisis. Evolución Fiscal y Financiera de la Argentina, 1862-1890*. Sudamericana, 1989; GERCHUNOFF, P., ROCCHI, F., y ROSSI, G., *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas 1870-1905*, Buenos Aires, Edhasa, 2008, entre los más relevantes.

125 “La situación”, *La Voz de la Iglesia*, 10/01/1890.

126 “Combustibles á la hoguera”, *La Voz de la Iglesia*, 12/03/1890.

por ejemplo, las grandes obras modernizadoras de las cuales el juarismo se había enorgullecido: la apertura de la avenida de Mayo, la construcción de los edificios del Correo, el Congreso y el puerto de Buenos Aires.¹²⁷

Aunque no pudiera percibirse de este modo en el momento, los efectos de crisis económica afectaron negativamente, sin hacerlo desaparecer, el proceso de lucha y organización que protagonizaban los trabajadores. Las huelgas de los talleres Solá, de octubre de 1889, y de los panaderos, de principios de 1890, mostraban que estaba llegando a su fin la etapa de ascenso obrero y que la fuerza de la crisis económica y la desocupación creaban escenarios desventajosos para las luchas de la clase trabajadora.¹²⁸ Los importantes avances políticos que significaron para el movimiento la realización del acto unitario del 1ero de Mayo de 1890 y la constitución de la Federación Obrera no deben dar lugar a confusión, pues el contexto social había empezado a cambiar. Los trabajadores no pudieron intervenir de manera autónoma en los sucesos políticos que se analizarán seguidamente, y solo algunos años más tarde, su organización daría muestras de reactivación, pero también de haber atravesado profundas transformaciones.

Acompañando el curso de la economía, desde mediados de 1889, había comenzado a precipitarse una profunda crisis política. Tras el fuerte impacto que generó el cierre de la Bolsa, dirigentes —principalmente, porteños— de la oposición al gobierno de Miguel Juárez Celman comenzaron a reagruparse. De conjunto, le criticaban el fuerte endeudamiento externo, el gasto desmedido, el deterioro institucional, la mala administración, el manejo discrecional de los recursos públicos y la corrupción de funcionarios. A su vez, la manera en que el presidente manejó las relaciones al interior del PAN, y en particular, tras la ruptura con el roquismo, junto a la poca reacción ante las situaciones que se irían presentando repercutieron en el delicado escenario político.

En cuestión de unos pocos meses, algunos sectores universitarios dieron forma a la Unión Cívica de la Juventud, cuyo programa fue presentado el 1 de septiembre de 1889 en el famoso mitin realizado en el Jardín Florida. El evento contó con la presencia de destacados personajes como Bartolomé Mitre, Leandro Alem, Pedro Goyena y otros. El programa de esta coalición surgida en medio de la crisis, en realidad, casi no contemplaba los problemas económicos que afligían a la población. En términos políticos, incluso,

127 SURIANO, J., “La crisis 1890 y su impacto en el mundo del trabajo”, *Entrepasados*, núm. 24-25, Buenos Aires, 2003, pág. 103.

128 POY, L., *Los orígenes de la clase obrera argentina...*, op. cit., pág. 81.

también era limitado, ya que únicamente denunciaba el fraude y el control del voto desde el Estado, y aunque se exigían garantías para que cualquiera pudiera votar, no proponía ninguna discusión acerca de quienes debían ir a votar.¹²⁹

Después de un verano en el que pareció que el gobierno lograba controlar la situación, el oro volvió a subir y siguió haciéndolo al compás de las estruendosas noticias que daban a conocer emisiones clandestinas, renunciadas ministeriales y “extravíos” de dinero. En este nuevo contexto, la oposición convocó un nuevo mitin para dar a conocer la conformación formal de la Unión Cívica; el núcleo de dirigentes de la Asociación Católica estuvo en el centro de este armado político. En líneas generales, su participación puede interpretarse como una consecuencia lógica de las llamadas leyes laicas, es decir, como un derivado de la cuestión religiosa.¹³⁰ Aunque también es indudable que la coalición política que pasaban a integrar tampoco les resultaba del todo cómoda.¹³¹ En realidad, probablemente, lo que esta participación exhibe con mayor claridad es que la cuestión religiosa en el país no fue determinante, salvo en algunas coyunturas puntuales, para definir los agrupamientos políticos más amplios.

El mitin se realizó el 13 de abril de 1890 en el Frontón de Buenos Aires, la cancha de pelota paleta (pelota vasca) más grande de la ciudad. Los relatos de aquella jornada refieren la participación de una multitud variopinta, compuesta de hombres, mujeres y niños de distintos orígenes y clases sociales; por ejemplo, *El Diario* estimó unas 30.000 personas entre la gente que desfiló por la Avenida de Mayo y aquella que se sumó desde balcones y azoteas.¹³² El primer orador de la jornada fue Mitre, quien señaló que la misión encomendada de la Unión Cívica consistía en moralizar la vida pública como, también, en fundar el gobierno *de todos y para todos*. Luego, Alem —presidente de la Unión Cívica— dio un discurso más vigoroso y encendido, y cerró alentando a la acción civil en defensa de aquellos valores que habían sido ofendidos por el gobierno, entre ellos el

129 SOMMI, L., *La revolución del 90*, Editorial Monteagudo, Buenos Aires, 1948, p. 93. SÁBATO, H., “La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?”, *Punto de Vista*, núm. 39, Buenos Aires, 1990, pág. 30.

130 Otro aspecto señalado era el resentimiento entre los miembros de las familias tradicionales por el proceso de reemplazo de esa elite por los nuevos grupos del interior propio del régimen político que se conformó a partir de 1880. ZIMMERMANN, E., *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995, pág. 32. El historiador comunista Luis Sommi indicó también la existencia de intereses de tipo socio-económicos. SOMMI, L., *Op. cit.*, pág. 83.

131 ALONSO, P., *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, pág. 74.

132 “El meeting”, *El Diario*, 14/04/1890.

culto.¹³³ El movimiento católico participó del acto con tres oradores: Navarro Viola, Estrada y Goyena. Navarro Viola, pidió abiertamente la renuncia del presidente;¹³⁴ mientras Estrada declaró que en la Unión Cívica veía “un fulgor de esperanza para la República y un acto de virilidad de parte de la juventud” y que se adhería al movimiento con su “notoria divisa de ciudadano católico”.

Pocas semanas después, en una Buenos Aires conmovida por la doble crisis económica y política, tuvo lugar el primer acto del 1ero. de Mayo que se celebró en el país. La convocatoria del movimiento obrero local para conmemorar el día del trabajador en la ciudad replicaba una de las resoluciones del congreso de París de la Segunda Internacional (1889). Del acto participaron varias sociedades de resistencia y agrupaciones socialistas y colectividades extranjeras, principalmente, de origen alemán e italiano.¹³⁵ De acuerdo con las crónicas, entre mil quinientas y tres mil personas se habrían congregado en el Prado Español para participar del acto en el que hablaron oradores en castellano, alemán, francés, italiano y flamenco. Los socialistas fueron quienes habían tenido la iniciativa y quienes hegemonizaron la actividad; los anarquistas, que se habían retirado de la reunión organizadora, en cambio, tuvieron unos pocos oradores en el acto. De conjunto, la organización de este evento sentó las bases de una federación obrera y un periódico en lengua castellana denominado *El Obrero*.

Por otro lado, como ha señalado Lucas Poy, aunque se trató de un acto de significativa importancia para la organización del movimiento obrero, en la historiografía canónica del Partido Socialista y del Partido Comunista aparece representado como una especie de “mito de origen” en el que se relegaba el contexto más general en el que se llevó adelante.¹³⁶ En el caso del principal relato anarquista, el de Abad de Santillán, el acto del Prado Español obtuvo tan solo unas líneas. Algo similar sucedió en la prensa católica contemporánea en la que no hay muchas referencias al respecto —en particular,

133 BALESTRA, J., *El noventa una evolución política argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986, pág. 60.

134 BALESTRA, J., *Op. cit.*, pág. 61.

135 Ver entre otros, FALCÓN, R., *Los orígenes del movimiento obrero...*, op. cit., pág. 85; TARCUS, H., *Marx en la Argentina, sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007; POY, L., *Los orígenes de la clase obrera ...*, op. cit., págs. 98-103; OVIED, I., *El anarquismo y el movimiento obrero en la Argentina*, Siglo XXI, México, 1978, pág. 52; ZARAGOZA, G., *Anarquismo argentino (1876-1902)*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1996, págs. 123- 129.

136 El autor se refiere a que suele aparecer aislado del ciclo huelguístico que le precedió, pero también de las dificultades que encontraron los grupos socialistas para replicar la iniciativa en los años posteriores, en un cuadro de retroceso organizativo del movimiento obrero. POY, L., *Los orígenes de la clase obrera ...*, op. cit., pág. 95 y ss.

comparada con la preocupación demostrada con anterioridad—. De hecho, también dista bastante del lugar que el acto del 1ero de Mayo de 1890 ocupa en la biografía de Federico Grote, escrita casi medio siglo más tarde. Según su biógrafo, Grote había interpretado la realización del acto como un “germen de acción” que podía hacer fermentar la masa en poco tiempo.¹³⁷ Desde ese lugar, polemizaba con el tono jocoso que *La Nación* había utilizado para describir el evento.¹³⁸

En los meses siguientes, entre mayo y junio, la crisis política y los planes de la oposición política al gobierno de Juárez Celman continuaron. Algunos investigadores han sostenido que la Unión Cívica constituyó, ante todo, una “cortina de humo” para ocultar el levantamiento armado de julio de 1890; en cambio, otros han visto en ella la conformación de un movimiento genuino que se planteaba una regeneración de la política. Sin pretensión de avanzar en este debate, conviene destacar que los católicos agrupados en la Asociación Católica y en el periódico *La Unión* tuvieron un rol destacado en su armado; algo más difícil resulta reconstruir la participación del catolicismo militante en la *Revolución del Parque*.¹³⁹

Según ha relatado posteriormente Aristóbulo del Valle, antes del mitin en el Frontón de Buenos Aires, José Manuel Estrada se había entrevistado con él para conocer los propósitos que tenían y el plan político que pensaban desenvolver. Del Valle le habría explicitado a Estrada los planes “revolucionarios” y éste, poco después, adhirió junto con su grupo. En esta línea, el historiador Néstor Auza ha considerado como probable que todos ellos supieran del levantamiento armado.¹⁴⁰ A su vez, mientras el estado de sitio continuaba en vigencia para la ciudad de Buenos Aires, *La Voz de la Iglesia* publicó una crónica de lo sucedido el día 26 de julio.¹⁴¹ Al frente de las fuerzas revolucionarias habían

137 El texto original data de la década de 1940 y recoge una parte del diario íntimo del fundador de los círculos y algunas charlas mantenidas con su autor cuando Grote tenía más de ochenta años, por ese motivo es difícil no dudar del momento en que fue hecha esa afirmación. De todos modos, puede haber ocurrido que Grote, por su origen y por su labor misionera en la comunidad de alemanes residentes, estuviera atento al desarrollo de la agrupación de exiliados socialistas *Vorwärts*, que, según indica su biografía, “los 13 comensales de la cervecería Bieckert se habían convertido al cabo de nueve años en 1300. Pronto los íbamos a ver centuplicados”, SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, pág. 181.

138 Ídem.

139 Por un lado, porque el diario *La Unión*, por motivos que no se conocen, no volvió a circular después del 31 de mayo de 1890. Sumado a que, debido a cuestiones de salud, José Manuel Estrada debió salir de la ciudad a mediados de junio, y otro de los dirigentes católicos, Miguel Navarro Viola, falleció repentinamente ese mes. AUZA, N., *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, Ediciones culturales argentinas, Buenos Aires, 1975, págs. 581-582.

140 AUZA, N., *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, op. cit., pág. 573.

141 “La revolución. Los detalles”, *La Voz de la Iglesia*, 31/07/1890.

estado Leandro N. Alem, Miguel Goyena —hermano de Pedro— y Juan José Romero.¹⁴² Se destacaba el entusiasmo de numerosos civiles que habían participado de uno y otro bando y, con recaudos explícitos, no dejaba de señalarse la participación católica en las jornadas. Por ejemplo, uno de los cantones revolucionarios que se había distinguido había sido el instalado en el local de la Asociación Católica —situado en Talcahuano y Piedad donde se fundaría poco después el primer Círculo de Obreros—. Además, se decía que, en el Convento de San Francisco, Seminario Conciliar, en la casa contigua a la de los doctores Abel y José Ayerza, y en la de los padres redentoristas, se instalaron hospitales de sangre para atender a los heridos —entre muertos y lacerados se estimaba que hubo no menos de mil quinientas personas—.¹⁴³

Tras la renuncia de Miguel Juárez Celman, asumió la primera magistratura quien seguía en la línea sucesoria, el vicepresidente Carlos Pellegrini, quien había maniobrado desde el interior del gobierno e hizo gestos de manifiesta ruptura con el mandatario saliente.¹⁴⁴ Diversos relatos contemporáneos son coincidentes en remarcar la movilización popular en calles y plazas, así como también su carácter heterogéneo en cuanto a la clase y el origen.¹⁴⁵ A partir de ese entusiasmo popular, en *La Voz de la Iglesia* se conjeturaba sobre el regocijo que provocaría que se “iniciase una era de regeneración” política; una expectativa que pronto se frustró.¹⁴⁶ Por otro lado, la situación económica no había sido resuelta; peor aún, las altas cotizaciones del oro continuaban “sublevando los ánimos” y augurando trastornos que podían agravar “la triste situación del país”.¹⁴⁷ En una perspectiva que combinaba variables políticas con las económicas, se celebraba

142 Este último miembro de la Asociación Católica de Buenos Aires. *Nómina de los miembros de la Asociación Católica*, Imprenta de La Voz de la Iglesia, Buenos Aires, 1888, pág. 23.

143 Durante la mañana del sábado 26, mientras se celebraba la *misa de 9* en la Iglesia de las Victorias, el edificio vio violentamente sacudido por el estrépito de las descargas de fusil y de cañones. La iglesia había quedado en el medio de los regimientos sublevados que habían ocupado la Plaza Lavalle y de las fuerzas fieles al gobierno que ocuparon la zona desde Retiro a la Plaza Libertad. En este caso, los hechos fueron presentados como terroríficos, ya que habían tenido que abrir un boquete en la pared de la iglesia lindante al colegio de las Damas de Caridad con el fin de evacuar a la gente que había sido sorprendida y encerrada por el tiroteo. Por orden Carlos Pellegrini, la capilla se había convertido en hospital de sangre. SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, pág. 182.

144 ROJKIND, I., “«El triunfo moral del pueblo». Denuncias de corrupción y movilización política en Buenos Aires, a fines del siglo XIX”, *Dádivas, dones y dinero: aportes a una nueva historia de la corrupción en América Latina desde el imperio español a la modernidad*, Iberoamericana Editorial Vervuert, Berlín, 2016, págs. 169-188.

145 ROJKIND, I., *Op. cit.*, pág. 179.

146 “7 de Agosto de 1890”, *La Voz de la Iglesia*, 08/08/1890.

147 “Notas del día”, *La Voz de la Iglesia*, 25/11/1890.

que el conflicto bursátil no hubiera generado un conflicto social. La indignación popular había podido contenerse sin mayores consecuencias.

Efectivamente, la situación económica no mejoró. El periódico de la Federación Obrera —que citamos más arriba— denunciaba, en mayo de 1891, que “más [d]e la mitad de las casas de comercio y de los talleres han cerrado y la otra mitad va luchando desesperadamente por la existencia”; y daba cuenta de la situación de profunda penuria que la población trabajadora vivía en distintos lugares del país.¹⁴⁸ Algunas conferencias vicentinas instalaron cocinas económicas para alimentar a la población.¹⁴⁹ Por su parte, *La Voz de la Iglesia* continuó reflejando en sucesivas ediciones la delicada situación social: “a cada paso, en las puertas de los templos, en las calles, paseos, teatros y demás centros de espectáculos, la voz lastimera del mendigo, anciano, niño, joven, hombre, mujer, nacional o extranjero, evoca los sentimientos de la caridad”.¹⁵⁰ En vistas de ello, convocaba a la acción a los católicos y reclamaba su intervención a la autoridad pública. La acción social y la política eran vistas como dos formas de intervención que debían converger.

En 1891, se produjo el alejamiento definitivo de la agrupación católica de la Unión Cívica. Esta distancia se había producido al definirse la candidatura de Bartolomé Mitre y, cuando se selló la política del “acuerdo” entre Roca y Mitre y la Unión Cívica se dividió, unos pocos se alinearon con la Unión Cívica Radical, mientras que la mayoría permaneció por fuera. Asimismo, la fórmula que encabezaba Luis Sáenz Peña, para contener la candidatura de su hijo, no dejaba de resultar incómoda, puesto que había sido articulada por Julio A. Roca. De todos modos, algunos católicos adhirieron al nuevo gobierno, aunque este no logró sobreponerse a su debilidad política.¹⁵¹ A la frustración que debía de existir en las filas católicas, se le sumó, en mayo de 1892, la muerte de Pedro Goyena.¹⁵² Algunos de los que habían participado activamente en la Asociación Católica se acercaron al movimiento iniciado por Grote.

148 PANETTIERI, J., *Crisis de 1890*, op. cit., págs. 80 y 81.

149 *El Mensajero del Corazón de Jesús*, 31/07/1891, pág. 70.

150 “Mendicidad”, *La Voz de la Iglesia*, 29/08/1890.

151 La crisis política continuó durante las presidencias de Pellegrini y de Sáenz Peña; GALLO, E., “Un quinquenio difícil: las presidencias de Luis Sáenz Peña y Carlos Pellegrini”, en G. Ferrari y E. Gallo (comps.) *La Argentina del ochenta al Centenario*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980; ROJKIND, I. y ROMERO, L., “Renuncias presidenciales, opinión pública y legitimidad en el quinquenio difícil (1890-1895)”, *PolHis*, núm. 11, 2013, págs. 94-105.

152 AUZA, N., *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, op. cit., pág. 604.

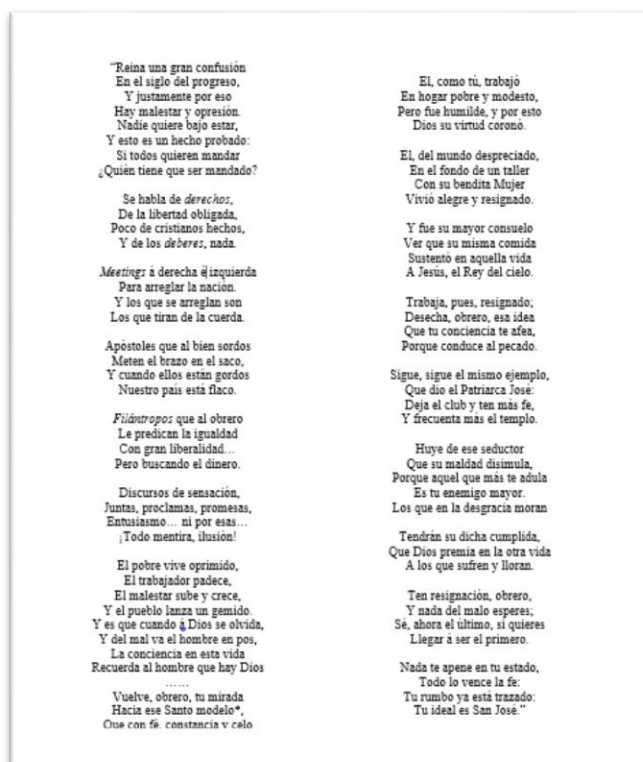
Como se ha dicho, la crisis económica no cedió hasta mitad de la década del noventa, momento en que la política entraba en una tregua, al menos, para el catolicismo militante. En mayo de 1891, el papa León XIII publicó la encíclica *Rerum Novarum* en la que analizaba específicamente el problema social moderno, confrontaba abiertamente con las posiciones socialistas y, retomando experiencias del catolicismo social europeo posterior al año 1848, daba algunas directivas sobre cómo debían abordarlo los católicos. Poco después, en la intención general de septiembre de ese año, el papa abogó por el restablecimiento de la paz social “so pena de una catástrofe inmensa y pronta”.¹⁵³ Los católicos debían esforzarse en mejorar cuanto pudieran la suerte de los obreros, ayudarles a fundar asociaciones bienhechoras; pero, aclaraba, todo trabajo sería inútil si no se volvía cristiano al obrero. Ese sería el trabajo que estaba por emprenderse con la fundación del primer Círculo de Obreros.

En enero de 1892, *La Buena Lectura* publicaba “El ideal Obrero”; el poema resulta un buen recurso para mostrar cómo se veía el problema, al menos, en la revista de una de las parroquias de la ciudad.¹⁵⁴ En medio de un siglo de progreso, y justamente a causa de este, había malestar y opresión social. Se describía la situación de padecimiento de los trabajadores, del pobre oprimido; y se mencionaban, también, los discursos, *meetings*, proclamas y promesas de filántropos y apóstoles “al bien sordos”. Esas ideas eran asociadas con la mentira, con la seducción pecaminosa, el mal, el enemigo. Del otro lado, el ideal: un trabajador, humilde, creyente, que acepta su destino con fe y resignación. Ese ideal era el que representaba San José, cuya conducta había sido reconocida.¹⁵⁵

153 “Intención general para septiembre bendecida por el S.S. León XIII”, *El Mensajero del Corazón de Jesús*, 04/09/1891, págs. 149 y 150.

154 “El ideal obrero”, *La Buena Lectura*, núm. 21, tomo 13, 23/01/1892.

155 En 1889, León XIII había publicado la encíclica *Quamquam Pluries* en la que se disponía que durante el mes de octubre se incorporara una oración dirigida a San José. En https://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15081889_quamquam-pluries.html, consultado 30/12/2021.



“El ideal obrero”, *La Buena Lectura*, 23/01/1892

Al menos desde fines del año 1891, se habían realizado trabajos para constituir una organización católica para obreros con la perspectiva desarrollada en la *Rerum Novarum*. Isaac Pearson relató tiempo después el clima que reinaba en el activismo católico masculino de la ciudad. En el salón de la Asociación Católica, agrupación a la cual Pearson pertenecía en calidad de aspirante, vio “un núcleo de elemento conocido congregado. No era aquello habitual”.¹⁵⁶ Describió un clima de desmovilización y falta de confianza en la potencia propia: “no era posible reunir un centenar de hombres en proclamación de los principios católicos”, y agregó que, en la última citación de la Asociación para visitar los sagrarios en el jueves santo, solo habían logrado reunir catorce personas. “No eran ciertamente los únicos católicos de la Capital, pero entonces, más aun que hoy, para encontrarlos había que penetrar en los reductos amurallados de la familia”.¹⁵⁷

La fundación del Círculo Central

En ese cuadro general, la iniciativa que dio origen a los Círculos de Obreros provino de un sacerdote extranjero, relativamente joven y que llevaba en el país menos

¹⁵⁶ “Los círculos de obreros cómo nacieron, qué han hecho y qué hacen”, *El Pueblo*, 15 y 16/02/1909.

¹⁵⁷ Ídem.

de una década. De origen alemán y miembro de la congregación redentorista, Federico Grote conocía las experiencias dirigidas por dos referentes tempranos del catolicismo social: Von Ketteler, obispo de Maguncia, y Adolfo Kolping, fundador de los círculos de artesanos que florecían en su ciudad natal.¹⁵⁸ Según el biógrafo, con su proyecto en mente, este había ido a visitar a los dos principales referentes del laicado católico: Pedro Goyena y José Manuel Estrada; aunque, por distintas razones, el apoyo que pudieron brindarle fue acotado.¹⁵⁹

Con todo, el 25 de enero de 1892, se conformó la primera Comisión Directiva de los Círculos de Obreros: Fernando Bourdieu, presidente; Antonio Solari y Juan Mac Grath, vicepresidentes 1ero. y 2do. respectivamente; Enrique B. Prack, secretario, Gregorio Pavia, prosecretario, Luis Laurent, tesorero y Eugenio Mouseur, Leo Mirau, Cayetano Piaggio, Lorenzo Bacigalupo y Francisco M. Bouvier, vocales.¹⁶⁰ En dicha reunión, se resolvió la publicación de un manifiesto dirigido “á los obreros” que anunciaba la fundación de la nueva sociedad y sus prestaciones. Este documento se repartió “profusamente” en varias iglesias. Se publicitaba una sociedad que, mediante el pago de una cuota mensual de *50 centavos* y de *un peso* de entrada por única vez, le brindaba al futuro socio acceso a un médico, medicinas y pensión en caso de enfermedad. Si la enfermedad fuera grave, el socio podría asistirse con las hermanas de caridad. Asimismo, se prometían rebajas en los precios del pan y de la carne, un panteón propio en el cementerio, diversiones honestas los días domingos y de fiesta, rifas mensuales con comestibles, ropa y otras cosas útiles para la vida, protección en el trabajo y, finalmente, escuelas nocturnas para adultos.

El domingo 31 de enero por la tarde se realizó la inauguración de los Círculos de Obreros en el local del Club Católico —nombre que había tomado recientemente la Asociación Católica—. El evento contó con la presencia de José Orzali —párroco de Santa Lucía y futuro obispo de Cuyo—; no hemos encontrado referencias a miembros

158 SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, págs. 96 y 98. Grote nació en 1853 en Münster, en el seno de una familia católica que era propietaria de una librería-imprenta. Cursó sus estudios secundarios y, luego, religiosos en un clima bélico y de controversias político-religiosas. En 1871 debió exiliarse del Imperio alemán debido a una de las primeras leyes del llamado *Kulturkampf* (1871-1878) y se dirige a Luxemburgo. En 1879 viajó a Ecuador y en 1884 llegó por tierra a Buenos Aires. Ver también: ETCHEVERRY, R., *Un misionero entre los trabajadores...*, op. cit.

159 SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, 184-185.

160 “Círculos de obreros”, *La Buena Lectura*, 30/01/1892, núm. 22, tomo 13, pág. 264. Según el relato de Sánchez Gamarra, Santiago O’Farrell dirigió la primera junta directiva hasta que asumió como diputado nacional. SANCHEZ GAMARRA, *Op. cit.*, págs. 191 y 192.

jerárquicos del clero. Hubo, sí, algunos reconocidos laicos, tales como Emilio Lamarca, Santiago O´ Farrell, Enrique Prack, Antonio Solari. Asimismo, se debe contar la presencia del presbítero Juan N. Kiernan, director por entonces del *El bien del pobre*.¹⁶¹ Es de suponer que el apoyo del arzobispado, con el cual Grote y su congregación tenían relación asidua, no fue lo entusiasta que el contexto hacía esperar.

En la sección de preguntas y respuestas de *La Buena Lectura*, un supuesto lector —o quizás lectora— identificado solo con sus iniciales preguntaba si podían ingresar a la nueva asociación denominada Círculo de Obreros aquellos que no fueran propiamente obreros, o si, por el contrario, era exclusivamente para estos.¹⁶² La respuesta del semanario llegó en el número siguiente; textualmente se decía: “tenemos entendido que no sólo los jornaleros sino cualquier hombre puede ingresar a esta sociedad”; y se sugería que quienes vivieran de su escaso jornal deberían inscribirse en dicha sociedad que tantas ventajas ofrecía.¹⁶³ También manifestaban que, si todos los trabajadores de la Capital se asociaban a los Círculos de Obreros, quedaría suprimida la mendicidad y serían remediadas las más graves necesidades. En otra parte, *La Buena Lectura* auguraba que los asociados se multiplicarían en poco tiempo. A su vez, que la actividad estuviera a cargo de Grote era considerado, igualmente, una garantía de éxito.¹⁶⁴

Desde *La Voz de la Iglesia* también se elogió la iniciativa con un extenso artículo ubicado en su primera página. Reconocía que, en el trastorno universal que afectaba a todas las esferas sociales, especialmente, la clase obrera era la que necesitaba inspirarse en las máximas del cristianismo. Se la consideraba como la clase más desamparada y la que estaba más expuesta a convertirse en “escándalo” y “peligro social”, “aguijoneada” como estaba por los sufrimientos y desengaños que le traía su precaria subsistencia. Por eso, su contención dentro de los límites del deber y del orden constituía una obra de especial importancia: debían procurársele todos los recursos para mejorar su suerte que pudieran ofrecerle el espíritu de asociación y la propaganda moralizadora. El desarrollo “alarmante” del socialismo en Europa obligaba a adoptar precauciones para preservarse de las consecuencias desastrosas que este llevaba siempre consigo —porque cuando representaba la lucha del trabajo contra el capital, llegaba a comprometer seriamente el orden social—. La nota celebraba la fundación de los círculos porque en ellos se

161 “Inauguración del primer Círculo Católico de Obreros”, *La Prensa*, 01/02/1892.

162 “Preguntas”, *La Buena Lectura*, 30/01/1892, núm. 22, tomo 13, pág. 263. Se firmaba como D. J.

163 “Respuestas”, *La Buena Lectura*, 06/02/1892, núm. 23, tomo 13, pág. 274.

164 “Círculos de obreros”, *La Buena Lectura*, 06/08/1892, núm. 23, tomo 13, pág. 274.

dispensaría la protección a los trabajadores y se les inculcarían hábitos de la moralidad y del orden. Finalmente, el obrero cristiano sería un poderoso factor de progreso y prosperidad; y pondría un freno para que el vicio y la corrupción no lo transformasen en elemento de ruina y de decadencia social.¹⁶⁵

Por su parte, el *Mensajero del corazón de Jesús* compartía el juicio sobre la importancia que tenía la obra. En una nota que hemos citado ya, se sostenía que los católicos no podían apartar los ojos del trabajador, porque tampoco apartaba sus ojos de él la impiedad que buscaba hacerlo su cómplice primero y su víctima después. Se hablaba de una clase obrera que era un poder formidable; “un poder que nuestros enemigos quieren utilizar para el mal”. Por eso mismo, se sostenía, debían procurar aprovecharla para el bien. La “revolución”, enemiga del catolicismo, pretendía tener a su disposición soldados y literatos, empleados y magistratura, pero, principalmente, al obrero. Por eso, la propaganda infernal apenas tenía otro objetivo que descristianizar al obrero. Con dolor, se decía, debían confesar que en gran parte lo habían conseguido.¹⁶⁶

El evento tuvo su cobertura en la prensa comercial y, unos días más tarde, también en el órgano de la primera federación de trabajadores —*El Obrero*—. *La Prensa* dio la noticia de la inauguración de los Círculos de Obreros el 31 de enero de 1892 y contabilizó setenta y seis socios fundadores.¹⁶⁷ En la crónica, se relataba que Fernando Bourdieu había sido orador del evento, y se decía que habría planteado cómo las ideas socialistas amenazaban con socavar el edificio social en todos los países de Europa, y que, aunque todavía no tenían vida en el país, aquellas ideas no tardarían en tener sus apóstoles locales. Por intermedio del Círculo, se fortalecería a la clase obrera de los “avances perniciosos del Socialismo” y se esperaba que esta asociación abarcara paulatinamente a toda la población obrera de la ciudad. La cobertura de *El Obrero*, que recogió buena parte de lo publicado por *La Prensa*, agregaba en tono desafiante: “Saludamos con toda sinceridad al nuevo Centro Católico de Obreros. La guerra al socialismo ha convertido ya muchos miles de obreros al socialismo”.¹⁶⁸

Como se ha señalado, la creación de Círculos para Obreros figuraba ya como proyecto entre las resoluciones de la *I Asamblea de los católicos argentinos* (1884). Recordemos, además, que en el tiempo que medió entre uno y otro, en primer lugar,

165 “Una gran obra”, *La Voz de la Iglesia*, 04/02/1892.

166 *El Mensajero del Corazón de Jesús*, 29/01/1892, año II, núm. 31, pág. 57.

167 “Inauguración del primer Círculo Católico de Obreros”, *La Prensa*, 01/02/1892.

168 “Círculo Católico de Obreros”, *El Obrero*, 13/02/1892, núm. 56.

crecieron la organización y las luchas obreras; en segundo, perdió peso la *cuestión política*, en virtud de las nuevas alianzas surgidas de la crisis política del juarismo y de la precipitación de la crisis económica; y, por último, se publicó y difundió localmente la encíclica *Rerum Novarum*. Así fue como, entre sectores que habían participado del movimiento católico durante los años anteriores y entre otros que se habían mantenido relativamente al margen, comenzó a madurar lentamente la preocupación por *la cuestión social*.

En las fuentes católicas contemporáneas se observa un fuerte sentido de prevención y de anticipación a una realidad que no es del todo manifiesta en el país, pero que veían como inminente si se observaba la experiencia europea. Eso estuvo presente en las palabras del primer presidente del Círculo Central — Fernando Bourdieu—¹⁶⁹ y en el artículo celebratorio que citamos de *La Voz de la Iglesia*. Ya hemos referido, asimismo, lo que habría interpretado Federico Grote a partir de la celebración del 1 de Mayo de 1890 que, a instancias del movimiento socialista, había logrado nuclear a buena parte de las organizaciones obreras de la época. El sacerdote había visto en aquel acto un “germen de acción que podía hacer fermentar la masa en breve tiempo y al que era imprescindible anticiparse” si no querían llegar demasiado tarde.¹⁷⁰ En este sentido, la recepción de la encíclica *Rerum Novarum* (1891) podría interpretarse como un aporte decisivo para terminar de dar forma a esta asociación dirigida a los obreros. De hecho, solo unos meses después de su lectura y difusión, Grote logró reunir casi un centenar de socios con los que inauguró el Círculo Central, rodeado de miembros y aspirantes de la Asociación Católica, de las conferencias vicentinas y de la Juventud Católica.

La organización de los Círculos se constituyó sobre la observación de tres aspectos de la sociedad argentina finisecular: en primer lugar, se partía de un reconocimiento de las duras condiciones en las que vivían las familias trabajadoras, condiciones que se

169 En su discurso, Fernando Bourdieu afirmaba que establecer un Círculo Católico de Obreros era en sí una obra de piadosa reparación: “Estamos actualmente en materia de ideas, muy cerca de la noche, si es que ya no estamos en plena oscuridad. [...] entre los varios medios que el sabio Pontífice aconseja contra el avance de los perversos, está la formación de círculos obreros. Él sabe muy bien que el enemigo busca su apoyo en ellos, corrompiéndolos primero para explotarlos después; y ha querido sustraerlos a esa acción corruptora por medio de asociaciones como la que tratamos en este momento de fundar, diciéndoles: reuníos, no para maquinan planes tenebrosos de destrucción y sangre, sino para acordaros que hay gentes más desgraciadas que vosotros [...] Por fortuna, aunque entre nosotros se sienten ya los manejos de los agitadores, no está nuestro país amenazado tan de cerca como lo están las sociedades europeas y si comenzamos a curar la enfermedad desde que se presentan los primeros síntomas, es de presumir que Dios mediante evitaremos el mal”, “Círculos Obreros”, *El Mensajero del Corazón de Jesús*, 05/02/1892, núm. 32, pág. 71 y ss.

170 SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, pág. 181.

habían agravado en los últimos años. En segundo término, se diagnosticaba que los trabajadores constituían un sector social particularmente ajeno a la práctica religiosa. Se podría agregar que, para muchos católicos, los trabajadores representaban el objetivo de ese enemigo de la Iglesia que aparecía aún caracterizado con cierta imprecisión — socialistas, impiedad, revolución, protestantes, masones, etc.— Por último, se preveía que la actividad de socialistas y anarquistas no representaba un fenómeno pasajero o artificial y que, por el contrario, tenía condiciones para desarrollarse. Se podría sumar un cuarto elemento: el Estado no había sabido hallar el medio para resolver los males sociales que amenazaban con destruir el orden social. La razón por la cual las autoridades nacionales eran completamente inútiles en su intento por resolver la cuestión se hallaba en que desconocían sus causas y actuaban a imitación de sus pares europeas dictando medidas policiales que atacaban a los individuos pero no al mal en sus raíces.¹⁷¹ Únicamente la Iglesia Católica había logrado dar con la solución y lo había hecho recurriendo al mismo método que empleaban los adversarios: la asociación de los obreros. Los Círculos como asociación de obreros de carácter católico podrían hacer mucho por el bien de la religión y de la patria, “combatiendo a cara descubierta á los enemigos del orden social” y desbaratando sus “funestos planes”.¹⁷²

En una misiva dirigida a un superior redentorista, Grote sintetizaba el sentido de su estrategia de acercamiento al obrero, que se realizaría “mediante muchas ventajas materiales”, “y cuando *lo tenemos* [al obrero] entonces lo trabajamos bajo todos los aspectos, para encaminarlo hacia una vida cristiana”.¹⁷³ Si bien con la intención de atraer a mayor cantidad de obreros había evitado incluir el calificativo “católico” en el nombre de la institución, su carácter como asociación cristiana estaba resguardado.¹⁷⁴

En resumen, entre fines de los años ochenta y los primeros años de la década del noventa, se produjeron cambios sociales de relieve en la Argentina que repercutieron, especialmente, en la Capital Federal. Los trabajadores y sus condiciones de existencia pasaron a primer plano de la escena informativa y política debido al ciclo huelguístico que protagonizaron entre 1888 y 1889. En los años siguientes, el movimiento organizativo que lideraban se contrajo a consecuencia de la profundización de la crisis económica y

171 *Memoria del Círculo Central de Obreros correspondiente al año de 1895.*

172 *Memoria del Círculo Central...*, *Op. cit.*, pág. 4.

173 Carta de Grote a Matías Raus, del 5 de mayo de 1894, Correspondencia de Federico Grote, Tomo 1, editado por FCCO. El destacado es nuestro.

174 Entre otras cuestiones por la función del Director Espiritual, quien tenía derecho de veto y controlaba las escuelas que administraba cada círculo.

social que estalló en 1890, aunque ello no impidió que se organizara el primer reagrupamiento político en torno al 1° de Mayo y se creara la primera Federación Obrera. De todos modos, estos armados sufrieron los reveses del contexto y de las posiciones irreconciliables entre las corrientes socialista y anarquistas del momento.

Un sector del catolicismo demostró cierta sensibilidad por la situación de las grandes masas empobrecidas y reaccionó ante la preocupación de que esa experiencia, en un cuadro de profunda descristianización social, dejara a las mayorías trabajadoras a merced de los propagandistas revolucionarios que actuaban en la región. De todos modos, hemos observado que hubo cierta comprensión de que se trataba de una iniciativa temprana o preventiva en función del desarrollo del movimiento obrero local y de la influencia que ejercían sobre aquel las izquierdas. Esta situación parece haber tenido como consecuencia dubitaciones de sectores del laicado y clero católicos como de las jerarquías, que según vimos, no participaron de la inauguración.

La propuesta de los Círculos de Obreros consistía en crear una asociación católica —aunque no llevase tal nombre, efectivamente, lo era— que auxiliara a los trabajadores en sus necesidades materiales inmediatas con el fin de atraerlos y, a partir de allí, comenzar una tarea de moralización de estos. Los trabajadores, varones, podían ser o no previamente cristianos o católicos; dentro de la organización, se los instruiría e introduciría en los principios morales de la Iglesia. Se buscaba contener así la difusión y consolidación, entre los trabajadores, de las doctrinas revolucionarias y ateas. Un aspecto que hemos querido dejar explicitado es que este tipo de acción social católica estuvo, desde sus comienzos, destinada a bloquear el desarrollo de la propaganda subversiva, antirreligiosa y de izquierda entre los trabajadores varones, y se esperaba que se llegaría a sus familias por su intermedio.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, el país transitó una serie de cambios estructurales que condicionaron fuertemente el desarrollo de la ciudad y la forma de vida de su población. El ingreso paulatino de capitales extranjeros en áreas vinculadas a la producción agropecuaria e infraestructura puso al país en condiciones de responder a la demanda internacional de materias primas. La consolidación del aparato estatal, la resolución de la cuestión de la capital, la anexión y reparto de vastas extensiones de tierras cultivables, sumados al arribo de importantes masas de trabajadores, aseguraron el curso de un desarrollo económico orientado al mercado mundial.

Especialmente, hacia fines de los años ochenta, a los ojos de algunos contemporáneos, la ciudad de Buenos Aires había dejado atrás el formato de la pequeña aldea y se aventuraba a una nueva realidad de desarrollo y progreso que la emparentaba con otras metrópolis. El contundente crecimiento del movimiento de personas, mercancías y capitales impactó con fuerza sobre la ciudad, que atravesó un proceso de desarrollo urbano profundo. En ese marco, Buenos Aires creció significativamente, atrayendo mucha mano de obra en tareas de edificación, pavimentación, saneamiento, electrificación y ampliación del puerto y tendido ferroviario, etc. El desarrollo de una incipiente industria de bienes de consumo local se abrió paso junto a un desarrollo comercial y del transporte. Todo esto daría lugar a modernos conflictos sociales, problemas de vivienda, hacinamiento e insalubridad, falta de empleo, sobreexplotación, entre otros.

Como en el resto del país, la población mayoritaria de la ciudad de Buenos Aires fue registrada en los censos de 1887, 1895, 1904 y 1909 como católica. Aun así, en esta sociedad impactada por el flujo migratorio, se hace notorio, en los últimos dos censos, que en ella se concentraba buena parte de los residentes que pertenecían a otros cultos y de los que afirmaban no poseer religión. No es posible precisar con exactitud cómo eran las creencias religiosas y las identidades personales, sociales y colectivas de la población local. De todos modos, con algunas pinceladas, se intentó mostrar los contornos de esa mayoría católica que estuvo lejos de ser homogénea y de seguir al pie de la letra las instrucciones de la autoridad católica. Las modificaciones en algunas prácticas religiosas —como la reducción de la asistencia a los templos o de los matrimonios religiosos— no pueden considerarse como muestras de *descreimiento*, aunque sí exhibían un bajo nivel de sujeción o amplios márgenes de autonomía respecto de los comportamientos y modos de vida que promovía la Iglesia. Aunque estas cuestiones se observaban en el conjunto de las clases sociales, se ha destacado la preocupación especial que acaparaba la indiferencia masculina y trabajadora. Quizás porque era un grupo social que diversos sectores se planteaban la tarea de moralizar —entre otros, higienistas, metodistas, socialistas, etc.— . El proceso de secularización, como ya se dijo, con la forma específica que asumió en el desarrollo histórico argentino, en la interacción de múltiples sujetos —el Estado, la sociedad y las instituciones eclesiásticas dentro y fuera del país—, dio forma a la Iglesia argentina contemporánea como una institución conceptualmente diferente de la sociedad y del Estado y con relativa autonomía del poder de linajes, las corporaciones y del propio

Estado para establecer y defender sus intereses. A su vez, la Iglesia quedó integrada en una única estructura jerárquica, unánimemente reconocida como legítima y subordinada de manera directa a la autoridad de la Santa Sede. Su desarrollo capilar resultaría útil cuando se precipitasen problemas de integración cultural y de conflictividad social.

Según se ha mostrado, en sus orígenes el pensamiento social católico argentino mantuvo una estrecha relación con las experiencias y preocupaciones del catolicismo europeo, fundamentalmente, posteriores a los procesos revolucionarios de 1848. Algunos de los intelectuales que lo forjaron habían estado en Europa en ese periodo, y establecido relaciones con algunos de sus dirigentes. Así, el medio local entró en contacto con un catolicismo liberal y, luego, con otro más intransigente y conservador. Hasta la generalización de la conflictividad social a fines de los años ochenta, las experiencias organizativas que pretendían actuar entre los trabajadores y las trabajadoras fueron escasas y efímeras. El distanciamiento de los católicos respecto del régimen político los alejó del optimismo reinante en la burguesía criolla y les permitió tener una mirada del devenir social más profunda. De todos modos, conviene tener presente que, para el catolicismo social, la pobreza de las masas no era en sí misma una amenaza al ordenamiento social. El problema consistía, en cambio, en que esta se producía en el marco de una sociedad cada vez más descristianizada, es decir, sin obstáculos morales para que la prédica de grupos interesados en alterar el orden no prendiese entre los trabajadores.

La propuesta de los Círculos de Obreros consistía en crear una asociación que auxiliara a los trabajadores en sus necesidades inmediatas con el fin de acercarlos a un espacio de sociabilidad e instrucción católicas. A diferencia de las asociaciones previas —por ejemplo, las conferencias vicentinas—, incorporaba a los trabajadores como socios y tomaba la forma de una asociación mutual. Por otra parte, no se requería pertenencia religiosa, característica que distinguió, por iniciativa de Federico Grote, a la experiencia argentina. Desde sus comienzos, la acción en los Círculos estuvo destinada a revertir la situación de indiferencia religiosa de los trabajadores varones y a bloquear el desarrollo de la propaganda subversiva, antirreligiosa y de izquierda.

Capítulo 2. La consolidación de los Círculos de Obreros en Buenos Aires

“Obrero y fraile son dos agentes que al más mínimo contacto deben repelerse, es, pues, incomprensible su afinidad [...] ¡Sociedad de Obreros Católicos! El mismo título simboliza una recíproca claudicación”.¹

"Es una especie de cuento del tío, del cual deben liberarse todos los pobres incautos que se dejan seducir por falaces promesas, no entrando a formar parte de esos antros fraulinos llamado por irrisión Círculos Obreros.”²

El crecimiento de los Círculos de Obreros acompañó el nuevo envión que adquirió la organización del movimiento obrero a partir del año 1894, ya que esta realidad reinstalaba la pertinencia de llevar adelante una acción pacificadora entre los trabajadores. Este impulso de la organización obrera se expresó en un nuevo ciclo de huelgas, en la fundación de sociedades de resistencia y, también, en la estructuración definitiva del Partido Socialista (1896) y el afianzamiento de las corrientes pro-organizadoras dentro del anarquismo local. El cambio visible en las relaciones entre Iglesia y Estado, en esos mismos años, amplificó los conflictos y disputas en las calles con sectores anticlericales. Esto fue un aliciente para el desarrollo y la movilización institucional.

De todos modos, hay una circunstancia particular que tuvo lugar a poco de la creación de los Círculos y que no puede ser pasada por alto. En julio de 1892, a escasos meses de la creación del Círculo Central, Federico Grote debió viajar al norte del país a cumplir tareas misionales propias de su congregación. Según Alfredo Sánchez Gamarra, quedaron a cargo de la obra recién creada Santiago O´ Farell y Antonio Solari; y el primero pronto debió renunciar al cargo debido a su candidatura y posterior asunción como diputado nacional.³ Estas dificultades, sin duda, contribuyeron a que el primer año y medio de vida de la organización haya sido poco dinámico, más bien rutinario. Grote volvió casi un año y medio más tarde y, nuevamente instalado en Buenos Aires,

1 “El proletariado y el clero”, *La Acción Socialista*, 15/10/1910.

2 “Esos círculos católicos”, *El Rebelde*, 27/07/1901.

3 SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, pág. 192.

emprendió una importante tarea de propaganda: se reunió con sacerdotes, interesó a la curia arzobispal, brindó conferencias y publicó varios artículos en *La Voz de la Iglesia*.⁴

Según el relato del biógrafo, la realización de la primera peregrinación a Lujan, en octubre de 1893, constituyó un hito o punto de inflexión en el desenvolvimiento de la institución, ya que al promover un afianzamiento del espíritu religioso entre sus miembros había logrado vencer cierta “campana de difamación” que existía contra los Círculos y convertir en importantes patrocinadores de los Círculos a tres curas párrocos de la ciudad: José Orzali —Santa Lucía—, Bernabé Pedernera —San Cristóbal— y Pablo Carlevarino —la Concepción—. ⁵ De hecho, los próximos tres círculos en conformarse fueron, justamente, en esas parroquias. De modo que, tanto las peregrinaciones como las movilizaciones que se realizaban como cierre, al mismo tiempo que fomentaban la exteriorización de la fe religiosa y creaban un espíritu de cuerpo de la organización, cimentaron apoyos entre el clero, las jerarquías eclesiásticas y los distintos poderes públicos. Ya se mencionó la peregrinación a Luján de 1893, pero se pueden sumar como ejemplos la movilización al palacio arzobispal de 1899 o la que, en 1901, se dirigió a la casa de gobierno.

Hacia el final de la década, los Círculos organizaron su primer congreso. Nos interesa destacar algunas participaciones o presencias y uno de los aspectos que, aunque estuvo insinuado previamente, se abrió a partir de este: el reformismo legislativo. Conseguir el descanso dominical a través de una ley o mediante acuerdos particulares se convirtió en una prioridad. Por otro lado, se expresó la intención de sentar las bases de una legislación laboral que reglamentara las relaciones entre capital y trabajo y que resolviera, al mismo tiempo, problemas urgentes que atañían a las condiciones de vida de los trabajadores, como lo eran la falta de vivienda adecuada o el encarecimiento de los artículos de primera necesidad. En paralelo, se ensayaron propuestas cooperativas, aunque no parecen haber hallado demasiado eco en esta etapa.

Desde sus orígenes, los Círculos de Obreros constituyeron un tipo de organización alejada de las cofradías y hermandades como también de las asociaciones sindicales;

4 SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, pág. 193.

5 “En sus ánimos había prendido la campana de difamación que se hacía contra los Círculos, tachándolos de marxistas y poco menos que ateos porque en mi afán de conquista de indiferentes en materia religiosa se hablaba poco de religión en las reuniones y ni siquiera aludíamos al cumplimiento de los deberes religiosos pascuales y dominicales. [...] Ya llegaría el momento de exigir el cumplimiento de los deberes cristianos cuando hubiéramos ganado la simpatía de las muchedumbres”, SANCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, pág. 194.

formaron parte del asociacionismo mutualista que se desarrolló en la Argentina a partir de la segunda mitad del siglo XIX, especialmente en la región más conectada con el mercado mundial. Es posible seguir su desarrollo numérico a partir de la información censal y de documentación interna.

El presente capítulo analiza todas estas cuestiones a fin de situar criterios para pensar el desarrollo de la institución a lo largo de la década. Se abordan su crecimiento en los años del noventa y el rol que cumplieron las primeras peregrinaciones en la consolidación de la institución y la utilización de movilizaciones callejeras para sumar adhesiones y atraer voluntades en favor de una agenda reformista. Esa agenda, que al comienzo se presentó como más limitada, se fue ampliando con el paso del tiempo y de la apertura del régimen político. Se trata de explicar aquí que el proceso de fortalecimiento de los Círculos estuvo vinculado a la emergencia de un nuevo clima de agitación obrera, de la consolidación de organizaciones obreras, socialistas y anarquistas, y de un anticlericalismo no oficial con cierta influencia entre los trabajadores. Hacia el final, se ofrece una mirada sobre el estado general de la obra a más de una década de su fundación y, al mismo tiempo, mostrar su presencia en la ciudad de Buenos Aires.

Los Círculos de Obreros en la década del noventa

En marzo de 1893, cuando Grote todavía se encontraba fuera de la ciudad, *La Voz de la Iglesia* volvió a plantear la necesidad de abrir “círculos de obreros católicos” en todas las parroquias. Para quien escribió el artículo, la influencia ejercida por diversos elementos sociales sobre la clase trabajadora era innegable y perniciosa: había llevado al trabajador a la indiferencia religiosa, al olvido de Dios, a los vicios y a la pérdida de las nociones elementales de moral y de cultura.⁶ Las “sectas” habían convertido al trabajador en un instrumento de sus ambiciones, sepultando su libertad y conciencia con el *secreto masónico*. Con este último, el trabajador obedecía a las órdenes que se le transmitían sin saber de dónde emanaban y qué fin perseguían y de ese modo cooperaba, sin darse cuenta, con la realización de los planes guiados por el odio a la Iglesia y la insubordinación ante la legítima autoridad. Si el socialismo arrastraba al obrero para colocarlo bajo su influencia “perversa” y “destructora”, entonces el primer fruto de redención producido por los “Círculos de Obreros” debía ser separar al obrero de aquel, desarticulando los

⁶ “Círculos de obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 15/03/1893.

esfuerzos que éste hacía “para trastornar el orden social y religioso”.⁷ Por eso era necesario valerse de las mismas armas de los enemigos, lo que significaba atraer al obrero con los mismos medios que empleaban “los malos” para separarlo de la fe y hacerle aborrecer a la Iglesia.⁸

En los meses siguientes, el diario siguió alentando la conformación de Círculos y tratando el tema desde el punto de vista teórico —algunos artículos habrían salido de la pluma del propio Grote—. ⁹ Como hemos ido indicando, este diario había observado el problema social desde fines de los años ochenta y se posicionó en favor del desarrollo de una amplia intervención sobre la clase obrera y de apertura de círculos de obreros. Pero, ¿era esta la tónica general del catolicismo finisecular?

Según relató Grote algunos años después, su idea de fundar Círculos de Obreros en Argentina había recibido manifestaciones de desacuerdo de parte de muchas personas de significación política y social que argumentaban que la agitación europea no llegaría al país por ser este “inmenso, rico y desierto”.¹⁰ Se trataba de una opinión generalizada entre la elite liberal y, probablemente, algo de aquel optimismo se expresara también entre quienes se identificaban como católicos. De todos modos, aunque en la historiografía existe cierto acuerdo en señalar que los apoyos iniciales fueron acotados, no debe dejar de reconocerse que su desarrollo no fue absolutamente marginal.¹¹ Justamente, aquellos apoyos o colaboraciones iniciales con los que contó la obra explicarían, a nuestro juicio, el significativo despliegue que tuvo en la primera década.

7 Ídem.

8 Ante esto, se hacía necesario establecer esa especie de asociación de socorros mutuos para auxiliar a la clase menesterosa en sus necesidades materiales y, por tal medio, inducirla al cumplimiento de sus principales deberes. Así, encontrar alivio en sus necesidades temporales, podía mover a muchas personas a formar parte de los “círculos” que estaban llamados a *regenerar* al individuo por su medio a la sociedad entera.

9 “Ricos y pobres”, *La Voz de la Iglesia*, 06/12/1893; “Ricos y pobres. Oh! La igualdad!”, *La Voz de la Iglesia*, 12/12/1893; “Ricos y pobres. La pobreza como ley”, *La Voz de la Iglesia*, 15 de diciembre de 1893; “Ricos y pobres. Comencemos a resolver la dificultad”, *La Voz de la Iglesia*, 19 de diciembre de 1893; “Ricos y pobres. Contestando a una carta”, *La Voz de la Iglesia*, 26 de diciembre de 1893.

10 “Las conferencias del P. Grote. Resumen de la primera”, *El Pueblo*, 25/09/1901.

11 Quizás continuando con la lectura crítica del rol de la jerarquía que había propuesto Néstor Auza, quien fue el principal estudioso dentro del catolicismo de la corriente social, la historiografía ubicó a los Círculos en un costado de la agenda institucional. Por ejemplo, Loris Zanatta y Roberto Di Stefano marcaron el “escepticismo” con que los vértices eclesiásticos habían tomado el asunto, más preocupados por cimentar alianza con la elite que por acercarse a los sectores trabajadores en tanto tales. DI STEFANO, R., y ZANATTA, L., *Op. cit.*, pág. 353. Por su parte, Miranda Lida consideró que el catolicismo finisecular no era muy permeable a la agenda social que llegaba desde Europa. LIDA, M., “La caja de pandora del catolicismo social: una historia inacabada”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 13, 2018, págs. 13-31. En cambio, María Pía Martín se refirió al catolicismo social como un sector periférico, pero con apoyos en la jerarquía.; MARTÍN, M.P., *Los católicos y la cuestión obrera...*, op. cit., pág. XIII.

En la versión de Sánchez Gamarra, se destacaba el apoyo del arzobispo Aneiros, de su sucesor, Castellano —quien brindó su apoyo desde el inicio, contribuyó al armado de la federación de Círculos y, en 1897, hizo circular una pastoral recomendando la fundación de Círculos—, como también de los futuros obispos Espinoza, Terrero y Boneo.¹² Por otra parte, Grote era un miembro valorado en su congregación; en 1896, pasó a dirigir la Viceprovincia del Plata que incluía la actividades de los redentoristas en Buenos Aires, Salta y Montevideo. Ese lugar le aportó relaciones con otras congregaciones —con los salesianos estaban “íntimamente unidos”. Aunque no se trataba de una congregación demasiado grande, y su radicación en el país era reciente, inevitablemente lo colocaba en un espacio de articulación con las jerarquías eclesásticas. A su vez, una parte del movimiento católico que había participado de las luchas políticas de la década del ochenta se integró a la nueva organización. Ya hemos dicho que Pedro Goyena contribuyó convocando a esta generación de militantes, aunque su pronto fallecimiento le impidió mayor colaboración, y algo similar parece haber sucedido con José Manuel Estrada. En cambio, participaron desde la primera hora figuras tales como Emilio Lamarca, Santiago O’ Farrell¹³, Enrique Prack, Antonio Solari y algunos curas párrocos, como José Orzali de Santa Lucía —quien fue orador en la inauguración—, Bernabé Pedernera de San Cristóbal, Pablo Carlevarino de la Concepción y Ángel Brasesco de Balvanera.

Poco después, el reconocimiento de la actividad de los Círculos también abarcó a las autoridades nacionales. En 1897, Federico Grote fue llamado a dirigir la correccional de menores y organizar sus estatutos durante la presidencia de José Evaristo Uriburu;¹⁴ manifestaciones de aprobación provendrían, luego, de Julio A. Roca y Carlos Pellegrini. En una entrevista, este último funcionario habría señalado que en el Partido Nacional del que formaba parte “existen círculos católicos de los cuales forman parte senadores y diputados del partido nacional”.¹⁵ Al *I Congreso de los Círculos de Obreros*, realizado

12 SANCHEZ GAMARRA, *Op. cit.*, págs. 197, 203 y 217.

13 Diputado nacional entre 1896 y 1900 por la Provincia de Buenos Aires y, luego, por la Capital Federal entre 1904 y 1910 —inicialmente se incorporó a la Unión Cívica Nacional, más tarde, en 1906, fue renovado su mandato por tercera vez, esta vez junto al Partido Republicano, unido a un desprendimiento del Partido Autonomista Nacional de Roca—.

14 Según relataba *La Voz de la Iglesia* en 1898, el día que Uriburu bajó de la presidencia, se expresó en términos elogiosos hacia los Círculos de Obreros. Asimismo, se afirmaba conocían la opinión que Roca tenía del asunto desde hacía tiempo y que no les sorprendía la actitud de aprobación que había demostrado a la delegación que lo había visitado el día anterior. “Los Círculos de Obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 25/10/1898.

15 “Entrevista con ex presidente de la República Argentina”, *La Vanguardia*, 01/04/1899.

en 1898, asistió Luis Sáenz Peña, y participaban como delegados del Círculo Central Emilio Hansen, ex ministro de Hacienda de Pellegrini, Lorenzo Anadón, senador por Santa Fe, Indalecio Gómez por el Círculo de Salta y el ex diputado Juan M. Garro por el de Córdoba.

El proceso de crecimiento de la institución comenzó en 1894. Pasados los efectos más duros de la recesión económica, empezaron a verse los primeros signos de una reactivación de la organización obrera en la ciudad de Buenos Aires. El proceso de agitación y movilización obrera se inició poco después de la huelga de la construcción, en vínculo con la presentación de un proyecto que buscaba establecer en ocho horas la jornada de los trabajadores municipales.¹⁶ Esta intensificación, todavía embrionaria, de la conflictividad obrera culminó dos años después en la “huelga grande” —que analizaremos en el capítulo siguiente—. En ese contexto, es notable que comenzó también el crecimiento de los Círculos de Obreros. Solo en ese año se fundaron tres nuevos círculos, con sus respectivas escuelas, bandas de música y grupos de teatro: Santa Lucía —Barracas—, Concepción —San Telmo— y San Cristóbal; y se realizaron numerosas actividades sociales y religiosas.¹⁷

El cuarto año de existencia de la institución fue aún más próspero. En 1895, los círculos se duplicaron y expandieron fuera de la Ciudad de Buenos Aires: San Juan Evangelista —La Boca—, Balvanera y San Carlos —Almagro— en la ciudad,¹⁸ y los otros en Rosario, Paraná, Tucumán, Barracas al Sur, Tolosa y Quilmes. Asimismo, este crecimiento en el número de centros se expresó también en la cantidad de miembros.¹⁹ Por último, su estructura interna se complejizó, ya que con el fin de homogeneizar la actividad se constituyó un organismo que reunía representantes de cada círculo: el Consejo General, y se promovió la publicación del periódico *La Defensa* como órgano común de difusión.²⁰

Consideramos que, de todos modos, este desarrollo debe asociarse, al menos en parte, al crecimiento y organización del socialismo y anarquismo locales. Como

16 POY, L., *Los orígenes de la clase obrera argentina...*, op. cit., pág. 123 y ss.

17 Ver “Una obra que progresa”, *La Voz de la Iglesia*, 30/07/1894.

18 La inauguración oficial San Carlos fue en enero de 1896.

19 Según *Memoria del Círculo... correspondiente al año 1895*, págs. 7 y 8.

20 La primera sesión del Consejo General fue en enero de 1895. Ver libro de actas del Consejo General, núm. 1, acta 1, 26/01/1895. Pocos años después, cuando la institución comenzó a crecer, se creó otro organismo: la Junta Central de Gobierno (1900) como la autoridad ejecutiva de la Federación de Círculos de Obreros.

reconocía Joaquín Bóveda, en una asamblea realizada en el Círculo Central, al pedirles “a las personas de buena voluntad” su concurso en cualquier forma que fuese “para extender más las obras del Círculo, con el fin de *contrarrestar los trabajos del socialismo que con mucha actividad trabaja en esta Capital*, en la perdición del Obrero”.²¹ Desde otra perspectiva, Ernesto Quesada había dedicado un estudio específico al “movimiento católico-socialista argentino” porque afirmaba que, por más artificiales que fuesen sus causas, la prensa diaria revelaba continuamente que en la ciudad se desarrollaba “un poderoso movimiento socialista”.²² En este marco, la Iglesia argentina había reconocido que se trataba de un problema serio y por eso se había lanzado a la tarea de formar círculos católicos de obreros. Tratándose del comienzo del movimiento socialista en el país, Quesada proponía tomar en cuenta la dirección que trataba de imprimirle la Iglesia Católica, a cuya comunión pertenecía la inmensa mayoría de los habitantes.²³

Tomando como parámetro la participación en el *I Congreso de los Círculos de Obreros* realizado en octubre de 1898, en el sexto año de la institución había unos 30 círculos distribuidos en todo el país; siete de ellos en la Capital Federal.²⁴ De manera más o menos estable a lo largo del periodo analizado, los Círculos de la ciudad representaron entre un 20 y 25 por ciento del total.²⁵ En la misma etapa, los centros ubicados en la Provincia de Buenos Aires prácticamente duplicaban estas cifras. Los círculos de la Capital se distinguían porque entre ellos se fomentaba un espíritu de unidad que era difícil de replicar en otros territorios. En muchos casos, las movilizaciones o actividades en común incluyeron a algunos círculos pertenecientes a localidades cercanas a la metrópoli, tales como Barracas al Sud, Quilmes, etc.

Con el objetivo de llegar a los trabajadores de las ciudades, la apertura de los primeros Círculos se realizó en centros urbanos e industriales. A propósito de la fundación del Círculo de Obreros en Saladillo (1896), el cual se esperaba que reuniera fundamentalmente agricultores, *La Defensa* explicaba el contraste entre este y los Círculos organizados en los pueblos de Barracas al Sur —Avellaneda— y de Quilmes,

21 El subrayado es nuestro. Extraído de la crónica de la lectura de la Memoria del Círculo Central del año 1894. *La Voz de la Iglesia*, 14/01/1895.

22 QUESADA, E., *La iglesia católica y la cuestión social*, conferencia dada en los salones del Ateneo el de octubre de 1895, Arnoldo Mon, Buenos Aire, 1895.

23 QUESADA, E., *Op. cit.*, pág. 12.

24 *Diario de sesiones del primer congreso de los Círculos de Obreros*, La Defensa, Buenos Aires, 1898.

25 Ver los listados de Círculos publicados, por ejemplo, en *El Pueblo*, 10/05/1900; *El Pueblo*, 10/08/1902; *El Trabajo*, 08/1914.

también ubicados en la Provincia de Buenos Aires, pero que, por estar casi en contacto inmediato con la Capital —especialmente el primero— y estar en centros de industria contaban con una población urbana bastante numerosa.²⁶ Asimismo, el artículo planteaba que los labradores y modestos propietarios de la campaña formaban un poderoso baluarte contra la propaganda de las doctrinas socialistas debido a su acceso a la propiedad. Tales ideas no podrían tener cabida “entre laboriosos campesinos que a costa de trabajosos sacrificios han conquistado la modesta propiedad de un terreno”.²⁷

A lo largo de su primera década, la presencia de los Círculos de Obreros se extendió por toda la ciudad, no solo por los barrios de la zona céntrica —desde Monserrat hasta Recoleta, desde la ribera a Almagro—, hacia el sur —Barracas, La Boca, Nueva Pompeya— y, también, en las zonas más alejadas como Belgrano y Flores. En los primeros años, una característica que compartieron con las organizaciones del movimiento obrero fueron las frecuentes mudanzas, a veces, incluso, por motivos económicos. Esto, al menos, hasta que algunos de los Círculos de Obreros construyeron sus locales propios en las primeras décadas del siglo XX. A diferencia de las otras organizaciones, la represión policial, que fue relativamente habitual a principios del siglo, no los afectó.²⁸

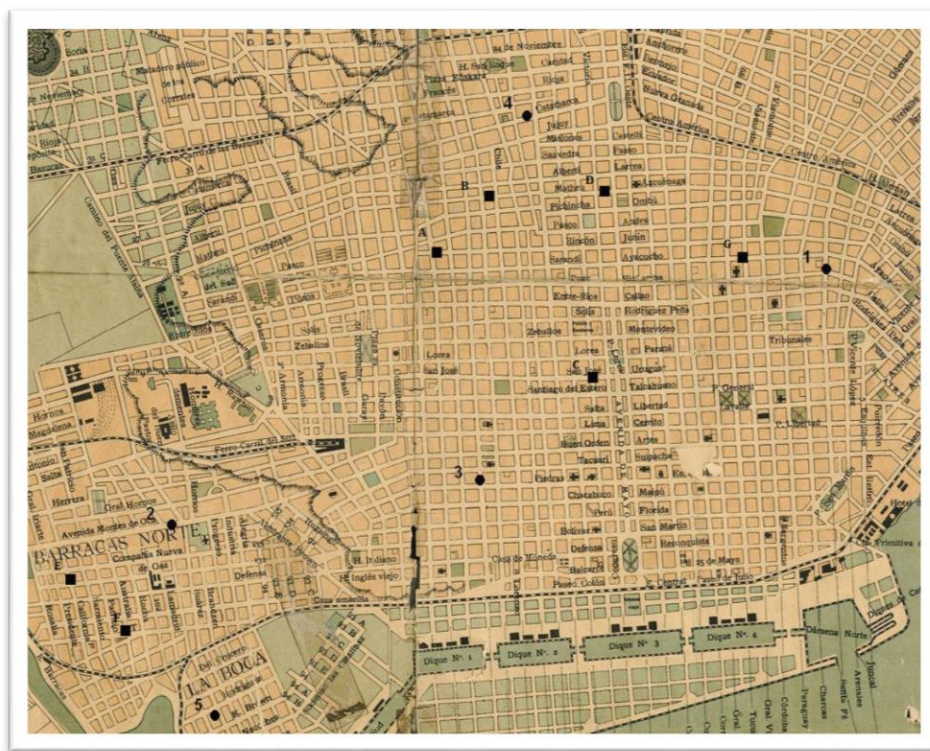
La fundación de nuevos centros respondió a iniciativas de algunos párrocos, pero también de congregaciones y grupos de laicos. Los trabajos preparatorios se realizaban a partir de las vinculaciones con otras agrupaciones o asociaciones católicas instaladas previamente en los barrios. En La Boca, San Carlos y Maldonado, los Círculos de Obreros recibieron la importante contribución de los padres salesianos; en la instalación del Círculo Central, en San Cristóbal y Nueva Pompeya, de los redentoristas, irlandeses y capuchinos. El rol de las conferencias vicentinas, de la Asociación Católica ha sido señalado en el caso del Círculo Central, pero, ciertamente, su colaboración fue importante en la mayoría de los círculos. Estas y otras asociaciones, como los ex alumnos de Don Bosco o del Salvador, acompañaron las movilizaciones callejeras.

26 “El Círculo de Obreros del Saladillo”, *La Defensa*, 1896.

27 “El Círculo de Obreros del Saladillo”, *La Defensa*, 1896.

28 De hecho, los vínculos con algunos miembros de la fuerza policial eran próximos; por ejemplo, el coronel Rosendo Fraga, jefe de policía en 1905, era padrino del Círculo de Palermo, ver “*Los Círculos de obreros en peregrinación a Luján*”, *El Pueblo*, 08/10/1905; como luego se verá, después del asesinato de Ramón Falcón, los Círculos de Obreros se dieron la tarea redimir su figura y, en 1919, se discutió la realización de un homenaje al Gral. Dellepiane por su desempeño en la Semana Trágica.

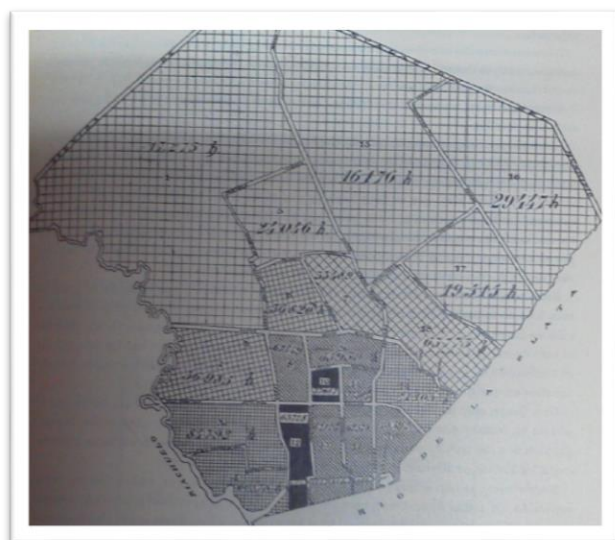
Los primeros círculos se fundaron en aquellas parroquias donde se ubicaban los trabajadores de la ciudad y también sus principales organizaciones. En el mapa que sigue, hemos marcado los primeros cinco Círculos y algunos centros socialistas y locales sindicales. El despliegue abarcó el centro de la ciudad y el barrio de Barracas, y luego siguió hacia los lugares más distantes, acompañando el desarrollo de la ciudad.²⁹



Plano de Buenos Aires 1895 de Pablo Bosch. Archivo General de la Nación. Confección propia sobre la base de *La Voz de la Iglesia* y *La Vanguardia*.³⁰

29 Según el censo de 1904, las circunscripciones más densamente pobladas en 1895 eran asimilables a las que en 1904 representaban las de Monserrat y de San Nicolás y, en 1904, estas correspondían a Balvanera —sud, norte y oeste—, San Cristóbal y Concepción. Ver en MARTINEZ, A., *Censo general de población, edificación, comercio é industrias de la ciudad de Buenos Aires, levantado en los días 11 y 18 de 1904*, Compañía Sud-americana de billetes de Banco, Buenos Aires, 1906, págs. XXX y XXXI.

30 Se señalan con círculos negros los Círculos Católicos y con cuadrados los Centros Socialistas: 1- Círculo Central, Santa Fe 1881; 2-Círculo de Santa Lucía, Montes de Oca 854; 3- Círculo de la Concepción, Estados Unidos 854; 4- Círculo de San Cristóbal, Catamarca 561; 5- Círculo de San Juan Evangelista (casa parroquial). A- Club Vorwärts, Rincón 1141; B- Fascio dei Lavoratori, Matheu 735; C- Comité Central, Centro Socialista Obrero, Centro Socialista Universitario, Les Egaux y Herreros, mecánicos y anexos en Victoria 1398; D- Club Socialista de Balvanera; Matheu 71; F- Centro Socialista de Barracas, Australia 1131; G- Albañiles y anexos, Ayacucho 760; E- la sección Barracas, en California 1450 (casa de la familia Cardalda, primer local del Centro Socialista de Barracas). Fuentes: *La Vanguardia*, 28/09/1895 y 19/10/1895; “Una obra que progresa”, *La Voz de la Iglesia*, 30/07/1894, 28/07/1896, *La Nación*, 28/06/1895.



Distribución de la población de la ciudad de Buenos Aires según el Censo General de población, edificación, comercio e industriales de 1904.³¹

En agosto de 1902, existían diez Círculos de Obrero distribuidos entre las veinte parroquias que había en la ciudad.³² Poco después, se abrirían Círculos en Belgrano (1905), Liniers y Vélez Sársfield (1905), Nuestra Sra. de Buenos Aires (1906) y La Merced (1907). Por entonces, el Círculo de San Carlos cubría la zona de la parroquia recientemente creada de San Bernardo (1896), cuyo círculo recién se fundó a mediados de la década de 1910.

El hecho de que la institución había crecido notablemente lo que reconocía la mayoría de los actores contemporáneos y su posición de colocarse como un freno ante el desarrollo del socialismo y el anarquismo entre los trabajadores les ganó cierto apoyo oficial. Por otra parte, el sector del liberalismo anticlerical que quiso dar forma a círculos de obreros afines reconocía que esas asociaciones católicas habían logrado agrupar centenares de trabajadores, aunque advertía que “no á todos los caracteriza el sello del verdadero obrero”; así, hablaba de reclutados entre el servicio doméstico, empleados

31 En el Censo de 1904, San Bernardo y Vélez Sarsfield tenían una densidad poblacional baja, estimada de entre 5 y 3 habitantes por hectárea. MARTINEZ, A., *Censo general de población, edificación, comercio é industrias de la ciudad de Buenos Aires, levantado en los días 11 y 18 de 1904*, Compañía Sud-americana de billetes de Banco, Buenos Aires, 1906, págs. XXXI.

32 Un listado publicado en *El Pueblo* enumeraba: “Central (Santa Fe 1881), Santa Lucía (Montes de Oca 974), Balvanera (Piedad 2627), Concepción (Piedras 646), San Cristóbal (Saavedra 1046), San Telmo (Iglesia Parroquial), Flores (Unión 2420), San Carlos (Artes y Oficios 143), Nueva Pompeya (Av. Sáenz y Esquiú) y Palermo (Álvarez 2189)”, téngase en cuenta que el Círculo de San Juan Evangelista ya no estaba funcionando y que el de Maldonado se abrió unos meses después. Ver listado completo en *El Pueblo*, 10/08/1902.

secundarios de las administraciones públicas o bien obreros forzados por sus patrones o capataces.³³

Por su parte, los socialistas, en un artículo firmado por Pascual Guaglianone — futuro dirigente anarquista—, denunciaban el avance del clericalismo en la ciudad.³⁴ Allí se hacía mención al incremento de la cantidad de iglesias, conventos y capillas, de los órdenes y congregaciones, del envío de obispos a Europa y de su presencia callejera — “los frailes nos impiden recorrer las calles de esta capital” y “las procesiones aparecen nuevamente, no solo en la plaza de Mayo sino en todos los distritos”—. Especialmente, sobre los Círculos de Obreros, planteaba que esa institución —“creciendo en medio de las tinieblas”— tenía el fin de combatir el socialismo y convocaba a iniciar una serie de conferencias y controversias públicas con los Círculos.³⁵

Asimismo, en 1900, en *El País*, se podía leer que los Círculos eran conocidos “por haberse extendido con recomendable actividad de un extremo a otro del país”. Se caracterizaba el año 1899 como de “benéficos resultados” para la organización que había creado una decena de nuevos círculos. Destacaba como su programa la regeneración del obrero al inculcársele los “sanos” principios de la moral por medio de una propaganda metódica y adaptada al medio ambiente en el que actuaban los obreros. Se marcaba su importancia en tanto su acción contrarrestaba “los perniciosos efectos que en la clase humilde y trabajadora hace el socialismo y el anarquismo” y se consideraba que, justamente por ello, el presidente de la República había manifestado el alto concepto que le merecía dicha institución y felicitado a Federico Grote.³⁶

De todos modos, las fuentes internas no dejan de manifestar algunos contratiempos en medio de este crecimiento. A modo de ejemplo, debido al decaimiento de general del centro y de la reducción de la cantidad de socios, el Círculo de Obreros de San Juan Evangelista, solicitó la fusión con la Sociedad de Socorros Mutuos de la Boca.³⁷ Asimismo, la memoria del Círculo Central correspondiente al año 1899 señalaba que había habido una merma en la cantidad de los socios. A su vez, el presidente de la comisión de propaganda identificaba “cierta flojedad o decaimiento que es mi deber señalar” en la comisión de beneficencia, “pero, quizá en esta comisión también, se

33 “Inauguración del Círculo de Obreros Liberales”, *La Constancia*, 08/12/1901.

34 “Avance del clericalismo”, *La Vanguardia*, 17/06/1899.

35 Ídem.

36 “Círculos de obreros”, *El País*, 03/01/1900.

37 Libro de actas del Consejo General, núm. 1, acta 37, 18/06/1896, pág. 95,

observa cierto comienzo de enervamiento, y entonces se hace necesario dar la voz de ‘alerta’, para que todos se aparejen de nuevo y con nuevos alientos vuelvan á ocupar sus puestos de lucha”.³⁸

La localización y apertura de los centros siguió una lógica parroquial. Se ha afirmado que esto podría haber favorecido su fisonomía no clasista, mientras que el perfil más plebeyo solo se hallaba en los barrios de composición marcadamente obrera.³⁹ Este aspecto, de todos modos, se trabajará en el próximo capítulo.

“Hermanos y soldados de la misma cruzada”⁴⁰: peregrinaciones y movilizaciones

Hemos adelantado la importancia que parece haber tenido para el afianzamiento de la institución la primera peregrinación a Luján de los Círculos de Obreros que organizó Grote en octubre de 1893. Desde entonces, las peregrinaciones tuvieron funciones relacionadas no solamente con el orden religioso sino también con el político-institucional. A través de peregrinaciones, festividades y coronaciones, el catolicismo se afianzaba y avanzaba sobre el espacio público en un marco de confrontación con anticlericalismos de distinta procedencia. En esta estrategia, emergía un rol destacado para el naciente laicado masculino y femenino. En dicho sentido, se presenta aquí una selección de eventos y acciones que permiten situar este despliegue institucional en un marco espacial y temporal concreto: las peregrinaciones a Luján realizadas desde principios de la década del noventa, la movilización de 1901, las acciones ante la ley de divorcio, la separación de la Iglesia y el Estado y otras iniciativas anticlericales de menor trascendencia.

Para comenzar, cabe señalar el sentido que tuvo el culto mariano en este contexto, vista su relación con los procesos de secularización, para considerar luego su valor en la articulación de apoyos internos y externos de los Círculos de Obreros. Desde fines del siglo XVIII, la movilización católica en torno al culto de María conoció distintos momentos o ciclos vinculados a los grandes procesos de alcance social, cultural y político. Roberto Di Stefano y Francisco Javier Ramón Solans señalan que la estructuración de un

38 *Memoria del Círculo Central de Obreros correspondiente al año 1899*, Buenos Aires, Tip. La Defensa, 1900, pág. 6.

39 LIDA, M. “Círculos de Obreros, nación, masculinidad...”, op. cit.

40 Expresión incluida en un manifiesto distribuido entre los ciudadanos de Luján a propósito de la peregrinación de los Círculos de 1896, ver “La gran peregrinación a Luján”, *La Voz de la Iglesia*, 10/08/1896.

modelo de culto masivo se construyó de manera paralela a los cambios que experimentó la Iglesia Católica a lo largo del XIX: globalización, reestructuración y centralización.⁴¹ Además, para estos autores, este culto se modeló en distintas direcciones: vertical —entre Roma y las Iglesias nacionales— y horizontal —a través de las redes transnacionales existentes entre católicos de distintos lugares del mundo—. En la segunda mitad del siglo XIX, como parte de la lucha contra los supuestos males de la modernidad, se proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción (1854) y el culto a la virgen de Lourdes, aparecida en 1858, se convirtió en el gran modelo a seguir.⁴²

En Argentina, los relatos tradicionales señalaban que este culto estaba extendido durante el régimen colonial y que había sido fuertemente afectado por la revolución y la reforma rivadaviana de 1822. Di Stefano y Diego Mauro sugieren, en cambio, que el crecimiento del culto a Nuestra Señora de Luján se propagó después de la caída de Rosas, acompañando los cambios sociales y políticos —ya señalados en el capítulo anterior— y bajo el impulso que propiciaban otras devociones marianas en Europa y América promovidas desde Roma.⁴³ Efectivamente, hasta que no se coronó a la Virgen de Luján como patrona del país, a fines del siglo XIX, no hubo —de hecho, ni de derecho— una devoción nacional; situación que contrastaba con lo que sucedía en otros países latinoamericanos, como México.⁴⁴

La coronación de Nuestra Señora de Luján, que se concretó en 1887, en medio de un clima de intensa conflictividad entre el Estado y la Iglesia, expresaba, en el plano simbólico, el doble proceso de construcción de una Iglesia y un Estado nacionales. La propuesta de la Virgen de Luján, una devoción que había surgido en la época colonial a un lado del camino real, reunía una serie de condiciones que la hicieron una candidata propicia para el altar nacional. Para comenzar, estaba emplazada en una zona pujante de la economía nacional, que además había tenido una participación en la resistencia de Buenos Aires en 1806; por otro lado, tenía una sencilla identificación con los relatos patrios, ya que algunos próceres habían pasado por el santuario o eran devotos de ella y

41 DI STEFANO, R., y RAMÓN SOLANS, F., “Introduction”, en DI STEFANO, R., y RAMÓN SOLANS, F. (Editors.), *Marian devotions, political mobilization, and nationalism in Europe and America*, Palgrave Macmillan, 2016, pág. 9.

42 MAURO, D., “Las multitudes católicas argentinas en la primera mitad del siglo XX. Religión, política y sociedad de masas”, *Quinto Sol*, núm.3, 2015, pág. 4.

43 DI STEFANO, R., y MAURO, D., “Our Lady of Luján: national identity and mass mobilization in Argentina” en DI STEFANO, R. y RAMÓN SOLANS, F., Op. cit., pág. 283.

44 Di STEFANO, R., “¿De qué hablamos cuando decimos “Iglesia”?...”, op. cit., pág. 216

sus colores coincidían con los de la bandera. A su vez, los sectores ultramontanos podían depositar en esta figura sus propias aspiraciones antimodernistas, por su ubicación en una zona rural, fuera de la metrópoli y en abierta disputa con un consolidado sector anticlerical y científicista.⁴⁵

A pesar de la retórica antimoderna de algunos de sus convocantes, las peregrinaciones al santuario de Luján constituían un verdadero rasgo de modernidad de la Iglesia.⁴⁶ En ellas, se convocaba al conjunto de los argentinos y se colocaba a la Iglesia y la adoración de la virgen sobre las diferencias sociales, políticas, de origen, etc. Así, por ejemplo, *La Buena Lectura* decía, en 1891, que, en circunstancias apremiantes, el pastor convocaba a sus hijos a elevar sus ojos y plegarias a María: “No hay distinción de sexo, ni de edad, ni de condición; no hay ricos ni pobres, doctos ni ignorantes, sanos y enfermos: en la sala de la fe y del amor todo corren a Luján”.⁴⁷ Esta importante movilización fue tomada con júbilo en el catolicismo local; ese año, la peregrinación habría reunido unas diez mil personas.⁴⁸ En una pastoral específica sobre el tema, el arzobispo Federico Aneiros señalaba que habían sido seis las peregrinaciones realizadas a Luján en 20 años.⁴⁹ Destacaba el fervor y devoción de los peregrinos, y su enorme participación en la última peregrinación; mencionaba la realización de numerosas comuniones y solicitaba recursos materiales para continuar con la construcción del templo, que se había comenzado a construir a lo grande en 1890.

Con este contenido de fondo, tras el retorno definitivo de Grote, en octubre de 1893, los Círculos de Obreros iniciaron esta práctica que poco a poco se iría masificando y que, hacia la década del Centenario, se convirtió en multitudinaria.⁵⁰ Como se ha adelantado, estos eventos para la institución cumplían funciones de incumbencia religiosa y también de índole político-organizativa. Por un lado, se trataba de reafirmar o confirmar la fe de los socios; por el otro, de cohesionar y mostrar la institución puertas afuera.

45 DI STEFANO, R., y MAURO, D., *Op. cit.*, pág. 288.

46 LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, op. cit., pág. 33.

47 “Los argentinos a los pies de la virgen de Luján”, *La Buena Lectura*, 19/12/1891.

48 Ídem.

49 “Pastoral. Federico Aneiros, por la gracia de Dios y de la Santa Sede, Arzobispo de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, Asistente al Solio Pontificio, etc.”, *El Mensajero del Corazón de Jesús*, año II, núm. 28, Buenos Aires, 08/01/1892, pág. 2. Federico Aneiros había sido el organizador de la primera peregrinación al santuario en 1871, hecha con un doble motivo; el de agradecer el fin de la fiebre amarilla y para desagraviar el ingreso a Roma de los italianos. Desde, entonces, Aneiros fue uno de sus principales promotores, junto al padre Salvaire —clero regular— y tres laicos Domingo Fernández y los hermanos Santiago y José Manuel Estrada que se sumaron luego.

50 LIDA, M., “¡A Luján!...”, op. cit., pág. 818.

Asimismo, esto también constituyó una manera de responder a los cuestionamientos que surgían desde el interior del catolicismo, y logró conquistar y apuntalar adhesiones en el propio clero.⁵¹

Respecto de la primera peregrinación, *La Voz de la Iglesia* hizo una importante cobertura y la catalogó como un “grandioso espectáculo”.⁵² Este medio indicaba, también, que habían participado más de seiscientos artesanos, jornaleros y socios del Círculo Central —el único fundado hasta ese momento—. En particular, afirmaba, la comitiva estuvo compuesta por la mayoría de los socios del Círculo, por muchos que no lo eran y también por miembros distinguidos del clero. Entre los últimos, destacaba al obispo de Arsinos, a Juan Agustín Boneo y familiares.⁵³ En todos los casos, varones. En esta oportunidad, y en adelante, estas peregrinaciones constituyeron un espacio de religiosidad —para algunos, quizás, el principal— y sociabilidad de varones de diversa procedencia social, en momentos en que estos eran vistos como especialmente distantes de la fe.

A partir de entonces, la mayor parte de los participantes llegarían a Luján en trenes especiales, reservados previamente por la comisión organizadora.⁵⁴ Siempre se le prestó mucha atención al armado y orden de la procesión. El obispo y los miembros del clero y dirigentes de la institución solían marchar a la cabeza; les seguía alguna banda de música y, detrás de ella, la escuela de varones del centro, los obreros del o los centros y atrás el “séquito”. Ya en 1893 la columna que se dirigió al santuario marchó con banderas y estandartes desplegados, cantando al unísono un “ave María”. Según el cronista de *La Voz de la Iglesia*, el alma de esa primera peregrinación había sido Grote, quien “con su acertada dirección ha[bía] podido allanar obstáculos de toda clase”.⁵⁵

Llegados al templo, alguno de los sacerdotes de alto rango oficiaba una misa y se administraba la sagrada comunión a los presentes. Según la misma crónica de la peregrinación de 1893, la misa estuvo a cargo de Juan A. Boneo⁵⁶ y fue auxiliado por otros dos sacerdotes más para administrar el sacramento a más de una tercera parte de los concurrentes.⁵⁷ Concluida la lectura del Evangelio, el reverendo padre Salvaire de Luján

51 ETCHEVERRY, R., *Op. cit.*, pág. 101; SANCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, pág. 194.

52 “Peregrinación a Luján”, *La Voz de la Iglesia*, 30/10/1893.

53 Ídem.

54 El “círculo de obreros tomo un tren especial, y repartido los boletos que podrían venderse para 12 coches”, “Peregrinación a Luján”, *La Voz de la Iglesia*, 30/10/1893.

55 “Peregrinación a Luján”, *La Voz de la Iglesia*, 30/10/1893.

56 En 1896, Boneo era el delegado del arzobispo en lo concerniente a los Círculos, ver Libro de actas del Consejo General, núm. 1, acta 34, 18/06/1896, pág. 95.

57 Ídem.

pronunció un entusiasta sermón, exhortando a los directores del Círculo de Obreros a continuar su empresa, porque esta tendría que salvar de grandes peligros a la clase social más expuesta a ellos. Después de la misa se daba un tiempo para comer. En ese caso que narramos, la concurrencia se repartió por el pueblo y los obreros fueron a comer “la carne con cuero” que se les tenía preparada y se mostraron los adelantos de la obra del santuario. Antes de retornar, se cantó el adiós a la Virgen y, otra vez, se organizó la columna en medio de “una algazara de vivas” a la Virgen, a las autoridades eclesiásticas, a la patria y al Círculo de Obreros. Con ligeros cambios, este fue el formato general de las peregrinaciones que organizaron los Círculos de Obreros. Con los años, se volvió tan importante como esta primera parte el regreso a Buenos Aires y la movilización desde la estación Once de Septiembre hasta la Plaza de Mayo o la de los Dos Congresos.

La segunda peregrinación del Círculo Central a Luján se realizó a fines de abril de 1894, poco después de que este organizara de la celebración del patrocinio de San José, figura protectora de la institución; ese mismo año, en octubre, se realizó una peregrinación general de la arquidiócesis en memoria del recientemente fallecido Federico Aneiros de la cual participaron los tres círculos existentes hasta en el momento. En 1895, la peregrinación de los Círculos se realizó en octubre y habría convocado algo más de dos mil personas.⁵⁸ El año siguiente, en 1896, la peregrinación organizada por los Círculos coincidió con el comienzo de la huelga grande y en ese contexto las estimaciones duplicaron las cifras del año previo.⁵⁹ La frase que da título a este apartado formó parte de un manifiesto que se había distribuido en esa oportunidad en el pueblo de Luján para promover el recibimiento de la peregrinación obrera en los siguientes términos:

“Lujanenses! Miles de obreros llegarán á nuestra histórica villa. Reunámonos bajo la señal que forma la bandera de Cristo: asociémonos para recibir al gremio más simpático que respondiendo al llamado de la fé acude á venerar a nuestra gloriosa reliquia, la Patrona de la República Argentina, del Uruguay y del Paraguay”.⁶⁰

La programación había sido similar a las anteriores. La preparación comenzó a fines de junio y participaron delegaciones de diversos círculos del país. Una parte de los recursos para la movilización habría provenido de fondos reunidos entre el Arzobispado

58 La primera cifra representa la cantidad de personas presupuestadas y la otra, surge de una suposición acerca de una cantidad extra de personas que se habría sumado a último momento, “La peregrinación de mañana”, *La Nación*, 12/10/1895; “Peregrinación a Lujan”, *La Nación*, 14/10/1895.

59 *La Voz de la Iglesia* indicó que participaron, por lo menos, cuatro mil personas, aunque *La Prensa* decía no exagerar al calcular unos cinco mil peregrinos “Al Santuario de Luján”, *La Voz de la Iglesia*, 17/08/1896; Nuestra Señora de Luján. La peregrinación de ayer”, *La Prensa*, 17/08/1896.

60 “La gran peregrinación a Luján”, *La Voz de la Iglesia*, 10/08/1896.

y los círculos parroquiales. Llegó, además, un telegrama de León XIII en el cual el Papa daba su bendición a los círculos de obreros.⁶¹ De vuelta en Buenos Aires, se volvió a formar la columna y, en corporación, marcharon hasta la sede arzobispal —ubicada en una esquina de la Plaza de Mayo— donde, desde el balcón, el arzobispo les brindó un breve discurso. En adelante, esta práctica de marchar por las calles de Buenos Aires al regreso de Luján con el objetivo de saludar al arzobispo o de dirigirse a los poderes públicos se hizo habitual en las peregrinaciones de los Círculos de Obreros.

En 1897, *La Voz de la Iglesia* decía que irían a Luján a “robustecer y templar la fe de esos hijos del trabajo”.⁶² Irían los socios de los Círculos de la Capital, delegaciones de los de Santa Fe, Paraná, Catamarca, Tucumán, miembros de Juventud Católica, de la Asociación Católica, ex alumnos del colegio San Francisco, etc. La crónica posterior al evento habló de unas 12.000 personas.⁶³ De regreso, la gran columna desfiló desde la Plaza Miserere hacia el Palacio Arzobispal, por Avenida de Mayo. En su discurso, Alejandro Calvo hizo dos protestas: una, contra los poderes públicos que con su acción incitaban las pasiones revolucionarias y no colaboraban ni moral ni materialmente con la única barrera contra estas; la otra, contra las “clases opulentas” que miraban con indiferencia.⁶⁴ Al año siguiente, la peregrinación se hizo como corolario del *I Congreso de los Círculos de Obreros*, evento que se reconstruirá más abajo. Las crónicas con las que contamos no dan cuenta del tamaño de esta peregrinación, pero sí de la concurrencia del arzobispo, algunos obispos, de numerosos sacerdotes y del orden de una numerosa columna.⁶⁵ Llegados de Luján, la columna marchó hacia el Palacio Arzobispal, donde la banda del Círculo Central ejecutó el himno nacional, se escuchó al Dr. Aurelio Berri y se leyó un telegrama enviado por León XIII. Como parte de las iniciativas surgidas del *I Congreso...*, una delegación se había apersonado ante el presidente y, como indicamos previamente, este manifestó sus deseos de que los Círculos se expandieran por los centros obreros del país.⁶⁶ En octubre de 1899, en ausencia de Grote, se realizó la peregrinación anual.⁶⁷ No hay cifras de concurrentes, marcharon al regreso al palacio arzobispal y cerró

61 En notas y comentarios, “Al Santuario de Luján”, *La Voz de la Iglesia*, 17/08/1896; “Nuestra Señora de Luján. La peregrinación de ayer”, *La Prensa*, 17/08/1896.

62 “Peregrinación obrera”, *La Voz de la Iglesia*, 09/10/1897.

63 “La peregrinación obrera”, *La Voz de la Iglesia*, 11/10/1897.

64 Ídem.

65 “Congreso Obrero. En el santuario de Luján”, *La Prensa*, 24/10/1898; “Peregrinación Obrera”, *La Voz de la Iglesia*, 24/10/1898.

66 “Los Círculos de Obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 25/10/1898.

67 “Peregrinación obrera”, *La Voz de la Iglesia*, 09/10/1899.

allí con una alocución Gabriel Carrasco. La peregrinación general de los Círculos de Obrero del año 1900 tuvo lugar el 30 de septiembre en medio de una lluvia torrencial y al regreso, no se marchó a realizar el habitual saludo.⁶⁸ Creemos que estas últimas peregrinaciones tuvieron un carácter algo rutinario, en un contexto de aumento de la movilización obrera y anticlerical. Esta situación fue revertida en 1901 con la realización de un importante evento.

“La impiedad avanza en su obra demoledora”: respuestas al anticlericalismo de principios del siglo XX

Hacia finales de la década del noventa, la relación entre Estado e Iglesia experimentó un notable cambio. Ambas instituciones dieron señales de entendimiento mutuo y se podría decir que tomaron conciencia de que ninguna se beneficiaría de una eventual profundización del proceso de laicización. Este entendimiento ha sido definido por Roberto Di Stefano como el “pacto laico”, en relación con la conceptualización del “umbral de laicidad” propuesto por Jean Baubérot.⁶⁹ La percepción de tal recomposición de las relaciones —a través del restablecimiento de los vínculos con la Santa Sede, de una mayor presencia de la jerarquía religiosa en los actos protocolares, de la asignación de subsidios, etcétera— provocó la reacción de diversos sectores, ya que fue interpretada como una avanzada clerical en el terreno estatal y social.

Esta situación dio lugar a iniciativas de distinto tipo que tenían en común la preocupación por torcer el nuevo *statu quo*. Así, la agenda anticlerical quedó, principalmente, en manos de un sector heterogéneo, con moderada representación política, que incluía algunos pocos diputados e intelectuales liberales y las militancias anarquista y socialista. Tras quedar fuera de la agenda del gobierno, estas disputas se dieron desde los márgenes de la política y en el seno de la sociedad. Algunos de los momentos más significativos de estas disputas tuvieron espacio, justamente, entre fines del siglo XIX y principios del XX. El clima de intolerancia mutua y las denuncias cruzadas contribuyeron a construir las imágenes de campos enfrentados e irreconciliables en la política y en la sociedad.⁷⁰

68 “En Luján”, *La Voz de la Iglesia*, 01/10/1900.

69 DI STEFANO, R., “El pacto laico argentino...”, op. cit.; ver también BERTONI, L. A., “¿Estado confesional o estado laico...”, op. cit.

70 BERTONI, L. A., “¿Estado confesional o estado laico...”, op. cit., pág. 2.

Aunque se pueden reconocer episodios previos, especialmente desde finales del año 1900, se produjo una escalada en estos conflictos entre católicos y este amplio abanico de anticlericales.⁷¹ En noviembre, salió a la luz una serie de noticias en la cual se exponían los malos tratos y los abusos cometidos por el padre Pedro Bertrana —director de la institución que había reemplazado a Grote— en la cárcel correccional de menores contra menores que se encontraban bajo su custodia.⁷² La difusión de esta noticia generó la movilización de amplios sectores de la opinión pública, acarrió la detención del sacerdote y una defensa cerrada de parte de los católicos.⁷³ Poco después, el escenario se agitó debido a la representación teatral de la obra *Electra*, del dramaturgo español Benito Pérez Galdós, en varias ciudades del país. La obra llegó a estar en cartelera en tres teatros de la ciudad de Buenos Aires.⁷⁴ Si bien en la Capital Federal no pasó a mayores, en la ciudad de Córdoba, el obispo Reginaldo Toro dedicó una pastoral a recomendar a los católicos que no asistieran a ver la obra, y el mismo día de la presentación una movilización anticlerical atacó la casa de ejercicios espirituales de la Iglesia de la Merced.⁷⁵

Los mítines anticlericales continuaron todo el año; algunas veces, respondían a fines de propaganda y otras acompañaban iniciativas parlamentarias, como el proyecto

71 Algunas denuncias de abuso hacia niñas y mujeres pueden leerse en *La Voz de la Mujer*, 20/02/1896 y 15/05/1896; *El ABC del Socialismo*, 15/10/1899; *La Vanguardia*, 18, 21 y 22/03/1906, algunas otras se irán mencionando más adelante.

72 FREIDENRAIJ, C., “Del Asilo a la Cárcel. Crisis y reconstitución del primer reformatorio argentino (fines del siglo XIX-principios del siglo XX)”, III Jornadas Nacionales de Historia Social, 11, 12 y 13 de mayo de 2011, La Falda, Argentina, pág. 10; POY, L., “El Partido Socialista y su delimitación con el movimiento anticlerical en los primeros años del siglo XX”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 17, La Plata, 2017, pág. 4; “Reptiles católicos en la cárcel de menores”, *La Vanguardia*, 01/12/1900.

73 Bertrana salió en libertad bajo fianza y su abogado defensor fue Francisco Durá. En Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1901, pág. Según la revista del arzobispado, habrían participado unas trescientas o cuatrocientas personas y más de mil según *La Vanguardia*. En Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1901, pág. 95. En los últimos días de diciembre, por ejemplo, se convocó un mitin de protesta contra los abusos del sacerdote que fue impedido por la policía y que ocasionó numerosas detenciones; “Mazorca policial”, *La Vanguardia*, 05/01/1901. En enero, en señal de protesta por la reacción policial, se realizó otro mitin en la Plaza Lorea, que contó con la adhesión de diversas personalidades y asociaciones de anticlericales, masones, socialistas y anarquistas. Esta vez, la revista del arzobispado calculó entre mil quinientos y dos mil asistentes. En Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1901, pág. 96.

74 En uno de ellos, el Victoria, se habría convocado una manifestación anticlerical que recorrería algunas iglesias de la zona y, según la *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, había sido la intervención policial la que impidió que la situación escalara. En Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, año I, págs. 265 y 266.

75 NUÑEZ, M. V., “«Electra se convirtió en el grito de guerra». Una aproximación a las reacciones del estreno cordobés de la obra teatral de Pérez Galdós”, *Itinerantes*, núm. 13, 2020, pág. 16.

de ley de reglamentación del divorcio, del que hablaremos seguidamente.⁷⁶ Un capítulo que se debe destacar —aunque no por su alcance, que fue efímero y limitado— consistió en la fundación de Círculos de Obreros Liberales. Se trataba de una iniciativa de algunos sectores del movimiento anticlerical que consideraban que era necesario estructurar este tipo de asociaciones para contener el desarrollo de los Círculos de Obreros católicos que ya tenían casi una década de vida. según sus estatutos, estos centros buscaban fomentar “la unión y el bienestar moral y material de la clase trabajadora”.⁷⁷

De manera similar a los católicos, en estos círculos se organizaría el socorro mutuo, se fundarían escuelas para niños y adultos, bibliotecas obreras, agencias de trabajo, consultorios médicos y jurídicos y, además, se celebrarían fiestas y conferencias sobre temas científicos, sociales y morales. Para ser miembro se requería practicar alguna “industria o profesión honrada”, observar buena conducta y poseer “costumbres morales” y no estar afiliado a una sociedad con fines contrarios a la institución.⁷⁸ El primer círculo se fundó en diciembre de 1901 en la parroquia del Pilar, su presidente fue Cosme Mariño — uno de los fundadores del diario *La Prensa*, espiritista—;⁷⁹ y el segundo se creó en marzo de 1902 en Maldonado, en la zona de los barrios de Palermo y Colegiales. Probablemente, la decisión del Partido Socialista de no adherir a la iniciativa haya sellado el futuro de la organización, cuyo rastro se pierde rápidamente.

En este contexto, la movilización de los Círculos de Obreros el domingo 29 de septiembre de 1901 realizada luego de su habitual peregrinación a Luján constituyó un episodio que debe ser destacado. Una vez más, como también era una costumbre, marcharon hacia la Plaza de Mayo y fueron, primero, a la Casa de Gobierno. Aunque no era la primera vez que visitaban al presidente Roca, en agosto de ese año los socialistas habían realizado una manifestación de desocupados y se habían entrevistado con el

76 En junio en el barrio de la Boca, en el cual habían participado como oradores Belisario Roldán, Pietro Gori y Alfredo Palacios; hubo otro a mediados de septiembre, convocado por un tal “comité popular liberal” el evento reunió a un vasto conjunto de sectores: clubes liberales, grupos masónicos, sociedades gremiales y centros del Partido Socialista, entre otros. Se presentó una petición que apoyaba un proyecto de separación entre la Iglesia y el estado. Ver POY, L., “El Partido Socialista y su delimitación con el movimiento anticlerical...”, op. cit.

77 Ídem.

78 “Círculos de obreros liberales”, *La Vanguardia*, 11/01/1902.

79 En 1898, se había inaugurado un importante edificio en el centro de la ciudad donde funcionaban la redacción, la imprenta y se brindaban ciertos servicios gratuitos al público, tales como consultorio médico, oficina de asesoramiento jurídico, biblioteca y escuela de música. ROJKIND, I., “El diario La Prensa en el cambio de siglo: modernización periodística y batallas políticas”, *Investigaciones y Ensayos*, núm. 68, 2019, pág. 56.

mandatario.⁸⁰ De modo que los Círculos de Obreros aprovecharon la ocasión para reunirse con el presidente y entregarle un petitorio que pedía la sanción de dos leyes dirigidas al ámbito laboral: el descanso dominical y la protección del trabajo de menores.⁸¹ Se trató de una de las principales movilizaciones de los Círculos hasta el momento; de hecho, *El Pueblo* declaraba que su extensión había sido de unas ocho cuadras, y algunas otras fuentes periodísticas estimaron unas 5000 personas.

En Luján, habían marchado encolumnados como era costumbre, con banderas y estandartes desplegados, con sus bandas de música, silencios, rezos sincronizados y cantos. Se celebraron tres misas y se administraron numerosas comuniones. Una de ellas la brindó el Arzobispo en el “nuevo camarín” de la Virgen y en otros altares lo hicieron de La Torre y Zuñiga —canónigo honorario y rector de la parroquia de la Concepción— y Villanova Sanz —director del Mensajero del Corazón de Jesús—.

Por su contenido, interesa recuperar el sermón de Monseñor Gregorio Romero —quien era miembro de la curia eclesiástica, diputado nacional y, más adelante, sería obispo de Salta—. Tras recordar el deber de todo católico de manifestar abiertamente su fe, se refirió a la causa de los obreros para afirmar que no había sido abandonada “sin defensa” por la Iglesia. El templo la había abrazado y no para recomendarles “tan solo” la resignación en “la ruda y amarga” lucha del trabajo, sino también para actuar en defensa de los derechos del obrero, amparar su justicia, enaltecer su dignidad y condenar las inequidades que lo ultrajaban y agobiaban. Declaraba que los sacerdotes católicos no serían jamás quienes les impusieran en el nombre de Cristo los caprichos del *capitalista avaro y cruel*.⁸² Los exhortó a que fueran las murallas vivas, impenetrables, que defendieran el templo puesto que, en su interior, *peroraba* su causa.

A su vez, indicó que el peligro no partía de los poderes públicos sino de las asociaciones que negaban a Dios, renegaban de la familia y desconocían la propiedad. Apreciaba que la tempestad estaba en las calles, bullía “en los centros anárquicos un mal

80 “El triunfo del domingo”, *El Pueblo*, 01/10/1901; ROJKIND, I., “Un domingo agitado: el mitin de los círculos obreros y la “contra-manifestación” liberal. La contienda por las calles en el Buenos Aires del novecientos”, *X Jornadas Interescuelas /Departamentos de Historia*. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario, 2005. CASTRO, M.O., “Nacionalismo, cuestión religiosa y secularización política ...”, op. cit.

81 Alejandro Calvo se había reunido previamente con Roca y este se había comprometido a recibir personalmente la solicitud. En *El País* se decía que socialistas y anarquistas habían “exhortado a sus afiliados a concurrir a la plaza del Once” para impedir que se realizase la manifestación de los círculos de obreros, “El General Roca y los obreros”, *El País*, 27/09/1901.

82 “El triunfo del domingo”, *El Pueblo*, 30/09 y 01/10/1901

que cunde y serpea por el organismo de las clases obreras, pasando por los corazones como lava sobre la hierba. Todo lo quema y calcina. Los sentimientos más nobles del hombre se reducen a ruina”.⁸³ Frente a tal peligro “solamente los cobardes p[odía]n retroceder y esconder la cruz de sus convicciones” y cerraba indicando que el mal no era obra exclusiva “de los malos”, sino que incluía a “los buenos” cuando estos no ponían toda la energía que los primeros usaban para realizarlo. Sentenciaba que el origen de casi todas las derrotas se debía a la “insuficiencia de alguna virtud” y, finalmente, exclamaba: “[q]ue no falten, pues, en la existencia y desenvolvimiento de los círculos de obreros ni la virtud de la previsión, ni la virtud de la disciplina, ni la virtud de la *acción viril*”.⁸⁴ De conjunto, el discurso de Romero buscó alentar y darle fuerza a la iniciativa de los obreros católicos que debía ser dirigida no hacia los poderes públicos, sino hacia las asociaciones que negaban a Dios.

Pasado el mediodía, la multitud retornó por tandas a la Capital. A medida que iban llegando, se concentraron en las proximidades de la Plaza Once, y allí se encontraron con algunos grupos de contramanifestantes que fueron dispersados por las fuerzas policiales. Tras llegar el último tren, se inició la marcha con los miembros del Consejo General adelante y dos banderas argentinas en la cabecera. Según el relato de *El Pueblo*, la policía estuvo muy activa tratando de contener a los grupos disidentes que arrojaban “gruesas piedras” y “gritos soeces” intentando impedir o interrumpir la manifestación. Al mismo tiempo, consignaba que desde los balcones se aplaudía y se arrojaban flores a la movilización. Otra muestra de aprecio la habrían recibido desde el Club del Progreso al cruzar la calle Piedras.

Toda la nota de *El Pueblo* tiene un tono hostil ante la presencia de los contramanifestantes y no rechaza ni esconde el uso de la fuerza. Se dejaba constancia de que “[e]l pensamiento católico no estaba representado por seres incapaces de repeler una agresión”. Acto seguido, se indicaba que el accionar de la policía había sido digno de alabanza y se aclaraba que este había beneficiado sobre todo a “los provocadores de la columna”. De manera más elocuente se narraba la agresión que, cerca de Avenida de Mayo y Santiago del Estero, había recibido la columna del Círculo de la Concepción. Hernán Cullen Ayerza y Eduardo F. Maglioni, dos estudiantes de Derecho, salieron “resueltamente” de la fila acompañados de otros manifestantes para repeler el ataque “a

83 Ídem.

84 *El Pueblo*, ídem. El subrayado es nuestro.

través de una pelea cuerpo a cuerpo”, tras lo cual habrían hecho retroceder a “los bandidos”. Levemente heridos, ambos jóvenes retornaron a la movilización después de que los agresores fueran detenidos.

De distinto estilo fue el discurso del presidente de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros pronunciado frente al primer mandatario Julio A. Roca. Alejandro Calvo comenzó por señalar el antagonismo que existía entre los distintos grupos de obreros —diferentes en sus ideas y en sus prácticas— y que se había hecho visible en las calles de la ciudad. El núcleo que él representaba solicitaba la cooperación del poder ejecutivo a fin de que se dictaran leyes propicias a su bienestar. En su perspectiva, los Círculos de Obreros perseguían leyes no para beneficio propio, sino dirigidas a procurar el beneficio general de los trabajadores, incluso aquellos que no practicaran “su religión”. En tal sentido, se refirió al descanso dominical y al proyecto de regimentación del trabajo de la mujer y del niño. Los motivaba, según Calvo, el rechazo a la desvergonzada ostentación del vicio, a la precocidad malsana y la irritante explotación del capitalista.

Para el orador, era evidente que habría agitadores que no encontrarían respetables ni los medios ni los fines de su institución. Ellos eran retardatarios, y por eso reservaban sus aplausos para los desórdenes y las aberraciones de grupos a los que consideraban de ideas avanzadas. Sin embargo, según afirmaba, su doctrina les imponía detestar el vicio y amar al pecador, y en consecuencia estaban obligados a no hacer “nunca guerra al hombre, sino a las ideas perniciosas que él propagase”. Convertir en leyes tales proyectos provocaría “lenta, pero seguramente, la moralización de las clases trabajadoras”, la cual, “por gravitación natural”, haría que fuesen hacia los Círculos “si no todos, la mayoría de los elementos que la desesperación y la ignorancia arroja[ban] en el seno de las agrupaciones perturbadoras”. Para finalizar, subrayaba que ni el gobierno ni la sociedad argentina podían negar su simpatía a una asociación que no desplegaba “a todos los vientos la bandera roja”, sino que procuraba que sus asociados se cobijasen “bajo los pliegues de la gloriosa bandera azul y blanca”. Una asociación que llevaba su reclamo con sincero entusiasmo a las autoridades legales y mostraba “su respeto de las costumbres y a los derechos consagrados en esta sociedad cristiana”. Por eso, se animaba a confiar en que la petición encontraría eco favorable.⁸⁵

85 “El triunfo del domingo”, *El Pueblo*, 30/09 y 01/10/1901.

Las palabras de Julio A. Roca fueron breves; se habría limitado a reconocer la acción benéfica que desarrollaban los Círculos de Obreros y la justicia de las dos leyes solicitadas.⁸⁶ Luego la movilización se dirigió al palacio arzobispal. Allí volvió a aparecer, esta vez en boca de Mariano Espinoza, la multitud masculina —este tema se abordará en detalle en el capítulo 4—. El arzobispo se dirigió en estos términos a la concurrencia:

“bienaventurados sois vosotros, mis amados obreros, sois vosotros que lleváis con resignación la pobreza, los trabajos, las aflicciones de este valle de lágrimas; por más que hagáis en este mundo siempre será valle de lágrimas para vosotros. Haced, pues, de la necesidad virtud, que algún día Dios las ha de enjugar. Ni las alegrías, ni los dolores son eternos en este mundo, y a veces aquí mismo, y siempre en la otra vida, Dios os ha de premiar”.⁸⁷

Al finalizar, Monseñor Romero, en un improvisado discurso, convocó a mantener el camino emprendido y perseverar ante los obstáculos. Como uno de los balances de la jornada se debe mencionar la llegada de una nota del papa León XIII en la que se felicitaba a los Círculos de Obreros de la Argentina.⁸⁸ Una vez terminada la movilización, se produjo un ataque contra la Iglesia de la Piedad, ubicada en las proximidades. Las crónicas de toda la jornada, incluyendo este último episodio, refieren numerosas detenciones.

En estos años, otro tema de disputa con sectores anticlericales de corte liberal y de izquierda y que tuvo expresión en las calles de la ciudad fue la discusión acerca de la reglamentación del divorcio vincular. En la Cámara de Diputados de la Nación, Carlos Olivera presentó en más de una oportunidad un proyecto de ley de divorcio que, finalmente, se debatió en el recinto en agosto de 1902. Entre el momento de su presentación y el cierre del debate parlamentario, el tema ganó espacio en la agenda pública, y suscitó numerosas y diversas reacciones. Tanto aquellos sectores que promovieron el proyecto como los que se opusieron estimaron posible un resultado favorable, y ello generó gran incertidumbre. El proyecto fue rechazado el 4 de septiembre de 1902 por una diferencia de tan solo dos votos.⁸⁹

Este debate parlamentario había tenido su primer antecedente en 1888, cuando se discutió la ley de matrimonio civil. En ese entonces, Juan Balestra, diputado por la

86 Ídem. Estas palabras estuvieron en sintonía con lo que ya había manifestado en la entrevista privada. “El General Roca y los obreros”, *El País*, 27/09/1901.

87 “El triunfo del domingo”, *El Pueblo*, 30/09 y 01/10/1901.

88 “Su santidad León XIII y los obreros católicos argentinos”, *El Pueblo*, 04/12/1901.

89 ASQUINI, S., y NUÑEZ, M. V., “El divorcio en las calles: acciones y reacciones en torno a su primer debate parlamentario (1901-1902)”, *Prohistoria*, año XXII, núm. 32, 2019.

provincia de Corrientes, había presentado un proyecto de ley de matrimonio civil que incluía como posibilidad el divorcio vincular. Descartado dicho proyecto, se aprobó una ley que mantenía características del matrimonio concebido según el Derecho Canónico, presentes en el Código Civil; nos referimos a, por ejemplo, su indisolubilidad y a la subordinación de la mujer al varón. Como novedad, suprimía la competencia de los tribunales eclesiásticos en casos en que era necesaria la separación de cuerpos.⁹⁰ La disolución del matrimonio fue reintroducida por el diputado Olivera a comienzos de siglo y se trató en la comisión de legislación en 1901 y en el recinto al año siguiente.

En este marco, a principios de junio de 1902, *La Nación* informó que un núcleo de damas católicas había sido convocado por el Arzobispo Monseñor Espinoza con el objeto de organizar fuerzas y evitar la sanción del proyecto.⁹¹ En la casa parroquial de la iglesia de San Miguel, varias mujeres con “representación” —la mayoría de ellas socias de instituciones de caridad de la ciudad—, resolvieron realizar un mitin el 20 de junio.⁹² Desde *Los Principios*, un reconocido diario católico cordobés, se instó a las mujeres de la provincia a hacer lo propio con la idea de que fuesen el mismo día.⁹³ Estas movilizaciones femeninas no se realizaron,⁹⁴ y en su lugar la tarea fue retomada por el movimiento católico masculino. Así, varias organizaciones católicas de Buenos Aires —Círculos de Obreros, la Asociación Católica, ex alumnos de El Salvador, Centro Católico Alemán, etcétera— convocaron a una conferencia y a una movilización callejera para el domingo 13 de julio. *El Pueblo* especulaba con que este mitin iba a ser mayor al que habían protagonizado el 29 de septiembre de 1901, que acabamos de analizar.

De todos modos, hubo dentro del Consejo General un intercambio sobre la pertinencia de la convocatoria. Lucio Aquerreta planteó su desacuerdo con la convocatoria que había aprobado el Consejo en una reunión previa, debido a que una manifestación así generaría inexorablemente una “contra manifestación liberal”. Desde

90 RECALDE, H., *Matrimonio civil y divorcio*, op. cit.; CALVO, N., “Cuidar la familia, forjar la nación...”, op. cit.

91 “En pro y en contra del divorcio. El meeting femenino”, *La Nación*, 11/06/1902.

92 “Un meeting de señores y de señoras que llevan consigo el caudal precioso de una vida de virtud y caridad, el prestigio de una alta posición y de una existencia de hogar donde hay, junto á los respetos del tálamo los fervores del culto...”, “El meeting de las damas y el Diario”, *El Pueblo*, 15/06/1902.

93 “Sobre el divorcio actitud de las damas bonaerenses”, *Los Principios*, 12/06/1902.

94 El 16 de junio, *El Pueblo* informó de la suspensión de la movilización en Buenos Aires. La REABA indicaba que el anunciado mitin no tendría lugar a causa “de una contramanifestación femenina de los bajos fondos sociales prestigiada por los socialistas”, “El movimiento contra el divorcio”, *El Pueblo*, 16 y 17/06/1902; en sección “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1902 p. 611.

su punto de vista, era conveniente esperar a que esta se convocara primero. En esa sesión, Grote fue el defensor de la movilización de los Círculos hacia el Congreso Nacional.⁹⁵

Finalmente, con el objetivo de convocar al mitin los Círculos de Obreros hicieron circular más de 20.000 copias de un volante que decía:

“¡Obreros cristianos! La impiedad avanza en su obra demoledora. Después de haber degradado el matrimonio, rebajándolo á la triste condición de un contrato civil, intenta ahora completar su obra, abriendo puerta á la disolución del vínculo matrimonial, mediante una ley de divorcio, cuyo proyecto ya pasó a la deliberación del Poder Legislativo.

[...] aquel noble amor, que forma el verdadero vínculo de unión entre los esposos y que obedece á un mandamiento divino, no puede ni debe estar sujeto á las caprichosas veleidades de la pasión: es perpetuo [...] Ningún poder humano podrá arrojarse el derecho de disolverlo. “Lo que Dios ha unido no lo separa el hombre...”⁹⁶

Con un discurso religioso y acalorado, el volante convocaba a los obreros a movilizarse contra la acción de los “ímpíos” y en defensa del matrimonio, al cual definía como un vínculo sagrado e indisoluble. La consigna planteada era “¡ABAJO EL DIVORCIO! ¡VIVA EL MATRIMONIO!”. A pesar de una intensa lluvia, los organizadores contabilizaron tres cuadas de personas que marcharon a la Plaza de Mayo.⁹⁷ Adelante marchó el Consejo General de los Círculos, acompañado de su director espiritual y fundador, Federico Grote, y atrás estuvieron los Círculos Central, de San Carlos, Palermo y de la Concepción; hubo algunos círculos ausentes por el temporal. Por su parte, *La Nación* definió la movilización como una “cita de honor” y un acto de estoicismo, especialmente de los ancianos. Llena de paraguas negros, la columna aparecía a sus ojos como “un enorme cetáceo, agitándose bajo la lluvia”.⁹⁸ Aunque no hemos hallado mayor precisión al respecto, parece ser que un conjunto de personas habría intentado interrumpir el paso de la columna con gritos soeces, pero fueron detenidos por la policía.⁹⁹

Con su estilo propio, los Círculos se habían sumado al rechazo general y nacional del catolicismo contra el proyecto. Diferentes sectores, incluidos las damas y los obispos,

95 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 221, 12/06/1902, pág. 107. Se volvió a discutir la realización de la manifestación en la sesión del 01/07/1902, libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 224, pág. 121.

96 “El meeting contra el divorcio, asamblea de anoche”, *El Pueblo*, 5 de julio 1902. El manifiesto también lo tradujeron al italiano. Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 221, 12/06/1902, pág. 108.

97 “La manifestación de los Círculos de Obreros”, *El Pueblo*, 15/07/1902. En términos numéricos la revista del arzobispado contaba unos 2000 hombres, entre obreros y caballeros. En sección “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1902, pág. 616.

98 “El meeting contra el divorcio”, *La Nación*, 14/07/1902.

99 “La manifestación de los Círculos de Obreros”, *El Pueblo*, 15/07/1902

se habían dirigido a la Cámara de Diputados para solicitar el rechazo de la ley.¹⁰⁰ En esta había argumentos de distinto tipo, por supuesto de índole religiosa pero también otros que articulaban con el progreso social, la protección de las mujeres, la familia y las costumbres nacionales.

Las iniciativas laicistas de Olivera no terminaron en septiembre de 1902. El 13 de julio de 1903, presentó un proyecto de reforma constitucional que promovía fundamentalmente la modificación de aquellos artículos que le otorgaban privilegios a la Iglesia Católica — un proyecto similar había sido propuesto en 1871 por Eugenio Cambaceres en la convención constituyente de la Provincia de Buenos Aires—. ¹⁰¹ Dentro de las justificaciones que brindó en aquella oportunidad, estuvo el oneroso presupuesto de culto que, en medio de un clima de conflictividad social, podía ser redirigido para satisfacer las necesidades de la clase obrera; la importancia de que en un país de inmigración el Estado asumiese la neutralidad religiosa; la falta de eficacia del control social que proponía la Iglesia.¹⁰² Al respecto, indicaba la pérdida de influencia que tenía sobre el conjunto social, y en particular sobre los trabajadores.

Como se ha podido ver, la religión y la política se entrelazaban en las actividades callejeras. Las peregrinaciones en la mayoría de los casos incluían movilizaciones desde la Estación Once de Septiembre al Congreso Nacional o la Plaza de Mayo. Estos eventos, que reunían los esfuerzos de toda la organización, consolidaban apoyos dentro del catolicismo —y fueron especialmente importantes en los orígenes de la obra— y también entre las autoridades nacionales. Con la exhibición pública de la fe, pero también del orden y prolijidad de las columnas de los Círculos, se buscaba presentar una alternativa a las movilizaciones anticlericales y de la izquierda. Aunque no formara parte de la agenda gubernamental, el anticlericalismo estuvo presente en la escena pública especialmente hacia fines de la década del noventa y los primeros años del siglo XX. De hecho, no debería separarse el clima de recrudescimiento del movimiento anticlerical de este despliegue del catolicismo, ni viceversa.

Sobre el último proyecto de Carlos Olivera, su argumentación que toma en cuenta la cuestión obrera hace resonar el protagonismo que tuvieron los trabajadores en esa misma época. Asimismo, el tratamiento que hicieron de la noticia del proyecto en los

100 “Los obispos de la República solicitan el rechazo del proyecto de ley de divorcio...”, Archivo de la Cámara de Diputados, Expediente núm. 205, 4/07/1902, 14 páginas.

101 “Olivera. Reforma de la Constitución Nacional”, Archivo parlamentario, núm. 67, 11/07/1903.

102 RECALDE, H., *Matrimonio civil y divorcio*, op. cit., págs. 149-150.

principales diarios da cuenta del cambio que se había procesado, no solo en el gobierno sino también en un sector más amplio de la dirigencia política. *La Tribuna*, el diario oficialista, indicaba que lo que perjudicaba al proyecto era “el espíritu batallador y anti-religioso” que lo había inspirado y el diario *La Nación* no veía que el proyecto pudiera conseguir la mayoría necesaria para imponerse.

El reformismo y la legislación social. De las peticiones a las primeras leyes

En este apartado nos interesa examinar otra dimensión que también hizo a la consolidación de la institución y a su vinculación con otros actores sociales: algunas primeras modulaciones de su programa reformista y el rol de los Círculos de Obreros en la incipiente legislación social de comienzos del siglo XX. A lo largo de los años abarcados por este estudio, con el objetivo de fondo de reducir la conflictividad laboral, la institución promovió la sanción de una cantidad de leyes de reglamentación de las relaciones entre capital y trabajo y buscó establecer legalmente algunos derechos y obligaciones para los y las trabajadoras. Esta acción trascendió la labor y la presencia de algún representante propio en el parlamento, institución de la que, por otra, los católicos argentinos también desconfiaban.¹⁰³

Inicialmente, se trató de presentar algunos pocos proyectos de autoría propia pero luego se asumió una agenda más amplia. Nos referiremos aquí al proyecto de habitaciones baratas para los trabajadores, la ley de descanso dominical y la reglamentación del trabajo de menores y, para ello, se describirá el *I Congreso de los Círculos de Obreros* puesto que allí se discutieron estas cuestiones con cierta profundidad y se planteó como resolución la exigencia de una ley general que reglamentara el descanso dominical y la promoción de una ley que protegiera el trabajo de los menores de edad. Estas últimas dos iniciativas inauguraron la legislación social en nuestro país.

Con los años, el Parlamento se convirtió en un espacio de disputa y colaboración con otras tradiciones políticas. Como no existió un partido católico, lógicamente los legisladores católicos ingresaron al Congreso a través de las estructuras políticas

103 Sobre la relación del movimiento católico argentino con el régimen político conservador y, en particular, su concepción de la acción parlamentaria ver: CASTRO, M.O., “Peticiones, movilizaciones y cultura parlamentaria: los católicos argentinos y el Congreso (1899-1914)”, *Itinerantes*, 2021, págs. 63-89. El autor analiza las posturas críticas respecto del régimen instaurado por Roca, los condicionamientos que tenía la función legislativa en él y las posturas regeneracionistas del movimiento católico surgido en los ochentas.

nacionales y provinciales conservadoras.¹⁰⁴ En el caso de los socialistas, aunque específicamente esta relación se abordará en el capítulo 6, nos interesa indicar aquí que trabajos recientes han destacado cómo estas dos corrientes, por momentos, fueron aliadas en la promoción de la temprana legislación laboral. Las diferencias entre unos y otros quedaban en un segundo plano frente a posiciones liberales y de defensa cerrada a las posiciones patronales, a pesar de que, de todos modos, las diferencias no dejaron nunca de expresarse.

En 1895, Alejo De Nevares —presidente del Consejo General de los Círculos de Obreros— escribió al redactor de *La Nación* en respuesta a un artículo sobre la cuestión social para dar a conocer dos proyectos de ley que apuntaban a mejorar específicamente la situación de la clase obrera. Uno en el que De Nevares había participado a pedido del Patronato de la Infancia y que había sido presentado en el Senado en 1892 y otro presentado por el Consejo General de los Círculo de Obreros.¹⁰⁵ El primero reglamentaba el trabajo de los menores y el segundo buscaba arbitrar los medios para permitir que los trabajadores accedieran, como propietarios, a habitaciones baratas e higiénicas.¹⁰⁶ Como se verá seguidamente, los Círculos priorizaron el primero de los proyectos mientras el segundo quedó algo relegado, aunque no del todo olvidado.

En el *I Congreso de los Círculos de Obreros* se afirmaron las primeras propuestas legislativas. Este primer congreso católico destinado específicamente a la cuestión obrera y social que se realizó en 1898 fue organizado por los Círculos de Obreros en la ciudad de Buenos Aires y allí se discutieron dos iniciativas legislativas: de descanso dominical y de protección del trabajo de menores. Este evento era más amplio en sus objetivos: recuperaba, por un lado, la experiencia de la Asamblea Nacional de los Católicos Argentinos de 1884, que ya hemos analizado, y por el otro, una tradición presente en países europeos con movimientos obreros católicos organizados, como Alemania, Francia y Bélgica. Según sus organizadores, su proyecto siempre había estado planteado con anterioridad, pero se había esperado a que la obra adquiriese cierto nivel de desarrollo que permitiese repetirlo con periodicidad.¹⁰⁷

104 CASTRO, M.O., “Nacionalismo, cuestión religiosa y secularización política...”, op. cit, pág. 11.

105 “Legislación social”, *La Nación*, 25/10/1895.

106 El proyecto está transcrito en el Libro de actas del Consejo General, núm. 1, acta 17, 18/07/1895, pág. 50. En la misma sesión, se resolvió que se hiciera extensivo también a la ciudad de Rosario.

107 *Diario de sesiones del primer congreso de los Círculos de Obreros*, op. cit., pág. 6.

La comisión encargada de estudiar las materias y definir los oradores del congreso se reunió en la sede arzobispal y estuvo integrada por los sacerdotes José Johanneman, José Arrache y José Orzali y los señores Emilio Hansen, Alejandro Calvo y José M. Estrada (hijo). Definió seis asuntos o temas, aunque luego se ampliarían: la prensa católica, la educación y las escuelas, el socialismo, las cajas de ahorro, el trabajo de menores y el descanso dominical.¹⁰⁸ Además, hubo otras tres comisiones de trabajos preparatorios de propaganda, hacienda y fiestas.¹⁰⁹ En septiembre, desde la *Revista Eclesiástica*, dirigida por José Orzali, se invitaba a los sacerdotes, sobre todo a los párrocos, indicando que en la obra de los Círculos estos encontrarían un elemento importantísimo para la clase obrera en su jurisdicción, “que hará sentir y pesar su influencia también en otras esferas sociales”. De manera que el primer congreso de los Círculos de Obreros sería el comienzo de “una reacción todavía más acentuada en el elemento católico” y “un estímulo poderosísimo para despertar a los que duermen sobre sus laureles, desterrar la apatía e indiferencia de muchos”.¹¹⁰

El congreso comenzó con una misa en la catedral en la mañana del domingo 16 de octubre de 1898.¹¹¹ De ella participaron el arzobispo, varios de los obispos y miembros del cabildo eclesiástico y se convocó a todos círculos de la ciudad con sus estandartes y bandas de música. Se bendijo el nuevo estandarte del Consejo General y, al terminar el acto religioso, se dirigieron en corporación al local de Asociación Católica. Por la tarde, se reunieron ahí los delegados de los Círculos de todo el país; al momento, el recuento de círculos sumaba siete de la Capital, trece de la provincia de Buenos Aires, diez del resto del país —dos círculos en Santa Fe, Córdoba y Tucumán, uno en Entre Ríos, Catamarca, Salta y Santiago del Estero— y uno de Uruguay. Al presidente y al director espiritual de cada centro se le sumaban cinco delegados más por centro, e iban también dos personas por el Consejo General; así, en total hubo más un centenar de delegados.¹¹² Esa jornada

108 “Congreso de los Círculos de Obreros”, *Revista Eclesiástica*, 01/04/1898, pág. 15. Más adelante, en la misma revista, un articulista indicaba que los obispos diocesanos “no han cesado de sostener con su autoridad y confortar con su bendición tanto á los eclesiásticos como á los regulares que se han consagrado á remediar este mal que cada día parece que amenaza invadirlo todo”, “Primer Congreso de los Círculos de Obreros en nuestra República”, *Revista Eclesiástica*, 01/09/1898, pág. 230. Por otro lado, Orzali mocionó que una comisión fuese a ver al presidente Roca.

109 *Diario de sesiones del primer congreso de los Círculos de Obreros*, op. cit., págs. 11 y 12.

110 “Primer Congreso de los Círculos de Obreros en nuestra República”, *Revista Eclesiástica*, 01/09/1898, pág. 230.

111 *Diario de sesiones del primer congreso de los Círculos de Obreros*, op. cit., pág. 13.

112 Según *La Prensa*, ochenta; aunque en las actas el número asciende a más del doble. “Congreso obrero. El acto inaugural en la metropolitana”, *La Prensa*, 16/10/1898; *Diario de sesiones del primer congreso de los Círculos de Obreros*, op. cit.

se realizó con el recinto completo; además, entre los presentes habría estado el ex mandatario de la República Luis Sáenz Peña y algunos miembros de familias importantes— Anchorena, Caridé, Dorero, Estrada, etcétera—. ¹¹³

Por cuestiones de salud Federico Grote no pudo asistir a las primeras sesiones, por lo que el discurso inicial sobre la cuestión social quedó a cargo del Gregorio Romero — quien era también diputado nacional—. El texto no se conservó íntegro, seguramente porque debió haber sido más o menos improvisado. Según *La Prensa*, acusó al protestantismo de haber originado el socialismo y el anarquismo modernos con “su rebeldía dogmática, su indisciplina y su desconocimiento de las leyes humanas y divinas”. Luego, Romero se habría referido positivamente a los trabajos de Federico Grote, y habría hecho alusión a Kolping —“apóstol de los obreros de Alemania”—. ¹¹⁴ Habría destacado la importancia de ser audaces y de copiar los métodos de proselitismo del socialismo.

En el resto del congreso, que duró toda la semana, se debatieron y definieron algunos lineamientos generales de la institución, su reglamento y algunas iniciativas específicas. Ciertamente, hubo exposiciones sobre la cuestión social, la situación del obrero en el país y el socialismo, la organización interna de los círculos de obreros, los deberes del hombre católico, cuestiones referentes a la marcha y desarrollo de la prensa católica y la educación, y a la habitación de obreros, seguros y cajas de ahorros, junto con los ya aludidos puntos sobre el trabajo de menores y el descanso dominical. ¹¹⁵ De modo que allí se hizo explícito el programa reformista que guiaría a los Círculos en los años venideros.

La resolución principal habría sido el descanso dominical, que se propuso como el eje cardinal de la propaganda de la institución. ¹¹⁶ Incluso, Grote planteó la huelga como recurso fecundo, aunque extremo, para conseguir su sanción; este será un tema sobre el cual Grote volverá años después. Otra resolución importante fue la exigencia de reglamentación del trabajo de los menores —este tema era parte de la agenda del movimiento obrero desde su primera Federación de 1890 y se habían presentado algunas solicitudes en 1890 y 1891—.

113 “Congreso obrero. El acto inaugural en la metropolitana”, *La Prensa*, 17/10/1898. Por ejemplo, Tomás Anchorena, por el círculo de Lobos; Tomás Dorero, por el de Barracas al sud; José Manuel Estrada (hijo) por el de Saladillo; Lorenzo Anadón, por Santa Fe; Luis Ortiz Basualdo y Alejandro Caridé.

114 “Congreso obrero. El acto inaugural en la metropolitana”, *La Prensa*, 17/10/1898.

115 *Diario de sesiones del primer congreso de los Círculos de Obreros*, op. cit., págs. 47-50.

116 “Congreso obrero”, *La Prensa*, 22/10/1898.

Al respecto del congreso, el socialista Alfredo Pasqualetti señaló dos cuestiones de interés.¹¹⁷ Por un lado, destacaba la aprobación de un petitorio dirigido al gobierno nacional en el cual se solicitaría la prohibición del trabajo de los menores de 13 años y, por el otro, mencionaba un debate que habría tenido lugar en el congreso entorno a las causas del trabajo infantil. Con relación a esta última cuestión el militante socialista recuperaba una especie de polémica que habría abierto durante la exposición de José Johanneman cuando otro sacerdote —cuyo nombre desconocían— señaló que en muchos casos eran las condiciones económicas las que obligaban a los padres de familia a mandar a sus hijos a trabajar. Según el artículo, las palabras de este sacerdote generaron cierto rechazo en el auditorio y fueron aplaudidas por algunos socialistas allí presentes —que, en ese acto, habrían sido descubiertos—. Este artículo de Pasqualetti cerraba resaltando los límites políticos que su composición social le imponía a la institución católica.¹¹⁸

Las resoluciones del congreso en referencia al trabajo de menores recogían con cambios menores el proyecto de Johanneman.¹¹⁹ Efectivamente, quedó expresada la denuncia a los padres y tutores que ocupaban a sus hijos en trabajos perjudiciales pero se excluyó —algo que sí estuvo al menos expresado en el discurso de Johanneman— una referencia a las causas materiales que podían mediar en tal conducta.¹²⁰ Por alguna razón que desconocemos, a diferencia de la resolución tomada, la petición colectiva que se realizó unos meses después del evento, en enero de 1899, solo incluiría el descanso dominical.¹²¹

La iniciativa legislativa se retomó en 1901 con la destacada movilización de los Círculos de Obreros de la que hablamos más arriba.¹²² En dicha oportunidad, como se

117 “El congreso católico”, *La Vanguardia*, 29/10/1898. Otra nota sobre el congreso, *La Vanguardia*, 03/09/1898.

118 Con un tono sarcástico, la cuestión de la composición social de la institución había sido mencionada en un artículo anterior: “Como estos círculos se forman de una mayoría de miembros natos que son obreros con estancias, con docenas de casas en la capital”, “Padre Grote and Company’s Catholic workmen congress”, *La Vanguardia*, 27/08/1898.

119 *Diario de sesiones del primer congreso de los Círculos de Obreros*, op. cit., págs. 160-164.

120 *Diario de sesiones del primer congreso de los Círculos de Obreros*, op. cit., pág. 157.

121 No hemos tenido acceso a los expedientes entregados de manera sincronizada por parte del Consejo General, el Círculo Universitario Antisocialista, Círculo de Obreros de Balvanera, Club Católico Alemán. En todos ellos la carátula hace referencia al descanso dominical y no al trabajo de menores. Ver: <https://www.hcdn.gob.ar/secparl/dmuseo/archivo-Parlamentario/expedientes.html>

122 Archivo de la Cámara de Diputados. “Círculos de Obreros de la República - reglamentación del trabajo de menores”, expediente núm. 334, 16/09/1901, 4 páginas. <https://docs.google.com/gview?url=http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/334-p-1901.pdf&embedded=true> Consultado 03/06/2021. Aquí sí se mencionan el trabajo de menores y el descanso dominical como cuestiones urgentes y complementarias. Asimismo, la incorporación del trabajo de mujeres apareció recién en otro expediente, en 1902:

dijo, el Consejo General fue recibido por el Presidente, el Ministro del Interior y varios funcionarios. El presidente del Consejo General solicitó la sanción de leyes de descanso dominical y reglamentación del trabajo de mujeres y menores, y explicando su importancia señaló que de convertirse en leyes los proyectos que presentaban: “se operará lenta, pero seguramente, la moralización de las clases trabajadoras, y por gravitación natural vendrán a nosotros, sino todos, *la mayoría de los elementos que la desesperación y la ignorancia arrojan al seno de las agrupaciones perturbadoras*”.¹²³ Nótese que incluso el programa de reformas sociales, que bien podrían haber sido defendidos en términos absolutos, aparecía aquí puesto en función de conquistar a los trabajadores y desplazar a las agrupaciones de la izquierda política. El mismo periódico consignaba que el presidente Julio A. Roca había reconocido el interés por la marcha de los Círculos y su acción benéfica sobre la clase trabajadora y resuelto agregar los dos proyectos en los asuntos de prórroga del año legislativo.

En algunos casos estos petitorios podían incluir las adhesiones individuales que se recolectaban en los distintos Círculos; en otros, se entregaba una nota con la firma del presidente de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros. También podían presentarse peticiones desde los propios Círculos o incluso de instituciones afines. De modo que la acción reformista y parlamentarista implicó cierto uso del derecho a peticionar ante las autoridades, sancionado en el artículo 14 de la carta magna y, en ese sentido, trascendió la presencia de algún diputado afín a la institución.¹²⁴

En 1901, en el Consejo General se habían creado una serie de comisiones con la intención de que funcionaran de manera permanente; una de ellas estaba dedicada a expedirse sobre los proyectos legislativos que se presentaran en el Congreso Nacional.¹²⁵ Esto parece haber sido más bien una declaración de intenciones porque en septiembre de ese año se designó una comisión ad hoc para encargarse de los preparativos para la

<https://docs.google.com/gview?url=http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/2-p-1902.pdf&embedded=true>; “Triunfo del domingo”, *El Pueblo*, 30/09/1901 y 1/10/1901.

123 Ídem. El subrayado es nuestro.

124 La Constitución Nacional sancionada en 1853 se puede consultar en <http://www.saij.gob.ar/nacional-constitucion-nacion-argentina-lnn0002665-1853-05-01/123456789-0abc-defg-g56-62000ncanyel> En los últimos años, algunos trabajos especializados en el régimen conservador han demostrado la existencia de una activa participación de la ciudadanía que no había sido desarticulada completamente por el llamado *giro conservador* y que (re)emergió tras la crisis de 1890: ROJKIND, I., “*El gobierno de la calle. Diarios, movilizaciones y política en Buenos Aires del novecientos*”, en *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, México, núm. 84, 2012, págs. 99-123; “*Campañas periodísticas, movilizaciones callejeras y críticas al gobierno. La participación política en el orden conservador*”, *Academia Nacional de la Historia de la República Argentina*, 2017, págs. 113-134.

125 Libro de actas del Consejo General, núm. 2., acta 168, 28/02/1901.

presentación del proyecto de reglamentación del trabajo de menores y del descanso dominical. Esta comisión debía conseguir la adhesión de los círculos al pedido de pronto despacho de los proyectos; entrevistarse con los diputados que creyesen convenientes; comunicarse con los principales diarios para que apoyasen los proyectos.¹²⁶ En 1902, el Consejo General facultó a otra comisión para reeditar el pedido por el descanso dominical y la protección del trabajo de menores y de la mujer —que aquí aparecía mencionada por primera vez—.¹²⁷ Otro tipo de presentaciones tenían que ver con el pedido de financiamiento a las escuelas que sostenían los Círculos, aunque parece haber sido escaso el resultado obtenido al respecto.¹²⁸

En mayo de 1904, en la Junta Central de los Círculos de Obreros se discutió la posibilidad de convocar a un nuevo mitin de los Círculos solicitando el tratamiento de los proyectos que habían presentado en 1901.¹²⁹ En esa oportunidad, el presidente de la institución sugirió que “sería prudente” solicitar la adhesión de la Unión de Dependientes de Comercio, y se propuso a sí mismo para entablar la comunicación con dicho sindicato, aunque no dijo cómo ni a través de quién. En esa misma reunión, se acordó visitar al Ministro del Interior — Joaquín V. González— a fin de ponerse de acuerdo acerca del proyecto que se presentaría nuevamente. En la reunión, el ministro aseguró que prontamente se haría público un proyecto de ley sobre el trabajo que incluía los dos puntos solicitados. Por ese motivo, la realización de la movilización quedó suspendida.

Se trataba del proyecto de ley Nacional del Trabajo presentado por el Poder Ejecutivo Nacional. Este proyecto, de cuya confección se encargó personalmente el ministro González y con el cual colaboraron destacados y variados especialistas, fue rechazado tanto por las organizaciones obreras mayoritarias como por la Unión Industrial Argentina.¹³⁰ El único apoyo general que obtuvo provino de los Círculos de Obreros. Según Ricardo Falcón, el proyecto expresaba una intensificación y sistematización de dos tendencias presentes en la época: una represiva, de carácter general y legal; y otra basada

126 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 188, 22/08/1901

127 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 218, 24/04/1902.

128 Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1904, pág. 98.

129 Libro de actas de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros, núm. 2, acta 53, 24/05/1904.

130 Además de la importante oposición señalada entre organizaciones obreras y patronales, como ha señalado Eduardo Zimmermann el proyecto fue presentado en un momento de avanzada disolución de la coalición *roquista* y por eso su influencia en las cámaras había declinado notoriamente. ZIMMERMANN, E., *Op. cit.*, pág. 187; PANETTIERI, J., *Las primeras leyes obreras*, op. cit., pág. 24; POY, L., “An early attempt at labor regulation in the Global South: the Argentine Ley Nacional del Trabajo of 1904 and the response of working-class organizations”, *Labor History*, Taylor & Francis, 2018.

en la promoción de medidas de asistencia que tendieran a prevenir las explosiones sociales.¹³¹ Entre las primeras, mencionaba las medidas contra los anarquistas, que quedaban incorporadas en forma permanente y, entre las segundas, se establecían la jornada laboral de ocho horas, el descanso hebdomadario, indemnización por accidentes, higiene del trabajo, formas de conciliación ante los conflictos de capital y trabajo, etc.

Rápidamente, la Junta de Gobierno le hizo llegar una nota de felicitación al ministro González. En ella, se mencionaban las presentaciones anteriores realizadas por los Círculos, y su interés en que la ley se aprobase. Se describía al proyecto como un trabajo meditado y profundo que buscaba apoyar las tendencias del orden entre los trabajadores:

“Seguros como estamos de que el señor Ministro, al concebir y redactar el notable y profundo trabajo de la referencia, ha querido, a la vez, que estudiar el problema social, dar la mano, alentar y estimular por todo medio el alcance del Gobierno al verdadero trabajador, encausando sus tendencias hacia el orden, nos es grato y honroso presentar a S.E. en esta ocasión el aplauso sincero de nuestros Círculos y de nuestros obreros que, como otros, también trabajan, también sufren, pero respetan”.¹³²

La Junta de Gobierno reconocía la iniciativa del Ejecutivo y adhería a ella, aunque no sin intentar darle cierta impronta propia y de destacar el rol originario de la institución y las características de los trabajadores que eran integrantes de esta. Las diferencias fueron señaladas en un documento posterior, de septiembre de 1909, al que nos referiremos más abajo. Digamos ahora que el naufragio del proyecto del roquismo no impidió que ese año se iniciara el debate de la ley de descanso dominical. Esto ocurrió tras el ingreso a la Cámara de Diputados nacional de Alfredo Palacios por el Partido Socialista y de Santiago O´ Farrell.¹³³ La ley se aprobó el año siguiente, aunque su aplicación se limitó al ámbito de la Capital Federal. Poco tiempo después, se discutió y aprobó la ley de protección del trabajo de mujeres y menores. Las discusiones y los consensos que implicó la sanción de estas dos primeras normas se verán en el próximo capítulo. Conviene aquí retener que, como observó el presbítero Andrés Pont Llodrá, la

131 FALCÓN, R., “La relación Estado-Sindicatos en la política laboral del primer gobierno de Hipólito Yrigoyen”, *Estudios sociales*, núm. 10, Santa Fe, 1996, pág. 77.

132 Expedientes generales, Ministerio del Interior, legajo 12, núm. 2401, 1904. El documento lleva por fecha el 28/05/1904 y estaba firmado por Alejandro Calvo, presidente de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros.

133 Santiago O´ Farrell fue, como se ha indicado, una bisagra entre el movimiento católico de los ochenta y los Círculos de los que participó desde sus orígenes. Fue elegido como diputado nacional en 1904 en una pequeña elección por la circunscripción de Balvanera. AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, op. cit., págs. 194-196.

discusión se abrió en el Congreso debido a la presión que hubo desde la opinión pública. Según el director espiritual de la Liga Democrática Cristiana, desde hacía unos dos años, la cuestión dominical había adquirido “el primer lugar en las reclamaciones obreras, aún en los medios socialista y anarquista; los meetings populares y las peticiones a las cámaras se han multiplicado hasta el punto de hacer salir de su marasmo a los cuerpos legisladores”.¹³⁴

Al respecto, nos interesa indicar que tanto el diputado socialista como el católico defendieron el mismo proyecto y que su aprobación, como señaló Pont Llodrá en el caso de la ley de descanso dominical, no puede separarse de la presión ejercida por el movimiento obrero y la adhesión que encontraba en otras capas sociales. De hecho, a pesar de contar con la media sanción, el reclamo descanso dominical había vuelto a estar presente en una huelga que la Unión de Dependientes de Comercio protagonizó a mediados de noviembre de 1904.¹³⁵ La regulación del trabajo de mujeres y niños también concitó un consenso amplio.¹³⁶

En la petición entregada a la Cámara de Diputados en septiembre de 1909, la Junta de Gobierno señalaba la oportunidad de resolver los “grandes problemas que afectan la vida y la economía de los obreros del país” en un momento en que la opinión pública no se sentía “agitada por ninguna cuestión entre el capital y el trabajo”. El Congreso podía estudiar estas cuestiones “con calma y con altura” y oyendo “la voz serena del pedido razonable amparado por la Constitución, ajeno por completo a la grito tumultuosa y desordenada”.¹³⁷ Probablemente los representantes de los Círculos de Obreros estaban reaccionando ante la agitación que tan solo unos meses atrás había conmovido a la ciudad durante la llamada Semana Roja de mayo de 1909 y se anticipaban a los hechos que no tardarían en precipitarse.

134 “El descanso dominical. Parte segunda. La reconquista del descanso dominical IV. Acción legislativa”, *Revista del Arzobispado de Buenos Aires*, 1905, pág. 497. Para una mirada general sobre este reclamo y el debate entre socialistas y católicos se puede consultar: ASQUINI, S., “Demócratas cristianos y socialistas:..., op. cit.

135 OVED, I., *Op. cit.*, pág. 369. Luego de varias horas de conflicto generalizado, el día 16, la mayoría de las tiendas, camiserías, zapaterías, bazares, sombrererías, etc., abrieron sus puertas con un pliego firmado por 750 casas, entre las que estaban las principales. “Asociaciones y gremios”, *La Prensa*, 10/11/1904.

136 NARI, M., *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*, Biblos, Buenos Aires, 2004, pág. 157.

137 Expedientes Cámara de Diputados de la Nación, Archivo Parlamentario, 09/09/1909. Consultado 14/06/2021. <https://docs.google.com/gview?url=http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/1142-p-1909.pdf&embedded=true>

El texto recordaba la iniciativa del ex ministro del Interior Joaquín V. González, e indicaba que desde entonces solo se habían sancionado dos leyes que aceptaban “como beneficiosas, no porque llen[as]en la totalidad de nuestras aspiraciones, sino porque mejora[ba]n una situación que se había hecho insoportable”. Declaraba que recién cuando se hubiese dotado al país de una legislación completa en materia social pedirían mejoras “de detalle para corregir abusos palpables”. Mientras tanto, “debemos prescindir de detalles y pedir la sanción de las grandes leyes complementarias que aún nos faltan en absoluto”, se refería, con ello, a una ley de contrato al trabajo, de seguro obligatorio contra los accidentes del trabajo y de reglamentación de las huelgas.¹³⁸ Así, la Junta de Gobierno ampliaba sus peticiones a la necesidad de reglamentar los contratos, regular los accidentes laborales y las huelgas. La nota cerraba señalando un segundo aspecto que hacía al contexto. La pronta sanción en las vísperas del Centenario de la Independencia haría que los obreros, “hombres de trabajo y de orden”, pudieran saludar “la fecha gloriosa al amparo de una legislación completa, tutelar de sus derechos, reguladora de sus obligaciones”.¹³⁹

En este apartado se examinó otra dimensión que hizo a la consolidación de la institución: las primeras iniciativas reformistas. Si bien hemos visto alguna iniciativa previa, la voluntad reformista de los Círculos de Obreros se aprecia claramente a partir de su primer Congreso, en el que se discuten específicamente tres cuestiones: casas higiénicas y baratas para los obreros, el descanso dominical y la reglamentación del trabajo de los menores. Después del congreso, se comenzó a practicar con cierta asiduidad el derecho a petición —aunque esto no necesariamente eliminaba las desconfianzas hacia la intervención del Estado liberal—.

Así, se dio curso a la petición de leyes que mejoraran las condiciones de vida y trabajo de la clase trabajadora. Los primeros proyectos discutidos y promovidos por la institución tenían que ver con el acceso a la vivienda higiénica y económica, el descanso dominical —que les permitiría a los trabajadores cumplir con sus deberes religiosos al mismo tiempo que reponer las energías necesarias para mantener su salud— y la reglamentación del trabajo de los menores —quienes debían crecer e instruirse fuera de los peligros de calles, talleres y fábricas—. De este modo los Círculos de Obreros buscaban reparar no solo las condiciones materiales sino también morales de la clase

138 Ídem.

139 Ídem.

trabajadora con el fin de reducir la conflictividad laboral. Hemos indicado en su momento que el programa de reformas sociales no se defendía en términos absolutos, sino que aparecía asociado a la conquista de los trabajadores y desplazamiento de las agrupaciones que contestaban al régimen, de la izquierda política.

Resulta probable que, inicialmente, obtuvieran mayor consenso aquellas medidas que implicaban mayor nivel de sujeción al programa moral y religioso. Esto explicaría que el descanso dominical obtuviera mayores apoyos que la protección del trabajo de menores o el proyecto de casas baratas, los cuales no fueron incluidos en las peticiones de 1899. En la petición de 1901 se incorporó el trabajo de menores y, un año después, se incorporó el reclamo por la reglamentación del trabajo de las mujeres. En 1904, no obstante, pudo verse una mayor voluntad de colaboración con otros actores, externos al catolicismo. Ese año, el ministro González presentó su proyecto de Ley Nacional del Trabajo que fue aplaudido y apoyado por los católicos, aun existiendo diferencias con su redacción más fina. A partir de la reincorporación de Santiago O'Farrell a la Cámara de Diputados, se dio un trabajo legislativo conjunto con otros diputados de diversa procedencia política.

La presencia de los Círculos en la ciudad a comienzos del siglo

Aquí, nos interesa, ante todo, brindar una imagen de la dimensión que los Círculos adquirieron en la ciudad de Buenos Aires a lo largo de su desarrollo. Lo haremos prestando atención especialmente a dos momentos que se dieron tras su consolidación durante la década del noventa, uno en 1904, y el otro en 1914, ya que hay un mayor número de fuentes disponibles sobre aquellos años. Los Círculos de Obreros, como ya se ha señalado, constituían un tipo de organización alejada por igual de las cofradías y hermandades y de las asociaciones sindicales. Aunque su objetivo nunca se limitó a ello, formaron parte del caudaloso asociacionismo mutualista que se desarrolló en la Argentina a partir de la segunda mitad del siglo XIX y que tuvo su epicentro en la zona litoral-pampeana y, por lo tanto, su crecimiento debe contrastarse con este. Las características de los servicios prestados por los Círculos se analizarán en el capítulo 4; en este apartado, interesa destacar específicamente su magnitud y subrayar algunas características más generales de su estructuración. Con este fin, nos detendremos en el I Censo municipal de 1904 y en el III Censo Nacional de Población de 1914, así como en algunos informes internos.

En conjunto, el mutualismo fue un tipo de asociacionismo eminentemente de extranjeros y, como ha destacado Pilar González Bernaldo, se pueden observar colectividades más sensibles a estas formas organizativas: las sociedades italianas representaban casi el 40% del total, luego seguían las españolas con un 20%, y las argentinas, con menos del 15%.¹⁴⁰ La población masculina representaba, aproximadamente, el 86% de los miembros de sociedades censadas.

En el Censo de Asociaciones, incorporado al censo municipal de 1904, se contaban 291 sociedades y casi 170 mil miembros —según el informe, el número de personas participantes era menor a esta cifra debido a que era frecuente que un individuo participara en más de una asociación a la vez—.¹⁴¹ Por este motivo, no resulta sencillo identificar qué porcentaje de la población de la ciudad participaba del asociacionismo. En relación con los fines, existían sociedades artísticas, deportivas, literarias, científicas, caritativas y de socorros mutuos. Estas últimas sumaban un tercio del conjunto de las asociaciones y concentraban casi el cuarenta por ciento del total de los socios o miembros.¹⁴² Refiriéndose a las sociedades de socorros mutuos, el informe destacaba especialmente a los Círculos de Obreros fundados por Grote, a lo cuales les asignaba unos 4414 socios distribuidos en *casi todas* las parroquias del municipio.¹⁴³ Además, declaraba que estos Círculos contaban con más de cuarenta mil asociados a nivel nacional—.

Cuadro 1

Nombre del círculo	Fundación	Socios	Escuela	Cuota	Nacionalidad mayoritaria
Círculo de Obreros de San Cristóbal	1894	150 varones	124 niños	1.10	Italiana
Círculo de Obreros de Santa Lucía	1894	1600 varones 400 mujeres	-	1.10+ 0.6	Italiana
Círculo de Obreros de Balvanera	1895	850 varones 120 mujeres	60 niños	1.10	Italiana
Círculo de Obreros de San Carlos	1895	245 varones	8 niños	1	Argentina
Círculo Católico de Obreros	1901	330 varones	100 niños	1	argentina e italiana
Círculo de Obreros de Palermo	1900	434 varones	300 niños	1,10	Italiana

140 GONZALEZ BERNALDO de QUIRÓS, Pilar, “El «momento mutualista»” en la formulación de un sistema de protección social en Argentina: socorro mutuo y prevención subsidiada a comienzos del siglo XX”, *Revista de Indias*, vol. LXXIII, núm. 257, 2013, pág. 162.

141 “Estudio sobre los resultados del Censo de Asociaciones”, *Censo general de población, edificación, comercio é industrias de la ciudad de Buenos Aires, levantado en los días 11 y 18 de 1904*, por MARTINEZ, A., op. cit., págs. CLXIII-CLXV.

142 Ídem. El informe realizado por el Departamento Nacional del trabajo en 1910, contabilizó en la ciudad unas 79 sociedades de socorros mutuos con 189061 asociados. “Asociaciones de mutualidad en Buenos Aires”, *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, núm. 14, pág. 641.

143 “Estudio sobre los resultados del Censo de Asociaciones”, op. cit., pág. CLXIII.

Círculo de Obreros de Maldonado	1902	190 varones	-	1	Italiana
---------------------------------	------	-------------	---	---	----------

Cuadro confeccionado a partir del Censo de Asociaciones (1904) incluido en el *Censo General de Población, edificación, comercio e industrias de la Ciudad de Buenos Aires*.

Como puede apreciarse en el cuadro, los Círculos más numerosos tenían mayoría de socios italianos. Dos declaraban una cierta cantidad de mujeres y la mayor parte contaba con alguna escuela dirigida a niños —de quienes no se detalla el género—. Aun cuando este primer recuento oficial no brinda una imagen exacta del desarrollo de los Círculos de Obreros de la ciudad de Buenos Aires, aporta algunas líneas comprobables.¹⁴⁴ En esta estadística, no obstante, faltaban algunos círculos, como el Central, el de la Concepción, el de Nueva Pompeya, el de San Telmo y el de San Juan Evangelista —este último parece no haber tenido mucho desarrollo, probablemente debido a que su lugar era ocupado de manera local por la Sociedad de Socorros Mutuos creada en el barrio de La Boca en 1884, y que, según el mismo censo, tenía unos 600 miembros varones—. En definitiva, en este censo se exhibe imperfectamente la inserción local de la institución.¹⁴⁵ Además, la información difiere en otros aspectos; por ejemplo, el Círculo de Obreros de San Carlos figura con mayoría de trabajadores de origen argentino y, según sabemos, en realidad tenía mayor cantidad de socios italianos.¹⁴⁶ Si añadimos a estos datos los

144 Por ejemplo, a mediados de 1903 el Círculo de Maldonado declaraba no tener escuela, poseer 193 socios y definía su estado como próspero. Ver, nota fechada 28/05/1903, Correspondencia del Círculo de Obreros de Maldonado, Caja 354, FCCO. También, se podría confirmar de manera aproximada la cifra que figura para el Círculo de Palermo, la posesión de escuela y la mayoría de extranjeros. (Planilla de datos estadísticos con fecha 30 de septiembre de 1904, Correspondencia del Círculo de Obreros de Palermo, Caja 66, FCCO). El caso del Círculo de Balvanera es similar. Según la planilla de septiembre de 1904, los socios eran ochocientos entre activos y protectores —sin incluir a las socias mujeres, aunque sabemos que la sección familias funcionaba. Además, la cantidad de niños escolarizados era superior a la consignada en el censo. (Planilla de datos estadísticos con fecha 30 de septiembre de 1904, Correspondencia Círculo de Obreros de Balvanera, Caja 312, FCCO).

145 En un documento interno con fecha 31/03/1905, el Círculo Central declaraba 1774 socios activos —de ellos, 1419 estaban al corriente— y 159 protectores (Correspondencia del Círculo Central, caja 429, FCCO). El Círculo de la Concepción en septiembre de 1902, declaraba tener 251 socios activos y 38 protectores, Boletín Estadístico y nota con fecha 24/09/1902 (Correspondencia Círculo de Obreros de la Concepción, Caja 324, FCCO). No poseemos datos del tamaño del Círculo de Nueva Pompeya.

146 Esta situación nos hace pensar que tales datos remiten a una división que hubo en el Círculo de San Carlos a fines de 1901. A partir de entonces, hubo dos círculos: uno que continuó formando parte de la Federación de Círculos de Obreros y otro que se quedó por fuera, conservando el local y el nombre original. Por algunos indicios, pensamos que resultaría probable que los datos del Círculo de Obreros de San Carlos correspondieran a aquel núcleo que dejó de formar parte de la Federación y el Círculo Católico de Obreros fuese el círculo reorganizado. Ver Nota S/F, Correspondencia San Carlos, Caja 384, FCCO. A mediados de noviembre, un sector del Círculo pidió expresamente que el Consejo General visitase el local e interviniese en la elección de nuevos miembros de la Comisión Directiva. Se constituyó una comisión especial del Consejo General que debía investigar y resolver el conflicto. A comienzos de 1902, había dos instituciones funcionando. En 1903 la Junta Central de Gobierno definitivamente resolvió dejar a fuera de la federación al círculo disidente. Ver Correspondencia del Círculo de San Carlos, A presidente del Consejo General de Guillermo Frávega, 14/11/1901; Correspondencia de Círculo de San Carlos, A presidente del

publicados por Elías Niklison en su informe del Departamento Nacional del Trabajo podemos tener una idea más precisa de la cantidad de socios de los Círculos de la Capital. Niklison mencionaba que, en 1904, habría habido, en el país, unos 59 círculos con 15.214 miembros; esto, en promedio, significaba, unos 258 miembros por círculo.¹⁴⁷ Podemos suponer, entonces, que en el universo porteño el número de socios oscilaría entre los 4400 y los 6500, distribuidos en una decena de círculos. A modo indicativo, citemos los cálculos numéricos que realizó Edgardo Bilsky para cuantificar la afiliación sindical en estos años. En 1904, en las fechas cercanas a las realizaciones de sus respectivos congresos, la FOA —de hegemonía anarquista— tuvo un promedio de casi 11.000 cotizaciones mensuales, mientras que el promedio de la UGT —dirigida por socialistas— era de unas 7400.¹⁴⁸ Por su parte, el PS ese año 1904 superó el millar y medio de cotizantes a nivel nacional.¹⁴⁹

Tan solo diez años más tarde, el III Censo Nacional de Población dio cuenta de un relevante crecimiento del mutualismo y del cooperativismo; así, en el ámbito nacional, el asociacionismo alcanzaba a un universo de 593.172 personas.¹⁵⁰ Esta vitalidad asociativa era considerada como un índice del progreso moral y económico de la nación. Según informaba Domingo Bórea, el mutualismo en el país había crecido desde mediados del siglo XIX, y en ese proceso se podían reconocer dos momentos de aumento pronunciado del número de sociedades: el primero, entre 1880 y 1890, y el segundo, entre 1901 y 1910. El censo arrojaba que casi unas seiscientas mil personas estaban vinculadas a este tipo de sociedades. Asimismo, Bórea afirmó que la mayor cantidad de sociedades estaban ubicadas en la provincia de Buenos Aires, en la Capital Federal y en la provincia

Consejo General por J. Arrache, L. Amadeo y E. Hansen, 30/11/1901; Actas de la Junta Central de Gobierno, núm. 46, fecha 23/12/1903.

147 Esta cifra era superada por varios de los círculos mencionados. La estadística que manejaba Elías Niklison estaba basada en un recuento interno que se hizo en el año 1913, bajo la dirección Alejandro Bunge y Monseñor de Andrea; ver tabla en NIKLISON, J. E., *op. cit.*, pág. 154.

148 Estas cifras son nacionales, aunque con una representación mayor de trabajadores de la Capital Federal, Rosario y, en menor medida, de algunas ciudades importantes de la provincia de Buenos Aires y del resto del país. Estas cifras fluctuaron a lo largo del periodo 1902-1910 debido al flujo migratorio, el movimiento del mercado laboral y las numerosas represiones y/o persecuciones por parte del Estado y las patronales; además, indicó, por fuera de ambas centrales existió un importante sector autónomo. BILSKY, E., *La FORA...*, *op. cit.*, pág. 73 y ss.

149 POY, L., *El Partido Socialista...*, *op. cit.*, pág. 130. Por otro lado, el número de suscripciones a *La Vanguardia* acompañó —y superó por acotado margen— las cifras de cotizaciones, aunque la tirada del periódico, que era bastante superior, hace suponer la existencia de un número importante de suscriptos que no pagaban en forma periódica y regular sus cuotas. POY, L., *op. cit.*, pág. 129.

150 BÓREA, D., “La mutualidad y el cooperativismo en la República Argentina”, en *Tercer Censo Nacional, levantado el 1º de junio de 1914*, tomo 10, Talleres gráficos de L.J. Rosso y Cía., Buenos Aires, 1916, pág. 85.

de Santa Fe; especialmente, las sociedades de la Capital tenían mayor cantidad de socios, aun contabilizando cierta deformación que producía en este dato la incorporación de las sociedades con presencia nacional, como los Círculos de Obreros.¹⁵¹

A pesar de la envergadura del trabajo, los datos sobre los Círculos de Obreros en el censo son algo imprecisos, y en algunos casos, se brinda incluso más de una cifra para una misma categoría. Así, en el cuadro que empieza en la página 240, se consignan 22.930 socios varones en sesenta y nueve círculos, a lo que habría que sumar un Círculo Central de Obreros, fundado en 1883, con 150 socios. En el informe, en cambio, se declaran 23.930 miembros y setenta círculos. El número 22.930 coincide con la cantidad de miembros que habría tenido la institución en 1912 según el censo interno de los Círculos realizado durante la presidencia de Alejandro Bunge. A su vez, dicho registro reconocía la existencia de una cantidad de círculos que no se corresponde con la consignada en el censo nacional.¹⁵² De cualquier modo, en relación con los registros tomados una década antes, ambos reflejan una desaceleración del crecimiento de la institución, tanto en lo relativo al número de centros como de miembros. Por último, en cuanto a su perfil societario, el III Censo Nacional incluyó a los Círculos de Obreros dentro de las sociedades cosmopolitas; y, a diferencia del censo municipal de 1904, no brinda cifras de mujeres ni de niños.

A partir de algunos boletines internos, hemos podido contabilizar únicamente a la mitad de los círculos que había en 1914 en la ciudad. De manera que, de los dieciséis centros existentes, conseguimos referencias aproximadas de nueve: los círculos Central, de Balvanera, de Belgrano, de San José de Flores, de Maldonado, de San Carlos, de La Merced y de Santa Lucia.¹⁵³ Los datos que brindan estas planillas han sido considerados solo como indicativos del tamaño de los centros, debido a que los periodos que abarcan corresponden a diferentes momentos entre los años 1913 y 1915. Aun si resulta difícil establecer la dimensión real de los Círculos de Obreros en la ciudad en esta etapa, se puede sostener que, en ellos, los extranjeros siguieron siendo mayoría. Esto, incluso, pudo

151 La inclusión de los Círculos de Obreros en la Capital Federal respondía a que aquel era el lugar de instalación de la sede de la Junta Nacional de Gobierno de estos. BÓREA, D., *Op. cit.*, pág. 92.

152 *Tercer Censo Nacional...*, *op. cit.*, págs. 240-245; NIKLISON, J. E., *Op. cit.*, pág. 154.

153 Menciones sobre la cantidad de asociados en el Círculo de Obreros de la Merced en *El Trabajo*, núm. enero 1913, pág. 8, en el de Santa Lucia en *El Trabajo*, núm. mayo 1913, pág. 8. El resto fueron extraídos de las planillas de estadísticas archivadas en las cajas de cada Círculo guardadas en el archivo de la Federación de Círculos de Obreros Católicos: la del Central de julio 1914; la de Balvanera con fecha 31/12/1913; de Belgrano, 11/02/1915; de Flores, septiembre de 1914; de Maldonado, 1/07/1914; de San Carlos, 31/12/1913; de Palermo, 21/10/1914 o 1915 (ejemplar en mal estado).

darse a pesar de la tendencia que María Pía Martín observó en el Círculo de Rosario, en el cual, hacia la segunda década del siglo, comenzó a haber una proporción más alta de argentinos debido a que comenzaban a integrarse los hijos de los socios.¹⁵⁴

Muy diferentes entre sí, solo algunos centros de Buenos Aires tenían escuelas propias; y la sección Familias —por la cual no se preguntaba— estaba instalada en el Círculo Central, en Balvanera, posiblemente en Belgrano y quizás en San Carlos. En lo que respecta a la cuestión numérica se puede decir que los Círculos mencionados arriba reunían unos un poco más de 6000 socios activos. Para tener una dimensión del conjunto de los asociados de la ciudad, a esta cifra se le debería añadir la de las secciones Familias y de los círculos restantes —que si bien eran otro tanto difícilmente llegaran a duplicar tal cantidad—. Por otra parte, aunque son útiles —y sin dudas también perfectibles—, las estadísticas precedentes dicen poco acerca de las características de la organización, de las diferencias que pudieron existir entre los círculos y sobre quiénes eran sus socios y en qué condiciones y por qué motivos participaban de la vida de estos centros —algunas de dichas cuestiones fueron abordadas en el capítulo anterior—.

De lo expuesto previamente, resulta evidente también que, a pesar del esmero de Grote y del Consejo General por desarrollar la organización en el interior del país, en esta etapa la ciudad de Buenos Aires y sus zonas próximas representaban el centro neurálgico de su actividad.¹⁵⁵ En 1915, el periódico de los Círculos de Obreros, *El Trabajo*, declaraba que existían más de ochenta círculos en todo el país. Solo en la ciudad de Buenos Aires funcionaban más de 15, y en las localidades cercanas había otra media docena de centros. Asimismo, la institución tenía presencia territorial en la mayoría de las parroquias o barrios de la ciudad.¹⁵⁶ La cantidad de Círculos en la ciudad se mantuvo más o menos estable ya que, en el censo de mutualidades correspondiente al ejercicio del año 1926, se

154 MARTÍN, M. P., *op. cit.*, pág. 210. La excepción en este sentido era el Círculo de Obreros de Flores.

155 Diego Mauro ha sostenido que en, su época de oro, el Círculo de Rosario logró contar con la mitad de los socios del interior del país. MAURO, D., “El mutualismo católico...”, *op. cit.*, pág. 189.

156 En las líneas que siguen, se nombra a cada círculo con su fecha de fundación y localización aproximadas: Círculo Central (1892), ubicado en lo que conocemos hoy como Barrio Norte —inicialmente en las cercanías de la vieja estación del Parque, luego se mudó más cerca de Santa Fe y Callao—; CO de Santa Lucía (1894), en Barracas; CO de la Concepción (1894), en el actual barrio de Monserrat; CO de San Cristóbal (1894); CO de Balvanera (1894); CO de San Juan Evangelista (1895), en la Boca; CO de San Carlos (1896), en lo que hoy es Almagro; CO de Nueva Pompeya (1899), CO de San José de Flores (1900); CO de San Telmo (1901); CO de Palermo (1900), en la zona de Plaza Italia; CO de Maldonado (1902), ubicado inicialmente en las cercanías de Santa Fe y Dorrego; CO de Belgrano (1905), se ubicó en Amenábar a unas cuadras de Juramento, más adelante, sus trabajos se trasladaron al Bajo Belgrano; CO de Vélez Sarsfield (1905); CO de Liniers (1905); CO de Nuestra Sra. de Buenos Aires (1906), a cuadras del actual monumento del Cid Campeador y en el CO de la Merced (1907), en el microcentro porteño. En 1915, se fundaron dos Círculos más; uno en Villa Devoto y otro en la parroquia de San Bernardo, en Villa Crespo.

contabilizan diecisiete círculos con un aproximado de 7000 socios entre varones, mujeres y niños.¹⁵⁷

Ya a principios del siglo XX, los círculos empezaron a comprar terrenos y a construir sus sedes sociales. El primero en tener su local propio fue el de Santa Lucía, favorecido por el bajo precio del terreno en el barrio de Barracas.¹⁵⁸ En el caso del Círculo Central, fue determinante la contribución de la señora Isabel Elortondo de Ocampo; la importante donación se había hecho en 1905 bajo la condición de que se instalaran allí un consultorio médico y un colegio para los hijos de los asociados, y se conservara el patronato de aprendices que funcionaba. La colocación de la piedra fundamental del Círculo de San Carlos fue en 1909, el local del Círculo de San Cristóbal se inauguró en julio de 1911 y a través de su correspondencia el Círculo de Maldonado notificaba de la construcción de su local en terrenos propios en diciembre de 1913.¹⁵⁹

A pesar de contar con el apoyo de algunas figuras de la elite, muchos de los centros atravesaron crisis económicas derivadas de la cobertura mutual. Los centros eran económicamente independientes, por eso una baja pronunciada del número de socios, el envejecimiento de la masa societaria o errores en la administración podían dar lugar a situaciones críticas para el centro. Sobre el Círculo de Rosario, Diego Mauro ha indicado que su época dorada, que ubica entre 1915 y 1931, se basó en algunas condiciones estructurales de este —alta centralización de socios, apoyo de la jerarquía eclesiástica y escasa competencia intracatólica— y en la existencia de unas elites democrático-cristianas que tomaron la tarea desde una perspectiva esencialmente técnica.¹⁶⁰ La centralización de los recursos fue una estrategia practicada en la ciudad de Buenos Aires después del periodo que aborda este trabajo —aun cuando hubo experiencias previas,

157 El listado de círculos incluía el Círculo Central, el de la Concepción, el de San Cristóbal, el de Santa Lucía, el de Balvanera, el de Nueva Pompeya, el de Palermo, el de Maldonado, el de San Telmo, el de La Merced, el de Liniers, el de Nuestra Sra. de Buenos Aires, el del Sagrado Corazón, el de Saavedra- Núñez, el de Villa Mitre, de San José y de San Roque. *Censo de mutualidades correspondiente año 1926*, Comisión interparlamentaria ley de seguro nacional (ley 11286), Imprenta de la C.D, 1926, págs. 28 y 29. La comisión interparlamentaria de la ley del seguro nacional (11.286) a cargo del Senador Leopoldo Melo y del Diputado Augusto Bunge.

158 “Círculo de Obreros de Santa Lucía. Inauguración del local propio”, *El Pueblo*, 28 y 29/08/1905.

159 Ver *El Pueblo*, 14/10/1909, 23/10/1909 y 24 y 25/10/1909; “Historia de los Círculos”, *El Trabajo*, julio de 1913, pág. 9; Correspondencia Círculo de Obreros de Maldonado, 16/12/13. En el local propio del Círculo de Luján fue decisivo el aporte de Elena Torres de Muñiz, “Círculo de Obreros de Luján”, *El Pueblo*, 07/01/1903.

160 MAURO, D., “El mutualismo católico...”, op. cit., pág. 191.

como en el caso del Panteón Social—; así se fundó, por ejemplo, en 1938, el Sanatorio San José en las cercanías de Santa Fe y Coronel Díaz.¹⁶¹

Otra estrategia que puede considerarse innovadora se expresó en los acuerdos de reciprocidad con instituciones análogas. Desde fines del siglo XIX, los Círculos de Obreros de la República Argentina mantenían relaciones fluidas con los Círculos de Obreros Católicos de Uruguay, y en 1902, firmaron un acuerdo de reciprocidad con ellos.¹⁶² Fue frecuente, también, la participación de delegados uruguayos en los congresos de la institución y el envío de delegados argentinos a los congresos de su par oriental.¹⁶³

Por otra parte, compartimos con Susana Belmartino la idea de que las relaciones entre mutualismo y organización sindical no se movieron en una sola dirección.¹⁶⁴ En algunos casos, la sociedad gremial incorporó cierta actividad mutua como accesorio — La Fraternidad o la Asociación Tipográfica Bonaerense—; en otros, de la sociedad de protección mutua surgió la organización gremial —empleados de comercio de Rosario—. El mutualismo podía surgir también por iniciativa de algunos empresarios —tal fue el caso de la Sociedad Protectora del Trabajo Libre—. En lo que hace específicamente a los Círculos de Obreros, esta autora recupera, igualmente, la pluralidad de sus objetivos y la rivalidad que existió con los socialistas, que también incursionaron en el mutualismo.¹⁶⁵

Sintetizando, a partir de la década del noventa, especialmente durante su segunda mitad, la institución creció de manera notable mediante la fundación de nuevos centros. En la ciudad de Buenos Aires, este desarrollo fue muy perceptible, y en unos pocos años tuvieron presencia en la mayoría de las parroquias. En esta etapa, la organización de la práctica mutualista conjugó importantes esfuerzos de la institución; aun así, nunca dejaron de llevar adelante tareas de propaganda, instrucción y recreación. Económicamente, la sociedad era vulnerable y, por eso, hubo algunos círculos que atravesaron importantes crisis. De cualquier modo, a los pocos años, los círculos pudieron ir comprando sus locales; muchas veces, con el apoyo de socios honorarios.

161 “Hitos en la historia de la FCCO”, *Lábaro*, núm. 509, págs. 28 y 29.

162 Libro de actas del Consejo General, núm. 2, acta 230, 21/08/1902

163 Libro de actas del Consejo General, núm. 2, acta 165, 31/01/1901. También hubo relaciones frecuentes con las asociaciones obreras chilenas, pero los vínculos nunca fueron tan estrechos como con los orientales.

164 BELMARTINO, S., *La atención médica en el siglo XX. Instituciones y procesos*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2005, pág. 33.

165 BELMARTINO, S., *Op. cit.*, pág. 48.



Foto de una celebración en el Círculo de Santa Lucía.¹⁶⁶

Este capítulo examinó la clara determinación que mostraron los Círculos en orientar sus intervenciones hacia los trabajadores en un contexto de secularización que corrió en paralelo con la reactivación de las luchas obreras. Se podría decir que la instalación misma de la institución se produjo porque formó parte de importantes episodios de confrontación social de la etapa. Esto redundó en un fortalecimiento institucional que conllevó visibilidad pública y callejera, afianzamiento territorial y hacia el interior de la misma institución eclesiástica, articulaciones con otras instituciones no únicamente católicas y el logro de apoyos de parte de funcionarios, legisladores y autoridades locales y nacionales.

En el comienzo de nuestro análisis rastreamos el proceso que siguió a la fundación del Círculo Central en 1892 hasta un primer momento de consolidación de la institución hacia fines de esa década. Si bien el crecimiento institucional propiamente dicho, que implicó la constitución de nuevos círculos y de socios, se inició en 1894, no puede pasarse por alto que esto no se debió solo a circunstancias propias de los Círculos, sino que estuvo en estrecha conexión con el nuevo clima de organización en el movimiento obrero, después de los momentos más oscuros de la crisis del noventa, y con el creciente movimiento de agitación que llegó a su punto culmine en la llamada “huelga grande” a mediados de 1896. Asimismo, en este periodo se produjo la constitución definitiva del Partido Socialista y la afirmación de los sectores pro-organizadores en el movimiento anarquista, cuya continua presencia entre los trabajadores fue un motivo constante de confrontación con los círculos.

¹⁶⁶ *PBT*, núm. 199, 05/09/1906.

En cuanto al afianzamiento territorial, se trata de un aspecto que estuvo presente en todo el recorrido y se manifestó de distintas maneras. En muchos casos, la iniciativa de constitución de nuevos círculos provino de algún párroco o grupo de laicos; no resulta menor que hacia el final del período estudiado tuvieran presencia en la mayoría de las parroquias. En esta misma dirección es interesante destacar el modo en que aprovecharon la colaboración de otras asociaciones católicas instaladas previamente en los barrios — incluso algunas congregaciones podían prestar sus instalaciones para las primeras reuniones o incluso sus instituciones educativas—; pero también es relevante la forma en que construyeron redes de relaciones personales e institucionales que tenían sus fundadores. Así, en la organización de los centros se recurrió también a las relaciones que estos pudieran tener con directivos de clubes y hospitales, y con autoridades del consejo escolar, de la policía, etc. En el nivel de los órganos directivos, como el Consejo General o la Junta de Gobierno, se procuró afianzar a la institución a partir de una vinculación directa con diputados, senadores u otros altos funcionarios en ejercicio o no. Así, en estos años, el desarrollo de los Círculos fue notable y observado por diferentes actores contemporáneos. Ciertamente, en la consolidación de estos lazos también jugaron su rol las demostraciones callejeras.

Esta proyección de los círculos hacia lo público y las calles tuvo lugar en medio de un proceso de recomposición de las relaciones más generales entre la Iglesia y el Estado, y la percepción de este progreso organizativo de los Círculos de Obreros —hacia finales de la década la institución ya contaba con una treintena de círculos, apoyo de las principales autoridades eclesiásticas y algunos gestos positivos por parte de la dirigencia política— provocó iniciativas anticlericales.

La emergencia de un anticlericalismo no oficial con influencia entre los trabajadores, proveniente fundamentalmente de las izquierdas, aunque no únicamente, constituyó sin duda otro factor que contribuyó al afianzamiento institucional. Tanto la movilización de septiembre de 1901 —la más importante del periodo— como la que al año siguiente se opuso al proyecto de ley de divorcio han sido, en consecuencia, objeto de nuestro análisis.

Religión y política se entrelazaron en este tipo de actividades callejeras que concedieron un rol hasta entonces desconocido al fenómeno de las peregrinaciones y fiestas religiosas. En el caso de las peregrinaciones, estas aunaron los esfuerzos de la organización, ya que consolidaban apoyos dentro del catolicismo, y por ello, como se

indicó, fueron especialmente importantes en los orígenes de la obra. Con la exhibición pública de la fe, pero también con el deseo de diferenciación expresado en el orden y la disciplina de las columnas de los Círculos, se buscaba presentarlos como una alternativa a las otras movilizaciones que tenían lugar en la ciudad. Entonces, no debería separarse el clima de recrudescimiento del movimiento anticlerical de este despliegue del catolicismo, ni viceversa —así como no debe olvidarse el papel que las izquierdas tuvieron en esas manifestaciones anticlericales y la reacción de los Círculos de obreros.

En la consolidación de las relaciones con el Estado tuvo un rol relevante la elaboración de un programa reformista que se manifestó en una serie de iniciativas legislativas. Desde 1895, pero fundamentalmente después de su primer congreso, se puede percibir claramente una voluntad reformista en los Círculos de Obreros. Sin renunciar a las desconfianzas hacia el Estado liberal ni sus representantes —las cuales persistieron más allá de la recomposición de relaciones entre Estado e Iglesia—, desde la institución se apeló al derecho a petición presente en la Constitución Nacional. Las primeras peticiones, que afectaban directamente las condiciones materiales y morales de la vida de los trabajadores, reclamaban el acceso a la vivienda higiénica y económica, el descanso dominical y la reglamentación del trabajo de los menores. Al mismo tiempo, es manifiesta la intención de bloquear, a través de estas mejoras y esta moralización, la influencia de las izquierdas y la impiedad, accionar que era considerado un modo de reducir la conflictividad laboral.

Vistos estos aspectos, resulta notable el desarrollo de los Círculos de Obreros en la ciudad de Buenos Aires en este período. Como señalamos, en unos pocos años, los Círculos tuvieron presencia en la mayoría de las parroquias y fueron numéricamente relevantes si se los compara con otras asociaciones que componían el movimiento mutualista. Aunque en la primera etapa la organización de los socorros mutuos conjugó importantes esfuerzos de la institución, nunca dejaron de llevar adelante tareas de propaganda, instrucción y recreación. Económicamente, cada centro fue autónomo y vulnerable a los cambios en la plantilla de socios y consumos; de hecho, hubo algunos círculos que atravesaron importantes crisis. Así, ciertos Círculos pudieron ir comprando sus locales y algunos de ellos todavía son parte del paisaje de la ciudad.

Capítulo 3. Los Círculos de Obreros puertas adentro

“Forman parte de esos círculos [...] cuatro vejetes que en el día del Corpus y de la “madona” salen a la calle para hacer ventilar el palio, la mitra y todos los amuletos “sagrados” [...] Integran esa agrupación dos oradores afeminados y diez curas...”¹

“Todo el socialismo de Lázaro se reducía á odiar al capital, á ser bebedor, trasnochador pródigo, mal padre y peor esposo [...] Lo hizo pedante y soberbio la prensa socialista, lo alcoholizó la taberna; sus compañeros le hicieron jugar, y cada una de estas cosas y todas juntas le convirtieron en esposo cruel y en padre salvaje. La casa y la vida de Lázaro son un infierno y Lázaro es un demonio”²

“El socialismo convierte a la mujer en rival y enemiga del hombre; la incredulidad en un juguete, las demás religiones en un ser subalterno; sólo el catolicismo hace de ella la compañera del hombre. Si la Iglesia necesita al presente de sus servicios, la mujer necesitará siempre el apoyo de la Iglesia”³

La acción social católica era pensada por los primeros católicos sociales argentinos como un ejercicio integral, que se desplegaba y debía abarcar distintos terrenos de la vida. Esto se manifestó en una sociedad de aspiraciones amplias con un gran objetivo: pacificar el mundo del trabajo de la mano de una (re)catolización de la clase obrera. Los Círculos de Obreros constituyeron una institución mixta en términos de clase, con un marcado perfil patriótico y masculino. No obstante, en este capítulo se intentará dar cuenta, fundamentalmente, de la preeminencia que tuvieron los trabajadores dentro de su masa societaria en la ciudad de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX.

En tanto institución de alcance nacional, los Círculos de Obreros conformaban una federación de centros autónomos. Cada centro estaba integrado por varones de diferente condición social, sin distinción de origen ni exigencia de fe, ya que la pertenencia al catolicismo no fue, al menos su etapa inicial, un requisito para ingresar en los Círculos de Obreros; aunque, como veremos, existían mecanismos que inducían el cumplimiento de algunos de los sacramentos y promovían ciertas prácticas religiosas.

1 “¡En 1917!”, *El Obrero Ebanista*, septiembre 1917, núm. 79.

2 “Efectos del socialismo”, Boletín del Círculo de Obreros de la Merced (núm. 22), en *Revista Mariana*, núm. 13, 27/11/1909, pág. 150.

3 “La Mujer”, *Revista Mariana*, núm. 21, 22/01/1910, pág. 242.

Como frecuentemente ocurría con las asociaciones de socorros mutuos, esta institución era de base social policlasista y distinguía entre tres tipos de socios: honorarios, protectores y activos; más adelante, se incluyeron los socios efectivos —madres y esposas— y los agregados —hijos e hijas—. Un interés específico de esta asociación consistía en brindar en sus locales espacios de sociabilidad y esparcimiento *decente* donde pudieran relacionarse pacíficamente miembros de diversa procedencia social. Además, brindaba instrucción formal e informal, conferencias y charlas sobre temas sociales y religiosos y asistencia espiritual y material en caso de enfermedad y muerte.

La mayoría de los miembros pertenecían a la categoría de socios activos. Según los estatutos, estos debían tener entre 14 y 60 años, ejercer una profesión o industria “honesta”, poder demostrar buena conducta y no tener enfermedad crónica ni pertenecer a una sociedad anticatólica.⁴ Los socios protectores eran quienes prestaban colaboración material, y los honorarios, su apoyo moral. Mientras los socios activos gozaban del conjunto de los derechos y obligaciones de la organización, en cambio, las otras categorías de socios no lo hacían.⁵ No obstante, es un aspecto a señalar que los trabajadores, quienes por regla eran socios activos, solo en contados casos eran elegidos como miembros de las comisiones directivas.

Aunque, como se dijo, no se exigía a los socios profesión de fe, el contenido de ciertos artículos del estatuto sugiere que existían algunos instrumentos para incidir en la conducta no solo moral sino también religiosa de los socios. Estos, por ejemplo, no podían contraer uniones *prohibidas*, ni asistir a casas de juego o de *perdición*; tampoco debían mantener conversaciones *deshonestas* o *impías*.⁶ Así, entre sus deberes, que incluían abonar sus cuotas de ingreso, mensual y para el panteón, y asistir a las reuniones mensuales, figuraba la obligación de llevar una vida moral, sin crímenes ni conductas escandalosas. De la cobertura mutual quedaban exceptuadas aquellas enfermedades o auxilios médicos que hicieran suponer alguna conducta inmoral o delictiva. Por otro lado,

4 Aquí se tomó como parámetro el artículo 6 del estatuto del Círculo Central, “Reglamento del Círculo Central de Obreros de Buenos Aires”, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, Buenos Aires, 1904, pág. 6 y 7. En las disposiciones generales, este estatuto admitía la incorporación de “señoras” en calidad de damas protectoras, ver “Reglamento del Círculo Central...”, op. cit., pág. 17.

5 Artículo 4 y 5, del mismo reglamento.

6 “Reglamento del Círculo Central...”, op. cit.

aquel socio activo que quisiera incorporar a su esposa, hijas e hijos como socios efectivos o agregados debía demostrar su matrimonio religioso y el acta de bautismo de estos.⁷

Aun cuando la familia obrera no estuviese del todo presente en la institución, la *acción benéfica* del Círculo —al menos, en teoría— debía fluir hacia los hogares a través de sus socios. En su perspectiva, la conversación familiar, el buen ejemplo y la instrucción religiosa producían “halagüeños resultados, que del Círculo trascienden hasta los hogares y reforman las condiciones morales de las familias”.⁸ De manera que, a pesar de la clara impronta masculina, y de que la leyenda *hombres solos* se podía hallar en varias de sus convocatorias, la reforma de la conducta y la moral de la familia obrera era visiblemente otro de los propósitos de la institución.⁹ Así, el hecho de que, pasados los primeros años, algunos círculos incorporaran a las esposas, madres, hijos e hijas de los socios en secciones específicas debe entenderse en este sentido.

El gobierno de cada círculo estaba a cargo de una Comisión Directiva de quince miembros —un presidente, dos vicepresidentes, un tesorero, un protesorero, un secretario, un prosecretario, siete vocales y un director espiritual—. ¹⁰ El funcionamiento cotidiano implicaba la existencia de otras comisiones más estables, como la de propaganda, y otras de carácter extraordinario, como las conformadas para organizar alguna fiesta, peregrinación, etc. Con frecuencia, además, los círculos poseían una banda musical o un cuadro dramático, podían tener escuelas diurnas, nocturnas y profesionales, bibliotecas, etc. Algunos círculos que no tenían escuelas propias conseguían colocar una cantidad de niños en instituciones educativas católicas de la zona para brindar, al menos a determinados socios, educación gratuita y religiosa.

Con esta fisonomía general, en este capítulo se analizarán las principales características de la sociedad —sus objetivos específicos, ordenamiento y composición—, con especial atención a los límites que encontraba esa mayoría trabajadora a la hora de expresarse a través de la toma de decisiones en la cotidianidad institucional. En segundo lugar, un rasgo de interés que se analiza fue la abrumadora

7 “Reglamento del Socorro Mutuo para las familias de los socios”, Círculos de Obreros de la República Argentina, Imprenta A. Bernardo, Buenos Aires, 1907, pág. 2.

8 *Memoria del Círculo Central*, correspondiente a 1895, Imprenta San Martín, Buenos Aires, pág. 5.

9 De todos modos, las mujeres no estaban invitadas a las reuniones mensuales, sino a aquellas dirigidas a las familias. Ver por ejemplo el artículo 11 del “Reglamento del Socorro Mutuo...”, op. cit., pág. 3. Además, tenían derecho al entierro en el panteón, pero este estaba suspendido por una resolución de la Junta Central del año 1903.

10 Difícilmente se reuniera de manera regular esa cantidad de personas. En general, la asistencia promedio eran siete u ocho miembros.

presencia de extranjeros como contraparte de la activa promoción patriótica desarrollada en ella desde sus primeros años. Un tercer rasgo saliente a indagar fue su marcada orientación como una institución de varones católicos; perfil que se correspondía con el diagnóstico de que los hombres de la clase obrera eran especialmente ajenos a la práctica religiosa. Finalmente, y en relación con esto último, se examina la presencia y participación de las mujeres.

Una caracterización socio-laboral de los socios

En este apartado, se propone una primera caracterización socio-laboral de los miembros de los Círculos. La historiografía que se ocupó de este tema ha podido avanzar poco en la descripción de los socios de los Círculos de la ciudad de Buenos Aires, probablemente porque la documentación al respecto es bastante fragmentaria. A partir de información obtenida de la prensa católica se han señalado las relaciones que mantenía el Círculo Central con instituciones como el Jockey Club, *Caras y Caretas* y otros sectores encumbrados de la sociedad porteña de comienzos de siglo.¹¹ Al mismo tiempo que se caracterizó de este modo al Círculo Central, se observó que, en las barriadas populares, los círculos habían adquirido un perfil “más plebeyo”.¹² Con el fin de ilustrar esta vinculación, Lida describe las características del local del Círculo Central —estrenado en 1907—. Tenía una sala de cine con palcos, galería y finas butacas y estaba ubicado en la calle Junín a metros de la avenida Santa Fe. Asimismo, esta autora afirma, con razón, que en el periodo del Centenario la institución no solo gozó de cierto respaldo en aquellos sectores sino que, además, llegó a tejer estrechos vínculos con el poder político.

En el caso del Círculo de Obreros de Rosario (COR), por ejemplo, se ha sostenido, a partir del libro de registro interno, que el sector predominante de los socios lo conformaron los obreros con oficio y artesanos. Si a estos se les sumaban “obrerros que suponemos sin oficio, jornaleros y peones”, este sector rondaba el 50 por ciento del total de socios inscriptos. Si a estos se les añadía, además, la suma de empleados y comerciantes —vinculados a comercio minorista de artículos de consumo—, tres cuartos

11 Mencionaba, especialmente, la cercanía del presidente Sáenz Peña, quien estuvo presente, por ejemplo, en la ceremonia de inauguración de una sede barrial de los Círculos de Obreros de la parroquia de San Cristóbal y del vicepresidente Victorino De la Plaza quien había tenido un gesto similar al acercarse a la iglesia de Santa Felicitas para inaugurar un comedor popular. Para la autora por acercarse a las elites, los Círculos no se apartaban de la acción social entre los sectores populares. LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, op. cit., págs. 66-73.

12 LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, op. cit., págs. 46-49.

de los socios podían asimilarse a sectores medios y bajos de la sociedad.¹³ El Círculo de Córdoba, según Gardenia Vidal, contó con una notable cantidad de carpinteros y, más adelante, un intento de agremiación de zapateros.¹⁴ Aquí se trabaja utilizando como fuente principal documentación interna de algunos de ellos.

Asimismo, y aunque este aspecto no fue tratado en ellas con profundidad, resulta de interés dirigir una mirada atenta a las publicaciones de socialistas, anarquistas y librepensadores sobre los Círculos de Obreros, pues ofrecen claros indicios del lugar que ocupaban los trabajadores en ellos. Se observa allí un reconocimiento de su importancia numérica, así como de determinadas prácticas, como la de recorrer en corporación las calles de la ciudad o promover incorporaciones forzadas. Pero la admisión de una “buena” presencia de obreros o trabajadores entre sus miembros se ve contrarrestada por la afirmación de su falta de autonomía.

Así, por ejemplo, en 1899, el periódico socialista *La Vanguardia* decía que sería curioso estudiar la composición de los Círculos de Obreros —cuyos integrantes “se cuentan por miles cuando Grotte (sic) los arrea por las calles de Buenos Aires o Luján”—. De este modo, los dividía en “obrerros de misa y olla, como Orzali, Nevares y comparsa”; “pobres de espíritu”; y “necesitados a quienes su mala estrella” les obligaba a “someterse a todas las imposiciones y humillaciones del capital”.¹⁵ En otros artículos del periódico socialista —y también en *La Protesta*, principal órgano del anarquismo del periodo—, solía aparecer, asimismo, el tópico recurrente de la falta de autonomía de los trabajadores que participaban de los Círculos.¹⁶ En el mismo sentido, el militante librepensador Cosme Magariño había afirmado durante la apertura de un círculo liberal para obreros en 1901 que, si bien era cierto que esas asociaciones católicas habían logrado agrupar centenares

13 MARTÍN, M.P., *op. cit.*, pág. 200.

14 VIDAL, G., “Organizaciones católicas para trabajadores. Los Círculos de Obreros de Córdoba y Rosario a comienzos del S. XX”, *Cuadernos del Sur*, núm. 39, Bahía Blanca, 2010, págs. 203-225; VIDAL, Gardenia, “Asociacionismo Católico de Córdoba. Composición social de las comisiones directivas del Círculo de Obreros de Córdoba, 1897-1930”, en CARETTA, G. & ZACCA, I. (Comps.), *Derroteros en la construcción de Religiosidades. Sujetos, instituciones y poder en Sudamérica, siglos XVII al XX*, Salta: CEPIHA-UNSTA-CONICET, 2012, págs. 197-218.

15 “Los famosos círculos”, *La Vanguardia*, 10 de junio de 1899.

16 Gregorio Inglán Lafarga, por entonces director de *La Protesta*, afirmaba desde sus páginas que el obrero católico poseía solo “un grado de conciencia más que las cosas”, tenía “un simple destello de penetración intelectual más que las bestias” y era “un perfecto estúpido en cuanto a elevación moral”. En su perspectiva, estos obreros eran “objeto de buen tráfico”: se compraban y vendían; “El obrero lanar”, *La Protesta Humana*, 15/10/1899.

de trabajadores, era indudable que no a todos los caracterizaba el sello del “verdadero obrero”.¹⁷

Por otra parte, el análisis de la composición societaria y de cómo aparece reflejada la presencia obrera en documentos de circulación interna producidos por un puñado de Círculos de la ciudad de Buenos Aires —San Carlos, San José de Flores, Balvanera y Maldonado—, nos permite un conocimiento aproximado a la realidad de la mayoría de ellos en dicho contexto. En los primeros años del siglo XX, mientras tenía lugar un considerable proceso de organización y confrontación protagonizado por el movimiento obrero local, la Junta de Gobierno de los Círculos se interesó especialmente por conocer la ocupación de sus socios con la intención de intervenir en el terreno sindical. Esta iniciativa recogía, también, algunas experiencias europeas que Grote había conocido personalmente en un reciente viaje.¹⁸ Al mismo tiempo, existían circunstancias locales que podían explicar la atención especial de una comisión directiva por el trabajo de reclutamiento de nuevos miembros y su seguimiento; por ejemplo, el Círculo de San Carlos afrontaba una “reorganización” originada en una disidencia interna y que había ocasionado la división del círculo. Tras esta crisis inicial, este Círculo se convertirá en uno de los más importantes de la Capital. Los otros casos que se analizan son distintos entre sí: mientras el Círculo de Balvanera llevaba varios años de vida y estaba consolidado, tanto el de San José de Flores como el de Maldonado eran de reciente fundación.

Los documentos más valiosos para analizar la composición social de la base societaria institucional los hemos hallado entre la correspondencia del Círculo de San Carlos. En primer lugar, sobresale un listado de los socios activos con nombre, apellido, ocupación, origen y dirección; el segundo documento es un informe realizado a pedido del Consejo General en 1902; por último, se trabaja sobre un nuevo informe solicitado un año después. Dichos documentos se distinguen claramente entre sí por el modo de organizar la información.

El listado de socios activos no posee fecha; aunque, a partir de contrastar sus datos con el libro de actas del propio Círculo, es posible conjeturar que fue confeccionado en los primeros meses de 1902. Si se omiten las reiteraciones, en la planilla son mencionados

17 “Inauguración del Círculo de obreros liberal”, *La Constancia*, 08/12/1901.

18 AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, op. cit., págs. 230-232.

282 socios, todos varones y, presumiblemente, mayores de 14 años. De ellos, la mayoría eran extranjeros, y solo un 20 por ciento figuraba con nacionalidad argentina.¹⁹ En cuanto a sus profesiones, la mayor parte podría incluirse en la categoría de trabajadores manuales —más del 50 por ciento—; y dentro de esta gran categoría, en la que priman los oficios de tipo artesanal, también se incorporaba a los trabajadores no calificados o sin profesión fija —los jornaleros—, que suman aproximadamente un 15 por ciento de estos últimos, y más de un ocho por ciento del total. Los oficios más numerosos eran la albañilería, carpintería y curtiembre. El 40 por ciento de los socios tenía profesiones u ocupaciones no manuales. Entre ellos, se destacaban comerciantes y empleados y, en menor proporción, músicos, industriales, rentistas, constructores, estudiantes y profesores. Es de destacar la falta de profesiones liberales clásicas, como las de médico, abogado, etc., que se aprecian en otros centros; quizás, estuviesen inscriptos como protectores. En síntesis, este documento muestra que más de la mitad de los socios eran trabajadores manuales. De todos modos, si seguimos las estadísticas utilizadas por Samuel Baily, se puede afirmar que los miembros de esta sociedad eran más o menos representativos de la población de la ciudad de Buenos Aires de entonces. Donde más se puede apreciar la distancia es en el caso de los jornaleros o trabajadores no calificados, cuya presencia en la ciudad superaba el veinte por ciento en 1895 y en 1914.²⁰

Ocupación	Cantidad	Porcentaje
Comerciantes	49	17,4
Empleados	40	14,2
Albañiles	33	11,7
Carpinteros	25	8,9
Jornaleros	24	8,5
Curtidores	20	7,1
Maquinistas	12	4,3
Pintores	8	2,8
Músicos	8	2,8
Escultores	6	2,1
Industriales	6	2,1
Herreros	5	1,8
Rentistas	5	1,8
Constructores	5	1,8
Torneros	4	1,4
Conductores	4	1,4

19 Correspondencia de San Carlos, año 1902, caja 384, FCCO.

20 BAILY, S., “Las sociedades de ayuda mutua y el desarrollo de una comunidad italiana en Buenos Aires, 1858- 1918”, *Desarrollo económico*, vol. 21, núm. 84, Buenos Aires, 1982, pág. 507.

Sastres	3	1,1
Mosaiqueros	3	1,1
Estudiantes	3	1,1
Tipógrafos	3	1,1
Encuadernadores	2	0,7
Pozeros	2	0,7
Vidrieros	2	0,7
Zapateros	2	0,7
Talabarteros	2	0,7
Jardineros	2	0,7
Profesores normales	2	0,7
Panaderos	1	0,4
Rematadores	1	0,4
Total	282	100

Cuadro confeccionado a partir del listado de socios activos del primer cuatrimestre de 1902.²¹

Por otra parte, algunas coincidencias en los apellidos, domicilios, nacionalidades, e incluso en las ocupaciones, sugieren que el ingreso al centro estuvo en numerosas ocasiones mediado por relaciones familiares o afectivas. Detectamos, al menos, diecinueve núcleos de dos o más individuos que compartían apellido y domicilio, apellido y ocupación o apellido y nacionalidad. A partir de los domicilios, también se puede ver que algunos socios compartían casa con otros de un mismo origen o profesión. Asimismo, debido a la cantidad de socios que vivían en una misma cuadra o eran vecinos, se vislumbra la existencia de un patrón de reclutamiento geográfico. Finalmente, por la cantidad de personas registradas con diferentes apellidos, profesiones y orígenes, detectamos un único caso que podría asociarse con una casa de inquilinato. No obstante, dicho domicilio coincide con el del colegio de artes y oficios Pío IX —San Carlos 4050—, dirigido por los padres salesianos de la parroquia: quizás se trató de una dirección puesta por defecto o como garantía.

Ese mismo año, el segundo informe brindado por este Círculo describía su estado de situación hasta el día 31 de agosto.²² El documento da cuenta de un destacado crecimiento del centro —al cabo de solo algunos meses, se contabilizan 480 socios activos y 47 socios protectores—. Su riqueza consiste en que, al discriminar la cantidad

²¹ En Correspondencia de San Carlos, sin fecha, Caja 384, FCCO.

²² Correspondencia del Círculo de San Carlos a Alejandro Calvo, Presidente del Consejo General, 22 de septiembre de 1902. Antes de este documento, hemos encontrado entre la correspondencia del Círculo otro listado de socios que lleva inscripto el año 1902 y consideramos que el mismo pudo haber pertenecido a una localidad homónima de Santa Fe. Se trataba de un listado de 104 personas con nombre, apellido y profesión. Entre estos datos no hay coincidencias con ninguno de los 282 socios del listado previo, ni tampoco con los nombres citados en las actas del centro. Además, el listado tiene un 50% de agricultores, categoría que tampoco había aparecido con anterioridad, ni lo hizo después. FCCO, caja 384.

de socios por empleo u oficio añade, aunque no en todos los casos, una breve indicación de cuántos de ellos eran “propietarios”, y cuántos trabajaban “por su cuenta” o “a jornal”. En este informe se observa el marcado incremento, no solo en términos absolutos sino también relativos, de la cantidad de “jornaleros”, los cuales pasaron de representar menos de un 10 por ciento a casi un 20 por ciento del total de los socios. Dado que luego se detallan trabajadores “a jornal” al interior de algunos oficios —como herreros, conductores de carro, panaderos, tipógrafos—, es dable suponer que se trataba de trabajadores sin ocupación fija. Asimismo, resulta altamente probable que el aumento de la categoría estuviese en sintonía con las necesidades de la cosecha y que, por lo tanto, se volviera a reducir una vez que la demanda rural comenzara.

El listado de profesiones y oficios que ofrece el documento es amplio. Predominan albañiles y carpinteros; luego siguen comerciantes y empleados. Si sumamos a los pintores, herreros, escultores, mosaiqueros y *pozeros*, la gran rama de la construcción supera el tercio de los miembros activos. Asimismo, al interior de las principales ocupaciones, quienes tenían propiedad eran una minoría. Por ejemplo, de 42 carpinteros, solo ocho figuraban como propietarios; de 13 zapateros, uno; mientras que los herreros trabajaban todos “a jornal”. Contrariamente, quienes son identificados como carniceros, almaceneros —lamentablemente, el informe no brinda esta información sobre el conjunto de los comerciantes— e industriales figuran, en general, como propietarios. Los socios protectores se dividían entre presbíteros, rentistas, empleados, rematadores, comerciantes, etc.²³ Este informe también permite observar una notoria presencia de trabajadores en el Círculo.

Profesión	Cantidad	“propietarios”	“a jornal”	“por su cuenta”
Jornaleros	94			
Albañiles	84	S/dato	S/dato	S/dato
Carpinteros	42	8		
Comerciantes	39	S/dato	S/dato	S/dato
Empleados	26			
Lecheros	20			20
Zapateros	13	1		
Herreros	11		11	
Conductores de vehículos	11		11	
Curtidores	8		8	

23 Ídem.

Pintores	8			4
Almaceneros	8	8		
Carniceros	8	5		
Jardineros	7		7	
Industriales	6	6		
Tipógrafos	5		5	
Estudiantes	5			
Panaderos	4		4	
Encuadernadores	4		4	
Escultores	4		4	
Educacionistas	4	1		
Talleristas	4		4	
Fundidores	3		3	
Libreros	3	1		
Changadores	3			3
Canasteros	3			3
Dependientes	3			
Cocineros	2	S/dato	S/dato	S/dato
Peluqueros	2		2	
Mecánicos	2		2	
Aguateros	2			2
Mosaiqueros	2	1		
Toneleros	2		2	
Pozeros	2			2
Hojalateros	2			2
Carboneros	2			2
Alpargateros	1			1
Oficios diversos	31			

Cuadro confeccionado del informe del Círculo²⁴

El tercer y último documento del Círculo de San Carlos abarcaba el año y medio comprendido entre enero de 1902 —cuando tuvo lugar la “reestructuración”— y el 31 de agosto de 1903. Este informe consignaba que se habían dado 605 altas de miembros activos, 61 en calidad de protectores y 4 de honorarios.²⁵ Por el lado de las bajas, en dicho lapso, 209 socios activos se habían retirado por “causas diversas”.²⁶ Esto reducía a 406 la cantidad de miembros de esa categoría, aunque solo 351 de ellos estaban al día y, por

24 Con fecha 22/09/1902, Correspondencia de San Carlos, Caja 384, FCCO.

25 Correspondencia de San Carlos, 22 de septiembre de 1903, FCCO.

26 Debe tenerse en cuenta que el número de bajas era relevante, y puede vislumbrarse una rotación de miembros con plenos derechos que no se había podido observar en los informes anteriores. Los motivos de las bajas sólo son expresados excepcionalmente salvo en casos de expulsión. Por ejemplo, se expulsó a Lorenzo Sardi por haber hecho “mala prensa del círculo”, Libro de actas de San Carlos, nº 1, p. 160.

ende, con plenos derechos. Según se indica, la mora incluía también a 13 socios protectores.²⁷ Las principales ocupaciones declaradas eran “albañiles”, “jornaleros” y “carpinteros” —entre las que también se contaban más bajas—. Otras se mantuvieron más o menos estables, como las de los “lecheros” o “zapateros” y las de “comerciantes” y “empleados”; estas últimas de por sí muy numerosas. Se aprecia, igualmente, un crecimiento de los industriales, que pasaron de seis a diez; y se incorporaron algunas especialidades que previamente no habían sido señaladas —sastres, telegrafistas, marmoleros, etcétera—. Todo esto, al tiempo que también aumentaba la proporción de ocupaciones sin definir.²⁸ Una vez más, en este tercer caso, se refrenda el importante número de trabajadores manuales en la masa societaria.

Profesión/ocupación	Cantidad	Porcentaje
Albañiles	50	12,3
Jornaleros	42	10,3
Comerciantes	40	9,9
Carpinteros	25	6,2
Empleados	25	6,2
Lecheros	21	5,2
Carreros	14	3,4
Jardineros	11	2,7
Zapateros	11	2,7
Industriales	10	2,5
Almaceneros	9	2,2
Pintores	9	2,2
Mecánicos	7	1,7
Muebleros	7	1,7
Tipógrafos	7	1,7
Sastres	6	1,5
Torneros	5	1,2
Corredores	5	1,2
Repartidores diversos	5	1,2
Panaderos	5	1,2
Dependientes	5	1,2

27 La constancia de los socios protectores no aseguraba la estabilidad económica de la organización. En agosto de 1903, el aporte de estos socios había sumado 58\$ (la mayoría aportaba mensualmente 1\$ mientras que algunos aportaban 2\$). El gasto extraordinario de un solo paciente en el Hospital Italiano había sumado 60\$ y el resto, entre farmacias, médicos y subsidios 115,35\$. El grueso del ingreso provenía de la recaudación de la cuota de los socios activos que en el mes de referencia había sido 392\$. Correspondencia de San Carlos, op. cit.

28 Ídem.

Aguateros	4	1,0
Profesores	4	1,0
Talleristas	3	0,7
Encuadernadores	3	0,7
Mosaiqueros	3	0,7
Marmoleros	3	0,7
Cobradores	3	0,7
Rentistas	3	0,7
Músicos	2	0,5
Telegrafistas	2	0,5
Alpargateros	2	0,5
Diversos	55	13,5
Total	406	100,0

Cuadro confeccionado a partir del informe del Círculo.²⁹

En definitiva, por lo señalado hasta aquí, puede apreciarse que el Círculo de Obreros de San Carlos mantuvo una regular atención hacia la cantidad y ocupación de los socios activos. Como se anticipó, los tres documentos presentan rasgos muy variados en la manera de tomar los datos: el primero era nominal; el segundo especificaba, aunque no en todos los casos, diferencias al interior de cada categoría; y el tercero únicamente contabilizaba la cantidad de miembros según ocupación. Con todo, en los tres casos se detectó una conformación societaria con predominio de trabajadores manuales, con calificación y sin ella, con empleo fijo o inestable. Asimismo, no es menos notable la marcada variación del número de socios.

A comienzos de agosto de 1903, la Junta de Gobierno solicitó a todos los círculos informes sobre su estado general.³⁰ En el acta, no se menciona ni qué datos se buscaba recopilar ni con qué fin. Por las respuestas que hemos hallado, incluso al referirnos anteriormente al tercer documento de San Carlos, es evidente que se preguntó por el movimiento de altas y bajas de los socios, su ocupación, la asistencia media y la frecuencia de las reuniones de la comisión directiva; también fueron de interés la regularidad de las fiestas mensuales, la existencia o no de la comisión de propaganda, del delegado frente al Consejo General y de un boletín mensual. Además, se preguntaba por

²⁹ Con fecha 20/09/1903, en Correspondencia del Círculo de Obreros de San Carlos, Caja 384, FCCO.

³⁰ Libro de Sesiones de la Junta Central de Gobierno de los Círculos de Obreros, núm. 2, acta núm. 30, 5/08/1903, pág. 61.

el método de control y el estado de la caja y las deudas; y en el caso de tener escuela, por la cantidad de alumnos y por las características de los docentes y de su dirección.

El Círculo de Obreros de San José de Flores declaró en su respuesta contar con 391 socios activos, y detalló numéricamente las principales ocupaciones.³¹ En lo que iba del año 1903, habían ingresado 164 socios nuevos y se habían borrado 7 por “falta de pago”, “cambio de domicilio” y “pases a otros círculos”. Un tercio de los socios estaba compuesto por jornaleros, los albañiles y carpinteros representaban las ocupaciones manuales más numerosas, arriba del diez por ciento del total ambas, y con cifras similares estaban representados empleados y comerciantes. Por debajo, un conjunto de ocupaciones que estaban por debajo del tres por ciento del total, entre ellos, algunos oficios y profesiones liberales, además, de rentistas, constructores, militares, sacerdotes, etc.

Profesión/ocupación	Cantidad	Porcentaje
Jornaleros	122	31,2
Albañiles	53	13,6
Empleados	43	11,0
Carpinteros	41	10,5
Comerciantes	40	10,2
Pintores	13	3,3
Tipógrafos	11	2,8
Herreros	10	2,6
Zapateros	9	2,3
Sastres	7	1,8
Médicos	6	1,5
Militares	6	1,5
Sacerdotes	6	1,5
Rentistas	6	1,5
Abogados	5	1,3
Panaderos	4	1,0
Constructores	4	1,0
Jubilados	4	1,0
Ingeniero	1	0,3
Total	391	100,0

Cuadro confeccionado a partir del informe del Círculo.³²

31 Nota 29/10/1903, en Correspondencia del Círculo de Obreros de San José de Flores, caja 334, legajo 1901-1927. A principios de 1904, la lista de socios es similar. 387 en total, sólo hay un sastre, un zapatero y dos comerciantes menos que en el listado previo. Nota 24/01/1904, en Correspondencia del Círculo de Obreros de San José de Flores, caja 334, legajo 1901-1927.

32 Con fecha 29/10/1903, Correspondencia del Círculo de Obreros San José de Flores, FCCO.

El informe del centro de Balvanera, por su parte, exponía un total de 600 socios activos y 130 protectores, sin brindar datos sobre la “sección familias”.³³ Nuevamente, se aprecia aquí una abundante cantidad de trabajadores manuales con calificación y sin ella. Se destaca, además, por sobre los comerciantes y almaceneros, una relevante cantidad de empleados.

Profesión/ocupación	Cantidad	Porcentaje
Jornaleros	122	19,6
Empleados	80	12,9
Albañiles	60	9,6
Zapateros	51	8,2
Carpinteros	50	8,0
Muebleros	45	7,2
Herreros	42	6,8
Mucamos	40	6,4
Pintores	35	5,6
Comerciantes	30	4,8
Almaceneros	15	2,4
Maestros	11	1,8
Fideleros	8	1,3
Gasistas	7	1,1
Sastres	7	1,1
Cocheros	6	1,0
Agentes judiciales	4	0,6
tipografos	3	0,5
Industriales	3	0,5
Constructores	3	0,5
Total	622	100,0

Cuadro confeccionado a partir del informe del Círculo.³⁴

El Círculo de Obreros de Maldonado, finalmente, envió su informe a principios de 1904.³⁵ Este es escueto y solo brinda los datos que se detallan en el siguiente cuadro. El centro tenía casi 170 socios; aproximadamente un tercio eran comerciantes, y otro tanto eran trabajadores manuales. Este círculo no contaba con socios protectores, al menos en

33 Informe dirigido a Pedro Alcácer con 23/10/1903, Correspondencia Círculo de Obreros Balvanera, FCCO.

34 Ídem.

35 Nota dirigida al presidente de la Junta Central de Gobierno con fecha enero de 1904, Círculo de Obreros de Maldonado, FCCO.

esta etapa, y entre sus socios activos se hallan farmacéuticos, rentistas, constructores, militares, presbíteros, etc. Este caso manifiesta una composición diferente a la de los que se abordaron hasta aquí: es reducida la cantidad de jornaleros y carpinteros, y priman los comerciantes.

Profesión/ocupación	Cantidad	Porcentaje
Comerciantes	49	29,5
Jornaleros	21	12,7
Albañiles	20	12,0
Empleados	13	7,8
Mecánicos	7	4,2
Carreros	7	4,2
Carpinteros	6	3,6
Carniceros	6	3,6
Farmacéuticos	4	2,4
Panaderos	4	2,4
Rentistas	3	1,8
Constructores	3	1,8
Talabarteros	3	1,8
Presbíteros	2	1,2
Estudiantes	2	1,2
Pintores	2	1,2
Agricultores	2	1,2
Militares	2	1,2
Horneros	2	1,2
Carboneros	2	1,2
Cocinero	1	0,6
Zapatero	1	0,6
Procurador	1	0,6
Doctor	1	0,6
Corralero	1	0,6
Botánico	1	0,6
Total	166	100,0

Cuadro confeccionado a partir del informe del Círculo.³⁶

Hemos adelantado ya que, aunque los trabajadores manuales —con o sin calificación— eran mayoritarios, difícilmente formaban parte del gobierno de los círculos. Se trata de un elemento muy importante que no era del todo infrecuente en otros actores de la época —incluido el Partido Socialista, aunque este tenía numerosos cuadros

36 Con fecha enero de 1904, Correspondencia del Círculo de Obreros de Maldonado, FCCO.

obreros debido a la importancia dada a la actividad sindical—. Las Comisiones Directivas estaban conformadas por socios activos que eran elegidos en asambleas generales mediante ternas. En los hechos, quienes participaban de ellas eran médicos, ingenieros, empleados nacionales y abogados, entre otros. Solo por nombrar algunos ejemplos, Teófilo Lelong, presidente del Círculo de San Carlos por largos años, era empleado de la aduana; Pacífico Paulucci, presidente del Círculo de Balvanera, fue un médico joven de origen salteño; y el primer presidente del Círculo de Flores, Antonio Lódola, era un abogado de cuarenta y tantos años oriundo de Corrientes.³⁷ Se esperaba que quienes dirigieran los Círculos fuesen personas con cierta distinción social, con influencias o relaciones personales que pudiesen ser aprovechadas por la institución, y que pudieran, igualmente, ejercer cierta tutela de los socios o dirimir conflictos que surgieran entre los miembros.³⁸ Algunas excepciones en este aspecto fueron los casos del obrero tipógrafo Manuel Domeneghini, quien fue secretario de la Comisión Directiva de San Carlos —y resultó seleccionado para viajar a Roma en representación de la institución en 1903—,³⁹ y de Liborio Vandagnotto, pro-secretario de la primera Comisión Directiva del Círculo de San Telmo y uno de los referentes de la Liga Democrática Cristiana —argentino, hijo de italiano, tanto él como su padre eran doradores, un oficio calificado y poco común—. ⁴⁰ Ese lugar marginal de los trabajadores en los cuerpos directivos fue señalado en varias oportunidades, y especialmente considerado en la segunda década del siglo.⁴¹

37 Teófilo Lelong era francés de origen, nacionalizado argentino y figuraba en los registros internos como “empleado”. Según el Censo Nacional de Población (1895), tenía treinta y cuatro años, trabajaba en la Aduana, era argentino —nacido en Francia—, estaba casado, no tenía hijos y era propietario de bien raíz. Más adelante, se integró al Consejo General. Los datos de Pacífico Paulucci y Antonio Lódola corresponden a la información extraída del Censo Nacional de Población de 1895, Sección 09, Subdivisión 34, Ciudad de Buenos Aires, folios 554-563 y sección 15, Subdivisión 11, Ciudad de Buenos Aires, folios 212-221. Consultados en <https://www.familysearch.org/es/>

38 Acta núm. 266, Consejo General, 5/12/1903

39 Libro de actas de San Carlos, n.º 1, p. 127. Manuel Domeneghini era argentino, el mayor de cinco hermanos. En 1895, tenía 23 años y era tipógrafo. Su madre era genovesa, figuraba como enferma crónica y se aclaraba que no sabía si era viuda, pues su esposo estaba ausente hacía doce años. Los seis figuraban como católicos y sin bienes raíces. Censo Nacional de Población de 1895, Argentina, Capital Federal, sección 24, folio 502. Consultado en <https://www.familysearch.org/>

40 Censo Nacional de Población de 1895, Argentina, Capital Federal Sección 14, Subdivisión 04, Ciudad de Buenos Aires, folio 37-46. Consultado en <https://www.familysearch.org/>

41 Uno de los cambios planteados en la segunda década del siglo XX consistió en darles a los obreros más participación en los puestos directivos. En palabras del presidente de la Junta de Gobierno, Alejandro Bunge, en 1913: “Es necesario hacer desaparecer de los Círculos el ambiente de proteccionismo. Las comisiones directivas no deben ser protectoras del obrero sino, comisiones obreras formadas por trabajadores y directoras de los intereses obreros. Podrán y deberán complementarse, por ahora, con personas de mayor ilustración en materias sociales que sea colaboradores del obrero y le presten su concurso y consejo; pero nunca en número mayor que el de trabajadores”. Agregaba que no debían temer a los desaciertos que pudieran cometer los trabajadores en la dirección de la obra “el trabajador cristiano ha demostrado en todas partes del mundo ser hombre consciente y capaz de regir por sí mismo su propio

En síntesis, a partir de la documentación revisada, puede concluirse que los Círculos eran una sociedad poli-clasista, con una proporción destacada de trabajadores manuales, con y sin calificación u oficio fijo. Como hemos señalado, sobresale la presencia de trabajadores de la rama de la construcción —seguramente, en sintonía con el desarrollo general del mercado de trabajo de la ciudad y de barrios en crecimiento—. Se observa, por otra parte, la presencia de comerciantes de distintos rubros —almaceneros, carniceros, etcétera—; diversos oficios de producción artesanal; y en menor magnitud, socios vinculados a la incipiente producción industrial —algunos dueños de talleres, mecánicos, torneros, etcétera—.

Estos datos coinciden en gran medida con aquellos que han sido señalados para la segunda urbe del litoral del país, la ciudad de Rosario. Asimismo, estos datos también son coincidentes con los indicados por los estudios pioneros de Samuel Baily y Rómulo Gandolfo sobre el mutualismo italiano en la ciudad.⁴² Hace casi ya tres décadas, estos autores observaron que prácticamente todas las sociedades italianas que habían analizado estaban formadas centralmente por trabajadores manuales —entre el 60 y el 75 por ciento— y que estos en su mayoría eran calificados o semicalificados. Entre quienes no lo eran, se destacaban los comerciantes, seguidos por los empleados, oficinistas, industriales y profesionales.⁴³ En el caso de los jornaleros, su porcentaje es altamente fluctuante, oscilando entre el 10 y el 20 por ciento. Esto se explicaba por el flujo de migración interna para aprovechar el trabajo estacional de las cosechas, pero también se les asignaba un proyecto migratorio propio que sintetizaba en “ahorrar y retornar”.⁴⁴ Otro comportamiento compartido con las asociaciones mutuales era que la dirección de estas sociedades en general recaía en sectores medios, profesionales o trabajadores no manuales a pesar de que la mayoría de los socios eran trabajadores.⁴⁵

destino. Entre nosotros no han surgido más obreros dirigentes porque no se les ha dado su puesto”. “Los Círculos de Obreros. Discurso del Ingeniero Alejandro Bunge. Su orientación Social”, *El Trabajo*, septiembre 1913., pág. 7. Aunque los resultados de esta iniciativa no fueron inmediatos, un ejemplo en este sentido fue el de Carlos Conci, obrero gráfico, que en 1920 asumió como presidente de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros.

42 BAILY, S., “Las sociedades de ayuda mutua...”, op. cit., pág. 505; GANDOLFO, R., “Las sociedades italianas de socorros mutuos de Buenos Aires: cuestiones de clase y etnia dentro de una comunidad de inmigrantes (1880-1920)”, en DEVOTO, F. y MÍGUEZ, E. (Coomp.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica*, CEMLA-CSER-IEHS, Buenos Aires, 1992, págs. 312-313. BAILY, S., Op. cit., pág. 505.

43 GANDOLFO, R., Op. cit., págs. 312-313.

44 DEVOTO, F., *Historia de los italianos en la Argentina*, Biblios, Buenos Aires, 2008, pág. 179.

45 GANDOLFO, R., Op. cit., pág. 313.

Si volvemos a mirar las fuentes socialistas y anarquistas, un rasgo que sobresale, es el de la atribución de una presunta falta de autonomía a los trabajadores de los círculos que, desde algunos artículos, solían explicar a través de la existencia de afiliaciones forzadas y de los vínculos establecidos por la institución con ciertas patronales. Por ejemplo, tras el fracaso de la “huelga grande” en la fábrica, un corresponsal denunciaba la confección de una lista negra en la cervecería Quilmes y el ingreso casi forzado al Círculo de Obreros local. La nota indicaba que varios trabajadores habían sido despedidos por ser socialistas y suscriptores de *La Vanguardia* y del *Vorwärts* tras su adhesión a la medida de lucha. El ingreso al círculo era casi obligatorio y tenía “que hacerse socio, todo el que no quiere ser mal visto por los principales”.⁴⁶ En 1899, desde el periódico del Partido Socialista se denunciaba que el dueño de la zapatería de la calle Piedad, Daniel Fraboschi, daba trabajo bajo la condición de que el empleado se hiciese socio del Círculo parroquial. Se afirmaba que la cuota societaria se descontaba del jornal. Sería “favorito” quien pasara “su tiempo en las iglesias y manifestaciones religiosas” pero “[i]guay del que protest[as]e ó se resist[ier]a!”. Se agregaba que, en la última peregrinación a Lujan, “aquella tan numerosa”, los trabajadores de dicha zapatería habían sido forzados a concurrir y se afirmaba que hasta se habían apostado “espías para delatar a los inasistentes”. Dicho artículo finalizaba diciendo que “todo el mundo” conocía la farsa que había bajo las “sotanas”, los “calzonudos burgueses”, “sus aliados” y, en consecuencia, en los “famosos círculos de obreros católicos”, pero que aún hacía “falta revelar de cuando en cuando casos concretos, que los hay muchos y sabrosos”.⁴⁷ De origen italiano, con alrededor de cincuenta años, casado y padre de varios hijos, Daniel Fraboschi era, efectivamente, uno de los socios fundadores del Círculo de Obreros de Balvanera. No tenemos certeza de que haya sido dueño de una zapatería, aunque es posible que lo fuera; en el censo de población de 1895 figura como comerciante.⁴⁸

En otros casos, dicha falta de autonomía estuvo asociada al engaño o a la manipulación de los que se hacía objeto a los trabajadores de los Círculos con promesas

46 Luego, se exponían las duras condiciones de trabajo tanto de los adultos como de los menores niños, los maltratos de los capataces y se señalaba que los “empleados principales” de la cervecería son socios y secretarios del círculo, en Sección correspondencia, *La Vanguardia*, 10/10/1896. Otra denuncia similar se hacía a raíz de la apertura del Círculo de Obreros en Santa Fe, “El clero en acción”, *La Vanguardia*, 24/10/1896.

47 “Los famosos círculos”, *La Vanguardia*, 10/06/1899. Firma M.M.G.

48 Aun así, en la misma ficha censal hay dos hombres adultos de origen italiano que figuran como zapateros. Censo Nacional de Población de 1895, sección 07, subdivisión 09, Ciudad de Buenos Aires, Capital Federal, folio 322-331.

de beneficios que, a juicio de los articulistas, no podían sino ser falsas. En abril de 1895, una nota publicada en *El Obrero Panadero*, que describía el contenido de una conferencia católica para trabajadores en la cual se promocionaba la organización de centros para obreros, indicaba que allí se prometían médico y botica gratis para los asociados, y que también serían gratis “el carro fúnebre y el funeral para el descanso del alma”.⁴⁹ Todo eso a cambio de “un solo peso y medio como cuota de entrada y uno mensual”. Tal generosidad, se señalaba, no era más que “polvo para echar en los ojos de los incautos” y para engañar a los trabajadores que, por su ignorancia, no conocían a fondo a esos “sostenedores de todas las tiranías e iniquidades”.⁵⁰

Hemos dicho ya que los trabajadores manuales constituían la primera minoría en los Círculos de Obreros. Si bien, efectivamente, existieron ciertas formas de asociación de carácter coercitivo —denunciadas por las militancias socialistas y anarquistas—, esto no permitiría por sí solo explicar dicha experiencia asociativa, que implicó, también, la adhesión voluntaria de muchos de sus miembros y la identificación con sus principios y causas. Cabe preguntarse, entonces, qué motivaba su adhesión. La imposibilidad de acceder al testimonio de aquellos trabajadores que se asociaban a los Círculos de Obreros de la Capital nos obliga a realizar el ejercicio inverso y explorar distintas iniciativas mediante las cuales algunas comisiones directivas o de propaganda intentaron conseguir la adhesión de nuevos socios dentro de la clase trabajadora. Dichas iniciativas tienen como rasgos destacados la promoción de servicios sociales y materiales y el aporte de definiciones sobre el perfil identitario del trabajador católico. El texto citado a continuación, de 1905, fue elaborado por los fundadores del Círculo de Obreros del barrio de Belgrano y publicado en *La Voz de la Iglesia*:

“A los Obreros de Belgrano:

Es innegable la existencia de un triste malestar en la clase proletaria. Muchas y diversas son las causas que han producido este estado de cosas para el proletario [...] Con el laudable fin de cooperar a esta marcada tendencia se ha fundado en la localidad un Círculo de Obreros que con el propósito de defender al obrero por la fuerza del derecho, ha de reportar para éste, beneficios tan positivos, como oportunos. [...]

En los posibles conflictos de los socios y sus patrones, intervendrá la Comisión Directiva para solucionarlos pacíficamente y en forma siempre ventajosa para los asociados. Tanto la Comisión Directiva como la de Propaganda se reunirán semanalmente. Todos los socios pueden concurrir todos los Domingos y días festivos al local del Círculo, donde encontrarán diversos juegos en que podrán pasar horas de verdadera fraternidad [...].⁵¹

49 “Exfuerzos inútiles”, *El Obrero Panadero*, número 12, 05/04/1895.

50 Ídem.

51 Extraído de *La Voz de la Iglesia*, 07/04/1905, citado en SPALDING, H., *Op. cit.*, págs. 509-10.

Dirigido a los obreros de Belgrano, este anuncio comenzaba señalando el malestar que padecía la clase proletaria y su deseo de rehabilitación. La constitución de este Círculo era presentada como una contribución al mejoramiento de la situación de los trabajadores de la localidad. Se declaraba la intención de defender al obrero a través de medios legales y se proponía establecer para su beneficio el socorro mutuo y una escuela para la instrucción tanto de niños como de adultos. El anuncio no deja de mencionar la realización periódica de eventos de esparcimiento para los socios y sus familias, por lo que es probable que este tipo de actividades fueran especialmente atractivas para los trabajadores extranjeros o, al menos, que eso considerara el grupo fundador. Asimismo, la oferta de protección laboral en favor del socio podría haber sido, también, un motivo de ingreso en momentos en que no existían leyes u organismos estatales específicos. Por último, el anuncio agrega la existencia de un salón para uso recreativo con juegos y espíritu fraterno. Tal espíritu implicaba la fraternidad entre trabajadores, pero también con otros sectores sociales.

Llama la atención la ausencia de alguna mención específica a cuestiones de índole religiosa o espiritual. De conjunto, los beneficios ofrecidos para persuadir a potenciales socios eran de orden material, educativo y social. Se hace mención, de manera reiterada, al estado de desprotección y malestar del proletariado, al tiempo que se le invita a rehabilitarse con medios legales o negociados con la colaboración de la comisión directiva —que, recordemos, no tenía prácticamente trabajadores—. El anuncio habla, también, de un deseo de bienestar. En relación con este, la educación podía constituir una vía de ascenso social; al mismo tiempo, era una manera de integración nacional para los socios de los círculos, muchos de ellos extranjeros. No se omite la mención al conflicto entre capital y trabajo: por el contrario, se lo reconoce y se propone encauzarlo, a través de una metodología de resolución de los conflictos claramente opuesta a las que solían recurrir las izquierdas y el movimiento obrero.

En otro texto publicado por el Círculo de Obreros de Maldonado, en la zona de Palermo, en el final del periodo que abarca la presente tesis, la estrategia fue otra.

“Es obra patriótica y cristiana invitar a nuestros parientes y amigos a inscribirse como socios del Círculo de Obreros, ya sea en carácter de activos o protectores. Hay quienes dicen: “yo no me inscribo porque es una sociedad de Curas y Frailes”, eso no es más que una simple excusa; por otra parte no se trata de una sociedad de Curas y Frailes (que si así fuera no sería un obstáculo para ser socio, tratándose por supuesto de hombres libres, cristianos y de claro entendimiento), nuestra Institución está formada por obreros en toda la extensión de la palabra, es decir, obreros manuales e intelectuales y así vemos en nuestras filas jornaleros,

empleados, profesionales, comerciantes, militares, etc., y para mayor honra de la entidad a dignísimos sacerdotes.

Somos creyentes y católicos sociales, precisamente porque somos obreros conscientes, concedores de nuestros derechos y también de nuestros deberes.

Vengan, pues, agruparse entorno de nuestro estandarte todos los hombres capaces de poderse manifestar como nosotros: libres e independientes”.⁵²

Este anuncio fue publicado en el boletín del Centro, casi veinte años después de su fundación, y por eso estaba dirigido a sus propios socios, para que estos, a su vez, acercaran a sus amistades y parientes. Tal acción era reivindicada como una obra “patriótica y cristiana”. Resulta sugerente que se advirtiera que había quienes tenían como concepto —o excusa, como decía exactamente— para no inscribirse catalogar a los círculos como una sociedad de “curas y frailes”. En contraposición a tal imagen —¿creada por quiénes?—, se ofrecía la de una entidad conformada mayoritariamente por obreros manuales e intelectuales —una composición social similar a la que hemos observado más arriba—. En ese sentido, quizás en discusión con esa misma construcción previamente citada, se consideraba a estos obreros como hombres “libres e independientes”, a la vez que “creyentes y católicos sociales” y, por lo tanto, conscientes por igual de sus derechos y de sus obligaciones.

En los años que mediaron entre un anuncio y el otro, más allá del tipo de publicación y de las especificidades que pudieran tener los Círculos en cuestión, se aprecia una pronunciada variación de la orientación institucional. Al respecto, se ha señalado ya que Grote era de la opinión de no circunscribir la adhesión de socios a su identificación con el catolicismo. De hecho, este segundo anuncio conoció la luz después del Centenario y la Primera Guerra, con Grote alejado de la dirección de los Círculos y en momentos en que estos estaban ya formalmente integrados a la Unión Popular Católica Argentina —institución que buscaba centralizar y asimilar las iniciativas del laicado a la autoridad eclesial; volveremos a esta cuestión más adelante—.

A continuación, nos interesa detenernos brevemente en la oferta de servicios como un elemento persuasivo para los futuros socios. Siguiendo las actas de los Círculos que las conservaron, puede observarse que, de manera frecuente, los socios demandaron algunos servicios, como la extensión de la cobertura a las familias o el panteón social, y se negaron —o lo intentaron— a participar de otros, como las cajas de seguros, cooperativas de consumo o incluso a pagar por la ampliación del panteón. De hecho, el socorro en la enfermedad bajo la forma de cobertura en medicamentos, visitas médicas

52 “Hagamos socios”, *La Acción de Maldonado*, año 1, núm. 2, septiembre, 1923, pág. 6.

domiciliarias, internaciones o subsidios por los días de trabajo caídos eran cuestiones vitales para las familias obreras en este período previo a la legislación laboral y a la función social del Estado.⁵³ Esta afirmación quizás debiera ser matizada, ya que podía solo ser cierta para el sector de los trabajadores que tenía ingresos de manera relativamente estable o algún margen para apostar por la previsión; es decir, no se trataba de una solución para el conjunto de los trabajadores.

Otro beneficio muy importante, al que ya se aludió, y que contó con alguna demanda, fue la provisión de vacantes educativas en establecimientos propios o en otra institución católica de la zona. En las actas de las reuniones de la comisión directiva del Círculo de San Carlos se pueden encontrar varios socios preguntando “por la escuela del círculo”⁵⁴; motivo por el cual en más de una ocasión se ponderó la posibilidad de solicitar la colaboración de las “distinguidas señoras católicas” que sostenían las escuelas en otros centros para abrir una escuela propia. Es dable suponer que la educación en las instituciones de los Círculos no solo respondía a la cuestión concreta de conseguir una vacante escolar, sino al hecho de que la educación que recibiera la niñez fuese acorde a los preceptos de la fe católica. Del mismo modo, dada la importante labor de muchos directores espirituales en la cotidiana organización de los centros, resulta probable que muchos socios encontraran en ellos espacios de contención espiritual. Además, parece haber tenido importancia la asistencia en la defunción, ya fuera por la ayuda con los costes del sepelio como por el acompañamiento que brindaba el círculo a las familias en el plano ceremonial y afectivo. Más adelante, se irían agregando otro tipo de iniciativas; algunas surgieron del Consejo General de los Círculos y eran organizadas a escala de la ciudad,⁵⁵ otras, en cambio, provenían del propio círculo, como, por ejemplo, las clases de dibujo gratuitas promovidas por el director espiritual.⁵⁶

No debe perderse de vista, sin embargo, que otra de las ventajas que tenía la pertenencia a esta asociación era la posibilidad de adquirir empleo. Algunos socios solicitaban recomendaciones laborales a los miembros de las comisiones directivas. Por ejemplo, el socio Clannerie, de San Carlos, pedía por nota una recomendación para su hija, la Srta. Felisa, quien era profesora y deseaba ingresar en el distrito escolar de la sección

53 En algunos casos, los colocaban gratuitamente en el Hospital Italiano a partir de relaciones que miembros de la Comisión Directiva tenían con la institución). Además, podían llevarle el subsidio al mismo hospital. Libro de actas del Círculo de Obreros de San Carlos, núm. 1, págs. 73 y p. 81.

54 Libro de actas del Círculo de Obreros de San Carlos, núm. 1, pág. 55.

55 Por ejemplo, la constitución de bibliotecas o tarjetas de descuento en productos.

56 Libro de actas del Círculo de Obreros de San Carlos, núm. 1, pág. 99.

12.⁵⁷ En otro caso, el presidente Lelong simplemente informó que había dado una recomendación “para un obrero que solicitaba trabajo”.⁵⁸ Con el funcionamiento de la Agencia de Trabajo esto intentó formalizarse.

Asimismo, es importante señalar la función de integración social que cumplían los Círculos para numerosos trabajadores —aunque no solamente para ellos—. Fiestas, peregrinaciones y otros eventos religiosos, juegos y pasatiempos fuera y dentro del local servían para estrechar vínculos y, tal vez, fortalecer cierto espíritu de pertenencia. Al menos, esto último era un deseo de quienes dirigían la institución. Estas relaciones podían traducirse en acompañamiento en situaciones adversas, como enfermedades prolongadas o internaciones, o en auxilios informales para el socio o su familia. Por ejemplo, en la invitación a la inauguración del local de la calle Yapeyú, se anunciaba la apertura de un “nuevo y espacioso local, el que contará entre otras mejoras una cómoda cancha de pelota y varias otras diversiones”.⁵⁹ La recreación cumplía la función de ser una actividad de moralización de las conductas de la clase trabajadora —a la que se alejaba de los bares y otras diversiones valoradas negativamente— y también podía constituir una fuente de financiamiento.⁶⁰ Por el lado de los socios, esto podía significar un espacio de sociabilidad masculina y de entretenimiento a bajo costo y, en algunos momentos, integrar también a las familias.

Por otro lado, ya hemos mencionado que había un importante movimiento de altas y bajas de asociados. Este tema fue especialmente discutido en una sesión del Consejo General de los Círculos de Obreros ocurrida a fines del año 1903: allí se puso de relieve el problema que significaba la alta rotación de socios y cuáles creían sus dirigentes que eran los motivos. Antonio Solari —uno de los fundadores de la institución— era de la opinión de que quienes salían fácilmente eran aquellos socios que no habían tenido presentadores y que se habían acercado por sí mismos. Agregaba que los socios formados en las escuelas de los Círculos “no sal[ía]n jamás de ellos” y que, en cambio, quienes se acercaban “atraídos por otras circunstancias” salían con mayor facilidad.⁶¹ Gómez Llambí —delegado por el Círculo Central— era de la opinión de que debían llevar un control del problema en todos los Círculos a fin de examinar las causas y aplicar el remedio a dicho

57 Libro de actas del Círculo de Obreros de San Carlos, núm. 1, pág. 256.

58 Libro de actas del Círculo de Obreros de San Carlos, núm. 1, pág. 60.

59 *La Voz de la Iglesia*, 13/07/1896.

60 Una de estas actividades fue un juego de pelota con renombrados jugadores a beneficio del círculo. *La Voz de la Iglesia*, 21/08/1896; Libro de actas del Círculo de Obreros de San Carlos, núm. 1, pág. 59.

61 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 266, 05/12/1903.

“mal general”. Por su parte, el presidente del Círculo de Obreros de Santa Lucía decía que con una propaganda activa en su Círculo habían conseguido volver a atraer a los socios salidos. El padre Yani fue más allá e indicó que las causas eran varias: por un lado, los hábitos contraídos en otras sociedades eran incompatibles con los de los Círculos; por otro, mencionaba el “espíritu de lucha reinante” y las “ínfulas” de “mandones” de muchos de los que entraban al Círculo “con el propósito de hacer y deshacer”. Al mismo tiempo, añadía como causantes de la “falta de cariño” hacia los centros de la institución a la escasez de trabajo y la persistencia de “las ideas socialistas” en su labor “para arrancar a los obreros de nuestro círculo”. Yani, para subrayar la importancia del asunto tratado, afirmaba que el Círculo de la Concepción, del que participaba, había definido debatir la cuestión de las bajas semanalmente. El delegado del Círculo de Palermo, Iglesias, argumentó que el cobrador podía colaborar activamente para favorecer el trabajo de la comisión directiva y evitar que se perdieran muchos socios.

Con tono disonante, el presidente del Círculo de San Telmo, Dell Monte, manifestó que debían entrar “obreros verdaderos” en las comisiones directivas, porque ellos eran quienes más sentían “sus necesidades”. Además, hizo moción para que entrase un obrero en la Junta de Gobierno, y argumentó que “el obrero no se informa[ba] de ninguno de los asuntos que se trata[ban], que no toma[ba] intervención en ninguno de los debates y e[ra] una de las razones más poderosas del alejamiento de los socios”. Le respondió el presbítero Yani, quien señaló que “aun admitiendo que en la comisión directiva pued[ies]en entrar algunas personas instruidas que [fuese]n obreros”, los socios no obreros tenían en las comisiones la “gran misión” de obtener los mejores frutos posibles para sus círculos haciendo uso de sus “influencias sociales”, por ejemplo, para atraer socios protectores. En su opinión, los obreros no podían tener las influencias que los abogados, médicos y personas de ilustración conseguían a través de “su valor y posición social”. Puesta a votación, la moción fue rechazada por mayoría.⁶²

El debate ese día continuó con otros temas, pero se inició un nuevo intercambio de nuestro interés con relación al estado del Círculo de Córdoba. Al mencionarse que, para la mantención de la buena marcha de ese centro, era necesaria una reducción de la cuota de ingreso, volvió a intervenir el presidente del Círculo de San Telmo. En su opinión, tanto el subsidio como el socorro mutuo eran cuestiones de primer orden para

62 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 266, 05/12/1903.

los socios. Los Círculos debían convertirse en sociedades cooperativas “para ampliar más nuestro programa, procurando socorrer al obrero en todas sus necesidades” y señalaba que podía establecerse con facilidad una cooperativa de consumo “con una pequeña cuota adicional que se le impusiera a los socios”. En respuesta, Solari planteó que en diversas ocasiones se habían tratado proyectos de ese estilo y que no habían dado los resultados esperados porque los obreros “no respondían”. El presidente del Círculo Central añadió que se había “desengañado” ante “la apatía con que respond[ía]n los obreros a los diversos llamados que se les hac[ía] buscando su protección”.

Dell Monte replicó que era necesario dar el ejemplo al obrero “procurando instruirlo, porque en su mayoría son ignorantes”. Por eso se afirmaba en la idea de que el obrero instruido debía ocupar un puesto también en las comisiones. Antonio Solari le respondió que en el Círculo Central se habían hecho pruebas de educar al obrero por medio de conferencias, y que no habían dado los resultados deseados. Volvía a su argumento inicial, el porvenir de los Círculos de Obreros estaba en la generación que saliese educada de sus escuelas. El delegado de Santa Lucía, Ferrecio, agregaba que allí se había instalado una botica con muchas facilidades y ventajas, pero los socios no iban a ella a surtirse. Por su parte, Gómez Llambí propuso que se dedicase toda la atención a estudiar e investigar “el porqué de esa indiferencia de los socios”, a la cual, según opinaba podía influir “la falta de comodidad de los edificios”. El objetivo principal consistía en que los socios se encariñasen de algún modo con los Círculos y asistiesen de manera regular a ellos. Por último, cerrando la discusión y volviendo al tema inicial, Petroni afirmó que el motivo principal de que los socios se borrasen era la falta de trabajo y, por consiguiente, de recursos para atender a sus necesidades.⁶³

Esta discusión es muy rica por la cantidad de realidades que describe: socios más o menos comprometidos con la institución; trabajadores que quieren modificarla a su gusto; otros que no participan de la vida cotidiana del Círculo; socios con experiencias en otras sociedades; y la cuestión de la propaganda socialista. Estas imágenes —obreros “mandones” y “con ínfulas”— contrastan con las que suelen aparecer en la prensa anarquista o socialista en las cuales se destaca la docilidad de los obreros —se los describe como “borregos”, “lanares”, etc.— Entre las estrategias para contener la rotación de los socios primaba la búsqueda de identificación con el Círculo y su proyecto más general;

63 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 266, 05/12/1903.

en ella, se destacaba la educación y, aunque no fuesen nombradas, seguramente también jugaban ese rol las conferencias, peregrinaciones y manifestaciones. En particular, se trata de un debate que registra tensiones en cuanto al lugar a ocupar por los trabajadores en los órganos de decisión y en los mismos Círculos, cuestión que no aparecía en boca de los trabajadores sino de la dirigencia. Un debate sobre las altas y las bajas, termina discutiendo las motivaciones y participación de los trabajadores en los círculos.

Mayoría extranjera, política patriótica

En este apartado se analiza otro de los rasgos que consideramos característico de la composición social de los Círculos de Obreros de la ciudad de Buenos Aires: la mayoría de sus socios eran de origen extranjero. Esto sin dudas tenía que ver con características generales de la ciudad que se han señalado en los capítulos previos; de todos modos, nos interesa destacar aquí que la institución desplegó una temprana política de promoción patriótica, la cual se profundizó en la primera década del siglo XX.

Como hemos indicado más arriba, reglamentariamente, podían asociarse a los Círculos individuos de cualquier procedencia. De hecho, a lo largo del periodo que estamos analizando, los extranjeros fueron mayoritarios en los Círculos de la Capital Federal, como se puede apreciar, por ejemplo, en el Censo de Asociaciones de 1904.⁶⁴ El listado de socios del Círculo de San Carlos de 1902, citado en el apartado anterior, se condice con esta descripción y aporta, además, una valiosa y poco frecuente muestra del origen de los miembros del centro. De todos modos, se debe aclarar que los datos del Censo correspondientes al Círculo de San Carlos no coinciden con los del listado de 1902, pues el censo consignaba que allí primaban los “argentinos”,⁶⁵ a diferencia del resto de los círculos mencionados que contaban con mayoría de “italianos”. El listado de socios de San Carlos, muestra, contrariamente, que más de la mitad de sus miembros figuraban como “italianos” y únicamente un quinto del total como “argentinos”. Una proporción ligeramente menor a la de los socios argentinos, ya fuesen nativos o nacionalizados, estaba representada por españoles, mientras que el resto se componía de once franceses,

64 “Estudio sobre los resultados del Censo de Asociaciones”, *Censo general de población, edificación, comercio é industrias de la ciudad de Buenos Aires, levantado en los días 11 y 18 de 1904*, por MARTINEZ, A., op. cit., pág. CLXIII.

65 La única excepción parcial a esta afirmación, es que el “Círculo de Obreros Católicos” figura con mayoría de socios argentinos e italianos. De todos modos, este censo se analizará en el capítulo siguiente. “Estudio sobre los resultados del Censo de Asociaciones”, op. cit. pág. CLXIII.

siete uruguayos, dos suizos, un alemán y un filipino.⁶⁶ Aunque no hemos hallado un segundo listado del mismo tenor, podemos suponer, utilizando otras referencias, que esta fue una realidad más o menos extendida en los centros de la Capital Federal. Al mismo tiempo, según lo indican algunos informes de producción interna que se analizarán en el próximo capítulo, al menos hasta fines de la década de 1910, los socios extranjeros siguieron siendo mayoría en los centros de la ciudad.

Nacionalidad	Cantidad	Porcentaje
Italianos	157	55,3
Argentinos	57	20,1
Españoles	48	16,9
Franceses	11	3,9
Orientales	7	2,5
Suizos	2	0,7
Alemán	1	0,4
Filipino	1	0,4

Cuadro confeccionado a partir del listado de socios activos del primer cuatrimestre de 1902.⁶⁷

Por ejemplo, un artículo de *El Pueblo* de 1902 coincidía con esta caracterización sobre el origen de los socios de los Círculos, y señalaba que, especialmente en el litoral, estaban compuestos por el elemento extranjero.⁶⁸

Un intercambio institucional entre la Santa Sede y el arzobispado de Buenos Aires, que tuvo lugar en 1907, reafirma este diagnóstico. En dicha ocasión, el papa Pío X se había manifestado preocupado por saber si en el arzobispado porteño se estaban arbitrando los “medios más oportunos y eficaces para preservar la corrupción de los colonos europeos”⁶⁹ que llegaban en masa al país. Al mismo tiempo, les hacía llegar a los prelados argentinos la recomendación de que las colonias de inmigrantes más numerosas tuviesen sus propias iglesias o capillas, atendidas por uno o más sacerdotes connacionales —preferentemente, pertenecientes a congregaciones—, para que estos proveyeran asistencia espiritual y formación religiosa en su propia lengua.⁷⁰ De igual modo, sugería que, en aquellas parroquias que tuvieran una cantidad considerable de inmigrantes de una

66 Correspondencia de San Carlos, año 1902, caja 384, FCCO.

67 En Correspondencia de San Carlos, sin fecha, caja 384, FCCO

68 “Otra faz benéfica de los Círculos de Obreros”, *El Pueblo*, 04/07/1902.

69 El informe está conservado en Roma, en el Archivo Apostólico Vaticano —previamente, el Archivo Secreto Vaticano— citamos el trabajo del historiador mendocino Pedro Santos Martínez en que es reproducido parcialmente. SANTOS MARTINEZ, P. “Religión e inmigración en 1907. Un informe del Arzobispado de Buenos Aires”, *Archivum. Revista de la Junta Histórica Eclesiástica Argentina*, núm. 16, Buenos Aires, 1994, pág. 127.

70 SANTOS MARTINEZ, P., “Religión e inmigración...”, op. cit., pág. 128.

misma nacionalidad, en los días festivos se brindarían las misas en el respectivo idioma.⁷¹ En su respuesta, el arzobispo de Buenos Aires, Mariano Espinosa, informaba acerca de la atención espiritual que recibían los distintos colectivos de inmigrantes residentes en la ciudad,⁷² a la que describía como una sociedad cosmopolita, que tenía representación de todas las razas existentes. Observaba, además, que tales incorporaciones, como “componente voluntario de la nacionalidad argentina”, le imprimían “un carácter fijo de progreso” a la República.⁷³

Según el arzobispo, cada colectivo inmigrante traía consigo sus propias creencias y encontraba en Buenos Aires su respectivo templo. En su opinión, la mayoría de los recién llegados eran personas adultas que traían “bien cimentada su respectiva fe”, de manera que desestimaba la posibilidad de su conversión; había que aceptarlos “como llegan”. A su vez, por ser la mayoría de los inmigrantes de origen latino, primaba entre ellos la fe católica. Aunque, aclaraba, sufriría “una cruel decepción” quien se imaginara que “todos esos católicos lo [era]n en la práctica”,⁷⁴ ya que no todos quienes se declaraban católicos “lo eran en realidad”. El número de creyentes, según él, era menor que el registrado por los censos, ya que primaban los “indiferentes prácticos”. Espinosa no acordaba con la idea de que fuera en América en donde se perdía la fe, pues, quienes así lo quisieran, podían practicarla “aquí con la misma facilidad y amplitud que en Europa”. Por otro lado, no era únicamente en Buenos Aires donde los inmigrantes se hacían “socialistas o anarquistas”, sino que muchos llegaban “imbuidos de esas doctrinas avanzadas desde sus tierras”.⁷⁵

Refiriéndose puntualmente a la atención religiosa que se brindaba en la ciudad, Espinosa detallaba que la población superaba el millón de almas y era atendida en 83 iglesias, sin contar las capillas pertenecientes a colegios, asilos y hospitales. Asimismo, describía un servicio religioso atento a las características de las distintas colectividades, con templos dedicados específicamente a la comunidad alemana, a la vasca, a las de habla francesa —belgas y franceses—, a las de habla inglesa —donde se destacaba la irlandesa—, y a las menos numerosas de maronitas, sirios, turcos, polacos y rusos. Los residentes italianos sumaban prácticamente la mitad de la población inmigrante, y su fe

71 Ídem.

72 “Religión é inmigración en la Arquidiócesis de Buenos Aires: datos estadísticos octubre de 1907”, La Euskaria, Buenos Aires, 1907.

73 SANTOS MARTINEZ, P., “Religión e inmigración...”, op. cit., pág. 129.

74 Ídem.

75 Ídem.

estaba asistida especialmente por la congregación salesiana, aunque también colaboraban en ello los padres pasionistas y redentoristas. En total, según el informe, los salesianos tenían la administración y el servicio en once templos de la ciudad. Aun pudiendo dar la prédica en italiano, en la mayoría de las iglesias se prefería el castellano “sencillo” y “al alcance del pueblo trabajador”, debido a las amplias diferencias que existían entre los dialectos.⁷⁶ El informe declaraba que los padres salesianos tenían a su cargo, además, dos colegios de artes y oficios para jóvenes varones de familias obreras, una sección de la Asociación Católica y dos Círculos de Obreros. La inclusión de estas instituciones en el informe es sugerente. Suponemos que Espinosa se refería a la Sociedad de Socorros Mutuos de San Juan Evangelista —fundada en la primera mitad de la década del ochenta en el barrio de la Boca— y a los Círculos de Obreros de San Carlos (1896) —en Almagro— y Maldonado (1902) —en la zona que actualmente se conoce como Palermo Hollywood—.

En cuanto a los Círculos de Obreros, el informe agregaba que estos tenían unos 15.000 asociados en Buenos Aires, distribuidos estratégicamente en todas las parroquias, “aunque la gran mayoría de sus integrantes son italianos o de origen italiano, en sus secretarías ‘toda clase de inmigrantes encuentran gratuitamente los mejores informes para las orientaciones del trabajo’”. Apenas arribaban al país, los extranjeros podían inscribirse en los Círculos “‹hábilmente atraídos por las Comisiones de Propaganda›, para evitar que ‹los incautos recién llegados a una tierra extraña caigan en los lados del socialismo o del anarquismo›”.⁷⁷

Espinosa hacía alusión, igualmente, a la resolución de la Segunda Asamblea de Católicos Argentinos (1906) que, como medio eficaz para resolver la cuestión obrera, había definido ayudar y proteger la labor de los Círculos de Obreros. Se buscaba, en tal sentido, dar preferencia en la contratación a los socios de los Círculos, y para esto se promovía la creación de una Secretaría del Trabajo.⁷⁸ En 1913 aún se insistía con este problema. En uno de sus primeros discursos como presidente de la Junta Central de Gobierno, Alejandro Bunge se refirió brevemente a la situación del inmigrante, quien llegaba al país “sin orientación ni consejo”. Por eso, las oficinas de colocación debían ocuparse también de ellos y se proponía que la Junta de Gobierno estableciera vínculos

76 SANTOS MARTINEZ, P., “Religión e inmigración...”, op. cit., pág. 134.

77 SANTOS MARTINEZ, P., “Religión e inmigración...”, op. cit., pág. 138.

78 SANTOS MARTINEZ, P., “Religión e inmigración...”, op. cit., pág. 139.

con el exterior. Dado que las condiciones del país producían en los inmigrantes “la más completa desorientación” arrasando con “lo poco edificado que trae[n] en su espíritu”, de modo que vincularlos y arraigarlos era obra de patriotismo.⁷⁹

Es interesante considerar, luego de lo visto hasta aquí, el modo en que esa mayoría de extranjeros, en particular de italianos, se expresaba, ocasionalmente, en los programas de las fiestas que regularmente se organizaban en los Círculos. A veces, por ejemplo, se recitaban monólogos en italiano o se cantaba en ese idioma alguna pieza musical.⁸⁰ En una fiesta realizada en el Círculo Central en honor al patrono de los Círculos, el patio había sido decorado sencillamente “con banderas de diversas nacionalidades, destacándose enfrente, en medio de la gran bandera argentina una bella imagen de San José”.⁸¹ Asimismo, en más de una oportunidad, la causa católica y la política italiana se entrecruzaban dando lugar a iniciativas concretas;⁸² y también a otras que, aunque se discutían, por prudencia no se llevaban adelante.⁸³ Resulta probable que los Círculos se vincularan más directamente y, quizás, se identificaran con algunos sectores de la

79 “Los Círculos de Obreros. Discurso del Ingeniero Alejandro Bunge. Su orientación Social”, *El Trabajo*, septiembre 1913., pág. 8.

80 “Círculo Central de Obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 14/01/1895; “El señor Adolfo Goeta se conquistó numerosos aplausos cantando acompañando en la guitarra varios trozos en italiano...”, “Círculo Central de Obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 20/05/1895.

81 “Círculo central de obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 24/04/1894.

82 Otro caso fue la batalla de Abbi-Garimi: en esa ocasión los Círculos de Obreros definieron realizar un funeral en sufragio de los soldados italianos caídos en la Iglesia Nuestra Señora de Balvanera. Según el órgano de prensa de los Círculos de Obreros, *La Defensa*, ese día la iglesia estaba llena “como en los días de grandes solemnidades”. La nave central del templo fue ocupada por los miembros del Consejo General: adelante, Federico Grote y Alejo de Nevares, seguían los miembros de las juntas directivas y las comisiones de propaganda de los demás círculos y, luego, los socios. Había también socios, señoras y señoritas en las naves laterales. Según se afirmaba todos habían quedado “sumamente satisfechos” con el “grandioso funeral, que ha sido una sincera prueba del aprecio que se ha conquistado en nuestra patria la colectividad italiana”. “Funeral por las víctimas de Abbi-Garimi”, *La Defensa*, 12/03/1896.

83 Nos referimos, por ejemplo, a la contramanifestación del 20 de septiembre de 1895. Desde 1870, los residentes italianos—que conformaban la comunidad extranjera más numerosa de la ciudad— festejaban la unificación del estado italiano concretada tras el ingreso a Roma de las tropas italianas por la Porta Pia y en oposición al poder terrenal del papado. Aunque con el tiempo la organización de estos festejos dio lugar a diversos reacomodamientos y fuertes disputas políticas entre republicanos y monárquicos, socialistas y republicanos, entre clericales y anticlericales, y, en consecuencia, varió notoriamente el formato y los significados de estos, lo cierto es que hacia el final del siglo la conmemoración aún mantenía un fuerte componente popular y anticlerical. Así, en el evento que conmemoraría el aniversario número 25 de la gesta, el Consejo General discutió una serie de iniciativas y la posibilidad de participar de una contramanifestación que desagrariera a la Iglesia. Finalmente, tras consultar la conveniencia de esta acción con la autoridad eclesiástica local, resolvieron no hacerlo. En *Libro de actas del Consejo General*, núm. 1, sesión 17 y 19, 22/08/1895 y 19/09/1895. Agradezco a Lady Heidenreich por haberme facilitado los borradores de su tesis de maestría sobre los festejos y contra-festejos del XX de Septiembre en la ciudad de Buenos Aires.

colectividad italiana. Especialmente con aquellos que defendían los principios católicos y estaban enfrentados con republicanos y socialistas, de quienes recibían fuertes críticas.⁸⁴

Lo que ninguna de las fuentes previamente indicadas explicitaba es que, a diferencia de lo que sucedía en la masa societaria, la proporción de extranjeros disminuía notablemente en los órganos de gobierno de la institución. Si volvemos al caso de San Carlos, advertimos que la comisión directiva, en el momento de confección del listado ya referido, estuvo compuesta por trece miembros. Siete eran argentinos —entre ellos, uno nacionalizado—,⁸⁵ mientras que, de los seis miembros restantes, dos eran italianos, dos españoles, uno irlandés y otro francés.⁸⁶ Entonces, a la par que en el conjunto del círculo había prácticamente un ochenta por ciento de extranjeros, en la comisión directiva la relación era de una cuasi paridad. Esto nos parece importante para pensar el trabajo de promoción patriótica que se hacía en ellos.

Nos toca ahora retomar el artículo publicado por *El Pueblo* en 1902. Allí se destacaba que los Círculos tenían “la misión muy noble de propender al cultivo del amor a las cosas de la patria y el culto de sus gloriosos recuerdos” entre sus numerosos asociados. Así, se elogiaba que se aprovechara el “socorro mutuo para que el extranjero que vive en nuestro pueblo a la vez que se afianza en las ideas de orden, se vincule al país, lo conozca y sepa amarlo como se lo proponen las conferencias dadas en los Círculos de Obreros” en las fechas patrias. El texto agregaba que no había “[n]ada más propicio que el cultivo de las tradiciones de este país para difundir entre las masas populares las ideas conservadoras” que eran parte del programa de la institución. A su vez, en opinión

84 En una de las cajas del Círculo de Obreros de Balvanera, acompañando el libro de entradas y salidas, hallamos unos cupones de contribución con la Società Nazionale Italiana, fundada en 1861. Esta sociedad era de orientación monárquica y estaba en la misma zona del Círculo —inicialmente, su local estuvo en la calle Piedad, se mudó luego a la sede que aún conserva en Alsina 1465—.

85 Nos referimos a la Comisión Directiva constituida el 31/12/1901. “Reseña histórica del Círculo de Obreros de la Parroquia de San Carlos, Almagro, Buenos Aires”, en el libro de actas del Círculos de Obreros de San Carlos, 1902, pág. 41.

86 El presidente del Círculo: Teófilo Lelong, empleado argentino —según el Censo Nacional de 1895, era francés nacionalizado argentino—; los vicepresidentes: Guillermo Frávega, industrial de origen italiano —según el Censo Nacional, estaba recientemente casado con una argentina— y Eugenio Ivancovich, profesor argentino —de acuerdo con el censo, su padre era austríaco y vivía con él; el secretario: Tomás Mayoqui, empleado argentino; el prosecretario: Santiago Sardi, constructor italiano —no encontramos de dato censal, podría haber llegado al país luego del registro—; el tesorero: Enrique Freydier, con el mismo nombre había dos socios ambos músicos y nacidos en Francia, eran padre e hijo; el rotesorero: Antonio Blanco empleado español —sin registro censal—. Los vocales: Manuel Domeneghini, tipógrafo argentino; Antonio Mulet, comerciante español; Pedro Seoane, estudiante argentino; Emilio Botineli empleado argentino; Felix W. Dolan, rentista irlandés y Eduardo Berasategui, empleado argentino. Estos dos últimos vocales no figuraban en el listado de socios activos del Círculo confeccionado en 1902. El resto de los datos han sido sacados de dicho documento interno y, en la mayor parte de los casos, se han corroborado con las fichas del Censo Nacional de Población de 1895 disponibles en <https://www.familysearch.org/search/collection/1410078>.

de quien escribía esas líneas, no había tampoco nada más útil que hacer que “los niños argentinos, hijos de esos obreros, no desconozcan la historia de su patria y se preparen para servirla dignamente”, y esto era lo que se hacía en las escuelas de los Círculos. Finalmente, el artículo subrayaba que se trataba de una obra que se abría paso “a pesar de los despechos del socialismo”, con lo que se sembraba “una semilla que ha[bría] de germinar frutos lozanos en las generaciones del porvenir”.⁸⁷

En estas líneas se dice mucho de lo que significaba para los católicos argentinos la difusión de los valores patrióticos y de los símbolos nacionales entre los trabajadores. Esta política, aunque se profundizaría luego, formó parte de las actividades de los Círculos de Obreros desde sus orígenes. La inclusión del himno nacional argentino en sus fiestas ordinarias, el uso de la bandera azul y blanca en las peregrinaciones y la regular realización de actos, fiestas y conferencias en las fechas importantes del calendario cívico nacional —por entonces, 25 de mayo y 9 de julio— dan cuenta de esto.⁸⁸

Por un lado, los Círculos de Obreros surgieron y se consolidaron en un periodo en el que el problema social estuvo íntimamente ligado al nacional. A fines del siglo XIX, las primeras huelgas obreras y algunas movilizaciones que tuvieron como protagonistas a comunidades de extranjeros habían comenzado a resquebrajar el optimismo en que se sostuvo la política inmigratoria posterior a Caseros. Tras la crisis del noventa, distintos factores, como la movilización de nuevos sectores sociales, el reclamo de derechos políticos por parte de colectivos extranjeros, la sublevación de los agricultores en las colonias santafesinas y la revolución radical de 1893, influyeron decisivamente en este nuevo balance.⁸⁹ En tales circunstancias, fueron ganando terreno aquellas posiciones que interpretaban la *cuestión social* como un emergente de la heterogeneidad cultural y de la falta de una identidad nacional consolidada. Así, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, a las iniciativas estatales —como la extensión del sistema escolar y la implementación del servicio militar obligatorio (1901)— se le añadieron otras promovidas por la Iglesia y algunas asociaciones católicas. Se apuntaló, entonces, un

87 “Otra faz benéfica de los Círculos de Obreros”, *El Pueblo*, 04/07/1902.

88 “Círculo de obreros de San Carlos”, *La Voz de la Iglesia*, 20/01/1987.

89 BERTONI, L. A., “La naturalización de los extranjeros, 1887-1893: ¿Derechos políticos o nacionalidad?”, *Desarrollo Económico*, Vol. 32, núm. 125, Buenos Aires, 1992, págs. 57-77; BERTONI, Lilia Ana “La opinión de los católicos y la cuestión nacional. 1880-1910”, *Prismas*, núm. 9, Quilmes, 2005, págs. 133-139.

nuevo discurso nacionalista de corte esencialista, que tomaba a la tradición católica como uno de los rasgos definitorios de la cultura argentina.⁹⁰

Por otro lado, parece claro que esta orientación estuvo, también, imbuida de la confrontación con socialistas y anarquistas —no sin fisuras, ambos sectores hacían una importante propaganda contra lo que consideraban la “farsa burguesa” del patriotismo, una manera de engañar y de someter a los pueblos a intereses que les eran ajenos—. ⁹¹ Además, los símbolos patrios —el himno nacional, la bandera celeste y blanca, etcétera— podían cumplir una función integradora, colocándose por encima de toda división social o sectorial y, así, fortalecer el ordenamiento social. Se ha señalado que los Círculos de Obreros, probablemente fueran, entre otras asociaciones católicas, los mejor preparados para difundir valores patrióticos y nacionalistas debido a su composición *interclasista* y cosmopolita, y a causa de no estar atados a ninguna identidad particular, étnica, regional o de clase.⁹² Al mismo tiempo, se enfrentaban a las posiciones internacionalistas que levantaban las izquierdas.

El entrelazamiento del sentimiento nacional con la religión católica fue parte del repertorio con el que los Círculos se acercaron a los sectores populares desde la década del noventa. Lo ocurrido en el barrio de Barracas, a mediados de 1895, en el Círculo de Santa Lucía, ofrece un buen ejemplo de ello. En esa oportunidad, unos 500 socios celebraban “con cristiana fraternidad” su asamblea mensual reglamentaria. La conferencia brindada por el director espiritual del centro abordó el vínculo entre “Religión y Patria”. Según el cronista de *La Voz de la Iglesia*, Orzali había puesto de manifiesto que la única y, por lo tanto, la verdadera grandeza de *la Patria* era la que podía proporcionarle *la Religión*. El orador habría llamado a los obreros a seguir por ese buen camino, a hacerla grande y respetada. Finalmente, su discurso habría concluido con un “¡Viva la Patria! que

90 LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, op. cit., págs. 61-62.

91 Sobre la tensión irresuelta en la manera de ligar la cuestión social con la nacional que existió entre los socialistas argentinos, ver BECERRA, M., “¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios de siglo XX”, en CAMARERO, H. y HERRERA, C., *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Prometeo, Buenos Aires, 2005, págs. 97-119. Hubo voces con posiciones claras de rechazo total a la idea de patria. Por ejemplo, Adrián Patroni argumentaba que tenía “la clase gobernante explotadora” estaba interesada en “mantener vivo en el pueblo el viejo sentimiento patriótico, para servirse de él en sus empresas de política exterior comercial” y consideraba que no podía llamarse socialista quien hiciese gala de patriotismo. Para otros militantes como Antonio Chacón o Mauricio Klimann, el patriotismo era comparable con la religión —es decir, “otra de las falsas con que la burguesía dominante engaña a la clase trabajadora para explotarla mejor”— y hacía “inmenso perjuicio” a la causa de emancipación del pueblo, “Socialismo y Patriotismo. Conferencia en el Centro Socialista de Estudios”, *La Vanguardia*, 09/01/1897.

92 LIDA, M. “Círculos de Obreros, nación, masculinidad...”, op. cit.

fue contestado con entusiasmo por todos aquellos buenos obreros”.⁹³ ¿Cómo recibirían tal mensaje esos trabajadores mayoritariamente extranjeros, quizás con poco tiempo de residencia en el país? ¿Podían sentirlo como una forma de ser incluidos?, ¿o por el contrario, sería visto con indiferencia o, incluso, rechazo? Quizás fuera por esto último que, como decía la ya citada nota de *El Pueblo*, se privilegiara a los hijos de los socios como sujetos de esta política.

De todos modos, la promoción de los valores patrióticos se profundizó con los años; especialmente, a partir de fines de la primera década del siglo, cuando se instaló el clima de celebración del centenario de la Revolución de Mayo.⁹⁴ Con todo y como fue señalado en el capítulo 3, los católicos participaron de los festejos del Centenario tanto como pudieron.⁹⁵

Tras el cambio de dirección en los Círculos, la orientación nacionalista se mantuvo. En 1913, la Junta de Gobierno sacó una circular que decía: “[n]uestra institución de los Círculos de Obreros ha nacido y se desenvuelve en el seno de un país cuya riqueza y cuya hospitalidad son beneficios que están al alcance de todos nuestros consocios cualquiera que sea su nacionalidad. Con ello obliga nuestra gratitud”.⁹⁶ Continuaba indicando que, tratándose de una “institución de orden”, que respetaba y adhería a la Patria, “percibimos la necesidad hoy más que nunca sentida por todos, de infundir en los individuos y en las instituciones el sentimiento nacional”. De este modo, se daba entrada a las medidas expuestas en la carta-circular número 3: primero, se debía izar la bandera nacional frente al local del Círculo; segundo, se celebrarían fiestas patrióticas con motivo del 25 de mayo y del 9 de julio —estas debían constar de una conferencia patriótica que educara a los socios en los deberes cívicos y en los hechos históricos y, en tanto fuera

93 “Asamblea mensual del Círculo de Obreros de Santa Lucia”, *La Voz de la Iglesia*, 08/07/1895.

94 La política educativa estatal, fuertemente homogeneizadora, probablemente contribuyó a que en las escuelas de los Círculos —alineadas con los contenidos impartidos por el Consejo Escolar y recibiendo algunas subsidios municipales o nacionales— se profundizara esta orientación nacionalista. Especialmente en los años previos al Centenario, durante la gestión de José María Ramos Mejía como presidente del Consejo Nacional de Educación (1908-1913). Ver la fiesta patriótica organizada por el Círculo de Obreros de Palermo y el acto para los alumnos de las escuelas católicas de la zona. “En Palermo”, *El País*, 08/07/1901.

95 Con un tono similar, se puede también observar el siguiente fragmento de *El Pueblo* de mayo de 1910: “[Sus] palabras causaron un entusiasmo que rayó en el delirio y la inmensa muchedumbre formada en su casi totalidad de hombres no cesaba en sus vítores y aplausos hasta que monseñor De Andrea con otro arranque pidió para terminar [...] entonasen juntos el himno nacional. La multitud cantó y después prorrumpió en nuevas manifestaciones de aclamación”, *El Pueblo*, 26, 27 y 28/05/1910.

96 “Programa de Acción de los Círculos de Obreros de la República Argentina”, *El Trabajo*, mayo de 1913, pág. 9. Nota firmada por Alejandro Bunge (presidente) y Enrique Udaondo (secretario).

posible, incluir peregrinaciones a monumentos nacionales o sitios históricos—; y tercero, en las escuelas de los Círculos, debían organizarse veladas patrióticas.⁹⁷

Junto a la bandera patria, los Círculos usaron también la bandera blanca, que contraponían simbólicamente a la roja, ya que su política patriótica implicaba, intrínsecamente, un punto más de confrontación con las izquierdas. Por ejemplo, Liborio Vaudagnotto, a quien hemos mencionado más arriba, escribió en *El Trabajo* un artículo titulado “Patria y socialismo” en el que daba cuenta de algunos rasgos de esa confrontación. Para Vaudagnotto, los “partidarios de la pseudo fraternidad universal” aspiraban a que todos, olvidándose de la tradición y de la historia, conformaran “un solo pueblo, una sola familia y un solo hogar, pero un pueblo sin más vínculo que ese amor farisaico que llaman filantropía”. El socialismo, “que proclama ideales de avanzado internacionalismo, pretende cobijar a toda la humanidad a la sombra roja de su bandera, como símbolo de la unidad humana y de todas sus aspiraciones, pasando a ocupar un segundo lugar de recuerdo, de tradición y de diferenciación local, los símbolos nacionales de los pueblos”.⁹⁸ En su argumentación, recuperaba los debates parlamentarios entre los diputados Arturo Bas, católico, y Juan B. Justo, socialista, durante los cuales el primero le había enrostrado al segundo un documento “esencialmente antipatriótico”, que Justo habría firmado en el Congreso de la Segunda Internacional de Copenhague (1910).⁹⁹ Vaudagnotto aclaraba que, aunque era más notorio en el extranjero, el socialismo hacía una obra intensamente antipatriótica, y que eso era fácilmente visible en los libros de sus intelectuales, en su prensa periódica, en las conferencias que se realizaban en centros y plazas, en las campañas que llamaban a “la rebelión de los ejércitos y [a] la deserción”. Todo ello, decía el dorador, se basaba en la idea de que el pueblo obrero no tenía patria, ya que esta nada le daba. Por ese motivo, sostenía, no se debían atribuir tales concepciones a individuos aislados; se trataba, claramente, de un programa, de un sentimiento colectivo que se expresaba en fórmulas claras, en determinaciones y resoluciones oficiales del partido.¹⁰⁰

Otro artículo, mientras tanto, señalaba que el socialismo ocultaba su antipatriotismo especialmente en Argentina. Al respecto, se recurría a un escrito de

97 Ídem.

98 “Patriotismo y socialismo”, *El Trabajo*, julio 1913, pág. 1-2. Por Liborio Vaudagnotto

99 Podría decirse que hacia 1910 el Partido Socialista estaba en su propio proceso de argentinización. A propósito de la participación en las fiestas patrióticas, Marina Becerra analiza la articulación conflictiva entre la identidad socialista y la nacionalidad argentina. BECERRA, M., *Op. cit.*, págs. 97-120.

100 “Patriotismo y socialismo”, *op. cit.*

Manuel Ugarte que parecía corroborar tales temores y aprehensiones: “El adversario no sólo no ama la patria —este organismo todavía frágil, formado a costa de tantos y tan gloriosos sacrificios— sino lo que es peor, la combate, la desprestigia, la debilita, enceguecido por el sectarismo. La verdad está en todas las conciencias y señala a los buenos ciudadanos su rumbo y su deber”.¹⁰¹ En este marco, la conquista de algunos escaños en el parlamento nacional por parte del Partido Socialista reforzó las críticas sobre quienes ahora ocupaban cargos públicos. Más aún, en la campaña electoral de 1914, se denunció que uno de los candidatos socialistas había “declarado desde un balcón que necesitábamos una patria fuerte y respetada”,¹⁰² en lo que se consideraba una clara muestra de oportunismo. Seguidamente, se enumeraban distintas situaciones en las cuales los dirigentes del Partido Socialista habían hecho demostraciones antipatrióticas, que incluían el rechazo a la bandera azul y blanca o al himno nacional; o manifestaciones de clara preferencia por la bandera roja o las estrofas de un himno extranjero. Se citaba, también, el debate sobre una resolución del Congreso del Partido Socialista realizado en Junín (1906) que fomentaba la naturalización de los extranjeros y llamaba a combatir al patriotismo. Este tipo de cuestionamiento, aunque no refleja fielmente las posiciones del Partido Socialista, da cuenta de la importancia que le era asignada tanto a lo que hacían como a lo que decían sus principales dirigentes.

Resumiendo, la mayoría de los socios de los Círculos eran extranjeros. No obstante, esa proporción se reducía notablemente en los órganos directivos, aunque no podemos precisar en qué magnitud. Desde el origen de esta institución, hubo iniciativas que tendieron a promover la asimilación nacional de los socios y a inscribir a los Círculos en una política más general de la Iglesia y del Estado. Esta orientación, que tuvo también su aspecto de disputa con las izquierdas, no obturó la preocupación particular de los católicos en cuanto a cómo llegar mejor a las distintas colectividades —recordemos las representaciones y misas en italiano, etcétera—. Aun así, esto no significaba reconocer un lugar específico para la comunidad migratoria, a la que más bien se buscaba erosionar.

La promoción de una masculinidad obrera católica

El tercer rasgo en el que nos interesa detenernos es el de la composición e imagen institucional eminentemente masculinos de los Círculos. En tal sentido, sus fundadores

101 “Grandeza Nacional y las teorías socialistas”, *El Trabajo*, octubre, 1913, pág. 11. Por José L. Cantilo.

102 “Antipatriotismo”, *El Trabajo*, marzo, 1914, pág. 9 y 10.

apuntaron a organizar y movilizar especialmente a trabajadores varones en defensa de los principios y valores del catolicismo. Por eso, a pesar de que con los años se fueron incorporando algunas mujeres como socias, siempre se reservaron determinados espacios para la instrucción y sociabilidad masculinas. A finales del siglo XIX, en Buenos Aires, no era infrecuente ver columnas de hombres movilizados en las calles, ya fuesen estos caballeros, estudiantes, trabajadores o extranjeros; lo extraño era verlos movilizados a causa de o exhibiendo públicamente su fe religiosa.

En 1901, el arzobispo Mariano Espinosa declaró, en el final de la gran movilización de septiembre que protagonizaron los Círculos de Obreros, que le era “dulce y grato” poder contemplar el numeroso concurso de *sus* amados obreros.¹⁰³ Decía que, estando acostumbrado a ver la piedad en las señoras y no “en tan gran número de hombres reunidos”, no podía sino agradecer a Dios por haberles concedido el don de la fe y la gracia singular de confesarla “delante de los hombres”. Esa multitud no solo había ido a confesar su fe a los pies de la Virgen de Luján sino que, además, lo hacía en las calles de la ciudad a los ojos de todos. Aunque no podemos saber si con “hombres” se refería al conjunto de la población o únicamente a los varones, resulta de interés destacar que distinguía especialmente entre las muestras de fe que realizaban las mujeres —aunque aún no se esperasen de ellas movilizaciones callejeras— y las que hacían los varones.

En las últimas décadas, en los estudios especializados en el campo religioso se han puesto en duda las tesis clásicas que planteaban un comportamiento religioso dual entre varones y mujeres: se asumía la irreligiosidad de los primeros mientras se atribuía a las mujeres una participación mayor en el fenómeno religioso.¹⁰⁴ Esta representación idealizada de las normas y prácticas burguesas excluía las vidas y actividades de numerosas mujeres, especialmente de aquellas que vivían de su salario. En ese sentido fue un aporte de historiadores sociales el haber mostrado la distancia entre esas formas idealizadas y la experiencia de vida de aquellas mujeres. De todos modos, Joan Scott dice

103 “Triunfo del domingo”, *El Pueblo*, 30/09 y 1/10/1901.

104 Los enfoques sobre lo que se conoció como *feminización de la religión* dejaron de tomar aquel fenómeno como una realidad “objetiva y cuantificable” y pasaron a considerarlo como un elemento constitutivo del imaginario social moderno y de la diferencia sexual decimonónica, MÍNGUEZ BLASCO, R., “¿Dios cambió de sexo? ...”, op. cit.; SCOTT, J., *Sex and secularism*, op. cit., pág. 32; BLASCO HERRANZ, I., “¿Re-masculinización del catolicismo? Género, religión e identidad católica masculina en España a comienzos del siglo XX”, En BLASCO HERRANZ, I. (ed.), *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la Historia*, Tirant Humanidades, España, 2018, págs. 115-136; SCHARAGRODSKY, P. y CORNELIS, S., “Modelar la masculinidad cristiana: Prácticas corporales en los Exploradores Argentinos de Don Bosco”, en RODRÍGUEZ, A. (Ed.), *Estudios de historia religiosa argentina*, Prohistoria, Rosario, 2013, págs. 119-146.

en un reciente libro que esas normas idealizadas son, de todos modos, importantes porque contribuyen al establecimiento de subjetividades individuales y determinan los términos de la ley, de la política y de la política social.¹⁰⁵ Paralelamente la historiografía del mundo del trabajo ha explorado con cierta sistematicidad el vínculo entre el mundo laboral y la construcción, afirmación y degradación de las identidades masculinas. Se han estudiado las nociones construidas en ámbitos laborales y asociaciones sindicales, el establecimiento o la articulación con jerarquías, liderazgos y políticas empresariales, entre otras cuestiones.¹⁰⁶ En este apartado, se argumenta que la impronta masculina que caracterizó a los Círculos de Obreros constituyó un intento por construir una masculinidad alternativa a los estándares vigentes en la época. Sostenemos que se trató de edificar una masculinidad obrera religiosa, que fuera activa, valiente y vigorosa en su lucha contra los enemigos de la familia, el orden y la fe.

Al menos desde mediados del siglo XIX la religión fue asociada con el ámbito privado, hogareño y con lo femenino. De hecho, tanto personajes vinculados al catolicismo como a las izquierdas consideraban que los trabajadores varones estaban particularmente alejados de la práctica religiosa e, incluso, se los veía como refractarios a ella. A la inversa, observadores contemporáneos de diverso pensamiento podían coincidir en que dicho fenómeno era menor entre las mujeres de esa clase, las cuales, aun viviendo situaciones de extrema pobreza y precariedad, eran tenidas por más permeables —o menos reacias— a escuchar el discurso religioso.

De un lado, se podía leer en un periódico como el *ABC del Socialismo* que el “clericalismo” pretendía mantener a las masas en la “superstición, la ignorancia y en el

105 SCOTT, J., *op. cit.*, pág. 32.

106 Es, de todos modos, un campo que todavía está en desarrollo. PALERMO, H., “La construcción social de la(s) masculinidad(es). Un análisis etnográfico acerca del universo laboral de los trabajadores petroleros”, *IDENTIDADES*, Comodoro Rivadavia, 2016, págs. 110-127; ANDUJAR, A. (et al.), *Vivir con lo justo. Estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género. Argentina, siglos XIX y XX*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2016; PALERMO, S. y D’UVA, F., “Vida sindical y sociabilidades masculinas: los trabajadores ferroviarios en la Argentina de principios de siglo XX”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 7, Buenos Aires, 2015, págs. 37-58; SCHEINKMAN, L., “¿Dónde están los machos? Sindicalización anarquista, masculina y femenina, en la industria del dulce (Buenos Aires, 1920-1929)”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 7, Buenos Aires, 2015, págs. 15-35; PALERMO, S., “Masculinidad, conflictos y solidaridades en el mundo del trabajo ferroviario en Argentina (1912-1917)”, *Mundos do Trabalho. Publicação Eletrônica Semestral do GT Mundos do Trabalho*, Santa Catarina, 2009, págs. 94-123; NIETO, A. y LAITANO, G., ““Muñecas bravas en un nido de ratas”. Notas sobre las representaciones masculinas y el protagonismo femenino en las luchas gremiales de la industria del pescado”, *Revista Ejes de Economía y Sociedad*, Paraná, 2019, págs. 56-80; KOPPMANN, W., “Masculinidades y subjetivización política en el movimiento obrero argentino a comienzos del siglo XX”, *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, núm. 111, 2021, págs. 85-109.

engaño”, valiéndose de distintos medios, entre los que se contaban la confesión, la doctrina, las publicaciones de propaganda y los círculos obreros; en particular, según se decía allí, se procuraba mantener en la sumisión a mujeres y niños. No obstante, aquel artículo establecía entre ellos una distinción central: mientras el niño moderno, debido a su cercanía con el mundo masculino adulto, lograba alejarse de las enseñanzas religiosas —ya que “aunque desde pequeño le hayan obligado a aprender y repetir en las noches *el bendito, pater noster y ave maría*, a los pocos años se ríe del fraile concluyendo por darse cuenta de la farsa católica”—, la mujer, en cambio, permanecía como “esclava” de las prácticas religiosas. A pesar de esto último, se aclaraba que ella no lo hacía tanto por convencimiento como por costumbre, y se afirmaba que la joven acudía los días festivos a la iglesia para “tener oportunidad de hallar por el camino a su simpatía, o bien para lucirse el vestido del domingo”. Frente a esto, la tarea de los socialistas varones consistía en enseñarles a sus compañeras cuáles eran las causas de la miseria, el rol que cumplía la religión sosteniendo el capitalismo y que la única religión que debían profesar era “la del verdadero amor al prójimo, no haciéndole a él lo que no queremos para nosotros mismos”.¹⁰⁷

Del otro lado, en la *Revista Mariana* —semanario de la Parroquia de la Merced que, a partir de febrero de 1908, solía incluir una sección específica o boletín de su Círculo de Obreros con anuncios, notas de propaganda o informes—, podían encontrarse aseveraciones del estilo de “la mujer es esencial y profundamente religiosa”, “es preciso que una sociedad esté ya muy depravada para que la mujer pierda la fé, que es ella misma, que es una parte de su corazón”, o “bien podemos llamar á la esposa cristiana la piedra angular (sic) de las sociedades”.¹⁰⁸ En el mismo sentido, en otro artículo, para alentar la asociación al nuevo círculo, se solicitaba que las esposas aconsejaran a sus esposos y las madres a sus hijos de “que tom[as]en parte en ésta sociedad tan benéfica para el obrero”.¹⁰⁹

A pesar de estas ideas sobre la mujer y la religión, desde la segunda mitad del siglo XIX existió en Buenos Aires un activo asociacionismo católico masculino del que se nutrió la iniciativa de Grote, que estuvo dirigida especialmente a los obreros varones. Así lo declaraba en una carta a la que nos referiremos más adelante, en la cual subrayaba

107 “Guerra al clericalismo”, *ABC del socialismo*, 01/10/1899.

108 “Feminismo”, *Revista Mariana*, tomo 29, núm. 48, 18/07/1908, págs. 550-551.

109 “Círculo de Obreros de La Merced”, *Revista Mariana*, tomo 29, núm. 16, 21/12/1907, p. 191.

“nuestros esfuerzos por influir con medios puramente espirituales en el mundo masculino, es decir los obreros”. En esta línea, resulta posible suponer que con tales esfuerzos se apuntaba a transformar la preconizada “descatolización” del sector. Aunque el catolicismo definía modos de comportarse a los católicos en general, nos ocuparemos aquí de cómo creían que debía hacerlo el obrero católico —recordemos que modificar las conductas de los trabajadores era uno de los fines de la institución—. En tal sentido, la transformación de la conducta de los socios, especialmente de los obreros, incluía dar forma a una masculinidad menos impulsiva, controlada en sus pasiones, consciente de sus deberes y obligaciones con su familia, la religión y la sociedad. Se esperaba de los socios, y más en la medida en que se fueron dando situaciones de conflicto con otros sectores, coraje, determinación y acción, mas no se fomentaban la violencia ni el uso de armas.¹¹⁰ En cambio, se estimulaba su instrucción y formación, porque no se despreciaba el uso de la razón en el combate con las fuerzas anticlericales o impías.¹¹¹

Una imagen aproximada de aquello que se esperaba o se deseaba que fueran los obreros católicos, así como de aquello que se debía evitar, puede extraerse del siguiente poema:

110 “Uso de armas”, *Revista Mariana*, tomo 29, núm. 50, 15/08/1908, s/p.

111 “Los círculos de obreros, mirando también por el porvenir y la prosperidad de la nación aspiran a contribuir a la cultura intelectual y moral del trabajador que constituyen la porción más numerosa de la masa ciudadana. Así esos obreros fuertes, sanos de alma y del cuerpo conscientes de su derecho, íntegros y altivos podrán con robusto brazo sacar a nuestra vida política del abatimiento y la postración en que está sumida, libertar la de las asechanzas del profesionalismo político y elevar la hermosa y esplendente sobre el pedestal granítico del voto libre, consciente y honrado”, “Inauguración solemne del Círculo de la Merced”, *Revista Mariana*, tomo 29, núm. 39, 30/05/1908, página 464.

“Nace de una madre honrada
 cumple un precepto divino,
 es el cielo su destino,
 y la tierra su posada.
 Su vida, en todo arreglada
 no turba insano recelo,
 y sabe que su consuelo
 y que su alegría interna
 no se hallan en la taberna
 ni en el infame libelo.
 Desde el taller a su casa,
 desde su casa al taller,
 esclavo de su deber
 honesta su vida pasa
 ni sed ni sangre le abraza.
 Ni la envidia le atormenta
 con su suerte se contenta,
 y, cuando en su hogar reposa,
 en sus hijos y su esposa.
 virtud y amores fomenta.
 No le habléis de esos venados
 atentados de anarquía,
 no engendra su fantasía
 proyectos tan criminales.
 Las promesas celestiales
 que anima en su corazón,

sofoca en la tentación;
 y si algún daño le alcanza,
 en vez de gritar: ¡matanza!
 murmura sólo: ¡perdón!
 Aprecia en más los escaños
 de su hogar (de humilde pino)
 que el sillón lujoso y fino,
 cubierto de ricos paños,
 pues sabe que al fin los años.
 pasarán, y que en el cielo
 menos vale un terciopelo
 que el vicio o el crimen tapa,
 que la remendada capa
 del que en virtud fue modelo.
 Así cuando probo y santo
 llegue el obrero a su muerte,
 cuando su cuerpo ya inerte,
 bañen sus hijos en llanto,
 ha de endulzar el quebranto
 de cuadro tan lastimero
 el pensar que es un jornalero.
 siempre de Dios es bienquisto,
 ¡pues por algo Jesucristo
 quiso vivir como obrero!
 M.H”

“El obrero cristiano” publicado en la *Revista Mariana*.¹¹²

Nacido y criado por madre honrada, cristiana también, el obrero católico toma por su destino el cielo y cumple con el precepto divino. Su vida es tranquila y honesta; transcurre entre su casa y el taller, no está afectada por el recelo o la envidia y no se consuela o goza en la taberna o con la lectura del “infame libelo”. Se lo define como “esclavo de su deber”, como un hombre que descansa en su hogar —al que aprecia a pesar de no tener lujos— y como aquel que fomenta en su familia, en sus hijos y esposa, la virtud y el amor. Este obrero rechaza los atentados “de anarquía” y no engendra ni fantasea con proyectos criminales. Si algún daño causara a alguien, pide perdón. El obrero cristiano constituye un modelo de virtud, de amor, paciencia y comprensión y, al lado de este modelo bienhechor, aparece otro: el del obrero extraviado. Un obrero que se deja llevar por la tentación y por sus pasiones, que bebe, que juega, que comete crímenes y que envidia a otros.

Otra imagen, surgida de un texto en prosa publicado en la misma revista nueve años después, deja ver más claramente el ideal de obrero que se promovía. En buena parte de la exposición, el estereotipo se construye a partir de hacerlo contrastar con el de otros obreros. Su publicación seguramente respondía a la cercanía de la huelga general de enero

112 “El obrero cristiano”, *Revista Mariana*, tomo 32, núm. 14, 3/12/1910, pág. 158.

de 1919 conocida como la Semana Trágica de Buenos Aires. El texto reconocía que, aunque la mayoría de los obreros eran cristianos, estos no lo confesaban públicamente como solían hacerlo quienes no lo eran. Muchos de los obreros cristianos fingían no serlo por interés, amor propio o cobardía. Por eso, lo que distinguía específicamente al obrero cristiano era que se enorgullecía de su carácter católico y confesaba su fe sin rubor y con dignidad. Seguidamente, el verdadero obrero cristiano sabía defender a su Iglesia con la palabra. Para eso, se instruía y cultivaba su espíritu, y de este modo evitaba, también, el ser “instrumento ignorante y pasivo” de otros. No se dejaba amotinar por los cabecillas, ni participaba de revueltas. Tampoco le daba su voto “a gente indigna” y “capaz de declarar guerra a Dios y a su religión”. Además, este obrero era o debía ser solidario con sus compañeros en las causas justas y saber ayudarlos con independencia de su categoría. Era su deseo afianzar y levantar al proletario sin recurrir a métodos violentos. Al menos en este texto, se promovían la compasión hacia sus “hermanos extraviados” —anarquistas, socialistas y “galeotes”— y el trabajo “constante e incansable” en su conversión. Por otro lado, se esperaba que el obrero cristiano no jugase, no se embriagara, robara ni traicionara a su esposa. Este obrero debía condenar la inmoralidad en todos los ámbitos en los que participaba —el lugar de trabajo, la administración pública, en los ámbitos de instrucción y esparcimiento, etc.— y oponerse a toda prensa impía y corruptora. Finalmente, no conjuraba contra las instituciones de su patria, ni predicaba la insubordinación o la desertión en el ejército.

El obrero cristiano era considerado como un ejemplo de virtud, sobriedad y templanza de espíritu. Era un defensor de la religión, en contra del descreimiento, en su hogar —es decir que, en este texto, en sintonía con la encíclica de León XIII y con el rol del hombre como jefe de familia, no se tomaba únicamente a la mujer como guardiana de la fe—. Claramente, se establecía un contraste con aquellos obreros dóciles de espíritu que se dejaban influenciar por “cabecillas” socialistas, anarquistas, sindicalistas, y con obreros entregados a la “mala vida”, asociada al juego, al robo, al alcohol o al engaño pasional.

Desde la década del noventa, Grote había promovido la peregrinación de los socios de los Círculos al santuario de la Virgen María en la localidad de Luján y la participación “en corporación” de los socios en otros eventos religiosos y en algunas fiestas extraordinarias en distintos locales de los Círculos de la Capital Federal. Luego se promovería, también, su concurso en algunas manifestaciones y actos callejeros.

Con frecuencia, se puede observar la sorpresa que generaba la masa de hombres que, como en el Jueves Santo de 1894, se reunió en la iglesia de San Miguel para efectuar las visitas a los sagrarios, “llamando justamente la atención del público, un número tan numeroso de hombres, que practicaban ese acto tan piadoso”.¹¹³ Todavía en 1913, el periódico *El Trabajo* destacaba: “[e]l paso de una masa tan numerosa de hombres por las calles que atravesaban, producía la mejor impresión de nuestro público, por el alto ejemplo de disciplina que mostraban a la par que sin ostentación y teniendo en menos al respecto humano, hacían pública manifestación de su fe”.¹¹⁴

En 1895, los Círculos participaron de al menos dos peregrinaciones a Luján. En marzo, asistieron a una organizada por otras asociaciones de caballeros¹¹⁵, y en octubre, a la propuesta por la propia institución. Cuando el Consejo General discutía el armado de esta última, se planteó la posibilidad de incluir a las familias de los socios. Estando ya resuelta la extensión de la invitación a otras asociaciones católicas masculinas, pasó a tratarse la conveniencia de la incorporación de las familias. Aunque no se reseñó el intercambio completo, sabemos que se definió no aceptarla, bajo la consideración de la mayoría del Consejo de que, con su admisión, vendría a quedar desvirtuado el fin que se ha propuesto.¹¹⁶ ¿Cuál era dicho fin? Sería dable suponer que se trataba de una movilización masculina, donde varones de distinta clase social se mostrarían públicamente, interactuarían y confraternizarían entre sí.

A medida que se fueron produciendo ciertas situaciones de conflicto con las amplias militancias anticlericales, se hicieron presentes en estos episodios otros rasgos que estaban asociados a la masculinidad: la fuerza, la valentía, la acción y el hacerse respetar. Por ejemplo, con respecto a la movilización de los Círculos de septiembre de 1901, *El Diario* dijo: “vimos una columna de gentes tranquilas, obreros humildes trajeados con las ropitas de cristianar, sacerdotes, estudiantes, y más de un anciano de venerables barbas que traído por su fe apasible (sic) y firme daba sin aflojar la piadosa

113 “Círculo Central de Obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 31/03/1894.

114 Para la Semana Santa de 1913 la Junta Central de Gobierno había convocado a todos los círculos de la capital a que participaran de su regular visita a los sagrarios. Se reunieron en el atrio del convento de Santo Domingo y luego formaron una numerosa columna que se dirigió al templo de San Ignacio y a la Catedral. “Los Círculos en los sagrarios”, *El Trabajo*, marzo de 1913, pág. 9.

115 Esta peregrinación de “hombres solamente” estuvo hecha bajo el patrocinio de algunos caballeros pertenecientes a distintas asociaciones católicas en marzo de 1895. Además de los Círculos, participaron la Asociación Católica, la Sociedad de San Vicente de Paul y la Juventud Católica, y las bandas de música del Asilo de Huérfanos y las de los Círculos Central y Santa Lucía. “Peregrinación de hombres á Luján”, *La Voz de la Iglesia*, 15/03/1895.

116 Actas del Consejo General, Libro 1, sesión 19, 1895, 19/09/1895.

pateada desde el Once para venir hasta la casa de gobierno”. Según dicho diario no se habría tratado de un acto de fanatismo, sino que buscaban un propósito perfectamente plausible y humano. Esa humanidad, por otra parte, se reflejó también en su reacción: “los católicos, acordándose de que eran hombres como todos, se apercibieron á la acción y replicaron al puño con el puño y al palo con el palo”. Al cronista le parecía curioso que ello se juzgase “malo”, ya que se conocían previamente las intenciones “de turbar sus designios pacíficos con una pueblada agresiva”.¹¹⁷ Sobre el mismo episodio, el artículo de *El Pueblo* demostraba su hostilidad a la presencia de los contramanifestantes, y no rechazaba ni escondía el uso de la fuerza física por parte de los propios. Por el contrario, se dejaba constancia de que “[e]l pensamiento católico no estaba representado por seres incapaces de repeler una agresión”. De manera más detallada se narraba la agresión que, más cerca de la Plaza de Mayo, había recibido el Círculo de la Concepción, la respuesta decidida de los estudiantes Hernán Cullen Ayerza y Eduardo F. Maglioni y cómo tras una “pelea cuerpo a cuerpo” se habría hecho retroceder a los agresores. Años después, este episodio fue recuperado como un momento de afirmación del derecho que tenían los católicos a movilizarse en las calles de la ciudad.¹¹⁸

Aún más marcado sería el rol que debían asumir los católicos en enero de 1919. El problema del uso de la violencia se retomó, especialmente, después del incendio de la iglesia Jesús Sacramentado en Almagro, y se instaló la idea de la autodefensa. En un editorial de *El Pueblo*, en el que se analizaba detenidamente la compasión cristiana —es decir, ese sentimiento de identificación con los males del prójimo—, se argumentaba que esta no excluía la justicia y que, por lo tanto, admitía la represión y el escarmiento aleccionador. Más aún, se decía que, en un conflicto, la compasión tampoco contemplaba solo a una de las partes, sino a todas ellas. De manera general, y siguiendo la línea editorial señalada previamente, se declaraba la necesidad de que el país se previniese del “compasivismo” —sentimiento que no debía confundirse con la compasión, considerada

117 “Triunfo del domingo”, *El Pueblo*, 30/09 y 01/10/1901.

118 “Mucho debieron herir á nuestros adversarios esas victorias de la fe, añadió, cuando resolvieron en un día como el de hoy, hace justamente seis años, impedirles á todo trance; mas he aquí que los que habían aprendido á despreciar sus burlas, supieron despreciar sus amenazas y ... repeler sus violencias. Merced á la entereza de los manifestantes en aquella jornada, todos los “católicos” tienen desde entonces conquistada y respetada la libertad de practicar públicamente su fe, pues los “provocadores aporreados del 29 de septiembre de 1901” han tenido que calmar sus nervios y ... no han vuelto por otra”, habría dicho el padre Yani en la Basílica de Luján. “La peregrinación de los Círculos de Obreros”, *El Pueblo*, 30/09 y 1/10/1907.

como positiva—. ¹¹⁹ El mero compasivismo, al ceñirse a quienes se les aplica una determinada pena, olvida los daños hechos y no tiene en cuenta que dejarlos “impunes” implicaría estimular su reproducción; su presencia extendida ha malogrado la acción defensiva de la sociedad frente a los “peligros graves y reales que la han amenazado”. ¹²⁰ De tal contexto surgió, también, la necesidad de autodefensa.

La disputa con las izquierdas por ocupar el espacio concreto y simbólico de la ciudad implicaba cierta confrontación física, de *cuero a cuerpo*, que desde la conducción de los Círculos de Obreros era, por lo menos, aceptada. ¹²¹ Así, por ejemplo, en la crónica de un acto realizado en Pompeya solo unos días antes del incendio de la iglesia, se resaltaba de manera positiva la reacción de los católicos que “resueltos y decididos” rechazaron y persiguieron “durante buen trecho á los rojos que, al primer amago de ataque, se dispersaron vergonzosamente”. ¹²² Luego del episodio ocurrido en Nueva Pompeya con el padre Dionisio Napal, en la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros Católicos se propuso discutir un proyecto de cursos de box para que los socios pudieran defenderse de los ataques. ¹²³

Después del incendio del templo Jesús Sacramentado, *El Pueblo* dio a conocer otro intento de ataque a una iglesia en Avellaneda. Ante este tipo de situaciones, se planteaba que “todas las instituciones católicas impuestas de la evidente falta de garantías [...] estén alerta, [y] tengan su vigilancia propia sin ahorro de armas ni de pólvora”. ¹²⁴ Esto se sostenía, argumentalmente, en que la policía no daba abasto y en que, además, era patriótico contribuir a su acción. De manera que puede verse cierto corrimiento desde una posición ambivalente frente a la violencia hacia la afirmación del derecho de autodefensa de la fe, de la institución y de sus miembros. Para algunos de ellos, se extendería incluso

119 Ídem.

120 Ídem.

121 Este mismo tono puede encontrarse en el relato de Alfredo Sánchez Gamarra, que ya hemos citado, respecto de la fundación del Círculo de obreros de Saladillo, el atentado a Orzali, las columnas de movilizaciones a Luján, entre otros. Se trata, no obstante, de un libro escrito en el año 1949.

122 “Una jornada de gloria para la acción social católica”, *El Pueblo*, 6/01/1919.

123 Actas de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros, libro 5, enero 1919.

124 “Los atentados contra los templos”, *El Pueblo*, 15/01/1919. En un tono similar, la Unión Democrática Cristiana habría sacado un manifiesto en que se denunciaba “como traidores a la causa de los obreros, a los agitadores profesionales que sólo han conseguido sembrar llanto, dolor y sangre” y agregaba que la Unión Democrática Cristiana llamaba a reflexión “a los verdaderos trabajadores para hacerles comprender que su fuerza está en la legalidad y en el orden, y que los malvados que se ensañan con débiles mujeres por el único hecho de ser monjas, nos encontrarán cruzados en su paso para rechazar las explosiones de su odio y su fanatismo.”, ROMERO CARRANZA, A., *Itinerario de Monseñor de Andrea*, op. cit., pág. 131.

a la autodefensa de la patria, empalmado con la organización de milicias cívicas que durante la semana de enero de 1919 acompañaron la represión estatal.

Otro aspecto tenía que ver con el papel que se les quería dar como defensores de la familia —heterosexual, monogámica y patriarcal— y de la tradición católica. Los socios debían dar ejemplo de conducta dentro y fuera del hogar y, por ello, se los convocó cuando se estaba empezando a discutir el proyecto de divorcio vincular presentado por Carlos Olivera en la Cámara de Diputados. Con relación a este proyecto, los Círculos de Obreros se movilizaron a las puertas del Congreso Nacional en julio de 1902. Según *El Pueblo*, la trascendencia de esta movilización prometía ser mayor que la de la protagonizada un año antes [pidiendo leyes laborales] debido a que “la proyectada ley de divorcio no solamente afecta[ba] a los obreros, amenaza[ba] á muchos hogares más”, y bastaría que el Congreso autorizase la disolución “de un solo hogar legítimo y cristianamente constituido, para que se ultrajase la moral y se vilipendiase el Evangelio, toda vez que la mano del hombre pretendiera desatar á los que Dios ha unido”.¹²⁵ El énfasis de su trascendencia respondía, para el diario, al hecho de que esta movilización tenía un motivo que iba más allá de las reivindicaciones obreras e incumbía al conjunto de la sociedad. En una reunión previa, Grote había explicado “cómo el divorcio e[ra] antimoral, anticristiano y antipatriótico, y como consecuencia de esto, la necesidad de protestar enérgica y virilmente” contra dicho proyecto.¹²⁶

Con el fin de convocar a la movilización, se hicieron imprimir más de 20.000 copias de un volante que decía que la “impiedad” avanzaba en su obra demoledora y que, después de haber degradado el matrimonio, intentaba completar su obra con una ley de divorcio. Rechazaban la idea de que amar fuese *nada más que* una función del organismo humano “debemos protestar, en nombre de la dignidad humana, del honor del matrimonio, del hogar cristiano ultrajados contra tan cínica afirmación. Función pasajera del organismo humano, sí, es la pasión brutal que no busca más que la satisfacción de sus instintos; pasajera la embriaguez de los placeres sensuales”.¹²⁷ El amor “que forma el verdadero vínculo de unión entre los esposos y que obedece á un mandamiento divino, no puede ni debe estar sujeto á las caprichosas veleidades de la pasión: es perpetuo, como la familia que de él nace, como son perpetuos los deberes y derechos a los que da origen”

125 “El mitin de los obreros y el divorcio”, *El Pueblo*, 03/07/1902.

126 “El meeting contra el divorcio. La asamblea de anoche”, *El Pueblo*, 05/07/1902.

127 Ídem.

y sentenciaba que pretender que “los caprichos de una pasión desenfrenada determina[ra]n la duración y hasta la moralidad de la unión matrimonial, es lo mismo que proclamar como móvil y fin del matrimonio, precisamente aquello que es su *principal corruptor y disolvente (el amor libre)*”.¹²⁸

Con un discurso religioso y acalorado, el volante convocaba a los obreros a movilizarse contra la acción de los “ímpíos” y en defensa del matrimonio, al cual definía como un vínculo sagrado e indisoluble. Cabe destacar la oposición reiterada entre amor y pasión, uno perpetuo, asociado al mandato divino, y otra efímera, brutal y caprichosa. Aparece la expresión “amor libre”, un sentimiento corruptor y disolvente de la familia y las sociedades que estaría regido por el deseo o la necesidad física. Así entendido, el matrimonio religioso implicaba deberes y derechos y constituía un instrumento de control de las pasiones.

La movilización contó con adhesiones de Círculos de Obreros de distintos lugares del país y del Uruguay, de otras instituciones de varones católicos —tales como la de los ex alumnos del Colegio de Don Bosco de Bahía Blanca— y con la presencia de numerosos sacerdotes.¹²⁹ A pesar de una intensa lluvia, los organizadores contabilizaron alrededor de tres cuadas de personas que marcharon a la Plaza de Mayo.¹³⁰

Finalmente, cuando en octubre de 1913 los Círculos de Obreros hicieron su gran manifestación callejera a las puertas del Congreso Nacional, la cuestión de la defensa de la familia volvió a aparecer. Abajo se puede ver el slogan que cargaron en su recorrido.



Foto extraída de *El Trabajo*, noviembre de 1913.

128 Ídem.

129 “El meeting contra el divorcio. Manifestación católica. En la Plaza Lorea y en la de Mayo. Grandes precauciones policiales. Conato de contramanifestación”, *La Nación*, 14/07/1902.

130 “La manifestación de los Círculos de Obreros”, *El Pueblo*, 15/07/1902. En términos numéricos la REABA sumaba 2000 hombres, entre obreros y caballeros. En sección “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, pág. 616.

El motivo de la demostración era la sanción de una serie de proyectos legislativos de tipo social. Según los organizadores, habían concurrido unas 16.000 personas.¹³¹ En el cuerpo del artículo, se hacía un contraste con el Partido Socialista en cuanto a su posición divorcista —a la que consideraban pro-amor libre—, pero también en relación a las leyes de protección del trabajo de la mujer.¹³²

En esta dirección, la de convertir a los obreros de los círculos en defensores de la moral y la familia cristianas, los locales brindaban espacio para la sociabilidad masculina y de entretenimiento a bajo costo y, en algunos momentos, también para el núcleo familiar. Estos solían poseer espacio para juegos como el sapo o canchas de bocha, y si eran más grandes, podían contar con alguna cancha de pelota.¹³³ La recreación cumplía la doble función de ser una actividad de moralización de las conductas de la clase trabajadora y, a veces, una fuente de financiamiento para los círculos o para algún fin concreto.¹³⁴ A propósito de la adquisición de un terreno por el Círculo de Santa Lucía, *La Voz de la Iglesia* decía que había sido comprado con “la generosidad y buena voluntad de los propietarios de los muchos establecimientos industriales que existen en la parroquia de Santa Lucía, los cuales ven complacidos que de hoy en adelante sus obreros tendrán local apropiado donde poder distraerse los días festivos, evitándose así la ocasión de que aquellos frecuenten los bodegones y centros de corrupción”.¹³⁵ En otro artículo, se daba especial significación a la honesta recreación en los días consagrados al descanso y al reposo, ya que los apartaba de la *mala vida* y el delito, al alejarlos:

“...del café o del *bodegón* y de otros antros de vicio, donde suele comprometer sus costumbres, su salud, economía y la paz en su hogar; es una cuestión de vital importancia, y uno de los medios más eficaces para combatir el espantoso desarrollo de la criminalidad que hoy presenciamos”.¹³⁶

El Círculo de Santa Lucía parece haber sido particularmente exitoso en conseguir la colaboración de algunos patrones, aunque bien es cierto que el loteo en la zona era más económico que en otras de las parroquias del centro de la ciudad.

131 “La manifestación obrera”, *El Trabajo*, noviembre, 1913, p. 4. A las puertas del palacio legislativo, la multitud entonó el himno nacional acompañado por diez bandas de música y, según destacaba la crónica, se sentía en el ambiente el espíritu patriótico. Las banderas azules y blancas flameaban entre la gente. “La manifestación obrera”, *El Trabajo*, noviembre, 1913, pág. 4.

132 “Orientaciones”, *El Trabajo*, noviembre, 1913, pág. 4.

133 *La Voz de la Iglesia*, 13/07/1896.

134 Libro de actas del Círculo de Obreros de San Carlos, núm. 1, p. 59; en Santa Lucía, el terreno adquirido poseía un amplio salón para los actos, ocho canchas de bochas y una de pelota del tamaño del *Frontón Nacional*, “Fiesta de los obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 15/10/1894.

135 “Fiesta de los obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 15/10/1894.

136 “Una obra que progresa”, *La Voz de la Iglesia*, 30/07/1894.

En una llamativa nota de *El Trabajo*, en 1914, en la que se invitaba a la peregrinación anual de los Círculos a Luján, se afirmaba que se haría una cruel injuria a los hombres si se los imaginara privados de sentimientos y de ideales. “¡Son infinitamente más que simples máquinas!”. Se debía velar tanto por su bienestar material como por su progreso moral “¡Porque tienen alma y tienen corazón! Sería un error consagrarse al cultivo de su espíritu sin preocuparse de su cuerpo y sería otro error de más funestas consecuencias, preocuparse exclusivamente de su cuerpo, haciendo caso omiso o despreciando su espíritu”. Por último, decía:

*“Son hombres de fe y tienen conciencia del poder de una plegaria colectiva del sexo fuerte.
Son hombres de carácter y aprovechan oportunidad de imponerse al respeto humano.
Son hombres de principios y sienten el noble orgullo de sus convicciones.
Son hombres de toda nacionalidad y bendicen la ocasión en que pueden poner de manifiesto el lazo de fraternidad que los une bajo la misma mirada y bajo la misma bendición del Dios de las naciones”*.¹³⁷

A poco de empezada la I Guerra Mundial, el texto hablaba de la profesión de fe, del carácter que había que tener para defender públicamente sus convicciones y del carácter fraternal con que se unían los hombres ante la mirada de la deidad.

En síntesis, la religión católica se experimentaba de distinta manera de acuerdo al género, a la clase y a la edad. La transformación de la conducta de los socios, especialmente de los obreros, incluía dar forma a una masculinidad menos impulsiva, controlada en sus pasiones, consciente de sus deberes y obligaciones con su familia, su religión y su sociedad. Esta operatoria de los círculos constituía, en definitiva, un instrumento de control social dirigido a los trabajadores y al conjunto de la sociedad. Asimismo, se buscaba que los varones obreros dieran muestras públicas de profesión de fe a través de su participación en fiestas religiosas, en peregrinaciones a Luján, en movilizaciones y en actos callejeros. También se esperaba de los socios, y más en la medida en que se fueron dando situaciones de conflicto con otros sectores, que mostraran coraje, determinación y acción en la lucha contra los enemigos de la fe. Del mismo modo, porque esta lucha también lo demandaba, se fomentaba su instrucción y formación. La construcción de esta forma de masculinidad estuvo determinada por un otro que representaba un estereotipo negativo: el obrero disconforme, rebelde, de ideas anarquistas

137 “A los socios de los círculos obreros y a todos los hombres de fe, de carácter y de principios de cualquiera nacionalidad”, *El Trabajo*, septiembre 1914, pág. 8.

o socialistas; aquellos que cometían crímenes, que gastaban su día en la taberna o leyendo prensa impía. En resumidas cuentas, en los círculos se promovía un modelo de obrero que fuera fuerte, viril, “sano” de alma y de cuerpo, consciente de su derecho, íntegro y altivo.

El lugar de las mujeres en la institución

A pesar de la predominante participación de varones y de la orientación general de la institución, que abonaba a configurar un tipo de masculinidad alternativa — católica—, hubo una significativa cantidad de mujeres involucradas en la cotidianidad de los Círculos de Obreros.¹³⁸ No obstante, ellas formaron parte de los Círculos de manera limitada, subordinada y definida en función de su pertenencia social en espacios creados específicamente y haciendo actividades que se consideraban “propias de su sexo”. Así, mientras algunas mujeres de la elite secundaron la obra desde comisiones auxiliares asumiendo tareas específicas y asociadas a la feminidad,¹³⁹ otras, de origen menos encumbrado, fueron incorporadas como socias efectivas, es decir, como beneficiarias de los servicios mutuales, aunque con menos derechos que los socios activos.¹⁴⁰ En las líneas que siguen, miraremos especialmente cada uno de estos sectores, la participación de las mujeres de la elite y la incorporación de las mujeres trabajadoras o de origen social más popular; para finalizar, se retoman algunas críticas o inconvenientes que surgían de esa inserción.¹⁴¹

138 Los estudios sobre mujeres católicas, consagradas y laicas, no son especialmente abundantes en Argentina, aunque en los últimos años el subcampo se ha extendido significativamente. Sobre el periodo que aborda la presente tesis, se han estudiado experiencias del asociacionismo caritativo, religioso, cultural, etc. VIDAL, G., “Asociacionismo, catolicismo y género...”, op. cit.; MAURO, D., “La "mujer católica"...”, op. cit.; BIANCHI, S., “Acerca de las formas de la vida religiosa femenina...”, op. cit.; LIDA, M., “Dios no creó a la mujer para bibelot...”, op. cit.; MEAD, K., “Gender, Welfare and the Catholic...”, op. cit.; VACA, R., *Las reglas de la caridad...*, op. cit.; BRAVO, M.C., y LABDABURU, A., “Maternidad, cuestión social y perspectiva católica. Tucumán, fines del siglo XIX”, en GIL LOZANO, F., PITA, V., y INI, M. G. (dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina*, Colonia y siglo XIX, tomo I, Taurus, Buenos Aires, págs. 211-229.

139 Nos referimos a la proyección de tareas de cuidado y crianza en el espacio público. Especialmente, la esencia femenina estaba directamente identificada con la maternidad. En consecuencia, su participación pública tendió a reproducir tal lugar. Esto se lo ha conocido como maternalismo político. NARI, M., *Políticas de maternidad y maternalismo político...*, op. cit.; LOBATO, M. “Entre la protección y la exclusión: discurso maternal y protección de la mujer obrera, Argentina 1890-1934” en SURIANO, J. (Coomp.), *La Cuestión Social en la Argentina, 1870-1943*, La Colmena, Buenos Aires, 2000, págs. 247-275.

140 Círculos de Obreros de la República Argentina, “Reglamento del socorro mutuo para las familias de los socios”, La Defensa, Buenos Aires, 1900, en Correspondencia del Círculo de Obreros de Palermo, FCCO.

141 Si tuviéramos que pensar en el ideal de femineidad que construían o reproducían los Círculos de Obreros deberíamos hacernos a la idea de una mujer cristiana, madre abnegada y honesta, que secundaba a su marido

Hasta principios de siglo, es difícil encontrar mujeres con una participación o presencia regular en los Círculos. De hecho, se ha señalado a Miguel De Andrea como uno de los promotores del concurso de mujeres de la elite, desde su posición en el Círculo Central, primero, y luego desde su lugar en la dirección espiritual de la institución.¹⁴² Sin negar que dicho sacerdote, por las relaciones que tenía entre la elite, hubiese podido vehicular la participación de aquellas mujeres, nos parece que la colaboración de estas estuvo insinuada con anterioridad a su incorporación en el Círculo Central, a comienzos del siglo, y creemos que tal presencia se reforzó debido al contexto más general de movilización femenina que se dio por entonces. En esos años, por ejemplo, tuvo lugar la conformación del Concejo Nacional de Mujeres, impulsado por la doctora Cecilia Grierson y presidido por una dama católica, la ex presidenta de la Sociedad de Beneficencia, Alvina van Praet de Sala.¹⁴³ En cuanto a las movilizaciones de la época, cabe destacar la impulsada con referencia al debate sobre el proyecto de divorcio vincular.

Dicho proyecto generó calurosas adhesiones y cosechó rotundos rechazos que se expresaron en la prensa, en salones y calles. Aunque muchos hombres hablaron en nombre de las mujeres, a las que consideraban especialmente afectadas, muchas de ellas se involucraron también directamente en la contienda política, pero de diferentes modos. Entre las que defendían el derecho a la disolución del vínculo matrimonial, estuvieron las socialistas, quienes constituyeron, en la ciudad, el Centro Socialista Femenino —una agrupación del Partido Socialista que colaboraba, igualmente, en la organización de las obreras—.¹⁴⁴ Del otro lado, la Iglesia y el catolicismo tomaron un rol destacado en este debate, defendiendo el rechazo del mencionado proyecto. Debido a las implicaciones del proyecto para la constitución de la familia, la movilización católica convocó también una importante intervención femenina. Por el momento, esa participación asumió una forma

en la conformación de un hogar católico. Para Inmaculada Blasco, el discurso católico de la feminidad decimonónico —que empezó a erosionarse a principios del siglo XX— estuvo integrado por los siguientes elementos: diferencia sexual ontológica en clave complementariedad de sexos, asignación simbólica del espacio privado-familiar, papel central de la maternidad y mayor religiosidad. BLASCO HERRANZ, I., “¿Católicas a la calle? Género y religión en el movimiento católico (1890-1913)”, *Izquierdas y derechas ante el espejo: culturas políticas en conflicto*, BOSCH, A. y SAZ, I. (coords.), Tirant humanidades, Valencia, 2016, pág. 273.

142 LIDA, M. “Círculos de Obreros, nación, masculinidad...”, op. cit., pág. 25.

143 Sobre el Concejo, ver VASSALLO, A., “Entre el conflicto y la negociación. Los feminismos argentinos en los inicios del Consejo Nacional de Mujeres, 1900-1910”, en GIL LOZANO, F., PITA, V., y INI, M. G. (dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina, Siglo XX*, tomo II, Taurus, Buenos Aires, págs. 172-187.

144 RAITER, B., “Historia de una militancia de izquierda. Las socialistas argentinas a comienzos de siglo XX”, Cuadernos de Trabajo núm. 49, Centro Cultural de la Cooperación, 2004, págs. 1-40; POY, L., *El Partido Socialista Argentino...*, op. cit., págs. 133-155.

notabiliar, fundada en el prestigio de ciertas damas de la elite que movilizaron miles de adhesiones sin recurrir a demostraciones callejeras —del mismo modo que había sucedido durante el debate de la ley que estableció el matrimonio civil—. ¹⁴⁵

En 1906, en medio de un balance sobre la trayectoria de los Círculos, Grote se refirió de forma específica al rol de las mujeres en ellos y aseguró que estos ofrecían un espacio propicio o adecuado también para la acción cristiana de las señoras. ¹⁴⁶ Si bien reconocía que estaban compuestos de varones y que eran estos quienes los gobernaban y administraban, en su opinión resultaba natural que las mujeres pudieran poner su celo y aportar su especificidad allí. Mencionaba, justamente, un beneficio directo, que provendría de su participación en el sostenimiento de las escuelas o en la “Sección Familias” —que existía en varios círculos—, y otro indirecto, que alcanzaría a los hogares, donde podían colaborar en “completar la personalidad del obrero”. De modo que, declaraba, en los Círculos de Obreros apenas había obra corporal o espiritual que las señoras cristianas no pudieran practicar —“ayudando, completando y aun supliendo la acción de los hombres”—. ¹⁴⁷

En el caso de las mujeres de la elite, se involucraron inicialmente haciendo contribuciones materiales o amadrinando Círculos, banderas o estandartes. Luego tomaron parte de manera directa, patrocinando escuelas, auxiliando en el armado de determinados eventos o haciendo las visitas a domicilio de las socias enfermas. En el mismo discurso que citamos más arriba, Grote señaló que en dos congresos de los Círculos de Obreros —suponemos que se refiere a los de Catamarca (1904) y Córdoba (1906)— se había recomendado calurosamente la conformación de “comisiones protectoras y auxiliadoras de señoras” con el objetivo de que acompañaran la labor de los organismos directivos. ¹⁴⁸ La inclusión de las mujeres de elite “en calidad de damas protectoras” dentro de los estatutos se realizó en 1904, así se regularizaba y extendía una participación que databa ya de los últimos años del siglo XIX. ¹⁴⁹

145 Ver ASQUINI, S. y NUÑEZ, M. V., op. cit.

146 GROTE, F., “Estado actual de la organización obrera cristiana de la República Argentina y medios de cooperar á su acción”, *Memoria Segunda Asamblea de los Católicos Argentino*, Alfa y Omega, Buenos Aires, 1906, págs. 117-132.

147 GROTE, F., “Estado actual de la organización obrera cristiana...”, op. cit., págs. 130-131.

148 GROTE, F., “Estado actual de la organización obrera cristiana...”, op. cit., págs. 117-132.

149 “Reglamento del Círculo Central de Obreros de Buenos Aires”, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, Buenos Aires, 1904, pág. 17. Gardenia Vidal ubica esta incorporación estatutaria al reglamento de 1899, Vidal, “Asociacionismo, catolicismo...”, op. cit., pág. 58.

A su vez, en julio de 1905, la autoridad eclesiástica aprobó la conformación de una asociación específica y autónoma de damas protectoras de los Círculos de Obreros: la Sociedad de la Sagrada Familia.¹⁵⁰ Estuvo constituida por “señoras de nuestra aristocracia”, entre quienes se hallaba su fundadora y presidenta, la señora Isabel Elortondo de Ocampo. Una vez notificado, el Consejo General de los Círculos resolvió nombrar una comisión que informara sobre la manera más conveniente para que dicha sociedad prestara su colaboración.¹⁵¹ Aunque su aprobación se terminó aplazando, la comisión designada elaboró el siguiente proyecto:

“1º. Queda a cargo de la Comisión de damas protectoras de los círculos la creación y dirección de los patronatos de obreros con las atribuciones y deberes que sus estatutos les confieran.

2º. Estará a cargo de las damas referidas las visitas a las socias enfermas o familias de socios que tuvieran algún enfermo de su sexo.

3º. Facultase a las damas (para que) á visitar las escuelas de los círculos, para imponerle de sus necesidades y proponer los medios adecuados para satisfacerlas, sin perjuicio de los mismos derechos y superintendencia que los reglamentos acuerdan a su personal directivo.”¹⁵²

Es decir, a dichas mujeres se les asignaban responsabilidades vinculadas a iniciativas institucionales y, especialmente, las visitas a aquellas socias que estuvieran enfermas y a las escuelas. Dada la importancia que tenían, estas visitas se consideraban una actividad propia de la comisión directiva y debían estar imbuidas de un poderoso espíritu de caridad cristiana. Como puede verse, se intentaba que el otorgamiento de estos deberes y atribuciones se realizase por vías estatutarias. A poco más de un año de la actividad de esta asociación, Grote manifestó —en el balance ya citado— cierta incomodidad con ella. En tal sentido, hizo referencia a la creación de una sociedad protectora que, tras haber sido aprobada por la autoridad eclesiástica para seguir este fin —aunque manteniendo independencia de los Círculos—, se había alejado de los objetivos iniciales.¹⁵³ No obstante, resulta difícil imaginar en qué pudo consistir dicho alejamiento.

A partir de dos discursos de Celia Lapalma de Emery, sabemos también de la actividad de la Sociedad Protectora de Patronatos y Escuelas del Círculo Central de Obreros —presidida por María Josefina Sagasta de Eguía, hija de la famosa escritora—,

150 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1905, pág. 713.

151 Conformaron esta comisión: R. P. Pedernera, Dr. Allende, Sr. Solari, Sr. Broussain y Sr. González. Dos reuniones después, esta comisión se reconfiguró parcialmente, se mantuvieron Solari y Broussain, se fueron los otros tres y se integraron Grote, Meléndez y Amoedo. Ver, Libro de actas del Consejo General, libro 3, acta núm. 298, 15/06/1905, pág. 312 y núm. 300, 13/08/1905, págs. 315 y 316.

152 Libro de actas del Consejo General, libro 3, núm. 303, 07/09/1905, pág. 322.

153 GROTE, F., “Estado actual de la organización obrera cristiana...”, op. cit., págs. 117-132.

que en 1908 colaboraba con el Patronato de Aprendices a Obreros, con la escuela del Círculo Central y con el Taller Sagrado Corazón,¹⁵⁴ y, además, conocemos la existencia de la Liga del Orden Social de Señoras de Belgrano. Esta última se esmeraba por proteger a las familias de los obreros del Círculo y contribuir poco a poco a extender la acción de este. ¿Cuál era su rol? En el primer caso, dichas mujeres, preocupadas por la situación de la infancia callejera desvalida, custodiaban la instrucción y educación laboral de trescientas niñas y trescientos niños. En el segundo, según afirmaba Lapalma, aquellas mujeres trataban de cimentar la confianza mutua entre patronos y obreros, fomentando la generosidad entre unos y otros, y una educación “desde el corazón”, debido a que los desengaños sufridos por ambas partes los habían alejado, y aunque no sin razones, esa distancia ocasionaba diversos perjuicios a la familia obrera.¹⁵⁵ Esta labor la hacían sin importarles que “el vulgo ateo intente con ironías amargas anular esta clase de obras, tratando de ridiculizarlas, para paralizar, [...] las voluntades, privando así á muchos de abrir, en favor de sus semejantes, el precioso caudal de sus buenos sentimientos”.¹⁵⁶ En Buenos Aires, decía, no había día en que no se citasen ejemplos de esta índole, y por eso, afirmaba, la obra de los Círculos de Obreros avanzaba “como bella promesa de pacificación social”.¹⁵⁷

Por el lado de las mujeres que no pertenecían a la elite, entretanto, se debe indicar que pudieron integrar, en aquellos Círculos donde se hubiese organizado, la “Sección Familias”. La primera mención sobre este tema la hallamos en el primer congreso de los Círculos de Obreros, del año 1898. Allí, el presbítero José Orzali presentó un proyecto de ordenamiento interno de la institución que estipulaba algunas cuestiones relativas al gobierno de los círculos, el rol y las características de los miembros de las comisiones directivas y de los directores espirituales, entre otros aspectos. Aunque el proyecto de Orzali no fue discutido en su totalidad, los delegados lo aprobaron como una orientación general que se enviaría al Consejo General para que este discutiera el articulado definitivo.¹⁵⁸ En el punto 10, el director espiritual del Círculo de Obreros de Santa Lucía

154 LAPALMA, C., “La mujer y los aprendices á obreros”, *Acción pública y privada en favor de la mujer y del niño en la República Argentina: discursos y conferencias*, Alfa y Omega, Buenos Aires, 1910, págs. 85-98.

155 LAPALMA, C., “Protección á la familia obrera”, *Acción pública y privada en favor de la mujer y del niño en la República Argentina: discursos y conferencias*, Buenos Aires, Alfa y Omega, 1910, págs. 175-182.

156 LAPALMA, C., “Protección á la familia obrera”, *op. cit.*, pág. 179.

157 LAPALMA, C., “Protección á la familia obrera”, *op. cit.*, pág. 181.

158 *Diario de sesiones del primer congreso de los Círculos de Obreros*, *op. cit.*, pág. 74.

—Barracas— indicó la conveniencia, para el desarrollo de los Círculos, de que se admitieran en ellos a las esposas e hijos de socios. Dicha incorporación se vería limitada a darles derecho a la asistencia médica en sus enfermedades, sujetándola a una reglamentación especial.¹⁵⁹

En los años siguientes, algunos Círculos fueron abriendo su sección específica para esposas e hijos. Estos no solo eran minoritarios dentro del conjunto, sino que en ellos tampoco se les permitió una participación completa. Es probable que la extensión de las prestaciones mutuales a las familias se haya articulado como respuesta a las necesidades y demandas de los socios, aunque, más adelante, su concreción pueda haber estado motorizada también por preocupaciones de carácter político, como ocurrió en el caso del centro de Balvanera que se puntualizará más adelante. Por alguno de estos motivos o por ambos, en el año 1900 se reglamentó la posibilidad de extender la cobertura mutua a las familias de los socios.¹⁶⁰ Se entendía por “familia” a las esposas, los padres, hermanos e hijos de los socios, siempre y cuando viviesen bajo un mismo techo. De todos modos, estas incorporaciones solo eran posibles tras atestiguar la unión sacramental, en el caso de los esposos, y el bautismo, en el de los hijos.

Las mujeres adultas serían consideradas socias efectivas, mientras que los niños y las niñas serían socios agregados —los varones, hasta los 14 años, y las niñas, hasta su propio matrimonio—. Las mujeres tenían derecho a la asistencia médica en el caso de enfermedad, a un monto de dinero determinado ante el parto y a un subsidio y una ceremonia religiosa cuando fallecieran. No obstante, no estaban habilitadas a participar en las instancias de decisión de la organización; en relación con las fiestas y reuniones, se explicitaba que solo podían participar de eventos especiales, dirigidos explícitamente a las familias.

En 1902, los círculos que tenían la sección eran el Círculo Central, el de la Concepción, el de Santa Lucía y el de Balvanera, y se había despertado la inquietud, también, en el de la parroquia de San Carlos.¹⁶¹ En relación con este último, en 1904, uno de los miembros de su comisión directiva comentó en una reunión que tenía conocimiento de que “varias familias entrarían a formar parte del círculo si estuviese

159 *Diario de sesiones del primer congreso de los Círculos de Obreros*, op. cit., pág.114.

160 Círculos de Obreros de la República Argentina, “Reglamento del socorro mutuo para las familias de los socios”, La Defensa, Buenos Aires, 1900.

161 “De la memoria anual del Círculo Central”, *El Pueblo*, 12 y 13/05/1902 y “Memoria anual del Círculo de Santa Lucía”, *El Pueblo*, 06/04/1902; Libro de actas del Círculo de Obreros de San Carlos, núm. 1, 25/02/1902, pág. 61.

instalada la sección correspondiente para ello”. Por ese motivo, mocionaba estudiar su conveniencia. El mencionado cuerpo directivo resolvió realizar averiguaciones sobre la cuestión. A la semana siguiente, el director espiritual, padre Bonetti, informó que se había entrevistado con Grote y que este le había dicho “que las familias no traen al círculo grandes conveniencias pero que tampoco, el Círculo Central y otros que tienen la Sección Familias, no han tenido pérdidas”. En vista de lo expuesto, la comisión postergó nuevamente la discusión.¹⁶² Esta situación parece dar cuenta más de una concesión que de una línea política establecida.

De todos modos, había sectores que veían la conveniencia de organizar a las mujeres trabajadoras por motivos políticos. El Círculo de la parroquia de Balvanera tomó la iniciativa de lanzar un movimiento en favor de las mujeres trabajadoras “para contrarrestar la maléfica propaganda del socialismo”. De hecho, este Círculo, que era numeroso, activo y contaba con un nutrido núcleo demócrata-cristiano, fue uno de los primeros en habilitar la “Sección familias”. En mayo de 1902, defendiendo la iniciativa, el presbítero Cornelio J. Vignati sostuvo que, para los cristianos, el problema femenino —así como el social— estaba resuelto en la teoría cristiana y, por lo tanto, la única tarea del Círculo consistía en buscar y aplicar los medios que concretasen el plan social del cristianismo. Después se habría referido a la situación de la obrera y rogado a las damas presentes tomar la iniciativa de fundar “círculos de obreras”.¹⁶³ Los Círculos de Obreras no prosperaron, aunque el planteo fue retomado por Celia Lapalma de Emery en el II Congreso Católico argentino-uruguayo, realizado en 1906; esta fue la primera reunión católica con participación —con voz y voto— de una comisión de mujeres y, vale aclararlo, había sido convocada como una respuesta al *Congreso Internacional del Libre Pensamiento*. La constitución de Círculos integrados por mujeres habría significado un salto cualitativo. Probablemente, la resistencia a aceptar el trabajo femenino, ampliamente extendida en el movimiento católico, haya contribuido a dar por tierra esta iniciativa.

Aunque en 1907 se editó un nuevo reglamento general que prescribía la extensión de los beneficios mutuales a las familias de los socios en aquellos círculos que desearan hacerlo, tampoco entonces se les dio a las mujeres el estatus de socias plenas.¹⁶⁴ En el

162 Libro de actas de San Carlos, núm. 1, actas 110, 22/03/1904, y 111, 29/03/1904.

163 “Círculos de Obreros de Balvanera. Una simpática iniciativa”, *El Pueblo*, 1/05/1902.

164 “Reglamento del Socorro mutuo para las familias de los socios”. Imprenta A. Bernardo, Buenos Aires, 1907.

reglamento se puede observar que las mujeres no disponían de los mismos derechos políticos ni de los derechos de reunión que tenían los socios activos; tampoco recibían la misma cobertura mutual, dado que, por ejemplo, si bien los estatutos lo habilitaban, en los hechos, los miembros de las familias no podían ser enterrados en el panteón social.¹⁶⁵

Como señaló Miranda Lida, la nueva conducción de los Círculos que asumió a partir de 1912, con Alejandro Bunge en la presidencia y Miguel de Andrea como director espiritual, promovió una serie de cambios; entre ellos, una mejor interpelación a las mujeres.¹⁶⁶ Especialmente, entre 1914 y 1915, continuó la discusión acerca de la incorporación legal de las familias de los socios. La Junta Central de Gobierno, según un artículo publicado en *El Trabajo* en 1915, opinaba que la mujer “debería ser incorporada a los círculos no sólo para su participación mutualista, sino también para que cooperara e interviniera en la acción social”.¹⁶⁷ Se estudiaba, entonces, cuál debería ser su organización, puesto que creían “que no debían ser incorporadas a los círculos sino constituir una organización paralela y concordante; con la intervención de comisiones directivas de señoras y del director espiritual y con cierta comunidad de acción en lo que respecta al mutualismo, previsión y fiestas familiares”.

En el Congreso de los Círculos de Obreros de 1916 —primero con participación de mujeres en la apertura y en las actividades externas— se resolvió incluir a las mujeres como socias.¹⁶⁸ De este modo, los estatutos publicados al año siguiente habilitaban su integración “siempre que la Junta de Gobierno así lo resolviera, debiendo en este caso la misma Junta, determinar la forma de su admisión, así como sus derechos y deberes”.¹⁶⁹ Cada comisión directiva podía extender los beneficios de la institución a las esposas e hijos de los socios, y a otras señoras, organizando una sección para familias, pero quedaba en las manos de la Junta Central de Gobierno la aprobación de las bases.¹⁷⁰ En ese entonces se observa una más clara aceptación de la acción social de la mujer y de la

165 Desde octubre de 1903 existió una resolución de la Junta Central que no lo permitía. En 1914, estaba aún en vigencia. Correspondencia del Círculo de Balvanera 1897-1915, nota de la Junta Central de Gobierno, 15/09/1914.

166 LIDA, M. “Círculos de Obreros, nación, masculinidad...”, op. cit., págs. 25-26.

167 “Círculos de Obreros. Consejo General”. *El Trabajo*, núm. 26 y 27, 1915, pág. 2.

168 AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea...*, op. cit., pág. 47.

169 De “Estatutos de los Círculos de Obreros de la República Argentina”, Escuela Tipográfica del Colegio Pío IX, Buenos Aires, 1917, pág. 4.

170 “Estatutos de”, 19.

existencia de un *feminismo cristiano*.¹⁷¹ Un artículo del *Boletín* del Círculo Central sobre la obra de las mujeres católicas francesas destacaba como característica de esa época la actitud decidida de la mujer en la cuestión social. Según este, no hacía muchos años “hubiera sido temeraria empresa propiciar y enaltecer la obra social de la mujer, porque el concepto general fulminaba con un mismo anatema las aberraciones y locuras del feminismo con las irradiaciones del apostolado de las mujeres cristianas”.¹⁷² Más aún, acompañando una iniciativa general de los Círculos sobre el fomento de la agremiación obrera, en estos años también se dio impulso a la creación de sindicatos de mujeres y consiguieron agrupar a varios centenares de obreras.¹⁷³

Como demuestran la experiencia de la Sociedad de la Sagrada Familia y la condicionada incorporación de las mujeres como socias en los estatutos de 1917, su inclusión no fue del todo armónica. De hecho, su presencia generaba ciertas incomodidades o dificultades. En particular, pudimos observar algunas que surgían de las fiestas para *hombres solos*; cuyo carácter solía ser destacado en tono crítico por parte de los socialistas y que también generó algunas desavenencias al interior de la organización.

En septiembre de 1905, una circular dirigida a las comisiones directivas indicaba en su tercer punto:

“Se prohíbe de nuevo y absolutamente la asistencia de mujeres a reuniones mensuales reglamentarias. Para la familia de los socios actuales bastan las 6 anuales concedidas fuera de las mensuales por reglamento, debiendo en todas ellas excluirse la participación de mujeres en el programa de los festivos, sea en el escenario, sea fuera de él. [...] por ser asunto tan detenidamente estudiado y claramente resuelto por el reglamento, y aún decidido por la autoridad eclesiástica, no se admitirá excusa o excepción alguna”.¹⁷⁴

En otro caso, la Comisión Directiva del Círculo de Balvanera se comunicaba con la Junta Central de Gobierno de la institución para consultar sobre varios artículos del reglamento, entre ellos el 51, que vedaba la asistencia de señoras en las fiestas y reuniones mensuales.¹⁷⁵ En relación con ellas, se explicaba que el régimen y la costumbre implantados desde hacía muchos años en el Círculo implicaban que a las fiestas

171 Ver LIDA, M., “Dios no creó a la mujer para bibelot...”, op. cit.; MAURO, D., “La "mujer católica"..., op. cit.; VIDAL, G., “Asociacionismo, catolicismo y género...”, op. cit.; ASQUINI, S., “¡Llegemos hasta la obrera!>: acción católica, cuestión obrera y femenina según Celia Lapalma de Emery en las vísperas del Centenario argentino”, *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, núm. 21, 2018, págs. 11 – 42.

172 “Apostolado de la mujer”, *Boletín Mensual del Círculo Central de Obreros*, octubre, 1917.

173 NIKLISON, J. E., op. cit., pág. 273; AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, op. cit.; LOBATO, M., *Historia de las trabajadoras...*, op. cit.; PASCUCCI, S. *Costureras, monjas y anarquistas...*, op. cit.

174 *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*. Escuela Tipográfica del Colegio Pío IX, Buenos Aires, 1905, pág. 798.

175 Correspondencia Círculo Balvanera 1897-1915, a la Junta Central de Gobierno, 23/04/1907.

mensuales asistieran los socios con sus familias, y que la aplicación de este artículo tal como decía el reglamento les sería muy dificultosa, “hoy más que nunca, por *lo numeroso de socios de la Sección Familias*”.¹⁷⁶ Agregaba que varias veces se había intentado dar fiestas para varones, pero estas habían fracasado. Una vez más, desde este Círculo argumentaban que se debía tener muy en cuenta que el socialismo estaba apoderándose de la clase obrera de ambos sexos y que, por lo tanto, era muy laudable no cerrar las puertas de las fiestas a “la mujer que únicamente tiene un momento de expansión, de verdadera alegría, cuando asiste á la fiesta de su Círculo”.¹⁷⁷ Según se desprende de esta carta, y como aparece también reflejado en el informe citado de 1903, este tipo de fiestas eran numerosas y su modificación no agradaría a los socios. De hecho, un año después, este Círculo continuaba realizando las fiestas tal y como las había venido haciendo previamente.¹⁷⁸

Estas cuestiones volvieron a aflorar con los primeros balances sobre la labor de Miguel de Andrea en la dirección de los Círculos de Obreros (1912-1919). Una visión crítica de esta labor sostenida desde un sector del clero y del laicado hizo que empezara a resonar la idea de que Federico Grote retomase la dirección de la obra. Según se lee en la correspondencia que Grote dirigió a Patric Murray —un superior suyo en la congregación redentorista—, el Arzobispo había reiterado su deseo de que el sacerdote alemán fuese transferido a Buenos Aires antes de su muerte. En este relato, se sostiene que había tomado mucho tiempo y esfuerzo convencer al Arzobispo de sus pasos equivocados, pero a ello había contribuido definitivamente el estado lamentable de los Círculos de Obreros y de todo el movimiento social católico, que marcaba un triste contraste con su situación anterior. Grote responsabilizaba a la conducción de su sucesor, quien, al intentar mejorar la obra y llevarla por otros rieles, la había destruido. Esta realidad —decía— era reconocida tanto por las autoridades eclesiásticas como por el clero en general. La finalidad religiosa de los Círculos de obreros, esto era, la formación religiosa de los obreros, había sido dejada de lado. Los Directores Espirituales habían perdido su significación social y el número de socios se había reducido contundentemente en la mayoría de los Círculos.

176 El subrayado es nuestro.

177 Correspondencia Círculo de Obreros de Balvanera 1897-1915, a la Junta Central de Gobierno, 23/04/1907.

178 Correspondencia del Círculo de Obreros de Balvanera 1897-1915, FCCO. A la Junta Central de Gobierno, 28/10/1908 y 13/10/1908.

En la carta, Grote se mostraba apenado por el estado de la institución y, en particular, porque todos “nuestros esfuerzos por influir con medios puramente espirituales en el mundo masculino, es decir los obreros, [han sido] inútiles. Es realmente triste para un redentorista, que trabajó toda su vida casi exclusivamente para el mundo masculino, ver que ahora toda la actividad se reduce a las mujeres”.¹⁷⁹ Concluía su misiva señalando que era “más difícil levantar una obra, que crearla de nuevo”. No obstante, Grote confiaba en la ayuda de la gracia y en que se habían disipado grandes dificultades, como la falta de apoyo por parte de la autoridad eclesiástica local y la oposición por parte del clero.

Si bien la afirmación de que la actividad de los Círculos había quedado reducida a las mujeres no era del todo cierta, en la misma línea, años después, Leonardo Castellani —una de las figuras del nacionalismo católico de la primera mitad del siglo XX— criticó el *estilo* del catolicismo colonizado por los gustos y sensibilidades femeninos y su llamado a restaurar de manera urgente en el catolicismo las cualidades varoniles perdidas en la sociedad moderna.¹⁸⁰

El perfil de socios de los Círculos de Obreros fue variando con el tiempo, en el período que va desde fines del siglo XIX a comienzos del XX. Este capítulo trabajó en una escala de mediano plazo a fin de observar las características de un perfil que no estuvo cristalizado desde el comienzo, sino que se fue definiendo en función de los objetivos de la institución, del contexto y de aquellos tomados como los otros. Así, mientras algunos rasgos se afianzaron, otros sufrieron distintos avatares. Por ejemplo, mientras la política patriótica tendió a pronunciarse, la incorporación de mujeres como socias o auxiliares atravesó distintas etapas y despertó repetidas resistencias. No obstante, puede sostenerse que los Círculos constituyeron, de modo general, una institución mixta en términos de clase, con mayoría de extranjeros, varones y una orientación patriótica. A pesar de tratarse de una institución policlasista, durante las primeras décadas del siglo XX, dentro de su masa societaria en la ciudad de Buenos Aires, los trabajadores tuvieron una marcada preeminencia. En términos numéricos, esta representación coincide en gran medida con aquella que ha sido señalada en la que era por entonces la segunda urbe del litoral del país, la ciudad de Rosario, y con la que registran los clásicos estudios sobre el mutualismo

179 Correspondencia de Federico Grote, tomo II, 6/03/1922.

180 CAIMARI, L., “Sobre el criollismo católico: notas para leer a Leonardo Castellani”, *Prismas*, núm. 9, 2005, pág. 167.

italiano porteño. La composición social en las comisiones directivas era distinta: los miembros de origen obrero prácticamente desaparecían y cambiaba la proporción de extranjería, como ocurría con la mayor parte de las asociaciones e instituciones de la sociedad civil en esos años.

En cuanto a la incorporación de los socios al ideario y fines institucionales, se ha observado una realidad diversa: socios más o menos comprometidos; trabajadores que querían acomodarla a sus necesidades o preferencias; otros que no participaban de la vida cotidiana de los círculos; socios que traían experiencias y costumbres de otras sociedades; y la influencia de la propaganda socialista. Hemos señalado que las imágenes que de allí se desprendían contrastaban con las que solían aparecer en la prensa anarquista o socialista, en las cuales se destacaba la docilidad de los obreros. Asimismo, se registraron tensiones en cuanto al lugar a ocupar por los trabajadores en los órganos de decisión y en los mismos Círculos, cuestión que no aparecía en boca de los trabajadores sino de la dirigencia.

A lo largo del periodo abordado, la mayoría de los socios de los Círculos fueron extranjeros. Aunque no podemos precisar en qué magnitud, esa proporción se reducía notablemente en los órganos directivos. Desde el origen de esta institución, hubo iniciativas que tendieron a promover la asimilación nacional de los socios y a inscribir a los Círculos en una política más general de la Iglesia y del Estado. Esta orientación, que se pronunció hacia la década de 1910, tuvo también su aspecto de disputa con las izquierdas. Por otra parte, como lo hacía también la Iglesia en general, existió cierta atención por llegar mejor a las distintas colectividades de inmigrantes, aunque esto no significó reconocerles un lugar específico en la institución.

De una manera general se ha intentado mostrar que la religión católica se experimentaba de distinta manera de acuerdo al género, a la clase y a la edad. En los Círculos de Obreros, se aspiraba a transformar la conducta de los socios, especialmente de los obreros y esto implicó darle forma a una masculinidad menos impulsiva, controlada en sus pasiones, consciente de sus deberes y obligaciones con su familia, su religión y su sociedad. Se trató de un instrumento de control social dirigido a los trabajadores y al conjunto de la sociedad y a promover que los obreros varones manifestaran públicamente su fe, asistiendo a fiestas religiosas, en peregrinaciones, movilizaciones o actos callejeros. En estos actos se esperaba de los socios mostraran coraje, determinación y acción en la lucha contra los enemigos de la fe. La construcción de esta masculinidad estuvo

determinada por un otro que representaba un estereotipo negativo: el obrero disconforme, rebelde, de ideas anarquistas o socialistas; los que cometían crímenes, gastaban sus jornales y tiempos libres en las tabernas o leyendo prensa impía.

En una institución ideada para intervenir en el mundo de los obreros varones, hubo cierta presencia y participación femenina. Los espacios en los que estas mujeres participaron dependieron de su clase social: las mujeres de la elite colaboraron con las comisiones directivas desde los primeros años del siglo y las esposas e hijas de socios menos encumbrados se incorporaron en los círculos que organizaron secciones específicas que extendían la cobertura mutua a las familias de los socios. A lo largo del periodo estudiado, se vieron balances críticos de estas incorporaciones y hacia el final, reaparecía en las críticas de Federico Grote al rumbo tomado por la institución en los años que él había dejado de ser el director espiritual. Específicamente, afirmaba que los esfuerzos realizados para influir con medios espirituales en el mundo del trabajo masculino habían sido inútiles y que toda la actividad institucional había quedado reducida a las mujeres. Este tipo de juicio crítico al *estilo* del catolicismo —colonizado por los gustos y sensibilidades femeninos— sería un tópico que reaparecería en las décadas siguientes.

**PARTE II: Los Círculos de Obreros en la disputa por la identidad
y organización de los trabajadores de la ciudad**

Capítulo 4. Los Círculos de Obreros ante las principales coyunturas de conflictividad obrera

“No queremos que la autoridad desenvaine sin necesidad la espada; pero creemos, ya que no de balde la lleva según el Apóstol, que nunca jamás la desenvaina con más necesidad y con más honor, que cuando se trate de defender la vida, el trabajo, el alimento del pobre obrero contra los atentados de aquellos que, llamándose sus libertadores, son en realidad sus más crueles opresores”¹

“pues no debemos dejarnos sugestionar por el resultado de las elecciones de 1913, que no son un exponente exacto de la pujanza del socialismo entre nosotros”²

“¿Y cómo exigir que los obreros no repudien el actual régimen social y si efectivamente adolece de tantos defectos, dados los cambios que se han operado en el mundo?”³

Como se vio en los capítulos anteriores, el surgimiento y consolidación de los Círculos de Obreros no puede escindirse de los vaivenes del proceso formativo del movimiento obrero y de la lucha que los Círculos libraron con las izquierdas. De hecho, esta institución constituyó la principal iniciativa católica dirigida a aproximarse a la clase obrera con el fin de contrarrestar la influencia de las izquierdas en el mundo de los trabajadores. Por eso, aunque la institución no adhirió a las luchas que marcaron la etapa, le tocó caracterizarlas, posicionarse y, en muchos casos, también enfrentarlas. A lo largo del periodo estudiado, esta actividad e intervención fueron transformándose al calor de las demandas y los conflictos del movimiento de lucha de las y los trabajadores. Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, hubo varios episodios protagonizados por el naciente movimiento obrero argentino que conmovieron el escenario local y nacional, y que fueron señalados por los historiadores y militantes como fundamentales en la historia de este actor social.

1 GROTE, F., “Las Huelgas”, *op. cit.*, pág. 86

2 FRANCESCHI, G., “Nuestra acción”, *Almanaque de la Liga Social Argentina.*, Oficina de publicaciones de la Liga Social Argentina, Buenos Aires, 1914, pág. 15.

3 Expedientes Cámara de Diputados de la Nación, Archivo Parlamentario, núm. 372, 31/07/1920.

Hasta 1902, cuando Federico Grote encaró teóricamente el tema, las huelgas eran vistas con desaprobación por un amplio sector de los católicos.⁴ Aunque sobre esto se hablará más abajo, debe señalarse aquí que el fundador de los Círculos resaltó que estas no eran intrínsecamente malas ni estaban condenadas por la Iglesia Católica, sino que su *justicia* y *oportunidad* debían evaluarse en cada caso. Un aspecto relativo a la *justicia* de las huelgas en el que Grote hizo especial énfasis y que, según opinaba, describía la situación del movimiento obrero local, era la afirmación de que se ejercía coacción sobre la voluntad de la mayoría de las y los trabajadores. Una huelga que estuviese justificada en su fin, es decir, que pretendiera reparar una situación injusta en el intercambio establecido entre el patrón y el obrero, dejaba de serlo si se le imponía a una mayoría mediante la coacción física o moral.⁵

Este “defecto de libertad”, argumentaba, se sustentaba en la generalidad de las huelgas que se habían realizado en los últimos años en la República Argentina y se refería, especialmente, a las que “desde siete años a esta parte se han llevado a cabo entre nosotros”; es decir, aproximadamente, entre fines de 1894 y 1902. Al mismo tiempo, aseguraba que todas aquellas huelgas habían sido decretadas por los elementos directivos de las sociedades de resistencia —cuya fundación asociaba únicamente a los socialistas— e impuestas mediante amenazas y actos de violencia a la mayoría de las y los trabajadores.⁶ El cuadro que pintaba Grote se completaba con su declaración de que este tipo de medidas constituían *no ya medios de defensa*, sino “actos continuos y premeditados de hostilidad de los obreros contra los patrones”. Dada la presencia e influencia de esas minorías “socialistas” en las sociedades de resistencia, las huelgas representaban, entonces, “el arma principal y por ahora casi única de combate en la encarnizada lucha del trabajo contra el capital, cuyo lema es: ¡Guerra al capital!”.⁷

Aunque el texto había sido escrito antes de que se produjeran los mayores episodios huelguísticos, es cierto que algunas huelgas de la etapa estudiada —1890-1922— derivaron en movimientos políticos generalizados que salieron del estrecho ámbito sindical; se dieron, así, por fuera del aparato institucional aún en ciernes y tuvieron

4 Esto se desprende claramente del texto de Grote. Ver GROTE, F., “Las Huelgas”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1902, págs. 75 y 78. En la última referencia, además, Grote se lamentaba de que las autoridades no hubiesen reprimido con la fuerza pública a los huelguistas.

5 GROTE, F., “Las Huelgas”, *op. cit.*, pág. 79.

6 GROTE, F., “Las Huelgas”, *op. cit.*, pág. 83.

7 GROTE, F., “Las Huelgas”, *op. cit.*, pág. 163.

ciertos elementos insurreccionales.⁸ Con todo, la efectividad y conveniencia de las huelgas generales fue algo discutido ampliamente entre la militancias socialista, anarquista y *sindicalista revolucionaria*, y no solamente en nuestro país. Estos sucesos, que constituyeron importantes jalones de la historia del movimiento obrero de la ciudad y del país, y en cuyo marco se dieron experiencias nuevas de organización y solidaridad, fueron interpretados por los Círculos como medidas ideológicas, injustas e innecesarias con fines políticos y desestabilizantes. Nos referimos, en particular, a la “huelga grande” de 1896; a las huelgas de 1902; a la Semana Roja; a la huelga del Centenario; a la Semana Trágica, y a algunos otros episodios menores como la movilización obrera de 1895, el intento fallido de huelga general de 1907 y la huelga ferroviaria de 1917. No se puede dejar de indicar que tales momentos de conmoción pública estuvieron atravesados por transformaciones más amplias de la sociedad argentina —el Centenario, la sanción de la ley Sáenz Peña y la emergencia del radicalismo—, a lo cual se sumaron las coyunturas bélica y posbélica.

En este capítulo, estructurado sobre un ordenamiento de tipo cronológico, mostramos cómo interpretaron los Círculos de Obreros las principales luchas del movimiento obrero de la ciudad de Buenos Aires en su etapa formativa, y de qué manera intervinieron en ellas. Se analizará, por un lado, qué lectura hicieron de cada episodio, teniendo en cuenta su mirada sobre el contexto socioeconómico, la evaluación que hacían del riesgo social que se corría en cada caso y, en relación con esto último, de la influencia o el involucramiento de las izquierdas en estos movimientos. Por otro lado, se considerarán su participación institucional en estos episodios y las divergencias o dubitaciones que existieron en más de una ocasión en su interior. Con este fin, se ha dividido el capítulo en cuatro partes. La primera de ellas comprende el momento de mayor conflictividad laboral de la década del noventa, donde hemos observado que prevaleció una actitud prescindente de parte de la institución. La segunda abarca desde la primera

8 Según ha señalado Nicolás Iñigo Carrera, desde principios de la década del 900 la huelga general con movilización de masas y choques armados con la policía se constituyó en una forma de lucha de la clase obrera argentina. En un trabajo previo, el autor había precisado que tales medidas de lucha tenían lugar por fuera del sistema institucional y les reconocía ciertos rasgos insurreccionales. Sin embargo, en discusión con la idea de Bilsky de que la etapa «insurreccionalista» de la clase obrera había concluido en la Semana Trágica (1919), recordaba que estas huelgas carecían del objetivo de la toma poder político —rasgo clásico de una insurrección— y que no habían concluido en aquel episodio como lo mostraba la huelga de la construcción de 1936. IÑIGO CARRERA, N., “Aproximación al análisis del Centenario como hito en la historia de la confrontación social argentina”, *PIMSA. Documentos y comunicaciones*, núm. 14, 2013, pág. 71 y *La estrategia de la clase obrera 1936*, La Rosa Blindada-PIMSA, Buenos Aires, 2000, pág. 39 y ss.; BILSKY, E., *La semana trágica*, op. cit., pág. 23.

huelga general de 1902 hasta la coyuntura del Centenario de la Revolución de Mayo en 1910; aquí los Círculos jugaron un rol institucional activo, con algunas divergencias internas. En la tercera parte, se analiza un periodo de baja conflictividad del movimiento obrero, resultado de la represión desplegada durante el Centenario y de la sanción de la Ley de Defensa Social, y prolongada por el comienzo de la crisis de la Primera Guerra; en estos años, se analizan algunas iniciativas de la institución que se llevaron adelante en el ámbito legislativo en un momento de crecimiento de la bancada socialista. Finalmente, en la cuarta y última parte de este capítulo, se aborda un nuevo periodo de agitación social, que tuvo lugar entre fines de 1916 y principios de 1917 hasta, aproximadamente, comienzo de 1922; en este período, los Círculos volvieron a intervenir en un contexto en el cual las contradicciones sociales se agudizaron, y esta vez lo hicieron con una posición externa fuertemente centralizada y homogénea que derivó en un alineamiento más cerrado con la jerarquía católica.

Los Círculos durante el ciclo huelguístico de la década del noventa

En los artículos que citamos arriba, Grote había hecho una referencia especial a las huelgas de “los últimos siete años”; ello incluía, al menos, las huelgas que tuvieron lugar a partir de fines de 1894 o comienzos de 1895. Para abordar la posición de los Círculos de Obreros frente a los conflictos obreros de la década del noventa, se debe recurrir a *La Voz de la Iglesia* y a los semanarios el *Mensajero del Corazón de Jesús* y *La Buena Lectura*, dado que no contamos con materiales propios de los Círculos de Obreros, como era por entonces el periódico *La Defensa* —fuente que, como ya indicamos, hoy se halla prácticamente desaparecida—. De forma complementaria, se han explorado también la prensa comercial y el periódico del Partido Socialista, siguiendo la pista del accionar de los Círculos de Obreros para ver si tuvieron algún tipo participación en el ciclo de protesta que culminó con la “huelga grande” —también conocida como “huelga monstruo”— en 1896.

Para *La Voz de la Iglesia*, el problema de las huelgas representaba un tema al que había que prestarle atención. En 1893, le dedicó un artículo a la fundación de las asociaciones de obreros que ponía particular acento en los móviles de fondo de estas sociedades.⁹ Más allá de que en sus estatutos se hablase de fraternidad, lo que las definía,

⁹ “Obreros y obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 28/09/1893.

su primera aspiración —consideraba el artículo— solía ser la lucha. En ellas —se sostenía— el socorro mutuo oficiaba como un señuelo, ya que más tarde se destinarían los esfuerzos de la sociedad a trabajos subversivos y atentatorios contra el orden social. Cabe recordar que este uso del socorro mutuo se implementó de ese modo, como lo reconoció el mismo Grote, en los Círculos de Obreros. Si bien se les auguraba a las asociaciones de resistencia una vida efímera, se proponía estudiar sus fines para demostrar que el obrero solo podría encontrar verdadera protección allí donde se lo considerase como un hermano y no como un simple contribuyente. Dado que la causa del mal social estaba en el alejamiento de “Dios”, su remedio se encontraba necesariamente en un retorno a él.¹⁰

A medida que comenzó a retroceder la recesión económica, hacia 1894, se volvieron a hacer oír las demandas de la población trabajadora. En este momento, las huelgas y la movilización obrera en general ganaron en número y presencia, y se volvió a plantear la necesidad de conformar una federación, aunque no logró constituirse.¹¹ *La Voz de la Iglesia* fue dando cuenta, gradualmente, de este nuevo clima. De hecho, se pueden encontrar en sus páginas menciones a la huelga de los albañiles —uno de los sectores más dinámicos de la etapa en correspondencia con el desarrollo urbano de la ciudad— y sobre el surgimiento de algunas nuevas sociedades de resistencia.¹² En estos años, se afirmó el reclamo de la reducción de la jornada laboral como el principal, aunque existieron también otros, como fin del trabajo a destajo, aumento salarial, etc.

Ya en 1895, a propósito de la convocatoria a un acto realizado por los albañiles en rechazo a la modificación desfavorable del horario laboral que pretendía imponer la municipalidad a los trabajadores de la construcción, *La Voz de la Iglesia* observó un

10 Ídem. El artículo ponía como modelo de tal tipo de asociación a la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), cuya historia se reseñaba a partir de las palabras de un parlamentario francés. Con una llamativa confusión sobre las características de la AIT, se decía que la suya era la historia de todas las asociaciones obreras “sin Dios”. Los contactos locales con la Asociación Internacional de Trabajadores habían empezado en 1870. FALCÓN, R., *Los orígenes del movimiento obrero...*, op. cit., págs. 39-51.

11 Sobre los intentos por constituir la segunda Federación Obrera Argentina, ver: MAROTTA, S., *Op. cit.*, págs. 102-104; ODDONE, J., *Op. cit.*, págs. 121-125. Según Sebastián Marotta, un factor presente durante el reflujó de los años 1890-1893 fue el antagonismo entre socialistas y anarquistas —mayoritariamente de la vertiente “anti-organizadora”— en las embrionarias asociaciones gremiales. En esta etapa, si bien los debates continuaron, creció la influencia de la tendencia organizadora dentro del anarquismo local y, con ello, la posibilidad de algunos encuentros. MAROTTA, S., *Op. cit.*, pág. 86.

12 “Al trabajo”, *La Voz de la Iglesia*, 06/08/1894; “Sociedades de resistencia”, *La Voz de la Iglesia*, 11/08/1894; “Huelga de albañiles”, *La Voz de la Iglesia*, 13/08/1894; “Las sociedades llamadas de resistencia van haciendo camino. (...) El síntoma demuestra que la cuestión obrera entre nosotros se precipita, mal encaminada por las que están en Europa a la orden del día”, “Confederación obrera”, *La Voz de la Iglesia*, 28/08/1894; entre otras.

avance en la unificación de iniciativas obreras que previamente se manifestaban aisladas.¹³ Ciertamente, esta movilización había logrado congregar a numerosas sociedades, muchas de las cuales no estaban directamente afectadas por la medida. Al mitin, que se realizó el domingo 20 de octubre de 1895 en la Capital Federal, habrían asistido entre 5000 y 5500 personas.¹⁴ Los oradores que hablaron pertenecían a las sociedades obreras y representaban a la mayoría de las corrientes que intervenían en el movimiento. De hecho, los discursos, en general, estuvieron destinados a exponer las distintas estrategias políticas de cada corriente. Existió, por ejemplo, un fuerte intercambio respecto de si se presentaba o no un petitorio al Congreso Nacional reclamando la jornada de ocho horas. Lucas Poy definió el acto como una virtual asamblea general del activismo obrero de las sociedades gremiales actuantes en el periodo.¹⁵ Más allá de la importante presencia de oradores socialistas, la opinión mayoritaria del acto fue anarquista.

Volviendo al artículo de *La Voz de la Iglesia*, este señalaba que, con tal convocatoria, se había intentado mostrar los resultados de una propaganda constante — que preferían por el momento no llamar “subversiva”, sino “inconveniente”—. La secuencia que, a juicio del articulista, caracterizaba a estos movimientos consistía en presentar primero reclamos que luego se convertían en exigencias y que, finalmente, derivaban en el desorden y los conflictos sociales.¹⁶ Hasta el momento, el país no había tenido que lidiar con este tipo de conflictos debido a la abundancia del trabajo y a que era “suficientemente remunerado”, pero la condición del obrero en los grandes centros de población no era “la más halagüeña”. Con dificultad, sus ingresos le alcanzaban para el sostenimiento diario, y estaba lejos de asegurarse la subsistencia futura —algo que, como veremos, fue una preocupación recurrente del catolicismo social—. Aun así, para el redactor del artículo, esta realidad no justificaba tales movimientos colectivos.

Según se puede apreciar en *La Voz de la Iglesia*, y en la misma línea que lo reconocerá Grote en 1902, estos movimientos eran considerados como procedimientos

13 “Movimiento obrero”, *La Voz de la Iglesia*, 18/10/1895. Los albañiles encabezarían la columna, luego, marcharían los panaderos, yeseros, talabarteros, tipógrafos, herreros, mecánicos y anexos, pintores, marmoleros, hojalateros, carpinteros, constructores de carruajes, fideeros, sastres, vidrieros, etc. Además, participarían los panaderos de La Plata y algunas sociedades de Rosario harían un mitin en apoyo allí a la misma hora. “Meeting obrero”, *La Nación*, 19/10/1895 y “Meeting obrero”, *La Nación*, 20/10/1895.

14 Según *La Nación*, la columna coreaba “Vivas a la anarquía, a la clase proletaria y mueras a los burgueses”, “Meeting de ayer”, *La Nación*, 21/10/1895.

15 POY, L., *Los orígenes de la clase obrera argentina...*, op. cit., pág. 148.

16 “Movimiento obrero”, *La Voz de la Iglesia*, 18/10/1895.

demasiado peligrosos que, además de los trastornos sociales que generaban, podían agravar el estado general de la economía nacional, llegando incluso a ocasionar la ruina de los capitalistas. Aun no del todo recuperada la situación económica, no era un momento propicio para las exigencias del obrero. De hecho, la misma crisis que había perjudicado a este había afectado, también, a los establecimientos comerciales e industriales. Entonces, aunque por un lado se declaraba no reprobar el medio de ejercer presión para obtener la realización de deseos, no se lo consideraba oportuno o conveniente debido a la situación económica del país. En este caso, las consecuencias negativas de tal movimiento no estaban en el hecho de que la propia movilización comprometiera el orden, sino en que, a la larga, la satisfacción de las demandas obreras se traduciría en falta de trabajo y miseria; y la necesidad y la indigencia nunca serían buenas consejeras.¹⁷

En definitiva, el problema no eran las reuniones en sí, sino que en ellas se tornaran predominantes determinadas ideas. De hecho, otro artículo alusivo al mitin decía que la influencia que socialistas y anarquistas habían logrado ejercer entre los obreros con el pretexto de mejorar su condición económica era visible. En consecuencia, se apreciaba como necesario prevenir los efectos de la propaganda “demoledora” de estas corrientes y por lo tanto, el mitin del domingo 20 de octubre debía ser tomado como un aviso.¹⁸ Esta movilización y las alarmas que despertó constituyen, desde nuestra perspectiva, una muestra evidente del clima de ideas y de la movilización que había en aquel momento en un sector importante de los trabajadores de la ciudad y alrededores.

No obstante, el punto más álgido de conflictividad se produjo un poco menos de un año después, durante la llamada “huelga grande” de 1896. Dicha huelga duró aproximadamente tres meses y, al menos en su primera etapa, se desarrolló prácticamente como una huelga general. Instalado el reclamo de la reducción de la jornada laboral en muchos gremios, este contribuía a estrechar vínculos entre trabajadores de distintas actividades o ramas. El día 10 de agosto los trabajadores de los talleres ferroviarios de la localidad de Tolosa, en las cercanías de la ciudad de La Plata, se declararon en huelga e, inmediatamente, intentaron extender el reclamo, como lo habían hecho en conflictos previos, a los talleres ferroviarios de Barracas —Sola—, Caballito, Rosario y Santa Fe.¹⁹

17 Ídem.

18 “La cuestión social”, *La Voz de la Iglesia*, 23/10/1895.

19 “Huelga en los talleres ferrocarrileros”, *La Vanguardia*, 15/08/1896. POY, L., “La “huelga grande” de 1896 en los orígenes del movimiento obrero de Buenos Aires”, *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, núm. 1, 2011, págs. 144-174; PRIETO, A., “La “huelga grande” de

Así, la huelga se fue extendiendo geográficamente, primero en los talleres ferroviarios de las distintas líneas y entre trabajadores mecánicos y metalúrgicos, pero luego se fueron plegando otros colectivos: como panaderos, alpargateras de la Fábrica Argentina, telefónicos, albañiles, cerveceros, cigarreros, tintoreros, etc.²⁰ Los reclamos centrales eran la reducción de la jornada a ocho horas, la supresión del trabajo a destajo y en los días festivos, aunque cada sector podía añadir sus exigencias específicas.

A la luz de lo que se viene diciendo, se puede prever que los Círculos de Obreros no participaron de ella y, en cambio, parecen haber puesto todas sus energías en una peregrinación que había sido planificada, con cierta anterioridad, por el Círculo Central. Es decir, su convocatoria no estuvo directamente vinculada a la agitación que, de hecho, recién estaba comenzando. Lo que pudo haber sucedido —recordemos que las fuentes para este periodo son escasas— es que la peregrinación que había sido convocada inicialmente por un círculo tomó, en tal contexto, un carácter más general. Así, el 16 de agosto se movilizaron unas 5000 personas a los pies de la virgen María en Luján.

Desde *La Voz de la Iglesia* se argumentó que tal iniciativa era una demostración de fe, y también oportuna en relación con la tarea que se habían dado los Círculos de Obreros para regenerar a la clase proletaria y prepararla —mediante la instrucción de sus deberes morales y de su evangelización— a resistir la “impetuosa corriente” que la empujaba hacia el socialismo, el anarquismo y demás *errores* de la época.²¹ Pronosticaba, entonces, que el evento llegaría a congregar a millares de hombres —lo que en cierto modo ocurrió— de distintos gremios y nacionalidades que confraternizarían sinceramente —“sin odios, sin aversión a los favorecidos por la fortuna, aceptando con edificante resignación la pobreza, la dignificante ley del trabajo”— y se estimularían para cumplir su misión social “con la esperanza del galardón eterno”.²² En ese sentido, se celebraba este otro movimiento “de reacción cristiana” que se había iniciado en la clase obrera en oposición a “esas mismas huelgas ya tan generalizadas”, cuyos resultados constituían una esperanza de salvación para el país desde el doble punto de vista, económico y moral.

Otra nota mostraba cierta alarma ante el curso que tomaba la huelga entre los ferroviarios: además de que aumentaba el número de huelguistas, se apreciaba un

1896 en la emergencia de la cuestión obrera rosarina”, *Archivos De Historia Del Movimiento Obrero Y La Izquierda*, núm. 17, 2020, págs. 143-162.

20 “La huelga monstruo”, *La Vanguardia*, 22/08/1896 y 05/09/1896.

21 “Peregrinación obrera”, *La Voz de la Iglesia*, 11/08/1896.

22 Ídem.

incremento en la violencia en las protestas; por ejemplo, los huelguistas colocaban “piedras y otros estorbos en la vía de los trenes, preparando así descarrilamientos, choques y catástrofes”.²³ Como lo haría Grote años más tarde, el redactor se enojaba con los principales diarios del momento, *La Nación* y *La Prensa*, por dedicarles una sección especial a los gremios, considerando que esto los favorecía. En cambio —se quejaba—, la numerosa peregrinación a Luján no había tenido la debida cobertura. Otro aspecto presente en las páginas de *La Voz de la Iglesia* y que aparecería más adelante en las reflexiones de Grote era la defensa de una línea de conciliación de intereses entre patrones y obreros.²⁴ En función de ello, el aumento de los jornales no debía surgir de las exigencias de los trabajadores sino del desarrollo de las industrias. Su progreso aumentaría la demanda de mano de obra y esta, la suba de las remuneraciones.

Con la firma de Same, otro artículo indicaba que la actitud pacífica de los huelguistas era momentánea, pues las circunstancias no les permitían todavía poner en juego la violencia.²⁵ Según enseñaban las experiencias europeas, las huelgas grandes y generales constituían el terreno donde la clase proletaria había aprendido “a odiar a los favorecidos de la fortuna”. Por ese motivo, decía, “*sistemáticamente combatiremos las huelgas*, sin que dejemos de creer que es un deber, una obligación de la humanidad y de la justicia, ir mejorando la remuneración pecuniaria del obrero” conforme a las enseñanzas de León XIII.²⁶ En definitiva, la principal medida era la “*crisianización del pueblo*”.

En la misma línea, a casi un mes de iniciada la “huelga grande”, este diario se jactaba de que “[e]n todas estas huelgas no hay uno sólo de los obreros que pertenezca á los Círculos de Obreros Católicos”. Todo lo cual quería decir, entonces, que “éstos han encontrado en las asociaciones pacíficas y benéficas, lo que los otros no pueden conseguir por la amenaza y violencia”.²⁷ Desde ese lugar, se persuadía a los obreros de lo conveniente que era engrosar “las filas de los buenos”, es decir quienes se habían congregado bajo la protección de la Iglesia y de sus doctrinas y preceptos. Resulta importante destacar que no hemos encontrado referencia a una intervención directa en los conflictos, sino que lo que resalta es, más bien, la ausencia de los trabajadores organizados

23 “De oportunidad”, *La Voz de la Iglesia*, 19/08/1896, por “Flag”.

24 “Las huelgas”, *La Voz de la Iglesia*, 10/08/1896, por “Same”.

25 “Ante el peligro”, *La Voz de la Iglesia*, 20/08/1896.

26 El subrayado es nuestro. “Ante el peligro”, *La Voz de la Iglesia*, 20/08/1896, por “Same”.

27 “Las huelgas”, *La Voz de la Iglesia*, 04/09/1896.

por los Círculos, la cual era contrastada con su presencia en una actividad alternativa: la peregrinación a Luján.

Desde otra perspectiva, *El Diario* —diario de la tarde de importante circulación en aquellos años— había afirmado que durante las últimas huelgas se había dejado sentir “la benéfica influencia” que ejercía en el ánimo de los obreros la propaganda de los “círculos católicos”. Contando con “cerca de 5000 obreros”, resultaba “satisfactorio hacer constar que ninguno de ellos ha tomado parte en las huelgas, permaneciendo fieles a sus patrones”. Añadía que eso se debía a la propaganda “permanente” que se hacía en sus reuniones “de que la huelga no es medio adecuado para mejorar su situación” y a que en esas conferencias se les enseñaba “que nada conseguirán por los medios violentos”; se les convencía, en cambio, de que una vez que los Círculos estuviesen organizados en todo el país, obtendrían que los patrones no abusaran de los operarios, ya fuese en el recargo de trabajo o en la remuneración.²⁸

Haciéndose eco de esta noticia, los socialistas indicaron que “un diario burgués” decía que ningún miembro de los círculos católicos de obreros había tomado parte en las huelgas.²⁹ En su perspectiva, la acotada efectividad que había encontrado la propaganda de los Círculos exhibía su composición social, distante de los trabajadores —“las tropillas grotescas sólo las componen media docena de sacristanes, unos cuantos burgueses y los parientes de los curas”—. Por otra parte, les resultaba lógico que no participaran en las huelgas para mejorar las condiciones de trabajo aquellos “infelices” que esperaban gozar “allá en el *cielo*”, así como tampoco esperaban que lo hicieran los patrones y los sacerdotes, quienes vivían “tan magníficamente en la tierra”. La asociación entre los Círculos de Obreros y las patronales fue recurrente en la prensa socialista; un ejemplo en este sentido lo ofrece la denuncia de que la cervecería Quilmes, luego de finalizada la “huelga grande”, persiguió a los simpatizantes de la huelga y promovió la asociación al Círculo de Obreros de la localidad.³⁰ Un año antes, *La Vanguardia* había hecho notar otro comentario de un “diario burgués”; en este caso, uno que elogiaba a Grote, porque en las oficinas del trabajo de los Círculos de Obreros “se encontraban obreros *A MAS BAJO PRECIO* que en cualquier otra parte”.³¹

28 En “Las huelgas”, *El Diario*, 02/09/1896.

29 Sin título, *La Vanguardia*, 26/09/1896.

30 Sección correspondencia, *La Vanguardia*, 10/10/1896.

31 “La milicia negra contra el socialismo”, *La Vanguardia*, 6/07/1895.

La huelga grande, de todos modos, no concluyó con una victoria de los trabajadores. Las patronales lograron que los conductores de trenes no se uniesen al movimiento, pero el conflicto pudo prolongarse más de tres meses porque la medida se sostenía en un sector difícil de reemplazar. Sin embargo, no todas las sociedades de resistencia tenían esa posibilidad. Uno a uno, los diversos sectores fueron volviendo al trabajo, mientras la anunciada mediación estatal tardaba en concretarse. A este importante episodio le siguieron algunos años de retraimiento de la movilización obrera, en sintonía con una breve recesión que hizo subir de manera significativa los índices de desocupación durante los últimos años del siglo.

Recapitulando, durante la década del noventa la estrategia que primó parece haber sido la de proponer la organización de los Círculos de Obreros como una forma alternativa a las sociedades de resistencia, sin dar lugar a ningún tipo de participación en la arena sindical. Esto cambió a partir de los conflictos portuarios en Buenos Aires y Rosario del verano de 1901, cuando los Círculos de Obreros aportaron personal en medio del conflicto. Allí se abrió, también, una nueva vía de intervención para los católicos sociales, ya que algunos sectores se involucraron abiertamente en la organización gremial y participaron en algunos de los conflictos de la época del mismo lado que las sociedades de resistencia. Ejemplo de estos serán las huelgas del puerto de 1905 y de 1907 que se abordarán más adelante. De todos modos, y como se verá seguidamente, la orientación general de esta institución fue contraria a las huelgas generales, por considerárselas políticas o ideológicas, motivo que llevó a la Junta Central de los Círculos de Obreros a posicionarse una y otra vez contra aquellas.

Entre la primera huelga general y las celebraciones del centenario

El comienzo del siglo inauguró un nuevo escenario para la intervención del movimiento obrero en la ciudad y más allá de ella. Como ha señalado Ricardo Falcón, a fines del siglo XIX la clase obrera argentina había adquirido en términos sociales una fisonomía que no sería alterada en lo sustancial hasta, al menos, la Primera Guerra Mundial.³² En cuanto al orden organizativo, a partir del año 1900, con un ritmo lento, el movimiento iría mostrando síntomas de recuperación hasta llegar a la huelga general de 1902, que suele considerarse como el comienzo de una nueva época. Una muestra de los

32 FALCÓN, R, *Los orígenes del movimiento obrero...*, op. cit., pág. 104.

cambios que se vivían en este campo lo da el hecho de que la llamada *ley de residencia* sancionada en medio de la huelga, Ley N° 4144, no había encontrado consenso en los años anteriores.

Repasemos algunas cuestiones previas. Después de la derrota del movimiento de 1896, siguieron unos años de reflujo de la actividad huelguística que coincidieron con una nueva etapa de crisis económica, la cual repercutió fuertemente en los niveles de ocupación. Como se adelantó, esto comenzó a revertirse hacia 1900, y a mediados del año 1901, el movimiento estaba reanimado y con huelgas de verdadera importancia en la provincia de Buenos Aires y en Rosario.³³ Esta movilización tuvo su correlato organizativo y, desde febrero, entre numerosas sociedades de resistencia, comenzó a discutirse la necesidad de construir una federación. En el feriado del 25 de mayo de ese mismo año, se realizó un congreso con representación de unas 27 asociaciones en el cual quedó constituida la Federación Obrera Argentina (FOA).³⁴ Esta organización unitaria fue producto de un acuerdo algo volátil entre militantes socialistas y anarquistas; de todos modos, el espacio federativo ya no perdería continuidad.³⁵ El PS reflejó en su prensa que la “fusión amistosa” y los “acertados acuerdos” entre las militancias de ambas corrientes convivían con “conclusiones contradictorias”. Las tensiones con respecto a la estrategia de la huelga general fueron centrales y tendieron a hacerse más pronunciadas en los meses siguientes.³⁶ Mientras los anarquistas veían en la FOA una herramienta para impulsar la acción unificada y solidaria de las sociedades de resistencia en un movimiento huelguístico general, los socialistas cifraban en esta la posibilidad de evitar estallidos huelguísticos que pudieran afectar negativamente al movimiento obrero.

Si seguimos la apreciación del historiador Iacov Oved, las huelgas que estallaron desde inicios de 1902 tuvieron como rasgo distintivo un aspecto que aparecía como novedoso: la tendencia hacia la huelga general. Oved asociaba este fenómeno directamente con la propaganda anarquista y el aumento de la influencia de esta corriente

33 Dado que se trata de un período sin cifras oficiales, Roberto Korzeniewicz contabilizó a través de la prensa 57 huelgas durante el año 1901; 106, en el siguiente y 144, en 1903. Esta tendencia ascendente marca su pico en 1904 con 322 huelgas, luego permanece en niveles próximos a los de 1903. KORZENIEWICZ, R., “Labor Unrest in Argentina, 1887-1907”, *Latin American Research Review*, núm. 3, 1989, págs. 75.

34 OVED, I., *Op. cit.*, pág. 163.

35 El apoyo a esta iniciativa, de todos modos, no provino del conjunto de los círculos anarquistas sino fundamentalmente de los que se expresaban a través de *La Protesta Humana* y *L'Avvenire*. Contó con un rechazo enérgico en otros espacios, como en el de los anarco-comunistas, nucleados en torno a *El Rebelde*, o en el de los anarco-individualistas. OVED, I., *Op. cit.*, pág. 135.

36 POY, L., *El Partido Socialista Argentino...*, *Op. cit.*, pág. 185.

en las sociedades de resistencia.³⁷ Ejemplos de esta tendencia se pueden ver, por un lado, en la huelga iniciada ese verano en el puerto de Rosario, que había concluido en un movimiento general que duró un día en la ciudad; y por otro lado, en una huelga parcial de marineros y foguistas, iniciada en el puerto de Buenos Aires, la cual derivó en un conflicto que se extendió entre los trabajadores de La Boca y el Riachuelo.³⁸ Este tipo de situaciones intensificó las diferencias y tensiones entre socialistas y anarquistas al interior de la FOA y concluyó con la ruptura de ese espacio unitario en el II Congreso de la Federación, en abril de 1902.

En este mismo contexto, Grote escribió dos artículos sobre el problema de las huelgas, publicados en la *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, que mencionamos previamente. No se trataba de una elaboración novedosa, en realidad las citas de autoridad que remitían a León XIII son recurrentes.³⁹ Pero el texto sí brinda algunas pistas de cómo interpretaba el principal dirigente de los Círculos de Obreros las huelgas del último periodo, qué postura tomaba frente a la represión estatal y cuál consideraba que debía ser la reacción de los Círculos. En primer lugar, planteaba que las huelgas que tenían lugar en la ciudad desde mediados de la década del noventa no eran justas ni legítimas, puesto que no respondían a la voluntad de las mayorías proletarias, sino que eran promovidas por minorías, a las que identificaba con la dirigencia de las sociedades de resistencia y con el socialismo.

37 OVED, I., *Op. cit.*, pág. 208.

38 Los actos de repudio al asesinato del obrero Cosme Budislavich en la huelga de la refinería de Rosario (20/10/1901) revelaron la existencia de un movimiento obrero local fuertemente movilizad y hegemonizado por el anarquismo. Fue a partir de entonces que los obreros fueron percibidos como un sujeto social con perfil propio. PRIETO, A., “Rosario, 1904: cuestión social, política y multitudes obreras”, *Estudios sociales*, núm. 19, 2000, págs. 105 y 106.

39 En líneas generales, el sacerdote alemán argumentaba que León XIII no había rechazado las huelgas en sí sino los perjuicios que generaban y el riesgo de que degeneraran en movimiento subversivos. Por eso, había que prevenirlas con medidas o remedios adecuados, ya que la represión no era la salida a la que tenía que recurrir la autoridad pública. A su vez, analizaba la cuestión también desde el punto de vista del derecho natural y concluía que las huelgas eran justas y lícitas en general cuando se promovían con el objeto de obligar a los patrones a ajustarse a las condiciones o las exigencias que el derecho natural y divino le daba al obrero —un jornal insuficiente para la supervivencia o de una excesiva duración de la jornada— y a los principios de la justicia conmutativa —que implica cierto equilibrio en el intercambio—. No obstante, aun pudiendo ser lícitas y justas, las huelgas eran inconvenientes, por sus consecuencias no deseables tanto en el plano moral como material. Agravaba la cuestión social, al afectar negativamente los vínculos entre los patrones y los obreros, deteriorar las costumbres y comportamientos de unos y otros y perjudicaba los intereses materiales del capital, del trabajo y del conjunto de la sociedad. GROTE, F., “Las Huelgas”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1902, págs. 75-89 y 162-175. André Pont Llodrá también escribió un folleto sobre las huelgas, con el que ganó un concurso jurídico. Lamentablemente, no hemos dado con este material.

Grote responsabilizaba a la prensa comercial —principalmente, a *La Prensa*— por difundir y bloquear el accionar policial, y afirmaba que la actitud de las autoridades públicas era censurable, en todo caso, por no “reprimir enérgicamente semejantes atentados contra la libertad, el pan y hasta la vida de indefensos obreros”. A su juicio, esta inacción ponía a las autoridades, prácticamente, en el lugar de cómplices, y remarcaba que su “mal entendida moderación” no servía sino para envalentonar a los culpables.⁴⁰

Con tal lectura, no resulta ilógico que la conducción de los Círculos promoviera el fracaso de las manifestaciones de lucha del movimiento obrero local. Recordemos que, en noviembre de 1901, cuando las patronales del puerto le habían solicitado a los Círculos de Obreros el personal para reemplazar a quienes se habían adherido a las huelgas estos accedieron al pedido, sin hallar demasiados obstáculos para concretarlo. Poco después, al repetirse el requerimiento, la resolución implicó algunas divergencias internas que provinieron del núcleo democrático-cristiano. Las posiciones de la Liga Democrático Cristiana, a pesar de haber sido esta una institución organizada por el fundador de los Círculos, en ocasiones generaron cierta desconfianza en el movimiento católico y existieron algunos desentendimientos con la dirección de los Círculos de Obreros.⁴¹ Esto implicó que, a un período de iniciativa inicial de la Liga, le siguiera otro de inestabilidad institucional. Recién la incorporación del presbítero español Andrés Pont Llodrá a finales

40 GROTE, F., “Las Huelgas”, *op. cit.*, págs. 86 y ss.

41 Al poco tiempo de la publicación de la *Rerum Novarum* (1891), al interior del movimiento social-católico europeo se desplegó la corriente demócrata cristiana cuyo origen se suele ubicar en el *Congreso obrero cristiano* reunido en París (1896). Un lustro después, León XIII hizo público otro documento social: la encíclica *Graves de communi* (1901) en la cual, para evitar posibles desviaciones doctrinarias y políticas —que, de hecho, luego se produjeron—, delimitaba los objetivos y las características que debía tener la democracia cristiana, así como también sus diferencias respecto de la social democracia (socialistas). En la Argentina, la institución demócrata cristiana data de abril de 1902 y fue creada por iniciativa del propio Grote. Esta nueva asociación surgió bajo la evaluación de que era prioritario disputar en el terreno sindical la hegemonía que habían logrado socialistas y anarquistas; y, por ello, tenía el propósito general de realizar una activa propaganda del programa social del catolicismo y de organizar gremios afines. En la mente de sus fundadores, los Círculos de Obreros y la Liga constituirían organizaciones independientes con un fin complementario. Mientras los Círculos daban cuenta de un tipo de asociacionismo mutualista del laicado católico, policlasista y estructurado fundamentalmente sobre una base territorial; la última estaba más orientada a la formación de cuadros que actuaran sobre los mismos Círculos y otros espacios de trabajadores. La nueva organización dotaba al catolicismo social de un laicado militante y más juvenil que enfrentaría a las izquierdas en el plano doctrinario y organizativo. Sobre sus orígenes, uno de sus dirigentes sintetizó, en 1903, que debido a la acentuación de la cuestión social —entendida como el malestar social y el furor de la propaganda socialista y anárquica— se había visto la necesidad de formular de una manera franca, concreta y clara las aspiraciones del movimiento social cristiano y de sistematizar la propaganda haciéndola constante y uniforme. Carta de Adolfo Marcenaro a Manuel D. Pizarro, 20 de mayo de 1903, citada en AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, *op. cit.*, pág. 185. Ver también MARTÍN, M. P., *Los católicos y la cuestión obrera...*, *op. cit.*, pág. 63 y ss.

de 1903 le brindó un nuevo impulso, aunque este sólo se extendió hasta su partida en 1907, poco antes de que la liga se desestructurara.

En noviembre de 1902, los estibadores del puerto de Buenos Aires iniciaron una huelga que tomó importantes proporciones en la ciudad. Previamente, habían sucedido una serie de hechos que habían azuzado los ánimos generales. Por un lado, tras la huelga de los panaderos, el allanamiento de su local, la detención e incautación de documentación de ese y otros sindicatos que funcionaban en un mismo local, habían generado un amplio movimiento de protesta; por otro lado, se habían movilizado también los desocupados.⁴² De todos modos, según sugiere Iaacov Oved, los reclamos de los estibadores del puerto de Buenos Aires podrían haberse obtenido si no se hubiesen precipitado conflictos en otros puertos y en el Mercado Central de Frutos.⁴³

Este último conflicto consiguió rápidamente el apoyo de los estibadores del puerto de Buenos Aires —que estaban a punto de cerrar su propio reclamo— y de la Federación de Rodados, asociados a estos a través de un “pacto de solidaridad”.⁴⁴ La situación, lejos de resolverse, tendió a escalar. Como se dijo previamente, la sanción de la ley de residencia en ese momento terminó de crear el cuadro anímico del movimiento obrero. Solo en Buenos Aires, el día 23 de noviembre, habría habido unos 70.000 huelguistas. Más aún, diversas fuentes describen un clima de apoyo popular y solidaridad extendida que podría explicar algunas de las dudas que emergieron en el movimiento católico respecto a cómo intervenir en el conflicto abierto en el puerto.⁴⁵

Dos contratistas del ferrocarril Oeste solicitaron a los Círculos de Obreros personal que pudiera reemplazar a los huelguistas y, reunido de manera extraordinaria, el Consejo General había votado casi por unanimidad a favor de dicho pedido —con la sola excepción de Ángel Capurro, presidente de la Liga Democrática Cristiana—. ⁴⁶ Al día siguiente, se realizó una asamblea en la Asociación Católica que de alguna manera cuestionaba la resolución de ese consejo al definir que se constituyera una comisión que estudiara en detalle “los motivos de la huelga, las condiciones permanentes del trabajo en la República y los medios para establecer una legislación del trabajo, del salario y del descanso en los días festivos”, y que se ofreciera, de ser posible, su mediación en la

42 ABAD de SANTILLÁN, D., *La FORA*, op. cit., pág. 103.

43 OVED, I., *Op. cit.*, págs. 248 y 249.

44 OVED, I., *Op. cit.*, pág. 254.

45 OVED, I., *Op. cit.*, pág. 258.

46 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1903, págs. 59 y 60.

resolución del conflicto vigente “sin exponer sus propios elementos á la contingencia de la lucha”.⁴⁷

La Voz de la Iglesia, al día siguiente, aconsejaba prudencia y señalaba el problema de que los obreros católicos corrieran atrás de promesas *seductoras, momentáneas y transitorias*, exponiéndose a peligros por los que nadie les indemnizaría. Desde ese lugar, evaluaba que la reunión realizada el día previo en la Asociación Católica había sido oportuna y una medida de alta previsión. Un día después, el Arzobispo hizo publicar en *El Pueblo* un auto recomendando que tanto el clero como los fieles secundasen la acción del Consejo General de los Círculos de Obreros y que, en caso de ser necesario, las deliberaciones de ideas y proyectos se dieran de manera privada. Poco después, con cierto aval verbal del Arzobispo, el Consejo General definió excluir de las actividades de la institución a la Liga Democrática Cristiana por considerarla organizadora de la reunión en la Asociación Católica.⁴⁸

El movimiento huelguístico fue derrotado unos días después con la aplicación de la ley de residencia, la vigencia del estado de sitio y una fuerte represión sobre activistas y organizaciones. De todos modos, al no resolverse ninguno de los reclamos obreros, las huelgas y los conflictos laborales en el puerto continuaron.

En diciembre de 1904, la F.O.R.A. convocó una huelga general por 48 horas en solidaridad con los trabajadores rosarinos que habían sido recientemente reprimidos; a esta medida también adhirieron los socialistas. Al dar cuenta de esta noticia, la revista del arzobispado destacó positivamente la actitud asumida por las nuevas autoridades.⁴⁹ Quizás por interpretar que la situación estaba controlada, la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros no intervino abiertamente en el conflicto. De hecho, la actitud de los Círculos fue prescindente en este contexto, a excepción de la mediación que hizo el Círculo Central entre los trabajadores y la empresa de los tranvías Buenos Aires y Belgrano. La institución se dedicó a preparar su participación en la fiesta del 50 aniversario del dogma de la Inmaculada Concepción, en la que habían sido designados como guardia de honor de la virgen, y aceleró los preparativos de su campaña de agremiación.⁵⁰ Esta actitud prescindente recién se modificó a fines de 1907, ante la

47 Ídem.

48 Ídem.

49 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1905, pág. 92.

50 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 287, pág. 285, 15/12/1904; libro de actas de la Junta de Gobierno, núm. 2, acta 74, 03/12/1904, pág. 147.

amenaza de una huelga general que arrancarían en Navidad. Para entonces, el balance de la actividad de agremiación de los Círculos era desalentador, y el gobierno, con Figueroa Alcorta como presidente, estaba en crisis. En esa oportunidad, la Junta de Gobierno convocó a cada círculo a contribuir a que el fracaso del movimiento huelguístico fuese seguro y completo. Para ello, durante la primera quincena de diciembre se promovía la realización de conferencias que explicaran los motivos y las causas del futuro movimiento.⁵¹

En 1909, el acto del 1º de Mayo organizado por los anarquistas en la plaza Lorea —ubicada en Avenida de Mayo y Luis Sáenz Peña— fue reprimido por la policía a cargo de Ramón L. Falcón. El trágico saldo de esa jornada fueron 14 muertos y 80 heridos, algunos muy graves que fallecieron poco después.⁵² Tal violencia fue respondida con una huelga general contundente que logró respuestas a sus principales demandas: la libertad de los presos, la reapertura de los locales obreros, la abolición de un código municipal de penalidades que afectaba el trabajo de un sector de los trabajadores involucrados en el conflicto, y la promesa verbal de que no se aplicaría la Ley de Residencia.⁵³ La Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros, entonces, sacó un comunicado en el cual se desligaba de toda participación en esa manifestación.

En el texto se afirmaba que dicha huelga era “completamente injustificada”, no solo en sus móviles sino también en su forma, ya que había afectado la libertad de trabajo de los demás obreros. Se denunciaba, asimismo, el carácter minoritario de quienes habían impuesto la huelga y cometido los atentados contra trabajadores que únicamente pretendían continuar con sus tareas.⁵⁴ En consonancia, se interpretaba el procedimiento policial como legal y justificado y se sostenía que, de haberse producido excesos, estos deberían probarse en la justicia.

Solo unos meses más tarde, en el contexto de una nueva huelga general, esta vez en repudio por el fusilamiento del pedagogo español Francisco Ferrer, la Junta Central de Gobierno sacó otra declaración: “¡Alerta obreros! —El sectarismo fanático se ha servido de un hecho actual para agitar y explotar para sus fines las muchedumbres obreras”.⁵⁵ El

51 No hemos encontrado información sobre qué centros realizaron estas conferencias, ni qué nivel de convocatoria tuvieron. “La Huelga general y los obreros católicos”, *El Pueblo*, 27/11/1907.

52 BELKIN, A., *Sindicalismo revolucionario y movimiento...*, op. cit., pág. 101. La renuncia de Ramón L. Falcón fue un reclamo del PS, que no participó del comité de huelga.

53 BELKIN, A., *Sindicalismo revolucionario y movimiento...*, op. cit., pág. 106.

54 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1909, pág. 401.

55 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1909, pág. 1000.

documento rechazaba que el fusilamiento hubiese sido un crimen del clericalismo español, reivindicaba la labor de la justicia española y tomaba por cierta la participación de Ferrer en las jornadas del 27, 28 y 29 de julio conocidas como la *Semana Trágica* de Barcelona.⁵⁶

En relación con ello, nos interesa retomar el contenido de una nota que le hizo llegar el Sr. Allende, presidente del Círculo de Balvanera, al presidente de la Junta Central de Gobierno, en la cual observa cierta desidia o relajamiento en la forma con que se había tomado la propaganda sobre este respecto.⁵⁷ Afirmaba que el Círculo que presidía había fijado en las calles de la parroquia los carteles “¡Alerta Obreros!” según lo convenido. Allende decía que la comisión de propaganda, venciendo los inconvenientes propios de la necesaria celeridad con que se requería hacer tal fijación, había pegado 1600 afiches en la noche del sábado 30 de octubre. En la carta se hacía referencia, asimismo, a la discusión sobre la necesidad de una “acción conjunta y extensa” para empapelar el Municipio esa misma noche. Sin embargo, se señalaba que no habían sido empapeladas la Parroquia de San Carlos, la Merced, Concepción, Pilar ni San Telmo. Al parecer, fuera del radio comprendido por Entre Ríos, Callao, Corrientes, Jujuy e Independencia, no se había visto cartel alguno. Es decir, al margen de la actividad desarrollada por Balvanera, no había habido otra. Esta acción no solo se representaba como insuficiente, sino como perjudicial frente a lo hecho en esta última parroquia, pues mostraba “un acto aislado y de menor cuantía, sin orden ni acierto”.

La propaganda realizada en Balvanera había incluido también una conferencia con oradores del Círculo, quienes “rebatieron la prédica que por todas (sic) partes se hacía y evidenciaron con profusión de datos la nefasta obra que los elementos liberales estaban glorificando”.⁵⁸ Según el suscripto, a la conferencia no había concurrido ningún socio de otro Círculo, a pesar de haber sido la única realizada por la institución y de haberse difundido en *El Pueblo*, en *La Voz de la Iglesia* y en la reunión realizada en el Círculo Central. Allende también mencionaba las conferencias sociológicas que estaba realizando el Círculo desde el mes previo, a la que sólo había concurrido, y en el primero de sus encuentros, el padre Grote, y ningún otro miembro de las comisiones directivas de otros

⁵⁶ *El Pueblo* le dedica una extensa cobertura al tema, publicando correspondencia y artículos que circulaban en la prensa europea.

⁵⁷ Carta al presidente de la Junta Central de Gobierno de los Círculos de Obreros firmada por el presidente y el secretario del Círculo de Balvanera, fechada 24/11/1909, en Correspondencia de Balvanera, 1897-1915, FCCO.

⁵⁸ Ídem.

Círculos de la Capital. Consideraba estas situaciones como “muestras de indiferencia” y, aunque planteaba el análisis desde un punto de vista positivo, esperaba que la situación fuera revertida.

El conocido atentado contra el jefe de policía Ramón Falcón y su secretario Juan Alberto Lartigau ocurrió una semana después, el domingo 14 de noviembre de 1909.⁵⁹ Ambos murieron a las pocas horas del hecho. Enseguida se decretó un estado de sitio por 60 días; ese tiempo fue utilizado para allanar y destruir locales, deportar militantes y apresar al joven ruso que tiró el explosivo al carruaje.⁶⁰ El velatorio de los funcionarios se hizo a lo grande; contó con amplia concurrencia al Departamento Central de Policía y con la presencia de numerosas autoridades públicas. La Iglesia Católica se sumó al acto mediante la disposición del Arzobispo de que, entre las 10 y las 12. “dobl[as]en tocando a muerto todas las campanas de la capital”.⁶¹ Las víctimas recibieron los auxilios religiosos del Obispo Romero y de José Orzali: como se ha visto ambos sacerdotes estuvieron fuertemente comprometidos con la obra de los Círculos de Obreros.⁶² La crónica de *El Pueblo* remarcaba que la impresión que había producido el atentado era intensa y que no se oía otra cosa que el deseo de que la autoridad procediera con rigor contra sus causantes.⁶³

La Junta Central de Gobierno de los Círculos de Obreros, por su parte, invitó a todos los socios a concurrir al sepelio en señal de protesta contra el atentado y en homenaje a la memoria del coronel.⁶⁴ A su vez, en el Círculo Central se suspendió la función programada y se improvisó un breve acto. Su presidente, el doctor Ángel S. Pizarro, dirigió algunas palabras a la concurrencia. Reprobó el crimen cometido, del que —aclaraba— no hubiera sido capaz ningún argentino, porque estos siempre actuaban de frente “y no como esa canalla adventicia, alevosa y ruin, que sólo sabe hacerlo villanamente, y como los bandidos”.⁶⁵ Según la crónica, Pizarro sostuvo la necesidad de

59 “El crimen anarquista del domingo”, *El Pueblo*, 15 y 16/11/1909.

60 El barco de la armada *Guardia Nacional* fue usado como prisión y de lugar de tortura para numerosos trabajadores. Sin señalar el número de deportados, se sabe que entre ellos figuraba Juan Bianchi, secretario de la FORA. ABAD de SANTILLÁN, D., *La FORA...*, op. cit., pág. 197.

61 “El crimen anarquista del domingo”, *El Pueblo*, 15 y 16/11/1909.

62 José Orzali había sufrido un atentado en 1901. En la memoria del padre Grote escrita por Alfredo Sánchez Gamarra, se explicitaba que el balazo que había recibido el cura párroco de Santa Lucía había sido tirado por un anarquista. SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, pág. 227.

63 “El crimen anarquista del domingo”, *El Pueblo*, 15 y 16/11/1909.

64 El Arzobispo de Buenos Aires adhirió a la iniciativa de erigir un monumento para Coronel Falcón y Sr. Lartigau, e inició una colecta de dinero en la diócesis. “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1910, pág. 307.

65 “El crimen anarquista del domingo”, *El Pueblo*, 15 y 16/11/1909.

extirpar esa semilla a fin de evitar que arraigase: para ello, debían prohibirse todos sus centros y clubes, donde se alucinaba a los trabajadores con fantasmagorías de realización imposible —porque en toda sociedad existía un instinto de conservación que acabaría por imponerse—. Desde los sucesos de mayo, decía, se había permitido la publicación de “periodicuchos” en los que se amenazaba al señor jefe de policía con una “muerte a plazo fijo”. Poco tiempo atrás, las calles de Buenos Aires se habían visto invadidas por turbas que protestaban por la muerte de Ferrer pero, insistió en señalar, aquel no era maestro ni literato, ni tampoco hombre de honestas costumbres. A su vez, el fallo que lo condenó había sido emitido por un tribunal legalmente constituido que había exhibido su deseo de que todo el mundo presenciara el juicio para mostrar su rectitud.

En su discurso, el presidente del Círculo Central también aludió a Karachini, un individuo que había sido recientemente apresado y acusado de haber intentado detonar una bomba en la capilla del Carmen.⁶⁶ Dijo que éste tenía en la cabecera de su cama un retrato de Ferrer, con lo cual no solo vinculaba a ambos anarquistas, sino también a los dos atentados, el frustrado en la iglesia del Carmen y el perpetrado contra Falcón. En dicho contexto, se imponía que “cada uno vigilara por la seguridad de todos, descubriendo á la policía, que vela por nuestra tranquilidad, cuantas noticias ó síntomas sospechosos adviertan en las personas que por su conducta, ó sus opiniones, ó sus afinidades con esos centros tenebrosos, pu[dier]an ser consideradas como peligrosas á la tranquilidad y al progreso de la patria argentina”.⁶⁷ Como esos atentados tenían por objeto amedrentar, Pizarro era de la opinión de que nadie debía dejarse dominar por “pueriles temores”, sino más bien involucrarse para colaborar con las autoridades en “la extirpación de esa polilla que subrepticamente se había introducido en la nación”.⁶⁸ Invitó luego, a la concurrencia a que se retirase en señal de duelo. En el Círculo, se suspendieron las clases de las escuelas y su actividad regular.

Unos días más tarde, se publicó un manifiesto de la Junta Central de Gobierno de los Círculos de Obreros sobre el asesinato de Falcón y su secretario. No solo sumaba la protesta de la institución frente al “horroroso crimen del domingo pasado” sino que también lo hacía contra el conjunto de “las causas morales” que habían influido en su

66 Karachini fue detenido por la sección Orden Social de la policía en el ingreso del templo. Se lo describió como un anarquista, conocedor de explosivos y de origen ruso.

67 “El crimen anarquista del domingo”, *El Pueblo*, 15 y 16/11/1909.

68 Ídem.

realización. El crimen se había cometido después de larga premeditación y bajo el impulso de ideas criminales.⁶⁹

Así, decían protestar contra los “verdaderos cómplices del delito”, aquellos que le aportaron esas ideas “al criminal” mediante una propaganda “impía, antisocial y subversiva”. El comunicado apuntaba contra el uso de la libertad de pensamiento, de imprenta y de asociación bajo cuyo amparo había circulado la propaganda libertaria. Aunque por el origen de Radowitzky emergieron gestos de abierta hostilidad hacia la población judía y, como ha señalado Daniel Lvovich, poco después *La Voz de la Iglesia* publicó la primera exposición sistemática de la teoría de la conspiración judeosocialista, en el comunicado no hubo mención al respecto.⁷⁰ Por último, la Junta Central se dirigía a los trabajadores enlazando la identidad religiosa con la nacional —sobre este tema se ha profundizado en el capítulo 3—:

“¡Obreros! Horrorizados ante el abismo de los crímenes a qué conduce la bandera roja de la impiedad y la revolución social, levantemos con más ardor y resolución que nunca la bandera blanca de la democracia cristiana, juntamente con la blanca azul de la querida patria. Estemos siempre dispuestos a defender las dos, tan inseparablemente unidas entre sí, con todas nuestras energías, y si necesario fuese con el derramamiento de nuestra sangre, a semejanza del malogrado jefe de policía, que murió víctima de su deber y de su valor, en defensa de la verdadera libertad y de la patria. Así vengaremos cristiana y patrióticamente su sentida muerte”.⁷¹

No debe sorprender el posicionamiento institucional de los Círculos de Obreros frente al atentado de Falcón y la reivindicación que hicieron no solo de la institución policial sino, también, de su figura. Por un lado, la acción policial fue elogiada numerosas veces en cuanto a su intervención en movilizaciones y actos en los que estos habían participado. Por el otro, el vínculo entre las instituciones se dio también de manera personal entre sus miembros; ya se ha mencionado que un ex jefe de policía era padrino del estandarte de uno de los círculos. En el caso del propio Falcón, el catolicismo porteño había visto con buenos ojos sus iniciativas para contener el desarrollo del anarquismo local. De hecho, el arzobispado se adhirió inmediata y “plenamente” a la iniciativa de erigir un monumento en su honor.

69 “Contra el anarquismo”, *Revista Mariana*, núm. 31, 27/11/1909, págs. 148 y 149. El manifiesto de la Junta estaba fechado 19 noviembre de 1909.

70 LVOVICH, D., *Nacionalismo y antisemitismo...*, *op. cit.*, págs. 96 y 97.

71 “Contra el anarquismo”, *Revista Mariana*, núm. 31, 27/11/1909, págs. 148 y 149.

Recién una vez concluido el estado de sitio, a principios de 1910, se conoció el alcance de la represión llevada adelante. No hallé elementos para afirmar cual fue la opinión de específica de los Círculos de Obreros o de sus miembros al respecto. Puede servir como indicador la opinión de *El Pueblo* que, aunque aprobaba lo realizado durante ese lapso, interpretaba que las acciones llevadas adelante por las autoridades eran insuficientes.⁷² Se argumentaba que lo único real y efectivo que se había hecho hasta entonces había sido la supresión de un determinado número de individuos dedicados a la propaganda subversiva y violenta. Tal acción era insignificante en la medida que continuaban vigentes prácticas tolerantes e imprevisoras en materia de inmigración, permitiendo el retorno o el ingreso de los mismos elementos u otros análogos a los que se había deportado. Esta preocupación se expresaría nuevamente en el contexto de las ceremonias del primer centenario de la independencia nacional.

Los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo representaron para la elite dirigente la oportunidad de reafirmación de su identidad. Mientras, por un lado, se trataba de una celebración de lo hecho en el pasado, por el otro se proyectaba como un evento de consagración hacia el futuro. En realidad, como ha indicado la historiografía, el exceso celebratorio estaba ocultando ciertos malestares y preocupaciones vinculadas al funcionamiento del sistema político, al crecimiento económico y a los problemas de integración social que corroían el optimismo reinante en la superficie.⁷³ En medio del fervor nacionalista que envolvió a la sociedad argentina en las vísperas del Centenario, el catolicismo encontró la oportunidad de colocarse como un actor de primer orden en el festejo.⁷⁴

Aun así, tomando cierta distancia del optimismo reinante en buena parte de la elite social y política, el arzobispo Mariano Espinoza comparaba la festejada prosperidad material con un coloso con pies de barro. Espinoza hacía propia la afirmación de que los grandes pueblos jamás habían perecido por falta de pan. En cambio, decía, sí lo habían hecho por falta de moral y religión. La idea religiosa era, a su juicio, la única que podía mantener unidas la conciencia y el deber. De modo que, al debilitarse el sentimiento religioso en el alma de los pueblos, “los lazos que los mantenían ligados al deber se aflojan y se rompen”. Consideraba que, en ese momento, las alegrías se mezclaban con

72 “Deplorable”, *El Pueblo*, 16/01/1910.

73 SURIANO, J., “Los festejos del primer Centenario de la Revolución de Mayo y la exclusión del movimiento obrero”, *Revista de Trabajo*, núm. 9, 2011.

74 LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, op. cit., pág. 61.

las zozobras, las esperanzas con las dudas y que bajo las grandezas temblaban amenazadoras las catástrofes. Estaban ante un volcán que se agitaba, ya que “en medio de nosotros existen masas populares en las cuales se ha debilitado y extinguido la idea religiosa y de consiguiente el sentimiento íntimo del deber y el patriotismo”.⁷⁵

De hecho, el contexto social en el que se desarrollaron los últimos preparativos de la celebración estuvo signado por una importante movilización social y fuertes medidas represivas. Desde principios de abril, *El Pueblo* alertaba sobre la circulación de rumores que, de “oreja en oreja”, aseguraban la realización de una huelga general durante los festejos oficiales del centenario patrio.⁷⁶ A pesar de reconocer que las autoridades nacionales se hallaban prevenidas de los propósitos de socialistas y ácratas para deslucir la celebración nacional, consideraban que no estaba de más llamarles la atención para que vigilasen y observasen los movimientos de los elementos inadaptados. A su juicio, estos sectores preparaban un plan teatral y efectista y por ello el gobierno debía brindar todas las garantías de seguridad no solo por el decoro propio, sino también por estar obligadas a cuidar y agasajar a las representaciones extranjeras.

A fines de abril, *El Pueblo* comunicaba a sus lectores que los ácratas acababan de consumir su propósito antipatriótico de obtener la adhesión de las representaciones obreras a la declaración de la huelga general. Debido a ciertas ausencias o faltas de adhesión de determinados gremios, auguraban que la perturbación del festejo nacional sería un enorme fracaso.⁷⁷ De acuerdo con el juicio que tenía el diario católico —según les habían confirmado elementos de los “verdaderos trabajadores”, y aún de los huelguistas mismos, que vivían en el ambiente—, la última reunión celebrada para votar la huelga había sido una estratagema. Se sostenía que la huelga había sido votada en una reunión secreta por las asociaciones que no concurrieron a aquella asamblea, y, en consecuencia, se plegarían a la huelga general revolucionaria, cuya fecha también se indicaba que había sido acordada en secreto. De todos modos, si el gobierno era capaz de defender la libertad de trabajo, los hombres honrados —“todos los verdaderos trabajadores”— abandonarían a los huelguistas y sus filas quedarían reducidas a un porcentaje menor de los elementos reñidos con la disciplina social, aquellos “bajos fondos

75 “La voz de nuestro episcopado en el centenario de la independencia argentina”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1910, págs. 382 y 383.

76 “La anunciada huelga”, *El Pueblo*, 9/04/1910.

77 “La estrategia de la huelga”, *El Pueblo*, 28/04/1910.

sociales” que había en todas las grandes urbes y que se habían acrecentado aquí con la “resaca” de la inmigración europea.⁷⁸

El mismo diario insistió días después con la idea de que los anarquistas tenían el objetivo de despistar a las autoridades.⁷⁹ Sin embargo, según Eduardo Gilimón, al Centenario se le temía por arriba y por abajo.⁸⁰ La iniciativa de la huelga provenía de los *sindicalistas revolucionarios*, una corriente que desde mediados de la década había crecido sustancialmente en el movimiento obrero —aunque todavía no controlaba a los gremios más importantes para garantizar un paro general—. ⁸¹ Pero las posiciones estaban divididas, incluso entre los *sindicalistas* que formaban la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA); con un acotado margen habían lanzado la convocatoria a fin de presionar a los anarquistas de la FORA para que también lo hicieran.

Las vacilaciones, no obstante, también estuvieron presentes en las filas anarquistas. El 7 de mayo, la dirigencia de la FORA se entrevistó con el ministro del Interior para pedirle la derogación de la Ley de Residencia y la libertad de los infractores del servicio militar. Esta entrevista suscitó numerosas críticas al interior del movimiento ácrata. El 8 de mayo, una extraordinaria cantidad de trabajadores participó del mitin contra la Ley de Residencia, y desde varias de las tribunas del acto se planteó la convocatoria de la huelga a partir del día 18; y como lamentó Gilimón, a nadie se le ocurrió decretarla de inmediato.⁸²

Ante estos hechos, el gobierno dio lugar al pedido del estado de sitio que fue votado por el Congreso de manera casi inmediata.⁸³ Aún antes de que hubiese sido aprobado, la policía desplegó un gran operativo de allanamientos y arrestos —en poco

78 Ídem.

79 “Prevenido y alerta”, *El Pueblo*, 30/4/1910.

80 GILIMÓN, E., *Hechos y comentarios y otros escritos. El anarquismo en Buenos Aires (1890-1910)*, Terramar, Buenos Aires, 2011, pág. 95.

81 Esta corriente surgió en el ámbito político-sindical europeo, especialmente, en Francia e Italia. En Argentina, se desarrolló en el seno del PS desde los primeros años del siglo XX, sosteniendo una crítica por izquierda a la política reformista de la dirección del partido y se escinde de este en 1906. Sobre el sindicalismo revolucionario en esta etapa se puede consultar, entre otros: BERTOLO, M., *Una propuesta gremial alternativa: el Sindicalismo revolucionario (1904-1916)*, CEAL, Buenos Aires, 1993; BELKIN, A., *Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero...*, op. cit.; CARUSO, L., “El gran barco: El sindicalismo revolucionario argentino a través de la obra de Julio Arraga”, *Izquierdas*, núm. 30, 2016, págs. 1-25; AQUINO, C., “Las disputas del sindicalismo revolucionario por los gremios ferroviarios durante la primera posguerra”, *Archivos De Historia Del Movimiento Obrero y La Izquierda*, núm. 10., 2017, págs 75-94.

82 GILIMÓN, E., *Op. cit.*, pág. 96; ver también: “La huelga revolucionaria”, *El Pueblo*, 9 y 10/5/1910; “La agitación obrera”, *El Pueblo*, 11/05/1910; “Garantías para el centenario”, *El Pueblo*, 12/05/1910.

83 *El Pueblo* destacó la adhesión y aprobación popular en favor de este. “Garantías para el centenario”, *El Pueblo*, 12/05/1910.

tiempo, estuvieron presos e incomunicados los redactores de *La Protesta*, *La Batalla*, y las direcciones de la FORA y de la CORA⁸⁴—; además, se incautó correspondencia, etc. A pesar del estado de sitio y de la prisión de quienes debían organizar el paro, este se inició el día 16 de mayo y se mantuvo, aunque con resultado dispar, por cinco días. Se desató una ola de patriotismo nunca vista hasta entonces. Centenares de jóvenes universitarios y miembros de organizaciones de la elite quemaron sedes gremiales, bibliotecas, escuelas, librerías, destruyeron las imprentas de diarios, atacaron dirigentes gremiales. La ola de violencia se extendió a otros ámbitos como el circo de Frank Brown, cafés, prostíbulos, bares y comercios de ciudadanos judíos.⁸⁵

En esa coyuntura los Círculos de Obreros participaron de la peregrinación arquidiócesana a Luján, de la procesión del corpus y de la manifestación cívica del 29 de mayo.⁸⁶ Además, habían planificado la realización de una exposición sobre la situación económica del obrero en el país y una función en el local del Círculo Central pensada más bien para delegados.⁸⁷

La peregrinación a Luján del 15 de mayo había sido organizada por la jerarquía a mediados de mayo, días antes de que se cumpliera el esperado aniversario, como un prolegómeno de los festejos. Regía por entonces un no del todo aprobado estado de sitio, aunque la peregrinación se realizó conforme a lo previsto.⁸⁸ En la crónica que hizo *El Pueblo* es llamativo que el tamaño de la movilización se deja ver solo a partir del dato de los cuatro trenes reservados especialmente y de la cantidad de vagones con que salió cada

84 Diego Abad de Santillán señalaba que también había sido apresada el Comité de la CORA, que, agregaba, había sido víctima de su afán de ganar una batalla “a lo Pirro” adelantándose a la declaración de la huelga. ABAD de SANTILLÁN, D., *La FORA...*, op. cit., pág. 207.

85 Se trataba centralmente de un ataque al anarquismo que se extendió al socialismo, al movimiento obrero y, en una clara manifestación de xenofobia, a los extranjeros como los rusos judíos. SURIANO, J., “Los festejos del primer Centenario...”, op. cit., pág. 9. LVOVICH, D., *Nacionalismo y antisemitismo...*, op. cit., págs. 121-132. El gobierno de Figueroa Alcorta de alguna manera incentivó y legitimó la violenta participación de civiles reprimiendo paralelamente a las fuerzas del orden. SURIANO, J., “Los festejos del primer Centenario...”, op. cit., pág. 10. Abad de Santillán balanceó que por un par de años fue imposible el funcionamiento normal de la organización obrera; en particular, los anarquistas y las organizaciones obreras por ellos inspiradas vivían fuera de la ley. ABAD de SANTILLÁN, D., *La FORA...*, op. cit., pág. 208.

86 Ver en Correspondencia del Círculo de Obreros de la Concepción, nota dirigida a Alejandro Calvo, 05/06/1910, en caja 328, legajo 1895-1929, FCCO.

87 Con la idea de contribuir con la paz social, la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros giró una circular a los distintos círculos para que estos completasen un cuestionario sobre la situación de la clase obrera. La iniciativa pretendía realizar una acción positiva —una vez más, de oponerle a las manifestaciones “ruidosa[s] ni de protesta[s] airada[s]”— que buscaba contribuir con la paz social y el bienestar del obrero: Ver “efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1910, pág. 485 y 486; en la caja del Círculo Central de Obreros, hay una copia con algunas respuestas de las preguntas realizadas.

88 “Peregrinación del Centenario. El domingo 15 de mayo a Luján”, *El Pueblo*, 13/05/1910.

uno.⁸⁹ Es probable que no haya sido demasiado numerosa.⁹⁰ Además, se mencionaba especialmente la participación de los Círculos y que su Junta de Gobierno viajó con el ministro del Interior —recordemos el momento específico en que ocurrían el hecho, en medio de un clima de persecución y represión hacia importantes sectores del movimiento obrero—. ⁹¹

La otra celebración en la que participaron orgánicamente los Círculos como institución fue la festividad del Corpus Christi el 26 de mayo. Esta festividad solía coincidir con las fechas patrias —25 de Mayo o 9 de Julio, según el calendario litúrgico— y eso le imprimía una significación nacionalista.⁹² Refiriéndose al año del Centenario, Miranda Lida destacó esta celebración que tuvo lugar en las calles de la ciudad en medio de una oleada de fervor patriótico y el desfile estuvo nutrido por los socios de los Círculos de Obreros que proporcionaron el esqueleto básico de las columnas fundamentalmente masculinas. Según sugiere, no se trató de una procesión ordenada, ni de un desfile silencioso; por el contrario, el evento se caracterizó por el júbilo y bullicio.⁹³ Luego de la procesión, la multitud fue al palacio arzobispal donde hablaron monseñor Jara y De Andrea: este último recordó el juramento que había hecho la juventud de no dejar que fuese paseada por las calles de la bandera roja.⁹⁴

Por último, el 29 de mayo se realizó una manifestación cívica en la que estuvieron representados los tres poderes del estado y diferentes actores sociales: la jerarquía eclesiástica, estudiantes, etc.⁹⁵ Según las actas de la Junta Central de Gobierno, los Círculos definieron adherir a la movilización del domingo 22 de mayo con el objetivo de “exteriorizar el patriotismo que anuncia a la Institución” y dar señal de protesta contra aquellos elementos anárquicos que pretendían perturbar el orden en los momentos en que la Patria celebraba el primer centenario de su emancipación.⁹⁶ Aunque el fin de semana señalado se movilizaron las mujeres católicas y la movilización cívica se concretó una

89 “La peregrinación a Luján”, *El Pueblo*, 16 y 17/05/1910.

90 Aunque debían felicitarse los “impulsos viriles” que empujaron a la juventud a las plazas, no dejaba de advertirse que no debían echarse sombras que desmerezcan la solemnidad y la grandeza de la patria y que la cultura, la medida y la corrección de estas manifestaciones debía probar, a propios y extraños, que el pueblo argentino había asumido —desde 1810— su soberanía en forma mesurada y digna, “Resurgimiento patriótico”, *El Pueblo*, 17 de mayo de 1910.

91 “La peregrinación a Luján”, *El Pueblo*, 16 y 17/05/1910.

92 LIDA, M. “Círculos de Obreros, nación, masculinidad y catolicismo de masas...”, op. cit., págs. 29.

93 Ídem.

94 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1910, pág. 655.

95 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1910, pág. 657.

96 Libro de actas de la Junta Central de Gobierno, núm. 3, actas 287, 18/05/1910, pág. 362-363.

semana después, esta adhesión exhibe la preocupación de la institución por oponerse y por mostrarse como una alternativa a la actividad de anarquistas y socialistas.⁹⁷

Antes de cerrar el relato sobre los festejos del centenario, conviene introducir la interesante interpretación que hizo Gustavo Franceschi del despertar del entusiasmo patriótico popular que apareció, según él, a consecuencia del accionar *desatinado* de los anarquistas. Franceschi afirmaba que hasta unas tres semanas antes del aniversario patrio, los ciudadanos habían acogido con indiferencia el programa de la celebración. Esta apatía se mantuvo, según él, hasta que se conoció que los anarquistas habían resuelto celebrar “con una huelga extraordinaria el extraordinario acontecimiento cuya fecha se aproximaba”. La persistencia de estos preparativos que se deban a conocer en la prensa habría generado un malestar vago, que fue acentuándose:

“Cuando en nuestras calles se pudieron leer carteles que exhortaban a la huelga, y no á la huelga como quiera sino a un movimiento genuinamente revolucionario, y por otra parte se constató que las leyes existentes no ofrecían recurso que permitiera oponer una valla eficaz a la prédica roja, la frase – estado de sitio- acudió a numerosos labios...”⁹⁸

Según el joven sacerdote, el día 8 de mayo había habido una manifestación anarquista en la que sus participantes habrían recorrido las calles “á vista y paciencia de la policía” con el retrato del coronel asesinado, Ramón Falcón. Ni esta imagen, ni los manifiestos, decía Franceschi, habían colmado la copa. Tal cosa solo aconteció, al parecer, cuando los anarquistas “con poquísimo tino” habrían amenazado de muerte a escolares si estos concurrían a cantar el himno nacional el día 25. Además, estos personajes les habrían arrancado las escarapelas con los colores patrios.⁹⁹ En opinión de Franceschi, estos hechos habían generado una “sana” reacción en la población. Esto fue un entusiasmo unánime, que abarcó a distintas clases y grupos sociales. Por otro lado, refería cierto reconocimiento al rol de la Iglesia Católica en el pasado y presente nacional:

“Los discursos patrióticos de los sacerdotes fueron escuchados con respecto. Varios fueron los miembros del clero que dirigieron la palabra a la muchedumbre en las plazas públicas, y

97 Se trata de la conmemoración que organizó la congregación de las Hijas de María, que incluyó una corta procesión desde la Iglesia de la Merced a la tumba de San Martín y que contó con la presencia y oratoria patriótica de Miguel de Andrea. “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1910, pág. 651. MC GEE DEUTSCH, S., *Contrarrevolución en la Argentina...*, *op. cit.*, pág. 46.

98 FRANCESCHI, G., “Impresiones sobre la Semana de Mayo”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1910, pág. 493

99 FRANCESCHI, G., “Impresiones sobre la Semana de Mayo”, *op. cit.*, pág. 494.

la descortesía é inurbanidad, que son por desgracia características en buena parte de la población, se dieron una tregua en sus demasías”.¹⁰⁰

A pesar de todo esto, Franceschi no dejaba de advertir que se trataba de un patriotismo dominguero, inconsecuente y episódico. Por eso mismo, llamaba a no dejarse engañar por la prosperidad material del país ni por el brillo superficial de su cultura.¹⁰¹ Otro motivo por el que no se debía ser demasiado optimista: “Somos un pueblo esencialmente olvidadizo. La impresión del terror e ira contra las sectas ácratas pasará. Hasta el gobierno, que prometió poner definitivamente coto a la propaganda roja, comienza de nuevo a tolerarla”.¹⁰² Se mostraba molesto por la circulación de un manifiesto del Comité Central del PS, su pedido de reparación de imprenta de *La Vanguardia* —destrozada poco antes— y la libertad de movimiento que tenían varios “agitadores anarquistas más descollantes”.

El estallido de una bomba en el interior del Teatro Colón terminó de cerrar una etapa.¹⁰³ Rápidamente, se dio sanción a la ley de Defensa Social, a la que *El Pueblo* aplaudió por estar en sintonía con la prédica que venía haciendo el diario.¹⁰⁴ Con esta herramienta legal, la represión al movimiento obrero continuó. Esta no fue la única manera de intervenir del Estado: como se verá en el apartado siguiente también hubo iniciativas tendientes a integrar a algunos sectores del movimiento al régimen político. La celebración del Centenario de la Revolución de Mayo fue un momento importante de la coyuntura pre-bélica; como afirmó Nicolás Iñigo Carrera, ese año la iniciativa pasó a manos de la clase social que detentaba el poder económico, social y político.¹⁰⁵ En aquellas celebraciones la burguesía nacional reafirmó el rumbo trazado y buscó renovar la confianza en el futuro nacional.

Por su parte, la Iglesia Católica, sin compartir el optimismo reinante, se había propuesto como un actor destacado en los festejos y participó con un lugar destacado en los eventos oficiales. Los Círculos de Obreros adhirieron a varios eventos generales convocados por la jerarquía y las comisiones organizadoras y también armaron otros

100 FRANCESCHI, G., “Impresiones sobre la Semana de Mayo”, op. cit., pág. 496.

101 “El patriotismo exige la manifestación clara, ruda si se quiere, de la verdad. Y la verdad es que existen llagas profundas, que continúan su evolución progresiva bajo la epidermis que al observador poco atento pudiera aparecer completamente sana”, FRANCESCHI, G., *Op. cit.*, pág. 499.

102 FRANCESCHI, G., *Op. cit.*, pág. 497.

103 “La bomba del Colón”, *El Pueblo*, 27 y 28/06/1910.

104 “La ley de defensa social”, *El Pueblo*, 29/06/1910.

105 IÑIGO CARRERA, N., “Aproximación al análisis del Centenario...”, op. cit., pág. 71.

propios. Ante lo que consideraron falta de patriotismo de parte de socialistas y anarquistas, algunas de las iniciativas respondieron, justamente, a la necesidad de enfrentarlos.

En medio de la retracción: una agenda propia

En la segunda década del siglo XX, tuvieron lugar una serie de cambios que condicionaron fuertemente la acción e intervención tanto de los distintos actores del movimiento obrero local como de los Círculos de Obreros. En primer lugar, tras la sanción de la ley Sáenz Peña (1912), el régimen político estaba en un periodo de transición, aunque las investigaciones de las últimas décadas han marcado los límites de la reforma, cuestionándose la idea de que haya significado un quiebre total con el régimen anterior.¹⁰⁶ Así, se advierten ciertas señas de apertura e integración al régimen interpelaban a los distintos actores políticos —por ejemplo, ingresaron a la Cámara de Diputados dos figuras que se vincularon rápidamente al movimiento católico social, como Arturo Bas y Juan Cafferata, y también lo hicieron varios socialistas—;¹⁰⁷ aunque, al mismo tiempo, continuó la represión contra sectores específicos del movimiento obrero.¹⁰⁸ En segundo lugar, a partir de 1913, se hizo sentir una importante crisis económica, que empezó a mostrar los límites del modelo agroexportador; la situación se agravaría tras el inicio de la I Guerra Mundial.¹⁰⁹ Por último, debido a las consecuencias de la acción represiva desatada antes y después del Centenario y al impacto del deterioro económico —principalmente, al aumento de la desocupación—, el movimiento obrero transitaba un momento de retraimiento de su actividad y de cambios en su dirección: se

106 La ley Sáenz Peña apenas abrió el sistema político a los grupos propietarios nativos y a la minoría de trabajadores que eran oriundos del país, pero no modificó la situación de los inmigrantes ni del conjunto de los trabajadores. El nuevo sistema fue una concesión mínima —o “retirada estratégica”— que intentaba restaurar la estabilidad política y resguardar los intereses de la elite. ROCK, D., *Op. cit.*, pág. 51. ANSALDI, W., “«Que voten antes que nos boten»: la reforma electoral de 1912”, *Estudios Sociales*, núm. 43, 2012, págs. 59-90, de PRIVITELLIO, L., “¿Qué reformó la reforma? La quimera contra la máquina y el voto secreto y obligatorio”, *Estudios Sociales*, núm. 43, 2012, págs. 29-58, entre otros.

107 El movimiento católico había apoyado la candidatura reformista de Roque Sáenz Peña. Ver CASTRO, M., “Nacionalismo, cuestión religiosa y secularización política...”, *op. cit.*; *El ocaso de la república oligárquica...*, *op. cit.*; “Peticiónes, movilizaciones y cultura parlamentaria...”, *op. cit.*

108 BELKIN, A., “La huelga general de 1913: crisis económica, represión estatal y división del movimiento obrero”, *COLECCIÓN*, núm. 2, 2021, págs. 163-194.

109 GERCHUNOFF, P. y AGUIRRE, H., “La economía argentina entre la Gran Guerra y la Gran Depresión”, *Estudios y Perspectivas*, núm. 32, 2006; MÍGUEZ E, *Historia económica de la Argentina. De la conquista a la crisis de 1930*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

debilitaba la hegemonía anarquista y se consolidaba el lugar de los *sindicalistas revolucionarios*.¹¹⁰

En este contexto general, se produjo el recambio institucional más importante que experimentaron los Círculos de Obreros en la etapa bajo estudio: el alejamiento de Grote de la dirección espiritual general. Este cambio en la conducción institucional que se inició en junio de 1912 fue acompañado de un nuevo impulso de organización gremial, a la acción legislativa, propagandística y patriótica. Ese año, con diferencia de algunos meses, asumieron el ingeniero Alejandro Bunge en la presidencia de la Junta Central y Monseñor de Andrea en la dirección espiritual. Elías Niklison caracterizó a la presidencia de Bunge como parte de una tendencia más amplia hacia una dirección centralizada, impersonal y efectiva. Desde esta óptica, la nueva gestión reconocía la labor anterior y el grado de desarrollo alcanzado por la institución, pero dejaba claro su propósito de renovar o encauzar la obra “por las nuevas corrientes”, más modernas y ajustadas al “espíritu y a las necesidades” del momento.¹¹¹ Se trató, probablemente, de una perspectiva más racional, basada en miradas más técnicas y modernas de organización burocrática.

La nueva dirección sacó una serie de circulares en las que se establecía un plan de trabajo a seguir. En la primera, dedicada específicamente a la cuestión de la agremiación, se destacaba la necesidad de que los obreros cristianos se organizaran en función de su profesión y de su fe, para defenderse a sí mismos y a sus familias de las contingencias sociales.¹¹² En la segunda, se anunciaba la creación de una agencia central de colocaciones, gratuita y que tendría sucursales en todo el país. Con la orientación que señalamos arriba, la Junta definió crear en cada círculo una agencia y estas estarían articuladas con una oficina nacional; a su vez, la institución se contactaría con instituciones en el extranjero.¹¹³ Y en la tercera, referida a las fiestas patrias, se daba una instrucción precisa de cómo debían organizarse dichas celebraciones puesto que estas contribuían a la educación social del obrero argentino y del trabajador extranjero.¹¹⁴

110 BERTOLO, M., “El Sindicalismo Revolucionario en una Etapa de Transición (1910-1916)”, *Estudios Sociales*, núm. 4, 2005, págs. 137-160.; BELKIN, A, *Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero...*, *op. cit.*; entre otros.

111 NIKLISON, E., *Op. cit.*, págs. 156-157.

112 “Carta-Circular 1” en NIKLISON, J. E., *Op. cit.*, págs. 159 y 160.

113 “Carta -circular 2” en NIKLISON, J. E., “*Op. cit.*”, págs. 161-164. “Nuestras relaciones ya estrechadas con los diversos «Segretariati degli eniigranti» establecidos en las varias provincias de Italia, nos permiten obtener que todo inmigrante italiano que viaja bajo el patrocinio social de tan popular institución sea dirigido á nosotros.” En “Las agencias de colocaciones en 1912”, *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, núm. 24, 1913, pág. 504.

114 “Carta -circular 3” en NIKLISON, E., *Op. cit.*, págs. 164-166.

Pocos meses después de que hubiera asumido la conducción de Alejandro Bunge en la Junta Central de Gobierno y Miguel de Andrea como director espiritual de los Círculos de Obreros, la institución realizó una importante movilización a las puertas del Congreso Nacional. Según Elías Niklison, la concurrencia fue de alrededor de 15.000 ciudadanos. La misma cifra brindó *La Nación* que, además, señaló el “éxito evidente” de la demostración.¹¹⁵ Aquí nos interesa remarcar algunos aspectos del documento que Alejandro Bunge, en representación de los Círculos de Obreros del país, le hizo llegar al presidente de la Cámara de Diputados, Rosendo Fraga. Allí se pedía la sanción de varios proyectos de ley, tales como los de protección del salario, responsabilidad de los accidentes del trabajo, represión del alcoholismo, jubilación de los empleados ferroviarios, viviendas para obreros, reglamentación del trabajo a domicilio o protección del ahorro en las ventas por mensualidades”.¹¹⁶

Además, pedía una legislación que protegiera a los gremios profesionales, al inmigrante y al agricultor y que asegurase la higiene en las fábricas y talleres y combatiera la carestía de la vida.¹¹⁷ Dicha presentación era en sí misma todo un programa. Se promovía una serie de reglamentaciones generales para el ámbito laboral y para la mejora de las condiciones de vida de las familias trabajadoras, como también otras dirigidas a la protección de grupos específicos —como en el caso de los ferroviarios o las trabajadoras a domicilio—. Además, entre la cartelería podían leerse los pedidos de sanción de las leyes ya mencionadas y otras consignas más propagandísticas como “Nuestra bandera es la patria” o “Queremos familia, propiedad y patria”.¹¹⁸

115 NIKLISON, J. E., *Op. cit.*, pág. 167; “La manifestación social de ayer”, *La Nación*, 12/10/1913.

116 Expedientes Cámara de Diputados, Archivo Parlamentario, legajo núm. 908, 15/10/1913. Disponible en: <https://docs.google.com/gview?url=http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/908-p-1913.pdf&embedded=true>
Consultado: 19/06/2021.

117 Ídem.

118 “La manifestación social de ayer”, *La Nación*, 12/10/1913.



“Manifestación Católica Obrera”¹¹⁹

El momento de la movilización fue oportuno, ya que pocos días se declaró la primera de las dos únicas huelgas generales que hubo durante esta década —a diferencia de la década anterior en la que hubo unas nueve—. Se trató de una huelga convocada solo por la FORA. La otra central obrera, la CORA, aunque compartió los motivos de su convocatoria —protestar contra las arbitrariedades de la policía de la provincia de Buenos Aires y las restricciones injustificadas para realización de un mitin de protesta—, indicó que las condiciones de desmovilización y fragmentación de la clase trabajadora impedían la realización de tal medida.¹²⁰

Por otra parte, una de las leyes solicitadas por los Círculos de Obreros al Congreso Nacional en octubre de 1913 fue, como se indicó más arriba, la de la jubilación de los ferroviarios. La presentación y defensa de este proyecto expone cómo se articularon acciones con sectores de trabajadores y sus organizaciones. El proceso de debate de esta ley duró varios años: comenzó en 1912, luego de una importante huelga del sector, con la presentación del primer proyecto por parte de un diputado conservador, Carlos Carlés, y culminó con su sanción en 1915. Allí, hubo un acuerdo unánime en la comisión de legislación que incluía a diputados de variada procedencia —conservadora, radical, católica y socialista—. El proyecto consistía en crear una caja especial para los trabajadores del sector que garantizaba el retiro de los mismos y ponía fin a las jubilaciones graciabiles que otorgaban las empresas a su discreción. Existió acuerdo, incluso, en que sería financiada por trabajadores, empresas y el Estado. La discordia se generó a partir de las reformas que introdujo el Senado y, en particular, de un artículo que

119 *Caras y Caretas*, 18/10/1913, núm. 785.

120 BELKIN, A., “La huelga general de 1913...”, op. cit.

establecía que buscaba limitar las interrupciones voluntarias del servicio —es decir, las acciones de lucha— por parte de los trabajadores. Así, se replicaba el conflicto de intereses que se había creado en torno a la ley Nacional del Trabajo de 1904. Esto dividió a los diputados, pero también a los trabajadores. Un sector de estos últimos, más cercano en condiciones al retiro, presionó por su sanción inmediata y se vinculó a uno de los diputados que sostuvo esto en la Cámara: el diputado católico Arturo Bas.¹²¹

Los Círculos de Obreros acompañaron el proyecto de la ley que regulaba la jubilación de los trabajadores ferroviarios. Otros sindicatos de la Federación Profesional Argentina —sobre la cual volveremos en el capítulo siguiente— también acompañaron la iniciativa, se la defendía como un “acto noble” y al mismo tiempo, como una manera de distribuir el empleo —“habrá proporcionado mayor trabajo al pueblo, debido a las vacantes que se producirán”—.¹²² La iniciativa parlamentaria, que, como se verá en el capítulo siguiente, generó alianzas inestables con los socialistas, también tuvo su correlato en el intento de organizar al sector. En 1916, se creó la Asociación Ferroviaria Nacional, aunque el vínculo que se estableció entre ese sindicato y Arturo Bas no parece haber tenido su correlato con el resto de la institución. Esta asociación no se adhirió a la Federación Profesional Argentina ni participó del I Congreso de los Católicos Sociales de América Latina. De todos modos, los Círculos de Obreros se involucraron en la propaganda sobre este colectivo de trabajadores.¹²³

Otro aspecto a destacar fue la innovación en la propaganda y en la movilización. Los primeros meses de 1916 estuvieron atravesados por la campaña electoral presidencial, la primera realizada bajo la ley Sáenz Peña. Para todas las fuerzas, la campaña electoral bajo las nuevas reglas representó un desafío, incluidos los socialistas que vieron una oportunidad que no dejaron pasar. Aunque no tenían posibilidades de acceder a la primera magistratura, hicieron una campaña de alcance nacional y

121 PORTELLI, M. B., “Los católicos y las jubilaciones ferroviarias en los inicios de la legislación social (Argentina, 1912-1915)”, *Boletín Americanista*, núm. 83, 2021.

122 Expedientes Cámara de Diputados, Archivo Parlamentario, núm. 875, 30/09/1916.

123 Según la información de la que disponemos, una disertación de Dionisio Napal habría dado cuenta de los obstáculos y las luchas que hubo que dar en la defensa del gremio ferroviario. Entre las oposiciones a la ley, mencionaba a los socialistas que no aceptaban la incorporación del artículo 11 —que perjudicaba a quienes participaran de medidas de lucha—. “Sobre la jubilación de ferroviarios”, *El Pueblo*, 06/07/1917.

sumamente intensa. En su disputa con los socialistas, los Círculos de Obreros emularon algunas iniciativas que estos habían aplicado a la campaña.¹²⁴

Al comenzar el año, los Círculos estuvieron comprometidos en la organización de su sexto congreso y de la gran demostración callejera con que definieron cerrarlo. Internamente, se trataba de un congreso importante porque era el primero después del alejamiento de Grote y habían pasado ya cuatro años del último.¹²⁵ Externamente, se trataba de una buena oportunidad para hacer una exhibición de fuerzas en un momento en que, como se decía en *El Pueblo*, la gravitación que le correspondía a las masas en la suerte futura del país, acentuada mayormente por la ley electoral vigente, obligaba a reflexionar sobre sus orientaciones para evitar el rumbo al desorden, rebajamiento y caos.¹²⁶ En el discurso con que intervino en la ceremonia inicial, De Andrea señaló la profunda desorientación de ideas, los errores que hacía prosperar en el pueblo y la debilidad de una democracia “que fácilmente se p[odía] convertir en demagogia”. De tal modo, decía, era necesario preguntarse cuál era el medio de encauzar hacia el orden y el “verdadero progreso” a las masas populares “de cuales e[ra] el porvenir”.¹²⁷ Añadió, además, que aun cuando no reconociera en el país “causas perfectamente justificadas”, la cuestión social existía y se explotaba; y, por lo tanto, era deber de los “hombres de bien” acudir a su solución.

La movilización del 20 de mayo fue contundente. Los enunciados de la cartelería que llevaban los manifestantes, de acuerdo con lo citado por el diario católico, estaban referidos al pedido de pronta sanción de las leyes sociales que promovían a través de sus dos diputados: Arturo Bas y Juan Cafferatta. Según los cálculos de los organizadores, la concurrencia rondó entre unas 18.000 y 20.000 personas; y extendían esta cifra a 30.000 contabilizando a los numerosos observadores que, desde balcones y aceras, acompañaron a la columna en su extenso recorrido.¹²⁸ A pesar del importante tamaño de la movilización, no debe olvidarse que el acto con el que el PS cerró su campaña electoral fue bastante

124 Para una descripción general del acto y de la campaña del PS ver PALERMO, S., “Tribunas y panfletos: la primera campaña presidencial del Partido Socialista bajo la ley Sáenz Peña”, *Estudios*, núm. 35, 2016, pág. 37-56.

125 Tras algunos años, la nueva conducción podía comenzar a balancear y corregir de la línea de acción desarrollada. Se realizaron algunos cambios en los estatutos, como la incorporación de la sección familias. Estos estatutos no sufrieron modificaciones sustanciales hasta el VIII Congreso de los Círculos de Obreros en 1931. AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea...*, op. cit., pág. 65.

126 “VI congreso de los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 14/05/1916.

127 “VI congreso de los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 15 y 16/05/1916.

128 “VI congreso de los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 21 y 22/05/1916.

más numeroso. Según sus organizadores, la concurrencia había superado las 100.000 personas, aunque otras fuentes hablan de menos de la mitad de ese número.¹²⁹ Estas cifras no solo sirven para comparar la capacidad de movilización de los Círculos y la del PS — luego de la escisión de Alfredo Palacios— sino de resituarla en un contexto de alta movilización social.

En su discurso final, De Andrea hizo referencia a la huelga de barredores y el estado de suciedad en el que se encontraba la ciudad y los comparó con el que veía como el estado moral de la urbe. En ese contexto, afirmaba que la movilización que acababan de protagonizar había “purificado la atmósfera”, había “barrido de todas sus impurezas” con el pasear “gallardo y triunfante” del estandarte de la patria. Agregaba que hacía seis años, durante las ceremonias del centenario en que había “desbordado la soberbia de nuestros adversarios”, había sido llamado hablar en una tribuna emplazada en el mismo lugar y allí “me jurasteis ante Dios y la patria que no dejarías que la bandera roja pasease por las calles de Buenos Aires si antes no habían sido teñidos sus colores por la sangre de sus hijos”. El juramento estaba, para él, cumplido y vigente.¹³⁰

Como se ve, el lugar de los Círculos de Obreros se justificaba, una vez más, sobre la oposición orden versus desorden, cristianos versus rojos. Esta vez, en un contexto en el cual, según la nueva ley en vigencia, las masas tenían una renovada importancia en el futuro social. Tiene sentido evaluar los cambios proyectados por la institución en estos años como parte de este proceso y no tanto como parte de las características personales de sus dirigencias, más allá que la cuestión de los estilos pudiera también haber influido.¹³¹

En estrecha relación con la campaña del PS, en estos meses los católicos incorporaron las *conferencias populares* como actividades habituales de propaganda callejera. Estas conferencias eran organizadas con frecuencia semanal en distintos puntos de la ciudad de Buenos Aires y localidades próximas —como Avellaneda donde, de hecho, se realizó la primera—. Aunque sobre ellas se volverá en el capítulo 6, debe

129 “El grandioso mitin de anoche”, *La Vanguardia*, 31/03/1916; la revista *Caras y Caretas* contabilizó en el acto socialista entre 35000 y 40000 —en la misma página mencionaba uno de la UCR al que le asignaba más de 30000 personas— “Demostraciones de fuerzas políticas”, *Caras y Caretas*, 08/04/1916, pág. 55.

130 “VI congreso de los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 21 y 22/05/1916.

131 Aunque hemos mostrado que se trató de un fenómeno más amplio, Auza ha indicado como una característica personal y destacable de la dirección de De Andrea su carácter exterior y que este habría desarrollado en detrimento de su vida interna. AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea...*, op. cit., pág. 75.

señalarse aquí que comenzaron en marzo de 1916 con oradores designados por la comisión central de propaganda y coordinados con el círculo territorialmente más próximo. Este tipo de actos se realizó en diferentes puntos de la ciudad y fuera de ella. Como se verá con mayor detalle luego, con motivo del proceso electoral, los socialistas estaban realizando este tipo de propaganda en calles y plazas.¹³² Un informe posterior señalaba que en poco más de un año, desde el marzo de 1916 hasta julio de 1917, la comisión de acción popular había organizado unas 256 asambleas populares, de las cuales 186 habían tenido lugar al aire libre, en plazas y calles y 64 en salones propios y extraños con entrada libre. En esos actos, se habían pronunciado unas 693 conferencias. La mayoría de estos eventos se habían hecho en la ciudad de Buenos Aires y en las “poblaciones importantes cercanas”.¹³³

Al año siguiente, los Círculos de Obreros realizaron una movilización aún más destacada con motivo de su 25° aniversario. *El Pueblo* estimó entre 25.000 y 30.000 concurrentes, aunque indicaba que algunos observadores habían calculado más.¹³⁴ Se aprovechó, una vez más, para presentar un petitorio, aunque en este caso fue dirigido al Poder Ejecutivo solicitando la sanción de varios proyectos: casas baratas, jubilación ferroviaria, accidentes de trabajo y agencias gratuitas de colocaciones.

En la primera parte de esta tesis se ha mencionado la existencia de las comisiones de propaganda; en la segunda década del siglo, como consecuencia de la nueva perspectiva organizacional de Bunge y de De Andrea, el trabajo de estas comisiones se centralizó y adquirió la forma de una federación. En mayo de 1917, la movilización se organizó a través de ella. Se hizo un seguimiento de la actividad de los Círculos. En el caso del Círculo de Maldonado la propaganda realizada incluyó invitaciones personales, una fiesta social y 4 conferencias entre públicas y privadas —no se descartaba hacer más—.¹³⁵ Se habían entregado 500 folletos impresos. Calculaban que iban asistir unos 200 socios, el centro llevaría banda compuesta por 50 músicos y dos banderas. Finalmente, se declaraban como asociaciones adheridas los exalumnos de Don Bosco y la Cofradía del Santísimo Sacramento. La fuente citada describe perfectamente la importancia que tenía la propaganda, y deja traslucir también la preocupación por el

132 “Socialistas en la calle”, *El Pueblo*, 04/02/1916.

133 “La acción popular de los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 21/07/1917.

134 “El gran desfile de los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 21 y 22/05/1917.

135 “Manifestación de los Círculos de los Obreros, 20 de MAYO de 1917”, Círculo de Obreros Maldonado, en caja 354, FCCO.

armado de la columna —y por qué no del interés de dotarla de cierta espectacularidad—. ¹³⁶



El 25 ° aniversario de la fundación de los Círculos de Obreros ¹³⁷

En resumen, el presente apartado abordó un periodo de cambios en el contexto político-social que coincidió con una baja conflictividad laboral. En estos años, a partir de cambios en el seno de la institución y un proceso acompañado —y favorecido— por un clima de retraimiento general del movimiento obrero generado por la fuerte represión que sufrió y luego sostenido por la crisis de la guerra y la depresión económica, tomaron lugar otro tipo de agendas y actividades, en las cuales se articuló la actividad legislativa con un fuerte trabajo propagandístico.

La agenda de los Círculos incluyó la promoción de proyectos de ley, como el de las jubilaciones ferroviarias, de creación de una agencia de colocaciones, de accidentes de trabajo, etc. Estas podían ser objeto de reclamos callejeros, pero también de iniciativas particulares en determinados colectivos obreros. A pesar de no haber sido objeto de examen en el presente apartado, esta nueva agenda propia incluyó la organización de sindicatos, como se verá en el capítulo siguiente.

Asimismo, la capacidad de convocatoria callejera de los Círculos creció al compás de una ciudad altamente movilizada. Del mismo modo que los socialistas, los católicos comenzaron a realizar conferencias populares en plazas y esquinas. Se trataba de

136 Sobre esta idea de espectacularidad en los desfiles socialistas, ver PALERMO, S., “Tribunas y panfletos...”, op. cit., pág. 43.

137 “El 25 ° aniversario de la fundación de los Círculos de Obreros”, *Caras y Caretas*, núm. 973, 26/05/1917, pág. 54. En la foto se ve lo que podría ser la cabecera general o de alguno de los Círculos u organizaciones adherentes. Se ve un joven cargando una bandera, algunos niños entre una importante cantidad de hombres adultos. Dos individuos llevan una banda blanca en el brazo, seguramente son comisarios de la columna. No hay mujeres en esta imagen, pero en otra puesta en la misma página, a la salida de la Catedral se pueden distinguir unas pocas. Lo mismo ocurre con los sacerdotes.

actividades de propaganda oral, más masiva, que antes de la existencia de medios de comunicación como la radio o la televisión permitían llegar a un público más amplio. De todos modos, este tipo de acción solía vincularse, como se puede ver en el informe del Círculo de Maldonado, con otras formas de propaganda. Aunque el nivel de convocatoria de los Círculos creció notablemente, parece claro que estuvo lejos del umbral trazado por sus adversarios, los socialistas.

Se agitan las aguas: agudización de los conflictos sociales

A la nueva presidencia le tocó abordar una nueva coyuntura de conflictividad social. Cuando comenzó a menguar la crisis económica, que acompañó el estallido y la mayor parte de la primera guerra mundial —fundamentalmente en lo que respecta a los índices de desocupación—, emergieron reclamos y demandas de diversos sectores.¹³⁸ Así, entre fines de 1916 y principios de 1917, se produjo un crecimiento de la conflictividad laboral, y también un incremento hasta entonces desconocido en la tasa de sindicalización. Data de estos años la consolidación de las primeras federaciones obreras, fomentadas y dirigidas por el *sindicalismo revolucionario*.

En el contexto en que la huelga ferroviaria de agosto de 1917 amenazaba con extenderse, los Círculos de Obreros terminaron de dar forma a una institución federativa que reunía una serie de organizaciones sindicales menores que se habían constituido bajo el impulso de los Círculos, de la Liga Social Argentina y la Unión Democrática Cristiana.¹³⁹ Así, la Federación Profesional Argentina, que había sido creada en esa misma coyuntura, se posicionó abiertamente contra la posibilidad de una huelga general. Por iniciativa de Monseñor de Andrea se habían convocado los representantes de 28 gremios y allí dejaron constituida la Federación.¹⁴⁰ Además, en esa misma reunión se

138 BILSKY, E, *La semana trágica*, op. cit., pág. 24; CERUSO, D., *La izquierda en la fábrica...*, op. cit., pág. 2.; SURIANO, J., “La Primera Guerra Mundial, crisis económica y agudización del conflicto obrero en Argentina”, *Estudios Históricos*, núm. 60, 2017, págs. 101 y 102.

139 Sobre la primera huelga general ferroviaria, sus vínculos con el gobierno radical, los procesos de racionalización y la participación de las familias, ver: ROCK, D., *op. cit.*, págs. 158-165; HOROWITZ, J., *El radicalismo y el movimiento popular*, Edhasa, Buenos Aires, 2015, págs. 156-160, PALERMO, S., “De las organizaciones sindicales a las familias trabajadoras: nuevas miradas sobre los protagonistas de la gran huelga ferroviaria de 1917 en Argentina”, V Congreso de Historia Ferroviaria, Palma de Mallorca, España, 2009; OLIVA, O. y MENOTTI, P., “El poder de la turba. La lucha de los ferroviarios del Central Argentino y las contiendas del poder gremial en el seno del movimiento obrero (1917-1918)”, *Archivos De Historia Del Movimiento Obrero Y La Izquierda*, núm. 6, 2015, págs. 117-137; BADALONI, L., “Huelga ferroviaria de 1917. Violencia, complot maximalista y mujeres incendiarias”, en BONAUDO, M. (dir.), *Imaginario y prácticas de un orden burgués. Rosario, 1850-1930*, Prohistoria, Rosario, 2010, págs. 95-116.

140 *El Pueblo*, 02/08/17.

resolvió sacar un manifiesto que rechazara la huelga por “tiránica, inoportuna y perjudicial”.¹⁴¹ Entre los gremios representados estaban el del puerto, empleados de comercio y afines, el de los obreros de la madera, telegrafistas, mecánicos, electricistas, tipógrafos, albañiles, pintores, decoradores, escultores y las fosforeras de Avellaneda — sobre estas organizaciones se profundizará en el capítulo siguiente—.

El manifiesto estuvo dirigido al pueblo y en él se afirmaba que “manos interesadas y ocultas” intentaban maniobrar la huelga ferroviaria con otros gremios. Se caracterizaba a las huelgas vigentes como injustas —“porque se realizan por pretensiones no todas equitativas”—, ilegítimas —“porque tienen el carácter de incendiarias”— e innecesarias —“porque no se han agotado los recursos entre los cuales estaba el arbitraje”—. La solidaridad que se invocaba para convencer a otros gremios “para inducirlos al paro general” los haría solidarios en el desprestigio y debía practicarse con quienes serían afectados por la huelga: niños, enfermos y trabajadores.

Aclaraba que cuando la medida fuese “justa, legítima y necesaria” se pondrían de su lado y la promoverían. En ese caso, ni empresas ni patrones explotarían “impunemente” a sus representados, ni impedirán la ejecución de leyes protectoras de los gremios —como había sucedido con la jubilación ferroviaria—.¹⁴² En “nombre de la libertad del trabajo” les pedían a sus obreros que no se dejasen intimidar y que estarían amparados por la fuerza pública.¹⁴³ Por otra parte, dadas las dificultades económicas que atravesaba aun el país, la patria exigía el sacrificio de los intereses particulares. Los gremios adheridos a la Federación y los socios de los círculos de obreros, afirmaba el comunicado, se contaban entre quienes “no se dejan intimidar por las amenazas de los de arriba ni de los de abajo”.¹⁴⁴

En los meses siguientes la situación continuó caldeándose; siguió aumentando el número de huelgas, que pasó de 80 en 1916 a 196 en 1918, con importantes episodios en la industria frigorífica y la del calzado.¹⁴⁵ A su vez, acompañando la organización y protestas obreras, comenzó a conformarse una reacción patronal que no estaba dispuesta

141 Ídem.

142 “Federación Profesional Argentina”, *El Pueblo*, 27/09/1917.

143 Para garantizar esta posición, la mesa directiva de la Federación se reunió poco después con jefe de policía para solicitarle la protección de sus asociados. “Federación Profesional Argentina”, *El Pueblo*, 04/10/1917.

144 “Federación Profesional Argentina”, *El Pueblo*, 27/09/1917.

¹⁴⁵ CERUSO, D., *La izquierda en la fábrica...*, op. cit., pág. 7.

a ceder tan fácilmente ante los reclamos de su personal.¹⁴⁶ Además, debe sumarse que, desde comienzos de 1918, en Córdoba se había iniciado el movimiento reformista universitario, al que el catolicismo había pasado de apoyar moderadamente a criticar vehementemente y con denuncias de infiltración *maximalista*.¹⁴⁷ El movimiento reformista se extendió a las principales casas de estudios del país y del continente.

Cuando a finales de 1918 la guerra finalmente llegó a su fin, en Buenos Aires hubo festejos que, de todos modos, no dejaban de reflejar las diferencias que habían surgido localmente entre el gobierno y la oposición tras el ingreso de Estados Unidos y de las consecuencias de la guerra submarina en 1917.¹⁴⁸ Los festejos no impidieron visualizar que el legado que había dejado la contienda bélica en su final, la Revolución Rusa, despertaba una fuerte ola de apoyo en el medio local.¹⁴⁹ La elite política argentina siguió atentamente el recorrido del proceso revolucionario ruso, en medio de un clima de alerta internacional que observaba con preocupación la repercusión de este en las filas obreras.¹⁵⁰

A todo esto, que no era poco, se sumó la alarma en algunos sectores del catolicismo porteño por la movilización realizada con motivo de la fuga de la cárcel de Ushuaia del conocido anarquista Simón Radowitzky —preso por el atentado a Ramón Falcón, en 1909—, la huelga de policías en la ciudad de Rosario a fines de 1918 y la presencia pública de la corriente que simpatizaba con la revolución de los soviets.¹⁵¹ Entre mediados de 1918 y los sucesos de la Semana Trágica de enero de 1919, la conflictividad social y la violencia política se habían agudizado. En ese marco, el estallido en enero de 1919 de una huelga general con características insurreccionales —que rebasó el ámbito laboral, tomó calles y paralizó la ciudad de Buenos Aires— fue respondido con una

146 MAROTTA, S., *Op. cit.*; CARUSO, L., *Embarcados...*, op. cit.; RAPALO, M. E., *Patrones y obreros...*, op. cit.

147 MAURO, D., “Los católicos frente a la reforma universitaria (1917-1922)”, en MAURO, D. y ZANCA, J., (Coords.), *La reforma universitaria cuestionada*, Humanidades y Artes Ediciones -HyA ediciones, Rosario, 2018, págs. 21-46.

148 TATO, M.I., *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*, Prohistoria ediciones, Rosario, 2017, pág. 137.

149 CAMARERO, H., *Tiempos Rojos...*, op. cit.; DÍAZ, H., *Espionaje y revolución...*, op. cit.

150 El contexto internacional tampoco aportaba tranquilidad: fenómenos sociales similares al ocurrido en Buenos Aires se produjeron en países del Cono Sur como también en otros más alejados como Alemania, cuyo levantamiento espartaquista se había producido solo unos días antes de la Semana Trágica argentina; LVOVICH, D., “La Semana Trágica en clave transnacional...”, op. cit.

151 MALTANARES, A., “Entre el diálogo y la represión. Estado y empleados públicos en conflicto. Rosario, 1918-1919”, en Bonaudo, M. (dir.), *Imaginario y prácticas de un orden burgués. Rosario, 1850-1930*, Prohistoria, Rosario, 2010, págs. 117-137.

represión de vasto alcance. El ejército tomó el control de la ciudad y su acción represiva fue acompañada por la actuación de grupos civiles.

En este contexto general, tuvo lugar la agresión al padre Dionisio Napal. El hecho ocurrió en la conferencia popular que organizó el Círculo de Obreros de Nueva Pompeya el 15 de diciembre de 1918. El mitin tuvo lugar en avenida Sáenz y Trafal, frente a la iglesia y a solo a algunas cuerdas de Amancio Alcorta y Pepirí, donde ocurriría el choque sangriento que desencadenó la huelga general de enero de 1919. El público que asistió fue numeroso y contó con la presencia de una “nutrida columna” que era definida en la crónica de *El Pueblo* bajo la etiqueta de anarquista y socialista, o de “roja” o “ácrata”.¹⁵² Conci, el primer orador, expuso sobre “el absurdo del socialismo”¹⁵³ y, luego, entre uno y otro orador, se produjo un violento entrevero. En respuesta a este hecho, la comisión directiva del Círculo de Obreros de Nueva Pompeya propuso la realización de una nueva conferencia pública en el barrio, el 5 de enero.¹⁵⁴

Ese día, la tribuna fue ocupada por Samuel Medrano, presidente del Círculo, Gustavo Franceschi y Dionisio Napal. Luego la multitud, formada por socios de los círculos de la ciudad y de otras organizaciones católicas, marchó en compacta columna hacia el Parque Patricios.¹⁵⁵ *La Nación* afirmaba que concurrió un “numeroso grupo de maximalistas” que perturbó la reunión repetidas veces. También sostenía que debido a la frecuencia de los incidentes —se arrojaban piedras contra los oradores—, la policía de la sección 24 “cargó contra los promotores de los incidentes, disolviéndolos”.¹⁵⁶ Los “ácratas y rojos” habían preparado una especie de contramanifestación, y se improvisó una nueva tribuna donde se señaló el temor que existía en los “antros rojos” de que se les fuera “el dominio fácil que habían adquirido en la masa, en veinte años de insidias impunemente propagadas”; se remarcaba, en consecuencia, la intolerancia y la desesperación de los “nuevos mazorqueros fracasados”.¹⁵⁷ En respuesta a quienes tiraban

152 “Las conferencias populares del domingo. En Nueva Pompeya-Grandioso Acto”, *El Pueblo*, 16 y 17/12/1918.

153 Militante laico de la comunidad salesiana involucrado activamente en la obra de los Círculos de Obreros, presidiría un poco más adelante la Confederación Profesional Argentina y de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros.

154 Después se haría un gran desfile hasta parque Patricios, donde hablarían Juan B. Podestá, José M. Samperio y Amadeo Barousse. “En defensa del derecho de reunión”, *El Pueblo*, 05/01/1919.

155 “Una jornada de gloria para la acción social católica”, *El Pueblo*, 06, 07 y 08/01/1919.

156 “En el parque Patricios. Reunión tumultuosa”, *La Nación*, 06/01/1919.

157 *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1919, pág. 112.

piedras desde el parque, salieron “[g]rupos de jóvenes católicos, [que] en varios casos castigaron severa y ejemplarmente a los cobardes autores de esos atentados”.¹⁵⁸

De este modo, un clima de violencia y tensión precedió al incendio intencional del templo Jesús Sacramentado en el barrio de Almagro el día 9 de enero. Ese día, momentos antes de que pasara por delante del templo el cortejo fúnebre que acompañaba los restos de los trabajadores muertos en Nueva Pompeya, en las cercanías de los talleres Vasena, una muchedumbre irrumpió y destrozó la Iglesia Jesús Sacramentado y el asilo de niñas anexo dirigido por las Siervas de Jesús Sacramentado. *El Pueblo* indicó que un hombre —por aspecto, un obrero, y por su actitud, un ácrata— había ocupado una improvisada tribuna donde arengó a sus oyentes, que habrían sido alrededor de quinientos. En el momento que iba llegando la columna principal, un grupo de unas 80 personas asaltó una armería en la calle Corrientes ubicada frente a la iglesia y luego con las armas robadas, el grupo saltó la verja de la iglesia.¹⁵⁹ Según el diario católico, los atacantes eran jóvenes, en su mayoría, rusos y catalanes; entre ellos se contaba casi una docena de mujeres, también de origen ruso que, distinguidas por su procacidad, “con sus hechos pedían á gritos un par de pantalones”.¹⁶⁰ Un funcionario policial, Octavio Piñero, interpretaba el hecho como una prueba de ateísmo y de odio a la fe católica. Cuando las fuerzas de seguridad llegaron, se produjo un violento tiroteo cuyo saldo fueron, nuevamente, varios muertos y heridos.¹⁶¹

La iglesia Jesús Sacramentado, ubicada en una zona en aquel momento alejada del centro de la ciudad, había sido construida con la colaboración económica de la familia Unzué y era reconocida por su elegancia y distinción.¹⁶² A pesar de tratarse de un orgullo para el catolicismo porteño y de ser dirigida por el padre Santiago Ussher, un sacerdote con amplia participación pública y vinculado a la obra de los Círculos de Obreros y especialmente próximo a monseñor De Andrea, no tenemos elementos para afirmar que su destrucción haya respondido a planes premeditados. Según el informe que Ussher

158 Ídem.

159 “Los atentados contra los templos”, *El Pueblo*, 15/01/1919.

160 Ídem.

161 *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, año XIX, 1919, pág. 117.

162 La vieja capilla había sido fundada por la madre Benita Arias en 1872 sobre la calle Yatay, a la vuelta de la Iglesia. Casi totalmente costeadado por la familia Unzué, el nuevo templo se inauguró en mayo de 1904. La designación del padre Santiago Ussher a cargo de la misma fue sólo un año más tarde. Para más información sobre Jesús Sacramentado; VIGAY, J., *Historia del templo de Jesús Sacramentado*, Junta Promotora de Estudios Históricos de los Barrios del Oeste, Buenos Aires, 2001. Respecto a Benita Arias; USSHER, S., *María Benita Arias: fundadora del Instituto de las Siervas de Jesús Sacramentado*, El propagador cristiano, Buenos Aires, 1938.

dirigió al Arzobispo, se perdieron la mayor parte de los interiores de la iglesia y el mobiliario del colegio.

La preocupación por la desprotección —en *El Pueblo* se mencionaba el intento de ataque a la iglesia de Piñeyro, localidad de Avellaneda— en que quedaban las iglesias hizo que en algunas de ellas se organizaran medidas de “autodefensa”.¹⁶³ Según la crónica de los salesianos que tenían a cargo la parroquia de San Juan Evangelista en el barrio de La Boca dejaron asentado que: “poco faltó para que la capital cayera en poder de los maximalistas rusos, que ya tenían distribuidos los cargos para el gobierno soviético. Pánico enorme en la ciudad que paralizó las actividades. El personal salesiano pronto montó guardia, en especial a la noche, por lo que pudiera suceder. Hubo exmilitares italianos que para lo mismo se ofrecieron espontáneamente”.¹⁶⁴

A su vez, este proceso empalmó con la organización de milicias cívicas que durante la semana de enero de 1919 acompañaron la represión estatal. En las primeras horas del día 10, civiles y policías liberaron sus sentimientos antisemitas y atacaron barrios, locales e instituciones de obreros de la colectividad judía.¹⁶⁵ El General Dellepiane había permitido, no es claro si con la aprobación o no del presidente, el reparto de armamento a voluntarios civiles, como ya lo había hecho en 1910. El accionar de estos grupos se mantuvo hasta el 14 de enero, aunque quedó la impresión de que el estallido revolucionario estaba latente aún.¹⁶⁶

Paralelamente, respaldando este accionar, se hicieron distintas colectas para juntar fondos que serían destinados a las familias de los muertos o heridos por los huelguistas. La más importante fue la del Comité Pro-defensa del orden, dirigida por Domeq García,¹⁶⁷ creada para pedir la colaboración del gran comercio, de la industria, los exportadores, los terratenientes, los financieros, etcétera.¹⁶⁸ El arzobispado colaboró activamente en la

163 “Los atentados contra los templos”, *El Pueblo*, 15/01/1919.

164 Crónica de la Iglesia Parroquial y Colegio de San Juan Evangelista, 1877-1935, núm. 1, págs. 50 y 51.

165 Durante la Semana Trágica se persiguió especialmente a la población judía. Tanto que la comunidad israelí sacó un afiche distanciándose de los hechos y pidiendo protección como ciudadanos argentinos que eran. Sobre el antisemitismo católico durante esta coyuntura ver LVOVICH, D., *Nacionalismo y antisemitismo...*, op. cit., págs.144-146 y 164-169.

166 MC GEE DEUTSCH, S., *Contrarrevolución en la Argentina...*, op. cit., pág. 86.

167 Era Contraalmirante de la marina, el organizador de la represión civil y central en la constitución de la LPA a la cual presidía provisoriamente. En la comisión también participaba Atilio Dell’Oro Maini, católico que dirigía la Asociación del Trabajo.

168 MC GEE DEUTSCH, S., *Contrarrevolución en la Argentina...*, op. cit., pág. 87.

colecta organizada por este comité con la consigna de “socorrer los hogares de quienes han defendido el orden, la autoridad y también las iglesias y colegios católicos”.¹⁶⁹

En continuidad con estas iniciativas, el 20 de enero se constituyó la Liga Patriótica Argentina; como referentes de la Iglesia Católica y el catolicismo, estuvieron presentes monseñor De Andrea y Piaggio.¹⁷⁰ En un primer manifiesto, donde daba a conocer sus intenciones, la organización sostenía que el país contaba con “grandes leyes”, pero que no se había asegurado un sistema de “sana” previsión social para amparar la invalidez, la enfermedad y la suerte de los “miles de obreros que han venido á buscar trabajo y bienestar entre nosotros”. El crecimiento poblacional, comercial e industrial impulsado por un sentimiento materialista había descuidado el problema moral de hacer que la patria fuese tanto más alta y noble que el saldo favorable de la balanza comercial.¹⁷¹ A las fuerzas “organizadas para la destrucción”, se proponía oponer fuerzas organizadas para el orden, la construcción y el progreso. Si bien entendían que las desigualdades sociales eran inherentes a la naturaleza humana, se buscaba que los favorecidos y los perjudicados comprendieran el beneficio de hacer dichas desigualdades “menos violentas, más tolerables, más remediables”.¹⁷²

Como otras sociedades similares, el Círculo de Obreros de la Merced recibió el pedido de dar difusión al manifiesto citado. Este documento fue reproducido en el boletín parroquial de Nuestra Sra. de la Merced y, probablemente, difundido entre los trabajadores de la parroquia. La comisión directiva del Círculo indicaba haber “aceptado complacida la tarea de hacer conocer del elemento proletario existente, dentro de su radio de acción, el conceptuoso manifiesto de esa Honorable Junta, habiendo dado al efecto las órdenes correspondientes”.¹⁷³ Asimismo, auguraba a la nueva organización “el éxito más completo en la consecución de sus altos fines”.¹⁷⁴ Aun cuando no parece haber habido una resolución general de los Círculos de Obreros, este apoyo no se limitó solo al Círculo de la Merced.

169 “Pro defensores del Orden. — *Circular del arzobispado*”, En «Noticias de actualidad», *Revista Mariana*, núm. 21, 1919, pág. 252.

170 Ya en la Junta Directiva provisional de la LPA había dos importantes figuras vinculadas a los Círculos de Obreros: Lorenzo Anadón (presidia la Junta de Gobierno) y Miguel de Andrea (ex Director Espiritual de los Círculos y una figura muy influyente en el arzobispado). MC GEE DEUTSCH, S., *Op. cit.*, pág. 88.

171 “Liga patriótica argentina” reproducido en *Revista Mariana*, núm. 28, 1919, pág. 336.

172 Ídem.

173 “La Liga Patriótica Argentina y el Círculo de la Merced”, *Revista Mariana*, núm. 34, 1919, pág. 410; “Liga Patriótica Argentina. Adhesión del C. de Obreros de la Merced” *El Pueblo*, 05/04/1919.

174 Firmado por Enrique Udaondo, presidente y J. Pablo Días Gómez, Secretario. “La Liga Patriótica Argentina y el Círculo de la Merced”, *Revista Mariana*, núm. 34, 1919, pág. 410.

Cuando en abril de ese año se terminó de definir el programa, la forma institucional y se eligieron las autoridades definitivas de la LPA, el Dr. Lorenzo Anadón integraba nuevamente la Junta Central Nacional.¹⁷⁵ Un editorial de *El Pueblo* que tomaba como propios los propósitos de la LPA sostenía que las ideas expuestas por el doctor Carlés merecían la aprobación de todo el elemento sano del país y que, por eso, debían ser conocidas y meditadas por los lectores. De tal manera se podría observar “la concordancia existente entre ellas y las expuestas ininidad de veces en estas columnas”.¹⁷⁶ Por esos días, la Federación de Propaganda, adherida a los Círculos de Obreros, planteaba la idea de la existencia de una esencia nacional, una actitud de rebeldía propia de los argentinos, que se había expresado en 1810 en forma de “noble protesta” contra la tiranía, el desorden, el antipatriotismo, la demagogia o la esclavitud. Continuaba diciendo que fue precisamente esa rebeldía argentina la que “se irguió contra el maximalismo amenazante á raíz de los sucesos de enero y fue la que provocó la fundación de la Liga Patriótica Argentina, en oposición á aquel y para realizar una nobilísima obra de argentinismo.” Así, agregaban, “[t]ócanos á nosotros constituir el dique inconmovible é inalterable que detenga el torrente avasallador que amenaza todo lo que haya de patriótico y religioso. Seamos el Pampero vivificador que borra esas nubes fatídicas y permita que brille, muy alto, el sol de la paz y justicia”.¹⁷⁷

Poco más de un mes más tarde, en el marco de los festejos patrios, la Liga participó de la organización de una importante manifestación que tuvo una concurrencia estimada en 120.000 personas. Aunque los Círculos de Obreros parecían estar embarcados en la realización de su congreso social, algunos participaron de ella. Por ejemplo, el Círculo Nuestra Sra. de Buenos Aires, asentado a unas cuadras de donde ahora se ubica el monumento al Cid Campeador, invitaba a sus socios de la siguiente manera: “A la 1 p.m., incorporación á la manifestación patriótica, auspiciada por la Liga Patriótica Argentina y el consejo nacional de educación, á cuyo efecto en Gaona esquina Espinosa habrán tranvías especiales gratuitos”.¹⁷⁸

Ahora bien, estos vínculos y confluencias entre los Círculos de Obreros y la LPA no deben hacer perder de vista que la acción institucional de los Círculos de Obreros fue por otro carril. A días de finalizada la huelga de enero, una delegación de estos últimos

175 “Liga Patriótica Argentina. Nuevas autoridades”, *El Pueblo*, 07 y 08/04/1919.

176 “Argentinismo”, *El Pueblo*, 10/04/1919.

177 “Círculos de Obreros. Federación de Propaganda”, *El Pueblo*, 09/10/1919.

178 “Círculos de Obreros”, *El Pueblo*, 22/05/1919.

se reunió con el presidente de la Nación y le llevó una nota en nombre de los millares de trabajadores que no habían podido intervenir en los últimos sucesos.¹⁷⁹ No lo habían hecho debido a que las empresas particulares y las administraciones públicas habían prescindido de los elementos moderados. En ese sentido, señalaron que había llegado la hora de distribuir la responsabilidad de los horrores presenciados, y creían oportuno remarcar que el problema social no se resolvería sin el necesario aliento a los gremios sanos.

Asimismo, en la reunión del Consejo General, varios Círculos propusieron la organización de un acto contra socialistas y ácratas, y en homenaje al Gral. Dellepiane.¹⁸⁰ Por no tratarse del momento adecuado, De Andrea propuso postergar la iniciativa y realizarla junto con un congreso que reuniera a los católicos sociales.¹⁸¹ Efectivamente, a fines de mayo de 1919 se realizó el I Congreso de Católicos Sociales de América Latina, al que concurrieron numerosas delegaciones.¹⁸² Allí reafirmaron la necesidad y el derecho de la organización de los obreros a promocionar y defender sus intereses y condiciones profesionales, y esto debía darse sin la injerencia de los patrones ni de otras presiones extrañas. Así, se promovía el sindicalismo católico de base múltiple, que era visto como una vía sana de mejoramiento de la condición económica y social de los trabajadores, y se rechazaba “toda solidaridad con las organizaciones obreras de carácter socialista o anarquista, o del llamado sindicalismo de acción directa”¹⁸³

La otra iniciativa relevante para contener la conflictividad social y encauzar los reclamos de los trabajadores, que surgió del seno del catolicismo, fue la Gran Colecta Nacional,¹⁸⁴ ideada por Miguel De Andrea, cuya concreción se consignó a la

179 “Los círculos de obreros ante el presidente de la república”, *Revista Mariana*, núm. 22, 1919, pág. 263.

180 Actas Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros, Libro 5, enero 1919.

181 “Consejo general de los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 22/01/1919.

182 NIKLISON, E., *Op. cit.*, págs. 111-113.

183 NIKLISON, E., *Op. cit.*, pág. 116. Asimismo, como ha indicado Thomas Gerdes, el periódico de la Liga Social Argentina, que también celebró la fundación de la LPA, advertía que no se debía proceder siempre del lado del capital contra los trabajadores y que tampoco se debía cometer el error de confundir el “maximalismo”, que era “la aspiración de establecer un orden socioeconómico comunista” con las justas exigencias de los trabajadores GERDES, T., *Op. cit.*, pág. 303.

184 Si bien analizar el alcance de la Gran Colecta Nacional excede por mucho los objetivos de este escrito, se debe indicar que Thomas Gerdes sostiene que se trató de una importante iniciativa del Arzobispado —delegada en la UPCA y en De Andrea— que no ha sido adecuadamente destacada por la bibliografía debido al menor interés que tuvo el principal historiador católico sobre el catolicismo social —Néstor T. Auza— por destacar la obra de Mons. De Andrea. A su vez, Gerdes deja ver que entre los aportantes de la colecta hubo muchos miembros de la LPA.

recientemente fundada Unión Popular Católica Argentina.¹⁸⁵ Lo novedoso de esta colecta era su carácter nacional, ya que, como destacó Miranda Lida, el término “nacional” tenía un doble sentido: por un lado, apelaba a todos los sectores, sin distinción de clases o pertenencia a grupos particulares y, al mismo tiempo, tenía un sentido territorial amplio, que no circunscribía la colecta al ámbito parroquial o diocesano.¹⁸⁶ La Iglesia se erguía como defensora de las masas populares, preservando el prestigio de la elite y canalizando la solidaridad social. Esta iniciativa tuvo lugar en dos etapas: a fines de septiembre con el pedido de recursos a grandes aportantes, y a fines de diciembre, con una fase más popular.

Algunos autores destacaron el fuerte componente propagandístico que tuvo la colecta al haber intentado oponer, a la “semana roja” de enero, una “semana blanca”.¹⁸⁷ Efectivamente, la colecta fue acompañada de una serie de conferencias y folletos en los que se trataban distintos puntos del programa social.¹⁸⁸ Es claro que era valorada la participación de las y los trabajadores. De hecho, en la asamblea de clausura de la primera etapa de la Gran Colecta Nacional se presentó “una delegación de obreros de los talleres Vasena, con el producido de una subscripción, levantada entre los mismos”, se los hizo pasar a la mesa de la presidencia y fueron saludados con ruidosos aplausos.¹⁸⁹ En ese mismo texto se destacaban los 500 aportes de trabajadores obtenidos en el sindicato “La Cruz”, de Avellaneda. Con todo, en función de las expectativas, sus alcances parecen haber sido limitados y, en su mayoría, los aportes provinieron de la elite.

Otras presentaciones a los poderes públicos, como la de 1913, se realizaron en junio de 1919 y 1920. La conflictividad laboral que hubo en esos años podría explicar aquellas iniciativas.¹⁹⁰ Consultado al respecto del estado de la legislación obrera en el país, Franceschi afirmaba que era de urgencia avanzar en un doble sentido: en la reforma de leyes existentes, debido a las falencias graves que tenían; y en la sanción de otras nuevas, que eran incluso más importantes que las que regían, entre las que mencionaba, por ejemplo, una ley de asociación sindical. Los católicos sociales no solo admitían, sino

185 Proceso de centralización de las organizaciones católicas promovida por el episcopado, que seguía el modelo del laicado italiano. Con la aparición de UPCA se disolvieron la Liga Social Argentina y la Unión Democrática Cristiana, y la acción sindical —centrada en la Confederación Profesional Argentina— pasó de la órbita de los Círculos a depender de ésta.

186 LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, op. cit., pág. 86.

187 ROMERO CARRANZA, A., *Itinerario de Monseñor De Andrea*, op. cit; GERDES, T., *Op. cit.*

188 “Los compromisos de la Gran Colecta Nacional. Cómo se cumplen”, impreso en los talleres gráficos de Luis Gotelli en 1923. Folleto con firma de Santiago Ussher disponible en la Biblioteca Argentina de Rosario.

189 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1919, pág. 724.

190 “Nuestra deficiente legislación Obrera”, *El Pueblo*, 07/05/1919.

que reclamaban una legislación social, filiaba esta posición directamente con la *Rerum Novarum* y aclaraba que el Estado no podía resolver solo el problema social, pero que sin éste la iniciativa privada se vería incapacitada para hacerlo. Por último, declaraba que bien establecida esta acción era pacificadora y por ello, no podían oponérsele sino los partidarios de “la lucha de clases á todo trance”.

En 1920, ante el encarecimiento de la vida los Círculos tomaron una serie de iniciativas. En primer lugar, una delegación se entrevistó con el intendente municipal José Luis Cantilo. El grupo comprendido por el sacerdote Dionisio Napal y los laicos Carlos Conci y José María Samperio le entregaron “un memorial de aplauso a la autoridad municipal por su campaña en favor del abaratamiento de la vida y contribución estudiosa para resolver el problema de la carestía de la vida”.¹⁹¹ El documento hacía responsable del incremento del costo de vida a intermediarios y acaparadores, se apreciaba positivamente que el intendente pidiese a los Poderes Públicos Nacionales una legislación nueva que fijase un máximo a los precios de los artículos de primera necesidad y protegiera al verdadero productor de la tierra e impidiese el acaparamiento de los artículos que el pueblo necesitaba. En cambio, se podía gravar con impuestos fuertes los artículos de lujo. Aparecían así otros aspectos del pensamiento social de las autoridades de los Círculos de Obreros. Además, se le solicitaba al intendente que agotase los medios que estaban dentro de su alcance como autoridad local para solucionar el grave problema de la vivienda. Allí, se señalaba que “convendría suprimir los impuestos o disminuirlos notablemente, a los propietarios que, a juicio de una comisión mixta, proporcion[as]en casas o habitaciones de alquiler baratas e higiénicas”. De ese modo, se podía aspirar a la “extirpación del conventillo y de las casas de madera y cinc” y a cambio promover a través de beneficios impositivos las construcciones por serie. Concluía señalando que la acción generada por la ley nacional de casas baratas, los esfuerzos de la comuna, las obras que proyectaba y realizaba la Unión Popular Católica Argentina, las iniciativas de instituciones y los trabajos de los particulares debían sumarse a “la gran cruzada para mejorar la vivienda de los humildes, que debe tener aire, sol, higiene y comodidad”.¹⁹²

En segundo lugar, la Junta de Gobierno se dirigió ese mismo mes al presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, Arturo Goyeneche, con el pedido de la pronta sanción de leyes que abaratasen la vida, suprimieran o impidieran las causas de su actual

191 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1920, págs. 576-577.

192 Ídem.

encarecimiento y castigasen duramente a quienes lo provocaban.¹⁹³ Asimismo, solicitaban la promulgación de leyes benéficas para los asalariados. Al respecto, señalaban reiteradamente el encarecimiento de la vida, que reputaban de “insostenible para el pueblo” y nuevamente responsabilizaban a la acción de los “especuladores sin conciencia, y a la avaricia de los acaparadores sin freno moral”. No se referían únicamente a los obreros y proletarios, sino también “a la clase media y en especial a la situación de los empleados de comercio, que es sin duda peor que la de los obreros manuales”. Recordemos que los dependientes de comercio habían protagonizado una gran huelga un tiempo antes.¹⁹⁴ El documento indicaba que sus necesidades económicas eran mayores a la de los trabajadores manuales: “pues deben vestir con una corrección”, “sus horas de trabajo suelen ser más largas, su salario es en muchos casos inferior”. Por eso, como en 1919, pedían una ley que suprimiera las diferencias entre unos y otros. Desearíamos que en las leyes de este género a la palabra obrero se sustituyera la palabra “asalariado” fijando un salario máximo para ser considerado dentro de esa categoría. Tanto los unos como los otros tenían la necesidad de descanso, de fijar un salario mínimo, una jornada máxima, la posibilidad de accidentarse y se beneficiarían de la utilidad de la conciliación y el arbitraje.

La nota pedía tratar con preferencia a cualquier otro asunto proyectos que habían sido presentados. De tal modo, se eliminaría una importante causa de perturbación — el “germen de explicables rebeldías”— y, por lo tanto, se conseguiría una mayor tranquilidad social. Al respecto, la Junta se distanciaba de las posiciones respecto de las iniciativas de emergencia que solían surgir en momentos críticos; decían estar tan lejos del régimen bolchevique como de tener fe en el régimen actual, al que era urgente e inevitable modificar. “No será con la destrucción que se consiga mejorarlo, pero tampoco será aferrándose ciegamente al actual sistema sin recurrir a las transformaciones que la justicia reclama con imperio”.¹⁹⁵

193 Expedientes Cámara de Diputados, Archivo Parlamentario, núm. 372, 31/07/1920.

<https://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/372-p-1920.pdf> Consultado: 27/08/2021.

194 En abril de 1919, los dependientes de comercio habían conquistado algunas de sus demandas con huelgas parciales; pero no hubo arreglo con la firma Gath y Chaves a la que pertenecían 10.000 trabajadores y trabajadoras. La empresa solicitó la colaboración de la Asociación Nacional del Trabajo y el sindicato de la FORA IX. A pesar de este apoyo y de una importante movilización, los trabajadores no pudieron doblegar a la patronal. MAROTTA, S., *Op. cit.*, págs. 253-255.

195 Expedientes Cámara de Diputados de la Nación, Archivo Parlamentario, núm. 372, 31/07/1920.

Afirmaba que para que el trabajador produjese era necesario que confiara en la sociedad y para ello era indispensable que la ley lo amparase y que su trabajo fuese remunerado debidamente.¹⁹⁶ Más adelante, daba cuenta de la importancia de no considera como revoltosos a los trabajadores por el hecho de pedir mejoras en su *afligida* situación. Las leyes, entonces, no debían sancionarse según los requerimientos o necesidades de los patronos, sino según las necesidades y justas aspiraciones del proletariado y tomando como base la libertad, la justicia y el derecho de todos. Dicho todo esto, en el documento se pedía la sanción del proyecto para abaratar los alquileres; del que estipulaba un impuesto al mayor valor que era iniciativa del diputado radical José Luis Ferrarrotti; de otro que apuntaba a combatir la usura, del diputado también radical Leónidas Anastasi; otro sobre cooperativas de consumo de Juan Cafferata; el proyecto de Valentín Vergara que normalizaba una jubilación para empleados y obreros de las empresas de tranvías, teléfonos, gas y electricidad; para los ferroviarios, el proyecto d Arturo M. Bas que modificando la ley 9653 (Jubilación de Ferroviarios) y la interesante inicialita del mismo legislador sobre viviendas para los ferroviarios; finalmente, la iniciativa de Bas y Roberto M. Ortiz sobre la construcción de depósitos de cereales y la emisión de warrants para defender al productor de la especulación y de la usura. Esta iniciativa, observaban, tenía trascendencia tal “que con solo su sanción quedaría prestigiada ante el pueblo de la República la labor del Parlamento en el actual periodo de sesiones”.¹⁹⁷

Llamativamente o no, en este listado no había ningún proyecto socialista. En cambio, los proyectos incluían a diputados de la UCR por la Capital Federal, Buenos Aires y Santa Fe.

En tercer lugar, en octubre de 1920, la delegación de la Junta de Gobierno se reunió con el presidente Hipólito Yrigoyen y le entregó otro documento que hacía algunos cambios en la legislación solicitada al congreso dos meses antes.¹⁹⁸ En el listado se incluían algunos proyectos más, tales como uno que tenía despacho de comisión contra los *trust* y que procedía de proyectos de los diputados C.J. Rodríguez, E. Martínez, F. Beiró, R. Moreno, J.T. Pagés y el grupo socialista; otro dirigido a fijar la jornada laboral de ocho horas, que contaba con despacho de comisión y había sido un proyecto de los diputados Anastasi y Dickmann; de habitaciones económicas para obreros y agentes de

196 Ídem.

197 Ídem.

198 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1920, págs. 682-683.

policía, que habían sido propuestos por el Poder Ejecutivo y por los diputados Cafferatta, Molina y otros; de fijación del pago de salarios en dinero efectivo, proyecto de los diputados Bas y Cafferatta en 1913 y de Dickmann en 1920.

En otro orden de pedidos, ese mismo año se alentó el proyecto de cooperativas de consumo de Juan Cafferata, puesto que era a su juicio “la más completa de las iniciativas de ese carácter” y, agregaba su oportunidad “especialmente ahora que la sociedad marcha decididamente hacia el cooperativismo”.¹⁹⁹ Al año siguiente, la Junta de Gobierno también solicitó la extensión del impuesto de papel sellado y timbres fiscales a favor de las sociedades de carácter mutualista. Se las defendía por su “benéfica influencia social” y “evidentes ventajas económicas” para las clases menos favorecidas, y eran por tanto “una verdadera escuela de previsión y de solidaridad”.²⁰⁰

En este capítulo, se abordaron el diagnóstico y las acciones de los Círculos de Obreros ante las principales luchas que libró el movimiento obrero de la ciudad de Buenos Aires desde mediados de la década del noventa hasta principios de los años veinte. Como ha podido verse, la disputa con las izquierdas jugó un papel significativo en el posicionamiento que la institución adoptó frente a algunos hechos de relieve político. A veces, hasta dio lugar a su involucramiento activo para lograr el fracaso de algunas huelgas o conatos identificados como promovidos por dichas izquierdas y alejados de los intereses obreros. Asimismo, no debe pasarse por alto un aspecto que involucra su acción legislativa durante un período de baja conflictividad; aunque no se trate de una cuestión del todo novedosa para los Círculos, aquí se destaca la centralidad que ganó este tipo de acciones para la institución.

Ya al comienzo del capítulo señalamos cómo Grote encaró el problema de las huelgas en 1902, aun antes de que, efectivamente, tuvieran lugar episodios que de algún modo refrendaban los temores del mismo Grote. Nos referimos a una característica de marcada recurrencia en los orígenes del movimiento obrero argentino que ha sido

199 Expedientes Cámara de Diputados de la Nación, Archivo Parlamentario, núm. 372, 31/07/1920. Proyectos cooperativos, de ahorro, préstamos y consumo hubo desde principios de siglo en los Círculos. Ver Libro de Actas del Consejo General, núm. 2, 02/05/1901; Sobre la cooperativa “Carboneros Unidos” ver *El Pueblo*, 09/10/1906 y 04/07/1908; MEISEGEIER, R., “El Ahorro”, conferencia organizada por la Federación Profesional Argentina el 15/09/1917, editada como folleto.

200 Expedientes Cámara de Diputados de la Nación, Archivo Parlamentario, ref. 953-P-1922. Consultado 15/06/2021: <https://docs.google.com/gview?url=http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/953-p-1922.pdf&embedded=true>

presentada por la historiografía bajo la forma de un desborde institucional en el que se aprecian elementos insurreccionales. La politización de las huelgas no pasó desapercibida para los Círculos, en cuyo accionar se destacaron, alternativamente, desde principios del siglo XX hasta fines del período abarcado en este capítulo, distintos rasgos de la teorización propuesta por Grote en 1902, quien se había apropiado interpretativamente de los lineamientos formulados por León XIII en la *Rerum Novarum*.

Los cuatro apartados ofrecieron un panorama que muestra que, efectivamente, los Círculos actuaron en conexión con la dinámica del movimiento obrero. Esto no implicó que en la institución se perdiera la gravitación o la preocupación por la organización del socorro mutuo, la instrucción y la moralización de los trabajadores —cuestiones de gran relevancia que se abordarán en el siguiente capítulo—; más precisamente, lo que ocurrió fue que quedó a la vista que para intervenir con alguna eficacia en el mundo de los trabajadores había que tomar posición frente a determinados hechos. La presión ejercida en este sentido provenía de múltiples espacios, como las izquierdas más cercanas al mundo laboral, pero también el Estado y el sector patronal.

Si retomamos la primera etapa, cabe destacar la actitud prescindente que parece haber adoptado la institución ante el mitin de 1895 y la huelga de 1896. En esta coyuntura, según se ha visto en *La Voz de la Iglesia* —un diario católico que empatizaba con la obra de los Círculos y en el que Grote realizó algunas colaboraciones—, no se consideraba que el momento fuera oportuno para dar cabida a los reclamos obreros, debido a que la crisis del noventa no se había superado. En tal sentido, se intentó mostrar a los Círculos como una alternativa ordenada a las sociedades de resistencia. Así, desde la prensa católica próxima a la institución como desde la prensa comercial se destacó la influencia “benéfica” que los Círculos estaban en condiciones de ejercer sobre la clase obrera en tanto sus socios no habían participado de la huelga.

Desde los inicios del siglo XX, comienza a percibirse, sin embargo, una nueva actitud que implicó que la institución se dirigiera a los trabajadores a través de comunicados o que, directamente, se involucrara para garantizar el fracaso de las huelgas. Antes de los importantes conflictos laborales en los puertos de Buenos Aires y Rosario en los que las patronales solicitaron personal a los Círculos para reemplazar a los trabajadores en huelga, la Junta de Gobierno ya se había posicionado públicamente y condenado el crimen cometido contra el rey italiano de Humberto I a manos de un anarquista. Este tipo de prácticas continuó en los años siguientes, aun cuando frente, por

ejemplo, al envío de personal a las contratistas ferroviarias en 1902, surgieron divergencias sobre cómo era más conveniente intervenir. El sector que protagonizó esta oposición estaba vinculado a la Liga Democrático Cristiana, cuya intervención en el puerto de Buenos Aires se verá más adelante. Por otra parte, ese mismo año, Federico Grote se había visto en la necesidad de publicar dos artículos en los que analizaba con cierto detalle el problema de las huelgas y brindaba algunos lineamientos teóricos al respecto, en los que dejaba traslucir su visión del movimiento local. Si bien llama la atención la falta de intervención de los Círculos en la huelga de inquilinos de 1907, puede encontrárselos unos meses después tratando de impedir la huelga general proyectada para diciembre de 1907. Allí, la Junta de Gobierno promovió la realización de conferencias en los centros, algo que se replicaría en 1909. En estos casos, no hemos encontrado diferencias explícitas al interior de la institución sobre el accionar seguido, excepto por la protesta del presidente del Círculo de Obreros de Balvanera ante la falta de cumplimiento de las resoluciones de la Junta por parte de los demás círculos de la ciudad. Resulta probable que este tipo de diferencias en las posiciones o en las prioridades se hayan disipado cuando la jerarquía eclesiástica tomaba la iniciativa, como sucedió tras el asesinato de Ramón Falcón, el Centenario o la Semana Trágica.

La tercera etapa que consideramos aquí toma como referencia del período la baja conflictividad obrera y las estrategias de integración política del régimen, que generaron nuevas condiciones en el escenario nacional y local, tras la represión del Centenario, la sanción de la Ley de Defensa Social y de la Ley Sáenz Peña. Por algunos años, mientras se procesaba un recambio entre las corrientes que habían hegemonizado al movimiento obrero —un pasaje que conduciría de la primacía de los anarquistas al ascenso del *sindicalismo revolucionario*— y los socialistas ingresaban nuevamente en el parlamento, los Círculos atravesaron una serie de transformaciones institucionales y se abocaron a una agenda legislativa propia que mostró una centralidad nueva. A su vez, la coyuntura bélica generó varios años de crisis para los trabajadores, lo cual repercutió sin duda en su capacidad de acción que, aunque se debilitó, no desapareció.

Recién a fines de 1916 y comienzos de 1917, con el radicalismo en el poder, comenzó un proceso de agitación creciente que se expresó en el ámbito sindical, universitario y político, abordado en el cuarto apartado de este capítulo. La conflictividad social aumentó, y también lo hicieron las situaciones de confrontación entre los Círculos y las izquierdas en el ámbito sindical y político. Desde 1916, los Círculos habían

organizado una activa propaganda callejera que derivó, en este contexto, en pequeñas peleas y choques en distintos barrios de la ciudad. Durante la huelga general de enero de 1919, la quema de la Iglesia Jesús Sacramentado, dirigida por Monseñor Ussher, unificó a los católicos tras una posición cerrada de autodefensa y allanó sus vínculos con la naciente Liga Patriótica. Más allá de esto, los objetivos de largo plazo de ambas instituciones eran distintos. En tal sentido, la principal acción desplegada por los católicos en esta etapa fue la Gran Colecta Nacional en la que los Círculos y de la recién creada Unión Popular Católica Argentina se involucraron de manera activa.

Hacia el final del capítulo se abordaron las iniciativas parlamentarias, las variaciones del programa reformista y cómo esto se articuló con la actividad organizativa e institucional de los Círculos. Este tipo de actividad se profundizó en la década de 1910, aun cuando la institución no tuvo más de dos referentes en el Congreso Nacional; difícilmente esto pueda asociarse únicamente a un fenómeno propio o auto-centrado en los Círculos de Obreros, pero tampoco puede dejar de apuntarse el crecimiento de este tipo de actividad. Asimismo, esta agenda se articuló con un uso más potente del espacio público.

Capítulo 5. Estrategias de intervención en los lugares de trabajo y primeras experiencias de organización sindical

“¡Qué círculos de obreros! Se decía: cuando se trata de su propio interés, cada uno trata lo que más le convenga”.¹

“¿Puede pretenderse que inspire su acción parlamentaria en el concepto que sobre esas necesidades é intereses reina en la clase trabajadora organizada por los anarquistas? ¿Hemos de consultar á los Círculos de Obreros Católicos o a la Sociedad Libre Trabajo? ¿Son o no son clase obrera organizada los sindicatos amarillos?”²

Los Círculos de Obreros, como venimos sosteniendo, constituyeron una organización pensada para pacificar la conflictividad moderna a través de la (re)catolización de la clase obrera. Para sus organizadores, esto significaba que debían ir en búsqueda de los trabajadores —luego, también, trabajadoras— e introducirse en su mundo, un espacio que el catolicismo finisecular consideraba hostil. Con esta intención y como se ha visto en los capítulos previos, se acercaron a los trabajadores varones con una organización de tipo mutualista que intentaba responder a las necesidades más inmediatas, mientras, a mediano plazo, apuntaba a corregir conductas, pensamientos y hábitos. Más tarde, cuando la organización gremial se consolidó como un fenómeno irreversible y definitivo, avanzaron sobre los espacios laboral y gremial propiamente dichos, incluyendo algunos femeninos.

En varios lugares hemos señalado que la organización obrera y la conflictividad laboral dieron un salto cualitativo a principios del siglo XX, y que, en respuesta, el Congreso Nacional votó apresuradamente la ley 4.144 —conocida como ley de residencia—. En los últimos meses del año 1901, en un escenario aún desconocido en el país, hacia el interior del movimiento social católico despuntaron dos estrategias diferentes para intervenir en este agitado terreno. Por un lado, en contestación a la solicitud de las patronales, algunas comisiones directivas de Círculos de Obreros

¹ Grote se refería así a la responsabilidad de los empresarios en los magros resultados de las agencias del trabajo. En la *Memoria de la Segunda Asamblea de los católicos argentinos*, op. cit., pág. 129.

² Los sindicalistas revolucionarios en debate con el PS. “Nuestro programa y su crítica”, *La Acción Socialista*, 01/07/1906.

facilitaron el personal necesario para quebrar medidas de lucha de los trabajadores. Por otro lado, se produjeron las primeras incursiones específicamente gremiales que apuntaban a conformar una corriente u organización propia dentro del mundo laboral. Es decir, en determinados casos colaboraron de manera visible con algunas patronales, y en otros actuaron con mayor autonomía, a partir de la formación de organizaciones propias. Estas dos estrategias —el entendimiento directo con las patronales, que podía o no incluir la provisión de rompehuelgas, y la constitución de sociedades gremiales católicas— ambas de confrontación con las sociedades de resistencia, convivieron y a veces también colisionaron entre sí.

La bibliografía especializada en la historia del movimiento obrero, desde sus primeros relatos, ha dado cuenta de la presencia de los católicos en la arena sindical; la mayoría de estos trabajos señaló el compromiso con las patronales y puso menor atención a la constitución de sindicatos católicos. Al mismo tiempo, solo algunas investigaciones se han adentrado en las características y los planteos del sindicalismo presentes en el movimiento católico, y han logrado distinguir diversas estrategias con las cuales estos desarrollaron su programa en el mundo laboral.³ Estos estudios dejaron a la vista las tensiones existentes dentro de ese movimiento, en particular ante la emergencia de la democracia cristiana, creada como una avanzada militante sobre este terreno. Asimismo, Miranda Lida asoció la fractura entre el catolicismo social “reformista e interclasista” de los Círculos y otro “algo más radical” —“al menos, más clasista”—, como era el caso de la Liga Democrática Cristiana, con las escisiones que tuvieron lugar, en la misma época, en el socialismo internacional. Se refería al célebre debate entre Eduard Bernstein y Karl Kautsky a fines del siglo XIX.⁴ Por otro lado, María Ester Rapalo llamó la atención de que la opción entre organizaciones como los Círculos de Obreros y organizaciones obreras independientes de los sectores patronales había generado cierta polémica en el

3 MARTÍN, M. P., *Los católicos y la cuestión obrera...*, op. cit.; ASQUINI, S., “Demócratas cristianos y socialistas...”, op. cit. Desde una historia institucional de la acción obrera católica: NIKLISON, J. E., “Acción social católica obrera”, *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* 46, 1920, pág. 220 y ss.; AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia...*, op. cit., págs. 229 y ss.

4 LIDA, M. “Círculos de Obreros, nación, masculinidad y catolicismo de masas...”, op. cit. Como señaló Eric Hobsbawm, hacia el 1900 en todos los movimientos de masas existió un ala reformista o moderada. En el campo socialista Eduard Bernstein fue uno de sus principales ideólogos, revisando aspectos nodales de la teoría marxista. HOBBSAWM, E., *La era del imperio, 1875-1914*, Crítica, Buenos Aires, 2009, pág. 112. Para una proyección del debate en la teoría marxista se puede consultar, CALIGARIS, G., “Revisitando el debate marxista sobre el ‘derrumbe’ del capitalismo. Una crítica metodológica”, *Izquierdas*, núm. 39, 2018, pág. 182-208.

movimiento social católico europeo, ya que ambas tácticas estaban contempladas en la *Rerum Novarum*; y que, en Argentina, ambas tácticas se habrían mezclado debido a que la lucha contra el socialismo y el anarquismo se había manifestado fundamentalmente en la ofensiva contra las organizaciones sindicales obreras.⁵

En este capítulo se examinan, específicamente, diversos modelos de organización. Aunque el asociacionismo mutual fue el gran sostén de la acción institucional, se abordan aquí las iniciativas dirigidas a reducir la influencia de las izquierdas y a aminorar los conflictos en los ámbitos laboral y sindical —como la gestación de agrupamientos sindicales propios, entre otras—. Además, se ofrece un abanico de experiencias marcadas por la mayor o menor autonomía de las patronales. Asimismo, nos interesa abordar el vínculo establecido con los trabajadores y cómo estos tomaron la participación del catolicismo en el ámbito sindical. Teniendo en cuenta lo que ha demostrado María Pía Martín sobre la provisión de personal realizada por el Círculo de Obreros de Rosario durante los conflictos del puerto, sostenemos que una política demasiado asimilada a los intereses de los dueños del capital solo podía generar beneficios para la institución en el corto plazo.⁶

Acciones más próximas a la patronal

Durante la década del noventa, la estrategia que primó fue la de proponer al círculo como alternativa organizativa ante las sociedades de resistencia, sin ingresar en la lucha sindical. Esto se modificó a inicios de la década siguiente; por entonces, comenzaron a convivir distintas intervenciones que implicaban diversos niveles de autonomía y de compromiso respecto de las patronales. Dentro de las más identificadas con estas últimas, sin dudas, estuvo la provisión de trabajadores para reemplazar al personal comprometido en las huelgas. Esta estrategia, que fue denunciada por los contemporáneos, se practicó en ámbitos clave de la economía y fue objeto de una fuerte confrontación, como se observa en lo ocurrido en el Puerto de Buenos Aires y de Rosario en los primeros años del siglo. Más tarde, la misma estrategia volvió a repetirse en ambas ciudades, incluso al costo de generar profundas diferencias entre los católicos sociales. Es probable que la insistencia en la creación de agencias de colocaciones haya sido —entre otras cuestiones

5 RAPALO, E., “La relación entre los Círculos de Obreros y los sectores patronales...”, op. cit., pág. 142; ver LEÓN XIII, *Rerum Novarum*, op. cit., pág. 48.

6 MARTÍN, M. P, *Los católicos y la cuestión obrera...*, op. cit., pág. 193.

que se verán más adelante en el capítulo— un intento de darle cierta formalidad a esta práctica. De todos modos, esta iniciativa no obturó que se desarrollaran experiencias de organización gremial propias.

En todo caso, lo que aparece como telón de fondo es la intencionalidad de disputar grupos y espacios de trabajadores con las sociedades de resistencia anarquistas y socialistas. En esta dirección, es posible observar una cantidad de acciones de diversa naturaleza —con mayor o menor distancia respecto de las iniciativas e intereses patronales— que pudieron aprovechar posiciones, descontentos y rivalidades existentes entre los trabajadores para separarlos de las organizaciones de lucha. Además, a partir de sus contactos y gestiones con dependencias estatales o empresarios, los católicos sociales trataron también de conseguir beneficios o mejoras en la situación de los trabajadores sin recurrir a las confrontaciones.

Empecemos por la más conocida intervención de los Círculos en la huelga de noviembre de 1902. El recurso consistió en la provisión extraordinaria de trabajadores para quebrar la huelga a pedido de la patronal; esta actividad desencadenó la ruptura entre el sector —mayoritario— dispuesto a satisfacer esta demanda sin mayor preocupación y otro menos proclive a dar tal tipo de respuesta. En la sesión del 20 de noviembre de 1902, el presidente del Consejo General explicó que una asamblea de delegados del Consejo y de miembros de los Círculos había aceptado recientemente “un pedido formulado por el Señor Contratista del F.O.C para que se le enviasen peones para suplir a los declarados en huelga”.⁷ Alejandro Calvo, a cargo de la presidencia, creía innecesario volver a darle aprobación por el Consejo, pero sí dejaba constancia de las condiciones: los obreros cobrarían un peso más por jornal durante el conflicto y, luego, se preferiría “en igualdad de condiciones” a los obreros de los Círculos. En el momento, los delegados de los círculos Central, Santa Lucía, San Carlos, San Telmo, Balvanera, Concepción y Maldonado manifestaron poder enviar obreros. No obstante, cumplir con los requerimientos no parece haber sido del todo sencillo. Poco después, en las actas de la Comisión Directiva del Círculo de Obreros de San Carlos, el presidente comunicaba que, aunque con motivo de las huelgas se habían enviado diez obreros del centro, “en el once les dieron contraorden por no poderse garantizar sus vidas”.⁸ Dos días más tarde, se abrió

7 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 244, 20/11/1902.

8 Libro de actas del Círculo de Obreros de San Carlos, núm. 1, sesión 48, 25/11/1902, pág. 118.

el debate con el sector que se oponía a responder a los pedidos de la patronal con el envío de trabajadores, que hemos mencionado en el capítulo anterior.⁹

Las relaciones con las patronales también fueron proyectadas como más estables o duraderas. Un poco antes, en enero de 1902, la preocupación que habían despertado las huelgas en el puerto de la ciudad de Buenos Aires había resonado en el Consejo General. A propósito de “las nuevas y grandes huelgas” realizadas por los obreros de las “Barracas” y establecimientos industriales de La Boca y del Riachuelo, y de las resoluciones “un tanto peligrosas” que solían tomar, Lucio Aquerreta —presidente del Círculo de Obreros Barracas al Sud, situado en la localidad de Avellaneda— consideraba que el Consejo General debía intervenir “para hacer desaparecer esta clase de movimientos”. A tal efecto, presentaba el proyecto de formar una comisión especial de tres miembros del Consejo General con amplias facultades para que, en caso de creerlo conveniente, celebrase conferencias y llegase a un acuerdo con los dueños de las “Barracas” y establecimientos industriales”; y, si tales gestiones fueran favorables, la comisión podía “crear un local-agencia” con un agente a sueldo en la Boca o en las proximidades del Riachuelo “con el fin de atender a todos los obreros que deseen colocarse bajo las instrucciones del Consejo General”.¹⁰

Los elegidos para integrar aquella comisión fueron, finalmente, cuatro: Calvo, Grote, Adolfo Marcenaro —del círculo de San Telmo y de la Liga Democrática Cristiana— y el propio Aquerreta. En este caso la preocupación por las huelgas en la zona sur de la ciudad motivó que el Consejo General buscara tomar contacto con los dueños de los establecimientos de la zona y acordara con ellos las condiciones para armar una oficina de empleo o algo similar. Todo esto acompañado, de concretarse la iniciativa, de actividades de propaganda.

En otra oportunidad, en noviembre de 1903, en el Consejo General volvió a expresarse la preocupación por la conflictividad laboral en la ciudad, y especialmente, entre los sectores que garantizaban el movimiento, la carga y descarga de mercancías. El foco de inquietud lo constituían los vínculos de solidaridad que se habían establecido entre los trabajadores de diferentes sociedades. Grote dio cuenta de los trabajos de

9 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 245, 27/11/1902. El conflicto con la Liga Democrática Cristiana se desencadenó a causa de la “contra-asamblea” que estos convocaron en el Club Católico y que terminó votando contra la medida resuelta por el Consejo General. “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1903, pág. 59.

10 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 211, 09/01/1902. Sobre la organización de los peones del mercado de central de frutos, ver: OVED, I., *Op. cit.*, págs. 252 y 253.

propaganda que se estaban realizando entre los cargadores del Once; al respecto, el sacerdote se refirió al mal estado de estos trabajadores y a la actividad de los socialistas para *llevarlos* a sus filas. No obstante, estos se plegaron a la “protección que les brindaban los Círculos de Obreros, y hoy merced a ciertas gestiones favorables que se han efectuado, se consiguieron algunas ventajas para los obreros”. Grote explicó que se trataba “de romper esa cadena resistencia que ha[bían] formado los socialistas en el Puerto”, quienes estaban “cometiendo actos de tiranía” contra quienes no se prestaran para secundar sus propósitos; agregaba que por la violencia desplegada en estas imposiciones se habían producido “algunas disensiones y desconfianzas, y muchos de estos elementos alentados por miembros influyentes de nuestros Círculos han decidido reunirse en el círculo de San Telmo”.¹¹ Tanto Federico Grote como Pedro Alcácer habían ido a visitar “al Sr. [Ernesto] Frías, abogado del Centro de Navegación” y obtuvieron su promesa de “apoyo decidido” y de “hacer cuanto estuviera de su parte en pro de los fines que perseguimos”.¹²

Aunque no podemos saber exactamente cuáles eran esos fines —si deseaban conformar una agencia de colocación, una asociación gremial o simplemente acercar a esos trabajadores a alguno de los Círculos—; se pueden extraer algunas observaciones. En primer lugar, la preocupación por desarticular “la cadena de resistencia que ha[bía]n formado los socialistas en el puerto”. En segundo lugar, se refiere allí, también, aunque con pinceladas gruesas, la manera de atraer a un sector de los trabajadores del sector: gestiones para conseguir mejoras, intervención sobre sectores descontentos con una actividad que se caracteriza como forzada o impuesta al conjunto de los trabajadores. Por último, el involucramiento de dos referentes de la Junta de Gobierno, Grote y Alcacer, y la relación que entablaron con el abogado del Centro de Navegación.

Por otro lado, los vínculos con las patronales en algunos casos podían contribuir a la creación de los círculos. En octubre de 1901, Grote informó al Consejo General que próximamente se fundarían nuevos centros en algunos pueblos del norte de la provincia de Buenos Aires; allí varios dueños de establecimientos fabriles “han prometido no emplear en aquellos otros obreros que los que pertenezcan a la institución”.¹³ En algunos pocos casos, los dirigentes de los Círculos eran ellos mismos dueños de establecimientos

11 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 265, 19/11/1903, pág. 77.

12 Ídem. Ernesto Frías fue un abogado y diplomático uruguayo que, una vez retirado, se dedicó a los asuntos marítimos en los que había obtenido gran reputación. Murió en Buenos Aires en 1918. CUTOLO, V., *Nuevo diccionario biográfico...*, op. cit, pág. 150.

13 Libro de Actas del Consejo General, núm. 3, acta 196, 17/10/1901.

y talleres. Por ejemplo, el presidente del Círculo de Santa Lucía, Agustín Badaracco, quien pertenecía a una familia de dueños de astilleros.¹⁴ Otra importante familia católica dedicada a la producción de cerámicos fueron los Ayerza.¹⁵

Otro caso es el del presidente del Círculo del Sur, José Montes, quien era consocio de la Unión Industrial Argentina. En la fundación de este círculo participó un referente de esa asociación: “A nombre de la Unión Industrial Argentina habló el señor José M. Goicoechea, felicitando a los círculos de obreros, porque constituyen hoy una poderosa fuerza de opinión”.¹⁶ A propósito de esto, en el boletín de la Unión Industrial Argentina se publicó una nota que mencionaba “los consejos” que los Círculos habían brindado a propósito del asesinato de Humberto I, ocurrido pocas semanas antes.

De todos modos, la relación con esta institución no parece haber sido demasiado estrecha. Dos años antes, los Círculos de Obreros habían definido no participar de la movilización industrial que habían organizado los fabricantes defendiendo la protección aduanera en oposición a la manifestación de los comerciantes importadores que pedían la disminución de los aranceles que gravaban la introducción de artículos extranjeros.¹⁷ Dicha movilización se realizó el día 26 de julio de 1899 y fue muy numerosa. Días antes el Consejo General se había reunido de manera extraordinaria para discutir su adhesión. Finalmente, el Consejo resolvió “agradecer la invitación y manifestarle que le es imposible concurrir a él”.¹⁸

No obstante, hubo otros momentos para el entendimiento con las patronales, aunque —como reconoció el propio Grote en 1907— no fueron exitosos. A fines de 1905, en el periódico gremial de los ebanistas, se contestaba a un artículo publicado en el *Boletín de la Unión de Fabricantes de Muebles* en el cual Federico Grote habría dado “consejos” sobre cómo debía ser la organización profesional del sector.¹⁹ La industria del mueble era

14 DORFMAN, A., *Op. cit.*, pág. 116.

15 DORFMAN, A. *Op. cit.*, pág. 119. Al respecto, en 1914, la revista del arzobispado destacaba la iniciativa individual de Don Rómulo Ayerza: “Es digno de mención entre nosotros el hecho de la celebración de una misa en la fábrica del ingeniero Don Rómulo Ayerza, para que, previa preparación de tres días por un Misionero del Corazón de María, sus obreros cumplieran el precepto pascual, mezclándose y comulgando con ellos el mismo dueño. Ejemplo que debiera imitarse!”, “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1904, pág. 585.

16 SPALDING, H., *Op. cit.*, pág. 511.

17 ROJKIND, I., “La protesta en la calle. Visibilidad de la cuestión social en la ciudad del novecientos”, II Jornadas Nacionales de Historia Social, 13, 14 y 15 de mayo de 2009, La Falda, Argentina. Disponible en: <https://cehsegreti.org.ar/historia-social2/mesas%20ponencias/MESA%209/Ponencia%20Ines%20Rojkind.pdf>

18 Libro de Actas del Consejo General, núm. 3, acta 119, 24/07/1899.

19 “El patrono y el clero”, *El Obrero Ebanista*, noviembre 1905, pág. 1.

muy particular; como ha trabajado Walter Koppmann, a principios del siglo XX la producción de muebles en la ciudad era de tipo artesanal —es decir, con baja tecnificación e inversión—, y hacia 1905 comenzó a incorporar de manera notable, patrones y trabajadores de origen judío.²⁰ Esto podría hacernos pensar en algún tipo de rivalidad interconfesional, pero no se han hallado más elementos para continuar esta pista. La relación entre Federico Grote y la Unión de Fabricantes de Muebles se podría explicar también por los vínculos entablados con la Unión Industrial Argentina, a la cual esta asociación estaba afiliada.²¹

En estos casos que acabamos de enumerar, diferentes entre sí, se privilegiaron los vínculos con las empresas o patronales, sin necesariamente excluir la conformación de algún agrupamiento de trabajadores. Otra cuestión común era la preocupación por la influencia de las izquierdas y el rol que estas jugaban en la conflictividad. Era necesario establecer las particularidades de esta estrategia de trabajo más próxima a las patronales no porque se haya logrado instalar como la dominante, sino porque, como se verá en el próximo apartado, tal disposición de los católicos sociales locales a trabajar juntamente con las patronales en la organización obrera pareciera constituir un rasgo que siguió marcando todas sus intervenciones en este terreno. Veremos de qué modo se mantuvo en la etapa siguiente, aun con algunos cambios que se señalarán. En adelante, se observará que los católicos perdieron lugar ante la posición de los socialistas y anarquistas que reivindicaba la necesidad de autonomía de las organizaciones gremiales. De una manera general, las posiciones de conciliación de clases encontraban dificultades para desarrollarse mientras el Estado y las patronales brindaran poca colaboración.

Las primeras experiencias de un sindicalismo católico en la ciudad

La segunda estrategia de los católicos porteños que hemos mencionado —la de construir organizaciones gremiales alternativas o propias— comenzó a ensayarse a comienzos de 1902. Como hemos indicado, en los primeros años del siglo hubo un proceso de organización e iniciativas obreras que dio lugar a las primeras huelgas generales. En este contexto, la organización sindical parecía una manera inevitable de

20 KOPPMANN, W., “Los trabajadores de la madera de la Ciudad de Buenos Aires. Mundo del trabajo, culturas políticas de izquierda y experiencia obrera, 1889-1930”, Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2019, pág. 174 y ss.

21 KOPPMANN, W., *Op. cit.*, pág. 226; GUERRERO, A., *La industria argentina. Su origen, organización y desarrollo*, op. cit., pág. 158.

aproximarse a las masas trabajadoras y, en el campo católico, como indicamos, Grote formó la Liga Democrática Cristiana como una organización con características militantes que pudiera disputar la orientación que adquiriría la agremiación obrera bajo la dirección de anarquistas y socialistas. De hecho, las iniciativas que se describirán en las próximas líneas contaron con la participación destacada de miembros de la Liga. Resultaban, así, respaldados por Grote los trabajos que Capurro y otros ex miembros del Círculo Anti-socialista (1897) venían desarrollando en el terreno sindical.

El modo en que los católicos buscaron ingresar en la vida sindical estuvo articulado con el objetivo de desplazar a las izquierdas de las organizaciones del movimiento obrero. En su perspectiva, desplazarlas y avanzar en una (re) catolización de la clase trabajadora era una manera de pacificar la conflictividad gremial —ya que, recordemos, no la consideraban inherente a la relación entre capital y trabajo—. A continuación, analizamos varios casos en los que se observan diferentes intentos de organizar asociaciones gremiales católicas. Ellas tuvieron autonomía respecto de los Círculos de obreros, aunque replicaron algunas de sus formas organizativas. El análisis tiene dos ejes, uno orientado a las discusiones sobre cómo definir los rasgos organizacionales propios, y otro a señalar cómo esos debates cargaban las resonancias de las luchas sindicales efectivas.

Se podría decir que, con la aparición en la escena pública de la Liga Democrática Cristiana, se inició una nueva rivalidad en el terreno de la lucha gremial de los trabajadores. Esta entusiasta juventud católica intervino en la arena gremial con un programa de conciliación de clases y reforma social, y desde allí intentó constituir organizaciones profesionales. Así, la lectura realizada por Grote acerca de la necesidad de organizar gremios, y de la importancia de la fundación de la Liga Democrática Cristiana como una organización militante a cuyo cargo quedaría dicha tarea, empalmó con una tendencia más profunda del movimiento obrero local que se orientaba hacia la organización laboral en sindicatos y federaciones.

El objetivo perseguido con estas asociaciones era redirigir desde adentro el movimiento gremial con una política de menor confrontación entre capital y trabajo, y desde allí desarrollar un proceso de recristianización de la clase obrera.²² El sacerdote

22 PONT LLODRÁ, A., “Los estibadores del Puerto y la Liga Democrática Cristiana”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1902, pág. 102. Andrés Pont Llodrá, era un sacerdote mallorquín, de reconocida producción intelectual. Reemplazó a Grote como director espiritual de la LDC desde su arribo al país en 1903 hasta su partida en 1907.

Andrés Pont Llodrá —director espiritual de la Liga Democrática Cristiana entre 1903 y 1907—, lejos de condenar la agremiación por los abusos a que daba lugar, afirmaba que la democracia cristiana dirigía todos sus esfuerzos a fomentarla. Una vez que el conflicto entre el capital y el trabajo era un hecho y a causa del individualismo liberalista quedaba el obrero aislado e indefenso ante la explotación capitalista, para Pont Llodrá resultaba evidente que cuanto contribuyera a organizar las clases trabajadoras sería un progreso hacia la solución del “pavoroso conflicto”.²³ En consecuencia, lo que importaba era “encausar [sic] el movimiento gremial hacia los fines que le [era]n propios”.²⁴

A lo largo de 1901, hemos encontrado un puñado de menciones sobre la actividad de Ángel Capurro —miembro del Consejo General de los Círculos de Obreros y futuro presidente del primer núcleo de la democracia cristiana— entre los marineros y foguistas del puerto de Buenos Aires a raíz de la búsqueda de una ley de cabotaje que reunía a muchos sectores portuarios. A comienzos del año siguiente, Capurro intervino también en el conflicto de los oficiales peluqueros del lado de un sector de los patrones de peluquería que se organizó ante la movilización de los trabajadores.²⁵ Las experiencias de formación de organizaciones sindicales comenzaron en marzo de 1902; inicialmente, entre los dependientes de comercio; continuaron luego con los trabajadores de la estiba del puerto —esta fue la más exitosa— y se intentó practicar esta estrategia también en otros gremios —de la madera, de la costura, de cargadores, etcétera—.

El gremio de los dependientes de comercio

El sindicato de dependientes de comercio fue el primer intento por fundar una organización profesional de tipo demócrata cristiana. En los primeros meses de 1902, miembros de la Liga Democrática Cristiana estuvieron detrás de una serie de convocatorias de asambleas de dependientes de tiendas, camiserías y mercerías cuyo fin era armar una sociedad gremial del sector. Ángel Capurro y Amadeo Gras Goyena acompañaban a José Renard —empleado de comercio— en la convocatoria. Se trataba de

23 PONT LLODRÁ, A., “Los estibadores del Puerto...”, op. cit., págs. 101-102.

24 Ídem.

25 A principios de 1902, se inició en la ciudad un movimiento generalizado de oficiales peluqueros que reclamaba la modificación de la jornada laboral, el descanso dominical, entre otras cuestiones. “Peluqueros”, *La Nación*, 13/03/1902 y “La huelga de peluqueros”, *El Pueblo*, 15/03/1902. De la sociedad de resistencia, que funcionaba desde 1901, participaban los socialistas y en algunos de los debates en la formación del gremio se había involucrado Adrián Patroni. Ver: “Obreros peluqueros”, *La Vanguardia*, 13/04/1901.

un gremio numeroso en la ciudad, ubicado en una rama dinámica de la actividad económica, en la que se observaba una tendencia a la concentración de capitales y de trabajadores en grandes establecimientos. Entre los reclamos que les eran propios primó la reivindicación del descanso dominical, pero también abogaban por la limitación de la jornada laboral o descanso diario mínimo; el valor del salario y la formalización de los contratos; la regulación del trabajo de las mujeres y de los menores —sector que denunciaba continuos abusos—; la eliminación de las arbitrariedades en relación a los tiempos de almuerzo, permisos de salida y aquellas que afectaban la vida privada y familiar de los dependientes —como el llamado “celibato forzoso”—.

A pesar de este rol convocante de los católicos, la temprana intervención del Partido Socialista en las asambleas frustró el intento de la Liga de dirigir el sindicato. Así, la Unión de Dependientes de Comercio se forjó en un debate abierto entre socialistas y demócratas cristianos. Como había sugerido María Pía Martín, y a diferencia de lo que había analizado la historiografía católica,²⁶ el sindicato en cuestión nunca se constituyó como una organización católica ni fue dirigido por la Liga Democrática Cristiana. Tampoco logró afianzarse en él la orientación socialista.²⁷

En las primeras asambleas se enfrentaron dos modelos distintos de organización. Por un lado, el que impulsaba la constitución de una *sociedad de resistencia* y, por el otro, el que promovía la formación de un *gremio profesional* de impronta demócrata cristiana. Esta oposición se expresó en los debates sobre la denominación de la sociedad: Sociedad de Resistencia, Centro Mercantil o, la que finalmente se eligió, Unión de Dependientes

26 MARTÍN, M. P., “Iglesia Católica, cuestión social y ciudadanía...”, op. cit., págs. 216-220; SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, pág. 267 y ss.; AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, op. cit., pág. 234 y ss.

27 Recordemos que, a lo largo de su historia, el PS tuvo serias dificultades para establecer una relación duradera con los sindicatos y eso le valió más de una ruptura. La concepción que se impuso en la dirección desde finales del siglo XIX priorizó la lucha política —entendida como electoral— y consideró que el movimiento obrero debía organizarse con independencia plena del partido, ya que en los sindicatos debían integrarse los trabajadores de todos los credos y posiciones políticas. Ver entre los más recientes: MARTINEZ MAZZOLA, R., “La neutralidad como problema y como solución. La política gremial del Partido Socialista después de la ruptura sindicalista”, *Identidades*, núm. 1, 2011, págs. 1-20; FALCÓN, R., “Orígenes del movimiento socialista en la Argentina”, *Cuadernos del Ciesal*, núm. 10, 2011, págs. 11-45; CAMARERO, H., “El Partido Socialista de la Argentina y sus espinosas relaciones con el movimiento obrero: un análisis del surgimiento y disolución del Comité de Propaganda Gremial, 1914-1917”, *Revista Izquierdas*, núm. 22, 2015, págs. 158-179; POY, L y ASQUINI, S., “La experiencia ‘colectivista’. Orígenes, desarrollo y alcances de la primera ruptura obrera en el Partido Socialista argentino, 1896-1900”, *PIMSA*, núm. 15, 2014, págs. 53-89; CERUSO, D., “El Partido Socialista y la cuestión gremial. Debates internos durante la primera mitad de la década infame”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 10, 2017 págs. 119 – 139; POY, L., *El Partido socialista...*, op. cit., págs. 197-213.

de Comercio —en otro lugar, hemos interpretado esta última denominación como una conciliación entre ambas posiciones—.²⁸

Si tomamos en cuenta la perspectiva católica, un gremio profesional constituía una herramienta para defender los intereses corporativos de un determinado oficio. En el caso de gremios de trabajadores, estos tenían la función de contrarrestar la desigualdad que existía entre patrones y obreros. La democracia cristiana se diferenciaba de la visión liberal de las relaciones laborales, que tendía a diluir esa desigualdad, y también de la socialista, puesto que entendía que los intereses del capital y del trabajo eran conciliables. De hecho, postulaban que el origen de los conflictos entre las clases respondía a la pérdida de los valores humanísticos —cristianos— que había acompañado a la modernidad; entre los patrones, ellos se expresaban como excesos de ambición, y entre los trabajadores, a través del espíritu de confrontación.

El *gremio profesional*, así concebido, buscaba reunir en estrecho vínculo a los miembros de un oficio o rama de trabajo para mejorar sus condiciones laborales mediante conquistas legales y el auxilio mutuo entre sus socios. Desde esta perspectiva, la sociedad no intervendría en cuestiones políticas ni tendría carácter confesional —si bien esto era característico del movimiento iniciado por Grote y retomado de las experiencias europeas, constituyó, como se verá, un punto de contraste con las experiencias desarrolladas a partir de la década siguiente—. Con todo, el gremio cumpliría una función educadora de la moral, la conducta y la acción política de los trabajadores, evitando su acercamiento a las corrientes revolucionarias.

El estatuto que Capurro y Gras Goyena defendieron en una de las asambleas reconocía cuatro categorías de socios y admitía la posibilidad de que ingresaran como socios *honorarios* individuos que no fuesen dependientes de comercio.²⁹ El programa también daba la posibilidad de generar adhesiones más amplias, a partir del descanso dominical y de los beneficios que podía brindar el desarrollo de una acción mutua, en vistas de la baja conflictividad implicada en esta. De las críticas que habían hecho los

28 La reconstrucción de las bases de esta discusión, que consistió en definir el tipo de sociedad, sus métodos y la relación que esta tendría tanto con los patrones y el Estado, se hizo a través del contraste de las versiones de cada corriente, ayudándonos con diversas crónicas periodísticas. De manera pormenorizada, la formación de este sindicato ha sido trabajada en ASQUINI, S. “Demócratas cristianos y socialistas...”, op. cit.

29 A partir de 1904, se comenzó a alentar la agremiación obrera y patronal por vías separadas. MARCENARO, A., “La organización gremial desde el punto de vista cristiano”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1904, págs. 397-402; Circular para los Círculos de Obreros, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1905, pág. 242.

militantes socialistas sobre el estatuto promovido por los demócratas cristianos, el colectivo rechazó, particularmente, lo relativo a las dos rentas; es posible que tal rechazo se debiera a la campaña de denuncia que los socialistas habían llevado adelante sobre la acción de los Círculos de Obreros en los conflictos de los puertos de Buenos Aires y de Rosario y del gremio de los peluqueros; lo que vinculaban, además, a una intención por controlar a las organizaciones obreras.

La pérdida de terreno de la Liga Democrática Cristiana sobre el colectivo de trabajadores no parece haber coincidido con los momentos de conflicto más álgidos entre esta y los Círculos de Obreros. De todos modos, la Liga no tuvo ni el mandato de los Círculos ni su apoyo efectivo, ya que estos tampoco intervinieron secundando su actividad. No hemos encontrado menciones de los otros reclamos del gremio, ni en las discusiones en la fundación de la Unión ni en el segundo intento de crear el gremio de almaceneros. Esto sugiere que el programa se circunscribía, tal vez con el fin de evitar confrontaciones, al reclamo del descanso dominical y a la organización del socorro mutuo entre los socios. La acción mutua debe leerse, entonces, como un mecanismo de unión entre los miembros del gremio que proveía mejoras de la situación obrera sin mediación de conflictos. Por otra parte, esta forma de agremiación era vista como una acción popular obrera orientada a crear las bases de un derecho laboral consuetudinario y, en este plan, los dependientes de comercio tenían mucho que aportar debido a su nivel de instrucción.³⁰

Tras el formato de sindicato que proponía cada corriente, subyacía la competencia por imponer un proyecto ideológico.³¹ El punto de fricción con los socialistas no estuvo centrado en los reclamos —aunque ya hemos dicho lo restringido que fue inicialmente el proyecto de la Liga Democrática Cristiana —, sino en el formato de organización y en los métodos alentados. No podemos medir si las rentas que denunciaron los socialistas como una forma de tutela que la Iglesia Católica buscaba ejercer sobre los trabajadores respondían a una concepción paternalista o a un torpe resguardo de un lugar privilegiado dentro de la organización. Lo que prevaleció, a nuestro juicio, fue el planteo de una organización autónoma de los dependientes de comercio —enunciado por los socialistas—; el rechazo de las rentas, sumado al bloqueo del ingreso del referente

30 Los demás reclamos de los dependientes fueron incorporados en el programa, más completo, publicado por la Liga Democrática Cristiana en agosto de 1902; y, específicamente referido a los dependientes de comercio, en PONT LLODRÁ, A., “La reforma social y los dependientes de comercio”, *Revista del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1904, págs. 281-308.

31 MARTÍN, M. P., *Los católicos y la cuestión obrera...*, op. cit., pág. 103.

socialista Basilio Vidal a la comisión directiva, debe leerse como una toma de distancia respecto de los demócratas cristianos y también respecto de los socialistas.

Este caso permite mostrar que a partir de las propuestas y de la intervención de estas dos corrientes políticas emergieron un programa y una organización obrera que no se correspondían exactamente con lo propuesto por ninguna de ellas. Incluso después del alejamiento de los doctores Capurro y Gras Goyena continuaron las resistencias a que se identificase a la Unión Dependientes de Comercio con el socialismo y, en el avance de este último dentro del gremio, parecen haber sido determinantes el acompañamiento que hicieron otras sociedades de resistencia en el primer mitin por el descanso dominical en 1902 y la constitución de la federación nacional con asociaciones en otras regiones del país; dos terrenos en los cuales el socialismo estaba implicado.

Para los católicos sociales próximos a los Círculos de Obreros, los dependientes de comercio eran un sector de los trabajadores al que debían llegar especialmente. Tanto por su instrucción como por las características y condiciones más generales del gremio, el interés por organizarlos reapareció una y otra vez. Efectivamente, en 1912 los trabajadores del comercio estarían entre los objetivos de sindicalización y en 1920 la mejora de su situación fue incluida entre las leyes solicitadas a los diversos poderes políticos. En el caso abordado, la lucha política entre corrientes dejó expuestos algunos de los límites que encontró la propuesta católica para abrirse paso en el colectivo de trabajadores. Finalmente, el sindicato de empleados de comercio que conocemos en la actualidad se fundó en 1919 en el contexto de una importante huelga.

La Sociedad Argentina de Obreros del Puerto

Sin dudas, el sindicato de estibadores del puerto de Buenos Aires fue la experiencia más importante para el catolicismo social del periodo. Por este motivo, y probablemente porque se cuenta con más información sobre este, su experiencia no resulta del todo desconocida. A diferencia del caso anterior, los demócratas cristianos no crearon una nueva organización, sino que ingresaron en una ya existente y la refundaron.

Antes de que esto ocurriera, algunos católicos tenían una reconocida actividad en el puerto de Buenos Aires. Ángel Capurro, en su calidad de abogado, asesoraba a una sociedad de marineros y foguistas y, según los socialistas, presidía la asociación con un

cargo rentado.³² En septiembre de 1901 hubo una amplia movilización de portuarios a la casa de gobierno en la que se solicitaba una ley que resguardara el cabotaje nacional y, en representación de marineros, foguistas, armadores, prácticos y pilotos, Capurro se había entrevistado con importantes funcionarios.³³

Con este antecedente, la oportunidad para la militancia católica de ingresar de lleno en la vida interna de una asociación de trabajadores se presentó entre los estibadores a finales de 1903. La Sociedad Argentina de Obreros del Puerto se formó a partir de un grupo de estibadores separado de la sociedad de resistencia. Luego de un derrotero difícil de precisar, el 22 de noviembre de 1903 esa sociedad se reorganizó bajo la orientación de los demócratas cristianos.³⁴

Sobre los primeros momentos de la Sociedad Argentina de Obreros del Puerto, el periódico de la Federación Obrera Argentina explicaba que tres ex socios de la sociedad de resistencia, argentinos de origen, habían distribuido entre los obreros portuarios una petición dirigida al prefecto marítimo en la cual solicitaban preferencia en el trabajo para los argentinos. No obstante, “los argentinos conscientes” sabiendo que se trataba de una acción electoral ideada por el Prefecto Marítimo habían rechazado, indignados, el pedido.³⁵ Ante la continuación de la propaganda antiextranjera, un contratista había querido aprovechar la situación e hizo circular una convocatoria a un encuentro a los obreros argentinos del puerto. Según el periódico, a dicha asamblea no concurrieron más de trece obreros.³⁶ La nota, además, daba cuenta de conflictos que surgieron entre extranjeros y argentinos en algunos vapores, pero les restaba importancia.

Poco después, en la misma línea, en *La Vanguardia* se podía leer que la Liga Democrática Cristiana, “para inventar” la «Sociedad Argentina de Obreros del Puerto de la Capital», había encontrado unos quinientos obreros, a los que se consideraba un

32 “Foguistas y marineros del Puerto”, *La Vanguardia*, 16/02/1901; “Marineros y foguistas”, *La Vanguardia*, 02/03/1901; “Los ideales nuevos y los mistificadores”, *La Vanguardia*, 09/03/1901; “Una empresa explotadora”, *La Vanguardia*, 22/06/1901; *El Pueblo*, 13 y 14/01/1902.

33 “Meeting de foguistas y marineros”, *Caras y Caretas*, 28 de septiembre de 1901. Según Auza, el gremio iniciado por los demócratas cristianos entre los marineros y foguistas fue absorbida por el movimiento anarquista. AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social* ..., op. cit., pág. 240.

34 No sabemos que continuidad tuvo con la intervención de Capurro sobre el puerto, pero resulta probable que su primera intervención en el puerto haya sido el motivo por el cual los socios de la SAOP se acercaron a la Liga Democrática Cristiana.

35 “La cuestión estibadores. Génesis del conflicto”, *La Organización Obrera*, octubre de 1903.

36 Ídem.

“elemento flotante y rebelde á toda asociación”.³⁷ Este artículo mencionaba a Capurro y agregaba a un tal Laferrere, presumiblemente el diputado Gregorio de Laferrere.

Por último, en enero de 1905, en *La Protesta* se explicaba el asesinato de Francisco Noceda, un socio de la Sociedad Argentina, argumentando que se debía a las “perversas hostilidades de miembros de la sociedad argentina, de filiación católica”. Se definía como perverso el rol que realizaban entre los trabajadores “aguzando todo lo que es posible el odio hacia el extranjero”.³⁸ El artículo añadía que, con el propósito de alejar a los obreros del movimiento huelguista, la propaganda clerical echaba mano de todos los razonamientos que se prestaban e incitaba a los trabajadores “á la repulsión hacia sus compañeros, especialmente a los extranjeros” que reivindicaban justos derechos.³⁹

A pesar de todas estas denuncias, los estatutos de la Sociedad Argentina de Obreros del Puerto no distinguían nacionalidad, y toda persona menor de 55 años podía asociarse siempre que acreditase ser apta para el trabajo —con certificado expedido por un médico de la sociedad—. Luego la aceptación o el rechazo de la afiliación quedaba sujeta a la decisión mayoritaria de la Comisión Directiva, que podía ampliar la edad de los socios. En los artículos 10 y 11 se detallaban dos categorías distintas de socios: de primera y de segunda.⁴⁰ La diferencia entre ambas era que los de primera categoría no tenían subordinados, vivían de su jornal y podían formar parte de la C.D. de manera inmediata, mientras que los de segunda categoría tenían a cargo a uno o más trabajadores —y por lo tanto, por su posición superior, podían “hacer presión en el ánimo de sus subordinados en perjuicio de la sociedad”—. Su ingreso en la C.D. requería de un año en la institución. Estos socios tenían derecho a un subsidio en dinero —por enfermedad, cobertura en hospitalización y fallecimiento— y la obligación de abonar una cuota mensual y una cuota de ingreso —con la aclaración de que, “si en el momento de anotarse el aspirante no tuviese trabajo, esta cuota ser[ía] abonada después que obt[uviese] ocupación”—.⁴¹

Se admitían, además, personas en calidad de socios *protectores* por el solo hecho de pagar una cuota que, al menos, duplicaba el valor de la establecida para los obreros.

37 Blusas y sotas”, *La Vanguardia*, 23/01/1904.

38 “Los traidores”, *La Protesta*, 18/01/1905.

39 Ídem.

40 *Estatutos de la Sociedad Argentina de Obreros del Puerto de la Capital. Sección gremial. Socorros Mutuos*, Buenos Aires, Imp. «La Actividad», 1904, pág. 5; original en Expedientes generales, Ministerio del Interior, núm. 182, letra H, 1904.

41 *Estatutos de la Sociedad Argentina de Obreros del Puerto de la Capital, op. cit.*, pág. 4.

Cuando hubiera más de diez protectores, la asamblea podría elegir a tres de ellos para formar una junta consultiva que sería oída ante “casos graves para la sociedad”. Llama la atención que, al referirse a esta categoría, se aludiera explícitamente a patronos que asociaban a sus obreros:

“los patronos que pagasen las primas de seguros de sus obreros, miembros de esta sociedad, por intermedio de ella: —cuando el patrón sea persona jurídica, su directorio podrá nombrar tres personas dependientes de él, para que sean admitidos como socios protectores, si el número de obreros asegurados excede de cien”.⁴²

En esta sociedad de carácter *profesional*, todo socio que se presentara en el local en estado de ebriedad o promoviera desorden sería amonestado y, si reincidiera, expulsado. Si bien no era infrecuente encontrar estos motivos de sanción en otras asociaciones, sí resultan características aquellas que correspondían a motivos ideológicos: “el hacer propaganda anárquica ó de ideas sociales contra el derecho de propiedad y las autoridades constituidas de la Nación ó estar afiliado á sociedades secretas”.⁴³ Esta aclaración, seguramente tenía que ver con la cercanía y rivalidad con la sociedad de resistencia. Siempre, la resolución final quedaba en manos de la comisión directiva, que debía decretar la expulsión por mayoría de votos. Por último, tal como había sido propuesto en el gremio de comercio y había resultado motivo de oposición de los socialistas, el artículo 40 establecía que la sociedad tendría “un abogado con voz y voto” en la comisión directiva “para defender sus intereses y los asuntos de la sociedad”.⁴⁴

De modo que esta organización tenía algunos puntos en común con la que los demócratas cristianos les habrían propuesto a los empleados de comercio. No había distinción por nacionalidad, no se requería confesionalidad —aunque los miembros no podían pertenecer a sociedades secretas ni realizar propaganda contra las autoridades nacionales o del derecho de propiedad—. La sociedad incluía beneficios de tipo mutuales y reconocía más de una categoría de socios y la constitución de un consejo asesor de socios protectores. Además, le daba voz y voto en la comisión directiva al abogado de la Sociedad. A diferencia de lo que veremos más adelante, no estaba estipulada en el estatuto la figura ningún asesor espiritual.

Pasemos ahora a considerar las estrategias desarrolladas por la Sociedad Argentina durante los conflictos obreros en el puerto. Apenas un mes más tarde de la

42 Ídem.

43 *Estatutos de la Sociedad Argentina de Obreros del Puerto de la Capital., Op. cit.,* pág. 6.

44 *Estatutos de la Sociedad Argentina de Obreros del Puerto de la Capital., Op. cit.,* pág. 10.

llegada de los demócratas cristianos, la sociedad de resistencia, dirigida por anarquistas, lanzó un boicot contra aquellos barcos que tuviesen prácticos que no pertenecieran a su sociedad. Según Pont Llodrá, habían sido los mismos trabajadores —disconformes con la “tiranía anarquista”— quienes habían ofrecido sus brazos al Centro de Navegación para impedir el boicot. Al calor de una posición de confrontación con la medida de lucha decretada por la sociedad de resistencia, la Sociedad Argentina habría crecido de 87 socios iniciales a unos 500. Es decir, con esta intervención —hecha en colaboración con la empresa y reconociendo posiciones o disensos preexistentes entre los trabajadores—, la Sociedad Argentina pretendió romper el control que la sociedad de resistencia anarquista tenía sobre la contratación del personal portuario y hacerse un lugar propio.

La estrategia también incluyó que una comisión compuesta por José Burgos —presidente de la Sociedad Argentina—, Federico Grote, el padre Berraz y Pont Llodrá presentara las bases para un contrato colectivo de trabajo con las condiciones que regían previamente al reclamo promovido por la sociedad de resistencia y que incluían un *concejo de conciliación permanente* y la estipulación del *arbitraje obligatorio* para lo sucesivo.⁴⁵ Asimismo, Pont Llodrá no disimulaba la frustración que generó en las filas de la Sociedad Argentina que el Gobierno Nacional iniciara un arbitraje entre los huelguistas y el Centro de Navegación —“prescindiendo, de la manera más injusta, de los elementos más sanos del trabajo sobre el Puerto”—.⁴⁶

La versión de la Sociedad Argentina la hemos encontrado en un documento que se conservó en el Ministerio del Interior. El presidente de la asociación se dirigió al ministro Joaquín V. González en medio de la huelga de enero de 1904 para solicitarle que los tuviesen en cuenta en los posibles acuerdos que se establecieran y que se les “garantice la vida con la más rigurosa vigilancia por parte de la autoridad policial” dado que “varios de nuestros compañeros ya han sido cobardemente asaltados y heridos por los anárquicos en huelga”.⁴⁷ En este documento, José A. Burgos argumentaba que, “desafiando peligros y sin exigir ninguna recompensa extraordinaria”, habían trabajado “todos” para evitar la perjudicial paralización de las operaciones del puerto. Ese *todos* seguramente refería a la totalidad de sus asociados, pero también podía incluir las acciones de la patronal y del propio ministerio. La nota continuaba indicando la injusticia de que no se los incluyera

45 “Los estibadores del Puerto y la Liga Democrática Cristiana”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1904, pág. 105.

46 Ídem.

47 Expedientes generales, Ministerio del Interior, núm. 182, letra H, 1904. Documento fechado 8/01/1904.

en posibles arreglos; representaban “una fuerza viva, un núcleo de hombres capaces de empuñar un arma en defensa de la patria y con derecho al trabajo honrado para no morir de hambre en este suelo generoso donde jamás se dijo que un extraño careciese de fáciles medios de vida”.⁴⁸ De manera clara, se puede ver allí la presencia discursiva de posicionamientos nacionalistas que implican la disposición a la defensa armada de la patria, la defensa del trabajo para los criollos en un país caracterizado como *generoso* con los extranjeros —lo que, quizás, se viera amplificado, en parte, debido a la estrategia de diálogo con el Estado—.

Por otra parte, según el relato de *La Organización Obrera*, los miembros de la sociedad de resistencia habían debido soportar “grandes calamidades”, entre las que señalaban el hecho de que, luego de la huelga, el padre Federico Grote y Christophersen —empresario de Centro de Navegación Transatlántica— obtuviesen del candidato a presidente Dr. Avellaneda la obligación de que los contratistas estibadores ocuparan en las tareas del puerto en un 60 por ciento a los obreros afiliados a la Sociedad Argentina, “quedando los socios pertenecientes a la Sociedad de Resistencia en número de 2.000, en huelga forzosa”.⁴⁹

Según la misma fuente, aun con este arreglo, la Sociedad Argentina habría ido perdiendo terreno “debido a la activa propaganda hecha por los obreros del Puerto”. Se detallaba que durante la huelga aquella sociedad había logrado reunir 3000 afiliados y que en el mes previo a la publicación solo habían cotizado 72 socios, y eso los había obligado a “suspender empleados”.⁵⁰ Por otra parte, el mismo periódico indicaba que el favor oficial de contratar únicamente miembros de la de la Sociedad Argentina generó protestas también entre los capitalistas, quienes se sentían perjudicados

“a causa de la incapacidad e inutilidad de los nuevos elementos traídos al puerto, cuyos individuos recolectados la mayoría en el barrio de las ranas y quema de las busuras (sic), unidos á ex milicos borrachones consuetudinarios y vigilantes dados de baja por inservibles, de todo hacían menos trabajar y de todo tenían menos el hábito del trabajo, y mucho menos podían recibir el nombre de trabajadores”.⁵¹

De esta manera se describía, en la prensa de la FOA —dirigida por la corriente anarquista—, a los trabajadores que integraban la Sociedad Argentina, y así se explicaba, de paso, la renuencia de los contratistas a mantener los acuerdos con esta. La prensa

48 Ídem.

49 “Más sobre lo del puerto”, *La organización obrera*, 25/04/1905.

50 Ídem.

51 “De los obreros del Puerto, siempre luchando”, *La organización obrera*, mayo 1904.

socialista señalaba algo similar, al remarcar que los obreros de la Sociedad Argentina “no eran muy hábiles para las faenas del puerto”.⁵²

Esta inestable alianza con las patronales y el Estado que quisieron establecer quienes dirigían la Sociedad Argentina se rompió, definitivamente, en 1905, cuando las patronales apostaron por la creación de la Sociedad Protectora del Trabajo Libre.⁵³ La constitución de esta entidad obrera, creada por las empresas portuarias y ferroviarias, empujó a la Sociedad Argentina a solidarizarse con una huelga lanzada por la sociedad de resistencia. De hecho, en octubre de 1905, se desarrolló en los puertos de Rosario y de Capital Federal una importante huelga cuyo desencadenante había sido la exigencia a los estibadores de la ciudad santafesina de una libreta que los acreditara como socios de la Sociedad Protectora del Trabajo Libre. En esta oportunidad, a la huelga de estibadores, carboneros y obreros del Riachuelo que se solidarizaban con los trabajadores rosarinos se sumó también la Sociedad Argentina.

Según *El Pueblo*, esta sociedad había dejado en claro, a través de un manifiesto, que su solidaridad no era hacia anarquistas y socialistas:

“Hemos discutido ampliamente la cuestión en nuestra asamblea general de ayer, y resolvimos por unanimidad acompañar á los compañeros en huelga, porque si bien no se han llenado los requisitos de aviso previo a los patrones y otros que encuadran dentro de nuestros medios de acción, no es posible que por cuestiones de detalles hagamos fracasar este justo movimiento de indignación, provocado por la actitud de los patrones que pretenden esclavizarnos con su sociedad tiránica (Unión protectora del Trabajo Libre)”.⁵⁴

Esta huelga fue muy sólida, pero concluyó con saldo negativo para los trabajadores, debido a que la intervención oficial benefició a las empresas.⁵⁵ Unos días después, en *El Pueblo* se volvió a explicar la adhesión de la Sociedad Argentina, lo que daba cuenta de algún cuestionamiento en un público católico más amplio:

“Se preguntan muchos a estas horas por qué la Sociedad Argentina de Estibadores que el año 1903 deshizo la huelga, el año 1904 la previno consiguiendo por sus empeños amistosos con el Centro de Navegación, apoyados por el gobierno y el jefe de policía, el horario de ocho horas, pretexto, de la huelga general con que se amenazó; por qué ahora esa sociedad se adhiere á la huelga?”.⁵⁶

52 “Blusas y sotanas”, *La Vanguardia*, 23/01/1904.

53 Sobre esta sociedad ver RAPALO, M. E, *Patrones y obreros...*, *op. cit.*, págs. 38-42.

54 “Las huelgas en el Rosario y en la Capital”, *El Pueblo*, 2y3/10/1905.

55 La Sociedad Argentina se había entrevistado con el jefe de policía para solicitarle sus funciones como árbitro y el coronel Fraga —que ya hemos dicho que tenía vinculación directa con los Círculos de Obreros— aceptó el ofrecimiento de mediador entre los obreros y los patrones. Aun así, la policía irrumpió en la asamblea de la sociedad de resistencia. “Las huelgas en el Rosario y en la Capital”, *El Pueblo*, 2y3/10/1905; “Las huelgas”, *El Pueblo*, 04/10/1905.

56 “La huelga y la Sociedad Argentina de Estibadores”, *El Pueblo*, 06/10/1905.

En principio, indicaba que la huelga de fines de 1903 no era justa: se trataba de una imposición violeta del gremio de estibadores a los patronos. En 1904, en cambio, se había conseguido la jornada laboral de ocho horas mediante negociaciones pacíficas y el apoyo del gobierno.⁵⁷ No obstante, decía, las circunstancias actuales eran diferentes. La huelga era justa debido a que los aumentos en el costo de vida no habían sido acompañados por el de los jornales; se habían introducido cambios en las formas de trabajo que tenían consecuencias nocivas para la salud de los trabajadores y estos pedían una compensación; por otro lado, se reclamaba una especie de seguro ante los accidentes y, finalmente, se denunciaba el motivo real de la adhesión, la creación de una sociedad patronal. Sobre esta, se decía que la fundación de la “Unión Protectora del Trabajo Libre” constituía “un esfuerzo supremo del capital para impedir la libertad de trabajo, destruyendo las sociedades obreras, buenas o malas, para poder sujetar al obrero aislado al dominio absoluto de los capitalistas”. La exigencia de las libretas de pertenencia a dicha sociedad para emplear a los estibadores era una prueba de ello.⁵⁸

Aun así, la sociedad dirigida por los católicos sociales no veía la conveniencia de convocar la medida de fuerza por las pocas probabilidades que había de lograr el éxito. Sin embargo, una vez declarada la medida de lucha por el resto de las sociedades del sector, la Sociedad Argentina “no pudo menos de plegarse” al movimiento porque de no proceder así “habría cargado sobre sí toda la responsabilidad del fracaso, dando pretexto á las odiosas y calumniosas incriminaciones de los socialistas y anarquistas al presentarla únicamente como sobornada por los patronos”.⁵⁹ Finalmente, para cerrar la argumentación, el artículo destacaba que la influencia de la Sociedad Argentina en el conflicto había sido benéfica, porque por primera vez se trataba de una huelga pacífica debido “a las gestiones y esfuerzos de los delegados de la Sociedad Argentina, los que con la voz serena del razonamiento disuadieron á los obreros de todo acto de imposición y de violencia”.⁶⁰

En 1907, el periódico *Justicia social* indicaba que, en enero de ese año, una delegación de la Sociedad Argentina se había entrevistado con el Ministro del Interior para que tomase parte en el reclamo de mejoras en las condiciones de trabajo presentado

57 Ver también “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1904. pág. 1029.

58 “La huelga y la Sociedad Argentina de Estibadores”, *El Pueblo*, 06/10/1905.

59 Ídem.

60 Ídem.

a los patronos por la Comisión Directiva.⁶¹ Se detallaba que en el puerto había tres asociaciones: la Sociedad Argentina de Obreros del Puerto —única de carácter *profesional*—; la del Trabajo Libre, institución a la cual se consideraba “*puramente patronal*” —en la que el obrero no tenía intervención alguna, “estando por completo supeditada á la comisión directiva de la que no forma parte un solo obrero”— y la sociedad de resistencia —“de carácter rojo, constituida únicamente con fines revolucionarios y no profesionales como lo demuestra mejor que ninguna argumentación la actuación que ha desarrollado en el puerto desde su nacimiento”—.⁶²

Ese año, en mayo, aunque ya estaba muy debilitada, la Sociedad Argentina se solidarizó una vez más con la huelga convocada por la sociedad de resistencia. De hecho, *El Pueblo* indicó, en mayo, que la Sociedad Argentina contaba con 200 socios y que no resultaba improbable que ésta dejase de existir en la brevedad.⁶³ Esta nota lamentaba, igualmente, la intervención del Departamento Nacional de Trabajo —de reciente creación—, que dialogó solo con la sociedad de resistencia.

Parece claro que la Sociedad Argentina de Obreros del Puerto quedó en una encrucijada entre la sociedad de la patronal y la sociedad de resistencia. Por un lado, ni la patronal ni los funcionarios estatales la consideraron un interlocutor apropiado para resolver el problema laboral en el puerto de Buenos Aires. Por el otro, el reclutamiento de trabajadores en el puerto, a excepción de una coyuntura puntual, encontró importantes límites. De todos modos, nos parece importante destacar el uso estratégico que hicieron de ciertos conflictos, prejuicios y disputas existentes entre los trabajadores para hacerse de un lugar en el ámbito sindical. En ese sentido, recurrieron a ideas nacionalistas —incluso xenófobas— presentes en el colectivo obrero, y a desacuerdos con las medidas de lucha y/u otro tipo de rivalidades. Esto habla de un movimiento obrero que no era armónico ni esencialmente solidario entre sí. En todo caso, las distintas corrientes que intervinieron en él dieron forma a solidaridades específicas; las solidaridades que buscaban construir los católicos incluían diversos sectores sociales y, entre ellos, a las mismas patronales.

Experiencias diversas organizadas desde la institución

61 *Justicia social*, 1907, 01/02/1907, pág. 11.

62 *Ídem*.

63 *Efemérides, Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1907, págs. 435-437.

En este periodo, hubo también otras experiencias de agremiación que fueron llevadas adelante desde los propios Círculos. En algunos casos, esto respondía a la presencia de demócratas cristianos y en otros no. Estas experiencias que nos interesan son, aunque menos transitadas —por la escasez de documentación—, las de los carboneros, tejedoras, vendedores de diarios, carpinteros o sastres. Las retomamos porque en ellas se inauguró una nueva táctica de sindicalización en la cual los círculos tuvieron un papel central; en el tercer apartado se verá la continuidad de esta táctica.

La organización del gremio de carboneros, dentro del Círculo de Obreros de Santa Lucía, habría sido motorizada por los demócratas cristianos de este centro, y recibió el nombre de Sociedad Cosmopolita de Carboneros Unidos.⁶⁴ Según el informe de Elías Niklison, este sindicato tuvo, en 1902, unos 550 asociados.⁶⁵ Por otra parte, Auza también mencionaba que el grupo de los demócratas de Balvanera había creado dos asociaciones: una de ferroviarios y otra de tejedoras.⁶⁶ Sobre el segundo, hemos encontrado algunos artículos en *La Vanguardia*. El sindicato había sido creado por la democracia cristiana del Círculo de Obreros de Balvanera en la fábrica de tejidos San Carlos, del católico Remigio Monteros. A partir de los relatos de los socialistas, sabemos de algunas condiciones laborales —como el trabajo a destajo—; de la existencia de algunos abusos —la capataza podía enviar a las trabajadoras al patio en penitencia o se les podía reprender por hablar con algún mozo a la salida del taller—; de la propaganda democrático-cristiana que se realizaba; y de los esfuerzos del dueño y de su esposa por estimular el espíritu religioso de sus empleadas. En los días de fiestas se llevaba a un buen número de obreras a la capilla *Regina Martyrum*, situada a media cuadra del establecimiento.⁶⁷ El mismo autor hacía referencia a un gremio de planchadoras y costureras y a otro de picapedreros —patrocinado por Santiago O' Farrell y Pacífico Paulucci, presidente del C.O. de Balvanera—. Por último, Auza mencionó también un gremio de tipógrafos armado por el Círculo de Obreros de la Concepción que fue absorbido por la FORA.⁶⁸

64 Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1903, pág. 200.

65 NIKLISON, J. E., Op. cit., pág. 221.

66 AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, op. cit., pág. 241.

67 “Blusas y sotanas”, *La Vanguardia*, 01/10/1904, 08/10/1904, 22/10/1904. Entre las denuncias a Monteros, se señalaba que si este sabía “por sus soplonas que alguna de ellas habla[ba] con algún mozo a la salida del taller, al día siguiente la llama[ba] á su escritorio para reprenderla paternalmente”, “Blusas y sotanas”, *La Vanguardia*, 01/10/1904.

68 AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, op. cit., pág. 241.

Desde la segunda mitad de 1902, algunas voces venían proponiendo la organización de los gremios desde y dentro los Círculos. Al Consejo General llegó la sugerencia de Enrique B. Prack —abogado católico y miembro del C.O. La Plata— sobre la conveniencia de “organizar los gremios dentro de los círculos para contrarrestar la perniciosa influencia del socialismo que tiende a acapararlos a todos”.⁶⁹ De estudiar el asunto, de todos modos, quedó encargado Adolfo Marcenaro y un hombre con importante trayectoria en la institución: Antonio Solari. A su vez, la Liga Democrática Cristiana y sus posiciones sobre la cuestión obrera generaron ciertas suspicacias y dudas entre los católicos. En la Junta de Gobierno de los Círculos de obreros había quienes pensaban que una agremiación sostenida por fuera de los Círculos los debilitaría. La cuestión de la agremiación ya se discutía desde septiembre de 1904, y fue retomada en el II Congreso de los Círculos de Obreros de la República Argentina, realizado en Catamarca. Por considerarla de “suma importancia y necesidad” la agrupación gremial en los principales centros industriales, allí se recomendó que la Junta y los Círculos procurasen fomentar el establecimiento de gremios profesionales cristianos por todos los medios a su alcance.⁷⁰

A principios de 1905, poco después de la huelga general de 1904, salió la circular interna sobre la agremiación. En ella se reconocía que no era posible aún ordenar estos trabajos mediante una organización centralizada, pero sí se intentó darle un “plan uniforme”. Así, la Junta de Gobierno resolvió que los círculos podían proceder a dar forma a una agremiación profesional “por su propia iniciativa y según la oportunidad” en los propios círculos y fuera de ellos, con tal de que se ajustasen a determinadas disposiciones. Básicamente, estas consistían en que las comisiones directivas se hicieran responsables de esos trabajos —más allá de que luego delegaran las acciones en algunos miembros de la comisión o en socios particulares—, y en el deber de informar regularmente a la Junta del progreso de estos. El detalle de las normas establecía que el fin de estas asociaciones debía ser “el bienestar temporal del gremio y de sus socios en general, basado sobre los principios del derecho natural y cristiano”, además de que los gremios y los círculos debían tener distinta administración y gobierno. Se sugería que no se intentase constituir gremios mixtos —formados de obreros y patronos—; que sus socios fuesen los miembros de los círculos que compartieran un mismo arte o misma

69 Libro de actas del Consejo General, núm. 3, acta 228, 07/08/1902.

70 AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, op. cit., pág. 136.

profesión y que se excluyese a quienes no pertenecieran a estos —ello incluía a su dirección, con la única excepción de quien fuera secretario—. Aun así, se podían nombrar comisiones especiales de protección, de consulta, de conciliación o de arbitraje y organizar, separadamente, tanto a los patrones como a los obreros del sector.⁷¹

Por último, en el artículo octavo, quedaba clara la relación de competencia con las sociedades de resistencia organizadas por socialistas y anarquistas, y en ese sentido se explicaba la importancia de la formación de los obreros —cuestión que será retomada en el próximo apartado—:

“Es necesario que desde que empiecen los trabajos para la formación del gremio, se ilustre frecuentemente á los socios acerca del fin del gremio, los bienes que proporciona á sus socios y los medios para alcanzarlos, como acerca de los rudimentos de la cuestión social y obrera, *siempre en marcada oposición a las doctrinas y tendencias de los gremios socialistas y anarquistas*. Desconfíese de la buena marcha del gremio mientras no se haya formado un buen número de obreros instruidos y conscientes de sus derechos y obligaciones”.⁷²

En línea con estas ideas, el Círculo Central resolvió ofrecer su intervención a aquellos gremios en pugna con el capital para arbitrar soluciones pacíficas y promover iniciativas de agremiación.⁷³ Así, se propuso organizar, por ejemplo, al gremio de los vendedores de diarios.⁷⁴ Si seguimos lo mencionado en la revista del Arzobispado, los estatutos de la asociación establecían en su artículo XI que “los socios se comprometen á concurrir en corporación á Luján cada año, el día dos del mes de enero, para implorar la protección de la Santísima Virgen”.⁷⁵ Esto era, sin duda, un paso más allá en la confesionalidad del gremio de lo que hemos visto con respecto a otros gremios, como el de comercio o el del puerto. Otro ejemplo posible es el intento del Círculo Central de organizar un gremio en las sastrerías: “la organización por gremios se iniciará con los obreros sastres. Conseguido esto, se tratará de convenir con los patrones o dueños de sastrerías la forma de resolver los conflictos que pudieran suscitarse entre el capital y el trabajo”.⁷⁶

Asimismo, hubo una preocupación reiterada por dar forma a alguna asociación profesional con los carpinteros —probablemente debido a la cantidad de socios con este

71 “Acción social cristiana. Círculos de obreros. Organización gremial”, *El Pueblo*, 22/01/1905; “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1905, pág. 242.

72 Ídem.

73 “Acción social cristiana”, *El Pueblo*, 02 y 03/01/1905.

74 *El Pueblo*, 09 y 10/01/1905.

75 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1905, pág. 320.

76 Extraído de *La Voz de la Iglesia*, 09/01/1907, citado en SPALDING, H., *Op. cit.*, pág. 530.

oficio que había en los Círculos, a lo cual hemos hecho referencia en el capítulo 4—. En 1903, en la comisión directiva de San Carlos, se leyó una nota del socio Freydier en la que, con el objetivo de fundar una sección del gremio de carpinteros, se proponía realizar una función religiosa dedicada al santo Patrono y una reunión de patronos y oficiales para discutir un esbozo de reglamento.⁷⁷ La propuesta del socio parece sugerir la constitución de un gremio mixto, es decir, que incluyera patronos y oficiales —tipo de organización incluida también en la *Rerum Novarum*, que se desalentó recién hacia 1905—. En la Directiva, se resolvió que una comisión de tres socios estudiase el asunto.⁷⁸ Tres años después, en 1906, los socialistas daban cuenta de otro intento de constitución de un gremio dentro del sector ebanista:

«Compañeros: Tenemos el agrado de invitarlos para la reunión que con el objeto de formar una asociación puramente profesional de ebanistas y anexos tendrá lugar hoy a las 8 de la noche en el Club Católico, calle Piedras 567, secretaría de la Democracia Cristiana. Suplicándole no falte, lo saludan. *Los secretarios*».⁷⁹

Para sintetizar, se ha visto cómo la formación de los gremios pudo pensarse desde los lugares de trabajo —el caso de los dependientes de comercio y de los portuarios, entre otros— o bien desde el interior de los mismos círculos —recurriendo a sus propios socios—. Como consecuencia, estos gremios podían gozar de mayor o menor autonomía respecto de la institución matriz o contar con mayor o menor participación de los miembros de la Liga, pero en todos los casos se constituían “en marcada oposición a las doctrinas y tendencias de los gremios socialistas y anarquistas”. Probablemente por las diferencias o reparos de algunos sectores con la Liga, o quizás debido a la confianza en que los Círculos podían garantizar un mejor medio para que se desarrollaran las experiencias sindicales, hacia 1905 se priorizó la conformación de gremios desde los Círculos. De todos modos, se consideraba que la buena marcha de este tipo de organización dependía de contar con un buen número de obreros instruidos y conscientes de sus derechos y obligaciones, es decir, de obreros católicos.

En la tarea de hacer una recapitulación de las primeras experiencias de intervención directa en el mundo gremial, resulta paradigmático el balance ofrecido por Grote en 1907 en el cual señalaba varios aspectos que se han visto en este apartado y que

⁷⁷ Libro de actas del Círculo de Obreros de San Carlos, núm. 1, acta 61, 3/03/1903, pág. 141.

⁷⁸ Ídem.

⁷⁹ *La Vanguardia*, 28/04/1906.

reaparecerán en el siguiente.⁸⁰ Al indagar por qué los Círculos de Obreros, una vez constituidos como tales, no habían emprendido la obra de la agremiación de los obreros según los distintos oficios que reunían en su seno,⁸¹ Grote afirmó que los gremios de obreros, establecidos sobre principios cristianos, eran sumamente relevantes como elementos de lucha ante las huestes del socialismo y del anarquismo y frente a los desmanes del capitalismo liberal. Al reconocer su poderosa ayuda en la solución de la cuestión obrera, su organización podía ser preferible a la de los Círculos. Sin embargo, en la práctica, esta forma organizativa que reunía en su seno miembros de una sola clase social tenía una serie de dificultades y riesgos que la hacía menos recomendable, según observaba del escaso resultado que habían dado en Alemania, Bélgica y España.⁸²

En primer lugar, en las ciudades pequeñas difícilmente se podrían encontrar operarios suficientes de un mismo oficio para iniciar una asociación que se propusiera crear un sindicalismo alternativo. A diferencia de los círculos en los que convivían en el mismo seno representantes de distintas clases sociales, el segundo inconveniente que tenía constituir gremios obreros consistía en que éstos, debido al grado de antagonismo que existía entre trabajadores y patrones, podían arribar fácilmente en conflictos o pugnas; es decir, existía un riesgo latente de que la lucha defensiva y justa de los trabajadores trocase a una lucha sistemática e ideológica. Mayor sería este riesgo cuando menor fuese el número de obreros cristianos conscientes de sus deberes y suficientemente instruidos. Una tercera cuestión, asociada a la anterior, era que Grote consideraba que el número de obreros cristianos capaces de obrar en acuerdo con sus derechos y deberes era escaso, y le adjudicaba cierta responsabilidad por esto a algunos elementos dirigentes de los Círculos.⁸³ Entonces, sería relativamente sencillo que la propaganda de astutos propagandistas los desnaturalizara “llevándolos, apenas formados quizá con grandes trabajos, al campamento de nuestros adversarios” —tal como había anticipado la experiencia en el gremio de comercio o el posible gremio de tipógrafos mencionado por Auza—. En cambio, este riesgo no existía en los Círculos de Obreros, sino muy remotamente.⁸⁴

80 *Memoria de la Segunda Asamblea de los católicos argentinos*, op. cit., pág. 117.

81 *Memoria de la Segunda Asamblea de los católicos argentinos*, op. cit., pág. 122.

82 *Ídem*.

83 *Memoria de la Segunda Asamblea de los católicos argentinos*, op. cit., pág. 124.

84 *Ídem*.

Pero, además de la desigualdad numérica y formativa, existía un problema más estructural al que también hizo referencia el sacerdote. En el supuesto que se constituyeran uno o más gremios católicos, decía, la mayor dificultad estaría en alcanzar su fin primario sin el apoyo de las patronales. “¿[Q]ué ventajas materiales podrían ofrecer esos gremios á los obreros?” — sin la colaboración patronal y sin recurrir al conflicto—.

No era una pregunta menor: fuera de aquello que los círculos podían ofrecerles a sus socios —recordemos que se trataba de una institución asentada nacionalmente y con más de una década de actividad—, para los gremios “católicos” no quedarían sino aquellos beneficios que se pudieran obtener mediante convenios y pactos celebrados con los patronos, o favores especiales que estos les concedieran en función de su “carácter ordenado y pacífico”.⁸⁵ No obstante, este sector había demostrado su mala voluntad, y una propensión a ceder ante la presión y los medios violentos utilizados por las sociedades de resistencia.⁸⁶ La SAOP había sido combatida “de un lado por los patronos y de otro por los anarquistas, y sin poder llevar á la práctica con ninguna de las ventajas que desde el principio había prometido á sus socios segu[ía] una verdadera lucha por la existencia”.⁸⁷ Por el momento, Grote proponía que, en lugar de dividir, o distraer las fuerzas en la fundación de obras nuevas “erizadas de dificultades y de éxito bastante dudoso”, convenía consagrar preferentemente sus energías “a la consolidación y el desenvolvimiento de una obra ya existente organizada y de indiscutible eficacia”.⁸⁸

En este cuadro de situación, la Liga Democrática Cristiana se disolvió antes de finalizar el año.⁸⁹ Esto no significó que se abandonara totalmente la preocupación por los conflictos obreros, pero, durante un tiempo, esta intervención corrió por otros canales.

Si volvemos a lo abordado a lo largo de este apartado, se han explorado múltiples estrategias con las que los Círculos de Obreros y otros sectores del movimiento social católico disputaron el terreno sindical con las sociedades de resistencia con influencia socialista y anarquista. En su balance, Grote reivindicó la iniciativa de la Liga, aunque apuntó a enlazar la experiencia sindical con la de los Círculos. Lejos habían quedado las primeras orientaciones de la década del noventa que consistían en proponer al círculo como alternativa organizativa ante las sociedades de resistencia sin ingresar en la lucha

85 *Memoria de la Segunda Asamblea de los católicos argentinos*, op. cit., pág. 125.

86 *Memoria de la Segunda Asamblea de los católicos argentinos*, op. cit., pág. 126.

87 *Memoria de la Segunda Asamblea de los católicos argentinos*, op., cit., pág. 127.

88 *Memoria de la Segunda Asamblea de los católicos argentinos*, op., cit., pág. 128.

89 Los motivos fueron esbozados por AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*. Grote, op. cit., págs. 265-268.

sindical. A principios del siglo la organización sindical se había extendido y constituía el centro de la actividad del movimiento obrero, entre los católicos sociales comenzaron a convivir distintas intervenciones que implicaron diversos grados de autonomía e independencia respecto de la institución matriz y del compromiso con las prácticas patronales. Luego, durante los años que siguieron al congreso católico de 1907, en los que parece haber prevalecido la orientación fijada por Grote, la Junta de Gobierno se limitó a fijar posición en los principales conflictos obreros.

Prácticamente de entrada, retomando la experiencia de los católicos alemanes, se optó por una organización profesional que nucleara únicamente obreros. De todos modos, esto no debe ocultar la presencia de tutores o protectores, que fueron denunciados a su turno por quienes defendían la organización de sociedades de resistencia y asociaciones específicamente obreras. Aun con todas esas limitaciones, este modelo gremial fue cuestionado al interior del movimiento católico; y parece claro que las diferencias surgidas con la Liga reforzaron la necesidad de plantear la agremiación desde los Círculos de Obreros —aunque siempre con gobierno y administración propias—.

Otra característica importante, también vinculada a las experiencias del catolicismo europeo, fue la decisión de no darles un carácter confesional, aunque pudo haber en los estatutos fórmulas que quisieran avanzar en delimitar el perfil de los socios —“no pertenece a una asociación anticlerical”, “se comprometen á concurrir en corporación á Luján cada año”, etcétera—. Como parte de su estrategia de pacificación del ámbito laboral, las sociedades católicas solían incluir beneficios de tipo mutual que dieran respuesta a las necesidades de los trabajadores y redujeran la confrontación.

Por otro lado, se han analizado en detalle algunos casos que permiten mostrar el rol o ciertas repercusiones que tuvieron estas iniciativas en el conjunto del movimiento obrero organizado. En un caso, se ha visto que la disposición de programas por parte de un colectivo obrero podía dar lugar a formas híbridas; es decir, que a partir de las propuestas y la intervención de estas dos corrientes políticas había resultado un programa y una organización obrera que no respondía exactamente a lo propuesto por ninguna de ellas. En este momento originario del movimiento obrero parece haber tenido un importante lugar el debate con respecto a la autonomía de clase de las organizaciones sindicales. Se ha percibido cierta incomodidad con formas de tutelaje y con cómo repercutía en otros gremios en conflicto lo que una corriente podría haber hecho.

De todos modos, nos parece importante destacar que para hacerse de un lugar en el ámbito sindical recurrieron a beneficios que podían recibir de su vínculo con patronales o con el Estado —aunque una política demasiado asociada a las patronales solo pudo generar beneficios para sus organizaciones en el corto plazo— y al uso estratégico que hicieron de ciertos conflictos, prejuicios y disputas existentes entre los trabajadores—. La organización gremial católica fácilmente podía quedar atrapada entre la patronal y la sociedad de resistencia. Así se vio en el caso de la Sociedad Argentina, a la cual ni la patronal ni el Estado la consideraron como interlocutor apropiado para resolver el problema laboral en el puerto de Buenos Aires.

La organización sindical con los Círculos a la cabeza

Después de la clausura de los trabajos de la Liga Democrática Cristiana en 1907, y tras el balance fuertemente crítico de Grote sobre agremiación, las intenciones de construir un sindicalismo católico pasaron a un interregno, pero no se desvanecieron. Finalmente, en 1912, se reeditaron intentos de construir una organización católica de trabajadores, que recibió el impulso de la nueva dirección de los Círculos de Obreros, y los apoyos de la Unión Democrática (1908) y de la Liga Social Argentina (1909). En comparación con el periodo anterior, se observan algunas variaciones en la forma de encarar la discutida organización gremial de los obreros: esta se intentó llevar adelante preferentemente desde los Círculos y en articulación directa con la institución matriz. De conjunto, la iniciativa retomaba algunas de las líneas propuestas en 1905, aunque intensificaba su centralización.

El impulso centralizador dio lugar, rápidamente, a la constitución de varias instancias federativas: surgió la Federación Sindical Argentina, transformada unos años después en la Federación Profesional Argentina hasta culminar, finalmente, como Confederación Profesional Argentina. Paralelamente, a partir de agosto de 1917, se dieron los primeros pasos de sindicalización femenina, entre los que se cuentan las experiencias de “La Cruz”, en Avellaneda; del sindicato de costureras “La Aguja”; del Sindicato de Empleadas Católicas y del Sindicato de Obreras de Nueva Pompeya —los tres últimos en la Capital Federal—.

En el final de este apartado, el análisis del I Congreso de Católicos Sociales de América Latina muestra la evolución del movimiento que, no obstante, parece haber estado lejos de cumplir el deseo de (re)impulsar el proceso de agremiación.

Recambio institucional e impulso gremial

El recambio en la conducción institucional que vivieron los Círculos en junio de 1912 vino acompañado de un nuevo impulso de organización gremial. Ese año, con diferencia de algunos meses, asumieron el ingeniero Alejandro Bunge en la presidencia de la Junta Central y Monseñor de Andrea en la dirección espiritual. La nueva presidencia estaba preocupada por la estructuración de gremios y la preparación de un grupo de obreros que pudiera asumir su dirección, la cual no debía confiarse a personas ajenas a los Círculos. Dentro de la estructura interna de los Círculos, el elemento netamente obrero era escaso en las comisiones directivas. Pero, dado que cada cual debía velar por sus propios intereses, y que los círculos les pertenecían a los obreros, Bunge proponía fomentar su participación en estos organismos.⁹⁰ Las iniciativas de esta presidencia incluyeron un renovado intento de fundar una agencia de colocaciones; y un trabajo para asegurar la continuidad del socorro mutuo, fortalecer un espíritu nacionalista en la institución, y desarrollar la enseñanza profesional y los centros de estudios, las bibliotecas y las salas de lectura a fin de preparar el terreno para fundar la universidad popular de los Círculos.

En esta línea, una carta-circular dedicada específicamente a la cuestión de la agremiación destacaba la necesidad de que los obreros cristianos se organizaran en función de su profesión y de su fe, para defenderse a sí mismos y a sus familias de las contingencias sociales.⁹¹ La circular declaraba la intención de promover un plan uniforme de organización de gremios sobre la base de los socios de los Círculos de Obreros. Al mismo tiempo, dejaba ver algunas de sus orientaciones: imponer a las patronales salarios mínimos, horarios y condiciones de trabajo razonables en relación con la seguridad e higiene; dirigirse al Estado cuando fuese necesario; organizar el aprendizaje del oficio y el perfeccionamiento profesional de sus socios con el fin de que estos fueran los “más aptos y disciplinados”, y establecer cooperativas para abaratar costos de vida y asistir los casos de paro forzoso, accidentes, etc. En la parte dispositiva, la circular dejaba en claro

90 NIKLISON, J. E., op. cit., pág. 158.

91 “Carta-Circular 1” en NIKLISON, E., op. cit, págs. 159 y 160. Algunos de los sectores señalados — albañiles, sastres, del calzado, dependientes de comercio— fueron también abordados en esos años por el Comité de Propaganda Gremial, que surgió dentro del PS como actividad de su ala izquierda. Se trataba, según afirmaban sus dirigentes, de gremios que no contaban con otra organización existente. CAMARERO, H., “El Partido Socialista de la Argentina y sus espinosas relaciones con el movimiento obrero...”, op. cit., pág. 170.

que las comisiones directivas debían censar internamente a sus socios y llevar separadamente registro de ellos por oficio. Se sugería a las comisiones atender con preferencia a una serie de gremios: albañiles, carpinteros, sastres, zapateros, herreros, mecánicos, electricistas, pintores, conductores de vehículos, domésticos, dependientes de comercio, empleados, tipógrafos y agricultores.⁹² Además, se establecería una comisión profesional o gremial que centralizaría estas labores y se responsabilizaría ante la Junta Central.

Sin embargo, en agosto de 1912, el presidente del Círculo de Obreros de Maldonado, Roque Ceruzi, explicaba por nota al presidente del Consejo General, que no se había “preocupado mucho” por asistir a una de las reuniones para discutir sobre la agremiación y el panteón social por “el haberse ya discutido ampliamente y resuelto esas dos cuestiones, y el haber observado, por cierto con bastante desconsuelo, que somos siempre, casi siempre, las mismas 6 o 7 personas concurrentes”.⁹³ Además, aconsejaba que la presidencia se ocupase seriamente en “extirpar de cuajo, este mal funesto” para evitar que el “desarrollo perezoso” se extendiese a todas las ramas de la institución. Aclaraba, no obstante, que el círculo que él presidía había cumplido sus deberes en relación con la agremiación y el panteón social y que volvería a hacerlo, ya que se compartía la importancia que la “Carta 1” les asignaba. Ceruzi consideraba que a las reuniones debían asistir no solo los presidentes de los círculos sino también alguno de sus directores espirituales.⁹⁴ Así, el presidente de este círculo —que se manifestaba atento a las cuestiones tratadas— encontraba una preocupante falta de compromiso en el resto de la institución; en tal sentido, señalaba la ausencia de quienes tenían que desarrollar la tarea y proponía sumar a las reuniones la presencia de la dirección espiritual e institucional de los centros. Una semana después, llegaba a Maldonado la respuesta que reconocía la necesidad de “obtener una mayor asistencia a las reuniones [...] y una más decidida cooperación”, aunque se manifestaba optimista ante la reacción de los círculos frente a lo que consideraban una “decidida actitud de la nueva Junta” y ante la “favorable acogida” que encontraba a la organización de los gremios.⁹⁵

92 NIKLISON, E., op. cit., pág. 160.

93 Correspondencia Círculo Maldonado, caja 354, nota al presidente del Consejo General, fechada 5/08/1912.

94 Correspondencia Círculo Maldonado, caja 354, nota al presidente del Consejo General, fechada 5/08/1912.

95 Correspondencia Círculo Maldonado, caja 354, nota al presidente de la Comisión Directiva del Círculo, fechada 17/08/1912.

Se aprecia de este modo que las iniciativas de la conducción en relación con la agremiación no contaron con un apoyo indiscutido ni unánime, y que incluso debieron afrontar cierto descreimiento por parte de algunos sectores que compartían la línea de la nueva presidencia. Pero más importante aún es lo que se trasluce del comentario acerca de los directores espirituales, a saber, la posibilidad de que tradujese un desinterés hacia esta propuesta por parte de la jerarquía.

De todos modos, antes de concluir 1912, la Junta de Gobierno discutió y aprobó el proyecto de conformación de la Federación Sindical Argentina, cuya elaboración podría haber recaído en Gustavo Franceschi —quien integraba el secretariado gremial y lo defendió en la reunión—. ⁹⁶ De este modo, se avanzaba en la iniciativa centralizadora —uno de los rasgos que definió la estrategia de esta conducción—, aunque, en realidad, esta federación solo reunía tres sindicatos: dos creados previamente por los demócratas cristianos con colaboración de la Liga Social Argentina —estibadores y empleados de comercio— y uno a instancias de los círculos —carpinteros—. El hecho de conformar una Federación con apenas tres sindicatos es una muestra de la forma de construcción, y quizás un elemento de su debilidad.

El más antiguo, el de estibadores, se había constituido entre octubre y diciembre de 1911 a partir de trabajadores que habían participado de la Sociedad Argentina de Obreros del Puerto (1903-1908). Este grupo solicitó la ayuda de Liborio Vaudagnotto y junto a este conformaron la Sociedad Cosmopolita de Obreros del Puerto —luego cambiaría su nombre a Sociedad Argentina de Obreros del Puerto—. ⁹⁷ El segundo sindicato, fundado en enero de 1912, se llamaba La Unión y reunía a dependientes de comercio y afines. Esta organización parece haber tenido corta vida o una existencia anémica hasta 1916, momento en que se fundó el Centro Católico de Empleados. ⁹⁸ Por último, La Fraternidad reunía a trabajadores de la rama de la madera —carpinteros, ebanistas y afines—. ⁹⁹ Como hemos dicho, en los círculos había numerosos socios de esta

96 Libro de actas de la Junta de Gobierno, libro núm. 4, acta 473, 27/11/1912, pág. 101.

97 El programa que levantaban consistía en tomar el trabajo por cuenta directa de la Sociedad —eliminación de los contratistas—, crear el seguro de accidentes, establecer la responsabilidad de los patrones en los casos fatales, pensión para las familias perjudicadas, protección mutua por la sociedad, etc., “Sociedad Argentina”, *El Trabajo*, noviembre, 1914, pág. 2.

98 AUZA, N. *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea...*, op. cit., pág. 136.

99 “Federación Sindical Argentina”, *El trabajo*, núm. 1, 1913, enero, pág. 9. Por otro lado, se habló de la conveniencia de que se fundaran “consejos de fábrica en nuestros establecimientos industriales, pues constituirían una forma eficaz para armonizar el capital y el trabajo, evitando así odios existentes hoy entre patrones y obreros y que los elementos disolventes explotan hábilmente para sus fines políticos o sectarios”,

profesión y este fue la primera experiencia centralizada que logró organizarlos, aunque nunca se consolidó como asociación. Según Auza, su existencia no llegó más allá de 1918.¹⁰⁰ En general, la Federación no creció mucho en los años siguientes. Los sindicatos que se conformaron fueron el de lecheros y guardabarreras, ambos en la ciudad de La Plata.

Al parecer, la distancia geográfica entre sus miembros era otra de las dificultades que enfrentaba el proyecto de agremiación así entendido. En su carácter de miembro del Secretariado Gremial, Gustavo Franceschi informaba a la Junta de Gobierno sobre la tarea puesta a su cargo y los inconvenientes que ofrecía. Sobre esto destacaba que existían dificultades para reunir los trabajadores en el local central debido a “la gran extensión del municipio de la Capital y lo diseminados que se encuentran los círculos a su juicio podría subsanarse la dificultad reuniendo a los gremios en los respectivos círculos”.¹⁰¹

En 1914, el mismo Franceschi —a quien debe asignársele un rol destacado en este proceso de organización— afirmaba que hasta el momento la agremiación en el país estaba en la etapa de la infancia, por su carácter poco profesionalizado, con fines asociados únicamente a la lucha y por lo tanto inestables en el tiempo. Los socialistas y los anarquistas, con una propaganda “más activa e intensa que la nuestra” reconocía, habían creado las llamadas sociedades de resistencia. Tales agrupaciones no eran *asociaciones profesionales*. Su personal era sumamente variable, no creaban organismos destinados a mejorar la capacidad profesional de sus miembros ni practicaban el mutualismo. Sus objetivos se reducían a “preparar y sostener huelgas” y por eso, “en una palabra, son nada más que armas para la lucha de clases”.¹⁰²

Como se ha visto en el apartado anterior, los gremios cristianos no tenían ni los mismos objetivos ni tampoco la fisonomía de las sociedades de resistencia. Una organización sindical o gremial consistiría, entonces, en un modelo más estable, de base

AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea...*, op. cit., pág. 137. Como ha señalado Diego Ceruso, lo novedoso en la segunda mitad de la década de 1910 fue la aparición de estos consejos al compás del crecimiento de industria y del aumento de las dimensiones de las fábricas. Estos organismos estaban directamente relacionados con la capacidad de controlar el espacio de trabajo, por eso no solo fueron incorporados por las distintas corrientes de la izquierda sino también por las patronales y el Estado podían promoverlos. CERUSO, D., *La izquierda en la fábrica...*, op. cit., págs. 9 y 26.

100 AUZA, N. *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea...*, op. cit., pág. 137.

101 Libro de actas de la Junta de Gobierno, núm. 4, acta 379, 10/04/1913, pág. 111.

102 FRANCESCHI, G., “Nuestra acción”, *Almanaque de la Liga Social Argentina*, S/D, Buenos Aires, 1914, pág. 17.

múltiple, orientado a mejorar el nivel de vida y la capacidad laboral de sus miembros para que desde allí pudieran negociar en mejores condiciones con las patronales. Se trataba de asociaciones que, como se verá, más que azuzar el conflicto tendían a su resolución por vías pacíficas. En esos años, los beneficios o los inconvenientes del modelo de sindicato de base múltiple se discutían fuertemente en las izquierdas; este podía ser leído como un elemento que favorecía al reformismo y también ser reivindicado por sectores revolucionarios.¹⁰³ Reflejando ciertas dubitaciones en las propias filas, en otro artículo del almanaque de la Liga Social Argentina se insistía en que “[h]oy la realidad nos impone la asociación obrera. Es inútil que tratemos de desconocer ese movimiento lógico y necesario, y será, no sólo inútil, sino peligroso, que intentemos contrariarlo”.¹⁰⁴

Asimismo, la renovación planteada por Bunge reeditó la experiencia ya varias veces transitada de constituir una agencia de colocaciones. En la “Carta-circular 2” promovía la creación de una agencia central de colocaciones, gratuita y que tendría sucursales en todo el país. Con la misma orientación que señalamos arriba, la Junta definió crear en cada círculo una agencia y estableció que estas estarían articuladas con una oficina nacional y, a su vez, la institución se contactaría con instituciones en el extranjero.¹⁰⁵ Se las defendía como parte de una obra importante para la economía, el obrero y los propios círculos; su misión era social y patriótica puesto que contribuía a la distribución del trabajo, a su reglamentación y a disciplina. Se buscaba evitar las estafas y abusos de muchas agencias pagas, y facilitar la contratación de los trabajadores locales y recién llegados. Además, se preveía la colaboración de la Liga Social Argentina, de algunas casas salesianas y de individuos “corresponsales”. En 1913, según informaba el Departamento Nacional del Trabajo, la acción de las agencias de colocación era ciertamente notable y diversa; incluso, algunos importantes sindicatos tenían sus agencias de colocación —Federación Gráfica Bonaerense, Federación Obreros Marítimos,

103 Ver por ejemplo el intercambio entre Sebastián Marotta, de la FORA *sindicalista*, y José Penelón, del ala izquierda del PS en 1916. Ver CAMARERO, H. y SCHNEIDER, A., *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, CEAL, Buenos Aires, 1991.

104 GONZÁLEZ ROJAS, F., “Un problema que urge resolver”, *Almanaque de Liga Social Argentina*, Buenos Aires, 1914, pág. 26.

105 “Carta -circular 2” en NIKLISON, E., Op. cit., págs. 161-164. “Nuestras relaciones ya estrechadas con los diversos «Segretariati degli emigranti» establecidos en las varias provincias de Italia, nos permiten obtener que todo inmigrante italiano que viaja bajo el patrocinio social de tan popular institución sea dirigido á nosotros.” En “Las agencias de colocaciones en 1912”, *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, núm. 24, 1913, pág. 504.

etcétera—. ¹⁰⁶ El mismo documento reproducía una nota de Alejandro Bunge que sintetizaba las tres características principales de estas agencias: estarían formadas por obreros y para obreros sin distinción de nacionalidades, serían gratuitas y autónomas, aunque colaborarían con los propósitos sociales y económicos que había manifestado recientemente el Departamento Nacional del Trabajo. ¹⁰⁷

Algo importante para destacar de estos años es la intención, al menos, de que los gremios realizaran un trabajo en común con los Círculos de Obreros. Por ejemplo, un documento del Centro de Empleados Católicos —que reunía a dependientes de comercio— solicitaba la sanción de la ley de jubilaciones ferroviarias, a cuya sanción estaba abocada la institución. ¹⁰⁸ Por otro lado, la articulación con los Círculos podía significar algunos beneficios puntuales para los sindicatos. En el caso del de pintores, se dirigían a la Junta de Gobierno solicitándoles que esta actuara para que los colegios católicos les encargasen los trabajos al gremio. ¹⁰⁹

En 1917, el presbítero Franceschi seguía considerando que el mundo del trabajo estaba desorganizado y que los “cristianos sociales” creían que no podría resolverse la cuestión obrera sin su organización. Las sociedades de resistencia, a su juicio, no representaban una *verdadera* organización gremial. Sus objetivos eran negativos: “se ocupan de hacer huelgas, pero no de bolsas de trabajo, ni de aprendizaje ni seguro contra el paro forzoso” y dado que su ideal era la revolución social y su preparación “reserva[ba]n todos sus fondos para las agitaciones obreras y la propaganda doctrinaria”. Además, por sus objetivos, estas sociedades carecían de estabilidad financiera — aunque difícilmente se podría afirmar que las organizaciones dirigidas por el catolicismo fueron más estables—. Las sociedades de resistencia servían a fines políticos si eran socialistas o estaban subordinadas a métodos de violencia antisocial si eran anarquistas. ¹¹⁰

En esta perspectiva, la agremiación bien entendida era un instrumento de pacificación social. En la mayoría de los casos, los conflictos entre patrones y obreros nacían de la falta de organismos obreros “capaces de discutir serenamente” con los jefes de industrias o “suficientemente autorizados” para presentarse al Estado y hacerlo

106 “Las agencias de colocaciones en 1912”, *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, núm. 24, 1913.

107 “Las agencias de colocaciones en 1912”, *op. cit.*, págs. 504 y 505.

108 Expedientes de la Cámara de Diputados, *Archivo Parlamentario*, ref. 875-P-1916. [HTTPS://APYM.HCDN.GOB.AR/UPLOADS/EXPEDIENTES/PDF/875-P-1916.PDF](https://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/875-p-1916.pdf) Consultado el 09/08/2021.

109 Libro de Actas de la Junta de Gobierno de los Círculos de obreros, núm. 5, acta 533, 28/11/1917.

110 “Agremiación”, *El Pueblo*, 11/08/1917.

intervenir oportunamente. En cambio, en un gremio constituido bajo principios cristianos existía “buena voluntad” para arreglar pacíficamente los conflictos y gozaba de la general estima por su moderación, y de respeto por su firmeza. Inversamente a lo planteado por Grote en 1907, a partir de estas características, en muchos casos sin luchas, estos gremios lograrían “mejoras que el individuo aislado o agrupado en sociedades de resistencia no”. Los gremios profesionales cristianos, a partir de sus organismos mutualistas, bolsas de trabajo y escuelas, proporcionaban indiscutibles beneficios a los individuos y familias obreras, y eran elementos de progreso social por sus ideas —que no propagaban “la guerra y el odio [...] sino la armonía y la conciliación”—.¹¹¹

Aun así, a pesar de los trabajos de los católicos sociales, lo que había en el horizonte laboral estaba muy lejos de tomar la forma de esa deseada armonía social. Ya se ha indicado que, hacia el final de la guerra, cuando la peor parte de la crisis económica —que acompañó el estallido y la mayor parte de su desarrollo— comenzó a menguar, emergieron importantes conflictos en el mundo laboral. Como se ha visto en el capítulo 3, al gobierno radical le tocó enfrentar diversos conflictos obreros. Durante estos años conflictivos, existieron múltiples intentos de formar sindicatos de diversos oficios, cuyo tamaño e importancia es difícil de ponderar.

Al conformarse la Federación Profesional Argentina, durante la huelga general de julio de 1917, habrían asistido representantes de 28 gremios a la convocatoria realizada por monseñor de Andrea.¹¹² Entre los gremios representados estaban el del puerto, empleados de comercio y afines, el de los obreros de la madera, telegrafistas, mecánicos, electricistas, tipógrafos, albañiles, pintores, decoradores, escultores y las fosforeras de Avellaneda. Dejaron allí constituida la Federación y resolvieron sacar un manifiesto que rechazaba la huelga general.¹¹³ Según su manifiesto, existían “manos interesadas y ocultas” que intentaban maniobrar la huelga ferroviaria. A su vez, las huelgas no eran “ni justas” —porque no todas las pretensiones eran equitativas—, “ni legítimas” —por su “carácter de incendiarias”—, “ni necesarias” —ya que no se habían agotado los recursos previos—.¹¹⁴ “En nombre de la libertad del trabajo”, convocaban a los obreros a que no se dejasen intimidar “por los que especulan con amenazas” y se les aseguraba que estarían “amparados por la fuerza pública” —con la que se reunió la Federación poco después—.

111 Ídem.

112 *El Pueblo*, 02/08/17.

113 Ídem.

114 “Federación Profesional Argentina”, *El Pueblo*, 27/09/1917.

Finalmente, acudían a otro argumento relacionado con la situación nacional y la guerra: como organización que se decía y era argentina actuaban también regidos por el bien y el interés de la patria, que exigía “el sacrificio de los intereses particulares”.¹¹⁵

En 1918, la Federación tomó la forma de una Confederación. Según los nuevos estatutos, la Confederación se definía como una parte o sección de los Círculos de Obreros.¹¹⁶ La relación era estrecha también en otras cuestiones estatutarias. El Consejo Directivo de la Confederación Profesional Argentina debía tener un asesor eclesiástico y sería el director espiritual de los Círculos de Obreros. Entre sus funciones contaban la participación personal —o delegada— en las reuniones del Consejo Directivo de la Confederación y también de las Federaciones de Oficios, mientras que podría concurrir a los comités directivos de los gremios. Este asesor tenía *voz* en los asuntos administrativos y profesionales y *veto* en los relacionados con la doctrina y la moral.¹¹⁷ En el caso del presidente de la Confederación, este sería designado a partir de una terna propuesta por la Junta Central de Gobierno de los Círculos de Obreros.¹¹⁸

La Confederación definía su objetivo como el de propender al mejoramiento moral, económico, profesional y técnico de sus asociados.¹¹⁹ Los medios que declaraba eran la enseñanza y la difusión de conocimientos fundamentales de sociología; el establecimiento de agencias de colocación, en las ciudades y centros importantes de población; la constitución de un secretariado del pueblo para informar, instruir y dirigir a la institución ante autoridades nacionales, provinciales, comunales y otro tipo de instituciones; la fundación de escuelas profesionales, cooperativas de consumo y otras, sindicatos agrícolas, cajas de ahorro y de crédito; la realización de proyectos de ley y acuerdos que implantasen mejoras en talleres, fábricas, hogares y en las labores agrícolas; la conquista por viales legales de justicia y equidad en los contratos entre patronos y obreros; la intervención en los conflictos entre el Capital y el Trabajo o entre patronos y obreros; el fomento del trabajo a domicilio para la mujer y del aprendizaje gradual del niño; la disposición del socorro mutuo de acuerdo con los Estatutos y Reglamentos de los Círculos de Obreros a quienes lo solicitaren.¹²⁰

115 Ídem.

116 *Op. cit.*, pág. 3.

117 *Op. cit.*, pág. 5.

118 Ídem.

119 *Op. cit.*, pág. 3.

120 *Op. cit.*, pág. 4.

En materia de huelgas, se establecía que la competencia del consejo de la Confederación Profesional Argentina era doble: primero, cuando se tratase de una huelga de una federación de oficios —ya fuese total o parcial—, pero abarcando más de un gremio, el Consejo Directivo debía dar su opinión por escrito, no pudiendo emprenderse el movimiento si tal fuese desfavorable; segundo, si era una huelga general de varias federaciones, el asunto sería tratado por el Consejo en una reunión especial.¹²¹ En aquella reunión se “comunicará todos los documentos e informará acerca de todos los trámites realizados para lograr una solución pacífica. La votación será secreta, y la huelga no se resolverá sino por dos terceras partes de los presentes”. Se establecía que nunca se declararían huelgas si no se reunían tres condiciones: “justicia de la causa, probabilidades de éxito, fracaso de todos los medios pacíficos, inclusive el arbitraje.”¹²²

En los artículos 18, 19, 20 y 21 se establecía la existencia de socios activos y protectores y sus principales características. Para ingresar como socio activo se requería ser de la profesión a cuyo gremio se pretende asociar, haber cumplido catorce años de edad y no pasar del máximo establecido por cada gremio, poseer buenas costumbres, no pertenecer a ninguna sociedad anticatólica, aceptar los estatutos y haber sido propuesto por dos socios bajo su firma.¹²³ Los socios protectores tenían funciones de “coordinación”, no tenían derecho al voto en las asambleas ni eran elegibles para formar parte de las Comisiones Directivas.¹²⁴

En resumen, el recambio en la conducción institucional de 1912 dio inicio un nuevo impulso al proceso de organización gremial. La carta-circular dedicada específicamente a la cuestión definía la necesidad de que los obreros cristianos se organizaran en función de su profesión y de su fe; puesto que con eso podrían defenderse a sí mismos y a sus familias de las contingencias sociales. Se trataba de una agremiación propuesta desde los Círculos, a partir de sus socios, y se establecería una comisión profesional o gremial que centralizaría estas labores y se responsabilizaría ante la Junta Central. Se sugería atender con preferencia a una serie de gremios: albañiles, carpinteros, sastres, zapateros, herreros, mecánicos, electricistas, pintores, conductores de vehículos, domésticos, dependientes de comercio, empleados, tipógrafos y agricultores.¹²⁵

121 *Op. cit.*, pág. 6.

122 *Ídem.*

123 *Op. cit.*, pág. 9.

124 *Ídem.*

125 NIKLISON, E., *op. cit.*, pág. 160.

Se han visto también algunas dificultades o reticencias internas al proceso de agremiación, tal como señalaba el presidente del Círculo de Maldonado, o más adelante, los problemas para lograr la centralización de los trabajos que indicaba Franceschi. Aun así, se conformó tempranamente una federación que reunía solo a tres sindicatos: dos creados previamente por los demócratas cristianos —estibadores y empleados de comercio— y uno a instancias de los círculos —carpinteros—. Hacia el final del periodo aquí abordado, seis años después, pero en otro contexto social y político, se daba forma a una confederación sindical entre cuyos aspectos reglamentarios más salientes estaba la integración con la institución matriz: los Círculos de Obreros.

Algunas intervenciones sindicales

Ingresemos ahora en las estrategias concretas de acción sindical. En este subapartado nos interesa mostrar que la colaboración directa con las empresas no desapareció, aunque sí existieron ciertos reparos en su uso o, por lo menos, en su exposición pública. Se examinan tres intervenciones: la participación en la huelga de los frigoríficos, en los ingenios azucareros de Tucumán y entre los trabajadores de los molinos de Bunge y Born.

El primer caso ocurrió todavía en el contexto de la Primera Guerra Mundial: la huelga de dos importantes frigoríficos, ubicados en la localidad de Avellaneda, entre fines de 1917 y principios de 1918 tomó dimensión en el escenario nacional. Involucró diferentes actores sociales y políticos, incluido el embajador norteamericano que reclamó protección para los intereses de su país. El conflicto se inició con el despido de algunos obreros en “La Blanca” aunque reclamarán un pliego de condiciones más amplio que incluía la jornada máxima de ocho horas, pago de las horas extra, feriado el 1ero de mayo, aumento general de los salarios, provisión de ropa de trabajo, inembargabilidad de los sueldos, supresión de los permisos de WC, de las multas y de los contratistas.¹²⁶

La huelga se inició el 5 de diciembre de 1917 al recibirse el rechazo por parte de la empresa del pliego presentado. Según Roberto Tarditi, quien estudió específicamente el conflicto, abandonaron el trabajo unos dos mil obreros y con una destacada intervención femenina marcharon hacia “La Negra”, donde los esperaban fuerzas policiales. Por la noche, los obreros de este establecimiento adhirieron a la medida. A lo

126 TARDITI, R., “La Formación de la clase obrera...”, op. cit., tomo II, págs. 253 y ss.

largo del conflicto, los huelguistas se enfrentaron no solo a efectivos de policía, de la gendarmería y de la armada nacional sino también a matones pagos por las empresas.¹²⁷ Hubo detenciones, heridos y un muerto. La empresa no estaba dispuesta a ceder y, a poco de iniciado el conflicto, la prensa informó el arribo al puerto de obreros de un frigorífico uruguayo. En respuesta, los trabajadores buscaron la solidaridad del movimiento obrero de ese país.

Los frigoríficos también recurrieron al reclutamiento local, lo que generó cierta fricción entre las empresas y el gobierno radical.¹²⁸ En este contexto, es probable que los Círculos de Obreros hayan provisto personal a los establecimientos “La Negra” y “La Blanca”. Aunque no hemos hallado referencia en las actas de la Junta de Gobierno, en *El Pueblo* se reconocía esta colaboración.¹²⁹ Se hizo a través de la agencia de colocaciones: “[s]e han solicitado obreros á esa agencia. En ella se les explica la situación y se les dice adónde han de ir: á lucha contra sanguijuelas opresores de los obreros. Los que quieren van”.¹³⁰ La nota indicaba que los trabajadores de los frigoríficos de Avellaneda que querían trabajar no podían hacerlo porque “los tiránicos agitadores se lo impiden”. Y agregaba que en la oposición a aquellos caudillos exaltados se jugaba la vida de esos obreros.

Efectivamente, los conflictos entre huelguistas y rompehuelgas fueron frecuentes y violentos. Según Tarditi, ese mismo día en que *El Pueblo* publicaba el artículo anterior, un grupo de huelguistas “enfrentó” a un rompehuelgas que iba armado en compañía de su esposa.¹³¹ En “La Blanca” la huelga concluyó sin los resultados esperados por los trabajadores a fines de enero, y en “La Negra” continuó, al menos, una semana más.¹³²

Otro ejemplo, distinto, de acción mancomunada con los dueños de las empresas lo hallamos en Tucumán, en el intento de creación de un sindicato en los ingenios azucareros. Alejandra Landaburu halló una carta de carácter confidencial en la cual Carlos Conci —quien en febrero de 1919 estaba a cargo de la Confederación Profesional Argentina— conminaba al padre Lorenzo Mazza a concretar la formación de gremios

127 TARDITI, R., *Op. cit.*, pág. 264.

128 TARDITI, R., *op. cit.*, pág. 297.

129 “¡Procurar trabajo es un crimen!”, *El Pueblo*, 30/12/17.

130 Ídem.

131 TARDITI, R., *Op. cit.*, págs. 318 y 318.

132 Otro posible caso de provisión de rompehuelgas se pudo dar entre los gráficos. En junio de 1919, los socialistas denunciaron a los Círculos de Obreros por estar reclutando personal durante la huelga. Al parecer, lo hacían a través de la secretaría de la Confederación, “Clericalismo crumiro”, *La Vanguardia*, 06/06/1919.

profesionales en los ingenios de la provincia.¹³³ Para ello, le solicitaba que le hiciese llegar un cuestionario a un propietario de ingenios para que este, a su vez, lo girase entre el resto.¹³⁴ Las preguntas apuntaban a saber si los propietarios estaban dispuestos a colaborar con la formación del gremio: “1. ¿Quién vería con agrado un gremio?; 2. ¿Quién estaría dispuesto a dar unas mejoras figurando que las solicita la Confederación?; 3. ¿Quién permitiría que hiciéramos propaganda?; 4. ¿Tendrían intención de imponer condiciones?”. Por otro lado, se preguntaba: “1. ¿Habría 4 hombres rudos pero fieles y decididos a formar un gremio?; 2. ¿En qué ingenios los habría?; 3. ¿Contarían con un hombre de instrucción que los dirigiese?; 4. ¿Cuántos serían en total los obreros del ingenio a agremiarse? ¿Podríamos iniciar conferencias?”.¹³⁵

La autora menciona otra carta en la cual Mazza les pedía fondos para afianzar los trabajos de Confederación, que se iniciaron prontamente con la colaboración de José María Samperio y Juan Podestá. En el informe de Mazza se detallaban las características de las organizaciones a armar: “gremios que se basarían en el mutualismo, el cooperativismo, las cajas de ahorro, la instrucción técnica y las conferencias sobre temas sociales y nacionalismo”.¹³⁶ Además, Mazza pedía discreción “pues podría tildarse de amarillismo a la Confederación”.¹³⁷

Estos documentos hacen notar la planificación de un trabajo sindical conjunto con la patronal —a la que parecen no tener acceso directo— pero, también, el interés en que la futura organización no fuera asociada directamente con las empresas. Efectivamente, se trataba de un problema serio para el catolicismo. Ya hemos mencionado que socialistas y anarquistas frecuentemente denunciaban sus vínculos con la patronal, pero también que las patronales solían recurrir a otro tipo de asociacionismo obrero, más propio y con menor autonomía que la que este les ofrecía. De modo que el sindicalismo católico mediaba entre presentarse como defensor de los intereses obreros y sus posiciones conciliadoras con los intereses de las patronales.

Este problema se expresaba, por ejemplo, en la decisión de separar de la Confederación Profesional Argentina a la Sociedad Argentina Obreros del Puerto en abril de 1919. Según se afirmaba, el motivo de tal medida fue la comprobación de que en

133 LANDABURU, A., *Op. cit.*, págs. 1-21.

134 Carta de Carlos Conci a Lorenzo Mazza fechada 22/02/1919, citada en LANDABURU, A., *Op. cit.*, pág. 15.

135 Ídem.

136 LANDABURU, A., *Op. cit.*, pág. 16.

137 LANDABURU, A., *Op. cit.*, pág. 17.

aquella sociedad se habían introducido elementos que respondían a los intereses de las patronales.¹³⁸ Según se detallaba en *El Pueblo*, la resolución había sido tomada debido a que en el sindicato se habían infiltrado “individuos de cierta sociedad amarilla, entorpeciendo la marcha y acción del mismo, llevándolo a un terreno patronal”. Tal situación la Confederación “no puede ni debe tolerar, por razones fundamentales de principios y por considerar que, elementos así, son perniciosos para las organizaciones valiéndose del título de “obreros” no hacen más que servirse de los legítimos para satisfacer intereses patronales”.¹³⁹

La Confederación Profesional Argentina distribuyó un manifiesto dirigido a los estibadores del puerto: “Compañeros! —La Confederación Profesional Argentina declara públicamente que en adelante no reconocerá a la Sociedad Gremial Argentina de Estibadores del Puerto, principalmente porque entre sus asociados hay elementos amarillos”. Declaraba que los sindicatos que la integraban eran pura y netamente “obreristas” y que “jamás” permitirían que actuasen en ellos “personas que no son convencidos y sinceros defensores del obrero”. Llamaba a todos aquellos que desearan “ser defendidos con desinterés”; “gozar de la libertad del obrero consciente” y “libertarse de las tiranías de los de arriba y de las tiranías de los de abajo” a que se federasen en el Sindicato Obrero de Estibadores del puerto.¹⁴⁰

El comunicado no daba muchos detalles sobre el caso. Mencionaba el ingreso de elementos identificados con los intereses patronales y defendía el carácter *obrerista* de la asociación. Al mismo tiempo, no deja de indicarse que nucleaba a quienes quisieran librarse de la tiranía de los de arriba y la de los de abajo. En el apartado siguiente, se analizará otra experiencia sindical en que se pueden observar más concretamente los límites de este tipo de asociacionismo.

Vayamos ahora a analizar el modo en que la Confederación actuó en un conflicto en el que estuvo involucrado una de sus organizaciones: la Federación Obrera Molineros y Elevadores de Granos del Río de la Plata. A fines de abril de 1919, a partir del despido de una veintena de obreros, se inició un conflicto entre el sindicato asociado a los Círculos, a la empresa y a la sociedad de resistencia. La documentación guardada en el Ministerio del Interior nos ha resultado útil para mirar algunas de las prácticas de este

138 AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea...*, op. cit., pág. 134.

139 “Confederación Profesional Argentina. Importante resolución”, *El Pueblo*, 09/04/1919.

140 Ídem.

sindicalismo alternativo que trató de constituir el catolicismo social organizado en torno a los Círculos de Obreros. En relación a este conflicto, Néstor Auza afirmó que allí existió una alianza tácita entre la sociedad de resistencia anarquista y la patronal.¹⁴¹ Otras dos investigadoras que estudiaron detenidamente este sector, María Victoria Grillo y María Ester Rapalo, aseguraron que en los conflictos de este gremio se ponían en juego amplias solidaridades de clase, tanto entre los trabajadores como entre los capitalistas y que hacia 1918 la acción patronal fue decidida contra la sociedad de resistencia.¹⁴²

La fundación de la Federación Obrera Molineros y Elevadores de Granos del Río de la Plata data de agosto de 1918, y se conformó a partir de la iniciativa de algunos trabajadores de la empresa Molinos Harineros y Elevadores de Granos Río de la Plata. Entendemos que se trataba de una Federación porque incluía diversos sectores de trabajadores de la empresa y dos ramas: una masculina y otra femenina. La Federación entró en un abierto conflicto con la sociedad de resistencia en abril de 1919.¹⁴³ Según la versión de la Federación, durante la huelga de abril de 1917 la empresa había solicitado personal, al cual les garantizaría “seguridad personal y la garantía en la estabilidad del trabajo, aun después de terminada la huelga”.¹⁴⁴

La sociedad de resistencia objetó ante el DNT la capacidad de los obreros reemplazantes para desempeñar correctamente la labor requerida. Según el relato, el Departamento había podido comprobar “ocularmente” lo incierto de la denuncia y constató “la buena armonía que reinaba entre los trabajadores” y la “conformidad del Directorio del establecimiento”. Sin embargo, pocos meses después el personal huelguista fue readmitido en su totalidad. Al considerarlo un triunfo, esta reincorporación habría “envalentonado” a los miembros de la sociedad de resistencia que provocaron “incidencias continuas con los obreros que los habían suplantado durante la huelga, llegándose muchas veces a la vía de los hechos”. Se habría dado inicio así a una lucha

141 AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea...*, op. cit., pág. 152.

142. RAPALO, M.E, y M.V. GRILLO, “La organización de los obreros molineros y la confrontación con la empresa Molinos Río de La Plata (1917-1918)”, *Estudios sociales*, núm. 18, 2000.

143 El sindicato de Obreros Molineros se organizó en 1918, con posterioridad a una importante huelga realizada por la sociedad de resistencia sindicalista. Contaba con una afiliación altísima en los molinos de Bunge y Born, y desde la nueva sociedad se irguió según sus propios documentos sobre el reclamo de libertad de creencias. RAPALO, M.E, y M.V. GRILLO, op. cit., pág. 145.

144 La nota iba acompañada de otra de Monseñor de Andrea, manifestando su apoyo a la sociedad. Nota dirigida al Ministerio del Interior con fecha 11/04/1919 en Series históricas II, Movimiento obrero 1919, L. Movimiento Molineros, carpeta 38, Ministerio del Interior, caja 31, Archivo Intermedio de Archivo General de la Nación.

entre la sociedad de resistencia y los trabajadores que, un poco después, formarían parte del sindicato adherido a la Confederación Profesional Argentina.

La nota que la Federación le presentó al ministro abunda en la descripción de exoneraciones sin motivo claro o casos en los que los capataces daban preferencia a los miembros de la sociedad de resistencia. Por citar algunos ejemplos: en la sección carga, se hacía presión por parte del administrador general y algunos capataces, quienes hacían “abiertamente propaganda” y asociaban a los obreros a la sociedad de resistencia; quienes no accedían a ello quedaban en una situación de inferioridad en la asignación de trabajos; en el mes de octubre de 1918, “los obreros adheridos á nuestro sindicato han trabajado solamente de cuatro a cinco días” mientras que los de la de resistencia “con visible preferencia” lo habían hecho todo el mes; el capataz Juan Suarez había sido suspendido con goce de sueldo y, luego, cesanteado “justificándola POR RAZONES DE SERVICIO”, después de seis años de trabajo e “inmejorable conducta” y el obrero Vicente Carella “fue destituido en la misma forma que el anterior, es decir, sin tener falta en los servicios que había desempeñado desde hacía cuatro años”. Al entrevistarse con el administrador general este le habría explicado a Carella que las causas de su cesantía prevenía “de la evolución de los obreros de la Resistencia” y “para seguir trabajando le proponía y aconsejaba que lo que podía hacer era arreglar con esa sociedad”.¹⁴⁵ Otro caso en el que observaban la parcialidad con que actuaban desde la administración del establecimiento era que poco tiempo atrás, por razones de falta de trabajo, se habían exonerado 32 obreras de la sección marcadora y, de ellas, 7 eran de la Sociedad de Resistencia y 25 de la Federación.¹⁴⁶ Este dato es llamativo si se tiene en cuenta el alto nivel de afiliación que tenía la sociedad de resistencia. Si tomamos los datos brindados por la investigación de Rapalo y Grillo que citamos más arriba, la sociedad de resistencia

145 La nota enumera más casos de obreros de carga afiliados al sindicato. En el caso de los cambistas, se mencionaba la suspensión de Manuel Roncaño, José González, y R. Russo de la que también responsabilizaba a la Sociedad de Resistencia. Para revertir estas suspensiones, había intervenido el sindicato lográndolo transitoriamente. Otra situación descrita era la de José Peronetti, por la cual una delegación del sindicato se entrevistó con el contador general de la empresa y éste habría contestado que “las causas de ello obedecen á las exigencias de la Sociedad de Resistencia, pero que para él a los obreros no se les podía imputar falta alguna. En consecuencia, la empresa proponía abonarles un mes de sueldo a cada uno de los obreros cesantes y dar por terminado este asunto. Nota de la Federación obrera molineros y elevadores de granos del Río de la Plata al Ministro del Interior con fecha 11/04/1919.

146 Nota de la Federación obrera molineros y elevadores de granos del Río de la Plata al Ministro del Interior con fecha 11/04/1919.

nucleaba al 80% de los trabajadores de la empresa y desde al menos 1918 buscaba establecer cierto control sobre el ingreso de personal.¹⁴⁷

Retomando la nota, el problema de los métodos aparecía en el final cuando aclaraba que, de acuerdo con sus estatutos y reglamentos, la asociación debía “agotar todos los recursos legales a fin de solucionar los conflictos” que se presentasen.¹⁴⁸ No obstante, ¿qué otras medidas podían haber tomado? De haberlo querido, ¿estaban en condiciones de convocar un boicot o una huelga? Resulta difícil pensar que la Federación hubiese tenido margen para convocar a una medida exitosa.

Por pedido de la Federación, en junio, intervino en el conflicto la Asociación del Trabajo dirigiéndose por nota al ministro del Interior.¹⁴⁹ De esta nota nos interesa rescatar tres elementos: uno, que adjudican la creación del sindicato a los antiguos trabajadores de la empresa que no habían querido plegarse a la huelga; dos, la acusación que realizaban de que la sociedad de resistencia quería el monopolio de la asociación obrera; y, tres, que al entrevistarse con el director de la empresa este habría manifestado que se readmitiría aquel personal “siempre que la Asociación del Trabajo obtuviera las seguridades, dadas por escrito por los Poderes Públicos” de que no se concretarían las amenazas de boicots realizadas por la sociedad de resistencia.¹⁵⁰

Frente a esta intervención de la Asociación del Trabajo, la sociedad de resistencia también se dirigió al ministro Gómez. Rechazaban que esta declarara defender el derecho del obrero “cuando trabajan incesante y públicamente por destruir los gremios que siguen desarrollando su acción serena y conciente para elevar el nivel mental de los trabajadores”.¹⁵¹ Además, decían, estaba fresca en la memoria pública su actuación para hacer que los capitalistas que habían concedido mejoras a sus obreros, las retiraran y expulsaran a los delegados, etc. Sobre el conflicto puntual, decía que se trataba sólo de 22 personas y que la dirección de la empresa había corroborado “que ese elemento obstaculizaba el trabajo en sus establecimientos”, que eran frecuentes los “pugilatos” y

147 RAPALO, M.E, y M.V. GRILLO, *Op. cit.*, págs. 145 y 150-152.

148 Nota de la Federación obrera molineros y elevadores de granos del Río de la Plata al Ministro del Interior con fecha 11/04/1919.

149 Nota al Ministro del Interior Ramón Gómez de Pedro Christophersen (Asociación del Trabajo), 17/06/1919, en Series históricas II, Movimiento obrero 1919, L. Movimiento Molineros, carpeta 38, Ministerio del Interior, caja 31, Archivo Intermedio de Archivo General de la Nación.

150 Ídem.

151 Nota al Ministro del Interior Ramón Gómez de Juan B. Scarpa (Sociedad Molineros Unidos), 18/06/1919 en Series históricas II, Movimiento obrero 1919, L. Movimiento Molineros, carpeta 38, Ministerio del Interior, caja 31, Archivo Intermedio de Archivo General de la Nación

que “llegaban hasta exhibir armas”. Entonces, esta resolvió separarlos “tan acertadamente” que desde entonces no se registraba ningún hecho de esa naturaleza.¹⁵²

Por otro lado, afirmaba que la sociedad Molineros Unidos de la Capital y Anexos contaba con más del 95% del personal ocupado en todos los establecimientos de la Sociedad Anónima Molinos Harineros del Río de la Plata. De modo que, a su juicio, quedaba demostrado “lo inconsistente de la argumentación que hace la Asociación del Trabajo, que, pretende engañar con su sentimentalismo chauvinista a la opinión pública declarándose protectora de los obreros organizados”.

La versión de los hechos que realizó el DNT no era tan diferente a lo que se ha ido reseñando. Después de la huelga de 1917, tras haber reemplazado al personal involucrado en la medida de fuerza con otro nuevo y, luego, haberlo reincorporado, la empresa había quedado con exceso de personal. El conjunto de los trabajadores, además, estaba dividido en dos sindicatos: la sociedad de resistencia y el sindicato afiliado a la Confederación Profesional Argentina —no lo calificaba como católico—. También afirmaba que de la sociedad de resistencia había surgido un petitorio que solicitaba la exoneración de 23 obreros que no habían participado de la huelga. No obstante, el informe oficial dejaba bien claro que no había en él ninguna amenaza de huelga o boicot —esto, según el funcionario del DNT, habría imposibilitado su intervención—. ¹⁵³ Los altos funcionarios de la empresa habrían tratado de hacer desistir a los peticionantes, mas, al no lograrlo, despidieron a los obreros. Según se dice allí, de los 23 trabajadores solo tres tenían antigüedad. Sobre el por qué la gerencia había accedido al pedido de la sociedad de resistencia, este reproducía lo hablado con el gerente: se trataba de evitar una nueva huelga o boicot ya que estos habían costado muchos trastornos a la empresa.

En el informe del DNT no había menciones de conflictos o peleas dentro del lugar de trabajo y lejos estaba de sugerir una alianza entre la sociedad de resistencia y la empresa. En realidad, daba por hecho que la empresa reaccionaba pasivamente ante la amenaza verbal de la sociedad de resistencia.

La respuesta de la Federación a las afirmaciones dadas por la sociedad de resistencia tomaba cierta distancia de la Asociación del Trabajo, aunque reconocía sus

152 Ídem.

153 Nota del Inspector del Departamento Nacional del Trabajo Alejandro Unsain a Julio Lezana, 18/06/1919 en Series históricas II, Movimiento obrero 1919, L. Movimiento Molineros, carpeta 38, Ministerio del Interior, caja 31, Archivo Intermedio de Archivo General de la Nación.

fines comunes.¹⁵⁴ En ese sentido se afirmaba que la Federación Molinera representaba una entidad “estable, definida y respetuosa como la que más del orden público y de las instituciones argentinas” y opuesta a la otra, “revoltosa, indefinida, y afiliada a la F.O.R.A”, contraria a las “instituciones básicas” de la sociedad.¹⁵⁵

En definitiva, el sindicato de molineros y elevadores se había creado a partir de cierto descontento existente en un sector de los trabajadores que no se había sumado a la huelga de 1917 o que había ingresado en la empresa para reemplazar al personal huelguista. Es probable que dentro del establecimiento existieran conflictos y es difícil de precisar de qué lado venían —quizás de ambos—. Una alianza tácita como indicaba Auza parece difícil de sostener si se estudian los conflictos que hubo desde la fundación de la sociedad de resistencia en 1917 y a lo largo del año siguiente, en los cuales la empresa parece haber ido a una ofensiva contra la sociedad de resistencia. Por el contrario, lo que creemos que sucedió es que la sociedad de resistencia, por su alto nivel de afiliación y por los vínculos que estableció con la FOM y otros sindicatos de relieve, pudo imponer cierto control del personal en los molinos, que solo se sostuvo por un tiempo. En todo caso, lo que hay que resaltar es que la empresa no vio en la Federación un aliado con capacidad efectiva de enfrentar a la sociedad de resistencia.

Los medios usados por el sindicato “católico” fueron diversos: reuniones con distintos sectores de la empresa, búsqueda de intervención del DNT, del jefe de policía o del ministro del Interior —en este caso, acompañado del soporte de Monseñor De Andrea— o el pedido de intermediación a la Asociación del Trabajo. Lo que no debe perderse de vista es que esta sociedad, debido a la escasa cantidad de trabajadores que reunía, tenía vedada la posibilidad de ir a un conflicto directo —del tipo que fuese— por sí misma.

La sindicalización femenina en la segunda década del siglo

En el apartado anterior mencionamos la primera experiencia de agremiación femenina llevada a cabo por los democráticos cristianos del Círculo de Balvanera en

154 “Y es bajo este amplio aspecto, que la Federación Molinera coincide con los fines de la Asociación del Trabajo: quiere mejoras para el obrero, pero aspira a librarlos, en el manejo de sus intereses, de la dominación absorbente e irresponsable de los agitadores profesionales”, nota dirigida al Ministro del Interior de la Federación Molinera, 21/06/1919 en Series históricas II, Movimiento obrero 1919, L. Movimiento Molineros, carpeta 38, Ministerio del Interior, caja 31, Archivo Intermedio de Archivo General de la Nación.

155 Ídem.

colaboración con el dueño de la fábrica y su esposa. En la segunda década del siglo también se estructuraron gremios profesionales dirigidos a las mujeres trabajadoras y estos, en general, se organizaron separadamente, aunque se incorporaron a la Confederación Profesional Argentina. Probablemente debido a las construcciones simbólicas que ya hemos señalado, el hecho de que se asociara a las mujeres a una mayor religiosidad, se puede ver una identificación religiosa mayor de las asociaciones.

El primero de los sindicatos creados en este contexto fue La Cruz, de las obreras fosforeras de Avellanera. Los trabajos que dieron lugar a la constitución de esta asociación comenzaron con una preocupación del cura párroco, Bartolomé Ayrolo, por promover la mejora de la situación de las obreras de la parroquia a través de incorporarlas en las clases nocturnas del colegio salesiano María Auxiliadora o en la escuela-taller de las vicentinas, “donde centenares de obreras se ejercitaron en trabajos manuales en forma de poder luego bastante a sí mismas”.¹⁵⁶ El proyecto de Ayrolo contó con la colaboración de Gustavo Franceschi, quien asistió a la primera reunión que se realizó con las obreras para exponer los fines y las ventajas de la futura sociedad.¹⁵⁷ A una reunión posterior habrían asistido unas 300 obreras y solo unos días más tarde se hizo el acto público de fundación.¹⁵⁸ La presidenta del sindicato fue Ana Casaretto y la acompañaron en la comisión directiva, como vice presidentas, María del Fabro y Elia Scolpatti, entre otras. Prontamente, La Cruz sacó una publicación propia y, a fines de septiembre, la sociedad contaba con 202 socias activas y 3 socios protectores.¹⁵⁹ Auza señaló que poco tiempo después se integraron mujeres que trabajaban en los frigoríficos, en las fábricas de tejidos, de cristales, de enlozados, velas, de bolsas, de cigarrillos, etc., que lograron abrir un local, gracias al aporte de una dama de la localidad, y que recibieron muchas agresiones y amenazas.¹⁶⁰

El segundo gremio de mujeres de esta etapa fue el Sindicato de Empleadas, fundado en octubre de 1917. Se trataba de una asociación promovida desde el Centro de Estudios Blanca de Castilla, un centro constituido por iniciativa de Gustavo Franceschi quien a partir de una serie de conferencias en un importante colegio de niñas de la ciudad

156 “Obreras fosforas”, *El Pueblo*, 19/08/1917.

157 Otro presbítero que contribuyó con la consolidación de este gremio fue Dionisio Napal. “Sociedad La Cruz de Obreras fosforeras”, *El Pueblo*, 27/09/1917.

158 “Movimiento gremial”, *El Pueblo*, 02/09/1917.

159 “Gremio de fosforeras de Avellaneda”, *El Pueblo*, 07/10/1917.

160 AUZA, N. *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea...*, op. cit., págs. 144 y 145.

había logrado reunir un núcleo de mujeres interesadas en temas de sociología y economía cristianas. Dentro de las condiciones de ingreso no figuraba ningún requisito que se vinculara con la religión, aunque como veremos eso variará en los otros gremios.¹⁶¹ Vale la pena señalar que la cuota de afiliación era sustancialmente más baja que la de los gremios masculinos: la de ingreso era de 0,40 pesos y la mensual de 0,20, y también incluían beneficios mutuales. Lógicamente esto tenía que ver con que los jornales femeninos eran también más reducidos.

El tercero fue el Sindicato “La Aguja”, creado también por el Centro Blanca de Castilla el 26 de mayo de 1918. Según sus estatutos, para ingresar se requería pertenecer al gremio de las costureras, bordadoras, zurcidoras; tener 15 años cumplidos y “respetar la Religión, la Patria, la Familia y la Propiedad”.¹⁶² Este sindicato también tenía una hoja mensual de propaganda oficial, “La Acción”. Un volante dirigido a las costureras explicaba que un sindicato era una agrupación de personas de una misma profesión cuyo objeto era el estudio y la defensa de los intereses del gremio y beneficiaba a quienes lo integraban porque “la unión hace la fuerza”. Sobre la adscripción religiosa, se aclaraba que un sindicato católico no imponía obligación religiosa ninguna, solo pedía “buenas costumbres, respeto a la Religión, a la propiedad y a la familia, deseando conseguir las mejoras sin violencia”. Por lo tanto, las socias del sindicato podían pertenecer a cualquier otra sociedad ya fuese de ahorro o religiosa, ya que el sindicato era una agrupación exclusivamente profesional.¹⁶³

Por último, a fines de 1918, el Centro de Estudios Blanca de Castilla creó otra asociación en el viejo barrio de la quema: el Sindicato católico de Obreras de Nueva Pompeya. En este caso también había una mayor identificación religiosa como se puede ver en las palabras que la señorita Mila Forn dirigió a las socias en una de las asambleas:

“1º Amaré verdaderamente a mi sindicato; 2º no usaré de su nombre sino para elevarlo, hacerlo conocer y amar; 3º asistiré siempre a las reuniones mensuales y trataré de llevar a ellas a alguna otra compañera del taller o de la fábrica que no conozca lo que es un sindicato católico; 4º cumpliré y respetaré sus estatutos; 5º haré a mis compañeras todo el bien que esté a mi alcance; 6º trataré que mi conducta en todas partes sea cada día mejor para mi ejemplo dé mejor fama al sindicato”.¹⁶⁴

161 NIKLISON, J. E., Op. cit., pág. 270 y ss.

162 NIKLISON, J. E., Op. cit., pág. 271.

163 En AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea...*, op. cit., pág. 143.

164 Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1919, pág. 799.

Con la forma de las reconocidas instrucciones religiosas de la tradición judeocristiana, Forn reseñaba los deberes de las socias o “mandamientos de la sindicada”.¹⁶⁵ Además, en esa misma jornada se había resuelto reunirse “los primeros domingos, con el objeto exclusivo de divertirse, o salir en excursión” y “nombrar delegadas en las fábricas y talleres donde trabajan socias del sindicato, para que hagan propaganda activa entre las demás obreras”.¹⁶⁶ De modo que, por un lado, el sindicato apuntaba a constituirse en un espacio de sociabilidad para estas mujeres y, por el otro, los talleres y fábricas eran los espacios de reclutamiento privilegiados.

Al constituirse la Confederación Profesional Argentina, en 1918, la agremiación femenina se incluyó en el artículo 23 —“Las mujeres podrán constituir gremios con comisiones propias. Dichos gremios formarán parte de la Federación correspondiente, y serán representados por delegados de sexo masculino”—.¹⁶⁷

De todos modos, en el artículo 3, en su inciso k, se declaraba que se iban a “[b]uscar los medios de proporcionar a la mujer trabajo a domicilio para fomentar la vida del hogar”.¹⁶⁸ Es decir, la preferencia era que la mujer no abandonara el hogar. Su organización, en realidad, apuntaba a mejorar la situación de quienes tenían que hacerlo obligadas por sus circunstancias económicas.

Antes de cerrar, es importante dejar constancia que también en estas asociaciones se confrontó con las sociedades de resistencia. En una empresa de la Capital Federal, en la Barraca Noviello, despidieron a 23 obreras supuestamente por pertenecer a “La Cruz”. Según se relataba en *El Pueblo*, esto se debió a la presión que hiciera sobre los dueños de la barraca la “Resistencia de obreros Barraqueros”.¹⁶⁹ El acto de protesta y reparación se realizó poco después y participaron las principales autoridades de los Círculos de Obreros.¹⁷⁰ Asimismo, según otro artículo de *El Pueblo*, la Junta de Gobierno se dirigió al ministro del Interior interpretando este despido, una vez más, como un “atentado a la libertad de trabajo” cometido por la sociedad de resistencia de Barracas y del Mercado de Frutos contra la voluntad de los dueños del establecimiento — patronos Carmelo Noviello

165 Sobre la trayectoria posterior de Forn, se puede ver ZANCA, J. “Dios y libertad. Católicas antifascistas en la Argentina de entreguerras”, *ARENAL*, núm. 22, 2015, págs. 73 y ss.

166 Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1919, pág. 799.

167 *Estatutos de la Confederación Profesional Argentina*, Escuela Tipográfica del Colegio Pío IX, Buenos Aires, 1918, pág. 9.

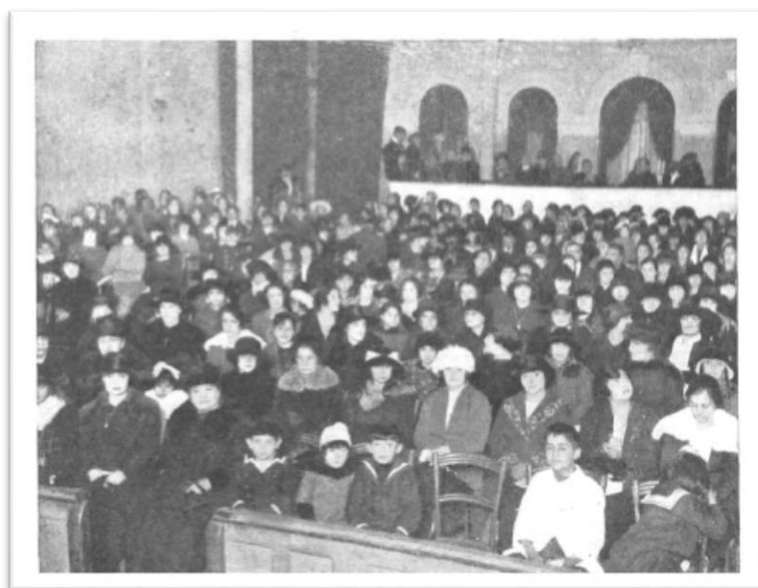
168 *Estatutos de la Confederación Profesional Argentina*, op. cit., pág. 4.

169 “Sociedad La Cruz de Obreras de Avellaneda”, *El Pueblo*, 20/11/1919.

170 Ídem.

e hijos—. ¹⁷¹ En su discurso, Monseñor De Andrea vaticinó el triunfo más o menos cercano de estas obreras, “pues confiaba en el precedente de caballerosidad argentina que no permitiría fuera esclavizada la mujer y confiaba también en la grandeza de ánimo de esta para libertarse de las cadenas con que se la pretende aherrojar”. Recordó que en la semana del centenario las damas porteñas desafiaron “las amenazadas de los rojos, que habían anunciado les arrancarían las escarapelas nacionales” y salieron a la calle entonando el himno. ¹⁷² El acto concluyó con un cuadro vivo: “Las cadenas rotas”, “simbolizando en el arcángel San Miguel el triunfo de la buena causa sobre el demonio de la revolución”. ¹⁷³

Asimismo, en diciembre la Federación de Propaganda de los Círculos de Obreros organizó un mitin de protesta en la Plaza Congreso y allí habló ante el público la señorita Josefa González —señalada en la revista del arzobispado como la primera obrera en hablar en conferencia callejera—. ¹⁷⁴ Es de verdadero interés destacar las características que asumió la intervención pública de determinadas mujeres —como el de la señorita Forn o el de Josefa González— que contradice el modelo habitual en que se ubica a la mujer católica.



Fiesta organizada en el salón del Círculo Central con motivo del II aniversario del sindicato “La Aguja”. ¹⁷⁵

171 “En defensa de la libertad del trabajo”, *El Pueblo*, 21/11/1919.

172 “Sociedad La Cruz de obreras de Avellaneda”, *El Pueblo*, 24 y 25/11/1919.

173 Ídem.

174 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1920, pág. 94.

175 En *Caras y Caretas*, núm. 1.139, 31/07/1920, pág. 57.

El I Congreso de Católicos Sociales de América Latina. Buenos Aires, 1919

En mayo de 1919, al iniciarse el *I Congreso de los Católicos Sociales de América Latina*, el desarrollo del sindicalismo “católico” tenía algunos años y representaba una decena de organizaciones. Según la asistencia al congreso, en mayo, se contaban unas diez asociaciones entre Capital Federal y la localidad de Avellaneda. El informe del inspector Niklison declaraba seis asociaciones a principios de 1919 con unos 1600 asociados entre varones y mujeres: el de Molineros y Elevadores de Granos reunía unos 325; el de Obreros de las Obras del Riachuelo unos 185; el de Estibadores del Puerto de la Capital, 227 —probablemente este dato es previo a la separación—; el de las fosforeras de Avellaneda, unas 555; el Sindicato Católico de Empleadas alrededor de 180 y el Sindicato “La Aguja” unas 130.¹⁷⁶ Si sumamos estas cifras, algo más de la mitad del conjunto de socios eran mujeres y eso sin contar que en el sindicato de molineros y elevadores también había una sección de mujeres. Entre ellos el sindicato de fosforeras de Avellaneda se destacaba especialmente por su tamaño. Esta imagen se condice con la declaración que hiciera Federico Grote en 1921, que citamos en el final del capítulo 4.

Otro informe de la Confederación, que databa de fines de 1919, contabilizaba unos 2315 afiliados. Se habían agregado algunos gremios más, tales como el de constructores navales, cuidadores del Cementerio Norte, el Sindicato de empleadas de Nueva Pompeya, se había separado al de estibadores del puerto y creado uno pequeño de empleados y obreros del puerto. Además, había uno muy numeroso de Obreros del puerto de Uruguay. Si excluimos este último, la relación entre socios varones y mujeres es similar a la de arriba.¹⁷⁷

Pero, por el momento, la mayor preocupación del hombre que había sido el corazón de este proyecto de sindicalización estaba en otro lado. En una carta privada a Carlos Conci, Gustavo Franceschi manifestaba que sin haberlo querido habían fundado “sindicatos neutros, que se ocupan únicamente de las cuestiones de mejoramiento profesional, sobre todo económico, pero que no tienen una doctrina social”.¹⁷⁸ Por otro

176 NIKLISON, E., Op. cit., pág. 189.

177 Por un lado, el Sindicato “La Cruz” tenía 605 socias; el Sindicato “La Aguja”, 110; el de empleadas, 110 y el de empleadas de Nueva Pompeya unas 100. Por el otro, el Sindicato de Constructores Navales figuraba con unos 300 afiliados, el de molineros con 250, el de obreros del Riachuelo con 140, cuidadores del Cementerio Norte 100, el nuevo sindicato de empleados y obreros del puerto con 50 miembro y uno de obreros del puerto de Uruguay con 500 afiliados, en NIKLISON, E., Op. cit., pág. 157.

178 AUZA, N. *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor De Andrea...*, op. cit., págs. 163 y 164.

lado, veía el problema —como lo había también visto Grote en 1907— en la falta de una dirigencia formada: “Estoy cada vez más persuadido de que, si nuestra obra de agremiación será forzosamente lenta, es porque nos faltan dirigentes preparados: durante veinte años nadie se ocupó de ellos, y ahora estamos sintiendo el vacío”. Había que comenzar por allí ya que lo demás sería “construir sobre arena”.¹⁷⁹

Al parecer, en la carta Franceschi manifestaba su preferencia por pocos sindicatos que agrupasen a los hombres de una profesión practicada por muchos, a una multitud de sindicatos pequeños. Según relata Auza, quien leyó la carta, Franceschi solo confiaba en Carlos Conci y en el Secretariado General de la Confederación, Gastón Gontier, mientras que observaba que el resto de los dirigentes al frente de los sindicatos no eran católicos. En su opinión, esto no constituía un motivo suficiente para interrumpir los trabajos, pero era preciso que desde entonces se dirigieran en otro sentido.

Con esta expectativa se realizó a fines de mayo de 1919 el I Congreso de Católicos Sociales de América Latina.¹⁸⁰ Salvo la delegación del Sindicato “La Aguja” de Uruguay, las organizaciones de tipo gremial que participaron del congreso se concentraban en la región metropolitana: 7 organizaciones de la Capital Federal y 4 de la provincia de Buenos Aires.

En línea con los planteos que hemos venido leyendo, en el congreso se defendió el derecho a la organización de los obreros para el estudio, promoción y la defensa de sus intereses y derechos profesionales. Esta organización debía concretarse sin la injerencia de los patrones ni de otras presiones extrañas. Se rechazaba explícitamente “toda realidad o apariencia de amarillismo en la sindicación obrera”, por considerarlas “contrarias a la dignidad y solidaridad de la clase trabajadora y a sus legítimos intereses y derechos”.¹⁸¹ Por la positiva, se promovía el sindicalismo católico de base múltiple que, con intervención en el ámbito cultural, mutual y cooperativo, era visto como una vía sana de mejoramiento de la condición económica y social de los trabajadores ya que para ellos la ausencia de estas acciones tenía como consecuencia que tales organizaciones fuesen

179 Ídem.

180 La Federación Argentina de Obreros de los Molinos y Elevadores; el Sindicato católico “La Aguja”; el Sindicato Católico de Obreras; el Sindicato de Obreros de Obreras del Riachuelo; el Sindicato del Puerto y Guincheros; el Sindicato de Guardianes —probablemente se trata de los trabajadores del Cementerio del Norte—; el Sindicato de Empleadas de la Capital y de la provincia de Buenos Aires: el Sindicato de Carpinteros; el Sindicato de Fosforeras; el Sindicato de Tejedoras y de Obreros de los Frigoríficos (Avellaneda). “I Congreso de los Católicos Sociales de la América Latina” en NIKLISON, E., “Acción social católica obrera”, *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, núm. 46, 1920, págs. 105-138.

181 *Op. cit.*, pág. 115.

“inútiles” o tendiesen a la “agitación perturbadora y lucha social”.¹⁸² A su vez, estas organizaciones profesionales debían contar con el reconocimiento de los patrones y del Estado, al cual además se le reclamaban leyes de organización profesional obligatoria que no impidieran su libre y completo desarrollo.¹⁸³

El congreso se colocaba en la tradición de la prescindencia política de los sindicatos: “rechaza toda acción e intervención en la política de bandería o partidista por parte de los sindicatos obreros en cuanto tales”¹⁸⁴ y se definía por la organización por ramas de industria antes que por oficios. De este modo, se promovía una organización nacional centralizada, aunque con filiales o secciones locales únicas de cada oficio o rama de la industria. Por último, se repelió “toda solidaridad con las organizaciones obreras de carácter socialista o anarquista, o del llamado sindicalismo de acción directa, no sólo como contrarias al orden social cristiano y perturbadoras de la paz pública, sino también como opuesta a la ordenada organización de la clase”.¹⁸⁵

Sobre los métodos de lucha se afirmaba que los sindicatos católicos sociales debían procurar constantemente preocuparse por alguna campaña legítima en favor de los obreros y que como línea general debían hacer suya cualquier iniciativa que tuviera a su favor la justicia o la equidad. En los casos de conflictos obrero-patronal, “[s]i el movimiento obrero e[ra] legítimo, —y no tendencioso, político o revolucionario, — o si en el conflicto se debat[ía] una cuestión que interesa[ba] dignamente a toda la clase o a toda la profesión [...] los sindicatos obreros podrán solidarizarse de un modo transitorio con el movimiento”.¹⁸⁶ Como había sido planteado en 1902, la huelga parcial era considerada como un medio legítimo en algunas circunstancias y, por lo tanto, los sindicatos católicos podían valerse de ella o secundarla. Se incorporaba la conveniencia de tener una “Caja de resistencia” que podía ser utilizada tanto para la participación en una huelga como para resistirla si esta fuese ilegítima. Se reafirmaba que los sindicatos católicos sociales no deberían secundar nunca una huelga general —entre las que se

182 Ídem.

183 Postura que la Unión Demócrata Cristiana asumió en su III Congreso en 1917. Ver NIKLISON, E., *Op. cit.*, págs. 249 y 250.

184 *Op. cit.*, pág. 117.

185 *Op. cit.*, pág. 116.

186 *Op. cit.*, pág. 124.

incluía una general de una profesión que afectara un bien necesario y común—. Asimismo, se pronunciaban contra el boicot y el sabotaje.¹⁸⁷

En conclusión, tras el recambio en la conducción de los Círculos de Obreros en 1912, se reinició el proceso de constitución de sociedades gremiales propias o alternativas. En la carta-circular dedicada específicamente a la cuestión, la conducción de Bunge definía la manera de encarar el proceso “desde los círculos”, a partir de sus socios y sus organismos directivos. En ese documento se sugería, también, atender con preferencia a una serie de gremios tales como el de albañiles, carpinteros, sastres, zapateros, herreros, mecánicos, electricistas, pintores, conductores de vehículos, domésticos, dependientes de comercio, empleados, tipógrafos y agricultores.¹⁸⁸ Rápidamente se conformó una federación sindical y al cabo de unos años existían agrupamientos de trabajadores en el puerto, entre los empleados de comercio y afines, de la madera, telegrafistas, mecánicos, electricistas, tipógrafos, albañiles, pintores, y fosforeras.

No obstante, en el momento más álgido de la conflictividad estas organizaciones dejaron de existir o se les pierde su rastro. En 1919, la realidad eran una docena de asociaciones entre la Capital y las zonas cercanas de la Provincia de Buenos Aires y su armado parece haber respondido a una lógica más circunstancial. Por caso, algunas asociadas a elementos opuestos a la línea de las sociedades de resistencia —el caso del sindicato de molineros y elevadores—, otros con conquistas o trabajos puntuales de algunos referentes —aquí se podría citar el sindicato de obreros de obras del Riachuelo, los sindicatos femeninos, etc.—. Esto les imprimía un carácter “neutral” que no era el que buscaban sus principales ideólogos. El mayor de los problemas que los católicos sociales habían detectado en las experiencias de la primera década era la falta de dirigentes formados y este se volvió a repetir en esta etapa.

El sindicalismo católico fue pensado como de base múltiple —es decir, implantado en los ámbitos cultural, mutual y cooperativo— y era defendido como una “vía sana” de mejoramiento de la condición económica y social de los trabajadores. Eran considerados como instrumentos de pacificación social que beneficiaban tanto a los

187 *Op. cit.*, p. 125. En las páginas siguientes se agregaba un diccionario con las principales palabras del ámbito laboral.

188 NIKLISON, E., *Op. cit.*, pág. 160.

trabajadores como al conjunto social, y eran siempre defendidos en oposición a las sociedades de resistencia a las que señalaban como asociaciones de confrontación y lucha.

Las características estructurales —nos referimos a las prestaciones y/o beneficios para los socios— que les quisieron dar no garantizaron que estas organizaciones fuesen más estables que las que dirigían las izquierdas.

Por último, los métodos de intervención fueron múltiples. En algunos casos el accionar fue muy próximo a la iniciativa empresarial y en otros más independiente. De todos modos, se trataba de un problema delicado porque era sencillo quedar en el medio entre las necesidades de las patronales y las de los trabajadores.

En el presente capítulo se ha mostrado que, desde su fundación en la década del noventa, los Círculos de Obreros ofrecieron una amplia gama de beneficios mutuales, actividades recreativas, culturales, educativas, religiosas, etc. Durante la primera etapa la práctica mutualista conjugó importantes esfuerzos de la institución y se sostuvo, en los hechos, como un tipo de asociación alternativa a la de las sociedades de resistencia —aunque los sindicatos fundados por otras corrientes políticas no necesariamente excluyeron este tipo de servicios y actividades—. Sin embargo, estos centros tuvieron grandes dificultades para adaptarse a los problemas del mundo laboral propiamente dicho. Grote analizó esos límites y los beneficios del tipo de organización que representaban los Círculos de Obreros, que en “abigarrada mescolanza” habían incluido todas las profesiones, incluidas aquellas que no eran propiamente obreras.

Sin embargo, a partir de principios del siglo XX, cuando las luchas laborales se agudizaron y la organización gremial se exhibió como irreversible, diversos sectores al interior de los Círculos de Obreros vieron la necesidad de intervenir directamente en el mundo laboral. En el interior de los Círculos despuntaron dos orientaciones diferentes: por un lado, en contestación directa a la solicitud de las patronales, algunas comisiones directivas facilitaron el personal necesario para quebrar medidas de lucha de sus trabajadores; por el otro, se produjeron las primeras incursiones específicamente gremiales que apuntaban a conformar una corriente u organización propia dentro del mundo laboral. Así, algunas posiciones estuvieron más próximas a colocarse del lado de las empresas durante los conflictos, mientras que otras tomaron mayor distancia. Fueron los núcleos demócratas cristianos, guiados inicialmente por el propio Grote, los que

iniciaron experiencias de sindicalización propia que disputaran grupos y espacios de trabajadores con las sociedades de resistencia anarquistas y socialistas. En esta dirección, es posible observar una cantidad de acciones de diversa naturaleza que pudieron aprovechar posiciones, descontentos y rivalidades existentes entre los trabajadores para separarlos de las organizaciones de lucha.

En las primeras experiencias, la relación con los Círculos de Obreros no fue orgánica y tampoco se requería a los socios profesar la fe católica. De manera general, la asociación gremial de los trabajadores fue pensada como de base múltiple y era defendida como una vía adecuada y saludable para perseguir el mejoramiento de la condición económica y social de los trabajadores. Los gremios eran considerados como instrumentos de pacificación social que beneficiaban tanto a los trabajadores como al conjunto social, y eran siempre defendidos en oposición a las sociedades de resistencia a las que señalaban como asociaciones de confrontación y lucha. A diferencia de lo que han sostenido sus defensores, estas características estructurales no garantizaron una mayor estabilidad que las que dirigían las izquierdas. Más aún, entre las distintas corrientes de la izquierda se dio, más adelante, el debate sobre la conveniencia o no de los sindicatos de base múltiple.

Como se ha visto, una manera de ingresar y hacerse un lugar en el medio local implicó aprovechar diferencias o prejuicios existentes en el movimiento obrero y en la propia clase obrera, y otra posibilidad fue hacerlo a través de la vinculación con los dueños de los establecimientos. Excepcionalmente, se abrían trabajos a partir de relaciones personales de los propios miembros de los Círculos. Tras un duro balance en 1907 y un breve lapso en que la institución se alejó de la organización sindical, en 1912 se retomó la tarea de agremiación desde la Junta Central de los Círculos y con una fuerte impronta centralizadora. En esta ocasión, se intentó afianzar la relación con los Círculos de Obreros y con la doctrina social cristiana. Aun así, este proceso organizativo encontró dificultades y ciertas reticencias al interior de los Círculos. Hacia el final del periodo estudiado, el balance arrojaba nuevamente un sindicalismo que difícilmente se podía considerar como católico —“neutral”, diría Franceschi—, donde se observaba la falta de obreros formados en la doctrina social de la Iglesia y cierto empirismo en la organización.

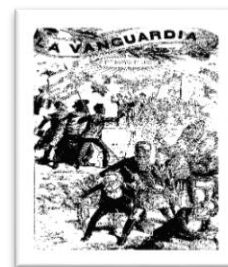
Aun cuando el trabajo femenino constituyó a lo largo del periodo una realidad apenas tolerada, y se prefiriera su trabajo en el domicilio al del taller o la fábrica, hemos mencionado una serie de iniciativas de sindicalización femenina. En el primer caso

abordado, en la fábrica de tejidos de Balvanera, en la primera década del siglo, observamos prácticas de marcado patronazgo religioso por parte del dueño del taller y su esposa. Asimismo, resulta probable que los reparos que hemos observado en la agremiación de trabajadores varones hacia la confesionalidad de las organizaciones no hayan tenido tanto lugar entre las mujeres a causa de los imaginarios sociales que hemos ya descrito en capítulos anteriores. Del mismo modo, las experiencias de la segunda década del siglo muestran una fuerte presencia de sacerdotes —quizás, por cuestiones asociadas a la preferencia de estos antes de que varones laicos— y de asociaciones más profundas entre religión y sindicalización —por ejemplo, los mandamientos de la sindicada—.

De manera general, las organizaciones laborales fundadas por los católicos sociales tuvieron problemas recurrentes para procesar las situaciones de conflicto y para delimitarse de las patronales. Aunque intentaron colocarse del lado de la “libertad del trabajo” contra las imposiciones de las sociedades de resistencia y de las sociedades “amarillas” organizadas por los propietarios, solían quedar en el medio entre las necesidades de las patronales y las de los trabajadores. Es decir, no solo con los trabajadores —por la influencia y posiciones que levantaban las izquierdas— sino también con las patronales el vínculo fue complejo. Salvo algunos casos, las relaciones no fueron orgánicas. Hubo contactos y relaciones próximas con dueños de establecimientos e, incluso, con referentes del Centro de Navegación, la Unión Industrial Argentina o con la Asociación del Trabajo, pero de manera general, las alianzas fueron puntuales y efímeras. Como señaló Grote, sin la colaboración de las patronales —y podríamos agregar, del Estado— la estrategia conciliadora en materia sindical no podía brindar salidas a la apremiante situación de los trabajadores. Quizás el reforzamiento de las posiciones reformistas y de la búsqueda de salidas legales por parte de los Círculos fuese consecuencia de la renuencia de la clase propietaria a apoyar sus iniciativas.

Por eso, hacia el final del capítulo se abordaron las iniciativas parlamentarias, las modulaciones del programa reformista y cómo esto se articuló con la actividad organizativa e institucional de los Círculos a lo largo de todo el periodo. Quedará claro de la exposición que esta actividad se profundizó en la década de 1910, aun cuando la institución no tenía más de dos referentes en el Congreso Nacional. Difícilmente esto pueda asociarse a un fenómeno propio o auto centrado en los Círculos de Obreros, pero tampoco puede dejar de apuntarse el crecimiento de estas movilizaciones.

Capítulo 6. Los Círculos de Obreros y las izquierdas: enfrentamientos y compromisos



El papa y la encíclica *Rerum Novarum* en la tapa del 1 de mayo de 1897 de *La Vanguardia*.

“Los legos en cuestiones de economía social creen que aquí no hay lugar para las doctrinas revolucionarias, porque el país es rico, porque la tierra es fecunda, porque lejos de escasear el trabajo, lo que escasea son los brazos. Error profundo. Nunca ha sido el socialismo enfermedad de los países pobres; al contrario, florece en los países ricos...”¹

“Según aquella insensata doctrina, si un obrero ha economizado algo, porque ha sido ahorrativo, y no ha tirado su plata diversiones, ese obrero, tendría con sus economías un pequeño *capital*, sería ladrón según los maximalistas; y la plata que tiene tendría que compartirla con los haraganes, que no han querido trabajar; o con los imprevisores, que todo lo gastaron o perdieron por diferentes motivos”²

“El día primero de este mes [mayo] está paseándose el anarquismo por Buenos Aires. Miles de obreros socialistas, etc., desfilan como manadas de b... por buen número de calles de la ciudad. Al llegar a nuestra casa desahogaron su rabia gritando: mueras y más mueras, contra los redentoristas, el P. Grote, *La Defensa* y *El Pueblo*. Que Dios le perdone su insensatez...”³

A lo largo de los capítulos anteriores, se han ido señalando algunos elementos que daban cuenta de la centralidad que tuvo, en los objetivos y las prácticas institucionales de los Círculos de Obreros, la disputa entablada con las izquierdas por la clase obrera. Dicha disputa se aborda, en este capítulo, a través de un análisis específico tanto de conferencias, controversias, folletos y cartelería, como de peregrinaciones, movilizaciones y conferencias callejeras. Se exploran, especialmente, la relación que los Círculos mantuvieron con las distintas tradiciones de la izquierda política —socialistas,

1 “El gobierno de la calle”, *La Semana*, 04/06/1909, extraído de BOTANA, N. y GALLO, E., *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Documentos, EMECÉ, Buenos Aires, 1997, págs. 450-451.

2 “Los obreros y el maximalismo”, *Revista Mariana*, 01/02/1919, núm. 22, S/D.

3 Crónica de la comunidad redentorista de las Victorias sobre el 1º Mayo de 1900, en ETCHEVERRY, R., *Op. cit.*, pág. 94.

anarquistas, en menor medida *sindicalistas revolucionarios* y, hacia el final del periodo, los llamados *maximalistas*— y las principales iniciativas que prendieron bloquear su desarrollo entre las y los trabajadores de la ciudad.

Con concepciones diferentes acerca del hombre y de las sociedades humanas, entre los católicos sociales y las izquierdas predominaron las diferencias, las rivalidades y los conflictos; no obstante, unos y otros juzgaban que la situación de los trabajadores bajo el capitalismo librecambista debía ser modificada y esto habilitó ciertos espacios comunes. Por otra parte, ambos actores se movieron en una arena compartida, el mundo de los trabajadores, lo que generó consecuencias discursivas y prácticas, y dio lugar a ciertas modulaciones o matices entre los referentes de los Círculos de Obreros.

Aunque se argumenta aquí que la confrontación ideológica con las izquierdas fue un aspecto originario y central de los Círculos de Obreros que condicionó fuertemente su actividad e identidad, esta oposición encontró zonas difusas, de contacto o de confluencia coyuntural. De hecho, se pueden encontrar referencias de espacios de influencia superpuesta o solapamientos entre las distintas identidades y la presencia de prácticas semejantes —cabe señalar que, a pesar de retóricas antimodernistas, se le dio importancia a las conferencias y a los medios impresos como vehículo de difusión de las propias ideas, la conformación de organizaciones semejantes, la ocupación de la calle mediante distintos modos de manifestación—.⁴ En realidad, estos repertorios, instrumentos o formas de acción eran propias de cualquier actor del campo social y político de la época.

Tal como se apreciará en las páginas que siguen, el centro de la atención lo ocupó el socialismo, ya que tanto el anarquismo como luego el maximalismo en la mayoría de los casos fueron considerados como consecuencias o continuidades del primero.⁵ Así se trataba la cuestión en la *Rerum Novarum* y en la mayoría de los discursos o folletos que analizamos a continuación.⁶ Esto, desde luego, no significó que no existieran iniciativas

4 Siguiendo a Christopher Clark, ya hemos indicado que los católicos desde la segunda mitad del siglo XIX adoptaron medios modernos de propaganda de circulación masiva, organizaron asociaciones y acciones de masas y habilitaron lugares para la actuación de las mujeres, CLARK, C., “From 1848 to Christian Democracy”. En KATZNELSON, I. y STEDMAD JONES, G. (editors), *Religion and the Political Imagination*, Cambridge University Press, New York, 2010, pág. 201. Referido al caso español, ver de la CUEVA MERINO, J. “Católicos en la calle: la movilización de los católicos españoles, 1899-1923”, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 3, 2000, págs. 55-79.

5 Acerca del *sindicalismo revolucionario*, corriente que en la segunda década del siglo se colocó como la principal dirigente del movimiento obrero, no encontramos un desarrollo particular.

6 Tres fueron las encíclicas en las que León XIII se refirió al socialismo y a las tareas que debían asumir los católicos para contrarrestar sus trabajos: *Muneris Quod Apostólicas* (1878), *Rerum Novarum* (1891) y *Graves de communi* (1901).

específicas dirigidas a contrarrestar la actividad o la propaganda de aquellos sectores. Es probable, también, que el término *socialismo* fuese usado como una forma genérica de referirse al campo de las izquierdas. De todos modos, era la corriente que más creían conocer los referentes de los Círculos, a pesar de las notorias imprecisiones que podían aparecer respecto de la línea o trayectoria del PS argentino.

Explorar la confrontación ideológica entre las izquierdas y el catolicismo, es importante porque en estos episodios se forjaron argumentos, identidades, programas, prácticas y organizaciones. En los hechos, se trató de una relación más próxima de lo que se ha esgrimido, con discusiones y confrontaciones físicas, y también algunos acuerdos. En primer lugar, se examina la confrontación de ideas a partir del análisis de una selección de discursos, publicaciones y controversias con otras corrientes. Seguidamente, se focaliza en la realización de los actos y movilizaciones callejeras, algunas de carácter ordinario y otras, extraordinario. Se ponderan también, en este marco, algunas intervenciones en el ámbito parlamentario.

Espacios comunes, influencias e identidades: católicos sociales, socialistas y anarquistas

En la introducción se ha abordado cómo las historiografías especializadas en el mundo del trabajo y las izquierdas, y en la historia de la Iglesia Católica y el catolicismo, han abordado el vínculo de confrontación y disputa entre católicos, socialistas, anarquistas y comunistas. Además, sin contradecir las diferencias de fondo entre ambas tendencias, algunos trabajos también han observado que, en medio de una sociedad ampliamente liberal, en la que primaban ideas de intervención mínima del Estado, tanto católicos sociales como socialistas compartieron posiciones o formaron parte de una misma tendencia reformista que encontró algunos adeptos al interior de la elite liberal dirigente.⁷

Nos interesa retomar aquí un texto ya clásico de Fortunato Mallimaci en el que, siguiendo a Emile Poulat, el autor propuso pensar el proyecto católico elaborado a fines del siglo XIX como una cultura o tradición política de tipo integral, es decir que los católicos —como los liberales y los socialistas— asumían su identidad como tales en las

7 ZIMMERMANN, E., *Op. cit.*; SURIANO, J., “La cuestión social y el complejo proceso de construcción inicial de las políticas sociales en la Argentina moderna”, *Ciclos*, núm. 21, 2001, págs. 123-147; PORTELLI, M. B., “Catolicismo y reforma social...”, *op. cit.*, págs. 52-77.

distintas esferas de la vida social.⁸ Específicamente, se explica, se trataba de modelos de intervención que no buscaban únicamente una presencia social, cultural, política, económica o religiosa; por el contrario, pretendían ser hegemónicos, integrales, absolutos, excluyentes, poseedores de “toda la verdad”. Estos proyectos buscaban “hacer liberal toda la sociedad; hacer socialista toda la sociedad, hacer católica toda la sociedad”.⁹ Más allá de las derivas que podría tener esta lectura, a la luz de experiencias políticas posteriores, resulta adecuado pensar en términos de culturas o tradiciones políticas que actuaban —o buscaban hacerlo— en las distintas esferas de la vida de las y los trabajadores y perseguían un fuerte compromiso identitario de sus seguidores, que no necesariamente ocurría en la realidad cotidiana.

Tal como se ha indicado previamente es posible imaginar que algunas referencias al *socialismo* implicaban, también, una forma genérica de referirse al universo de las izquierdas, con sus diversas corrientes internas o subculturas políticas,¹⁰ aunque es claro que aquella era la corriente que más conocían los referentes y propagandistas de los Círculos de Obreros. Teniendo en cuenta que se movieron en una arena común, en este apartado nos interesa examinar algunos elementos de la relación entre estos dos grandes actores que intervinieron en el mundo de los trabajadores de la ciudad: los católicos sociales —específicamente, los organizados en torno a los Círculos de Obreros— y las izquierdas.¹¹ En este sentido, se analizarán diversos espacios y experiencias de la clase obrera porteña en las que estos actores se cruzaron.

¿Qué entendían por “socialismo” los diversos propagandistas católicos? Lejos de criticarlo de forma directa e incondicional, aparecían ciertas concesiones discursivas hacia aquel ideal, así como a sus posiciones críticas respecto de la condición de los obreros. Por ejemplo, en *La Buena Lectura*, ante la demanda de una lectora interesada que consultaba sobre los reales fundamentos de la doctrina socialista, la redacción respondía que no era un sistema fácil de explicar dado la variedad de posturas entre sus defensores. No obstante, su base común era la repartición de la propiedad: “[Q]ue todo

8 MALLIMACI, F., “El catolicismo argentino desde el liberalismo integral...”, op. cit., págs. 197-365.

9 MALLIMACI, F., *Op. cit.*, pág. 206.

10 CAMARERO, H., “La cultura política comunista en la clase obrera argentina de entreguerras: prácticas, repertorios de organización y subjetividad militante”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, núm. 2, 2016, págs. 1-22.

11 Sobre esta expresión y sus diferencias con las nociones más delimitadas de *mundo del trabajo* o *movimiento obrero* ver FALCON, R., *El mundo del trabajo urbano...*, op. cit., pág. 10; CAMARERO, H., *A la conquista de la clase obrera...*, op. cit., pág. XVII.

sea común, que nada sea de nadie, y todo sea de todos” y agregaba: “Es un sistema *simpático en teoría*, sobre todo para los que no tienen nada y creen posible participar de todo sin afanes. Pero prescindiendo de su carácter contrario á la ley de Dios, es un sistema absurdo é imposible”. Jamás podría igualar el hombre aquello que Dios había hecho desigual.¹² De modo que aquella referencia a la *simpatía teórica* que podían generar ciertos enunciados era rápidamente impugnada por absurda e imposible, además de ser considerada inconciliable con la ley de Dios.

En el mismo sentido, en 1904, Federico Grote comenzó su conferencia sobre el socialismo de la siguiente manera:

“Si el socialismo no fuese más que esto [en referencia a su objetivo de “levantar al obrero de su miseria por medio de las asociaciones obreras y la lucha contra el poder opresor del capitalismo moderno”], y en la suposición de que en esa lucha no se valiera de armas prohibidas por el derecho y la moral, ¿quién tendría inconveniente en ser socialista? ¿No nos obligaría en cierto modo á ello el precepto del Evangelio: *Ama al prójimo como á ti mismo?*”¹³

De este modo, Grote realizaba la solo aparente coincidencia entre el programa socialista y los preceptos evangélicos. En otros casos, el socialismo podía aparecer como la continuidad de un ideal evangélico y los socialistas como hombres equivocados, pero con buenas aspiraciones. En esta última dirección pueden ser interpretadas las palabras de Francisco Durá en su discurso en el I Congreso de los Círculos de Obreros (1898) sobre la consigna “Proletarios de todos los países uníos” que el orador había visto en la pared de un club socialista de la ciudad: “la divisa en sí, no es contraria al Evangelio, donde se reconoce que todo reino dividido interiormente, será desolado”. Seguidamente, añadía que debía completarse de la siguiente manera: “*uníos é id a Jesucristo, único que tiene palabras de vida eterna*”. Justamente a completar aquel programa, decía, se dedicaban las obras cristianas emprendidas principalmente en Alemania, Austria y Suiza desde mediados del siglo XIX. En el mismo discurso, Durá aseguró que el socialismo era un “sistema de turbulencias” pero, reconocía, los socialistas eran “hombres contrariados en muy legítimas aspiraciones; la fuerza misma de su dolor los ha hecho revolucionarios y la desmoralización que le ha inculcado el liberalismo, los ha vuelto, en algunos casos, feroces: son más enfermos, que culpados, especialmente los de las clases verdaderamente

12 El subrayado es nuestro. *La Buena Lectura*, núm. 2, 12/09/1896, Buenos Aires, pág. 23; *La Buena Lectura*, núm. 1, 5/09/1896, Buenos Aires, pág. 11.

13 GROTE, F., “De cómo el Socialismo explota al obrero actualmente y lo explotará en el Estado que pretende crear”, Conferencia pronunciada en el salón de Estudios Sociales, calle Victoria 1265, Escuela Tipográfica del Colegio Pío IX de Artes y Oficios, Buenos Aires, 1904, pág. 5.

trabajadoras”. En este sentido, esperaba que las instituciones católicas fuesen “el piadoso Samaritano que alce del suelo al proletariado y le cure las heridas que le ha hecho el ladrón del liberalismo”.¹⁴

Durá tomaba como verdadero mal al liberalismo y exculpaba a los socialistas o, al menos, a quienes eran trabajadores. Los católicos debían perdonar y sanar las heridas sociales que había abierto el liberalismo.

Otro laico, Alejandro Calvo —presidente de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros— aclaraba, en 1907, para que nadie desconociera los propósitos fundamentales de la institución, que este tipo de corporaciones cristianas “aprecian de la misma manera que los socialistas la desgraciada situación que los progresos industriales le han creado al obrero moderno”. De hecho, decía, también consideraban que el aumento y el progreso constante y creciente de la maquinaria contribuía a deprimir o rebajar el valor del trabajo, de tal forma que pronto un hábil artesano no podría satisfacer con su esfuerzo las apremiantes exigencias de la vida. De este modo, “coinciden, pues, el socialista y el cristiano en la apreciación de los hechos, pero seguramente aplicarán á la dolencia distinta clínica”.¹⁵

¿A qué podía deberse esta elección discursiva que llevó, en dichas ocasiones, a subrayar primero los parecidos y luego las diferencias que este sector del catolicismo tenía con el socialismo? En primer lugar, como hemos visto, trasluce cierto reconocimiento de la posición que los socialistas habían adquirido en el campo obrero de la ciudad. Pero creemos que existió, también, cierto temor por la influencia que las izquierdas pudieran tener sobre los mismos católicos puesto que la Iglesia se autodefinía como una aliada histórica de los que trabajaban. Una pista en este sentido nos la aporta Celia Lapalma de Emery —la ya mencionada referente del catolicismo social de la ciudad con proximidad con la obra de los Círculos de Obreros— en el siguiente pasaje:

“Sentóse a mi lado una joven obrera; pregonábase en venta cierto folleto inmoral y calumnioso que se apresuró a comprar, leer y pasar á su compañera... Yo me dije: ¡infeliz! Ésta estará afiliada á algún centro liberal. Entré en conversación con ella y ¿sabéis á qué centro pertenecía?... Al Apostolado de la Oración de una parroquia de esta Capital. Por cierto que el folleto corrió luego mal fin; pero observad que fue comprado y leído por ignorancia”.¹⁶

14 DURÁ, F., *Op. cit.*, págs. 109-110.

15 El fragmento corresponde al discurso del sr. Alejandro Calvo en la inauguración del Círculo de Obreros de la Merced. “Inauguración solemne del Círculo de la Merced”, *Revista Mariana*, tomo 29, núm. 39, 30/05/1908, pág. 465.

16 LAPALMA de EMERY, Celia, “Punible apatía de los católicos en presencia de los males que amenazan a la sociedad”, en *op. cit.*, pág. 276.

Aunque no sabemos exactamente de qué tipo de impreso se trataba, lo que nos interesa de este relato es justamente aquello que Lapalma quería mostrar: la influencia que podía tener sobre las trabajadoras católicas la propaganda “impía”. *Por ignorancia*, explicaba, una trabajadora que formaba parte de un centro católico podía comprar y compartir un material contrario a su fe.

A principios del siglo XX, en su famoso informe Juan Biale Massé había apuntado que, en Tucumán, algunos obreros estaban afiliados al Círculo de Obreros católico y a una sociedad anarquista. Ante la sorpresa le preguntó a uno de ellos cómo explicaba eso, este le habría respondido: “Allí le doy el gusto a mi madre, que es beata, y aquí me lo doy a mí. En el círculo nos enseñan puros deberes, parece que fueran agentes de los patrones, aquí he aprendido mis derechos”.¹⁷ Según el mismo informe, muchos obreros habían pasado del Círculo de Obreros al centro anarquista y expresamente aclaraba que en ninguna parte de estos se iban a los centros socialistas.¹⁸

Estas situaciones no ocurrían únicamente entre los católicos, aunque quizás fuera un fenómeno más extendido en ellos. Un ejemplo de interés lo brinda Horacio Ricardo Silva en su libro *Días rojos, verano negro*. Mario Boratto fue uno de los dirigentes de la Sociedad de Resistencia Metalúrgicos Unidos, el sindicato que inició la medida de lucha en los talleres Vasena que derivó en la huelga general de enero de 1919 en Buenos Aires. Silva define a Boratto como un obrero católico, no anarquista; un hombre de familia con costumbres tradicionales, que estuvo lejos de asumir el perfil de “agitador” que le adjudicaron los informes policiales.¹⁹ Es decir, al frente del sindicato de orientación anarquista cuya lucha dio inicio a la Semana Trágica había un trabajador católico, de costumbres tradicionales. La referencia a este caso nos permite introducir el problema del tipo de fuentes con que hemos contado. Resulta probable que muchas de estas cuestiones pudieran surgir en entrevistas o memorias de miembros de una u otra tradición, lamentablemente no es posible contar con este tipo de material para el periodo estudiado.²⁰ Como ha indicado Hugh Mc Leod en la historiografía inglesa, la historia oral

17 BIALET MASSÉ, J., *Informe sobre el estado de la clase obrera*, tomo II, Hyspamerica, Buenos Aires, pág. 666.

18 Ídem.

19 SILVA, H., *Días rojos, verano negro. Enero de 1919, la Semana Trágica de Buenos Aires*, Libros de Anarres, Buenos Aires, 2011, págs. 94-97.

20 Solo hemos dado con una entrevista a Osvaldo Sartirana realizada en 1992 por la historiadora Mabel Scaltritti como parte de un estudio sobre el Barrio de Nueva Pompeya. Osvaldo fue uno de los 7 hijos de quien fuera uno de los presidentes del Círculo de Obreros de Nueva Pompeya. Su familia llegó a la ciudad de Buenos Aires desde la provincia de Córdoba en 1930, en plena crisis económica y que se alojaron en

sugiere que la religiosidad de los trabajadores ingleses era mayor a la recogida previamente y en los censos.²¹

Es que, en realidad, estos universos que se presentaban como tan distantes podían acercarse bastante. Por ejemplo, a través de algunas trayectorias y elecciones personales. El más relevante, sin dudas, fue el del dirigente socialista Alfredo Palacios, quien de joven había participado de los Círculos de Obreros. Como recordaría Alfredo Sánchez Gamarra en la biografía de Federico Grote, su primer discurso público había sido en uno de los círculos y a pedido de este sacerdote, que siempre habría sentido simpatía hacia su persona y rogado a Dios por su regreso al redil.²² Otros casos menos populares, igualmente podían formar parte de una activa propaganda. La señorita María Loyarte fue presentada en *La Vanguardia* como una “víctima del clericalismo” que “hasta la fecha ha pertenecido á los círculos de obreros católicos, organizados por el afamado padre Grote”. La joven dio una conferencia en el Centro Socialista Obrero sobre su experiencia en ellos.²³ Con esta intervención pública, la militancia socialista buscaba mostrar a un público femenino “las mentiras de los frailes”. Algunas familias, incluso, podrían contar con miembros de uno y otro lado del espectro político-religioso que estamos describiendo.²⁴

De modo que, aunque las militancias más comprometidas quisieran escindir completamente un universo del otro, en la cotidianidad pudieron darse ciertos espacios comunes o de encuentro. Se movían en el mismo universo social y se dirigían a los mismos sectores de la población, con posiciones regeneracionistas de la vida y moral de los trabajadores, compartían cierta distancia respecto de la dirigencia política, aunque en

“La Colonia”, el barrio creado por las damas vicentinas en la década del diez. La condición para acceder a la vivienda era ser católicos, aunque no necesariamente militantes. De su padre cuenta que era talabartero, sin formación intelectual particular, más bien un hombre de campo, de trabajo y honesto. Se adaptaba bien y se llevaba bien con la juventud. No obstante, la institución como se ha podido ver había cambiado mucho para el momento en que este talabartero se hizo cargo del Círculo. Agradezco enormemente a Mabel Scaltritti el haberme facilitado el audio de la entrevista.

21 MC LEOD, H., *Religion and the Working Class op. cit.*, págs. 9 y 10.

22 SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Op. cit.*, pág. 210.

23 “A las mujeres. Conferencia de una mujer sobre el clericalismo”, *La Vanguardia*, 27/01/1900.

24 También lo fueron los vínculos familiares y un ejemplo destacado de esto fue la familia Bunge: Augusto —diputado socialista—, Alejandro —presidente de la Junta Central de Gobierno de los Círculos de Obreros Alejandro Bunge— y Delfina —reconocida escritora católica, casada con Manuel Galvez—. “Contestaré a lo que he oído, es decir, a la alusión de que he sido católico. Lo he sido hasta los quince años. Pero aunque lo hubiera sido hasta los treinta y cinco ¡vaya el argumento! ¡Alumno del Salvador entre los 13 y 15 años, he tenido suficiente libertad y amplitud de criterio para librarme, en cuanto he salido de esa cárcel corporal, mental y moral, de los prejuicios y dogmas inculcados en ella!”, “El presupuesto de culto. El Estado y la Iglesia. Un debate parlamentario importante”, *La Vanguardia*, 19/09/1919.

el caso de los católicos no de las clases dominantes o superiores en sí mismas. A lo largo del capítulo se verán también algunas de estas situaciones, sin que ellas obturen lo que consideramos el centro de la relación que unió al catolicismo social y dentro de este a los Círculos de Obreros con las izquierdas: la diferencia y el conflicto.

¿Cómo interpretaban a las izquierdas los referentes de los Círculos de Obreros?

Desde sus orígenes, los Círculos de Obreros se definieron como una institución que promovía el bienestar de los trabajadores y que se oponía a la propaganda de los socialistas y de la impiedad —término amplio que englobaba a liberales, anticlericales, anarquistas, etc.— Estos sectores, a través de promesas engañosas acerca de una felicidad efímera, llevaban al obrero a su ruina —temporal y eterna— y arrastraban a toda la sociedad hacia males incalculables.²⁵ La actividad de propaganda en los Círculos fue, entonces, de importancia. Se hizo en varios niveles y echando mano de diversas herramientas que, si excluimos aquellas de carácter eminentemente religioso, eran similares a las realizadas por otras instituciones de la época. Así, los Círculos organizaron conferencias, controversias, representaciones teatrales y difundieron una amplia producción escrita que incluyó artículos, folletos y cartelería. Como se indicó, esto ponía a los católicos, y a los Círculos de Obreros, en particular, en sintonía con los métodos modernos de difusión y propaganda.

Ya hemos mencionado que cada círculo, según los estatutos, debía brindar mensualmente fiestas a los socios —varones—. Entre otros objetivos, estos eventos cumplían una importante función de promoción y difusión del programa social. Por eso, además de algún discurso general sobre la cuestión obrera, el rol social de la religión o algún hecho relevante del momento, se preparaban conferencias sobre temas específicos. Entre ellas hubo muchas referidas al socialismo. En las fiestas fue usual el uso del teatro con fines recreativos y propagandísticos. En las representaciones, se recurría al humor —donde los adversarios y sus posiciones podían ser ridiculizadas— aunque también a representaciones de otro estilo. Por ejemplo, en 1895, Grote escribió una comedia en dos actos titulada “El Obrero Liberal”. En su presentación habían participado varios socios y,

²⁵ *Reglamento de los Círculos de Obreros...*, *op. cit.*, pág. 5.

entre ellos, se habría destacado la actuación de un joven zapatero.²⁶ En otros casos, los sujetos que aparecían en el centro de la escena eran anarquistas, como en la que tuvo lugar en diciembre de 1894 en el Círculo de Santa Lucía.²⁷ Un ejemplo más, se dio en una fiesta dedicada al Obispo Romero en la cual se presentó el drama “El anarquismo y sus consecuencias”.²⁸ Aunque no poseemos los guiones de estas obras, parece ser claro que se apelaba a la actuación para transmitir ciertas construcciones acerca de las ideas liberales y anarquistas y de sus seguidores.

Hemos dicho ya que, como ocurrió con otras organizaciones de la época, los Círculos de Obreros publicaron un periódico propio, *La Defensa* (1895); en 1900, la institución tomó como su órgano oficial a *El Pueblo*, diario fundado también por Grote; poco después, ese lugar lo ocupó otro periódico, *Democracia Cristiana* (1903-1905). En 1908, el rol de órgano oficial fue asumido por *El Trabajo*, que tuvo dos etapas: 1908-1912 y 1913-1915.²⁹ Llama la atención la inestabilidad de estos órganos; en particular, si se los compara con los de las principales corrientes políticas del movimiento obrero, entre los que pueden resaltarse *La Vanguardia* y *La Protesta*. Algunos centros locales tuvieron boletines propios, donde daban circulación a la información relevante para los socios y a textos instructivos de diversa índole; publicaron algunos folletos y, en ocasiones, incluso fijaron cartelera en las paredes de la ciudad —si se conservó, desconocemos el paradero de la mayor parte de este corpus—. De todos modos, en este apartado analizaremos una cantidad de conferencias —reproducidas parcial o totalmente en la prensa católica— y folletos referidos al socialismo y, en menor medida, al anarquismo.

Las palabras mágicas de la moderna serpiente tentadora del paraíso. Apreciaciones sobre el socialismo

Ahora bien, ¿cómo interpretaron los fundadores de los Círculos de Obreros el problema del socialismo? Para responder a esta pregunta, recurrimos a varias

26 Luis Ferracani era soltero, argentino y tenía 21 años. Censo Nacional de Población, Sección 21, Manzana 84, Ciudad de Buenos Aires, ficha sin dato; “El obrero liberal”, *La Voz de la Iglesia*, 14/01/1895.

27 Se representó una escena cómica entre un anarquista y un socio del Círculo que “produjo una alegría indescriptible”, *La Voz de la Iglesia*, 14/12/1894.

28 “Círculo Central”, *El Pueblo*, 14 y 15/10/1901.

29 Hubo también otras iniciativas más efímeras: *La Voz del Obrero* (marzo de 1907- febrero de 1908) y *Boletín de los Círculos* (mayo 1908- fines de 1908). Asimismo, hubo publicaciones locales pertenecientes a los Círculos de Obreros de Santa Fe, Rosario, Córdoba, etc. Sobre esto ver, AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino, Grote y la estrategia...*, op. cit., págs. 46- 51; 121-126.

conferencias y folletos de Grote que datan de 1898³⁰, 1901 y 1904, la alocución de Francisco Durá en el I Congreso de los Círculos de Obreros en 1898, otros dos discursos de Alejandro Calvo — presidente del Consejo General y de la Junta Central de Gobierno— de 1895 y 1907 y dos controversias: una realizada mediante intercambios entre *La Defensa* y *La Vanguardia* en 1895 y que fue seguida de un mitin con la presencia del redactor del periódico de los Círculos y varios miembros del PS que fue reproducido en el periódico de estos.

Grote relató que cuando, a principios de la década del noventa, había presentado su idea de fundar Círculos de Obreros en Argentina recibió manifestaciones de disconformidad de “muchas personas de significación política y social”. Dichas personas habían argumentado que el socialismo no tendría adherentes locales y que la agitación europea no llegaría al país por ser este “inmenso, rico y desierto”. En 1901, a la luz del desarrollo posterior, con sucesos de “carácter cada vez más acentuadamente socialista”, Grote evaluaba que su idea de constituir una institución de defensa social había sido “justa y oportuna”. Al explicarlo, Grote declaraba que aquellas personalidades que se habían opuesto a la iniciativa habían partido de premisas erróneas y habían interpretado que la miseria engendraba al socialismo y que esta era solo un estímulo para su desarrollo.

En su opinión, no era la falta de pan lo que generaba el socialismo, sino “la falta de idea sana” o la difusión de “ciertas ideas” que habían partido de la Revolución Francesa y habían dado la vuelta al mundo “trastornando cabezas” y “pervirtiendo las almas”. Así, junto a las *malas ideas*, actuaban las pasiones que les daban impulso. El socialismo, justamente, animaba las pasiones del pobre trabajador con sus discursos:

“He ahí las palabras mágicas de la serpiente tentadora del paraíso renovadas por los modernos engañadores: «Seréis como dioses» les dicen, y los pobres obreros creen que serán como dioses siguiendo al socialismo. Ved, pues, á la pasión vil estimulando a la idea”.³¹

Desde esta perspectiva, la cuestión social no constituía en sí misma un problema material, que de todos modos estaba presente, sino un problema moral, en que idea y pasión se retroalimentaban. A pesar de esto, Grote definía el socialismo como un sistema económico; no porque no tuviera fines sociales, morales o religiosos sino porque todos estos fines estaban subordinados a un objetivo económico: la realización de una “nueva repartición de la riqueza”. En paralelo, entendía que su principal fundamento era el

30 Contamos únicamente con la reedición de 1921.

31 “Las conferencias del P. Grote. Resumen de la primera”, *El Pueblo*, 25/09/1901.

desequilibrio social existente. Ese planteo, decía el sacerdote, era “real y cierto” y constituía una consecuencia directa de la Revolución Francesa, con sus doctrinas erróneas aplicadas en el orden económico. En efecto, ese era el punto fuerte de su propaganda y constituía la explicación de su “gran desarrollo”.³²

Recuperando planteos e iniciativas de diversos sectores del catolicismo europeo posterior a los levantamientos sociales de 1848, en su famosa encíclica sobre la cuestión obrera (1891) León XIII había polemizado explícitamente con la “solución” que planteaban los socialistas y había subrayado que estos excitaban el odio entre pobres y ricos. Pero el argumento central que levantaba contra los socialistas era que ellos proponían como resolución al problema social el fin o la abolición de la propiedad privada y su sustitución por una colectiva, y que ello era contrario a la justicia, a la naturaleza e, incluso, perjudicial para el propio obrero. Desde su óptica, tal proyecto contrariaba a la justicia porque afectaba a los legítimos poseedores, pervertía los deberes del Estado e introducía una completa confusión entre los ciudadanos.³³ Del mismo modo, la consideraba perjudicial para el obrero ya que afectaba su derecho “verdadero y perfecto” sobre su salario y a disponer como quisiera de él.³⁴ Finalmente, era un planteo contrario a la naturaleza del hombre, tan distinta de la de los animales, los cuales únicamente gozaban del bien en las cosas corpóreas. En la naturaleza humana, en cambio, primaban el entendimiento o la razón y la posibilidad de poseer las cosas con “derecho estable y perpetuo, tanto aquellas que con el uso se consumen, como las que no”.³⁵ Para León XIII, la propiedad privada era un derecho ajustado a la naturaleza humana,³⁶ y en la búsqueda del “modo de aliviar a los pueblos” debía quedar claro, por lo tanto, que había que resguardarla.³⁷

La principal diferencia que encontramos entre la encíclica y los discursos levantados por los propagandistas de los Círculos de Obreros argentinos en la etapa estudiada es la posición respecto del Estado. León XIII marcaba allí una profunda distancia respecto de la acción estatal —por ejemplo: “ni hay para qué se entrometa en esto el cuidado y providencia del Estado”—.³⁸ En cambio, aunque la línea de los Círculos

32 *Ídem.*

33 LEÓN XIII, *Op. cit.*, pág. 8.

34 *Ídem.*

35 LEÓN XIII, *Op. cit.*, pág. 9.

36 LEÓN XIII, *Op. cit.*, pág. 11.

37 LEÓN XIII, *Op. cit.*, pág. 16.

38 LEÓN XIII, *Op. cit.*, pág. 10.

de Obreros se nutrió de la encíclica mencionada, también lo hizo del pensamiento de otros intelectuales católicos europeos, entre quienes —como ha analizado María Pía Martín— existían distintas escuelas o corrientes, los llamados reformadores católicos y los demócratas cristianos.³⁹ Asimismo, influyó de manera significativa el debate que entablaron con los socialistas locales y su actividad.

Un aspecto destacado de la caracterización del socialismo que hicieron los oradores de los Círculos fue su filiación con el liberalismo. Así, en el folleto publicado por primera vez en 1898 y reeditado con algunos agregados en 1921, Grote sostenía que en el orden social capitalista, el obrero —“por oprimido que viva”— era libre de elegir su ocupación o el oficio que más se correspondiera con sus inclinaciones, actitudes y circunstancias; podía elegir el patrón que más le conviniera, abandonarle o hacerle huelga si el salario le pareciese insuficiente o injusto.⁴⁰ Además, el obrero era libre de escoger en qué gastar su salario —“por miserable que sea”— ya que nadie le impediría que comprarse con sus ahorros un pedazo de terreno en que edificar su casa. Finalmente, podía ligarse voluntariamente a una mujer y tener el derecho “de llamarla suya y de llamar suyos a los hijos que ella le diera como fruto del mutuo amor”.⁴¹ Según Grote, ese “último resto de libertad” del obrero le sería confiscado por el Estado Socialista que confiscaría no solo los palacios, sino, también, “la choza del pobre”.⁴² En su perspectiva, el socialismo eliminaba todo movimiento libre de la actividad humana.

El socialismo, por otro lado, insistía en identificarse con “la utopía de la igualdad social” —planteada como “completa y absoluta” entre todos los hombres—, y este era un principio falso, que había quedado incumplido tras la Revolución Francesa. Al mismo tiempo, con la aplicación del liberalismo en el terreno económico, esta revolución había traído consigo una desigualdad “mucho más antipática y brutal que la antigua”: la de los hombres ricos y la de los desgraciados. En este sentido, decía, el socialismo renovaba la utopía francesa de la igualdad y apuntaba sus cañones contra la propiedad privada. En esa línea, “el liberalismo proclamó la igualdad ideal y el socialismo más racional, lógico, quiere extenderla al hecho en el terreno económico”. El liberalismo —persiguiendo su ideal de igualdad, fraternidad y libertad— había expropiado a la monarquía, la Iglesia y

39 MARTÍN, M. P., *“Iglesia católica, cuestión social y ciudadanía...”, op. cit.*

40 GROTE, F., *El Socialismo. Breve exposición y crítica de sus doctrinas económicas y morales*, Segunda edición revisada y aumentada, Herder y Cía., Friburgo, 1921, pág. 33.

41 Ídem.

42 GROTE, F., *El Socialismo...*, *op. cit.* págs. 33 y 34.

la nobleza. Sin embargo, aseguraba, por una inconsecuencia que los socialistas querían corregir, no había abolido la propiedad privada.⁴³

En un plano más teórico, apuntaba Grote, también podía apreciarse la deuda que el socialismo mantenía con el liberalismo. La teoría “de los valores” de Marx no era más que el desarrollo del principio de que “el trabajo es la única fuente de toda la producción y valor”, idea que provenía de las escuelas de Adam Smith y David Ricardo. Del mismo modo, decía, la llamada “ley férrea del jornal” —o ley de hierro del salario—, adjudicada a Ferdinand Lassalle, había sido enunciada anteriormente por los economistas liberales y no era otra cosa que la aplicación del principio de “la oferta y la demanda” al salario.

Además, la doctrina socialista era heredera de las teorías de Jean Jacques Rousseau y de la invención del *contrato social*. Grote agregaba que se trataba de un arma riesgosa aun para los propios liberales, ya que si en un futuro se quisiera modificar las instituciones por convenio, no sería lógico negarles a los socialistas tal derecho.⁴⁴ Por ende, la represión a los socialistas por parte de los liberales era tan injusta como podía ser que un maestro maltratara a su discípulo por haber aprendido su lección.

Por último, lo más problemático de esta doctrina era su concepción materialista y atea de la vida y esta concepción también había tenido su origen en el liberalismo. En efecto, si la vida era como un banquete del que todos podían aspirar a participar —sin que existieran premios ni castigos ultraterrenos— ¿con qué derecho unos se llenarían y la inmensa mayoría habría de sufrir en la pobreza y en la escasez? Con su prédica, el liberalismo había fomentado el ateísmo y había contribuido a apartar la política, la familia, la escuela, el trabajo y la industria del “benéfico influjo” de las leyes de Dios.⁴⁵

Por todo esto, Grote consideraba que el socialismo no era fruto de la casualidad, un invento de un sabio precoz, ni tampoco un mero efecto de la miseria. Las ideas proclamadas en 1789 como una “gloriosa conquista” habían propagado el sistema capitalista liberal y el imperio del “más crudo y egoísta” individualismo y, en consecuencia, provocado —en reacción— la emergencia del socialismo. Para el fundador de los Círculos de Obreros, la idea de expropiar la propiedad privada por medio del sufragio universal no significaba otra cosa que llevar a la práctica el principio liberal de

43 “Las conferencias del P. Grote. Resumen de la primera”, *El Pueblo*, 25/09/1901.

44 Ídem.

45 Ídem.

que los hombres podían modificar a su voluntad todas las instituciones por ser producto de un *convenio* previo entre estos.

A su vez, la igualdad de la que hablaba la doctrina socialista no se limitaba al aspecto legal —algo que, según Federico Grote, en 1901, existía en muchas naciones—, sino que consideraba la igualdad en tanto “social, política y efectiva”. A pesar de que los hombres tenían una misma naturaleza, el mismo origen y el mismo fin, esto no bastaba para que ellos pudieran vivir en iguales condiciones políticas, económicas y sociales. Esto se debía a que existían otras desigualdades secundarias, pero esenciales, que lo impedían: los hombres no son iguales en edad, sexo, condición (solteros, casados), inclinaciones, fuerza, talentos, etc.⁴⁶

Incluso tampoco se podían eliminar las diferencias secundarias en la medida en que también se originaban en la naturaleza humana.⁴⁷ Más aún, estas desigualdades no cesaban de producirse y, en ese sentido, si se pudiera hacer una nivelación de riquezas, la diversidad de fortuna volvería a generarse, debido a las diferencias en los temperamentos, iniciativas, talentos, que llevarían a los individuos a tomar caminos distintos con su porción del reparto. En consecuencia, si se quisiera mantener esa igualdad, sería necesario hacer uso de la violencia: “prometen hacer desaparecer esas desigualdades; pero sólo lo conseguirían un instante con medios artificiales y violentos, como el podador que iguala por un momento el follaje de las plantas”.⁴⁸ Mas un sistema basado en artificio y en la violencia, no sería duradero.

Asimismo, para Grote, las desigualdades sociales no necesariamente debían tomarse como negativas para el ordenamiento social, ya que podían contribuir a dar “armonía” a la sociedad. De hecho, la variedad en las actitudes o inclinaciones de los individuos podía ser útil a la hora de distribuir labores, responsabilidades y bienes. Incluso, Grote evaluaba que la propiedad privada constituía un estímulo para que el hombre venciera su natural pereza e indolencia.

Otro alegato contra los socialistas consistía en oponerlos a la familia y, como se sabe, de esto ya habían dado cuenta Marx y Engels en *Manifiesto Comunista* (1848). Al respecto, en su defensa del derecho a la propiedad de los hombres y, por ende, de los obreros, León XIII afirmaba que estos eran más fuertes si se los consideraba trabados y

46 Ídem.

47 “Conferencias del P. Grote. Socialismo: definición y explicación”, *El Pueblo*, 26/09/1901.

48 Ídem.

unidos con los deberes que los mismos hombres tenían al vivir en familia. La familia era percibida como una verdadera sociedad, más antigua que cualquier Estado y, por lo tanto, debía tener derechos y deberes propios, totalmente independientes de la potestad civil. En ese sentido, decía, era necesario que el derecho de dominio, atribuido por la naturaleza a cada persona, fuese transferido al hombre en cuanto cabeza de la familia.⁴⁹ Por eso, los socialistas perjudicaban a la familia al intentar introducir el poder civil “hasta lo íntimo del hogar”.⁵⁰ El pontífice únicamente admitía la intervención de la autoridad pública en casos extremos y, en definitiva, juzgaba que la patria potestad no podía ser extinguida ni asumida por el Estado.⁵¹

En relación con este terreno, Grote sentenciaba que el socialismo concedía a los hombres la libertad de dar rienda suelta a “sus pasiones brutales” y a “aquellos placeres” que, a su juicio, eran erróneamente equiparados por August Bebel —en su libro *La mujer y el socialismo* (1879)— con las necesidades espirituales.⁵² Como heredera del liberalismo, la doctrina socialista equiparaba la *libertad de las pasiones* a las libertades de pensamiento y de conciencia que, por lo tanto, debía ser “tan ilimitada” como aquellas. En esta dirección, interpretó la posición que los socialistas tenían sobre el divorcio como una nueva muestra de la “inaudita libertad” que promovían.

El matrimonio era, según el sacerdote alemán, la institución que, hasta ese momento, en todos los tiempos y en todas las naciones, había constituido la barrera más fuerte contra el “desenfreno de los apetitos brutales”.⁵³ Así, contra la idea de *amor libre*, que adjudicaba a los socialistas, replicaba que el matrimonio tal cual se lo conocía entonces era libre, pues nadie obligaba a los contrayentes a casarse. A su vez, el tipo de contrato de matrimonio que buscaban instaurar los socialistas era “una gran novedad en el género de contratos”, puesto que —razonaba— se trataba de un contrato que no ligaba efectivamente, y que dejaba a los contrayentes en completa libertad de deshacer mañana

49 LEÓN XIII, *Op. cit.*, págs. 13 y 14. La familia era entendida aquí como una sociedad patriarcal y constituida jerárquicamente a partir del vínculo matrimonial (heterosexual, sagrado e indisoluble). León XIII dedicó a este tema la encíclica *Arcanum Divinae Sapientiae*, 1880.

50 LEÓN XIII, *Op. cit.*, pág. 15.

51 Ídem.

52 GROTE, F., *El Socialismo...*, op. cit., pág. 35. El libro de Bebel tenía cierta circulación local debido a que el Partido Socialista reprodujo en *La Vanguardia* y como folleto una traducción que había hecho la escritora española Emilia Pardo Bazán.

53 GROTE, F., *Op. cit.*, pág. 36. Como apuntó Sandra Mc Gee Deutsch en su estudio sobre la sexualidad de los nacionalistas argentinos del periodo de entreguerras, la virilidad no coincidía con la sensualidad desenfrenada y detrás de ella se ubicaba a las fuerzas políticas que consideraban opuestas. MC GEE DEUTSCH, S., “Contra ‘el gran desorden sexual’: los nacionalistas y la sexualidad, 1919-1940”, *Memoria Académica*, núm. 17-18, 2005, págs. 127-150.

lo que habían convenido un día antes.⁵⁴ Asimismo, argumentaba que, tras la destrucción del matrimonio, el socialismo acabaría también con la responsabilidad de la crianza y la educación de los hijos. En resumidas cuentas, el socialismo había ensanchado de manera notable el programa de la Revolución Francesa respecto a los derechos del hombre — aquí, probablemente, se refería al varón— al liberarlo de la carga del matrimonio y de la familia.⁵⁵

Otro aspecto a destacar en el debate entre católicos sociales y socialistas estuvo en la oposición ante reforma y revolución. En 1895, en el primer intercambio registrado entre los Círculos de Obreros y el PS, se discutió especialmente la actitud de los católicos frente a la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores y el reclamo central del movimiento obrero organizado: la reducción a ocho horas de la jornada laboral.⁵⁶ Los socialistas insistieron en que sus oponentes carecían de un programa para mejorar de manera inmediata la situación material de los obreros. Solo unos años más tarde, en su primer congreso, los Círculos de Obreros iniciaron una campaña para conseguir la sanción de dos leyes: la del descanso dominical y la de protección de mujeres y menores.

El intercambio no quedó ahí: en 1904, el fundador de los Círculos de Obreros afirmaba que todos los programas socialistas —mencionaba, especialmente, el de Gotha (1875)— declaraban explícitamente que su aspiración de fondo era la futura sociedad socialista. De este modo, cualquier causa o circunstancia que apaciguase la agitación obrera, que impidiese su desarrollo o que intentase suprimirla —aunque implicara un alivio o mejora notable del estado económico del obrero— sería considerada como un estorbo y, por tanto, combatida por estos. De modo que, desde el punto de vista de sus consecuencias, todos los esfuerzos por mejorar la situación precaria de los obreros —ya fuese de parte de patronos, funcionarios o almas caritativas—, lejos de ser propicios a la propaganda socialista, resultaban para ellos “graves obstáculos”.⁵⁷ El orador adjudicaba a Karl Marx las declaraciones en las que se revelaba que el interés del socialismo consistía en el malestar obrero.⁵⁸

Por todo esto, afirmaba, el socialismo explotaba a su antojo la miseria obrera, ya que, en lugar de poner todo su empeño en suprimirla o aliviarla, como debía hacerlo todo

54 GROTE, F., *El Socialismo...*, *Op. cit.*, pág. 37.

55 GROTE, F., *El Socialismo...*, *Op. cit.*, pág. 38.

56 ASQUINI, S., “Los Círculos de Obreros y la *cuestión social* en la ciudad de Buenos Aires. Una mirada a través de la polémica católico-socialista de 1895”, *Itinerantes*, núm. 6, 2016, págs. 15-42.

57 GROTE, F., “De cómo el Socialismo explota al obrero...”, *op. cit.*, pág. 7.

58 GROTE, F., “De cómo el Socialismo explota al obrero...”, *op. cit.*, págs. 9 y 10.

“amigo del obrero y enemigo del capitalismo”, la prolongaba intencionalmente.⁵⁹ Al sensibilizar a los obreros sobre “su pobreza y miseria” y la tiranía del capital, brindándoles todos los días cuadros más o menos reales y, también, otros “sumamente cargados y exagerados”, los socialistas empeoraban la situación de aquellos. Al inducirlos a adoptar medidas violentas y enfrentarlos contra sus patrones, se diluía lo que quedaba de benevolencia en estos y engendraban sentimientos de aversión en ambos sectores. Además, en tanto fomentaba su deseo de goce ilimitado con su “prédica impía”, el socialismo profundizaba aún más la miseria del obrero. Por último, Grote caracterizaba la conducta del socialismo respecto al reformismo apoyándose en las discusiones que existían en la socialdemocracia alemana sobre revolución y reforma, y, especialmente, en la postura defendida, según él, por August Bebel en el Congreso de Colonia (1893): “Nosotros no queremos amar a los hombres; queremos odio de clases, la sociedad debe ser destruida no reformada”.⁶⁰

El socialismo argentino, desde su perspectiva, asumía la misma posición antirreformista que sus pares europeos. Grote declaraba que, en los 25 años de su existencia en el país —consideramos que aquí se asocia el arribo de los primeros exiliados alemanes con los orígenes del socialismo local—, no habían presentado ningún proyecto de ley que beneficiara al obrero y que, en cambio, se habían opuesto a las presentaciones hechas por los Círculos de Obreros —obstruyendo, por ejemplo, la movilización de septiembre de 1901—. Destacaba la postura que había tomado el partido ante el proyecto de la Ley Nacional de Trabajo (1904), presentado por el Ministro del Interior Joaquín B. González, y además citaba la resolución del sexto Congreso del PS (1904) realizado en Rosario, en el cual se había definido el rol del parlamentario socialista como un tribuno crítico del régimen. Por todo ello, para Grote, la proclamación de su programa mínimo era poco sincera.⁶¹

Grote le asignaba al socialismo una trayectoria local más amplia de aquella que tenía el PS, fundado en 1896, y en ella, evidentemente, no incluía la presentación que

59 GROTE, F., “De cómo el Socialismo explota al obrero...”, *op. cit.*, pág. 11.

60 GROTE, F., “De cómo el Socialismo explota al obrero...”, *op. cit.*, pág. 14. Al respecto, la caracterización que hacía Francisco Durá es diferente en este punto: “La inclinación del socialismo á un sentido menos revolucionario, más pacífico y más práctico, ha sido muy rápida en los últimos años. En los últimos Congresos Socialistas, los revolucionarios y los anárquicos no solamente se han hallado en minoría, sino que han hallado atmósfera contraria á su inútil y criminal violencia”. DURA, *Op. cit.*, pág. 104.

61 GROTE, F., “De cómo el Socialismo explota al obrero...”, *op. cit.*, pág. 16.

había hecho la primera Federación Obrera en 1891 al Congreso Nacional.⁶² Asimismo, algunos socialistas habían colaborado como asesores en la formulación del proyecto de Joaquín V. González y, como señaló Ricardo Falcón, la posición del Partido Socialista fue ambigua: rechazaron rotundamente algunos capítulos y aceptaron con tibieza aquellos que reputaban beneficios para los trabajadores.⁶³

Otro de los argumentos utilizados para criticar al socialismo se detenía en los problemas que surgirían de la puesta en práctica del régimen social que proponía. Con frecuencia, Grote hacía uso de lo que llamaba la lógica y el sentido común para rechazar la posibilidad de que se pudiese eliminar la explotación tal como la definían los socialistas. Más allá de las denominaciones, razonaba, la producción debería contar con algunos empleados con capacidad de disponer administrativamente, mediante completos poderes, tanto de los medios de producción como de los mismos productos. Del otro lado, el nuevo régimen requeriría operarios que, sin poder disponer ni de los unos ni los otros, deberían trabajar a las órdenes de aquellos, recibiendo a cambio “no el fruto de sus trabajos, sino aquella cantidad y calidad de medios de subsistencia y placer, que les fue adjudicado como retribución”.⁶⁴ Concluía, entonces, que indudablemente volverían a aparecer, tal vez bajo otros nombres, los patronos y los obreros; de este modo, los socialistas tendrían que probar que estos nuevos patronos no querrían —o no podrían— explotar a los obreros que trabajasen bajo sus órdenes.

Además, esos *empleados* serían hombres y no ángeles y estarían expuestos a dejarse influir en su juicio por ambiciones y otras pasiones, causantes, para él, del desquicio que se estaba viviendo. Del otro lado, entre los trabajadores a su cargo, tendrían hombres y mujeres, extraños y parientes, amigos y enemigos, gente simpática y antipática: ¿cómo podían asegurar “con certeza” que el amor, el odio, la sensualidad no influirían en el *empleado* o *nuevo patrón* y no alterarían “con mengua de la justicia y con perjuicio para el obrero” su juicio acerca del valor del trabajo y de la merecida retribución?⁶⁵ Por otra parte, la futura sociedad carecería de los obstáculos que hasta el

62 Ver entre otros, FALCÓN, R., *Los orígenes del movimiento obrero...*, op. cit., pág. 85; TARCUS, H., *Marx en la Argentina, sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007; POY, L., *Los orígenes de la clase obrera argentina...*, op. cit., págs. 98-103.

63 FALCÓN, R., “La relación Estado-sindicatos en la política laboral del primer gobierno de Hipólito Yrigoyen”, *Estudios sociales, Revista Universitaria Semestral*, núm. 10, 1996, págs. 75-85.

64 GROTE, F., “De cómo el Socialismo explota al obrero actualmente...”, op. cit., pág. 24.

65 GROTE, F., “De cómo el Socialismo explota al obrero...”, op. cit., pág. 25.

momento existían, tales como la competencia entre patronos —ya que no habría más que uno: el Estado— y las luchas obreras.⁶⁶

En síntesis, afirmaba que, en el futuro régimen socialista, si ese llegase a existir, la explotación del obrero sería sumamente probable y, según todas las previsiones, tomaría mayores proporciones que en aquel régimen. El redentorista alemán cerraba una de sus conferencias diciendo que estaba lejos de *aconsejar* —“como alguien podría sospechar”— resignación ante tal “triste situación”. Por el contrario, decía ser el primero en incentivar que se dieran a la tarea de remediarla. No obstante, llamaba la atención sobre la manera de hacerlo: “tened cuidado de no errar en la elección de los medios; no escuchéis la voz de vuestras pasiones, que son malas consejeras, ni la voz apasionada y violenta de aquellos que no hacen más que excitarlas...”.⁶⁷

Por otro lado, en la perspectiva de Grote, aun admitiendo que fuese justa la conversión de la propiedad privada en colectiva, no sería realizable. Ejemplificaba esto señalando las dificultades que supondría organizar la producción, porque implicaba saber *qué cosa y en qué cantidad* se iba a consumir en cada hogar. Resultaba inviable “meterse en el *puchero*” de cada casa para averiguar lo que las familias podrían o querrían gustar. Tampoco sería posible calcular exactamente con qué fuerzas de trabajo se contaría a no ser que no hubiese libertad de domicilio.⁶⁸

Otro de los elementos criticados desde los círculos fue la postura internacionalista del socialismo y, junto a ella, la falta de patriotismo de la dirigencia socialista local. Al respecto, el referente demócrata cristiano Liborio Vaudagnotto escribió en el periódico de los Círculos de Obreros que los socialistas aspiraban a que la humanidad conformara un único pueblo, una sola familia y un solo hogar; pero un pueblo sin más vínculo que el de la filantropía. Con ideales de avanzado internacionalismo, decía, los socialistas pretendían cobijar a la humanidad “a la sombra roja de su bandera”, como símbolo de unidad y de las aspiraciones humanas, y dejando en un segundo lugar los símbolos nacionales de los pueblos.⁶⁹ En su argumentación, Vaudagnotto recuperaba un debate parlamentario entre los diputados Arturo Bas, católico, y Juan B. Justo, socialista, durante los cuales el primero le había enrostrado al segundo un documento “esencialmente antipatriótico” que este habría firmado en el Congreso de la Segunda Internacional de

66 GROTE, F., “De cómo el Socialismo explota al obrero...”, *op. cit.*, pág. 29.

67 GROTE, F., “De cómo el Socialismo explota al obrero...”, *op. cit.*, pág. 30.

68 “Conferencias del P. Grote. Socialismo: definición y explicación”, *El Pueblo*, 26/09/1901.

69 “Patriotismo y socialismo”, *El Trabajo*, julio 1913, págs. 1-2.

Copenhague (1910). Aunque resultaba más notorio en el extranjero, el socialismo argentino hacía una obra intensamente antipatriótica, lo cual era fácilmente observable en los libros de sus intelectuales, en su prensa periódica, en las conferencias que se realizaban en centros y plazas, en sus llamados la rebelión de los ejércitos y a la deserción. Todo ello se basaba en la idea de que el pueblo obrero no tenía patria, ya que esta nada le daba. En su opinión, este era un programa y un sentimiento colectivo que se expresaba en fórmulas claras y resoluciones oficiales del partido; no se debía atribuir tales concepciones a individuos aislados.⁷⁰ Otro artículo publicado en el mismo periódico señalaba que el socialismo, especialmente en Argentina, ocultaba su antipatriotismo. Como ejemplificación, se recurría a un escrito de Manuel Ugarte⁷¹ para corroborar tales temores y aprehensiones. En definitiva, el adversario no solo no amaba la patria, organismo que tomaba como “todavía frágil” y formado a costa de “tantos y tan gloriosos sacrificios”, sino lo que la combatía, la desprestigiaba, la debilitaba por el sectarismo.⁷²

En la segunda década del siglo XX, con la puesta en práctica de la ley Sáenz Peña, ingresaron varios dirigentes socialistas al Congreso Nacional en representación de la ciudad de Buenos Aires, donde hicieron elecciones destacadas en 1912, 1913 y 1914. En solo unos años, la representación socialista incluyó a Alfredo Palacios, Juan B. Justo, Nicolás Repetto, Mario Bravo, Antonio de Tomaso, Ángel Giménez, Enrique Dickmann, Francisco Cúneo, Augusto Bunge, en la Cámara de Diputados y a Enrique Del Valle Iberlucea en el Senado.⁷³ Esta conquista reforzó las críticas de los católicos sobre quienes ahora ocupaban cargos públicos. En la campaña electoral de 1914, se denunció que uno de los candidatos socialistas había declarado desde un balcón que se necesitaba una patria fuerte y respetada, lo que se consideraba una clara muestra de oportunismo.⁷⁴ Seguidamente, se enumeraban distintas situaciones en las cuales los dirigentes del Partido Socialista habían hecho demostraciones antipatrióticas; se incluían *rechazos* a símbolos como la bandera o el himno nacional y manifestaciones de clara preferencia por la

70 “Patriotismo y socialismo”, *El Trabajo*, julio 1913, pág. 1-2.

71 Manuel Ugarte renunció en diciembre de 1913 por carta pública y desde Europa a su pertenencia al Partido Socialista, por considerar equivocada la postura del socialismo argentino en relación a la cuestión nacional y patriótica.

72 “Grandeza Nacional y las teorías socialistas”, *El Trabajo*, octubre, 1913, pág.11.

73 CAMARERO, H., y HERRERA, C. M., *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Prometeo, Buenos Aires, 2005, pág. 17; MARTINEZ MAZZOLA, R., “¿Males pasajeros? El Partido Socialista frente a las consecuencias de la ley Sáenz Peña”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 6, 2015, págs. 53-72.

74 “Antipatriotismo”, *El Trabajo*, marzo, 1914, pág. 9 y 10.

bandera roja o por las estrofas de un himno extranjero. En el mismo artículo, se recordaba una resolución del Congreso del PS realizado en Junín en 1906 en el que se definía el fomento de la naturalización de los extranjeros y el combate al patriotismo, y su rectificación en el congreso siguiente. Este tipo de cuestionamientos, aunque no reflejara fielmente las posiciones del Partido Socialista, daba cuenta de la importancia que le otorgaban a lo que hacían y decían sus principales dirigentes.

En síntesis, según se ha visto en este apartado el socialismo fue el principal referente teórico y la acción de los socialistas —extranjeros y locales— su foco de atención. El socialismo era el rumbo que tomaba el movimiento social moderno y en su origen se destacaba la responsabilidad ideológica y política del liberalismo, que no aparecía con presencia entre las masas obreras. El socialismo, centralmente, poseía una concepción materialista y atea, medía la felicidad de acuerdo con el nivel de satisfacción física que se lograba alcanzar en el tránsito por la *vida terrenal*. Esto significaba que se guiasen únicamente por el goce y ello generaba conflictos con otros y terminaba en el delito. También se discutía la concepción igualitarista del socialismo: se explicaba su origen, pero fundamentalmente se buscaba refutar su posibilidad. Se ponían en debate dos concepciones distintas de la naturaleza humana y la manera de organizar la sociedad. Asimismo, en el conjunto de los argumentos, se articulaban aspectos que tenían que ver con la libertad, la familia, la nación o patria, el Estado y las reformas. Para nada se trató de un intercambio menor sostenido en cuestiones de coyuntura, aunque estas, naturalmente, también tuvieron su espacio.

Lo que no puede dejar de señalarse, de todos modos, es el desconocimiento —o el menosprecio— de las características específicas del Partido Socialista argentino. Se mencionó que Grote ubicaba el origen del socialismo en la década del ochenta —y no en la del noventa— y pasaba por alto posiciones específicas con las que podía incluso coincidir parcialmente, por caso, hemos mencionado en el capítulo 4 su oposición a la huelga general y su ya afianzada orientación reformista.

“Cada enemigo de Dios lleva en su alma el microbio del anarquista”.⁷⁵ La mirada sobre el anarquismo

⁷⁵ *Revista Mariana*, núm. 12, 20/11/1909, pág. 133.

Recuperemos ahora la mirada que tenía este sector del catolicismo respecto del anarquismo. Según lo que hemos planteado más arriba, la confrontación ideológica que se desplegó con las izquierdas fue central y, en ella, los católicos sociales tomaron al socialismo como doctrina principal y a los socialistas como interlocutores privilegiados.⁷⁶

No obstante, sin aparecer del todo individualizados —englobados muchas veces en la idea de *impiedad*—, los anarquistas también fueron objeto de preocupación y suscitaron una serie de propuestas e iniciativas para prevenir su acción.⁷⁷ Si se observa el periódico *La Voz de la Iglesia* se puede apreciar que el problema anarquista apareció planteado en los primeros años de la década del noventa. En referencia al 1 de Mayo de 1892, dicho diario auguraba una demostración pacífica, sin tumultos ni desórdenes, ya que los obreros locales estaban alejados de la “efervescencia y agitación dominantes entre los de Europa que han recibido el nombre de *anarquistas*”.⁷⁸ Ya hemos mostrado que se trataba de un medio de prensa sensible a la situación de la clase obrera, que aprobaba la búsqueda del mejoramiento de sus condiciones de trabajo y de vida por considerarlo justo y porque, además, contribuía a evitar que el obrero fuese un “ser explotable” y a que se lanzase a “extremos arrebatados o desordenados”.

Tal percepción de que el “problema anarquista” estaba ausente en Argentina comenzó a cambiar un tiempo después. En noviembre de 1893, en este mismo diario se afirmaba que la “plaga” ácrata estaba ya en el país, a pesar de que no existieran condiciones para ello. Se refería, por supuesto, a la idea predominante entre la elite de que existían tierras por colonizar, trabajo y buena remuneración —al menos en comparación con las ofrecidas en Europa— y a que aquí todos los hombres “laboriosos y honestos” habían podido levantar fortunas y labrar el bienestar de los suyos.⁷⁹ Por todo esto, no debía tolerarse que se viniera a fomentar el anarquismo y, por lo tanto, había que “desalojar” sin consideraciones a los elementos nocivos.⁸⁰ En esta línea, las autoridades

76 Citemos un ejemplo, aunque hubo otros, en el cual los socialistas daban cuenta de cómo percibían esta distinción. Al reseñar el I Congreso de los Círculos de Obreros, específicamente, en referencia al discurso inicial a cargo de Monseñor Gerónimo Romero, el socialista Alfredo Pascualetti señaló que allí “empezaron los ataques contra el socialismo”, los cuales se repetirían en a lo largo del evento. De todos modos, el señalamiento que nos interesa retomar aquí es que “apenas” se había mencionado al anarquismo. “El Congreso Católico”, *La Vanguardia*, 29/10/1898.

77 Un recorrido más amplio sobre la prensa de esta década se puede encontrar en ASQUINI, S., “Anarquismo y trabajadores desde la mirada del catolicismo social (Buenos Aires, fines del siglo XIX-comienzos del siglo XX”, en *Actas II Congreso Internacional de Anarquismos*, Montevideo, 2019, págs. 867-866. <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/23421>

78 “El primero de mayo”, *La Voz de la Iglesia*, 30/04/1892.

79 “Los anarquistas”, *La Voz de la Iglesia*, 25/11/1893.

80 “Los anarquistas”, *La Voz de la Iglesia*, 25/11/1893.

debían obrar con energía para extirpar el mal de raíz. La preocupación de este diario por el problema de la presencia de anarquistas en el país continuó con la reproducción de noticias de atentados exitosos y fallidos en Europa y en Estados Unidos.

Se puede decir, entonces, que de una manera general durante la primera mitad de la década del noventa el anarquismo apareció reducido a individuos o pequeñas sectas, siempre identificado con elementos extranjeros. Esto no resulta extraño si se tiene en cuenta que, hasta 1895, o incluso 1897, con la fundación de *La Protesta* y la acción de Pietro Gori, el anarquismo local estuvo hegemonizado por agrupamientos opuestos a la organización de instituciones obreras duraderas.⁸¹ Tal situación —como ha planteado la historiografía especializada en el tema— fue cambiando hacia finales del siglo, cuando se consolidó una corriente “organizadora”.

El arzobispo de Buenos Aires publicó en agosto de 1897 una pastoral en la que se condenaba enérgicamente el asesinato del ministro español Cánovas del Castillo — ocurrido a comienzos de ese mes—. En el documento, Castellano daba una explicación de las causas profundas del crimen anarquista y brindaba los medios propuestos por la Iglesia Católica para evitar que el mal creciese.⁸² En su opinión, el anarquismo era “un progreso del *socialismo*” y, así como el *escepticismo*, el *materialismo*, el *liberalismo*, y sus congéneres, derivaba del espíritu de incredulidad, del repudio u olvido de la verdad revelada.⁸³

A diferencia de las teorías socialistas, que se basaban en una falsa noción de la igualdad, para los católicos la igualdad entre los hombres se reducía a su origen, naturaleza y destino común. Las facultades naturales eran más enérgicas para unos que para otros, unos eran más capaces de producir y conservar que otros. Siempre habría ricos y pobres, como sabios e ignorantes. Entre las soluciones posibles, el arzobispo destacaba la educación de la niñez — ya que era preciso “reaccionar contra el funesto sistema, tan generalizado hoy en día, que ha mutilado la educación, reduciéndola á la enseñanza”—, pero era “menester” atender a los problemas de los adultos y para ello “lo más práctico y eficaz” era la difusión de los círculos católicos de obreros —como los llamaba él—. Desde su lugar, convocaba a los católicos argentinos, especialmente a los pudientes, a

81 OVIED, I., *Op. cit.*, pág. 35; POY, L., *Los orígenes de la clase obrera argentina...*, op. cit., pág. 254; ALBORNOZ, M., *Figuraciones del anarquismo. El anarquismo y sus representaciones culturales en Buenos Aires (1890-1905)*, Tesis doctoral, FFyL, UBA, 2015, pág. 176.

82 Libro de actas del Consejo General de los Círculos de Obreros, núm. 1, acta 73, 26/08/1897, págs. 201 y 202.

83 “Pastoral. Con ocasión del asesinato del Sr. Cánovas del Castillo”, *La Voz de la Iglesia*, 13/08/1897.

que contribuyeran en la obra educativa y de los círculos. Se dirigía, también, a los funcionarios del Estado pidiéndoles que arbitraran las medidas preventivas y represivas necesarias, y les recordaba que una de las más eficaces era “prestigiar y fomentar en el país la enseñanza e instituciones católicas”.⁸⁴

Pocos días después del conocimiento de la pastoral, el Consejo General le escribió en agradecimiento, declarando su acuerdo y comprometiéndose a imprimir 20.000 ejemplares del documento.⁸⁵ Según las actas del Consejo, a moción de uno de los directores espirituales del organismo, el padre Johannemann, se resolvió enviar el agradecimiento y se nombró una comisión constituida por ambos directores espirituales y el presidente, Alejo de Nevares, para que la llevaran. El texto de la nota era conciso, se limaba a mostrar agradecimiento por la *bondadosa* recomendación que hacía de la difusión de los Círculos de Obreros y la invitación a las personas pudientes y a los sacerdotes para que les brinden su protección. En esa línea, se informaba de la importante difusión que le iba a dar a la pastoral.⁸⁶

En esa misma época, según sabemos por uno de los círculos de la Capital, hubo una suscripción organizada desde *La Defensa* para colaborar con la viuda y los hijos de un socio del Círculo de Obreros de La Plata, Carlos Raingo, quien, se decía, habría sido asesinado por anarquistas.⁸⁷ Del hecho en sí no encontramos más referencias. Nos consta la residencia de Raingo por su ficha en el Segundo Censo Nacional de Población (1895), era gasista de ocupación, francés de origen y en esos años habría tenido unos 33 años. Este tipo de campaña, sin dudas, colaboraba materialmente con la familia de la víctima, pero también consolidaba la idea del anarquismo como un otro violento, un enemigo.

Cuando a inicios del nuevo siglo llegó la noticia de la muerte del rey Humberto I de Italia, esta resonó fuertemente en nuestro país. En la ciudad de Buenos Aires, se hicieron importantes muestras de duelo que sobrepasaron a la numerosa comunidad italiana. El diario católico *El Pueblo* hizo una destacada cobertura de los actos y demás actividades realizadas. En una nota titulada “El anarquismo y los círculos de obreros”, la redacción llamaba la atención sobre el hecho de que no se debía inculpar únicamente al socialismo de ser inspirador de las ideas anárquicas, ya que, en realidad, aquel no era otra

84 Ídem.

85 “Los Círculos de Obreros al Exmo. Sr. Arzobispo”, *La Voz de la Iglesia*, 21/08/1897.

86 Libro de actas del Consejo General, núm.1, sesiones 72 y 73, págs. 192, 193, 201, 202.

87 Correspondencia del Círculo de Obreros de Balvanera (1895-1898), nota sin fecha. Libro de actas del Círculo de Obreros de Balvanera, núm. 11, 30/03/1898, págs. 177-178.

cosa que el penúltimo eslabón de una cadena que había comenzado con el pecado de los primeros hombres y acababa en aquellos “fanáticos que glorifican el crimen”. En la misma línea, preguntaba: “¿Quién no descubre la afinidad que existe entre los primeros herejes, los protestantes, los liberales y los socialistas?”.⁸⁸ Los unos habían engendrado a los otros; y, en definitiva, el anarquismo no era más que el último grado lógico de esta evolución. Saludablemente, existía una reacción promovida por el Pontífice León XIII, quien había predicado a los obreros y los había exhortado a unirse bajo su mano protectora. Con el mismo fin, se esparcían por el mundo los Círculos de Obreros, cuyo florecimiento representaba una esperanza de mejoramiento social.⁸⁹

Una semana más tarde, el mismo diario reprodujo un comunicado de la Junta Central de Gobierno de los Círculos de Obreros en el que también se condenaba el crimen cometido contra el rey italiano.⁹⁰ El acto había sido cometido por una “secta” —cuya significación y programa era “la destrucción de todo”— que había armado a uno de sus adeptos y lo había impulsado al crimen. De manera general, el documento aparecía dirigido a los trabajadores y explicaba que las causas que daban origen a ese tipo de hechos eran la falta de fe y la exclusiva preocupación por las cuestiones materiales de parte del obrero. El remedio consistía en el *retorno* a la religión. Entre otras cosas, esto implicaba la aplicación continua de los principios del Evangelio a las relaciones entre los que mandan y los que obedecen, entre los patrones y los operarios, entre los ricos y los pobres. El trabajador organizado en los Círculos jamás sería un elemento perturbador y, por el contrario, siempre estaría dispuesto para el bien, sería enemigo del desorden y de la violencia.⁹¹ El único medio eficaz para combatir los efectos “espantosos” del anarquismo consistía en conseguir la protesta general hacia este tipo de hechos y para eso era preciso agruparse alrededor de la bandera de los Círculos de Obreros.⁹²

En adelante, en sintonía con sus notorios avances en el movimiento obrero, el anarquismo pasó a ser considerado como una corriente con cierta inserción o influencia en las masas trabajadoras. En otro capítulo citamos, por ejemplo, el manifiesto publicado por la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros con motivo del fusilamiento del

88 “El anarquismo y los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 02/08/1900.

89 *Ibíd.*

90 “La palabra de los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 09/08/1900. El comunicado se dirigía a los obreros y les decía que la institución conocía a fondo la causa y el remedio que ignoraban tantos que derramaban lágrimas estériles ante el cadáver de Humberto I.

91 “El anarquismo y los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 02/08/1900.

92 La palabra de los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 09/08/1900.

pedagogo anarquista Francisco Ferrer y la fuerte campaña que se hizo localmente contra esta resolución de la justicia española.⁹³ Allí, se mencionaba al anarquismo como el “sectarismo fanático” que “agita y explota para sus fines las muchedumbres obreras”. La preocupación estaba puesta en su propaganda sobre los trabajadores, a quienes se les pedía que estuviesen alerta porque sus armas eran la mentira y la calumnia. En segundo término, se generaba cierta sospecha o desconfianza sobre los verdaderos móviles de los militantes anarquistas. Eran impostores y violentos, muchas veces imponían su doctrina por la fuerza. Al referirse al propio Ferrer, se afirmaba que este vivía cómodamente del legado que le había dado una dama algo ingenua, así vivía “no como pobre obrero sino como rico burgués”. Por último, se contraponían los ideales liberales del anarquismo —pregonaban la libertad de pensamiento y eran enemigos de la pena de muerte— con una supuesta prédica del exterminio y la matanza de todos aquellos que no pensaban como ellos. Otro ejemplo puede extraerse de lo enunciado por el representante de la Federación Molinera integrada a la Federación Profesional Argentina. A diferencia de la Federación, la sociedad molinera dirigida por el anarquismo aparecía como revoltosa, poco definida e inestable. No tenía respeto por el orden público y las instituciones nacionales puesto que estaba afiliada a la FORA, cuya finalidad era imponer ideales doctrinarios —la “destrucción sistemática” de las instituciones consideradas como los pilares de la sociedad: la Patria, la familia y la propiedad privada—. ⁹⁴

Por otra parte, a contrapelo de las pretensiones integradoras del régimen político puestas en marcha durante la presidencia de Roque Sáenz Peña, los católicos hicieron recurrentes llamados de atención a las autoridades, al periodismo y a los intelectuales para que no aceptaran ni promovieran la circulación de propaganda socialista y anarquista y tampoco les dieran lugar a sus militantes. Así, mientras algunos sectores veían en el socialismo una fuerza más dialoguista —y efectivamente lo era— y las autoridades podían reconocer y reunirse con algunos anarquistas en tanto voceros de las organizaciones obreras, los católicos rechazaron cualquier tipo de simpatía e integración. De hecho, con motivo de la sanción de la ley de Defensa Social que buscaba perseguir específicamente la propaganda anarquista, la reacción general de los católicos fue de apoyo. Aunque en ese momento *El Pueblo* festejó tal resolución parlamentaria, tan solo dos años más tarde el mismo diario alertaba sobre la circulación, a partir del reparto

93 Sección efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1909, págs. 1000-1001.

94 Ídem.

realizado por el correo, de propaganda anarquista que con el sugerente título “29 de Julio de 1900” reivindicaba el asesinato del Rey Humberto I y “ensalzaba” a su asesino.⁹⁵

En marzo de 1917, frente a la convocatoria de una huelga, *El Pueblo* recordaba que en los días del Centenario había quedado claro que “los paños tibios, lejos de aliviar esta clase de males, los agrava[ba]n”.⁹⁶ Si en 1910 se podía explicar el desinterés que las autoridades tenían por el anarquismo por el “deslumbrador progreso material de nuestra patria”⁹⁷, en 1917 se caracterizaba que el país estaba frente a un desconcierto económico verdaderamente aflictivo y que la huelga general resultaba un “atentado liso y llano” contra el interés de todos. A quienes tenían simpatía y consideración por el socialismo, se les aseguraba que pronto tendrían muestras sobre lo que realmente representaba y se aclaraba que, aunque resultaba posible que este partido intentara lavarse las manos, su responsabilidad se hallaba en el origen y desarrollo del anarquismo. Los anarquistas eran “en su mayor parte ex socialistas”. Es decir, el socialismo había sido “como su escuela primaria”.⁹⁸

Conviene aclarar que si bien la continuidad entre socialismo y anarquismo es un argumento que se mantuvo a lo largo de todo el periodo analizado, en este caso esta referencia pudo haberse correspondido con el hecho de tratarse de otra corriente, el *sindicalismo revolucionario*. Esta corriente, que había surgido al interior del PS en el primer lustro del siglo, tenía una retórica encendida y podía haber sido asimilada con el anarquismo. Con posterioridad al Centenario, ya hemos dicho que el sindicalismo había logrado progresar enormemente en las filas del movimiento obrero y, en este caso, dirigía la organización que había convocado a la huelga en cuestión.

En conclusión, el anarquismo apareció poco delineado en lo que respecta a sus ideas y sus diferencias internas. Aun así, esto no significó que no se le haya prestado atención o que no convocara su preocupación. De hecho, la inquietud por el anarquismo en el catolicismo porteño y en los Círculos de Obreros emergió tempranamente, incluso antes de que el problema se viese como una realidad local. Se reclamaron medidas concretas para evitar y contener la acción de individuos que, en un principio, se percibían como aislados del conjunto de los trabajadores. En este contexto, los Círculos de Obreros

95 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1912, pág. 936; “Propaganda anárquica”, *El Pueblo*, 15/08/1912.

96 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1917, pág. 354.

97 “Problema grave. El anarquismo”, *El Pueblo*, 22/01/1910.

98 El subrayado es nuestro. “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1917, pág. 354.

eran presentados por propios y ajenos como una barrera o remedio efectivo para evitar el mal que podía generar en la sociedad la difusión de tales ideas.

En el siglo XX, puede percibirse la mayor preocupación por la circulación de su propaganda entre los obreros, a quienes los anarquistas —según argumentaban— pretendían atraer mediante engaños y haciéndolos tomar parte de huelgas mediante el uso de violencia u otro tipo de presión. Es interesante observar que se responsabilizó a los socialistas, a periodistas y profesores por la extensión de “este mal extremo que representaban el anarquismo y sus métodos violentos”. En definitiva, el anarquismo era interpretado como el producto “consecuente” de una civilización laica o, planteado en otros términos, como la germinación del ateísmo. Una vez más, la propuesta de resolución del conflicto social, en este caso generado por el anarquismo, consistía en volver a colocar a la “doctrina de Cristo” en el centro de la sociedad para que esta pudiera realizar sus anhelos de progreso, dejando de lado la *guerra social*.

Del plan a la ejecución. La llegada del *maximalismo*

En Argentina, como en otras partes del mundo, la conflictividad social y la violencia política se agudizaron hacia el final de la Primera Guerra Mundial, tras la emergencia de la Revolución Rusa y de la ola expansiva que generó esta última. Los elementos contextuales de esta etapa los hemos abordado en el capítulo 4: recordemos rápidamente que la coyuntura terminal del conflicto bélico estimuló el crecimiento en número y organización de los conflictos obreros y que, del otro lado, se organizaba una patronal mancomunada. Existían temores de simpatías —o infiltración— *maximalista* en las universidades, en fábricas y hasta en la fuerza policial de Rosario. Además, había una importante presencia pública y callejera de la corriente de apoyo al proceso revolucionario ruso. En este apartado nos preguntamos cómo interpretó el catolicismo organizado en torno a los Círculos de Obreros la aparición de un nuevo sujeto político, conocido en la época como *maximalismo*.⁹⁹ Se trata de abordar los cambios y las continuidades que, en el plano de los discursos y las iniciativas, se produjeron en los Círculos en su lucha con las izquierdas.

⁹⁹ El uso del término *maximalismo*, al parecer, comenzó a circular en Europa en la primera década del siglo XX como una traducción del término bolchevique —mayoría— y, de manera algo difusa, también se utilizó para hacer alusión a quienes pregonaban un programa *máximo*. Hacia el final de la I Guerra, la categoría incluía indistintamente anarquistas, socialistas de izquierda y partidarios del gobierno ruso.

Grote afirmó, en 1921, en el segundo prólogo del folleto que hemos citado más arriba, que los años transcurridos entre su primera publicación y la segunda se habían encargado de probar que el socialismo además de la “continua y apasionada” propaganda que hacía de sus doctrinas estaba dispuesto a llevarlas a la práctica en cuanto las circunstancias se lo permitieran. El “‹Bolshevismo› o ‹Maximalismo›” no eran para él cosa nueva: ni su base doctrinal ni sus planes económico-sociales. No era otra cosa que el Socialismo de Marx, de quien Liebknecht, Lenin y Trotszki eran *admiradores* y *dóciles discípulos*. De modo que “entre el socialismo y el Bolshevismo no hay más diferencia que aquella que media entre el plan y su ejecución”.¹⁰⁰

Algunos años antes, en 1918, Gustavo Franceschi había interpretado el final de la Primera Guerra Mundial, con la caída de los grandes imperios y la emergencia de formas republicanas de gobierno —entre ellas, de la soviética— como el fin de una época histórica y el advenimiento de otra: “muchas cosas han muerto, que no resucitarán. Nos rodean escombros y entre ellos se levanta un orden social nuevo al parecer, o, cuando menos, distinto en sus formas exteriores de aquel que hasta hoy hemos vivido”.¹⁰¹ Franceschi, además, interpretaba que los tronos que quedaban no sobrevivirían la generación que era adulta entonces y que, por lo tanto, la evolución política general estaba francamente orientada hacia las formas republicanas.¹⁰² De modo que, para él, era de suma relevancia dedicarse a analizar el vínculo entre la Iglesia y la democracia. Al respecto, Hernán Camarero destacó que, de la lectura de ese folleto de Franceschi, quedaba claro que el catolicismo no había sido completamente ganado aún a un programa autoritario.¹⁰³

En el contexto de un derrumbe general de instituciones que “parecían inmovibles”, decía, el proletariado había resuelto acabar con el régimen que entendía —“no sin razón”, aclaraba Franceschi— como el “venero principal de sus amarguras”. Así sucedía porque, por un lado, la doctrina social de la Iglesia no era aún lo suficientemente conocida y, por el otro, porque la propaganda anticlerical de la burguesía

100 GROTE, F., “Prólogo”, *El Socialismo...*, *op. cit.*

101 FRANCESCHI, G., “La democracia y la Iglesia”, Agencia General de Librería y Publicaciones, Buenos Aires, 1918, pág. 9.

102 FRANCESCHI, G., *Op. cit.*, pág. 13.

103 CAMARERO, H. *Tiempos rojos...*, *op. cit.*, pág. 245. Ver también: CASTRO, M. O., “Miedos locales, miedos transnacionales: los católicos y la revolución social a comienzos del siglo XX”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Coloquios. Puesto en línea el 08 octubre 2020, consultado el 04 marzo 2021. <http://journals.openedition.org/nuevomundo/82070>.

había desacreditado sus bases. De este modo, el proletariado marchaba hacia formas socialistas. Espontáneamente, iba a las formas más extremas, aunque no del todo novedosas: el “bolchewiskismo o maximalismo, nombre nuevo para una cosa vieja, pues no es más que el marxismo llevado hasta las últimas consecuencias, y matizado de comunismo anárquico en cuanto a táctica y algunas fases de organización”.¹⁰⁴

De modo que Franceschi afirmaba que el maximalismo implicaba una mezcla de marxismo primitivo y de comunismo anárquico, y para llegar a tal conclusión se basaba en la constitución rusa que, según él, expresaba la tesis “marxista pura” al establecer la socialización de los instrumentos de trabajo y la manera de organización del anarquismo. Dentro de las tesis marxistas, decía, todo debería pertenecer a la gran colectividad — esto era, a la URSS— y, no obstante, “por las noticias que tenemos, la tierra pertenece no a la gran colectividad sino a cada soviét local, lo cual avvicina la organización a lo descrito por los autores de tendencia anárquica, especialmente Kropotkine en la *Conquista del pan*”.¹⁰⁵

Esta definición confrontaba abiertamente con la que había sostenido José Ingenieros unas pocas semanas antes; el reconocido intelectual y referente de los jóvenes reformistas definía al maximalismo como “la aspiración a realizar el máximo de reformas posibles dentro de cada sociedad, teniendo en cuenta sus condiciones particulares”.¹⁰⁶ Franceschi rechazaba tal enunciación por amplia, ya que prácticamente cualquier progresista sincero, sin exclusión de quienes admitían la necesidad de mantener la propiedad privada, podría ser considerado como tal.

Casi simultáneamente, el obispo de Córdoba, Fray Zenón Bustos y Ferreira, leyó al clero una alocución en la que afirmaba que la sociedad cordobesa —“insospechada de volcánica”— había estado “muy enferma” sin que lo supieran, y que esta situación se había revelado en las “últimas explosiones de impiedad”.¹⁰⁷ En su opinión, eran muchas y diversas las causas que concurrieron a producir tal “depresión religiosa”: el tumulto y el escándalo permanentes que se transmitían a la niñez; los más de treinta años de

104 FRANCESCHI, G., “La democracia y la Iglesia”, op. cit., pág. 42.

105 Ídem.

106 FRANCESCHI, G., “La democracia y la Iglesia”, op. cit., pág. 42. La cita es textual. Para Ingenieros se trataba de una actitud más que de un programa. Además, era de la idea de que las aspiraciones maximalistas serían muy distintas de un país a otro, tanto en sus métodos como en sus fines. Ver INGENIEROS, J., “I. Ideales viejos e ideales nuevos. II. Significación Histórica del Movimiento Maximalista”, *Revista Nosotros*, Talleres Gráficos Rosso y Cía, Buenos Aires, S/F, pág. 51.

107 BUSTOS y FERREYRA, Z., “Conferencia del Prelado leía al clero a fines de Diciembre de 1918”, *Obispado de Córdoba, Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1919, pág. 235.

educación laica; la activa prédica protestante; la proliferación de publicaciones modernistas antirreligiosas que impregnaban las universidades y embriagaban a la juventud; la abundante circulación de mala prensa; la acción de agentes que intentaban “llevar al proletariado a la apostasía” —entre otros, los maximalistas—; el feminismo ateo y librepensador; etc. Específicamente con referencia al pueblo trabajador, decía que este ya estaba “infectado de socialismo, anarquismo y de odio a las demás clases que antes consideraba superiores”; se había roto “el dulce vínculo de la caridad” que estrechaba cristianamente a proletarios y propietarios. En ese momento, entendía Zenón Bustos, tenía premura atender especialmente a “la tormenta del maximalismo, que en llegando descargará sobre ellos, desgranando las pocas espigas de la fe que aún quedan en su campo”.¹⁰⁸

Según su argumentación, el maximalismo transitaría la misma huella que habían surcado el socialismo y el librepensamiento. Desde tiempo atrás, decía, iban “desgarrando el rebaño” y se llevaban a sus filas las “ovejas” una a una: “Quedarán a merced de lobos carniceros, su fe, sus creencias, su conciencia católica, sus más nobles intereses espirituales del presente y de más allá, a trueque de las posiciones ofrecidas para bienestar del cuerpo, con entero abandono del alma”. Seguía a esto una explicación similar a otras que hemos visto arriba: se subrayaban las promesas a los trabajadores sobre futuros repartos que le harían agradable la vida, “pero la vida fugaz del tiempo”. Todo lo prometido estaba dirigido al hombre “material y terreno”, sin pensar en los “derechos todavía más altos y sagrados”, los que correspondían al hombre espiritual.¹⁰⁹

El discurso del obispo de la diócesis de Córdoba también recuperó las afirmaciones de Ingenieros, esta vez, sin discutir su definición, aunque dando cuenta de la importancia que le otorgaron dentro del catolicismo a esa conferencia. Para Zenón Bustos, en su proyecto de transformación profunda de las instituciones, los maximalistas retomaban el catastrofismo de Karl Marx. La acción del maximalismo, en vez de subir al pueblo a una cultura más elevada, acarrearía tras sí la “barbarie y la servidumbre de los pueblos donde se produzca”.¹¹⁰ No obstante, las catástrofes, por dolorosas y horribles que fueran, decía, no asustaban a los maximalistas, ya que, para ellos, “*sine sanguinis effusione nulla redemptio*” —sin efusión de sangre no hay redención—.¹¹¹ Solo a partir

108 BUSTOS y FERREYRA, Z., *Op. cit.*, págs. 248 y 249.

109 BUSTOS y FERREYRA, Z., *Op. cit.*, pág. 251.

110 BUSTOS y FERREYRA, Z., *Op. cit.*, pág. 249.

111 Ídem.

de generar este tipo de sufrimientos, argumentaba Zenón Bustos, los maximalistas podrían llegar a destruir los viejos moldes cristianos en los que se asentaban las instituciones.

Por último, otra de las cuestiones que interesa recuperar de esta alocución se vincula con la “penosa impresión” que generaba el hecho de que las ideas maximalistas prendieran también en “cerebros ilustrados y cultos”.¹¹² Esto, que nuevamente remite a la figura de José Ingenieros —entre otras personalidades—, volvió a aparecer como problema en una de las novelas que analizaremos más adelante.

Más allá de la caracterización que hicieron los católicos argentinos sobre el maximalismo como movimiento universal, en 1918, este comienza a instalarse como un tema de preocupación en el ámbito local por su presencia —real o no— en el movimiento obrero, en el estudiantado y en las calles. En *El Pueblo*, se encuentran menciones al maximalismo en septiembre y octubre de 1918 a raíz del proceso reformista en las universidades de Córdoba y Buenos Aires.¹¹³ Asimismo, a fines de noviembre, en ese mismo diario podía leerse que “se ha dejado propagar la chispa revolucionaria y el maximalismo hoy no ha de ser importado: tenémoslo ya en casa”.¹¹⁴ Sobresalía en la nota la preocupación por la complacencia de las autoridades y de la oposición política, más todavía que por la acción de los propagandistas de dichas ideas. En esta perspectiva, el ambiente de tolerancia reinante era asimilado a una “estúpida crianza de cuervos que habrán de sacarnos los ojos”.¹¹⁵ Tan solo dos días más tarde, el acto organizado desde el anarquismo para protestar contra la detención de Simón Radowitzky y Apolinario Barrera en Chile y su subsecuente entrega a las autoridades argentinas, reafirmó el diagnóstico de que el problema estaba “en casa”: “El maximalismo ya no solo está en Buenos Aires en gestación. Anoche tuvimos una jornada maximalista completa, con discursos anárquicos de la más subida violencia, que eran escuchados pacientemente por los vigilantes”.¹¹⁶ Para el diario católico, la oratoria expuesta en dicha jornada había sido “intolerable” y

112 BUSTOS y FERREYRA, Z., *Op. cit.*, pág. 250.

113 “Peligrosa pendiente”, *El Pueblo*, 31/10/1918.

114 “Deberes del momento. El peligro maximalista”, *El Pueblo*, 28/11/1918.

115 Ídem.

116 Según la versión policial, cuando la columna llegó al lugar donde se encontraba el piquete policial, del centro de la misma sonó un tiro y como resultado del enfrentamiento hubo varios heridos y 19 detenidos. “El maximalismo en Buenos Aires”, *El Pueblo*, 30/11/1918. La prensa socialista confirmó que se había tratado de un acto numeroso y que la llegada de la noticia de que las autoridades chilenas habían entregado a los dos militantes dio pie a una improvisada movilización; esta fue impedida por la policía, y el tiroteo entre la policía y “muchos” individuos que estaban en la columna dejó como saldo varios heridos de bala. “La fuga y la captura de Radowsky”, *La Vanguardia*, 30/11/1918.

una “incitación abierta al delito”.¹¹⁷ La prensa católica insistía en el error que cometían las autoridades al tolerar este tipo de acciones y formulaba su advertencia en los siguientes términos: “No se pongan valladares á la fiera y después será el llanto mujeril de quienes no saben hoy portarse como varones”.¹¹⁸ La actitud del gobierno radical, leída como debilidad de temperamento, era asociada con frecuencia a una falta de masculinidad. Finalmente, el artículo remarcaba que no se trataba de alarmismo: “[l]a tormenta la tenemos encima; el peligro es inminente”.¹¹⁹

Esa misma semana, otro artículo de *El Pueblo* alertaba, no sin manifestar cierta perplejidad, que aquella misma tarde se realizaría un nuevo mitin maximalista.¹²⁰ Esta vez la convocatoria provenía del Partido Socialista Internacional (PSI);¹²¹ se habían fijado algunos carteles en los muros de la ciudad con grandes titulares que, en gruesos caracteres, invitaban al “Mitin maximalista”. Según el artículo, en esos carteles se hacían incitaciones al desorden, la anarquía y la rebelión. La publicación insistía en la “miopía de las autoridades” y en el pronóstico de que “[d]entro de poco en Buenos Aires no se podr[ía] vivir con más tranquilidad que en Moscú ó en Petrograd”.¹²² Por otra parte, en la cobertura hecha por el diario del Partido Socialista se destacaba que la convocatoria “a un gran mitin maximalista” apenas había logrado movilizar “un par de millares” de personas, entre quienes habían predominado anarquistas y maximalistas rusos. Se detallaba que hubo corridas, petardos, palos y una importante presencia policial, que habría superado a la de los manifestantes.¹²³

Ante la actitud pasiva que observaban en el gobierno, y con el objetivo de dar su punto de vista sobre el maximalismo, la Federación de Centros de Acción y Estudios Sociales, adherida a los Círculos de Obreros, tomó la iniciativa de realizar una conferencia popular en la misma plaza. El día previo a la conferencia, programada para el 8 de diciembre, un editorial de *El Pueblo* explicaba la importancia del evento indicando que

117 “El maximalismo en Buenos Aires”, *El Pueblo*, 30/11/1918.

118 Ídem.

119 Ídem.

120 “El mitin maximalista de hoy”, *El Pueblo*, 1 de diciembre de 1918.

121 Como señaló Hernán Camarero el Partido Socialista argentino no salió indemne a la doble conmoción de la guerra y la revolución y de esa crisis emergieron el Partido Socialista Internacional, primero, y el comunismo, después. El PSI contó con unos 750 militantes que provenían de 22 centros. Aunque la mayoría de los delegados de su primer congreso provinieron de la Capital Federal, la Agrupación Gráfica y en menor medida en las provincias de Buenos Aires, Santa Fé y Córdoba CAMERERO, H., “El socialismo, la izquierda internacionalista y el naciente comunismo de la Argentina ante la Revolución Rusa de 1917”, *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y La Izquierda*, núm. 11, Buenos Aires, págs. 13-34.

122 “El mitin maximalista de hoy”, *El Pueblo*, 1 de diciembre de 1918.

123 “La manifestación de ayer. Tartufismo en acción”, *La Vanguardia*, 2/12/1918.

el maximalismo estaba en todas partes —incluidas “las alturas” —. Dado que las autoridades políticas no hacían nada por evitar que el maximalismo se expandiera por “abajo”, y que “todos” asistían impasibles al avance de la ola roja, la juventud cristiana y patriota de los centros de estudios y de acción social salían “á la palestra”.¹²⁴

El acto contó con una concurrencia numerosa, se cantó el himno y se izó la bandera nacional. El señor Juan B. Podestá y el presbítero Dionisio Napal disertaron sobre el “bolshevikismo” y la patria. Según *El Pueblo*, el evento había despertado interés “sobre todo después de los incidentes que días pasados alarmaron a la ciudad”.¹²⁵ En la misma fuente se afirmaba que Napal se había referido al maximalismo; la revolución rusa, los apoyos que ésta recibía localmente de figuras como José Ingenieros; al lugar del “factor judío” en los movimientos revolucionarios del mundo; al oportunismo de los socialistas, etc. En el relato, también se aludía a la presencia de algunos “pobres exaltados, que inútilmente intentaron provocar desorden”, y a la acción del auditorio, que “reprimió con inmediata y eficaz energía a algunos libertarios que se desesperaban por alterar el orden”.¹²⁶

Por su lado, en *La Vanguardia*, los socialistas agregaban que un ciudadano había pedido permiso para polemizar con Napal y que esto fue concedido, pero que había sido atacado inmediatamente después de su intervención. Para ellos no era admisible que la tribuna pública fuese convertida “por obra de los frailes en un vaciadero de procacidades y ataque a las personas, como está sucediendo de un tiempo a esta parte, sin que la policía haga nada para evitarlo”; indicaban, asimismo, que era indispensable hacer actuar a la policía antes de que “los excesos de lenguaje de la jauría clerical lleguen a provocar reacciones que no por ser violentas serían menos justificadas y legítimas”.¹²⁷ Por último, mientras *El Pueblo* había valorado como positiva la acción policial, *La Vanguardia* resaltó que dicha intervención se llevó personas al azar, e incluía el listado de las personas detenidas.

Se ha visto en el capítulo 4 cómo cierto clima de violencia y tensión precedió al incendio intencional del templo Jesús Sacramentado, en el barrio de Almagro, durante la huelga de enero de 1919. De manera general, la quema de esta iglesia fue leída por los católicos como un crimen sacrílego y central, que constituía una muestra de la

124 “Significado de un mitin”, *El Pueblo*, 8/12/1918.

125 “Las conferencias del domingo. En la Plaza del Congreso”, *El Pueblo*, 09 y 10/12/1918.

126 Ídem.

127 “Procacidad clerical. Situación intolerable”, *La Vanguardia*, 10/12/1918.

desprotección en que los había dejado el gobierno: “el hecho más saliente, más brutal, más criminal y repugnante cometido ayer, [...] subleva el ánimo, [...] prueba la falta de garantías que hay, la impotencia de la autoridad, [y] su incapacidad para el gobierno, que debe consistir en prever”.¹²⁸ Como era de esperarse, se comparó este hecho con la quema del colegio El Salvador en 1875, y se lo incluyó en una genealogía de acontecimientos históricos como el de la Comuna de París en 1871, el de la Semana Roja de Barcelona en 1909 y el de la Rusia maximalista en 1917.¹²⁹ Sostenían que, debido a la inacción del gobierno, la incapacidad o imprevisión policial, “[l]a sociedad deberá defenderse por sus propios medios”.¹³⁰ Asimismo, entendían que ciertos conceptos sobre las “libertades de residencias, de asociación y de palabra hablada y escrita” debían necesariamente ser revisados.¹³¹

A su vez, se mostraban impresionados por la actitud tomada por los principales diarios de la metrópoli. Decían que estos narraban el hecho con inexplicable indiferencia sin protestar contra tan bárbaro atentado. Este hecho no significaba únicamente una agresión a la conciencia y a la religión “sinó [también] al arte, al embellecimiento edilicio y al derecho de propiedad; derechos garantidos por la Constitución de la Nación”.¹³² Tal indiferencia era interpretada como una muestra de complicidad y una expresión lamentable de las erróneas ideas de la prensa acerca de la legalidad, la justicia y la libertad que podían conducir a las masas a excesos mayores aún.

Después de la Semana Trágica, la *Revista Mariana* sacó una serie de artículos en los que explicaba qué era el maximalismo. En primer lugar, como solía suceder en esa publicación, se tocaba el tema respondiendo a una pregunta que se les habría hecho llegar. Se afirmaba que los socialistas tenían dos programas: el *mínimo* y el *máximo*. Los maximalistas eran, justamente, aquellos que querían implantar el programa *máximo*. Seguidamente, decía —citando una revista norteamericana, cuyo nombre no se consigna— que la mayor parte de los revolucionarios maximalistas eran “judíos rusos” que “disponen de enormes sumas de dinero”, y que era “con el vil metal que procuran corromper los espíritus y arrastrarlos a su partido”.¹³³ Por último, se agregaba un párrafo

128 “Una salvajada sacrílega”, *El Pueblo*, 10/01/1919.

129 La violencia contra los templos católicos tuvo en el país distintos episodios antes y después de 1919. Sobre la larga tradición anticlerical, ver DI STEFANO, R., *Ovejas Negras...*, op. cit.

130 “Bajo el terror”, *El Pueblo*, 10/01/1919.

131 “Horas negras”, *El Pueblo*, 11,12, 13 y 14/01/1919 (editorial fechada el 14).

132 “Protesta”, *Revista Mariana*, núm. 19, 11/01/1919, pág. 219. El subrayado es del original.

133 Ya hemos hecho referencias al antisemitismo católico, presente y extendido en la prensa de la época.

de un supuesto “testigo presencial” del proceso ruso que había visto cómo a nombre del gobierno se habían hecho cargo de los bancos, fábricas, ferrocarriles y fábricas “los más ignorantes é ineptos empleados, paisanos y soldados. Una de las principales líneas del ferrocarril está ahora dirigida por un simple conductor”.¹³⁴

En otro artículo que llevaba la firma de “un compañero cristiano” se declaraba, para que los obreros católicos y “todos los obreros sensatos” supieran, que la doctrina maximalista era falsa y anticatólica en muchos de sus puntos.¹³⁵ Era contraria a las enseñanzas divinas y al sentido común, al respeto por la propiedad privada y a la posibilidad de igualar a los hombres. Ejemplificaba señalando que, según la doctrina maximalista, un obrero jugador, que se emborracha y tiene otros vicios era igual al obrero honrado que no bebía y vivía moralmente con su familia.¹³⁶ El texto seguía señalando que los maximalistas que proponían cosas “tan ridículas” vivían “muy bien” y tenían “mucho dinero”, y los obreros engañados por ellos siempre estaban en el mismo estado, “¡Siempre pobres!”.¹³⁷ Las promesas “de los socialistas, maximalistas o *bolsiquiviquistas* —son todos lo mismo—” eran “puras mentiras, para engañar a los incautos”. Al final, planteaba “que el obrero puede llegar a ser *capitalista*, por una vida moral y ahorrativa” y consignaba que de ello había muchos ejemplos en Buenos Aires y en otras partes.

Con el fin de ampliar la información que venían publicando sobre el maximalismo, se incorporaba un informe del ministro argentino en Rusia con la idea de que “el árbol se conoce por sus frutos”:

“El actual régimen económico de Rusia es el del más puro comunismo. La propiedad privada inmueble y hasta casi también mueble ha desaparecido por completo [...] La tierra y los edificios pertenecen al estado, el que igualmente se ha apoderado de todas las industrias y comercios. [...] La situación actual de Rusia es mucho peor que la que atravesó Francia en 1793”.¹³⁸

Por último, se advertía que el maximalismo era el socialismo, “solo que aquel es un poco más avanzado”: “No se deje, pues, engañar el pueblo. El enemigo está en casa,

134 “Maximalismo”, *Revista Mariana*, 25/01/1919, año XL, núm. 21, pág. 254.

135 “Los obreros y el maximalismo”, *Revista Mariana*, 01/02/1919, núm. 22, p. S/D.

136 Ídem.

137 Otras referencias a la riqueza de los diputados socialistas ver “Un Justo que o es <justo>”, *El Trabajo*, enero de 1915, pág. 9; “Una cosa es predicar...”, *El Trabajo*, marzo y abril 1915, pág. 11.

138 “El maximalismo”, *Revista Mariana*, 08/02/1919, núm. 23, p. 274-275.

y se alimenta de la mala doctrina maximalista en las escuelas, los colegios nacionales y universidades”.

Un aspecto novedoso que debe señalarse en relación con el maximalismo refiere a la propaganda literaria que se hizo en esta etapa. Nos interesa porque en ella participaron algunos miembros de la dirección de los Círculos de Obreros; en particular, creemos conveniente retomar algunas publicaciones de la colección “La novela del día”. Esta serie, uno de los primeros emprendimientos editoriales de Luis Luchía Puig, estaba formada por novelas cortas o cuentos de salida semanal y de bajo costo.¹³⁹ Dado que para escribir este tipo de género “sin que degener[as]e en sequedad o en simple artículo de psicología o de propaganda doctrinaria, cuando no de monótonos análisis biológicos, recargados de mostaza sensual, [era]n necesarias aptitudes extraordinarias”, su director explicaba que el proyecto pretendía revertir la circulación de “obras mediocres, poco literarias”, cuya causa adjudicaba a la falta de remuneración y profesionalización de la actividad.¹⁴⁰

La primera novela publicada fue *Bombarda*, del reconocido escritor católico Hugo Wast —pseudónimo de Gustavo Martínez Zuviría, quien era próximo al Círculo de Obreros de Santa Fe—. ¹⁴¹ Esta historia comenzaba con el relato de la infancia de Bombarda, un pequeño huérfano de diez años que vendía diarios en la ciudad. En uno de sus recorridos, el niño se cruza con una bella niña y se enamora. Años más tarde, Bombarda se ha convertido en anarquista y en el principal organizador de un atentado contra un convento femenino. En el edificio, en medio de las llamas, se encuentra con una monja que lo guía hasta la salida. Antes de llegar, una viga le golpea la cabeza. Bombarda despierta en el hospital y la monja aún lo acompaña; aunque no se veían desde la infancia, se reconocieron. En su lecho de muerte, el joven recibe el cariño de su antigua enamorada, y cuando Bombarda le confiesa haber sido quien produjo el incendio del convento, ella lo perdona. Lo cuida y le enseña la bondad cristiana. En cambio, sus compañeros anarquistas no fueron a visitarlo. Finalmente, tras haberse confesado y haber sido perdonado por Dios, Bombarda muere en compañía de la monja.

139 FABRIS, M., “Prensa católica e historia reciente. Una reflexión sobre la revista Esquíu en tanto fuente y objeto de estudio”, *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, año 7, número 7, 2016, Córdoba, págs. 91-93.

140 LUCHÍA PUIG, L., “A los lectores”, en WAST, H., *Bombarda*, La novela del día, año 1, núm. 1, 16/011/1918.

141 WAST, H., *Bombarda*, La novela del día, año 1, núm. 1, 16/011/1918.

Otra novela de esta colección que interesa presentar aquí es *Tata*, escrita por Mario Gorostarzu — antiguo dirigente de los Círculos de Obreros de la Capital—. ¹⁴² Tata era el viejo Capataz de la estancia “Los Tucurúses” de Misiones, y así lo llama la hija de su dueño, la niña Dolores. Cuando la niña nació, su madre murió. Su padre, Juan, con una mezcla de dolor y cierto resentimiento se había alejado de ella, quien fue cuidada por doña Antonia, la cual le dio de tomar la leche de la que privó a su propio hijo. Tiempo más tarde, Tata viaja a Buenos Aires a retirar del internado a Dolores para llevarla a Misiones. Al llegar a la estancia, la niña acaba por enterarse de que su padre estaba en Asunción con Olga, “un amor dañino o peligroso”; ella enferma y Tata va a buscar al padre a Paraguay. El hombre accede a volver, pero despide al capataz y a su familia. La niña no mejora y, en ese tiempo, algo cambia en el padre. Una vez que ella se recupera, deciden viajar a las Cataratas junto a Olga; allí, tras una discusión, Juan —el padre— y Olga forcejean y caen; pero Tata los encuentra aferrados a un helecho y logra salvarlos. Terminan los tres abrazados. En el final, Tata dice: “A las veces, los más pobres servimos para salvar a los ricos. ¡Somos como el helecho ese, que aunque ignorados y al parecer inútiles, podemos convertirnos en instrumentos de la justicia de Dios!”.

Maximalismo, novela de José María Samperio — otro dirigente de los Círculos de Obreros de la Capital— ¹⁴³ fue publicada en febrero de 1919 y, como su nombre sugiere, es particularmente pertinente para este trabajo. El relato se desarrolla entre Tucumán, Mar del Plata y Buenos Aires y narra la historia de una familia acomodada que vive un hecho trágico durante la huelga de enero de 1919 en la ciudad de Buenos Aires. Máximo Ledesma, padre de María Isabel, era ex dueño de ingenios y propietario de una finca tucumana, un hombre duro y despiadado con sus empleados, sin conciencia de las obligaciones que tenía como parte su clase social. El futuro marido de su hija, José Luis Arias, era diputado oficialista con cierta llegada al presidente, quien en plena huelga lo hizo llamar de sus vacaciones en Mar del Plata. En el tren de camino a Buenos Aires, José

142 Fue dirigente del Círculo de Obreros de la Concepción desde sus primeros años y luego su presidente. Fue secretario de la Liga Social Argentina, miembro de las comisiones de enseñanza industrial y profesional en 1914, de la de propaganda y acción popular en 1916 y candidato a diputado por el Partido Constitucional. “Doctor Mario Gorostarzu”, *El Trabajo*, mayo de 1914, pág. 3; GOROSTARZU, Mario, *Tata*, La novela del día, año 1, núm. 11, 07/02/1919.

143 SAMPERIO, J. M., *Maximalismo*, La novela del día, año 1, núm. 13, 21/02/1919. Según Auza, José María Samperio fue director del Boletín de los Círculos de Obreros de San Carlos y del grupo de los “andreistas” —junto a Roberto Meiseger, Amadeo P. Barousse, José A. Sanguinetti, Juan B. Podestá y Samuel W. Medrano—, quienes tras el alejamiento de los demócratas cristianos dirigieron la institución. AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor de Andrea...*, op. cit., págs. 96 y 99.

Luis dialogaba con su futuro suegro sobre la convulsiva situación social que se vivía en la ciudad:

“—¿Cree usted que aquí en Buenos Aires hay gente de tropa, carne de revolución para un levantamiento?

—Eso es lo que sobra, mi amigo, eso es lo que sobra desgraciadamente. La inmigración no seleccionada y la masa obrera que está fermentando... Gémenes de disolución y de anarquismo han comenzado a echarla a perder, y elementos ajenos aprovecharán el descontento general para lanzar los obreros a la calle con las armas en las manos. No serán todos; pero habrá muchos”.¹⁴⁴

En el mismo vagón viajaba un antiguo compañero de estudios de José Luis y pretendiente de María Isabel: Alfredo Robles. Este personaje había conocido a un hombre —presumiblemente anarquista— que lo suma a sus oscuros planes. Robles se incorpora en una conversación que venían teniendo Máximo y José Luis:

“—Todo el país simpatiza con las aspiraciones obreras [dijo Alfredo].

—¡Con las legítimas, sí! Con Todo lo que se ha dado en llamar aspiración obrera, ¡no! [le respondió José Luis] (...)

—Compasión sí, don Máximo, —dijo José Luis—; compasión con *esas víctimas que alucinadas por logreros vulgares* [...]

—¿Maximalismo, señor?...

—¡Sí, doctor Arias! ¿No ha visto usted cómo *varios intelectuales argentinos han saludado el advenimiento de la nueva aurora*?

—¡A ellos, a ellos me refería sindicándolos como causantes de todas las agitaciones y atribuyéndoles responsabilidades de que no podrán desasirse airosamente!

—El obrero moderno es ilustrado...

—Eso. *El obrero moderno lee, y la lectura del pasquín y de los folletines le envenena el alma*”.¹⁴⁵

En el diálogo, como se puede apreciar, aparecen varios de los elementos que hemos ido enumerando: aspiraciones legítimas de los trabajadores, manipulación y explotación de sus necesidades, el rol de los intelectuales, la propaganda perniciosa circulando entre los obreros, etc. La historia continuaba con el viaje de María Isabel a Buenos Aires. Allí, ella oyó la noticia de la muerte del diputado José Luis Arias y, desesperada, salió a buscarlo por la ciudad. En su recorrido, entre otras escenas violentas que presenció, vio arder la iglesia Jesús Sacramentado. Allí, “[m]illares de hombres, muchos niños y algunas mujeres con grandes moños colorados y negros se habían lanzado al asalto”. La joven fue testigo de “la macabra figura de la turba enloquecida que gritaba blasfemias”.¹⁴⁶

144 SAMPERIO, J. M., “Maximalismo”, *op. cit.*, pág. 289.

145 SAMPERIO, J. M., “Maximalismo”, *op. cit.*, pág. 291. El subrayado es nuestro.

146 SAMPERIO, J. M., “Maximalismo”, *La novela del día*, año 1, núm. 13, 21/02/1919, pág. 298.

Por último, nos interesa retomar un cuarto relato: *El maximalismo en marcha*, de Luis Barrantes Molina.¹⁴⁷ Aquí también el protagonista (Julio) formaba parte de una familia de la élite, la cual estaba integrada solo por él y su madre. Desde la primera escena se lo describe a Julio como un joven humanitario, caritativo. En una noche de tormenta, hizo entrar un indigente a su casa y resultó ser una joven. Ella, muy desconfiada al principio, le fue abriendo su corazón a la familia que tan desinteresadamente la había acogido. A causa de esa bondad que lo caracterizaba, el personaje principal había llegado a ser un lector frecuentemente de literatura anarquista y entrado en contacto con un tal Alberto, quien lo introdujo en ese espacio:

“Así fue como el joven burgués, entregado una verdadera orgía de lecturas se fue entusiasmando por el ideal anarquista, conquistado principalmente por el ideario de platón en su “República”, por las elocuentes declamaciones de Rousseau, por la filosofía turbia de Hegel y sobre todo por la generosas y artísticas páginas de Tolstoi, que predicán el amor como única ley de vida. Los teorizantes el anarquismo violento, como Kropotkine, Bakounine, Malatesta y otros, por su pereza de estilo, no los leía”.¹⁴⁸

El joven fue como orador ante los trabajadores del puerto y del taller Vasena, que preparaban una huelga. El protagonista no adhería a las prácticas violentas y, aunque lo intentó, no pudo evitar el despliegue de violencia una vez iniciada la medida:

“La huelga comenzó a desarrollarse con febril rapidez. [...] La bandera roja ondeaba triunfante por la vía pública. Algunos grupos de obreros, excitados en las tabernas, recorrían los barrios suburbanos atacando a los trabajadores que permanecían fieles a las fábricas. Comenzaba estallar la ferocidad latente de todas las multitudes. Varias casas habían sido asaltadas y la sangre de los obreros y de los gendarmes había salpicado las calles”.¹⁴⁹

Julio planteó su desacuerdo con el uso de la violencia y rechazó participar de la quema —premeditada— de la iglesia Jesús Sacramentado.

“Lo escucharon con indiferencia frunciendo las cejas. Luego se levantaron rumores de desaprobación. [...] los huelguistas interceptaron el paso de los vehículos desahogando en los conductores su cólera condensada en esos días de hambre y de excesos alcohólicos. En vano gritó Julio aconsejando moderación”.¹⁵⁰

El protagonista terminó atado en el local y de allí fue rescatado por la joven, que dio su vida para salvarlo. En este relato aparecía, nuevamente, la piedad cristiana que lograba salvar al protagonista y los anarquistas, abandonando —traicionando— a uno de

147 BARRANTES MOLINA, L., *El maximalismo en marcha*, La novela del día, año 1, núm. 28, 13/06/1919.

148 BARRANTES MOLINA, L., *op. cit.*, pág. 208.

149 BARRANTES MOLINA, L., *op. cit.*, pág. 216.

150 BARRANTES MOLINA, L., *op. cit.*, pág. 217.

los suyos. Los diálogos entre la madre y el hijo expresaban también el contraste de posiciones entre catolicismo y anarquismo.

De conjunto, se trataba de novelas breves, con características moralizantes que daban cuenta de la profunda impresión que generaban entre los católicos, y especialmente en el sector que estamos explorando, la agudización de la conflictividad social, la emergencia del maximalismo, la simpatía entre los sectores superiores del tejido social y los acontecimientos de enero de 1919, en un tipo particular de producción propagandística y literaria.

Recapitulando, para distintos referentes del catolicismo social o con proximidad a los Círculos de Obreros existió una continuidad doctrinal entre socialismo y maximalismo. El maximalismo podía interpretarse, también, como una versión más radical que se expandía sobre la senda trazada entre los trabajadores por el socialismo. Al menos desde la segunda mitad de 1918, el maximalismo se registraba como un problema con presencia o implantación local. Ante la inactividad del gobierno, la Federación de Propaganda de los Círculos de Obreros tomó la iniciativa de realizar conferencias callejeras sobre el tema, demostrando la confianza y la importancia que le daban a la lucha de ideas. No obstante, no se trataba un volante suelto sino de organizaciones que, con espíritu de cuerpo y apelando —si era necesario— a la fuerza para alejar a sus oponentes, ocuparon espacios destacados de la ciudad. En enero de 1919, la situación se agravó con la quema de la iglesia y eso generó el acercamiento de los Círculos y algunos de sus principales dirigentes con el movimiento que organizó la Liga Patriótica —aunque, como se ha señalado, sus intereses de fondo no coincidieran—. Fue profunda la impresión que generó en el catolicismo la aparición del maximalismo, la inacción gubernamental y su apoyo en sectores encumbrados de la sociedad: los hechos de la Semana Trágica confirmaban los malos pronósticos. Todo esto tuvo su expresión en una producción literaria católica con características moralizantes y/o propagandísticas de la que participaron algunos referentes católicos y dirigentes de los Círculos.

Católicos, socialistas y anarquistas en disputa por auditorios y territorios

A partir de fines del siglo XIX, las militancias socialistas, anarquistas y católicas se cruzaron en distinto tipo de actividades a puertas cerradas, al aire libre o en movilizaciones callejeras; no pocas veces, dieron lugar a griteríos, escaramuzas y detenciones. Previamente hemos remarcado la importancia que tenía para los fundadores

de los Círculos —y también para la jerarquía— que los obreros católicos exhibiesen su fe a la vista de todos, en plazas y calles. En ese sentido, los Círculos de Obreros defendieron su derecho a poder transitar y a congregarse en plazas y esquinas, disputaron el espacio público e incluso se apropiaron de algunos recorridos característicos de la ciudad. En este curso tuvieron que enfrentarse a sectores de la izquierda política para hacerse de un espacio propio.

Cuando comenzaron a revertirse, lentamente, los efectos de la fuerte crisis económica de 1890 y se produjo un resurgimiento de las organizaciones obreras, especialmente, a partir de 1894, empezaron a delinearse imágenes opuestas entre aquellos trabajadores que pertenecían a las sociedades de resistencia, agrupaciones socialistas y anarquistas y aquellos que integraban los Círculos de Obreros. Tempranamente, cada sector fue construyendo una descripción de sí mismo y de los otros. Así, mientras que socialistas y anarquistas vieron en los trabajadores católicos hombres sin voluntad, *mansos corderos*, seres *arriados como ovejas* por los curas o forzados a ingresar al centro mediante alguna argucia, para los católicos sociales se trataba obreros coligados a la religión católica y al mantenimiento del orden social, que habían sido arrebatados o recuperados de la corriente del error, la violencia y la destrucción.

En octubre de 1894, *La Voz de la Iglesia* se refirió a las dos manifestaciones que habían tenido lugar en la ciudad y que, a su juicio, eran “análogas en sus elementos, pero distintas y antagónicas en sus formas, en sus medios y en sus fines”.¹⁵¹ Mientras que una movilización estaba dirigida a apoyar la iniciativa del concejal Pittaluga, quien había presentado un proyecto para disminuir a ocho las horas la jornada laboral de los empleados municipales, la otra celebraba la inauguración del local que había sido adquirido en propiedad por el Círculo de Obreros de Santa Lucía. En el artículo se remarcaba que el espíritu predominante en cada una de esas fiestas había sido muy distinto. En la primera, aunque habían participado más obreros —unos ocho o nueve mil—, estos habían vociferado amenazas, lanzado discursos subversivos e incitado el odio contra las clases acomodadas. En la segunda, en cambio, menor numéricamente —habían concurrido centenares de obreros “arrebatados a la impetuosa corriente del desorden”—, el fin de sus asistentes consistía en defender sus intereses de manera recíproca y al amparo de la ley y la religión cristiana. Una mirada a la prensa socialista

151 “Obreros y obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 15/10/1894.

nos brinda la imagen opuesta. El mitin por las 8 horas había sido el primer acto político de importancia realizado por el proletariado en la República Argentina.¹⁵² Asimismo, se denunciaba que “los reverendos y curas de Buenos Aires [habían] organizando reuniones y fiestas obreras (!) para los dos domingos últimos, en que estaba anunciado el meeting por las ocho horas”.¹⁵³

Esta oposición simbólica, entre dos sujetos de origen obrero enfrentados en sus objetivos, reaparecería en *La Voz de la Iglesia* con referencia a otras dos movilizaciones callejeras que tuvieron lugar en marzo de 1895: una conmemoraba un nuevo aniversario de la comuna de París y la otra consistía en una peregrinación al santuario de Luján.¹⁵⁴ Se trataba de enfrentar dos hechos cualitativamente distintos; por un lado, el festejo del aniversario de un suceso “luctuoso” e “increíble en pleno siglo diecinueve” y, por el otro, una manifestación “de fe, de moralidad y de orden”. La movilización promovida por socialistas y anarquistas era considerada contraria a las instituciones nacionales y a la Constitución. En cambio, los Círculos de Obreros, modelados de “cosmopolitismo, de igualdad, de fraternidad y de caridad cristiana”, representaban una esperanza ante el panorama sombrío que se empezaba a abrir en el país a causa de la *mala semilla* que ya había empezado a germinar.

Del mismo modo, a fines de abril de 1896, el Círculo Central organizó una celebración en honor al patrono San José y, después de esa ceremonia religiosa, los socios de los círculos fueron encolumnados a la catedral a saludar al arzobispo.¹⁵⁵ Días más tarde, al concretarse la celebración del 1º de Mayo, reapareció la ya usual comparación que hacía *La Voz de la Iglesia* de ambos sectores de trabajadores:

“Aún recordar a nuestros lectores y el pueblo de la capital, cuando el domingo los obreros católicos se reunían bajo las bóvedas augustas del templo de San Ignacio, para honrar la memoria del patrono, San José, elevando sus presas al Eterno desde donde el glorioso patriarca vela por el bienestar de los obreros, y haciendo oídos después sus bandas de música para demostrar la alegría que reinaba en aquellos corazones y en aquellas almas purificadas en la religión; y llevando por último a sus hogares el consuelo y la fortaleza necesarios para continuar con el camino del bien.

Mañana, en cambio, se reunirán los socialistas, no en el templo de Dios, para elevarle sus preces; sino en las plazas públicas, para proferir amenazas contra todo el mundo, para vivar los odios de que rebotan sus corazones llenos de pasiones violentas; para desbordarse en el

152 “El meeting por las 8 horas”, *La Vanguardia*, 20/10/1894. En otra nota, describía el gran tamaño de la columna “formados en fila de 12 personas”, “debe tenerse en cuenta que de la plaza Rodríguez Peña hasta Rivadavia ha[bía] 10 cuadras” y por eso se podían calcular unos 10.000 manifestantes. “El gran meeting obrero por las 8 horas” *La Vanguardia*, 22/10/1894.

153 “La Iglesia y las odio horas”, *La Vanguardia*, 22/10/1894.

154 “Obreros y obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 18/03/1895.

155 “Las fiestas de los obreros católicos, en honor del patrono”, *La Voz de la Iglesia*, 23/04/1896.

improperio y en el insulto contra los que han sabido conquistarse una posición cómoda, sabe Dios a costa de cuántos sacrificios y dolores!”¹⁵⁶

Los festejos del 1° de Mayo fueron un punto de contraste. Durante largos años, desde los Círculos se buscó contrarrestar dicho festejo y oponerle otro que honrara al patriarca San José, santo de origen obrero. Luego, también, se incorporó la celebración del aniversario de la circulación de la *Rerum Novarum*, el 15 de mayo. A propósito de esto, en 1909, en *La Buena Lectura* se podía leer:

“Amamos al obrero; porque es nuestro hermano; porque Cristo fue carpintero, siendo Dios-hombre, porque somos obreros de la pluma y de la palabra, en el cincel y el martillo; siempre madre de las ciencias y las artes, en sus diecinueve siglos de existencia. Obreros, celebra el 1 de mayo muestra gloria de paz, de trabajo, de justicia, de orden. Soy digno de admiración cuando no soy víctima de falsos apóstoles. Me adhiero con entusiasmo aniversario [1 de mayo]”.¹⁵⁷

En la década de 1920, el festejo del día de los trabajadores, en día 1° de Mayo, estaba incorporado a las celebraciones de los Círculos.¹⁵⁸ Naturalmente, estas fiestas tenían un carácter distinto al de socialistas, anarquistas, *sindicalistas revolucionarios* o comunistas. Según la propia Junta de Gobierno, estaban desprovistas del carácter violento y subversión del orden que le daban aquellos —a los que no mencionaba—. Estaba, en cambio, transformada en una “fiesta del trabajo cristiano”, pacífica y caritativa. En 1922, la consigna era que cada círculo podía organizar la celebración que quisiera en la víspera o el mismo 1° por la tarde o noche, pero

“por la mañana del 1°. de mayo, es prudente que no se efectúe ningún acto particular en los círculos de la capital y alrededores, pues la Federación de propaganda ha organizado un gran acto general al que deben hacerse un honor en concurrir el mayor número de asociados de los círculo y que consiste en una misa a celebrarse a las 8.30, en la capilla *Mater Misericordiae*, Moreno 1669, después de la cual se irá hasta el local de la U.P.C.A., Avenida de Mayo 1396, donde se servirá el desayuno y tendrá lugar la asamblea, en la que usarán de la palabra varios oradores”.¹⁵⁹

En realidad, la circular de la Junta aclaraba que, aunque el 1 de mayo fuese el día de los trabajadores, el 15 de mayo debía celebrarse con mayor solemnidad

156 “El 1° de mayo”, *La Voz de la Iglesia*, 30/04/1896.

157 “Fiesta de los obreros”, *Revista Mariana*, 01/05/1909, núm. 35, pág. 414. Con firmal de un tal J.R. Viñas.

158 “1° DE MAYO— De acuerdo con una costumbre ya implantado por esta junta, este año se conmemorará también el día del trabajo”. También se festejó en 1925, según la memoria 1925. A nivel internacional, fue Pío XII en 1947 —a cien años de su establecimiento como patrono de los trabajadores— quien estableció el 1 de mayo como el día de la liturgia dirigida específicamente a San José.

159 “Círculo de Obreros. Junta de Gobierno”, *El Pueblo*, 30/04/1922.

“porque marca el punto de partida de la acción social cristiana, bendecida e impulsada por el gran papa de los obreros León XIII, con su encíclica *Rerum Novarum*, documento admirabilísimo y de tanta actualidad (...) por los consejos que da y por los rumbos que traza a los gobiernos, a las clases sociales en general y a los patrones y obreros en particular”.¹⁶⁰

En todos estos ejemplos, se puede observar el contraste establecido entre uno y otro sector, entre el obrero católico y el obrero incrédulo —o impío—, aunque esto remitiera más bien a una dimensión simbólica o de representaciones. Como hemos adelantado, las fronteras entre las corrientes no eran tan rígidas como deseaban sus organizadores. Lo que primó entre todas estas corrientes fue la proximidad, intervinieron en las mismas áreas geográficas y muchas veces sobre los mismos grupos de personas. Como se verá seguidamente, fue fácilmente observable la presencia de unos y otros en las conferencias y charlas, como también la realización de debates específicamente organizados para la discusión de ideas.

Si se recorre *La Vanguardia* en sus primeros años, se puede sostener que los socialistas inicialmente se mostraban partidarios de la realización de mítines de controversia con otras corrientes, tal y como solían hacerse en el movimiento socialista europeo y a lo que parecía estar habituado el público obrero. Estos eran actos o conferencias de debate entre oradores de distinta tendencia u opinión que discutían temas previamente delimitados. La rivalidad con los anarquistas individualistas, que podía hacer de estos eventos algo espectacular, los habría llevado a reconsiderar esto, y a insistir en la necesidad de fijar ciertas reglas para su realización. Si con los anarquistas individualistas fue difícil, fue, en cambio, un recurso frecuente para debatir con aquellos que promovían la necesidad de organizar sociedades de resistencia, con sectores liberales y católicos. Los católicos, por su parte, no parecen haberse sentido del todo cómodos con este tipo de intercambio, pero participaron en distintas ocasiones. De hecho, el grupo que más activamente lo hizo fue la Liga Democrática Cristiana y, al cabo de unos meses, su directorio resolvió desalentar estos debates en 1902.¹⁶¹

En un principio, fue común ver la participación de socialistas y anarquistas en los locales de los Círculos, y más adelante, estos encuentros tuvieron lugar en espacios abiertos y también con presencia de católicos en conferencias socialistas. En diciembre de 1894, *La Voz de la Iglesia* declaraba que las “irrupciones” de militantes socialistas en mítines de los Círculos Obreros católicos no eran infrecuentes.¹⁶² Por su parte, los

160 “Círculo de Obreros. Junta de Gobierno”, *El Pueblo*, 30/04/1922.

161 AUZA, N., *Aciertos...*, Pág. 165.

162 “Círculos de obreros católicos”, *La Voz de la Iglesia*, 3/12/1894.

socialistas admitían su estrategia de aproximarse a los locales de los Círculos para distribuir sus materiales entre los presentes:

“[u]na prueba de que, por su parte, la gente negra y sus satélites no temen la discusión, sería verlos consentir la lectura de *La Vanguardia*, cuando á manera de purgante nuestros compañeros se la ofrecen á los trabajadores que en los Círculos sufren de indigestión cerebral.”¹⁶³

A su vez, en esta etapa también era relativamente frecuente que militantes anarquistas de la corriente individualista asistieran a las conferencias socialistas, se produjeran conflictos y que muchos de ellos terminaran con la intervención policial. A pesar de las denuncias de socialistas de que los anarquistas no asistían de la misma manera a las conferencias de los católicos, lo cierto es que algún sector lo hacía.¹⁶⁴ Un ejemplo de ello puede verse en *El Obrero Panadero*: “efectivamente el Domingo 10 de marzo asistí a una conferencia clerical sobre la cuestión obrera”.¹⁶⁵ El narrador describía a los organizadores como “muy afligidos” por la miseria que envolvía a la masa trabajadora, a la vez que predicaban contra las ideas emancipadoras, queriendo “persuadirnos” de que deseaban “nuestra felicidad”. Hacia el final, el último orador habría descrito con “bastante fidelidad” el programa socialista anárquico y desde el público sonaron “atronadores aplausos”:

“¡Qué cara pusieron los hombres de sotana! ¡Y qué susto se tomaron! (...) Observar un glacial silencio a su prédica hipócrita y escuchar aplausos al socialismo y a la anarquía en un círculo obrero católico, era verdaderamente el colmo. Y se apresuraron a dar por terminada la conferencia, echando todo el mundo afuera”.¹⁶⁶

En ocasiones, la situación se ponía más tensa. En julio de 1894, asistieron a la inauguración del Círculo de la Concepción varios “socialistas” para distribuir sus materiales. Al decir de *La Voz de La Iglesia*, estos impresos fueron destruidos por los concurrentes.¹⁶⁷ El episodio se cerró con la intervención policial, que hizo varios arrestos. Meses más tarde, el domingo 2 de diciembre, en el Círculo de Obreros de Santa Lucía, se realizó una numerosa fiesta literario-musical. En ella, el director espiritual del Círculo,

163 “La milicia Negra contra el socialismo”, *La Vanguardia*, 22/06/1895.

164 “Se han fundado, como todos saben, los Círculos de obreros católicos en contraposición á las sociedades de resistencia. Hasta hoy, que se sepa, no ha ido ningún anarquista, á interrumpir las fiestas de los señores curas; pero donde se reúna en gremio de obreros con el fin de mejorar su situación, allí irán los anarquistas, á lo de siempre, á disolverlos, á impedir que hagan algo serio, en una palabra, á favorecer los planes de 'los reverendos Grotte, Orzali, Zúñiga, Pedernera, etc.’”, “Barulleros”, *La Vanguardia*, 29/12/1894.

165 “Esfuerzos inútiles”, *El Obrero Panadero*, número 12, 05/04/1895.

166 “Esfuerzos inútiles”, *El Obrero Panadero*, número 12, 05/04/1895.

167 En “Asociaciones obreras”, *La Voz de la Iglesia*, 30/07/1894.

José Orzali, brindó una conferencia sobre el concepto católico de trabajo, “recordando en pocas palabras porque el hombre está obligado a trabajar, lo que ennoblece el trabajo y los beneficios que él nos reporta”. Al parecer, el festejo transcurría según lo pautado en el programa, cuando un socialista “arrojó” volantes en el salón. De inmediato, fue apresado por varios de los hombres presentes; se le obligó a que recogiera los papeles y, según se reseña, “a duras penas se evitó que lo maltrataran”. Finalmente, el hombre fue “entregado a la policía”.¹⁶⁸ Según *La Vanguardia*, quien había pedido y dispuesto la prisión de dos trabajadores por repartir manifiestos había sido el propio Orzali —“se levantó furioso y arremetió contra uno de aquellos empujándole con fuerza hacia una piecita cercana, donde en un abrir y cerrar de ojos se apoderó de los manifiestos que llevaba y los hizo pedazos”—. Los obreros del Círculo “que tenían manifiestos se quedaron con ellos, á pesar de la orden de su director, quien parece temer que al menor descuido se le descarríen los borregos de Cristo... y de la burguesía”.¹⁶⁹

Es de resaltar que mientras el diario católico señalaba que los socios habían reaccionado resueltamente para atrapar a los “intrusos”, los socialistas apuntaban a señalar su desobediencia, pues estos habían conservado el folleto. Cuatro días después del episodio en Santa Lucía, el padre Grote mencionó lo ocurrido allí frente al auditorio del Círculo Central y señaló que “la policía se encargaría de arreglarlos”.¹⁷⁰ Un incidente violento, más extremo, fue el intento de asesinato contra Orzali. Mientras subía la barranca de Santa Lucía un (supuesto) anarquista le disparó, lo hirió y luego el agresor se suicidó.¹⁷¹

De todos modos, aun cuando el párroco Orzali aparecía como un hombre particularmente confrontativo y con mala reputación entre socialistas y anarquistas, no debe perderse de vista aquí que todos estos episodios implicaban la reiterada participación de militantes de izquierda en fiestas y actos de los Círculos.¹⁷² Esto sugiere que suponían que había en ellos cierta participación de obreros y que tenía sentido ir a disputar su

168 “Círculos de obreros católicos”, *La Voz de la Iglesia*, 3/12/1894.

169 En sección Notas de la semana, *La Vanguardia*, 15/12/1894

170 “A los obreros”, *La Vanguardia*, 29/12/1894.

171 SANCHEZ GAMARRA, A, *Op. cit.*, pág. 227.

172 Alfredo Sánchez Gamarra, en el libro que ya hemos mencionado, relata otro episodio en el que Orzali había tenido una reacción similar con un joven que había llamado la atención del público que asistía a su parroquia por su conducta inapropiada en un “lugar sagrado”. El Padre Orzali, “que tenía garra de hierro, lo tomó por un brazo y lo sacó al pasillo”, SANCHEZ GAMARRA, A, *Op. cit.*, pág. 227.

adhesión. Quizás percibieran una participación utilitaria o una débil o poco exitosa asimilación, o tal vez, simplemente, confiaran en la fuerza de sus ideas.

Un caso inverso, es decir, de católicos dirigiéndose a un auditorio socialista, recién lo hemos encontrado en 1908. En esa oportunidad, después de celebrarse una importante reunión de electores con el fin de instalar el comité de la Unión Patriótica de la parroquia de la Boca, un grupo de concurrentes se encontró en la plaza próxima con una conferencia socialista al aire libre. Uno de los oradores hablaba sobre el militarismo como una manera de explotar a las clases pobres —debido a que “solo iban al ejército ciudadanos de bombacha, nunca de levita ó de galera”—. Entonces, intervino Liborio Vaudagnotto — ya hemos hablado de él, era uno de los pocos dirigentes de origen obrero de los Círculos de la Capital y de la democracia cristiana local— para discutir dicha aseveración. Según la crónica de la *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, hubo gritos y protestas. Vaudagnotto habría dicho “soy obrero legítimo, puesto que puedo decir dónde trabajo, en qué trabajo. Tengo derecho á hablar si es que es esta una reunión de obreros”. La policía intervino para invitar al militante católico a retirarse; este accedió, aunque “no sin antes manifestar que estaba dispuesto á probar en cualquier momento que el socialismo era una mistificación”.¹⁷³

Este último caso permite introducir que calles y plazas también fueron espacios de encuentro y disputa entre estas corrientes. Como se ha señalado previamente, los Círculos de Obreros fueron un actor clave para el crecimiento de las movilizaciones católicas desde fines del siglo XIX.¹⁷⁴ Ellos organizaron distintos tipos de manifestaciones callejeras masculinas; algunas, como parte de objetivos o festividades religiosas —peregrinaciones, procesiones y visitas colectivas a los sagrarios—, otras, vinculadas a la agenda institucional —actos públicos y movilizaciones a instituciones públicas como el Congreso Nacional o la casa de gobierno—. El saludo a algún prelado en vísperas de un viaje o en sus bodas sacerdotales, y la fundación de nuevos centros, fueron, asimismo, oportunidades para mostrar en la vía pública el desarrollo de los

173 Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1908, pág. 252.

174 En un plano más general, Roberto Di Stéfano ha señalado, recientemente, el carácter constitutivo que el debate religioso tuvo en la conformación de la esfera pública urbana argentina. El autor explica que, durante el siglo XIX, el debate religioso fue uno de los pocos que trascendió el ámbito provincial y, por lo tanto, es posible pensar en la discusión religiosa como una variable fundamental para la formación del espacio público supra-provincial, incluso antes de la formación del Estado nacional. DI STEFANO, R. (Comp.), *La ciudad secular. Religión y esfera pública urbana en la Argentina*, Editorial UNQ, Bernal, 2020, pág. 17.

Círculos y, también, para integrar o estimular el espíritu de grupo entre sus miembros.¹⁷⁵ Por eso, cuando los Círculos salían a la calle y marchaban “en corporación”, lo hacían con sus estandartes y banderas, acompañados en general de bandas de música y cumpliendo con un estricto orden. En cuanto a su presencia callejera, esta fue relativamente habitual en las zonas próximas a la Catedral —ubicada frente a la Plaza de Mayo—, a la estación Once de Septiembre —de donde salían y llegaban las peregrinaciones al santuario de Luján— y al Congreso Nacional; pero, también, con menor frecuencia, los Círculos se hicieron ver por barrios más alejados, como La Boca, Nueva Pompeya, Palermo, etc. En la segunda década del siglo XX, los Círculos organizaron tribunas en diversas esquinas y plazas de la ciudad, abarcando su amplia geografía.

Más de una vez, la apertura de un local implicó hacerse un espacio territorial en parroquias en donde había militancias anticlericales de diverso tipo. Por eso, la mayoría de las veces, la inauguración de un nuevo círculo era acompañada por los otros, que marchaban en corporación. En 1895, como ya se había hecho en la inauguración del Círculo de la Concepción, se invitó a todos los socios a participar de la apertura del nuevo círculo de la parroquia San Juan Evangelista en el barrio de La Boca.¹⁷⁶ La crónica de *La Voz de la Iglesia* presentó aquel acto como una “verdadera manifestación católica”. Con ese tono, decía que, por la tarde, arribaron a la iglesia de San Juan Evangelista los Círculos Central, de la Concepción, Santa Lucía y San Cristóbal, con sus respectivas bandas de música y banderas, y que fueron recibidos por “reclamaciones y victores” de los vecinos del barrio. Con la iglesia “completamente llena de hombres”, Grote y otros sacerdotes dieron la bendición “en medio de gran recogimiento y devoción de los fieles”. Después de la ceremonia religiosa, tuvo lugar un acto con discursos del presidente del Consejo General, de Federico Grote y de representantes de cada uno de los Círculos presentes. Finalmente, todos los Círculos marcharon encolumnados por la avenida Brown. Según se decía, la multitud recorrió el barrio con “entusiasmo inmenso entre los manifestantes” y viviendo a Jesús, San José, León XIII y a los Círculos. Durante el trayecto, cuenta la crónica, se oyeron “algunos gritos subversivos, que fueron apagados con los victores mencionados”.¹⁷⁷ Esta movilización se añadía, como puede verse en la biografía del padre

175 “Círculo Central de Obreros”, *La Voz de la Iglesia*, 09/04/1894.

176 “Círculo de obreros de la Concepción”, *La Voz de la Iglesia*, 29/06/1895.

177 “Círculo de obreros de San Juan Evangelista”, *La Voz de la Iglesia*, 01/07/1895.

Bourlot, a una dinámica de movilizaciones callejeras que tuvo lugar a comienzos de la década del noventa. De hecho, en el barrio de La Boca, a partir de 1892, se hizo usual ver en las calles a los católicos los días del Corpus y de la Virgen, y a los anticlericales, los 20 de septiembre y en algunas fiestas patrias argentinas.¹⁷⁸

La Avenida de Mayo, en el centro porteño, también fue objeto de pugna. De regreso de la peregrinación a Luján, en octubre de 1895, una nutrida columna se dirigió a la catedral. Sobre el final, cuando la manifestación iba por Avenida de Mayo, la fuerza policial detuvo a cinco militantes socialistas que se habían aproximado a repartir un manifiesto “entre la gente que formaba y que miraba la peregrina procesión”. Los detenidos fueron José Casot, Luis y Esteban Giménez y Aníbal Canavesio.¹⁷⁹ De esta manera, es posible apreciar el impacto que podía tener en propios y ajenos este tipo de movilizaciones. Asimismo, tanto en el caso de la disputa con los sectores anticlericales del barrio de La Boca como en otras situaciones de enfrentamiento con las izquierdas por ocupar el espacio concreto y simbólico de la ciudad se observa la presencia de una confrontación física o *cuerpo a cuerpo*.

En el capítulo 4 nos referimos a la movilización de los Círculos de septiembre de 1901 y al significado que le dio, años después, el presbítero Yani al choque con los contramanifestantes que tuvo lugar allí. Otro episodio similar tuvo lugar en 1903, en la usual manifestación que seguía a la vuelta de la peregrinación de los Círculos de Obreros al santuario de Luján. En las cercanías de la estación Once, los demócratas cristianos fueron el blanco de “insultos continuos” por parte de un grupo de personas —socialistas según indicaba la revista del arzobispado—. “Cansados”, con la paciencia “colmada”, salieron con “garrote en mano” a propinarles una “eficaz lección” a los insultadores. Por ese motivo, tres de estos militantes católicos fueron llevados a la comisaría y, más tarde, puestos en libertad “por haberse comprobado que la provocación había partido de los socialistas”.¹⁸⁰

Este tipo de situaciones se repitió varias veces en las llamadas conferencias populares. En marzo de 1916, los Círculos de Obreros comenzaron a realizar actos callejeros en distintos puntos de la ciudad con oradores designados por una comisión de propaganda central y coordinada con el círculo territorialmente más próximo. La primera

178 BELSA, J., *En la Boca del Riachuelo. Síntesis biográfica del sacerdote Don Esteban Bourlot*, Librería Don Bosco, Buenos Aires, 1958, pág. 204.

179 “Socialistas presos”, *La Vanguardia*, 19/10/1895 y 2/11/1895.

180 Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1903, pág. 798.

conferencia popular, organizada por el sacerdote Dionisio Napal —secundado por varios laicos, entre quienes se destacó Carlos Conci—, se realizó en la Plaza Alsina de Avellaneda. La elección del lugar se debió, según se reseñó un año después, a que era “un campo exuberante de socialismo y de anarquismo, y los propagandistas fueron bajo los auspicios del presbítero Bartolomé Ayrolo, infatigable párroco de la ciudad nombrada, dispuestos a enrostrar a desconsideración y la violencia de un enemigo turbulento y apasionado”.¹⁸¹ En ese primer acto, “más de mil hombres, en un ambiente de cálidos entusiasmos, escucharon y aclamaron á los oradores llamando poderosamente la atención y siendo muy bien recibida por el crecido concurso obrero, en el cual había adherentes de todos los partidos políticos”; luego de los discursos, formados en columna y vitoreando a la institución, a los diputados católicos Bas y Cafferata y al Director Espiritual Monseñor de Andrea, fueron al local del Círculo. En los meses siguientes, la organización de este tipo de actos se desplegó a lo largo y ancho de la ciudad; abarcó puntos geográficos distantes entre sí, como Plaza Italia, Monserrat o Gurruchaga y Triunvirato; aunque también tuvo presencia regular en la Plaza Congreso, Plaza Victoria, Plaza Flores, Nueva Pompeya y otros puntos fuera de la Capital.¹⁸² Apenas un mes antes de la primera conferencia, una nota de *El Pueblo* había evidenciado que, con motivo del proceso electoral, los socialistas realizaban su propaganda en las calles “ante asambleas congregadas en determinadas esquinas del municipio”.¹⁸³ El artículo mencionaba la presencia de varios católicos en algunas de estas asambleas —“el azar nos ubicó muy cerca de la tribuna, pero fuera no obstante de una línea de jóvenes que formaban algo así como una cadena humana alrededor de una estatua viviente”—.

A propósito de la campaña de conferencias populares de los Círculos, De Andrea expuso, en su discurso en el acto de festejo del 25° aniversario de la fundación del Círculo Central, la importancia que estas conferencias tenían para la institución puesto que la colocaban en la vía pública. “Los adversarios no quieren que salgamos de nuestros salones ni de nuestros templos. Nos respetarían más si nos limitáramos á la sacristía, es decir, nos dispensarían el respeto que conceden a los cadáveres”.¹⁸⁴ En la misma línea, un artículo de *El Pueblo* señalaba el esfuerzo que hacían los que “militan en las filas del

181 “La acción popular de los círculos de obreros”, *El Pueblo*, 21/07/1917.

182 AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Monseñor de Andrea...*, op. cit., págs. 85-106; LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina...*, op. cit., págs. 75-77.

183 “Socialistas en la calle”, *El Pueblo*, 04/02/1916.

184 “Bodas de plata del círculo Central de obreros”, *El Pueblo*, 03/02/1917.

internacionalismo rojo” para alterar el orden en las “asambleas populares de los círculos de obreros”; quizás, decía, con la esperanza de intimidar a los propagandistas católicos.¹⁸⁵ Además de indicar su error, el artículo marcaba un cambio de actitud: “si las asambleas populares católicas de los Círculos de Obreros carecieran de importancia y eficiencia, los socialistas y su diario seguirían la táctica de los primeros días: sonreírse del esfuerzo inútil... Pero las cosas han cambiado”.¹⁸⁶

En febrero de 1918, en el barrio de La Boca, Dionisio R. Napal dio una conferencia “vibrante” en la intersección de las calles Almirante Brown y Pinzón “desenmascarando a los caudillos socialistas”. Según la crónica parroquial, algunos socialistas habían reconocido, quizás, algo sorprendidos, “Habla bien ese cura”; otros habrían dicho “Lo partió por el eje al partido socialista”.¹⁸⁷ Además de esta conferencia, la fuente que citamos señalaba que el cura párroco, Valentón Bonetti¹⁸⁸, estaba comprometido en la misma campaña de combate a ese partido “que se tiene adueñada a casi media Boca” y por ese motivo publicaba “frecuentes sueltos robustos y bien documentados”.

En agosto de 1918, disertaron en la plaza del Congreso los señores Amadeo P. Barousse, José G. Garrido, Roberto Reisegeier (sic), Demetrio J. Pérez y el presbítero Napal sobre el proceso reformista en Córdoba.¹⁸⁹ Específicamente, adherían a la reforma universitaria, pero rectificaban la orientación sectaria que, según entendían, se le había dado al movimiento.¹⁹⁰ Cuando estaba hablando el Napal, un grupo de jóvenes — “capitaneados por uno de aquellos que piden a gritos una ducha de agua fría y el chaleco de fuerza”— intentó interrumpir o, al menos, perturbar la conferencia. Según la crónica de la que disponemos, el público resistió enérgicamente la actitud de “los exaltados” que fueron “violentamente fustigados y perseguidos”. Se insistía en que los provocadores “huyeron en derrota, profiriendo gritos injuriosos”, al mismo tiempo que la concurrencia “aclamaba al clérigo que continuaba impertérrito en la tribuna su conferencia”. Los espectadores habrían alcanzado en esos momentos a unas tres mil personas y, terminados los discursos, la concurrencia entonó el himno nacional.¹⁹¹

185 “Círculos de Obreros”, *El Pueblo*, 03/02/1917.

186 “Círculos de Obreros”, *El Pueblo*, 03/02/1917.

187 Crónica de la Iglesia Parroquial y Colegio de San Juan Evangelista, 1877-1935, núm. 1, pág. 49.

188 Fue director espiritual del CO de San Carlos en reemplazo del padre Pangliere.

189 Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1918, pág. 679.

190 Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1918, pág. 680.

191 Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1918, pág. 679.

Otro episodio similar tuvo lugar a fines de 1919 en el barrio de Nueva Pompeya. El diario *El Pueblo* señaló que mientras hablaba el sr. Barousse se oyeron unos gritos que provenían de un coche tranvía acoplado y que la reacción de los presentes fue instantánea: “los manifestantes asaltaron, castigaron y persiguieron con extraordinaria energía a la patota socialista, que abandonó, a la disparada, el coche”. En la corrida, no pudieron evitar “que los más caracterizados provocadores recibieran su merecido”. El presbítero Napal, orador activo, “arengó a los manifestantes, cuyo entusiasmo crecía por momentos”. Una vez concluido el himno nacional, los concurrentes formaron columnas y acompañaron las banderas del círculo de Nueva Pompeya hasta su local social.¹⁹²

En resumen, desde sus primeros años, los Círculos estuvieron involucrados en una dinámica de debate y confrontación con las militancias socialistas y anarquistas. Con ellas disputaron espacios, auditorios y territorios. Algunos de los episodios reseñados aquí implicaron hacerse de un lugar “poniendo el cuerpo” y terminaron con heridos y detenciones, otros implicaban simplemente derrotar a sus contrincantes en el terreno de las ideas. Lejos de tratarse de una dinámica acotada a una etapa particular, esta se dio a lo largo de todo el periodo estudiado, de la que participaron especialmente aquellos miembros de los Círculos de postura demócrata cristiana —tales como Vaudagnotto, Capurro, Vignati, entre otros—.¹⁹³

Acuerdos y divergencias en el ámbito parlamentario

Sin dudas, un espacio más complejo fue el parlamentario. Allí podían darse acaloradas discusiones, pero también algunos acuerdos puntuales que movilizaron la aprobación de algunas leyes sociales, las primeras de la historia nacional.

A lo largo de 1904, ingresaron a la Cámara de Diputados Alfredo Palacios por el Partido Socialista y, con el apoyo de una intensa campaña electoral de la Liga Democrática Cristiana, Santiago O'Farrell —quien volvía a ser diputado, esta vez, por la circunscripción de Balvanera—.¹⁹⁴ Tan solo un año después, se aprobaba para el ámbito

192 Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1920, págs. 70 y 71.

193 Son muchos los oradores, laicos y sacerdotes. El resto de los oradores defendió sus ideas con la palabra oral o escrita, pero sin participar de controversias: Durá, O'Farrell, Calvo, De Nevares, Conci, Medrano, Barousse, entre los laicos, o como Grote, Orzali, Yani, Johannemann, Monteverde, De Andrea, entre los sacerdotes.

194 AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social...*, op. cit., págs. 194-196.

de la Capital Federal la ley de descanso dominical (1905) y, un poco después, la de protección del trabajo de menores y mujeres (1907).

La discusión del proyecto de ley se abrió a propuesta del diputado socialista, que tuvo la estrategia de discutir por partes la ley Nacional del Trabajo que había presentado el Ejecutivo Nacional en ese mismo año.¹⁹⁵ Como observó el presbítero Andrés Pont Llodrá, la discusión se abrió en el Congreso debido a la presión que hubo desde la opinión pública. Según el director espiritual de la Liga Democrática Cristiana, la cuestión dominical había adquirido “el primer lugar en las reclamaciones obreras, aún en los medios socialista y anarquista; los meetings populares y las peticiones a las cámaras se han multiplicado hasta el punto de hacer salir de su marasmo a los cuerpos legisladores”.¹⁹⁶ En el capítulo 5 hemos comentado la trayectoria del sindicato de dependientes de comercio de la ciudad, sin duda, uno de los sectores que más se movilizó por el descanso dominical.

Al iniciarse el debate en la cámara, se propuso discutir el descanso dominical junto a la reducción de los días festivos, defendiendo la capacidad del poder civil para legislar sobre ambas cuestiones.¹⁹⁷ Luego, los diputados Argerich, Demaría y Gouchón opusieron especial resistencia al reclamo, e intentaron separarlo de lo que entendían era su carácter religioso. En particular, el último legislador denunció que la obligación del descanso en día domingo podía ser considerada como “atentatoria contra la libertad de conciencia” de aquellos patrones que no fuesen católicos, reeditando argumentos de los debates que se habían dado en la década de 1880 en torno a las ordenanzas municipales.¹⁹⁸ Se cuestionó, también, el ámbito de aplicación del proyecto de ley, si debía ser nacional o circunscribirse a la Capital Federal.¹⁹⁹ De todos modos, parecía existir cierto consenso en admitir la necesidad de regular un día de descanso semanal para los trabajadores. De hecho, si se observan las preocupaciones que la UIA presentó ante la Cámara de

195 Título IV Duración y suspensión del trabajo del proyecto de ley Nacional del Trabajo de Joaquín V. González 1904. “El descanso dominical. Parte segunda. La reconquista del descanso dominical IV. Acción legislativa”, *Revista del Arzobispado de Buenos Aires*, 1905, págs. 497-502.

196 “El descanso dominical. Parte segunda. La reconquista...”, *Op. cit.*, p. 497. Para una mirada general sobre este reclamo y el debate entre socialistas y católicos se puede consultar: ASQUINI, S., “Demócratas cristianos y socialistas...”, *op. cit.*

197 Intervención del Dr. Pinedo. Sección Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1905, pág. 966.

198 CAPURRO, A., “Días hábiles para la actuación judicial y necesidad de una legislación sobre el descanso dominical”, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1900, pág. 62.

199 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1905, pág. 966

Senadores a propósito del proyecto aprobado en la de Diputados, se advierte que su inquietud estaba centrada en el pago del jornal y en garantizar su participación corporativa en la comisión que reglamentaría su aplicación, y no en darle marcha atrás mediante argumentos que, como en el pasado, defendieran la producción o algo similar.²⁰⁰

Lo que interesa para este apartado es que tanto el diputado socialista como el católico defendieron el mismo proyecto. Su aprobación, como había señalado Pont Llodrá, no puede separarse de la presión ejercida por el movimiento obrero y la aceptación que encontraba en otras capas sociales. De hecho, a pesar de contar con la media sanción de la ley, el reclamo volvió a estar presente en la huelga que la Unión de Dependientes de Comercio —creada en 1902, que había levantado desde entonces una intensa campaña con este reclamo— protagonizó a mediados de noviembre de 1904. En el marco de un movimiento huelguístico que incluyó a varios gremios de la ciudad, los dependientes pararon sus tareas en reclamo del descanso dominical, reducción de la jornada laboral y la supresión de las multas.²⁰¹

Más allá de los acuerdos coyunturales, las diferencias no dejaron de expresarse. Por ejemplo, al constituirse la primera comisión para reglamentar la ley, la Liga Democrática Cristiana denunció que estaba compuesta por “puros patrones y un socialista”.²⁰² Se trataba de una reivindicación sentida en el movimiento católico y que, como la de protección del trabajo de menores, había sido motivo de presentaciones de petitorios al poder legislativo y ejecutivo por parte de los Círculos de Obreros. No obstante, no hubo un representante del sector social católico en la comisión de reglamentación, lo que no deja de ser sugerente respecto de su inserción en el medio.

Meses después, en junio de 1906, Alfredo Palacios presentó un proyecto de ley para regular el trabajo de mujeres y menores. Una vez más, el proyecto que salió de la

200 Unión Industrial Argentina, *Cuestiones Obreras*, Imprenta y litografía “la Buenos Aires”, Buenos Aires, 1905.

201 Luego de varias horas de conflicto generalizado, el día 16, la mayoría de las tiendas, camiserías, zapaterías, bazares, sombrererías, etc., abrieron sus puertas con un pliego firmado por 750 casas, entre las que estaban las principales. “Asociaciones y gremios”, *La Prensa*, 10/11/1904; OVED, I., *op. cit.*, pág. 369. Como reclamo, el descanso dominical había sido aprobado tanto en el IV Congreso de la FOA (desde ahí, FORA) con marcada hegemonía anarquista como en los congresos de la UGT socialista. En el primer caso, se rechazaba el método parlamentario mientras que, en el segundo, se saludaba la presentación realizada por los dependientes de comercio. Ver ODDONE, J., *Op. cit.*; MAROTTA, S., *Op. cit.*

202 Sección Efemérides, *Revista del Arzobispado de Buenos Aires*, 1905, pág. 866. La comisión realmente tuvo una representación desventajosa para los trabajadores. Juan B. Justo, quien formó parte de ella, relató que entre sus miembros hubo representantes de la UIA, de la Compañía de Eléctrica Alemana, del Centro de Almaceneros y algunos funcionarios estatales. “La reglamentación del descanso dominical”, *La Vanguardia*, 25 y 26/09/1905.

comisión de trabajo legislativo contó con el apoyo del diputado Santiago O´Farrell, quien también la integraba. Este proyecto tuvo un debate un largo porque contó con importantes objeciones de industriales y luego de aprobada la ley fue sistemáticamente incumplida.²⁰³ Aun así, varios historiadores hicieron énfasis en la existencia de un consenso amplio en la necesidad de regulación de este tipo de trabajo y que la verdadera diferencia se encontraba en el articulado.²⁰⁴ Existía la noción algo extendida de que, tal y como se practicaba, el trabajo de las mujeres generaba consecuencias negativas para su salud y la de la niñez, poniendo en riesgo el futuro del país, de su desarrollo humano, de su producción y de su capacidad militar.²⁰⁵

A fines de septiembre de 1906, a pocos días del cierre de las sesiones ordinarias, el diputado Francisco Seguí —antiguo dirigente de la UIA y uno de los mayores opositores al proyecto— consiguió enviar el proyecto a la comisión para su revisión. Así, la Junta de Gobierno de los Círculos resolvió aprovechar la movilización proyectada con motivo de la peregrinación anual a Lujan para marchar a Plaza de Mayo y solicitar al presidente para que incluyera el proyecto en las sesiones extraordinarias.²⁰⁶ Ese día, frente a una destacada columna, al lado del arzobispo y del presidente de la institución, tomó la palabra Federico Grote, quien leyó la nota entregada al presidente Figueroa Alcorta en que se recordaban las presentaciones que los Círculos habían realizado previamente. Luego, señaló que habían tenido que soportar “animosos y decididos” los ataques de los socialistas y, seguidamente, agregó:

“Hoy las cosas han cambiado, y los socialistas de entonces —los que atacaron en las manifestaciones de 1901— han hecho suya la iniciativa del descanso y han presentado ante el Congreso un proyecto de reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños en las fábricas. Bien. Nos corresponde hoy a nosotros ejercer la venganza, pero una venganza cristiana. *Ellos pretendieron obstruir desde sus comienzos la acción social de los Círculos, y después los imitaron. Secundemos nosotros ese proyecto, pidamos sea hecho ley cuanto antes; ¡es esta nuestra venganza!*”²⁰⁷

203 PANETTIERI, J., *Las primeras leyes obreras*, op. cit., pág. 46; SURIANO, J., “Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña de comienzos del siglo”, en ARMUS, D. (comp.), *Mundo urbano y cultura popular: estudios de historia social argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, 251-279.

204 NARI, M., *Políticas de maternidad y maternalismo político*, op. cit.; CALEGARI, P., “Protección laboral para pequeños y jóvenes obreros: una aproximación a la trastienda de la elaboración de la ley de reglamentación del trabajo de los niños y las mujeres”, 5tas jornadas de Estudios sobre infancia, Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/5jornadasinfancia/2.pdf?view> Consultado 17/05/2021.

205 NARI, M., *Políticas de maternidad y maternalismo político*, op. cit., pág. 157.

206 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1906, pág. 916.

207 El subrayado es nuestro. Efemérides, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1906, págs. 916 y 917.

La ley finalmente se sancionó en 1907, con modificaciones significativas respecto del proyecto original —cuya redacción original se correspondía en general a la realizada por Gabriela Laperriere de Coni, quien había presentado el proyecto al gobierno municipal tras su labor como inspectora municipal ad honorem—. El recién creado Departamento Nacional del Trabajo propuso un proyecto alternativo que consiguió la aprobación de los industriales. Entre otras cuestiones, se corrigió la edad mínima de ingreso de los menores, la cantidad de horas de trabajo propuestas para cada grupo etario y la propuesta de un sistema de licencias para las mujeres embarazadas quedaron reducidas a una reserva del puesto por un mes.²⁰⁸ Una vez más habían quedado del mismo lado católicos sociales y socialistas. En las tareas de inspección estaría la socialista Carolina Muzzilli y la católica Celia Lapalma de Emery, en la producción de estas dos mujeres quedaron expresadas las enormes diferencias entre las perspectivas de unos y otros.²⁰⁹

En la segunda década del siglo XX, con la puesta en práctica de la ley Sáenz Peña, ingresaron varios dirigentes socialistas al Congreso Nacional en representación de la ciudad de Buenos Aires, donde hicieron elecciones destacables en 1912, 1913 y 1914. En solo unos años, la representación socialista creció notablemente y, como hemos indicado, pasó a incluir a Alfredo Palacios, Juan B. Justo, Nicolás Repetto, Mario Bravo, Antonio de Tomaso, Ángel Giménez, Enrique Dickmann, Francisco Cúneo, Augusto Bunge, en la Cámara de Diputados y a Enrique Del Valle Iberlucea, en el Senado.²¹⁰ Esta conquista reforzó las críticas de los católicos sobre quienes ahora ocupaban cargos públicos. Por ejemplo, las denuncias de oportunismo político de los candidatos socialistas que se pronunciaran en favor de “una patria fuerte y respetada”.²¹¹

Como en el periodo anterior, hubo también algunas colaboraciones o acuerdos generales. En esta etapa, no fue Santiago O’Farrell el diputado que se identificaba con los Círculos de Obreros, sino el cordobés Arturo Bas y en menor medida Juan Cafferatta. Como señaló Belén Portelli, los socialistas dieron su apoyo a los proyectos de jubilaciones ferroviarias y agencia de colocaciones elaborados por Bas y Cafferatta. Por su parte, Bas apoyó el proyecto sobre la trata de blancas presentado por Alfredo Palacios y trabajaron

208 NARI, M., *Políticas de maternidad y maternalismo político*, op. cit., pág. 161.

209 MUZZILLI, C., “El trabajo femenino”, Buenos Aires, Rosso y Cía., 1916; LAPALMA de EMERY, C., “Trabajo de mujeres y niños”, en *op. cit.*, págs. 69-80 (publicado también en diciembre de 1908 en el Boletín del Departamento Nacional del Trabajo).

210 CAMARERO, H., y HERRERA, C. M., *Op. cit.*, pág. 17; MARTINEZ MAZZOLA, R., op. cit.

211 “Antipatriotismo”, *El Trabajo*, marzo, 1914, pág. 9 y 10.

conjuntamente la ley de accidentes de trabajo.²¹² Esto no significaba que no hubiera algunas diferencias en el articulado fino. Por ejemplo, en el debate del proyecto de ley de accidentes del trabajo se pusieron de relieve las diferentes concepciones de familia que tenían unos y otros. La iniciativa de Bas disponía que la indemnización solo beneficiara al cónyuge y a sus hijos, por lo que el diputado socialista Antonio de Tomaso propuso corregir esa redacción, sugiriendo que los beneficiarios de la indemnización por el accidente fuesen los hijos y la madre de estos —incluyendo las uniones de hecho—. Bas se opuso, defendiendo el matrimonio consagrado por ley y religión.²¹³

A su vez, con la importante representación socialista en el Congreso, se reforzaron también los contrastes. Como ya había sucedido previamente, las cámaras eran un espacio de fuertes intercambios ideológicos, en especial cuando entraban en debate aquellos aspectos que hacían a las relaciones entre el Estado y la iglesia. Entre otras cuestiones, la bancada socialista propuso en varias ocasiones con alguna repercusión la reducción o anulación del presupuesto de culto o la regulación de las órdenes religiosas. En la Cámara Baja, lo hicieron en mayo de 1913 — meses más tarde, convocaron un mitin con el mismo objetivo—; se reiteró en enero de 1914, en la Cámara de Senadores; y en diciembre de 1916 y septiembre de 1919, nuevamente en la de Diputados.

Nos interesa retomar aquí uno de los debates sobre el presupuesto de culto, no por los argumentos dados para mantenerlo o anularlo, sino porque incluyó declaraciones de interés de parte de un diputado católico sobre el socialismo.²¹⁴ Iniciado el intercambio después de la intervención del diputado Augusto Bunge, el diputado católico por la provincia de Santa Fe, Gustavo Martínez Zuviría, declaró que los socialistas tomaban al cristianismo como un rival debido a que, en su esencia profunda, el socialismo era también una religión: tenía sus dogmas —la concepción materialista de la historia, la teoría del valor—, su cielo —el “paraíso terrenal”— y sus apóstoles —los diputados nacionales—. Al mismo tiempo, resaltaba que el ideal humanitario que ellos defendían no era una idea pagana, materialista ni moderna, sino que era, en realidad, una idea antigua sacada del evangelio y recogida de los labios del fundador del cristianismo: “*Misercor supir turbam!* (¡piedad para los pequeños!)”. Este comentario, hecho en tono

212 PORTELLI, M. B., “Catolicismo y reforma social...”, op. cit., pág. 71.

213 PORTELLI, M. B., “Catolicismo y reforma social...”, op. cit., pág. 70.

214 Este diputado ya había protagonizado un intercambio con Antonio de Tomaso en enero de 1917, a propósito del clero castrense, ver: “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1917, pág. 234.

jocoso y que había despertado risas en el auditorio, describía no obstante una postura presente en el socialismo internacional que interpretaba el surgimiento del cristianismo como un movimiento contestatario, parte de la historia de luchas sociales y desde ese lugar, existía cierta revalorización del ideal; aunque luego hubiese devenido en su contrario. Continuando con su argumentación, Martínez Zuviría se refirió al hecho de que en el local de una importante cooperativa socialista en Bruselas había una imagen gigante de Jesús. En la anécdota que relató el diputado, el trabajador que guiaba al delegado del gobierno francés por el edificio habría presentado al personaje del lienzo como “el primer socialista”.

La respuesta socialista vino, como era de esperarse, de parte del diputado De Tomaso —quien había reparado en esa imagen en un reciente viaje y hecho públicas sus impresiones al respecto—. En su opinión, la iglesia católica estaba histórica y filosóficamente distanciada del cristianismo originario. La corriente que había brotado hacía tantos siglos en Judea no se había *encauzado* en aquella institución en cuyo seno, decía, se habían refugiado las costumbres y las tradiciones paganas de las altas clases conservadoras y contra las cuales, justamente, había surgido el cristianismo como una “instintiva” revolución social. Así, la iglesia pretendía negar la lucha de clases que estaba en la base del primitivo cristianismo — ciertamente el diputado interpretaba esta lucha como un proceso histórico (pacífico) de afirmación de derechos colectivos y de reemplazo en las funciones directivas del Estado y de la producción de grupos privilegiados—. Especificadamente, sobre la imagen que coronaba el salón de la Casa del Pueblo de los socialistas belgas, manifestó que le había sugerido agradables reflexiones:

“En una de las salas, un artista anónimo había pintado en un gran lienzo, una cabeza que reflejaba una dulzura conquistadora. (...) Y yo declaro que me pareció bien ese gesto de los socialistas cooperativistas belgas de dejar —porque hace años que ese cuadro existe— la imagen en una de sus salas de reuniones, en una de las salas que periódicamente se prestan a obreros de los sindicatos para celebrar sus conferencias y prohibidamente para concertar alguna vez sus huelgas y sus actos de resistencia colectiva. Me pareció que estaba bien esa imagen y que no desentonaba ese símbolo moral en aquella casa donde tantos hombres, desde hace largos años, estaban dando lo mejor de sus vidas por una acción política y social, que es al mismo tiempo un ideal moral poderoso”.²¹⁵

Los socialistas belgas habían *dejado* la imagen, pero eso no significaba que estos hubiesen abandonado un programa de defensa de sus derechos, de resistencia colectiva y

215 “El presupuesto de culto. El Estado y la Iglesia. Un debate parlamentario importante”, *La Vanguardia*, 19/09/1919.

de lucha sindical. Pero la figura del primer cristiano también se interpretaba como un símbolo moral compatible con la lucha socialista.

Como fuerza política, decía el diputado De Tomaso, el Partido Socialista se había incorporado a una corriente de progreso liberal que se había ido ensanchando desde los primeros días de la independencia nacional y lo que restaba conseguir para cerrar tal ciclo era la sanción del divorcio y la separación de la iglesia y el Estado.²¹⁶ En este curso, declaraba que nadie pretendería expulsar violentamente la religión del ámbito privado, sentimental, porque los socialistas “sabemos cuánto ha costado en el mundo la conquista de la libertad de conciencia y cuánpreciado es ese bien, no hemos de ser, por cierto, los últimos en defender, como derecho individual, la intangibilidad de las opiniones religiosas y filosóficas”.²¹⁷

Como solía ocurrir, el debate continuó con la aparición de la posición que, en realidad, eran mayoritarias entre los legisladores: la defensa del presupuesto de culto como sostén del derecho de patronato del Estado nacional sobre la iglesia. Según esta perspectiva, a través del presupuesto de culto, la institución religiosa quedaba sometida a la supervisión y control del Estado argentino. De hecho, refiriéndose al debate, la revista del arzobispado declaró que “los <hechos> citados por el doctor Melo son desgraciadamente verdaderos, la iglesia argentina es, constitucionalmente, una de las que gozan de menos libertad en este mundo. En pocos países hay sujeción mayor de los eclesiásticos al Estado, que propone obispos, admite o niega el pase a bulas y breves, puede detener y aun declarar nulas las resoluciones de concilios, etc.”²¹⁸

En este apartado se intentó ilustrar el espacio especial que significó el Parlamento para los vínculos entre católicos sociales y socialistas. Desde distintas perspectivas, unos y otros compartieron la importancia de regular legalmente las relaciones entre capital y trabajo y de habilitar ciertos derechos para los trabajadores. En ambos casos, el trabajo parlamentario se complementaba con campañas y movilizaciones callejeras. Aun en temas en que existían acuerdos, las diferencias también emergieron. Asimismo, el propio recinto también habilitaba debates ideológicos, en particular en aquellas sesiones en que entraba en juego la agenda laicista de la bancada socialista.

216 Ídem.

217 Ídem.

218 “Efemérides”, *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, 1917, pág. 138.

A lo largo del presente capítulo se abordó la confrontación de ideas que entablaron los Círculos de Obreros con las izquierdas. Fue un aspecto originario y central, observable en los objetivos y en las prácticas institucionales de los Círculos; especialmente en aquellos lugares donde aquellas estaban asentadas. Se analizaron algunas publicaciones, discursos y declaraciones dirigidos a polemizar especialmente con socialistas, anarquistas y maximalistas. Asimismo, se revisaron iniciativas concretas tales como actos, conferencias, movilizaciones callejeras y conferencias populares.

Desde fines del siglo XIX el socialismo era considerado como el rumbo que tomaba el movimiento social moderno. Respecto a su origen, se destacaba la responsabilidad ideológica y política del liberalismo, el cual no aparecía con presencia entre las masas obreras. Discursivamente, llamó nuestra atención la manera de vincular la aspiración del socialismo —en abstracto— con los valores del evangelio. El argumento católico contra el socialismo no se limitó a una posición coyuntural, sino que se desarrolló a partir de una *refutación* de aquello que se entendía como sus bases y afirmaciones. El socialismo era interpretado como un heredero del liberalismo y de la Revolución Francesa, pero se señalaban también aquellos puntos de diferencia que había entre estos. Luego, aparecieron las acciones —o falta de ellas— y los discursos o dichos en el terreno político local. De esta manera los propagandistas de los Círculos se dirigieron al conjunto de los trabajadores de la ciudad y trataron de separarlos de la influencia de las izquierdas, a la vez que buscaban acercarlos al programa socialcristiano.

En concreto, los discursos analizados aceptaban y defendían la existencia de la desigualdad social —por estar sustentada en la naturaleza de los hombres— pero, a diferencia de los liberales, entendían que era necesaria una regulación moral de esa desigualdad y que esa regulación era aportada por la religión. Por tanto, se oponían tanto a la desigualdad incrédula del liberalismo burgués como al igualitarismo ateo socialista. El socialismo, con su concepción materialista y atea, medía la felicidad de acuerdo con el nivel de satisfacción de física alcanzado y su único norte era la búsqueda del goce propio, todo lo cual producía sociedades conflictivas. En esta perspectiva, la cuestión social era ante todo una cuestión moral, religiosa.

En cuanto al anarquismo, el catolicismo porteño se preocupó por este tempranamente, incluso antes de que el problema se tomase como una realidad local.

Reclamaron medidas concretas para evitar y contener la acción de algunos individuos aislados, asociados a actos delictivos. En los Círculos de Obreros, el problema del anarquismo apareció poco delineado, aunque esto no significó que no se le prestara atención. Pero incluso en coyunturas como la que abrió el asesinato de Humberto I, cuando el anarquismo era el centro del debate, emergía que el socialismo como el principal oponente.

Finalmente, ante la emergencia del maximalismo, lo que primó fue la caracterización de que no se trataba de algo demasiado novedoso. Más bien se lo interpretaba como una continuidad doctrinal y práctica del socialismo. Al menos, desde la segunda mitad de 1918, el maximalismo se registraba como un problema con presencia o implantación local y ante la inactividad del gobierno, la Federación de Propaganda de los Círculos de Obreros tomó la iniciativa de realizar conferencias callejeras como una manera de contrarrestar la influencia maximalista. En enero de 1919, la situación se agravó con la quema de una iglesia y eso generó un acercamiento con el movimiento que organizó la Liga Patriótica. A partir de algunas novelas breves, se mostró la profunda impresión que generó el maximalismo, su apoyo en sectores encumbrados de la sociedad y los hechos de la Semana Trágica en algunos referentes católicos y dirigentes de los Círculos.

En esta línea podía haber diferencias de matiz entre grupos o corrientes, pero parece claro que algunas quedaban algo ocluidas. Por caso, los *sindicalistas revolucionarios*, cuyo peso en el movimiento obrero fue decisivo en la segunda década del siglo, aparecen poco delimitados en el material consultado. Por su parte, las rupturas del Partido Socialista —el Partido Socialista Argentino, de Alfredo Palacios, y el Partido Socialista Internacional, que años más tarde se convertiría en el Partido Comunista— que constituyeron organizaciones con presencia pública y electoral tampoco fueron objeto de un análisis específico.

Por otro lado, se intentó mostrar que, desde sus primeros años, los Círculos estuvieron involucrados en una dinámica de debate y confrontación con las militancias socialistas y anarquistas. Se disputaron espacios en el terreno simbólico y físico, y lejos de tratarse de una dinámica acotada a una etapa particular, esta se dio a lo largo de todo el periodo estudiado. Recurrieron a métodos modernos en muchos casos similares a los utilizados por sus adversarios y, como demuestran algunos de los episodios reseñados en

este capítulo, tanto unos como otros se hicieron de un lugar *poniendo el cuerpo*; a veces, a costa de alguna heridas y detenciones.

Asimismo, se abordó el Parlamento como otro espacio para observar los vínculos entre católicos sociales y socialistas, ya que —desde distintas perspectivas y con distintos objetivos— ambas corrientes promovían la regulación legal de las relaciones entre capital y trabajo y la formulación de determinados derechos para los trabajadores. En ambos casos, el trabajo parlamentario se complementó con campañas y movilizaciones callejeras. Las diferencias no dejaron de expresarse, ni en aquellos proyectos en los que tenían acuerdos generales y mucho menos cuando entraban en debate las relaciones entre Iglesia y Estado. Ciertamente, como se ha señalado recientemente, con algunos notorios matices ideológicos, se podría hablar de un *consenso reformista* en el cual la inclusión o no de un artículo podía abrir paso a la confrontación abierta entre católicos y socialistas dentro y fuera del ámbito.²¹⁹

219 PORTELLI, B., “Los católicos y las jubilaciones ferroviarias...”, op. cit.

Conclusiones

A partir de mediados del siglo XIX, el país transitó una serie de cambios estructurales que transformaron radicalmente la fisonomía de la ciudad de Buenos Aires y la forma de vida de su población. El ingreso paulatino de capitales extranjeros dirigidos a garantizar la exportación de materias primas; la consolidación del aparato estatal —tras la federalización de Buenos Aires, y la apropiación y reparto de las tierras cultivables—; y el arribo de enormes masas de inmigrantes aseguraron el curso de un desarrollo económico dependiente y orientado al mercado mundial.

Ya hacia fines de los años ochenta, la ciudad de Buenos Aires se aventuraba a una nueva realidad de desarrollo y progreso que la emparentaba con otras metrópolis del mundo. El contundente crecimiento del movimiento de personas, mercancías y capitales impactó con fuerza en la urbe, concentrando numerosos contingentes de trabajadores atraídos por la demanda laboral en las tareas de edificación, pavimentación, saneamiento, electrificación y ampliación del puerto y tendido ferroviario, etc. Asimismo hubo, durante la década del noventa, un incipiente desarrollo manufacturero e industrial de bienes de consumo local, que se abrió paso junto a la ampliación de la actividad comercial y del transporte. En este marco, como se indicó oportunamente en nuestro trabajo, aparecieron conflictos sociales y problemas de vivienda, hacinamiento e insalubridad, falta de empleo y sobreexplotación.

Estos cambios afectaron también las características y el lugar de la religión para la población. Los reacomodamientos de lo religioso en las prácticas, en las creencias e instituciones sociales es lo que hoy en día suele considerarse como *procesos de secularización*. Lejos de seguir un desarrollo lineal y progresivo, estos procesos pueden variar en un sentido u otro como resultado, entre otras cuestiones, de las propias luchas por definir estos lugares en el Estado y en la sociedad. El catolicismo debe ser señalado como resultado y, también, como un agente de estos procesos de relocalización de lo religioso y de lo secular. Aunque no es posible precisar con exactitud cómo eran las creencias religiosas y las identidades personales, sociales y colectivas de la población de Buenos Aires en el período estudiado, se ha intentado mostrar algunos de los contornos de esa mayoría católica que proyectaban los censos.

Como se ha indicado, la baja asistencia a los templos o la reducción de matrimonios religiosos no pueden asumirse como una muestra de *descreimiento*, aunque sí, pensamos, dan cuenta de un bajo nivel de sujeción —o de amplios márgenes de autonomía— que los distintos sectores de la población de la ciudad mantenían respecto de los comportamientos y modos de vida que promovía la Iglesia Católica, a través de sus diversos actores. A pesar de que estas cuestiones se observaban, no sin diferencias, en el conjunto de las clases sociales, entre los distintos géneros y generaciones, al menos para los organizadores de la institución que nos ocupa, existió una preocupación especial por la extendida indiferencia religiosa de parte de los trabajadores varones.

La propuesta de los Círculos de Obreros consistía, justamente, en acercarse a ese sector; y así, desde sus comienzos, su acción estuvo destinada a revertir dicha situación de indiferencia religiosa. Ello implicaba, según un temprano diagnóstico de su fundador, contrarrestar el desarrollo de la propaganda subversiva, antirreligiosa y de izquierda que, a fines del siglo XIX, a su juicio, ganaba espacio entre los varones de la clase trabajadora de la ciudad. En tal sentido, se creó una asociación que pretendía dar respuestas a las necesidades materiales más inmediatas de los trabajadores y, a partir de ese primer contacto, intentaba incorporarlos en un espacio de sociabilidad e instrucción católicas. A diferencia de otro tipo de asociaciones católicas, los Círculos de Obreros incorporaron a los trabajadores como socios y no se requería su pertenencia religiosa previa. Esto último distinguió a la experiencia argentina de otras; tal característica se asociaba directamente con una posición del padre Federico Grote, quien debió defenderla en más de una ocasión.

El primer Círculo de Obreros del país, el Círculo Central, se fundó en la ciudad de Buenos Aires a comienzos de 1892 y fue el único durante más de dos años. El momento y la manera en que la institución comenzó a extenderse territorialmente, como hemos intentado demostrar, da cuenta de la orientación y determinación de los Círculos de hacerse un lugar entre los trabajadores. Así, cuando se podían percibir los primeros síntomas de una reactivación de la organización y las luchas obreras —en el curso de 1894—, se fundaron dos nuevos círculos, y varios más el año siguiente. En forma paralela, ante la observación de la recomposición de las relaciones más generales entre la Iglesia y el Estado y la percepción de este progreso organizativo de los Círculos de Obreros —así como de otras asociaciones católicas—, emergió un movimiento anticlerical con cierta influencia entre los trabajadores, procedente fundamentalmente de las izquierdas, aunque no sólo de ellas. De hecho, se podría decir que la instalación

efectiva de la institución se produjo estimulada por ciertos episodios de confrontación social y religiosa. Así, desde mediados de los noventa, se puede observar un notable fortalecimiento institucional de los círculos en cuanto a su visibilidad pública y callejera, al afianzamiento territorial y a los apoyos que, poco a poco, se fueron ganando dentro y fuera de la estructura eclesiástica.

Al considerar en su totalidad el período estudiado, el crecimiento de la institución continuó siendo verdaderamente destacable; más allá de ciertos momentos de estancamiento, hacia el final de nuestra periodización, los Círculos tenían presencia en la mayoría de las parroquias de la ciudad. Asimismo, se ha intentado mostrar aquí el modo en que aprovecharon la colaboración de otras asociaciones católicas instaladas previamente en los barrios y la construcción de redes de relaciones personales e instituciones que tenían sus fundadores. De esta forma, en la organización de los centros se recurrió también a las relaciones que estos pudieran tener con directivos de clubes y hospitales, y con funcionarios de algún consejo escolar o autoridades de la policía, etc. Desde los órganos directivos, como el Consejo General o la Junta de Gobierno, se procuró consolidar lazos con diputados, senadores u otros altos funcionarios, en ejercicio o no. Es claro que en la consolidación de estos lazos también jugaron su rol las demostraciones callejeras, y que en ellas se entrelazaron religión y política. Tanto las peregrinaciones como las fiestas religiosas adquirieron un rol nuevo; aunaron los esfuerzos de la organización y consolidaron apoyos dentro y fuera del catolicismo. Mediante su exhibición pública, en la que ostentaban el ordenamiento y la disciplina de sus columnas, los Círculos aspiraban a ser una alternativa frente a las sociedades “subversivas” y se proponían como un elemento que aportaba al orden y a la paz social.

Por último, el afianzamiento de sus relaciones con el Estado corrió en paralelo con una serie de iniciativas legislativas y la elaboración de los primeros jalones de un moderado programa reformista. Desde 1895, pero fundamentalmente después de su primer congreso, se puede percibir más claramente una voluntad reformista en los Círculos de Obreros y la utilización del derecho de petición. Ello sin que se abandonaran por completo ciertas desconfianzas largamente instaladas en el catolicismo respecto del Estado liberal. Las primeras peticiones apuntaban de manera directa a mejorar las condiciones materiales y morales de la vida de los trabajadores al reclamar el acceso a la vivienda higiénica y económica, el descanso dominical y la reglamentación del trabajo de

los menores. En estos casos, de todos modos, era clara la intención de reducir la conflictividad laboral, a través de contrarrestar la influencia de las izquierdas.

Respecto de su estructura interna, los Círculos, de modo general, constituyeron una institución mixta en términos de clase, con mayoría de extranjeros, varones adultos y una orientación patriótica. A pesar de tratarse de una institución policlasista, durante las primeras décadas del siglo XX, dentro de su masa societaria, los Círculos de la Capital Federal contaron con una notoria preeminencia de trabajadores. En términos numéricos, esta representación coincide en gran medida con aquella que ha sido señalada para la ciudad de Rosario y con la que registraron los clásicos estudios sobre el mutualismo italiano porteño. De manera inversa, en las comisiones directivas desaparecían prácticamente los miembros de ese origen social y ascendía notablemente la proporción de argentinos.

Como suele suceder en la mayoría de las organizaciones, entre los socios hubo diferentes niveles de compromiso. Según sus directivos, había trabajadores que querían adaptar la institución a sus necesidades o preferencias, y otros que, por el contrario, no participaban de su funcionamiento cotidiano. Algunos llevaban consigo experiencias y costumbres obtenidas en otras asociaciones, y también existían socios a los que se los consideraba bajo la influencia de la propaganda socialista. En tal sentido, hemos buscado mostrar que estas descripciones, proyectadas por los debates de la dirección de los Círculos sobre sus miembros, contrastaban con la imagen de docilidad que les atribuía la prensa anarquista, socialista o *sindicalista*. Por otro lado, en las comisiones directivas se registraron tensiones y opiniones encontradas respecto del lugar que debían ocupar los trabajadores en los órganos de decisión, aunque lo que tendió a primar fue un evidente paternalismo ejercido por sectores profesionales o medios.

La orientación nacionalista o patriótica de la institución se pronunció hacia el Centenario, y esta política también tuvo su costado asociado a la disputa entablada con las izquierdas, especialmente con el PS, que transitaba su propio proceso de argentinización. Por otra parte, a lo largo de todo el periodo, como lo hizo la propia Iglesia Católica, existió cierto esfuerzo por llegar mejor a las distintas colectividades de inmigrantes; en particular, a la italiana, valorada por su presencia local, aunque esto no significó que se le otorgara un espacio específico dentro de la institución. En la segunda década del siglo, se oficializaron, desde los Círculos, relaciones con instituciones italianas para que los inmigrantes tuvieran un contacto inmediato al llegar.

Además, como los Círculos de Obreros aspiraron a transformar la conducta de los socios —especialmente de los obreros—, esto implicó la promoción de una masculinidad diferente: controlada en sus pasiones, consciente de sus deberes y obligaciones con su familia, su religión y su sociedad. En la medida en que se promovía que los obreros varones asistieran a fiestas religiosas, peregrinaciones, movilizaciones o actos callejeros para manifestar públicamente su fe, se perfilaba una nueva masculinidad, lo cual constituyó un instrumento de control social dirigido no solo a los trabajadores sino también, por su intermedio, al conjunto de la sociedad. En estos actos se esperaba que los socios mostraran coraje, determinación y acción en la lucha contra los enemigos de la fe. Asimismo, en oposición a este ideal de masculinidad se recreaba un estereotipo negativo: el obrero disconforme, rebelde, de ideas anarquistas o socialistas; los que cometían crímenes, malgastaba sus jornales y tiempos libres en las tabernas o leyendo prensa impía. Este sujeto corrompía a la familia obrera, al educar mal —o no hacerlo— a sus hijos, maltratar a su esposa y no proveer lo necesario para la supervivencia —en general, asociado a malos usos del dinero o falta de previsión—. Algunos de estos aspectos, no obstante, no diferían tanto de las masculinidades construidas en algunas organizaciones sindicales y políticas del movimiento obrero.

En esta institución ideada para intervenir en el mundo de los obreros varones hubo, sin embargo, una perceptible participación femenina. Los espacios en los que estas mujeres actuaron dependieron de su clase social; las mujeres de la elite colaboraron con las comisiones directivas desde los primeros años del siglo y las esposas e hijas de socios menos encumbrados se incorporaron en los círculos que organizaron secciones específicas que extendían la cobertura mutual a las familias de los socios. Las incomodidades con esta participación fueron numerosas y reaparecieron hacia el final de periodo estudiado, cuando formalmente habían sido incorporadas como socias en los estatutos. Aun así, esta presencia y participación de mujeres en la vida cotidiana de la institución —así como el activismo sindical de algunas de ellas— cuestiona, una vez más, la clásica idea de separación de esferas que confinaba a las mujeres al ámbito privado.

En la segunda parte de este trabajo, se buscó analizar la manera en que los Círculos intervinieron en el terreno laboral y político. Así, al estudiar la lectura y las intervenciones de los Círculos de Obreros durante las principales luchas que libró el movimiento obrero de la ciudad, se examinaron una variedad de acciones. En tal sentido, el ascendente de las izquierdas sobre los colectivos de trabajadores fue central a la hora de definir la actitud

que iban a tomar los Círculos y sus organizaciones sindicales, pudiendo aparecer, también, cuestiones relativas a la coyuntura económica.

Grote encaró teóricamente el problema de las huelgas en 1902, aun antes de que tuvieran lugar los mayores episodios de confrontación social de la década. La politización de las huelgas fue señalada tempranamente por el fundador de los Círculos, quien rechazó la utilidad y justicia de las huelgas generales, pero no inhabilitó el recurso de la huelga parcial. En la misma época, esta posición era debatida al interior del movimiento obrero y fue uno de los motivos de fondo de división de la Federación Obrera Argentina en 1903. Al tratar ese punto, se ha buscado mostrar que los Círculos actuaron en conexión con la dinámica del movimiento obrero, puesto que, para intervenir con alguna eficacia en el mundo de los trabajadores, estuvieron obligados a posicionarse frente a determinados hechos o situaciones. Además, la presión ejercida sobre ellos provenía de múltiples espacios, desde las izquierdas más cercanas al mundo laboral, pero también del Estado y la patronal.

A finales del año 1902, en la huelga en el puerto de Buenos Aires, un sector con presencia en los Círculos —vinculado a la Liga Democrática Cristiana— se opuso al envío de rompehuelgas por parte de la Junta de Gobierno. Es que ya empezaban a transitarse nuevas maneras —más propias y autónomas— de intervenir en el espacio laboral. Experiencias de este tipo intentaron abrirse paso entre los empleados de comercio, los obreros del puerto o las trabajadoras textiles de Balvanera. Las dificultades fueron variadas, y provenían por igual desde dentro y desde fuera del catolicismo.

Otro momento álgido en el que hemos encontrado ciertas dubitaciones ante la línea institucional se produjo en 1909. Si bien no hallamos planteos concretos o críticas abiertas, a partir de la protesta del presidente del Círculo de Obreros de Balvanera, quien se quejaba por la falta de compromiso con las resoluciones de la Junta, podemos inferir que no todos los centros compartieron la prioridad que significaba la campaña contra las protestas por el asesinato de Francisco Ferrer. Sin embargo, no encontramos este tipo de señalamientos en las coyunturas en que la jerarquía eclesiástica tomó la iniciativa —cosa que sucedió en respuesta al asesinato de Ramón Falcón, en el Centenario y en la Semana Trágica, después de la quema de la iglesia de Jesús Sacramentado—. Es probable que las acciones vinculadas a iniciativas propias despertaran mayor adhesión y compromiso de los miembros; nos referimos, por ejemplo, a las movilizaciones que pedían la sanción de las leyes sociales; a aquellas que se organizaban en virtud de algún evento institucional

—un congreso, un aniversario—; y en menor medida, a las de propaganda callejera —pues implicaban cierto roce con otras corrientes—.

Entre el Centenario y 1916, en medio de un decaimiento general de las luchas obreras generado por la represión y la crisis económica, se procesó un recambio entre las corrientes que habían hegemonizado al movimiento obrero —un pasaje que conduciría de la primacía de los anarquistas al ascenso del *sindicalismo revolucionario*—; los socialistas ingresaron de manera contundente en el parlamento, y los Círculos atravesaron una serie de transformaciones institucionales y se abocaron a una agenda legislativa propia que mostró una centralidad nueva.

Para 1916, los Círculos habían organizado una activa propaganda callejera que derivó, en este contexto, en pequeñas peleas y choques en distintos barrios de la ciudad. Ya desde fines de ese año, con el radicalismo en el poder, se aprecia un proceso de agitación creciente que se expresó en el ámbito sindical, universitario y político. La conflictividad social aumentó, y con ello, también lo hicieron las situaciones de confrontación entre los Círculos y las izquierdas en ámbitos laborales y barriales. Durante la huelga general de enero de 1919, la quema de la iglesia de Jesús Sacramentado unificó a los católicos tras una posición cerrada de autodefensa y allanó sus vínculos con la naciente Liga Patriótica. Más allá de esto, los objetivos de largo plazo de ambas instituciones fueron distintos; la principal acción desplegada por los católicos en esta etapa fue la Gran Colecta Nacional en la que los Círculos y la recién creada Unión Popular Católica Argentina se involucraron de manera activa.

Si durante su primera década la práctica mutualista había conjugado importantes esfuerzos de la institución y se sostuvo, en los hechos, como un tipo de asociación alternativa a la de las sociedades de resistencia —aunque estas no necesariamente excluyeron este tipo de servicios y actividades—, los Círculos tuvieron dificultades para adaptarse a los problemas del mundo laboral propiamente dicho. De este modo, cuando a partir de principios del siglo XX la conflictividad laboral fue contundente y la organización gremial se exhibió como irreversible, diversos sectores al interior de los Círculos de Obreros, como ya se adelantó, vieron la necesidad de intervenir directamente en el mundo laboral.

Así fue que, en el interior de la institución, despuntaron dos orientaciones diferentes para intervenir en este agitado espacio: por un lado, en contestación directa a la solicitud de las patronales, algunas comisiones directivas facilitaron el personal

necesario para quebrar medidas de lucha de sus trabajadores; por el otro, se produjeron las primeras incursiones específicamente gremiales que apuntaban a conformar una corriente u organización propia dentro del mundo laboral. Algunas posiciones estuvieron más próximas a colocarse del lado de las empresas durante los conflictos, mientras que otras tomaron mayor distancia de estas.

Los núcleos demócratas cristianos, guiados inicialmente por el propio Grote, iniciaron experiencias de sindicalización propias que disputaron grupos y espacios de trabajadores con las sociedades de resistencia anarquistas y socialistas. En esta dirección, fue posible observar una cantidad de acciones de diversa naturaleza que pudieron aprovechar posiciones, descontentos y rivalidades existentes entre los trabajadores para separarlos de las organizaciones de lucha. A través de ellas, se buscó interpelar al conjunto de los trabajadores con modelos organizativos alternativos a los que articulaba el movimiento obrero. Al mismo tiempo, se proponían vías de resolución de los conflictos que tendían a limitar la confrontación y a habilitar caminos de integración social y política. Se debe decir que no se redujo a esto la intervención en el espacio laboral.

En las primeras experiencias de agremiación, la relación con los Círculos de Obreros no fue orgánica y, como ocurría en los mismos círculos, tampoco se requería a los socios profesar la fe católica. De manera general, la asociación gremial de los trabajadores fue pensada como de base múltiple y fue defendida como una “vía sana” de mejoramiento de la condición económica y social de los trabajadores. Considerados como instrumentos de pacificación social, se diferenciaban de las sociedades de resistencia que, según argumentaban, eran herramientas de confrontación y lucha. Aun cuando el trabajo femenino constituyó a lo largo del periodo una realidad tolerada, y se prefiriera su trabajo en el domicilio al del taller o la fábrica, hemos mencionado una serie de iniciativas de sindicalización femenina. Es probable que, a causa de los imaginarios sociales de la época, en los medios femeninos hubiera menos reparos para demandar la confesionalidad de las organizaciones. En estas experiencias, la presencia y participación de sacerdotes fue evidente y existió una asociación más profunda entre religión y sindicalización.

Tras el duro balance de 1907 y un breve lapso en que la institución se alejó de la organización sindical, en 1912 se retomó la tarea de agremiación desde la Junta Central de los Círculos, con una fuerte impronta centralizadora. En esta ocasión, se intentó afianzar la relación con los Círculos de Obreros y con la doctrina social cristiana. Aun así, este proceso organizativo enfrentó serios problemas y generó ciertas reticencias en

los Círculos. Como señaló Franceschi en el final del periodo estudiado, el sindicalismo creado a instancias de los Círculos difícilmente podía considerarse como católico, carecía de obreros formados en la doctrina social de la Iglesia y prevalecía cierto empirismo en la organización.

Aunque intentaron colocarse del lado de la “libertad del trabajo” contra las imposiciones de las sociedades de resistencia y de las sociedades “amarillas” organizadas por los propietarios, a los Círculos no les resultó sencillo mantenerse, por igual, a distancia de las necesidades de las patronales y de las de los trabajadores organizados de las sociedades de resistencia. La idea de que las huelgas constituían una imposición, de que los trabajadores estaban sujetos o dominados por militancias profesionales fue recurrente —de esa visión dan cuenta, por ejemplo, las palabras de Celia Lapalma de Emery citadas al comienzo de esta tesis o la caracterización de que las huelgas del Centenario iban a fracasar si se aseguraba la libertad laboral—. Por otro lado, como señaló en su momento Grote, sin la colaboración de las patronales o del Estado la estrategia conciliadora en materia sindical no podía brindar salidas definitivas a la apremiante situación de los trabajadores. Quizás el motivo de la profundización del programa reformista —que, de todos modos, se instalaba con fuerza también en otros sectores hacia fines de la década del diez— haya que buscarlo, justamente, en las dificultades que tenían estas experiencias sindicales, y en la falta de colaboración de la clase propietaria con el proyecto de la institución.

Por último, la confrontación de ideas que entablaron los Círculos de Obreros con las izquierdas fue un aspecto originario y central, observable en los objetivos y en las prácticas institucionales de los Círculos. En general, los Círculos participaron de una dinámica de debate y confrontación con militancias socialistas y anarquistas. Los espacios se disputaron tanto en el terreno simbólico como en el físico; unos y otros se hicieron de un lugar a base de *poner el cuerpo*; y a veces, a costa de heridas y detenciones. Ambos sujetos, los católicos sociales y las izquierdas, recurrieron a métodos modernos, en muchos casos similares; lejos de acotarse a una etapa particular, esta rivalidad, con fluctuaciones, se dio a lo largo de todo el periodo estudiado.

Desde fines del siglo XIX, el socialismo era considerado como el rumbo que tomaba el movimiento social moderno. Llamó nuestra atención la manera de vincular la aspiración del socialismo —en abstracto— con los valores del evangelio. Por otra parte, el argumento católico contra el socialismo no se limitó a una posición coyuntural, sino

que se desarrolló a partir de una *refutación* de aquello que se entendía como sus bases y afirmaciones. En cuanto al anarquismo, el catolicismo porteño se preocupó por este tempranamente, incluso antes de que el problema se tomase como una realidad local. Reclamaron medidas concretas para evitar y contener la acción de algunos individuos aislados, a los que señalaban como asociados a actos delictivos. Siempre se trazaba una lectura de continuidad; los anarquistas sembraban en el surco que habían abierto previamente los socialistas. De hecho, el maximalismo no fue considerado como algo demasiado novedoso. Más bien se lo interpretó como una continuidad doctrinal y práctica del socialismo.

Esta mirada les impidió distinguir las modulaciones de las trayectorias políticas, por ejemplo del PS, que se fue moderando y orientándose prioritariamente al reformismo parlamentario, e incluso advertir la emergencia de elementos o corrientes nuevas, como la *sindicalista*. Tampoco encontramos menciones al surgimiento del Partido Socialista Argentino (1916), dirigido por Alfredo Palacios, o sobre el Partido Socialista Internacional (1918), que tuvo cierta presencia pública y electoral en la ciudad.

El Parlamento fue un espacio especialmente complejo que nos sirvió para observar los vínculos entre católicos sociales y socialistas. Desde distintas perspectivas y con distintos objetivos, ambas corrientes promovían la regulación legal de las relaciones entre capital y trabajo y la formulación de determinados derechos para los trabajadores. En ambos casos, el trabajo parlamentario se complementó con campañas y movilizaciones callejeras. Las diferencias no dejaron de expresarse, ni en aquellos proyectos en los que tenían acuerdos generales ni mucho menos cuando entraban en debate las relaciones entre Iglesia y Estado.

A modo de cierre, resulta importante señalar que, aunque el proyecto de los Círculos de Obreros y del movimiento que se organizó en su entorno no pretendieron inicialmente intervenir en el ámbito estrictamente laboral, lo hicieron como parte de su lectura, ya referida, de que el fenómeno sindical era irreversible y que debía intervenir para reorientar su curso. Esto los colocó en un terreno de mayor proximidad con el movimiento sindical, aunque la institución nunca se limitó a actuar en dicho espacio y, por el contrario, lo desbordó ampliamente. No obstante, esta cercanía se hace evidente en ciertas coincidencias temporales, respecto de debates y de acciones. Así, las discusiones que se dieron en el interior del movimiento obrero sobre las huelgas o el tipo de organización —sindicatos de base múltiple, la creación de federaciones por rama o de

comités de fábrica, etc.— tenían lugar en los mismos momentos a uno y otro lado del escenario. Por tal motivo, aquí se considera que, efectivamente, estos movimientos sociales formaron parte de una misma dinámica y que deben seguir siendo abordados de manera relacional. Sin duda queda aún por profundizar qué visión concreta tuvo cada una de las corrientes de izquierda respecto del problema de la religión, en general, y del catolicismo, en particular. Por caso, el PS mantuvo por mucho tiempo una exacerbada militancia anticlerical que contrastaba con su moderación política en otras cuestiones: ¿no puede asociarse esto a su temprana lucha con el movimiento social católico? Estas explicaciones ¿hay que buscarlas solo en las características religiosas de la población de la ciudad, o en la disputa que mantuvieron con el joven Partido Comunista? Quedará para el futuro avanzar en las creencias y prácticas religiosas de las militancias trabajadoras, de sus dirigencias y bases. Afortunadamente, las preguntas por hacernos en este terreno son aún numerosas.

Fuentes documentales

Publicaciones periódicas católicas

La Defensa, 12/03/1896.

El Pueblo, 1900 -1922.

El Trabajo, 1913-1915.

Justicia social, 1907.

La Voz de la Iglesia, 1889-1900.

La Buena Lectura —Revista Mariana—, 1890- 1896; 1903-1919.

Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires, 1901-1922.

Acción Democrática, 20/09, 05 y 20/10, 05/11, 5 y 20/12/1914 y 20/01/1915.

Publicaciones periódicas de la izquierda

El Obrero, 1890-1892.

El Perseguido, 1892-1897.

El ABC del socialismo, 1899-1900.

El Rebelde, 1899-1901.

La Vanguardia, entre 1894 y 1921.

La Protesta, entre 1897 y 1921.

Acción Socialista, entre 1906 y 1907.

Publicaciones periódicas sindicales

La Organización y La Organización Obrera, 1901-1912

La Unión Obrera, 1905- 1909

La Organización Obrera, 1917-1921

El Obrero Panadero, 1895-1896; 1898-1900

El Dependiente (de comercio), 1903-1904

El Obrero Ebanista, 1905-1906 y 1917

El látigo del Carrero, 1905-1910.

El Trabajo (portuarios), 1907

Prensa comercial

La Nación, 1895-1898; 1902-1920.

La Prensa, 1884; 1892-1904, 1909; 1918-1919.

El Diario, 1896.

La Tribuna, 1884.

El País, 1900-1902.

Caras y Caretas, 1898-1922.

PBT, 1904-1910.

Censos y registros estadísticos

Censo General de población, edificación, comercio é industrias de la Ciudad de Buenos Aires, Capital Federal de la República Argentina, levantado el 17 de agosto, el 15 y 30

de septiembre de 1887, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1889.

Censo general de población, edificación, comercio é industrias de la ciudad de Buenos Aires, levantado en los días 11 y 18 de 1904, Compañía Sud-americana de billetes de Banco, Buenos Aires, 1906.

Censo General de población, edificación, comercio é industrias de la ciudad de Buenos Aires, conmemorativo del Primer Centenario de la Revolución de Mayo 1810-1910, levantado en los días 16 al 24 de octubre de 1909, tomo I, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1910.

Censo de mutualidades correspondiente año 1926, Comisión interparlamentaria ley de seguro nacional (ley 11286), Imprenta de la C.D, 1926.

Segundo Censo de la República Argentina, mayo 10 de 1895, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1898.

Religión é inmigración en la Arquidiócesis de Buenos Aires: datos estadísticos octubre de 1907, La Euskaria, Buenos Aires, 1907.

Tercer Censo Nacional, levantado el 1º de junio de 1914, tomo 10, Talleres gráficos de L.J. Rosso y Cía., Buenos Aires, 1916.

Documentación producida y conservada en dependencias estatales

Boletín del Departamento Nacional del Trabajo:

“Las agencias de colocaciones en 1912”, núm. 13, 1913, págs. 497-505.

NIKLISON, J. E., “Acción social católica obrera”, núm. 46, 1920, 286 páginas.

Expedientes Cámara de Diputados de la Nación, Archivo Parlamentario:

- “Olivera. Reforma de la Constitución Nacional”, núm. 67, 11/07/1903.

- Expediente con fecha 09/09/1909.

<https://docs.google.com/gview?url=http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/1142-p-1909.pdf&embedded=true>

-Expedientes núm. 908, 15/10/1913.

<https://docs.google.com/gview?url=http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/908-p-1913.pdf&embedded=true>

- Expediente núm. 875, 30/09/1916.

- Expedientes núm. 372, 31/07/1920.

<https://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/372-p-1920.pdf>

- Expediente 953-P-1922.

<https://docs.google.com/gview?url=http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/953-p-1922.pdf&embedded=true>

“Movimiento Molineros”, caja 31, carpeta 38, L, en Series históricas II: Movimiento obrero 1919, Ministerio del Interior, Archivo Intermedio, Archivo General de la Nación.

Sobre proyecto de ley del Trabajo de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros, legajo 12, 1904, Expedientes generales, Ministerio del Interior, Archivo Intermedio, Archivo General de la Nación.

Pedido de autorización para efectuar rifa del Círculo de Obreros de San Telmo, legajo 13, 1908, Expedientes generales, Ministerio del Interior, Archivo Intermedio, Archivo General de la Nación.

Inéditas

Crónica de la Iglesia Parroquial y Colegio de San Juan Evangelista, 1877-1935, núm. 1

Libros de actas del Consejo General, cuatro libros consecutivos, 1900-1930.

Libros de actas de la Junta de Gobierno, cinco libros consecutivos, 1900-1920.

Libros de actas de la Comisión directiva del Círculo de San Carlos y de Balvanera.

Correspondencia de los Círculos de Obreros de Balvanera, Belgrano, de la Concepción.

Maldonado, San José de Flores, San Carlos, Palermo.

Publicaciones de los Círculos de Obreros

Diario de sesiones del primer congreso de los Círculos de Obreros, La Defensa, Buenos Aires, 1898.

Estatutos de la Confederación Profesional Argentina, Escuela Tipográfica del Colegio Pío IX, Buenos Aires, 1918.

Círculos de Obreros de la República Argentina, “Reglamento del socorro mutuo para las familias de los socios”, La Defensa, Buenos Aires, 1900.

Memoria del Círculo Central de Obreros correspondiente al año de 1895.

Memoria del Círculo Central de Obreros correspondiente al año de 1899.

Memoria de la Junta de Gobierno de los Círculos de Obreros correspondiente al periodo 1925-1926.

Reglamento de los Círculos de Obreros en La República Argentina, Tip. Salesiana del Colegio Pío IX de Artes y Oficios, Buenos Aires, 1896.

“Reglamento del Círculo Central de Obreros de Buenos Aires”, Escuela Tipográfica Huerfanitos de Don Bosco, Buenos Aires, 1904.

Publicaciones

BARRANTES MOLINA, L., El maximalismo en marcha, *La novela del día*, año 1, núm. 28, 13/06/1919.

BUNGE, A., *La desocupación en la Argentina. Actual crisis del trabajo*, R. Herrando y Cía., Buenos Aires, 1917.

CAPURRO, A., “Días hábiles para la actuación judicial y necesidad de una legislación sobre el descanso dominical”, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1900.

Diario de sesiones de la primera asamblea de los católicos argentinos, Buenos Aires, Igon Hermanos Editores, 1885.

FRANCESCHI, G., “La democracia y la Iglesia”, Agencia General de Librería y Publicaciones, Buenos Aires, 1918.

GELLY Y OBES, Carlos, *Los orígenes de la sociedad de San Vicente de Paul en el Rio de la Plata*, Talleres Gráficos San Pablo, Buenos Aires, 1951, 61 páginas.

GROTE, F., “De cómo el Socialismo explota al obrero actualmente y lo explotará en el Estado que pretende crear”, Conferencia pronunciada en el salón de Estudios Sociales, calle Victoria 1265, Escuela Tipográfica del Colegio Pio IX de Artes y Oficios, Buenos Aires, 1904.

GROTE, F., *El Socialismo. Breve exposición y crítica de sus doctrinas económicas y morales*, Segunda edición revisada y aumentada, Herder y Cía., Friburgo, 1921.

GROTE, F., Correspondencia, tomos 1 y 2, editado por FCCO.

INGENIEROS, J., “I. Ideales viejos e ideales nuevos. II. Significación Histórica del Movimiento Maximalista”, Revista Nosotros, Talleres Gráficos Rosso y Cía, Buenos Aires, S/F

GOROSTARZU, M., Tata, *La novela del día*, año 1, núm. 11, 07/02/1919.

LUCHÍA PUIG, L., “A los lectores”, en *La novela del día*, año 1, núm. 1, 16/011/1918.

Memoria de la Sociedad de San José, 1 de julio de 1884, Imprenta de Pablo E. Coni, Buenos Aires, 1884.

Memoria de la Segunda Asamblea de los católicos argentinos, Alfa y Omega, Buenos Aires, 1907,

MUZZILLI, C., “El trabajo femenino”, Buenos Aires, Rosso y Cía., 1916.

PATRONI, A., *Los trabajadores*, Buenos Aires, 1898.

QUESADA, E., *La iglesia católica y la cuestión social*, conferencia dada en los salones del Ateneo el de octubre de 1895, Arnoldo Moen, Buenos Aire, 1895.

SAMPERIO, J. M., Maximalismo, *La novela del día*, año 1, núm. 13, 21/02/1919

USSHER, S., *María Benita Arias: fundadora del Instituto de las Siervas de Jesús Sacramentado*, El propagador cristiano, Buenos Aires, 1938.

USSHER, S., *Cien años de acción católica en la Argentina (1831-1931)*, S/D, Buenos Aires, 1957.

WAST, H., Bombarda, *La novela del día*, año 1, núm. 1, 16/011/1918.

Entrevista

A Osvaldo Sartirana, realizada por Mabel Scaltritti.

Bibliografía

AA.VV.: *500 años de cristianismo en Argentina.*, Centro Nueva Tierra, Buenos Aires, 1992.

AA.VV., “Presentación”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 1, 2012, págs. 5-10.

ABAD de SANTILLÁN, D., *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en Argentina*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2005. [1930]

ACHA, O., “Las percepciones de género según el catolicismo argentino plasmadas en Criterio, 1928-1943”, *Signos Históricos*, núm. 5, 2001, págs.141-173.

ACHA, O, “Tendencias de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960)”, *Travesía*, núm. 12, 2010, págs. 7 -42.

ALBORNOZ, M., *Figuraciones del anarquismo. El anarquismo y sus representaciones culturales en Buenos Aires (1890-1905)*, Tesis doctoral, FFyL, UBA, 2015.

ALONSO, P., *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000.

ÁLVAREZ, J., *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, J. Roldan, Buenos Aires, 1914.

ANDUJAR, A. (et al.), *Vivir con lo justo. Estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género. Argentina, siglos XIX y XX*, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2016.

ANDUJAR, A., “Historia social del trabajo y género en la Argentina del siglo XX: balance y perspectivas”, *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos (REFA)*, núm. 8, 2017, págs. 43-59.

ANSALDI, W., “«Que voten antes que nos boten»: la reforma electoral de 1912”, *Estudios Sociales*, núm. 43, 2012, págs. 59-90.

ARMUS, D., *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina.*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

AQUINO, C., “Las disputas del sindicalismo revolucionario por los gremios ferroviarios durante la primera posguerra”, *Archivos De Historia Del Movimiento Obrero y La Izquierda*, núm. 10., 2017, págs 75-94.

ASQUINI, S., “Los Círculos de Obreros y la *cuestión social* en la ciudad de Buenos Aires. Una mirada a través de la polémica católico-socialista de 1895”, *Itinerantes*, núm. 6, 2016, págs. 15-42.

ASQUINI, S., “¿¡Lleguemos hasta la obrera!»: acción católica, cuestión obrera y femenina según Celia Lapalma de Emery en las vísperas del Centenario argentino”, *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, núm. 21, 2018, págs. 11 – 42.

ASQUINI, S., “Demócratas cristianos y socialistas: organización gremial y descanso dominical entre los empleados de comercio de la ciudad de Buenos Aires (1902-1905)”, *Trabajo y sociedad*, núm. 32, 2019, págs. 387-411.

ASQUINI, S., “Anarquismo y trabajadores desde la mirada del catolicismo social (Buenos Aires, fines del siglo XIX- comienzos del siglo XX)”, en *Actas II Congreso Internacional de Anarquismos*, Montevideo, 2019, págs. 867-866.
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/23421>

ASQUINI, S., y NUÑEZ, M. V., “El divorcio en las calles: acciones y reacciones en torno a su primer debate parlamentario (1901-1902)”, *Prohistoria*, año XXII, núm. 32, 2019, págs. 69-96.

AUZA, N., *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, Ediciones culturales argentinas, Buenos Aires, 1975.

AUZA, N., *Corrientes sociales del catolicismo argentino.*, Claretiana, Buenos Aires, 1984.

AUZA, N., “La historiografía argentina y su relación con la Historia de la Iglesia”, *Teología*, núm. 47, 1986, págs. 55-84.

AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Grote y la estrategia social*, Tomo I, Ed. Docencia, Don Bosco y Guadalupe, Buenos Aires, 1987.

AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Mons. De Andrea, realizaciones y conflictos*, Tomo II., Ed. Docencia, Don Bosco y Guadalupe, Buenos Aires, 1987.

AUZA, N., *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino. Proyecto episcopal y lo social*, Tomo III., Ed. Docencia, Don Bosco y Guadalupe, Buenos Aires, 1988.

AYROLO, V., “Matices reformistas. Gobiernos y reformas eclesiásticas en Buenos Aires, Paraguay, San Juan, Mendoza, Perú y Bolivia, durante la segunda década del siglo XIX”, *Itinerantes*, núm. 5, 2015, págs. 39-64.

BAILY, S., “Las sociedades de ayuda mutua y el desarrollo de una comunidad italiana en Buenos Aires, 1858- 1918”, *Desarrollo económico*, núm. 84, 1982, págs. 485- 514.

BADALONI, L., “Huelga ferroviaria de 1917. Violencia, complot maximalista y mujeres incendiarias”, en BONAUDO, M. (dir.), *Imaginario y prácticas de un orden burgués. Rosario, 1850-1930*, Prohistoria, Rosario, 2010, págs. 95-116.

BALESTRA, J., *El noventa una evolución política argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

BALLENT, A., “La Iglesia y la vivienda popular: la “Gran Colecta Nacional” de 1919”, en ARMUS, D., *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, págs. 195-218.

BARRANCOS, D., *Cultura, educación y trabajadores 1890-1930*, CEAL, Buenos Aires, 1990.

BARRANCOS, D., *Anarquismo, educación y costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Contrapunto, Buenos Aires, 1991.

BAUBEROT, J. P., “Los umbrales de laicización en la Europa Latina y la recomposición de lo religioso en la modernidad tardía”, en BASTIAN, J. P. (Coord.), *La modernidad religiosa: Europa Latina y América Latina en perspectiva comparada*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, págs. 94-110.

BECERRA, M., “¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios de siglo XX”, en CAMARERO, H. y HERRERA, C., *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Prometeo, Buenos Aires, 2005, págs. 97-119.

BELKIN, A., “La huelga general de 1913: crisis económica, represión estatal y división del movimiento obrero”, *COLECCIÓN*, núm. 2, 2021, págs. 163-194.

BELKIN, A., *Sindicalismo revolucionario y movimiento obrero en la Argentina. De la gestación el Partido Socialista a la conquista de la FORA (19000-1915)*, Imago Mundi/Ediciones CEHTI, 2018.

BELMARTINO, S., *La atención médica en el siglo XX. Instituciones y procesos*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2005.

BELSA, J., *En la Boca del Riachuelo. Síntesis biográfica del sacerdote Don Esteban Bourlot*, Librería Don Bosco, Buenos Aires, 1958.

BERTOLO, M., *Una propuesta gremial alternativa: el Sindicalismo revolucionario (1904-1916)*, CEAL, Buenos Aires, 1993.

BERTOLO, M., “El Sindicalismo Revolucionario en una Etapa de Transición (1910-1916)”, *Estudios Sociales*, núm. 4, 2005, págs. 137-160.

BERTONI, L. A., “La naturalización de los extranjeros, 1887-1893: ¿Derechos políticos o nacionalidad?”, *Desarrollo Económico*, núm. 125, Buenos Aires, 1992, págs. 57-77.

BERTONI, L. A., “La opinión política de los católicos y la cuestión nacional. 1880-1910”, *Prismas*, núm. 9, 2005, págs. 133-140.

BERTONI, L. A., “¿Estado confesional o estado laico? La disputa entre librepensadores y católicos en el cambio del siglo XIX al XX”, En BERTONI, L. A. y de PRIVITELLIO, L., *Conflictos en Democracia. La vida política argentina entre dos siglos, Siglo XXI*, Buenos Aires, 2009, págs. 45-70.

BIANCHI, S., *Catolicismo y peronismo: religión y política en la Argentina, 1943-1955*, 2002.

BIANCHI, S., *Historia de las religiones en la Argentina: las minorías religiosas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2004.

BIANCHI, S., “Acerca de las formas de la vida religiosa femenina. Una aproximación a la historia de las congregaciones en la Argentina”, *Pasado Abierto*, núm. 1, 2015, págs. 168-199.

BIALET MASSÉ, J., *Informe sobre el estado de la clase obrera*, tomo II, Hyspamerica, Buenos Aires, 1986. [1903]

BILSKY, E., *La Semana Trágica*, Ediciones RyR, Buenos Aires, 2011. [1983]

BILSKY, E., *La F.O.R.A. y el movimiento obrero. (1900-1910)*, CEAL, Buenos Aires, 1985.

BLANCO, J., “Componentes identitarios del imaginario de la Juventud Obrera Católica”, *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, Núm. 10, Córdoba, 2008, págs. 83 – 118.

BLANCO, J., “Tras la huella católica en los sindicatos. Una aproximación comparativa a los casos de Mendoza y Córdoba (1943-1945)”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Núm. 13, Buenos Aires, 2018, págs.75-95.

BLANCO, J. *Historia de una relación impensada. El catolicismo en los sindicatos durante el peronismo*, Eudem, Buenos Aires, 2021.

BLASCO HERRANZ, I., “¿Católicas a la calle? Género y religión en el movimiento católico (1890-1913)”, en *Izquierdas y derechas ante el espejo: culturas políticas en conflicto*, BOSCH, A. y SAZ, I. (coords.), Tirant humanidades, Valencia, 2016, págs. 253-274.

BLASCO HERRANZ, I., “¿Re-masculinización del catolicismo? Género, religión e identidad católica masculina en España a comienzos del siglo XX”, En BLASCO HERRANZ, I. (ed.), *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la Historia*, Tirant Humanidades, España, 2018, págs. 115-136.

BOHOSLAVSKY, E., “El problema del sujeto ausente (o por qué no tuvo un partido de derecha como la gente)”, BOHOSLAVSKY, E. (comp.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión*, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2011.

BOSCA, R., *La Iglesia nacional peronista. Factor religioso y factor político*, Sudamericana, Buenos Aires, 1997.

BOTANA, N. y GALLO, E., *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, EMECÉ, Buenos Aires, 1997.

BRACAMONTE, L., “Catolicismo y condición femenina: representaciones de género sobre la maternidad y la domesticidad en la prensa del sudoeste bonaerense argentino a principios del siglo XX”, *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, México, 2014, págs. 87-108.

BRACAMONTE, L., “La organización normativa de la comisión central de señoras cooperadoras salesianas: género y sociabilidad. Argentina, 1900-1926”, *Historia Questoes e Debates*, vol. 6, 2017, págs. 145-173.

BRAVO, M.C., y LABDABURU, A., “Maternidad, cuestión social y perspectiva católica. Tucumán, fines del siglo XIX”, en GIL LOZANO, F., PITA, V., y INI, M. G. (dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina*, Colonia y siglo XIX, tomo I, Taurus, Buenos Aires, págs. 211-229.

BRUNO, C., *La historia de la Iglesia en Argentina*, tomo XII, Don Bosco, Buenos Aires, 1981.

BURGOS, M., “Asociaciones católicas para obreros: Córdoba 1930 – 1940”, *Modernidades, La Historia en diálogo con otras disciplinas*, núm. 11, FFyH-UNC, 2010.

CAIMARI, L., *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel Historia, Buenos Aires, 1994.

CAIMARI, L., “Sobre el criollismo católico: notas para leer a Leonardo Castellani”, *Prismas*, núm. 9, 2005, págs. 165-185.

CALEGARI, P., “Protección laboral para pequeños y jóvenes obreros: una aproximación a la trastienda de la elaboración de la ley de reglamentación del trabajo de los niños y las mujeres”, 5tas jornadas de Estudios sobre infancia, Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/5jornadasinfancia/2.pdf?view>

CALIGARIS, G., “Revisitando el debate marxista sobre el ‘derrumbe’ del capitalismo. Una crítica metodológica”, *Izquierdas*, núm. 39, 2018, pág. 182-208.

CALVO, N., “Cuando se trata de la civilización del clero. Principios y motivaciones del debate sobre la reforma eclesiástica porteña de 1822”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, 3era serie*, núm. 24, 2001, págs. 73-103.

CALVO, N., “Los unos y los otros. Católicos, herejes, protestantes, extranjeros. Alcances de la tolerancia religiosa en las primeras décadas del siglo XIX”, *Anuario IEHS*, núm. 21, 2006, págs. 13-35.

CALVO, N., “Cuidar la familia, forjar la nación”. La institución matrimonial y el modelo de familia. Argentina, Siglos XIX-XX, *Prohistoria*, núm. 27, 2017, págs. 37-54.

CAMARERO, H., *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

CAMARERO, H., “Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares”, *Nuevo Topo*, núm. 4, 2007, págs. 35-60.

CAMARERO, H., “El Partido Socialista de la Argentina y sus espinosas relaciones con el movimiento obrero: un análisis del surgimiento y disolución del Comité de Propaganda Gremial, 1914-1917”, *Revista Izquierdas*, núm. 22, 2015, págs. 158-179.

CAMARERO, H., “La cultura política comunista en la clase obrera argentina de entreguerras: prácticas, repertorios de organización y subjetividad militante”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, núm. 2, 2016, págs. 1-22.

CAMARERO, H., “El socialismo, la izquierda internacionalista y el naciente comunismo de la Argentina ante la Revolución Rusa de 1917”, *Archivos De Historia Del Movimiento Obrero Y La Izquierda*, núm. 11, Buenos Aires, 2017, págs. 13-34.

CAMARERO, H., *Tiempos Rojos. El impacto de la Revolución rusa en la Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2017.

CAMARERO, H., “Algunas notas de agenda sobre la historiografía de la clase trabajadora y las izquierdas”, en GREZ TOSO, S., ÁGUILA, G., y CAMARERO, H., “El estudio de la clase trabajadora y las izquierdas: recorridos historiográficos y perspectivas”, *Archivos De Historia Del Movimiento Obrero Y La Izquierda*, núm. 14, 2019, págs. 177-185.

CAMARERO, H., y HERRERA, C. M., *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Prometeo, Buenos Aires, 2005.

CAMARERO, H. y SCHNEIDER, A., *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, CEAL, Buenos Aires, 1991.

CAMUSSO, M., LÓPEZ, I., y ORGALI FABRE, M., *Doscientos años del humanismo cristiano en argentina*, EDUCA, Buenos Aires, 2012.

CAMPIONE, D., “¿Partido Revolucionario o partido de gobierno? La fundación del Partido Socialista Internacional”, en CAMARERO, H., y HERRERA, C., *op. cit*, págs. 145-157.

CARUSO, L., *Embarcados. Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921.*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2016.

CARUSO, L., “El gran barco: El sindicalismo revolucionario argentino a través de la obra de Julio Arraga”, *Izquierdas*, núm. 30, 2016, págs. 1-25.

CARUSO, L., “La huelga, el carnaval y los comicios: el mundo del trabajo portuario en Buenos Aires y la configuración de una comunidad obrera, verano de 1904”, *Historia Crítica*, núm. 73, págs. 163-191.

CARURO y POY, “Los mundos del trabajo en la historiografía argentina: sindicatos, izquierdas y género, una mirada de conjunto”, en BARRAGÁN, R. (comp.), *Trabajos y trabajadores en América Latina (siglos XVI-XXI)*, La Paz, 2019, págs. 149-179.

CASTRO, M.O., “Nacionalismo, cuestión religiosa y secularización política en la Argentina a comienzos del siglo XX: 1900-1914”, *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, núm. 2, 2009, págs. 5-40.

CASTRO, M.O., *El ocaso de la república oligárquica. Poder, política y reforma electoral*, Edhasa, Buenos Aires, 2012.

CASTRO, M.O., “Catolicismo y secularización política en la Argentina de la primera mitad del siglo XX desde una perspectiva comparada”, *Boletín de la BCN*, núm. 129, 2015, págs. 101-110.

CASTRO, M. O., “Miedos locales, miedos transnacionales: los católicos y la revolución social a comienzos del siglo XX”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2020, Coloquios.

CASTRO, M.O., “Peticiones, movilizaciones y cultura parlamentaria: los católicos argentinos y el Congreso (1899-1914)”, *Itinerantes*, 2021, págs. 63-89.

CATERINA, L. M., *La Liga Patriótica argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del 20*, Corregidor, Buenos Aires, 1995.

CERUSO, D., *La izquierda en la fábrica. La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2015.

CERUSO, D., “El Partido Socialista y la cuestión gremial. Debates internos durante la primera mitad de la década infame”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 10, 2017 págs. 119 – 139.

CEVA, M. “El catolicismo social, la cuestión obrera y los empresarios en el contexto de la primera mitad del siglo XX”, en TOURIS, C y CEVA, M., *Avatares de la `Nación Católica`. Cambios y permanencias en el campo religioso de la Argentina Contemporánea*, Biblos, Buenos Aires, 2012, págs. 37-51.

CLARK, C., “From 1848 to Christian Democracy”, KATZNELSON, Ira y STEDMAD JONES, G. (editors), *Religion and the Political Imagination*, Cambridge University Press, New York, 2010, págs. 190-213.

CORTÉS CONDE, R., *El progreso argentino, 1880-1914*, Sudamericana, Buenos Aires, 1979.

CORTÉS CONDE, R., *Dinero, Deuda y Crisis. Evolución Fiscal y Financiera de la Argentina, 1862-1890*. Sudamericana, 1989.

CUBAS RAMACCIOTTI, R, “La Rerum Novarum y su influencia en el catolicismo social peruano: la experiencia de los Círculos Católicos de Obreros (1891-1931)”, *Revista de Historia y Geografía*, núm. 36, 2017, págs. 21-43.

CUEVA MERINO, J. “Católicos en la calle: la movilización de los católicos españoles, 1899-1923”, *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, núm. 3, 2000, págs. 55-79.

CUTOLO, V., *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, tomo I, ELCHE, Buenos Aires, 1968.

DE PRIVITELLIO, L., “¿Qué reformó la reforma? La quimera contra la máquina y el voto secreto y obligatorio”, *Estudios Sociales*, núm. 43, 2012, págs. 29-58.

DEL CAMPO, H., *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

DEVOTO, F., *Historia de los italianos en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 2008, pág. 179.

DÍAZ, H. (Coord.) *Espionaje y revolución en el Río de la Plata. Los archivos de una red diplomática de persecución al maximalismo (1918-1919)*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2019.

DÍAZ, H., “El periódico Palabra Socialista (1912-1914) y los comienzos de la disidencia marxista en el PS”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 6, 2015, págs. 95-114.

DI STEFANO, R., “De la teología a la historia: un siglo de lecturas retrospectivas del catolicismo argentino”, *Prohistoria*, núm. 6, 2002, págs. 173-201.

DI STEFANO, R., “Orígenes del movimiento asociativo. De las cofradías coloniales al auge mutualista, 1776-1860”, en LUNA, E. y CECCONI, E. (Coords.), *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990*, Panca SRL, Buenos Aires, 2002, págs. 23-65.

DI STEFANO, R., *El púlpito y la plaza. Clero, sociedad y política de la monarquía católica a la República rosista, Siglo XXI*, Buenos Aires, 2004.

DI STEFANO, R., “*Ut unum sint*. La reforma como construcción de la Iglesia (Buenos Aires, 1822-1824)”, *Rivista di Storia del Cristianesimo (Brescia)*, núm. 3, 2008, págs. 499-523.

DI STEFANO, R., *Ovejas negras: Historia de los anticlericales argentinos*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

DI STEFANO, R., “El pacto laico argentino (1880-1920)”, *Polhis*, Núm. 8, 2011, págs. 80-89.

DI STEFANO, R., “Por una historia de la secularización y de la laicidad en Argentina”, *Quinto Sol*, vol. 15, núm. 1, 2011, págs. 1-31.

DI STEFANO, R., “¿De qué hablamos cuando decimos “Iglesia”? Reflexiones sobre el uso historiográfico de un término polisémico.”, *Ariadna Histórica*, Núm. 9, Universidad del País Vasco, 2012, págs. 195-220.

DI STEFANO, R., “Sobre liberalismo y religión: rentas eclesiásticas y presupuesto de culto en el Estado de Buenos Aires (1852-1862)”, *Almanack. Guarulhos*, núm. 5, 2013, págs. 178-197.

DI STEFANO, R. (Comp.), *La ciudad secular. Religión y esfera pública urbana en la Argentina*, Editorial UNQ, Bernal, 2020.

DI STEFANO, R., y MAURO, D., “Our Lady of Luján: national identity and mass mobilization in Argentina” en DI STEFANO, R. y RAMÓN SOLANS, F. (Editors.), *Marian devotions, political mobilization, and nationalism in Europe and America*, Palgrave Macmillan, 2016.

DI STEFANO, R. y RAMÓN SOLANS, F. (Editors.), *Marian devotions, political mobilization, and nationalism in Europe and America*, Palgrave Macmillan, 2016.

DI STEFANO, R. y ZANCA, J., “Iglesia y catolicismo en la Argentina. Medio siglo de historiografía”, *Anuario de historia de la Iglesia*, vol. 24, Universidad de Navarra, 2015, págs. 15-45.

DI STEFANO, R. y ZANCA, J., *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos XIX y XX)*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2016.

- DI STEFANO, R. y ZANATTA, L., *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Mondadori, Buenos Aires, 2010. [2000]
- DOESWIJK, A., “Bandera Roja, diario anarco-bolchevique”, *Políticas de la Memoria*, núm. 8/9, 2009, págs. 261-269.
- DORFMAN, A., *Historia de la industria argentina*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1970.
- DURRUTY, C., *Clase obrera y peronismo*, Pasado y Presente, Córdoba, 1969.
- ESTRADA, J. M., *Discursos*, tomo I, Ediciones Estrada, Buenos Aires, 1946.
- ETCHEVERRY, R., *El padre Federico Grote. Un misionero entre los trabajadores*, Federación de los Círculos Católicos de Obreros, Buenos Aires, 2017.
- FALCÓN, R., *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, CEAL, Buenos Aires, 1984.
- FALCÓN, R., *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, CEAL, Buenos Aires, 1986.
- FALCÓN, R., “La relación Estado-Sindicatos en la política laboral del primer gobierno de Hipólito Yrigoyen”, *Estudios sociales*, núm. 10, Santa Fe, 1996, págs. 75-85.
- FALCÓN, R., “Orígenes del movimiento socialista en la Argentina. Prólogo. Capítulo I y II”, *Cuadernos del Ciesal*, núm. 10, 2011, págs. 11-45.
- FORD, A. G., *Argentina y la Crisis de Baring de 1890*, Revista de Economía y Estadística, año XIII, núms. 3 y 4, Córdoba, 1969.
- FREIDENRAIJ, C., “Del Asilo a la Cárcel. Crisis y reconstitución del primer reformatorio argentino (fines del siglo XIX-principios del siglo XX)”, III Jornadas Nacionales de Historia Social, 11, 12 y 13 de mayo de 2011, La Falda, Argentina. En Memoria Académica, http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.9763/ev.9763.pdf
- FRIGERIO, A., “Repensando el monopolio religioso del catolicismo en la Argentina”, en CAROZZI, M. J. y CERIANI CERNADAS, C., *Ciencias sociales y religión en América Latina. Perspectivas en debate*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2007, págs. 87-116.
- GALLO, E., “Un quinquenio difícil: las presidencias de Luis Sáenz Peña y Carlos Pellegrini”, en FERRARI, G. y GALLO, E. (comps.) *La Argentina del ochenta al Centenario*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980, págs. 215-243.
- GANDOLFO, R., “Las sociedades italianas de socorros mutuos de Buenos Aires: cuestiones de clase y etnia dentro de una comunidad de inmigrantes (1880-1920)”, en DEVOTO, F. y MÍGUEZ, E. (Coomp.), *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica*, CEMLA-CSER-IEHS, Buenos Aires, 1992, págs. 312-313.
- GERCHUNOFF, P., ROCCHI, F., y ROSSI, G., *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas 1870-1905*, Edhasa, Buenos Aires, 2008.

- GERDES, T., *La Semana Trágica y la perspectiva del catolicismo sobre la cuestión social en el Río de la Plata, 1880-1919*, Eduvim, Villa María, 2016.
- GERMANI, G., *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1962.
- GHIO, J.M. *La iglesia católica en la política argentina*, Prometeo, Buenos Aires, 2007.
- GILIMÓN, E., *Hechos y comentarios y otros escritos. El anarquismo en Buenos Aires (1890-1910)*, Terramar, Buenos Aires, 2011, pág. 95.
- GODIO, J., *El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes asalariados y lucha de clases, 1880-1910*, Erasmo, Buenos Aires, 1972.
- GODIO, J. (comp.), *La revolución del 90*, Gránica, Buenos Aires, 1974.
- GONZALEZ, R., “Caridad y filantropía en la ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX”, en ARMUS, D., *Sectores populares y vida urbana*, Clacso, Buenos Aires, 1984, págs. 251-258.
- GONZALEZ BERNALDO de QUIRÓS, Pilar, “El «momento mutualista» en la formulación de un sistema de protección social en Argentina: socorro mutuo y prevención subsidiada a comienzos del siglo XX”, *Revista de Indias*, núm. 257, 2013, págs. 157-191.
- GORELIK, A., *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998.
- HALPERIN DONGHI, T., “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria y aceleración del proceso modernizador: el caso argentino (1810-1914)”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, núm. 13, 1976, págs. 437-489.
- HAUPT, G., *El historiador y el movimiento social*, Siglo XXI, Madrid, 1986. [1980]
- HERNÁNDEZ ARREGUI, J.J., *La formación de la conciencia nacional*, HACHEA, 2da edición ampliada, Buenos Aires, 1970.
- HOBBSAWM, E., “Historia de la clase obrera e ideología”, *Mundos del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1987, págs. 11-28 [1974]
- HOBBSAWM, E., “La religión y la ascensión del socialismo”, *Mundos del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1987, págs. 52-73. [1978]
- HOBBSAWM, E., *La era del imperio, 1875-1914*, Crítica, Buenos Aires, 2009 [1987 y 1998, 1era. traducción castellana].

HORA, R., “Izquierda y clases populares en la Argentina, 1880-1945”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 23, 2019, págs. 53-75.

HORA., R., “Izquierda, trabajadores y orden oligárquico, 1880-1900”, *Nuevo mundo, mundos nuevos*, workshops, 2020.

HOROWITZ, J., *El radicalismo y el movimiento popular*, Edhasa, Buenos Aires, 2015.

IÑIGO CARRERA, N., *La estrategia de la clase obrera 1936*, La Rosa Blindada-PIMSA, Buenos Aires, 2000.

IÑIGO CARRERA, N., “Aproximación al análisis del Centenario como hito en la historia de la confrontación social argentina”, *PIMSA. Documentos y comunicaciones*, núm. 14, 2013, págs. 69-116.

ÍSCARO, R., *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Editorial Anteo, Buenos Aires, 1958.

KNECHER y PANAIÁ, *La mitad del país: la mujer en la sociedad argentina*, CEAL, Buenos Aires, 1994.

KOPPMANN, W., “Los trabajadores de la madera de la Ciudad de Buenos Aires. Mundo del trabajo, culturas políticas de izquierda y experiencia obrera, 1889-1930”, tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2019.

KOPPMANN, W., “Radiografía sobre la presencia obrera judía en la industria de la madera y del mueble de la ciudad de Buenos Aires, 1894-1921”, *A Contra corriente. Revista de estudios Latinoamericanos*, núm. 3, 2020, págs. 143-172.

KOPPMANN, W., “Masculinidades y subjetivización política en el movimiento obrero argentino a comienzos del siglo XX”, *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, núm. 111, 2021, págs. 85-109.

KORZENIEWICZ, R., “Labor Unrest in Argentina, 1887-1907”, *Latin American Research Review*, núm. 3, 1989, págs. 71-98.

LANDABURU, A., “El proyecto católico para los trabajadores, una respuesta al problema social. Tucumán”, 5to. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo (ASET), 1,2 y 3 de agosto de 2001, págs. 1-21.

LAPALMA, C., *Acción pública y privada en favor de la mujer y del niño en la República Argentina: discursos y conferencias*, Alfa y Omega, Buenos Aires, 1910.

LEONARDI, Y., “La propuesta cultural de los Círculos Católicos de Obreros en la Argentina durante las primeras décadas del siglo XX”, *Cultura y Religión*, núm. 2, 2020, págs. 1-16.

LIDA, M. “Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, Núm. 27, 2005, págs. 139-148.

LIDA, M., “Catecismo, cine y golosinas. La iglesia católica y la infancia a comienzos del siglo XX”, *Todo es Historia*, nº 457, 2005.

LIDA, M., “Prensa católica y sociedad en la construcción de la Iglesia argentina en la segunda mitad del siglo XIX”, *Anuario de Estudios Americanos*, núm. 63, Sevilla, 2006, págs. 41-66.

LIDA, M., “Una Iglesia a la medida del Estado: la formación de la Iglesia nacional en la Argentina, (1853-1865)”, *Prohistoria*, núm. 10, 2006, págs. 27-46.

LIDA, M., “El presupuesto de culto en la Argentina y sus debates. Estado y sociedad ante el proceso de construcción de la Iglesia (1853-1880)”, *Revista ANDES*, núm. 18, Universidad Nacional de Salta, 2007, págs. 1-25.

LIDA, M., “¡A Lujan! Las comunidades de inmigrantes y el naciente catolicismo de masas. 1914-1934”, *Revista de Indias*, núm. 250, 2010, págs. 809- 836.

LIDA, M., *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo, 1900-1960*, Biblos, Buenos Aires, 2012.

LIDA, M., “Dios no creó a la mujer para bibelot. Revistas católicas femeninas de la década de 1920” en *Estudios de historia religiosa*, Prohistoria, Rosario, 2013, págs. 139-161.

LIDA, M., *Monseñor Miguel de Andrea. Obispo y hombre de mundo (1877-1960)*, Edhasa, Buenos Aires, 2013.

LIDA, M., *Historia del catolicismo en la argentina. Entre el siglo XIX y el XX*, SXXI, Buenos Aires, 2015.

LIDA, M., “Círculos de Obreros, nación, masculinidad y catolicismo de masas en Buenos Aires (1892- década de 1930)”, *Anuario de la Escuela de Historia*, núm. 28, 2016, págs. 15-38.

LIDA, M., “La caja Pandora del catolicismo social: una historia inacabada”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 13, 2018, págs. 13-31.

LIDA, M. y FABRIS, M. (Comps.), *La revista Criterio y el siglo XX argentino. Religión, cultura y política*, Prohistoria, Rosario, 2019.

LIDA, M., y MAURO, D., *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950*, Prohistoria, Rosario, 2009.

LOBATO, M. “Entre la protección y la exclusión: discurso maternal y protección de la mujer obrera, Argentina 1890-1934” en SURIANO, J. (Coomp.), *La Cuestión Social en la Argentina, 1870-1943*, La Colmena, Buenos Aires, 2000, págs. 247-275.

LOBATO, M., *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Prometeo, Buenos Aires, 2001.

LOBATO, M., *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Edhasa, Buenos Aires, 2007.

LOBATO, M. y SURIANO, J., *Atlas histórico de la Argentina*, Nueva historia argentina, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

LÓPEZ CANTERA, M., *Orígenes y consolidación del anticomunismo en Argentina (1917-1943)*, Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2019.

LVOVICH, D., *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 2003.

LVOVICH, D., “La Semana Trágica en clave transnacional. Influencias, repercusiones y circulaciones entre la Argentina, Brasil, Chile y Uruguay (1918-1919)”, en BERTONHA, J.F. y BOHOSLAVSKY, E. (Comp.), *Circule por derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, Ediciones UNGS, Buenos Aires, págs. 21-39.

MALLIMACI, F., “El catolicismo entre el liberalismo integral y la hegemonía militar (1900-1960)”, en AA.VV.: *500 años de cristianismo en Argentina*. Centro Nueva Tierra, Buenos Aires, 1992, págs. 197-365.

MALLIMACI, *El mito de la Argentina laica. Catolicismo, política y Estado*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2015.

MALTANARES, A., “Entre el diálogo y la represión. Estado y empleados públicos en conflicto. Rosario, 1918-1919”, en Bonaudo, M. (dir.), *Imaginario y prácticas de un orden burgués. Rosario, 1850-1930*, Prohistoria, Rosario, 2010, págs. 117-137.

MAROTTA, S., *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo, 1857-1914*, Libera, Buenos Aires, 1975. [1960]

MARTÍN, M. P., “Los católicos en el debate del centenario de la Revolución de Mayo: nacionalismo, cuestión social y ciudadanía (1910-1919)”, en *Conexión*, núm. 8, 2010, págs. 1-21.

MARTÍN, M. P., *Iglesia católica, cuestión social y ciudadanía. Rosario-Buenos Aires, 1892-1930*, Tesis doctoral, Facultad Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 2012.

MARTÍN, M. P., “La ciudad “más descreída” cambia de rumbo. Católicos y política en la ciudad de Rosario de Santa Fe (1924-1943)”, *Historia Regional*, ISP N° 3, núm. 34, 2016, pág. 7-20.

MARTÍN, M. P., *Los católicos y la cuestión obrera. Entre Rosario y Buenos Aires (1892-1919)*, Ediciones Cehti/ImagoMundi, Buenos Aires, 2020.

MARTÍN GUTIERREZ, S., “Entre agujas y catecismo. Representaciones de género y estrategias políticas en el trabajo. El sindicato de costureras de Buenos Aires y la campaña en defensa del trabajo a domicilio (1936-1946)”, *Serie V Historia Contemporánea*, núm. 39, Madrid, 2019, págs. 129-150.

MARTÍNEZ, I., *Una nación para la iglesia argentina. Construcción del estado y jurisdicciones eclesiásticas en el siglo XIX*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 2014.

MARTÍNEZ, I., “Nuevos espacios para la construcción de la Iglesia: Estado nacional y sectores ultramontanos en la Confederación Argentina, 1853-1862”, *Quinto Sol*, núm. 3, 2015, 1-23.

MARTÍNEZ, I., “¿Víctimas o partícipes necesarios? Cómo pensamos el papel del clero y la Iglesia en la construcción de la República (diócesis de Buenos Aires, SXIX)”, *Anuario IEHS*, núm. 31, 2016, págs. 173 – 191.

MARTÍNEZ, I., y MAURO, D., “Ctéo y Éurito. Iglesia, religión y poder político en la Argentina en el siglo XIX”, en DI STEFANO, R. y ZANCA, J., *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos XIX y XX)*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2016, págs. 1-34.

MARTINEZ MAZZOLA, R., “La neutralidad como problema y como solución. La política gremial del Partido Socialista después de la ruptura sindicalista”, *Identidades*, núm. 1, 2011, págs. 1-20.

MARTINEZ MAZZOLA, R., “¿Males pasajeros? El Partido Socialista frente a las consecuencias de la ley Sáenz Peña”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 6, 2015, págs. 53-72.

MARTINEZ SANTOS, P., “El R. P. Grote, los "Círculos de obreros" y el doctor Alfredo Palacios”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 1999-2000, págs. 53-63.

MAURO, D., *De los templos a las calles. Catolicismo, sociedad y política. Santa Fe, 1900-1937*, Prohistoria, Rosario, 2010

MAURO, D., La "mujer católica" y la sociedad de masas en la Argentina de entreguerras. Catolicismo social e industria cultural en la ciudad de Rosario (1915-1940)”, *Hispania Sacra*, vol. 66, 2014, págs. 235-262.

MAURO, D., “El mutualismo católico en la Argentina: el Círculo de Obreros de Rosario en la primera mitad del siglo XX”, *Historia Crítica*, Bogotá, 2015, págs. 181-205.

MAURO, D., “Las multitudes católicas argentinas en la primera mitad del siglo XX. Religión, política y sociedad de masas”, *Quinto Sol*, núm.3, 2015.

MAURO, D., “Los “liberales” argentinos y la cuestión religiosa. El partido Autonomista Nacional y los conflictos en torno al ejercicio del patronato en la década de 1880”, *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, núm. 5, Universidad del País Vasco, 2016, págs. 45-67.

MAURO, D., “Católicos antifascistas en Argentina (1936-1943). Luigi Sturzo y las tramas locales de People & Freedom Group”, *Itinerantes*, 2017, págs. 9-32.

MAURO, D., “La democracia cristiana en Argentina. Formaciones políticas, partidos y vínculos transnacionales (1912-1967)”, *AYER. Revista de Historia Contemporánea*, Madrid, 2018, págs. 135 – 163.

MAURO, D., “Los católicos frente a la reforma universitaria (1917-1922)”, en MAURO, D. y ZANCA, J., (Coords.), *La reforma universitaria cuestionada*, Humanidades y Artes Ediciones -HyA ediciones, Rosario, 2018, págs. 21-46.

MAURO, D., y MARTINEZ, I., *Secularización, Iglesia y política en Argentina. Balance teórico y síntesis histórica*, Rosario: Fhumyar Ediciones, 2015.

MCGEE DEUTSCH, S., *Contrarrevolución en la Argentina 1900-1932, La Liga Patriótica Argentina*, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2003.

MCGEE DEUSTCH, S., *Las derechas en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939*, Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 2005.

MC GEE DEUTSCH, S., “Contra «el gran desorden sexual»: los nacionalistas y la sexualidad, 1919-1940”, *Memoria Académica*, núm. 17-18, 2005, págs. 127-150.

MCLEOD, H., *Religion and the Working Class in the nineteenth-century Britain*, Studies in Economic and Social History, MacMillan Press, London, 1984.

MEAD, K., “Gender, Welfare and the Catholic Church in Argentina: Conferencias de Señoras de San Vicente de Paul, 1890-1916”, *The Américas*, vol. 58, 2001, págs. 91-119.

MÍNGUEZ BLASCO, R., “¿Dios cambió de sexo? El debate internacional sobre la feminización de la religión y algunas reflexiones para la España decimonónica”, *Historia Contemporánea*, núm. 51, Bilbao, págs. 397-426.

MOLLÉS, D. “¿Derecha o izquierda? El anticlericalismo argentino frente a la cuestión social (1904-1910)”, *Travesía*, núm. 14-15, 2012-2013, págs. 249-276.

MONTERO GARCIA, F., *El primer catolicismo social y la Rerum Novarum en España, 1889-1902*, CSIC, Madrid, 1983.

MURMIS, M., y PORTANTIERO, J.C., *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.

NARI, M., *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*, Biblos, Buenos Aires, 2004.

NIETO, A. y LAITANO, G., “"Muñecas bravas en un nido de ratas". Notas sobre las representaciones masculinas y el protagonismo femenino en las luchas gremiales de la industria del pescado”, *Revista Ejes de Economía y Sociedad*, Paraná, 2019, págs. 56-80.

NUÑEZ, M. V., “«Electra se convirtió en el grito de guerra». Una aproximación a las reacciones del estreno cordobés de la obra teatral de Pérez Galdós”, *Itinerantes*, núm. 13, 2020, págs. 141-165.

ODDONE, J., *Gremialismo proletario argentino. Su origen, su desarrollo, sus errores. Su ocaso como movimiento democrático libre*, Libera, Buenos Aires, 1975. [1949]

OVED, I., *El anarquismo y el movimiento obrero en la Argentina*, Siglo XXI, México, 1978.

OLIVA, O. y MENOTTI, P., “El poder de la turba. La lucha de los ferroviarios del Central Argentino y las contiendas del poder gremial en el seno del movimiento obrero (1917-1918)”, *Archivos De Historia Del Movimiento Obrero y La Izquierda*, núm. 6, 2015, págs. 117-137.

PALERMO, H., “La construcción social de la(s) masculinidad(es). Un análisis etnográfico acerca del universo laboral de los trabajadores petroleros”, *IDENTIDADES*, Comodoro Rivadavia, 2016, págs. 110-127

PALERMO, S., “Masculinidad, conflictos y solidaridades en el mundo del trabajo ferroviario en Argentina (1912-1917)”, *Mundos do Trabalho. Publicao Eletronica Semestral do GT Mundos do Trabalho*, Santa Catarina, 2009, págs. 94-123.

PALERMO, S., “De las organizaciones sindicales a las familias trabajadoras: nuevas miradas sobre los protagonistas de la gran huelga ferroviaria de 1917 en Argentina”, V Congreso de Historia Ferroviaria, Palma de Mallorca, España, 2009. Disponible en http://www.docutren.com/historiaferroviaria/PalmaMallorca2009/pdf/030113_Palermo.pdf

PALERMO, S., “Tribunas y panfletos: la primera campaña presidencial del Partido Socialista bajo la ley Sáenz Peña”, *Estudios*, núm. 35, 2016, pág. 37-56.

PALERMO, S. y D’UVA, F., “Vida sindical y sociabilidades masculinas: los trabajadores ferroviarios en la Argentina de principios de siglo XX”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 7, Buenos Aires, 2015, págs. 37-58.

PANETTIERI, J., *Los trabajadores*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966.

- PANETTIERI, J., *Las primeras leyes obreras*, CEAL, Buenos Aires, 1984.
- PANETTIERI, J., *Crisis de 1890*, Historia testimonial argentina. Documentos vivos de nuestro pasado, CEAL, Buenos Aires, 1984.
- PASCUCCI, S., *Costureras, monjas y anarquistas. Trabajo femenino, Iglesia y lucha de clases en la industria del vestido* (Bs. As., 1890-1940), Ediciones R y R, Buenos Aires, 2007.
- PERRAND, P., *L'église et les ouvriers en France (1840-1940)*, Éditions Hachette, Paris, 1984.
- PIANETTO, O., “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922”, *Desarrollo Económico*, núm. 94, Buenos Aires, 1984, págs. 297-307.
- PORTELLI, M. B., “Catolicismo y reforma social en la Argentina a comienzos del siglo XX. Una mirada desde el pensamiento y la obra de Arturo M. Bas”, *Transhumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 9, Ciudad de México, 2017, págs. 52 – 77.
- PORTELLI, M. B., “Los católicos y las jubilaciones ferroviarias en los inicios de la legislación social (Argentina, 1912-1915)”, *Boletín Americanista*, núm. 83, 2021, págs. 211-231.
- POY, L., “La “huelga grande” de 1896 en los orígenes del movimiento obrero de Buenos Aires”, *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, núm. 1, 2011, págs. 144-174.
- POY, L., *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2014.
- POY, L., “El Partido Socialista y su delimitación con el movimiento anticlerical en los primeros años del siglo XX”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 17, 1917, págs. 297-307.
- POY, L., *El Partido Socialista argentino, 1896-1912. Una historia social y política*, Ariadna Ediciones, Santiago de Chile, 2020.
- POY, L y ASQUINI, S., “La experiencia ‘colectivista’. Orígenes, desarrollo y alcances de la primera ruptura obrera en el Partido Socialista argentino, 1896-1900”, *PIMSA*, núm. 15, 2014, págs. 53-89.
- PRIETO, A., “Rosario, 1904: cuestión social, política y multitudes obreras”, *Estudios sociales*, núm. 19, 2000, págs. 105-119.
- PRIETO, A., “La “huelga grande” de 1896 en la emergencia de la cuestión obrera rosarina”, *Archivos De Historia Del Movimiento Obrero Y La Izquierda*, núm. 17, 2020, págs. 143-162.

QUEIROLO, G., “La Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas frente al trabajo femenino (Argentina, 1922-1954)”, *Trabajos y Comunicaciones*, 2da Época, no 43, marzo 2016, págs. 1-14.

RAITER, B., “Historia de una militancia de izquierda. Las socialistas argentinas a comienzos de siglo XX”, Cuadernos de Trabajo núm. 49, Centro Cultural de la Cooperación, 2004, págs. 1-40.

RAPALO, M. E., “La relación entre los Círculos de Obreros y los sectores patronales en las dos primeras décadas del siglo XX”, *Prismas. Revista de Historia intelectual*, núm. 9, 2005, págs. 141-154.

RAPALO, M. E., *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012.

RAPALO, M.E, y M.V. GRILLO, “La organización de los obreros molineros y la confrontación con la empresa Molinos Río de La Plata (1917-1918)”, *Estudios sociales*, núm. 18, 2000, págs. 137-160.

RECALDE, H., *La iglesia y la cuestión social*, CEAL, Buenos Aires, 1986.

RECALDE, H., *Matrimonio civil y divorcio*, CEAL, Buenos Aires, 1986.

RECALDE, H., *Primer Congreso Pedagógico*, CEAL, Buenos Aires, 1987.

RECALDE, H., *Mujer, condiciones de vida, de trabajo y salud*, CEAL, Buenos Aires, 1988.

RECALDE, H., *Higiene pública y secularización*, Conflictos y procesos de la Historia Argentina contemporánea, núm. 30, CEAL, Buenos Aires, 1989.

RECALDE, H., *Beneficencia, asistencialismo estatal y previsión social*, CEAL, Buenos Aires, 1991.

ROCK, D., *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Amorrortu, Buenos Aires, 2010. [1977]

ROJKIND, I., “Un domingo agitado: el mitin de los círculos obreros y la "contra-manifestación" liberal. La contienda por las calles en el Buenos Aires del novecientos”, *X Jornadas Interescuelas /Departamentos de Historia*. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario, 2005.

ROJKIND, I., “*El gobierno de la calle*. Diarios, movilizaciones y política en Buenos Aires del novecientos”, en *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, México, núm. 84, 2012, págs. 99-123.

ROJKIND, I., “«El triunfo moral del pueblo». Denuncias de corrupción y movilización política en Buenos Aires, a fines del siglo XIX”, *Dádivas, dones y dinero: aportes a una nueva historia de la corrupción en América Latina desde el imperio español a la modernidad*, Iberoamericana Editorial Vervuert, Berlín, 2016, págs. 169-188.

ROJKIND, I., “*El gobierno de la calle. Diarios, movilizaciones y política en Buenos Aires del novecientos*”, en *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, México, núm. 84, 2012, págs. 99-123.

ROJKIND, I., “*Campañas periodísticas, movilizaciones callejeras y críticas al gobierno. La participación política en el orden conservador*”, Academia Nacional de la Historia de la República Argentina, 2017, págs. 113-134.

ROJKIND, I., “*El diario La Prensa en el cambio de siglo: modernización periodística y batallas políticas*”, *Investigaciones y Ensayos*, núm. 68, 2019, págs. 55-79.

ROJKIND, I. y ROMERO, L., “*Renuncias presidenciales, opinión pública y legitimidad en el quinquenio difícil (1890-1895)*”, *PolHis*, núm. 11, 2013, págs. 94-105.

ROMERO, L. A., “*Católicos en movimiento. Activismo en una parroquia de Buenos Ares, 1935-1946*”, *Estudios Sociales*, núm. 14, Santa Fe, 1998, págs. 89-104.

ROMERO, L. A. y GUTIERREZ, L., *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007. [1995]

ROMERO CARRANZA, A., *Itinerario de Monseñor De Andrea*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1956.

ROSELLI, S., “*El “Centro Católico” de Tucumán: los conflictos en el interior de este círculo obrero y su relación con el P. F. Grote*” en AA.VV., *Para una historia de la Iglesia. Itinerarios y estudios de caso*, CEPIHA, Salta, 2008, págs. 299-310.

SABATO, H., “*La formación del mercado de trabajo en Buenos Aires, 1850-1880*”, *Desarrollo Económico*, vol. 24, núm. 96, 1985, págs. 561-592.

SABATO, H., “*La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?*”, *Punto de Vista*, núm. 39, Buenos Aires, 1990, págs. 27-31.

SANGRILLI, C., “*La cuestión social en Mar del Plata de principios del SXIX. Una mirada desde el círculo Católico Obrero*”, en *VIII Jornadas de Investigadores del Departamento de Historia*, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2010.

SÁEZ, G., “*Mujeres “de avanzada” en el Morón del siglo XX*”, *Todo es historia*, núm. 532, 2011.

SÁNCHEZ GAMARRA, A., *Vida del Padre Grote redentorista: el apóstol de los trabajadores*, Federación de Círculos Católicos de Obreros, Buenos Aires, 1997. [1949]

SANGUINETTI, M., *El padre Brasesco, Balvanera y su barrio a través de la historia*, Buenos Aires, 1953.

- SANGUINETTI, M., *Antonio Rasore: párroco, fundador, periodista*, Buenos Aires, 1951.
- SEGURA, C., “Desde abajo y desde adentro. Un estudio sobre la construcción del catolicismo en clave local entre principios del siglo XX y la década de 1940, Nogoyá, Entre Ríos.”, Tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Rosario, 2020.
- SCHARAGRODSKY, P. y CORNELIS, S., “Modelar la masculinidad cristiana: Prácticas corporales en los Exploradores Argentinos de Don Bosco”, en RODRÍGUEZ, A. (Ed.), *Estudios de historia religiosa argentina*, Prohistoria, Rosario, 2013, págs. 119-146.
- SCHEINKMAN, L., “¿Dónde están los machos?› Sindicalización anarquista, masculina y femenina, en la industria del dulce (Buenos Aires, 1920-1929)”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, núm. 7, Buenos Aires, 2015, págs. 15-35.
- SCHEINKMAN, L., “Trabajo femenino, masculino e infantil en la industria del dulce porteña en la primera mitad del siglo XX: experiencias laborales, protesta y vida cotidiana”, Tesis doctoral, FFYL, UBA, 2017.
- SCHEINKMAN, L., “De la historia política a los estudios de género: la historiografía sobre el mundo del trabajo de la primera mitad del siglo en Buenos Aires”, *Trabajo y sociedad*, núm. 32, 2019, págs. 281-305.
- SCOBIE, J., *Buenos Aires: del centro a los barrios: 1870-1910*, Solar/ Haccette, Buenos Aires, 1977.
- SCOTT, J., *Sex and secularism*, Princeton University Press, United States, 2018.
- SILVA, H., *Días rojos, verano negro. Enero de 1919, la Semana Trágica de Buenos Aires*, Libros de Anarres, Buenos Aires, 2011.
- SILVER, B. *Fuerzas del trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, Capítulo 1: Introducción, Akal, Madrid, 2005.
- SOMMI, L., *La revolución del 90*, Editorial Monteagudo, Buenos Aires, 1948.
- SPALDING, H., *La clase trabajadora argentina (documentos para su historia 1890/1912)*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1970.
- SURIANO, J., “Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña de comienzos del siglo”, en ARMUS, D. (comp.), *Mundo urbano y cultura popular: estudios de historia social argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, 251-279.
- SURIANO, J., *Anarquistas, cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2001.

SURIANO, J., “La cuestión social y el complejo proceso de construcción inicial de las políticas sociales en la Argentina moderna”, *Ciclos*, núm. 21, 2001, págs. 123-147

SURIANO, J., “La crisis 1890 y su impacto en el mundo del trabajo”, *Entrepassados*, núm. 24-25, Buenos Aires, 2003, págs. 101-124.

SURIANO, J., “¿Cuál es hoy la historia de los trabajadores en la Argentina?”, *Mundos do Trabalho*, núm. 1, 2009, págs. 27-50.

SURIANO, J., “Los festejos del primer Centenario de la Revolución de Mayo y la exclusión del movimiento obrero”, *Revista de Trabajo*, núm. 9 - Número especial dedicado al Bicentenario, 2011. <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/suriano.pdf>

SURIANO, J., “La Primera Guerra Mundial, crisis económica y agudización del conflicto obrero en Argentina”, *Estudios Históricos*, núm. 60, 2017, págs. 101 y 102.

SURIANO, J., “¿Cuál es hoy la historia de los trabajadores en la Argentina?”, *Revista Mundos do Trabalho*, núm. 1, 2009, págs. 27-50.

STUVEN, A. N., “El “Primer Catolicismo Social” ante la cuestión social: un momento en el proceso de consolidación nacional”, *Teología y vida*, núm. 49, 2008, pág. 483-497.

TARCUS, H., *Marx en la Argentina, sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

TARDITI, R., “La formación de la clase obrera. Alcances y límites en la organización sindical de los obreros de frigorífico durante la presidencia de Yrigoyen. Las huelgas de 1917-1918 en Avellaneda”, Tesis de doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, vol. I y II, Buenos Aires, 2008.

TATO, M.I., *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*, Prohistoria ediciones, Rosario, 2017.

TAYLOR, Charles, *Secular age*, The Belknap Press of Harvard University Press, United States, 2007.

TORRE, J. C., “Acerca de los estudios sobre la historia de los trabajadores en la Argentina”, *Anuario del IHES*, Tandil, 1990, 209-220.

VACA, R., *Las reglas de la caridad. Las damas de Caridad de San Vicente de Paúl. Buenos Aires (1866-1910)*, Prohistoria, Rosario, 2013.

VAGLIENTE, P., *Asociativa, movilizadora, violenta. La vida pública en Córdoba, 1850-1930*, EDUVIM, Córdoba, 2015.

VASSALLO, A., “Entre el conflicto y la negociación. Los feminismos argentinos en los inicios del Consejo Nacional de Mujeres, 1900-1910”, en GIL LOZANO, F., PITA, V., y INI, M. G. (dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina, Siglo XX*, tomo II, Taurus, Buenos Aires, págs. 172-187.

VIDAL, G., “Ciudadanía y asociacionismo. Los Círculos de Obreros en la ciudad de Córdoba, 1897-1912.”, *Revista Escuela de Historia*, núm. 5, Salta, 2006, págs. 25-57.

VIDAL, G., “Asociacionismo, catolicismo y género. Córdoba, finales del siglo XIX, primeras décadas del siglo XX”, *Prohistoria*, núm. 20, Rosario, 2013, págs. 45-66.

VIDAL, G., “Organizaciones católicas para trabajadores. Los Círculos de Obreros de Córdoba y Rosario a comienzos del S. XX”, *Cuadernos del Sur*, núm. 39, Bahía Blanca, 2010, págs. 203-225.

VIGAY, J., *Historia del templo de Jesús Sacramentado*, Junta Promotora de Estudios Históricos de los Barrios del Oeste, Buenos Aires, 2001.

VILLAFañE, Segundo, *Horas de fiebre*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1960.

WAINERMAN, C., “La mujer y el trabajo en la Argentina desde la perspectiva de la Iglesia Católica a mediados del siglo”, *Desarrollo Social*, núm. 81, 1981, págs. 71-92.

ZANATTA, L., *Del Estado liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1930 – 1946)*, UNQUI, Buenos Aires, 2005.

ZANCA, J. “Dios y libertad. Católicas antifascistas en la Argentina de entreguerras”, *ARENAL*, núm. 22, 2015, págs. 67-87.

ZARAGOZA, G., *Anarquismo argentino (1876-1902)*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1996.

ZIMMERMANN, E., *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

ZURETTI, J.C., *Nueva Historia Eclesiástica Argentina. Del Concilio de Trento al Vaticano II*, 1972 [con una versión previa en 1945].